DRAGON AGE™

THE CALLING

DAVID GAIDER

Lead Writer of the Video Game
Dragon Age: Origins

A heroic fantasy novel in BioWare's
newest role-playing universe!

BIOWARE™

En *Dragon Age: El Trono Usurpado*, Maric se embarca en una misión de venganza, contra los señores infieles que fueron responsables por la muerte de su madre. Ahora, después de haber recuperado el trono, el Rey Maric finalmente permite a los legendarios Guardas Grises volver a Ferelden después de doscientos años de exilio. Cuando llegan, sin embargo, traen malas noticias: uno de los suyos ha escapado a los Caminos de las Profundidades y se ha alineado con su antiguo enemigo, los monstruosos engendros tenebrosos. Los Guardas Grises necesitan la ayuda de Maric para encontrarlo. Él acepta a regañadientes llevarlos a los pasajes por los que viajó años antes, persiguiendo un secreto mortal que amenazará con destruir no sólo los Guardas Grises, sino también al Reino de arriba.



Dragon Age 2

La llamada

David Gaider



Título original: *Dragon Age: The Calling*
Autor: David Gaider
Arte de portada: Ramil Sunga (Artista) Dean Andersen (Diseño)
Publicación del original: marzo 2009

Traducción: CiscoMT
Revisión: -
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
01.02.15
Base LSW v2.2

Declaración

Para Lee, mi mayor fan

AGRADECIMIENTOS

Se le tiene que dar un reconocimiento a mis buenos amigos que me proveyeron de la muy necesitada información, y que dispuestamente saltaron sobre mí para evitar que destrozara mi propio trabajo cada vez que me abrumaba la estúpida auto-aversión. Su paciencia e indulgencia son una fuente de fuerza y voluntad y siempre será apreciada. En particular, un gracias a Jordan por ser mi co-conspiradora y por hacerme un mejor escritor en todos los sentidos. Espero poder hacer lo mismo por ella algún día.

Un gran gracias también para Danielle y Jay por permitirme tan despiadadamente saquear sus personas por mis propios propósitos. El dolor ha sido hecho, y es increíble. Vosotros tíos me lo hicisteis fácil, como siempre.

Finalmente, un enorme grito a BioWare y a la comunidad online por el apoyo y el constante entusiasmo. En esos días en los que no me estoy tirando del pelo frustrado, estoy agradecido por tener lo que se siente como el mejor trabajo del mundo.


North
to Free Marches
Highever
The Coastlands
Amaranthine
Waking Sea
West Hill
Hafter River
Amaranthine
Ocean
West
to
Orlais
Orzammar
Kinloch
Hold
River Dane
Dragon's
Peak
Denerim
The Bannorn
Gherlen's
Pass
Drakon River
Radcliffe
Lake
Calenhad
Lothering
South Reach
Brecilian
Forest
The Hinterlands
Frostback
Mountains
Southron Hills
Brecilian
Passage
Gwaren
Korcari Wilds
Uncharted
Territories
Ferelden

1

En la ausencia de luz, las sombras prosperan.

—Cántico de Threnodies 8:21

Menos de un año antes, la única forma en la que Duncan habría visto el interior de un palacio habría sido a punta de espada de un guardia de prisión. Quizás ni siquiera entonces. En Orlais, los ladrones callejeros de poca monta no recibían el beneficio de un juicio personalmente de mano del señor local. Allí, lo mejor que uno podía esperar era un aburrido magistrado en una lóbrega corte tan lejos de los estados brillantes de la aristocracia como pudieran llevarle.

Pero esto no era Orlais, y ya no era simplemente un ladrón callejero. Estaba dentro del palacio real de Denerim, la capital de Ferelden… y no estaba particularmente impresionado.

La ciudad estaba agarrada por los vientos del invierno que soplaban desde el sur, y Duncan nunca había tenido tanto frío en toda su vida.

Todo el mundo en Ferelden se envolvía en gruesos cueros y pieles, caminando sin parar a través de las calles nevadas, y aún así sin importar cuánta ropa llevara aún podía sentir el frío directo hacia sus huesos.

El palacio era poco mejor. Había esperado algún calor aquí, al menos. Quizás un par de grandiosas chimeneas con fuegos ardiendo, lo suficiente para mantener el palacio caliente. Pero no, en su lugar le habían dejado sentándose solo en un banco en un pasillo con las paredes de piedra helada que se alzaban sobre su cabeza. Había probablemente palomas anidando en las vigas de madera, a juzgar por el suelo sucio, y vio muy poco en la ornamentación. A estos Fereldeños les gustaban sus puertas grandes, sólidas, y hechas de roble. Les gustaban sus esculturas de madera de perros y su cerveza olorosa e incluso parecía gustarles su nieve. O al menos eso era lo que había sido capaz de decir en el día o así desde que llegara.

Lo que no les gustaban eran los Orlesianos. Había habido sólo un puñado de sirvientes de palacio y funcionarios que pasaran por el pasillo mientras esperaba, y todos ellos le habían dado miradas que iban desde la sospecha a la pura hostilidad. Incluso las dos sirvientas elfas que pasaron con ojos tímidos y nerviosos movimientos habían mirado a Duncan como si estuviera a punto de correr con la cubertería de plata.

Aún así, era posible que todas las miradas no tuvieran nada que ver con el hecho de que fuera de Orlais. No lo parecía, después de todo. Su piel morena y su pelo negro le señalaban como un Rivaino, por ejemplo. La armadura de cuero oscura que llevaba estaba cubierta de tiras y hebillas, que iban hasta sus brazos y piernas de una forma que ya se había eliminado del estilo local más práctico. Sin mencionar las dagas gemelas en su cinturón que no se molestaba en ocultar.

Ninguna de esas cosas le señalaban como una persona de reputación, no por los estándares Fereldeños.

En realidad, si alguien le miraba debía haber sido por la túnica gris que llevaba, adornada con el símbolo de un grifo encabritado.

En cualquier otra nación de Thedas ese grifo únicamente le habría hecho alzar cejas y miradas nerviosas… pero no en Ferelden. Aquí era del todo desconocido.

Duncan suspiró con desgana. ¿Cuánto más iba a tener que esperar?

Finalmente la gran puerta de madera al final del pasillo se balanceó al abrirse y admitió a una elfa. Era pequeña incluso para los de su tipo, casi esquelética, con pelo corto castaño y unos ojos grandes expresivos. Ella parecía molesta, también, lo que no sorprendió a Duncan en lo más mínimo. Como una maga habría atraído más miradas incluso que él. No es que se vistiera mucho como una maga, cambiando sus túnicas tradicionales por una cota de malla de cadenas finamente entrelazadas y una falda larga de lino azul, pero llevaba su bastón con ella. Era de un blanco pulido, con una bola plateada agarrada en su extremo que daba un flujo difuso de poder mágico. Ella lo llevaba a todas partes.

La elfa caminó por el pasillo hacia él, sus botas sonando en el suelo de piedra con fuerza suficiente como para hacer eco. Su expresión molesta dio paso al entretenimiento mientras le alcanzaba.

—Aún aquí, según veo, —se rió entre dientes ella.

—Genevieve me cortaría los pies si fuera a alguna parte.

—Ah, pobre Duncan.

—Cállate, Fiona, —soltó él. Su contestación carecía de calor, sin embargo. Sabía que la elfa probablemente tenía alguna simpatía por él… bueno, un poco, quizás. Quizás una pizca. Simplemente no había nada que ella pudiera hacer para ayudarle. Él suspiró y alzó la mirada hacia ella—. ¿Has visto a la Comandante?

Fiona señaló con la cabeza sobriamente hacia la puerta tras ella.

—Aún está negociando con el capitán de la guardia de la ciudad, gracias a ti.

—¿Negociando? ¿Ella hace eso?

—Bueno, *él* está negociando. Ella está mirándole hacia abajo y no cede ni un centímetro, por supuesto. —Fiona le miró con la ceja levantada—. Has tenido bastante suerte, considerándolo todo, ya sabes.

—Sí, suerte, —él suspiró, hundiéndose desalentado en su banco.

Esperaron varios minutos, la maga inclinándose sobre su bastón blanco junto a él, hasta que finalmente el sonido de voces se aproximó desde el otro lado de las puertas. Se abrieron y dos personas entraron.

La primera era una mujer de pelo blanco, una guerrera en una armadura de placas de aspecto formidable que cubría todo su cuerpo. Su cara era afilada y desgastada con muchos años al mando, y ella caminaba con la confianza poderosa de alguien que no había experimentado la impertinencia y que normalmente no la encontraba.

El segundo era un hombre de pelo oscuro en una túnica amarilla resplandeciente señalándole como el Primer Encantador Remille del Círculo de Magos, el mago superior de Ferelden. Era quizás extraño, entonces, que su barba puntiaguda y las curvas enceradas de su mostacho le señalaran como un Orlesiano. El tipo de hombre, supuso Duncan, que creía que podía estar mucho mejor lejos del Imperio, incluso si eso significaba asumir una posición de autoridad en una nación estancada que había echado al gobierno Orlesiano hacía sólo ocho años. Al menos en este caso, su creencia parecía ser acertada.

El mago sonreía con afectación tras la guerrera, y ella hacía lo que podía por ignorarle.

—Lady Genevieve —él movió sus manos nervioso— está segura…

Ella se detuvo, girándose para mirarle.

—Puede llamarme Genevieve, —soltó ella—. O Comandante. Nada más.

—Mis disculpas, Comandante, —le aseguró él rápidamente—. ¿Está segura de que eso fue necesario? Su orden no desea antagonizar con el Rey Maric, después de todo…

—Ya hemos antagonizado con el Rey Maric. —Genevieve disparó una mirada fulminante en dirección a Duncan, y él hizo lo que pudo para esconderse fuera de la vista tras Fiona—. Y nuestra orden no se inclinará ante ninguna autoridad, especialmente no por algún imbécil capitán de la guardia que cree que posee más poder del que hace. —Ella cortó más protestas al marchar hacia donde se sentaba Duncan.

Él evitó su mirada fulminante.

—¿Confío en que estás satisfecho? —exigió ella.

—Quizás si me hubiera salido con la mía.

—No seas un niño. —Genevieve hizo un gesto agudo para que se levantara y él reluctante lo hizo—. No hemos venido a Ferelden para enzarzarnos en un sinsentido, como bien sabes. Ya no eres el chico que encontré en Val Royeaux. Recuérdalo. —Ella le cogió su mentón con su mano con guantelete y alzó su cabeza hasta que estaba mirándole a los ojos. Él vio poco más en su expresión que ira reprimida cubierta de decepción, y su cara ardió de vergüenza.

—Te escucho, —dijo él con tristeza.

—Bien. —Ella le dejó ir y se giró de vuelta al Primer Encantador—. ¿Confío en que el Rey está preparado para vernos, entonces? ¿No tendremos que volver?

—No, él les verá. Vengan.

El mago les llevó a los tres por un pasillo largo y oscuro.

Si acaso hacía aún más frío aquí que en cualquier otra parte, el viento soplando a través de las grietas en las paredes. Duncan estaba seguro de que podía ver escarcha, y su aliento salió en humaradas blancas. *Simplemente brillante*, se quejó para sí mismo, *Hemos venido aquí a morir congelados, al parecer.*

Alcanzaron una gran antecámara, un lugar lleno de sillas polvorientas dispersas que imaginaba que podía en otro tiempo contener a cuales fueran los nobles que esperaran su audiencia. Otros cuatro se levantaron y se quedaron atentos mientras entraban: tres

hombres y una mujer enana, todos con las mismas túnicas grises que Duncan. Dos de los hombres eran altos guerreros vestidos con la misma armadura de placas abultada de Genevieve, mientras que el tercer era un arquero encapuchado vestido de cuero. La enana llevaba una simple túnica, aunque naturalmente no era una maga.

El Primer Encantador apenas se detuvo, barriendo por ellos y abriendo las enormes puertas dobles que llevaban a la sala del trono. Genevieve fue tras él e hizo un gesto impaciente a los otros para que la siguieran.

La sala del trono era ligeramente más impresionante que el resto del palacio. Duncan hizo lo que pudo para no abrir la boca y mirar mientras caminaban hacia dentro. Los techos abovedados en la cámara se alzaban hasta al menos treinta o cuarenta pies, y la sala era lo suficientemente grande como para albergar a cientos de hombres a la vez. Había galerías a cada lado de la sala donde podía imaginar a los dignatarios gritándose enfadados los unos a los otros mientras la multitud abajo gritaba y abucheaba. ¿O Ferelden no funcionaba así?

¿Quizás sus reuniones eran dignificadas y silenciosas? ¿Quizás la corte danzaba un buen rato y este era un lugar donde tenían sus fantásticos bailes como hacían en Orlais? Parecía dudoso. La sala del trono tenía un aspecto adusto, y se sentía tan vacía que más bien dudaba de que hubiera muchas reuniones aquí, mucho menos bailes. Los tapices colgaban de las paredes, la mayoría de colores apagados representando escenas de batallas de algún rey bárbaro hace tiempo olvidado. Dominando una de las paredes había un enorme grabado de madera, una escena en relieve representando a un guerrero apenas vestido masacrando lo que parecían hombres lobo. Una extraña elección, pensó él.

El trono al mismo extremo de la sala era poco más que una enorme silla con un respaldo alto, cubierto por lo que parecía una cabeza de perro tallada. Parecía pequeño allí arriba en la gran tarima, alzado sobre el suelo por un pequeño número de escalones y flanqueado por brillantes antorchas.

Pero uno ciertamente no podía pasarlo por alto.

Había un hombre sentado de forma casual en el trono, y Duncan se preguntó levemente si se suponía que ese era el Rey. Si era así, parecía un hombre que no había dormido en mucho tiempo. Su pelo rubio estaba suelo y sus ropas eran difícilmente lo que Duncan podía llamar regias, consistiendo en una camisa blanca arrugada y unas botas de montar aún cubiertas de tierra.

El hombre de pelo oscuro que estaba junto a él, en un traje de armadura gris, parecía mucho más un rey. Ese tenía ojos de halcón, y siguió su entrada con una intensidad enfadada.

—Su Majestad, es bueno verle en tal excelente salud. —Dijo el Primer Encantador Remille cuando alcanzó la plataforma, inclinándose bien bajo con una gran floritura. Tras él, Genevieve cayó sobre una rodilla, como lo hicieron los otros. Duncan reluctante siguió su ejemplo.

Le habían dicho que su orden no tenía lealtad a ninguna nación y ningún rey, pero aparentemente aún se arrodillaban cuando sentían que tenían que dar un buen espectáculo.

—Gracias, Primer Encantador, —respondió el hombre rubio en el trono. Eso significaba que era el Rey después de todo, supuso Duncan—. Así que estos son los Guardas Grises que tenían tantas ganas de verme, —dijo él, estudiando a los presentes con un intenso interés.

—Lo son, Su Majestad. ¿Si me permite?

El Rey hizo un gesto de asentimiento. Complacido, el mago se giró hacia aquellos tras él, haciendo un amplio arco con su brazo como si presentara algo grande.

—¿Puedo presentarle a Genevieve, Comandante de los Grises en Orlais? Es ella la que me habló de las necesidades de la orden, y por lo tanto se la traigo aquí.

El hombre se inclinó de nuevo y se retiró ligeramente mientras Genevieve se erguía. Su pelo blanco brillante relucía a la luz de las antorchas. Tomándose un momento para ajustar su placa pectoral, ella caminó hacia delante, su expresión sombría.

—Me disculpo por el retraso en nuestra llegada, Rey Maric. No era nuestra intención enojarle.

El hombre serio con la armadura gris resopló burlonamente.

—Vosotros los Guardas Grises parecéis meteros en bastantes problemas en Ferelden, pese a vuestras mejores intenciones.

La expresión de Genevieve no cambió en lo más mínimo, aunque Duncan se percató de que su espalda se tensó. Ella tenía un gran orgullo por el honor de la orden, y podía ser espinoso en el mejor de los casos. El amigo del Rey sería sabio de vigilar sus palabras con un poco más de cuidado.

El Rey parecía algo avergonzado. Movió una mano hacia el hombre junto a él, sonriendo entre dientes ligeramente.

—Este es el Teyrn Loghain de Gwaren, aunque no sé si habréis oído de él en Orlais.

Ella asintió bruscamente.

—El Héroe del Río Dane. Sí, todos lo hemos oído.

—¿Oyes eso? —Se burló el Rey Maric ante su amigo—. Parece que tienes una reputación en el Imperio. Eso debería hacerte feliz.

—Estoy emocionado, —dijo Loghain secamente.

—Si el Teyrn se refiere al exilio de nuestra orden de Ferelden hace dos siglos, —empezó Genevieve—, puedo ofrecer una explicación.

Loghain le dio una mirada directa.

—Por supuesto que puedes.

Ella apretó su mandíbula, con tanta fuerza como para que Duncan viera los tendones sobresaliendo en su cuello, y por un largo momento se hizo un silencio incómodo. Todo lo que podía oírse era el crepitar de las antorchas tras el trono.

El Primer Encantador intercedió entre ellos, haciendo ruidos conciliadores.

—Seguro que no hay necesidad para que discutamos algo que tuvo lugar hace tanto tiempo, ¿no? ¡Lo que hizo el líder de los Guardas Grises entonces no tiene importancia hoy! —Él miró al Rey Maric suplicante.

El Rey asintió, aunque no parecía muy complacido. Si era debido al enfado del Teyrn o a la respuesta de Genevieve, Duncan no podía decirlo.

—Eso es cierto, —murmuró él.

—Tengo algo mucho más reciente que me gustaría discutir, —gruñó Loghain—. ¿Por qué nos habéis hecho esperar tanto tiempo? Si yo hubiera viajado tales distancias para tener una audiencia privada con Maric, habría hecho lo posible por evitar cabrearle. Particularmente si fuera a pedirle un favor, ¿no?

El Rey se encogió de hombros.

—No han pedido nada aún, Loghain.

—Lo harán. ¿Por qué si no la presentación formal? ¿Por qué si no la exhibición?

—Buen punto.

Genevieve parecía adolorida mientras buscaba la respuesta correcta.

—Uno de los míos cometió un crimen en su ciudad, Rey Maric, —afirmó ella finalmente—. Necesitaba tratar con el asunto antes de que las cosas se nos fueran de las manos.

Duncan se heló de terror. *Aquí viene*, pensó él.

Loghain parecía preparado para lanzar una respuesta enfadada, pero el Rey le cortó, sentándose hacia delante en su trono con un gran interés.

—¿Un crimen? ¿Qué tipo de crimen?

Genevieve suspiró con fuerza. Se giró e hizo un gesto para que Duncan diera un paso hacia delante. Sus ojos se clavaron en él, sin embargo. *Salte de la línea ahora*, decían, *y haré que cada segundo de tu vida sea una pesadilla de la que nunca te olvidarás*. Él tragó saliva y se escabulló rápidamente hacia delante para colocarse junto a ella.

—Este joven en Duncan, —explicó ella—, reclutado en nuestra orden hace un par de meses de las calles de Val Royeaux. Me temo que intentó ejercer su antigua profesión en su mercado, y cuando fue cazado por sus guardias se puso a pelear con uno de ellos. El hombre fue herido, pero vive.

—Podría haberlo matado, —intercedió Duncan a la defensiva. Percatándose de la rabia de Genevieve, rápidamente inclinó su cabeza en una reverencia nerviosa hacia el Rey—. ¡Pero no lo hice! ¡Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Eso es lo que quise decir, err… Su Alteza. Mi señor.

—Su Majestad, —le corrigió Loghain.

—Mis guardias pueden ser un poco demasiado entusiastas a veces, —explicó el Rey amigablemente. Le llevó a Duncan un momento darse cuenta de que el hombre estaba hablándole en realidad a él y no a Genevieve—. Loghain está determinado a convertir a Denerim en la ciudad más ordenada del sur. En realidad creo que todo lo que ha hecho ha sido dirigir a los criminales bajo tierra.

—Habría estado tentado a ir allí, por mi cuenta, —bromeó Duncan, y entonces rápidamente se silenció mientras Genevieve apretaba sus guanteletes con suficiente fuerza como para que él escuchara el leve moler del metal. Hizo lo que pudo por parecer sumiso.

—Él es bastante hábil, Rey Maric, —ofreció Genevieve tensa—. Creo, sin embargo, que el joven piensa que si se comporta mal será liberado de su deber. Se equivoca.

El Rey parecía intrigado por esto.

—¿No disfrutas de ser un Guarda Gris? —preguntó a Duncan.

Duncan no estaba seguro de cómo responder. Estaba sorprendido de que el Rey le estuviera hablando directamente a él de nuevo. Incluso el más bajo barón de Orlais pronto preferiría que se le cubriera de aceite y se le prendiera fuego a ser pillado percatándose de un campesino. Le hacía mucho más fácil robar. ¿Quizás este hombre no podía saber que era un plebeyo, debido a que todos eran Guardas Grises? Suponía que se debería sentir alagado, aunque no estaba seguro de que toda esta atención fuera necesariamente algo bueno.

Genevieve mantuvo sus ojos centrados en el Rey, su expresión señaladamente neutral. Así Duncan se movía de pie a pie y no dijo nada, mientras el Rey le miraba con curiosidad y esperaba una respuesta. ¿No podía interrogar a alguien más? ¿Cualquiera? Finalmente el Teyrn Loghain se aclaró la garganta.

—Quizás deberíamos pasar al por qué están aquí, Maric.

—A no ser que el Rey desee que el chico sea arrestado, —ofreció Genevieve, completamente seria—. Estamos en su tierra, y es su ley a la que debemos aferrarnos. Los Guardas Grises cumplirán con sus deseos.

El corazón de Duncan saltó hasta su garganta, pero no necesitaba preocuparse. El Rey rechazó la idea con un gesto de su mano.

—No, creo que no. Las celdas en Fuerte Drakon están suficientemente llenas de por sí. —Loghain claramente se estaba mordiendo la lengua, pero no dijo nada, Duncan se inclinó un par de veces mientras se retiraba a la parte trasera para quedarse una vez más con los otros Guardas Grises, el sudor perlándose en su frente.

Genevieve asintió grácilmente.

—Gracias, Rey Maric.

Ella se detuvo un momento, agarrándose sus manos en un gesto pensativo que Duncan reconoció. *Está tratando de decidir cuánto debería contarle*. Él también sabía cuál sería su respuesta. Los Guardas Grises tenían muchos secretos, y nunca decían más de lo absolutamente necesario. Había aprendido eso rápidamente.

—Uno de los nuestros ha sido capturado por los engendros tenebrosos, —dijo lentamente Genevieve—. Aquí en Ferelden. Dentro de los Caminos de las Profundidades.

—¿Y? —Loghain frunció el ceño—. ¿Cómo nos concierne eso?

Ella parecía reluctante a continuar.

—Este Guarda Gris… tiene el conocimiento de la localización de los Viejos Dioses.

Tanto el Rey como el Teyrn Loghain la miraron, sorprendidos. El aire en la sala se volvió denso con la tensión y nadie habló inmediatamente. El Primer Encantador dio un paso hacia delante, tirándose de su mostacho rizado ansiosamente.

—Como pueden ver, mis señores, eso es por lo que pensé que el asunto era de la máxima delicadeza. Si esos engendros tenebrosos demuestran ser capaces de aprender la localización de un Viejo Dios…

—… Entonces comienza una Ruina, —terminó Genevieve.

El Rey Maric asintió gravemente, pero Loghain sacudió su cabeza incrédulo.

—No lo creo. —Él frunció el ceño—. No ha habido una Ruina durante siglos. Apenas vemos a los engendros tenebrosos en la superficie, mucho menos una invasión a gran escala. Están tratando de asustarnos, nada más. Esta orden ha ido menguando en importancia desde la última Ruina y haría cualquier cosa por asustar al mundo para que crean que aún tienen relevancia.

—¡Se lo aseguro, es cierto! —gritó Genevieve. Ella caminó hacia delante hasta el trono, cayendo sobre una rodilla ante el Rey—. Sólo hay un par de Guardas Grises que posean este conocimiento, Su Majestad. Si esos engendros tenebrosos de algún modo saben que él es uno y obtienen sus conocimientos de él, se alzarán a la superficie en una nueva Ruina. Y lo harán aquí, en Ferelden.

—¿Estás segura? —suspiró el Rey.

Ella alzó la mirada hacia él, sus ojos intensos.

—Usted ha visto a los engendros tenebrosos con sus propios ojos, mi señor, ¿no es así? Sabe que no son ninguna leyenda. *Ni tampoco lo somos nosotros*.

Sus palabras colgaron ahí, y el Rey Maric empalideció visiblemente. Duncan podía decir por la expresión horrorizada del hombre que Genevieve tenía razón. Había visto a los engendros tenebrosos en persona. Sólo alguien que lo hubiera hecho tendría ese aspecto. El Rey se frotó el mentón pensativo.

—¿Supongo que estáis pidiendo permiso para entrar en Ferelden a buscar a este Guarda Gris perdido?

—No.

El Rey y Loghain se miraron el uno al otro, anonadados.

—¿Entonces qué es lo que necesitáis? —le preguntó Loghain.

Genevieve se puso de pie, retirándose un paso del trono.

—Si todo lo que necesitáramos hacer fuera buscar, podríamos haber entrado a los Caminos de las Profundidades en Orzammar y usted no se habría enterado. Su dominio, Rey Maric, comprende sólo la superficie, como estoy segura que bien sabe.

Loghain parecía como si estuviera a punto de objetar, pero Maric alzó una mano.

—Bastante bien, —dijo él, su tono tranquilo.

—Tenemos una buena idea de dónde buscar a nuestro camarada perdido. Lo que no sabemos en cómo llegar allí. Creemos que ustedes dos son los únicos con vida que lo saben.

—¿Estás sugiriendo lo que creo que estás haciendo? —preguntó incrédulo Loghain.

—Hace ocho años, ambos viajaron a los Caminos de las Profundidades, —explicó Genevieve—. Encontraron a una unidad de la Legión de los Muertos, liderada por Nalthur de la Casa Kanarek, y les asistieron en su revuelta contra Orlais. Sabemos que lo hicieron, porque se lo contaron al Rey Endrin durante su visita a Orzammar hace tres años, y fue registrado en los Recuerdos por el enano Shaperate.

—Todo lo que dices es cierto. —Asintió el Rey.

—Viajaron a través de los Caminos de las Profundidades bajo el este de Ferelden, un lugar por el que ningún enano ha viajado en cerca de un siglo. O al menos que haya vivido para contarlo. —Genevieve suspiró, su expresión sombría—. Ustedes dos son los únicos vivos que han estado en el thaig de Ortan. Ahí es donde necesitamos ir.

Durante varios largos minutos la sala del trono estaba en silencio de nuevo. Duncan podía escuchar el movimiento de los otros Guardas Grises mientras permanecían de rodillas junto a él. Él volvió la mirada a Fiona, pero la maga elfa se negaba a mirar hacia él. Sin duda ella estaba complacida con permanecer simplemente de fondo. Él deseaba poder haber hecho lo mismo.

El Primer Encantador apretaba y aflojaba sus manos, el sudor perlándose en su frente pese al frío en el aire. Genevieve esperó pacientemente mientras los dos hombres en la plataforma digerían lo que les había contado.

—Seguramente los enanos deben tener mapas…, —empezó el Rey Maric.

—Es insuficiente. —Ella sacudió su cabeza—. Los Caminos de las Profundidades han cambiado, y puede que necesitemos viajar más allá del thaig de Ortan. Necesitamos un guía, alguien que haya estado allí. —Ella se giró hacia el Teyrn Loghain—. Esperábamos pedir su asistencia, Su Gracia. Es bien conocido como un buen guerrero y no…

—Absolutamente no, —afirmó Loghain planamente.

—¿No puede entender lo vital que es esto?

—Puedo entender lo vital que *tú* crees que es, o al menos lo vital que te gustaría hacernos creer que es. —Él hizo un gesto con la mano en rechazo—. ¿Quién sabe lo que estáis tramando en realidad? ¿No sería maravilloso que el Héroe del Río Dane se encontrara a sí mismo rodeado de Orlesianos en un lugar donde su muerte podría ser atribuida a nada en absoluto?

—¡No seas estúpido! —estalló Genevieve subiendo las escaleras hacia él.

Duncan se tensó y esperó a que los guardias saltaran de su escondite y atacaran antes de que ella alcanzara al Teyrn, pero ninguno lo hizo. Tenía que preguntarse cuántos gobernantes accederían tan fácilmente a una audiencia privada a solas con un grupo de Guardas Grises. No muchos, probablemente. Incluso así, ninguno de los hombres en la plataforma parecían alarmados, no tanto como enfadados, por el avance repentino de Genevieve.

—¡Nosotros no pedimos estas cosas a la ligera! ¿No tienes un concepto de lo que significaría una Ruina para estas tierras si comenzara aquí?

Él se quedó donde estaba, bajando la mirada hacia ella con sus ojos azul pálido.

—Podemos ofreceros indicaciones, si quieres. Encontrareis el thaig de la misma forma que nosotros, sin duda aún infestado por una horda de arañas gigantes. Sugiero que llevéis fuego.

—¡Necesitamos más que indicaciones! ¡Esta es una cuestión de urgencia!

—Maric y yo estuvimos allí brevemente, hace ocho años. —El desdén era obvio en su voz—. ¿Qué es lo que esperas que recordemos, estúpida mujer?

—¡Algo! —insistió ella—. ¡Cualquier cosa!

—Yo iré, —anunció el Rey silenciosamente desde detrás de ellos.

Le llevó un momento a los otros oírle. Loghain estaba a punto de lanzar otra réplica a la furiosa Genevieve cuando se detuvo. Se giró lentamente, mirando al Rey Maric en confusión.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que yo iré. —El Rey parecía igualmente sorprendido por su afirmación, como si las palabras hubieran salido solas por su boca—. Yo lo haré. Yo los guiaré.

Una aguja cayendo en la sala del trono habría hecho más ruido. Duncan tosió nervioso y miró a Fiona arrodillada junto a él. Ella parecía tan anonadada como él se sentía, y se encogió de hombros ante su pregunta silenciosa. No tenía ni idea de por qué el Rey de repente accedería, tampoco. Toda la situación era demasiado bizarra. El Primer Encantador parecía como si hubiera sido anclado al punto, su cara retorcida de disconformidad.

—¡Tú no harás tal cosa! —Loghain perdió su compostura por completo. Duncan casi pensó que el hombre desenvainaría su espada. ¿Sobre su propio rey? Las cosas funcionaban de forma muy diferente en Ferelden, después de todo.

Genevieve dio un paso hacia delante, horrorizada.

—¡No podemos ponerle en tal riesgo! Usted es el Rey de Ferelden, y es una tarea peligrosa la que pedimos.

—Estoy bastante de acuerdo, —Loghain añadió su voz a la de ella—. Nadie debería arriesgarse en un plan tan estúpido… No, ¡ni siquiera es un «plan»! Es una leve esperanza basada en… ¿qué? ¿Cómo puedes siquiera estar segura de que este Guarda Gris vuestro está aún vivo?

Ella apretó sus dientes, estudiosamente fijando su mirada sobre el Rey.

—Estamos *seguros*.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no nos estás contando?

El Rey Maric se levantó de su trono, cortándoles a ambos.

—Voy a ir, —dijo firmemente—. Les llevaré al thaig de Ortan. Creo recordar el camino.

El Teyrn Loghain miró al Rey acusador, claramente lleno de objeciones acaloradas pero sin estar dispuesto a continuar dándoles voz enfrente de una audiencia. Por la forma en que el Rey le devolvió la mirada, casi con resentimiento, Duncan podía decir que había una lucha esperando por ocurrir. Podía decir que este Loghain era más que un consejero. Parecía casi un hermano, quizás. O el guardián del Rey.

Genevieve parecía perdida, pero se inclinó y retrocedió.

Duncan podía entender su confusión. Había pensado que la idea de pedir al Héroe del Río Dane que viniera era lo suficientemente desesperada pero esto rozaba el absurdo.

Seguramente el Rey cambiaría pronto de opinión, y a los Guardas Grises se les pediría que se las arreglaran solos. Quizás serían echados a patadas de Ferelden de nuevo; realmente no lo podía decir. Duncan no estaba seguro de que fuera algo malo, tampoco. Abandonar toda la idea de dirigirse a los Caminos de las Profundidades y enfrentarse a horribles criaturas como los engendros tenebrosos tenía su aliciente.

El Primer Encantador Remille reptó hacia delante hasta el trono, sus manos fuera en súplica.

—¿Está seguro Su Majestad de que esto es sabio? No sería el Teyrn una mejor elección para…

—No, —le cortó el Rey—. He tomado mi decisión. —Él se sentó en su trono, manteniendo sus ojos fijos en Genevieve y negándose a mirar en dirección a Loghain—. Contactaré con usted en breve, Comandante, para hacer los preparativos. Hasta entonces, me gustaría que me dejaran a solas con el Teyrn.

El Primer Encantador parecía como si quisiera volver a hablar, pero Genevieve sacudió su cabeza hacia él. Ella se inclinó grácilmente hacia el trono y se giró para marcharse. Duncan y los otros fueron con ella. Los dos hombres en la plataforma apenas se percataron de que se iban.

Una vez que la sala se despejó, Maric se sentó en su trono y esperó las recriminaciones inevitables de Loghain. Ahora llevaba ese traje pesado de armadura gris cada vez que Maric le veía. Lo había tomado del comandante de los caballeros en la Batalla del Río Dane, un suvenir de guerra que había llevado en el desfile de la victoria en Denerim años más tarde. La gente le amaba por ello, y a Maric le había entretenido.

El entretenimiento había disminuido con los años siguientes. Al principio, Loghain y Maric y Rowan habían trabajado incansablemente para restaurar Ferelden después de la guerra. Había habido tanto por hacer, tantos asuntos dejados atrás por la retirada Orlesiana que parecía que nunca habría tiempo suficiente para nada. Había sido una época sin aliento, exhilarante a su modo. Se habían necesitado tomar duras decisiones, y Maric las había tomado. Cada una había tomado una pequeña parte de su alma, pero lo había hecho.

Ferelden se había vuelto fuerte de nuevo, justo como siempre habían querido.

Loghain era un héroe, y tanto Rowan como Maric eran leyendas.

Cuando Rowan finalmente le dio un hijo, Maric había pensado que quizás un poco de felicidad era finalmente posible.

Y entonces ella había muerto, y todo había cambiado.

Loghain le miró como si no tuviera ni idea de quién era Maric. De repente, desenvainó la espada y la apuntó al pecho de Maric.

—Aquí, —ofreció él secamente.

—Tengo mi propia espada, gracias.

—No es para que la cojas. Es para que te ensartes en ella, ya que pareces tan ansioso.

Maric se agarró el puente de su nariz y suspiró. Sabía que a Loghain no le gustaba el dramatismo, una vez. Parecía que los años le habían dado una apreciación por ello.

—¿Quizás prefieras ensartarte tú en su lugar?

—Yo no estoy tratando de matarme. —La expresión de Loghain era oscura, casi herida—. Esto lo hará más rápido, más fácil. Al menos de esta forma tendremos un cuerpo que quemar. No necesitaré explicarle a tu hijo por qué su padre se fue a una loca misión y nunca volvió.

—Los engendros tenebrosos son reales, Loghain. ¿Y si los Guardas Grises están diciéndonos la verdad?

—¿Y si no lo están haciendo? —Loghain caminó hasta el trono, poniendo sus manos en los reposabrazos e inclinándose para mirar a Maric directamente a la cara—. Incluso si crees que el hecho de que vengan desde Orlais no tiene importancia, —rogó él—, debes saber que los Guardas Grises *siempre* han tenido su propia agenda. No sirven a ninguna nación, y a ningún rey. ¡Harán lo que crean que es mejor para tratar con esta amenaza, y no se preocuparán ni por ti, ni por Ferelden, ni por nada más!

Él tenía razón. Hacía dos siglos, los Guardas Grises habían formado parte de un plan para derrocar al rey Fereldeño. Había fracasado, y la orden fue exiliada, pero lo que poca gente sabía era que había requerido de todo el ejército Fereldeño para expulsarlos. Miles de hombres enfrentados contra menos de cien, y los Guardas casi habían ganado. Era una fuerza a tener en cuenta, sin importar sus números.

—No es simplemente eso, —murmuró Maric.

—¿Entonces qué? ¿Porque Rowan está muerta? —Loghain se levantó, caminando una corta distancia alejándose mientras sacudía su cabeza—. Has estado así desde que volví. Apenas ves a tu hijo; apenas levantas un dedo para gobernar la nación que restauraste de las ruinas. Al principio lo permití como parte de tu dolor, pero han pasado tres años ahora. Es como si desearas desaparecer. —Él se giró para mirar a Maric, sus ojos llenos de tanta preocupación que Maric no podía mirarlos—. ¿Esto es realmente lo que quieres? ¿La locura de este plan no significa nada para ti?

Maric juntó sus manos y lo consideró. No había querido decírselo a Loghain, pero parecía que no tenía elección.

—¿Recuerdas a la bruja que nos encontramos en la Espesura de Korkari? —empezó él—. ¿Antes durante la rebelión, cuando estábamos huyendo de los Orlesianos?

Loghain pareció abatido, como si no hubiera esperado una explicación racional. Vaciló sólo un momento.

—Sí. La loca que casi nos mata a ambos. ¿Qué pasa con ella?

—Ella me dijo algo.

Loghain le miró expectante.

—¿Y? Ella balbuceó muchas cosas, Maric.

—Ella me dijo que una Ruina venía a Ferelden.

Él asintió lentamente.

—Ya veo. ¿Dijo cuándo?

—Sólo que no viviría para verla.

Loghain puso sus ojos en blanco y caminó un paso alejándose, pasando una mano por su pelo negro. Era un gesto de exasperación con el que Maric estaba bien familiarizado.

—Esa es una predicción que casi cualquiera podría hacer con seguridad. Ella trataba de asustarte, sin duda.

—Tuvo éxito.

—Él se giró y miró a Maric despectivamente.

—¿También te dijo que no debías confiar en mí? ¿Ahora crees eso, también?

Había una tensión en esa mirada, y Maric sabía por qué. La bruja le había hablado de Loghain, «Mantenlo cerca, y él te traicionará. Cada vez peor que la última.» Era la única de sus pronuncias de la que Loghain había sido informado, y obviamente la recordaba bien. Quizás pensaba que si Maric creía una, creía la otra. Loghain nunca le había traicionado, no que él supiera. Era algo para tener en mente.

—¿Crees que es una coincidencia? —preguntó Maric, de repente inseguro.

—Creo que esta bruja estaba sirviendo a sus propios propósitos, y mentiría sobre cualquier cosa que creyera conveniente. La magia no es de confianza, Maric. —Loghain cerró sus ojos y suspiró. Él sacudió su cabeza ligeramente, como si lo que estuviera a punto de decir fuera una locura, pero abrió sus ojos de algún modo y habló con convicción—. Pero si realmente crees que la advertencia de la bruja tiene algún mérito, déjame ser el que vaya a los Caminos de las Profundidades. Cailan necesita a su padre.

—Cailan necesita a su madre. —Su voz sonaba hueca, incluso para sí mismo—. Y necesita a un padre que no esté… No le estoy haciendo ningún bien, Loghain. No le estoy haciendo a nadie ningún bien aquí. Será mejor que me vaya fuera, a ayudar al reino.

—Eres un idiota.

—Lo que tú necesitas hacer, —Maric le ignoró—, es quedarte. Cuidar de Cailan. Si algo me ocurre, necesitarás ser su regente y mantener al reino unido.

Loghain sacudió su cabeza en frustración.

—No puedo hacer eso. Incluso si creyera en esa advertencia críptica, no estaría de acuerdo en que mereciera la pena colocarte en manos de esos Orlesianos. No sin todo un ejército que te rodeara.

Maric suspiró y se sentó de vuelta en el trono. Conocía ese tono. Cuando Loghain creía que tenía razón, no había forma de disuadirle. Pronto llamaría a los guardias aquí e intentaría hacer que encerraran a Maric en la mazmorra antes que verle hacer esto.

En la mente de Loghain, los Guardas Grises eran Orlesianos. El Primer Encantador era Orlesiano. Esto tenía que ser algún tipo de plan… no es que fuera el primero. Había habido varios asesinos durante los años, así como más de un par de intentos hechos por

banns descontentos para derrocarle, y mientras que Loghain no pudo probar nunca que el Imperio estaba tras todos ellos, Maric no dejaba de creer sus teorías.

Quizás incluso tenía razón en esto.

¿Pero y si no la tenía? La bruja estaba loca, casi con seguridad, pero Maric aún encontraba imposible descartar sus palabras por completo. Había salvado sus vidas, les había puesto en el camino fuera de la Espesura de Korkari cuando de otra forma habrían muerto. Él casi había olvidado su advertencia sobre la Ruina, pero en el mismo instante en que el Primer Encantador Remille le había dicho de la petición de los Guardas para una audiencia, lo había recordado.

El pensamiento de una Ruina aquí en Ferelden era casi demasiado como para soportarlo. Los viejos relatos hablaban de vastos enjambres de engendros tenebrosos saliendo a la superficie, ennegreciendo los cielos y tiñendo la tierra a su alrededor. Esparcían una plaga por su propia presencia, y aquellos que la enfermedad no mataba, lo hacían sus ejércitos. Cada Ruina había estado más cerca de destruir todo Thedas, algo que los Guardas Grises sabían mejor que nadie.

Con seguridad tal desastre merecía la pena arriesgar casi cualquier cosa por prevenirlo.

Loghain no podía rechazar la idea, pero Maric estaba menos convencido.

¿Y si la bruja tenía razón? ¿Y si todo el sentido de recibir tal profecía era darte una oportunidad para tratar de prevenirla?

—Tienes razón, —admitió él con un fuerte suspiro—. Por supuesto que tienes razón.

Loghain retrocedió, plegando sus brazos y mirando a Maric escéptico.

—Esto es nuevo.

Maric se encogió de hombros.

—Están desesperados y están pidiendo demasiado. Podemos darles consejo, quizás incluso trazar un mapa con tanta información como podamos recordar. ¿Pero ir a los Caminos de las Profundidades de nuevo? No, tienes razón.

—Dales tú consejo. —Loghain frunció el ceño—. Yo ya he tenido mi cupo de Orlesianos por una noche. Especialmente ese lameculos de Remille. ¿Sabes que no puede confiarse en él, supongo?

—Es un Orlesiano, ¿no?

—Vale. Bromea si quieres. —Él se giró y empezó a caminar hacia la pequeña puerta al lateral de la plataforma—. Mandaré a alguien para decirles a los Guardas Grises que vuelvan, pero no te entretengas mucho con ellos. Hay mucho que necesita hacerse en la mañana, Maric. El embajador de Kirkwall desea discutir la situación de los exploradores en la costa, y confío en que si puedes ir a una audiencia como esta, ¿puedes lograrlo para los asuntos reales?

—Lo hare, —respondió Maric. Mientras observaba a su viejo amigo salir fuera, se encontró con un vacío cansado. Quizás incluso sentía un poco de lástima, y entonces culpa por compadecerse de un hombre que había hecho tanto de él. Pese a todas las protestas de Loghain sobre cómo se quedaba en Denerim para ayudar a gobernar las

cosas, Maric sabía por qué no volvía a Gwaren. Una joven esposa perfectamente adorable estaba allí, criando a su perfectamente adorable joven hija.

Todos estaban huyendo de algo.

Los Guardas Grises y el Primer Encantador volvieron a la sala tentadoramente, mirando alrededor y obviamente confusos por el hecho de que Loghain ya no estuviera en la plataforma. Maric se sentía como diez años más viejo, agachado sobre su trono y sin ninguna parte cerca de estar preparado para llevar a nadie a ninguna parte.

Genevieve caminó hacia delante, la imagen de una guerrera madura aunque confiada. Le hacía pensar en lo que habría sido Rowan si hubiera vivido hasta esa edad. Nunca habría sido tan borde y formal, sin embargo, estaba seguro. Rowan había sido toda corazón, siempre mostrando preocupación por su reino y adorando a su hijo cada vez que podía. Había disfrutado de ser una reina tanto como había disfrutado de ser una madre, mucho más de lo que había disfrutado nunca de ser una guerrera. De hecho, encontraba en su lugar que la Comandante de pelo blanco le recordaba mucho más a Loghain.

—¿Ha cambiado de opinión, Rey Maric? —preguntó Genevieve, con el tono de alguien que espera que esta fuera el único modo de acción razonable.

—No, —respondió Maric con una sonrisa sombría, aunque por su tenso fruncir de ceño ella obviamente no encontraba esto reconfortante—. Ya que nadie más sabe que voy a viajar con vosotros y que nos movemos en secreto, yo iré con vosotros. Loghain se quedará aquí. ¿A no ser que *vosotros* hayáis cambiado *vuestra* opinión?

Ella sacudió su cabeza, rechazando cualquier duda.

—No del todo. Necesitamos movernos rápidamente, y estoy segura de que nada que pudiera decir le haría más consciente del riesgo de lo que ya lo está.

—Bien. —Él se levantó y caminó desde la plataforma hacia ella. Ella parecía distintivamente incómoda mientras sacudía su mano—. Entonces dejemos todo el asunto del «rey», ¿de acuerdo? Estoy tan cansado de él como lo estás tú, créeme.

—Como desee… Maric. —Hubo la más ligera sombra de una sonrisa mientras inclinaba su cabeza. Quizás no era tan como Loghain como había pensado—. Pero si me permite una indulgencia, ¿quizás pueda asignar a uno de los míos a usted? ¿Alguien que vigile por su seguridad y vea por sus necesidades?

—Si crees que es lo mejor, como sea.

Genevieve hizo un gesto al joven que había presentado antes, el que había cometido el crimen. El chaval era de piel más oscura que el resto: ¿sangre Rivaina, quizás? El chico puso una mueca, reluctante a aproximarse, aunque una mirada de advertencia le llevó lo suficientemente rápido. Una vez que estuvo al lado de la Comandante, suspiró como si todo el esfuerzo fuera una imposición de severa magnitud.

No hay sutilezas aquí, pensó Maric para sí mismo. Donde los Guardas Grises lo hayan encontrado, estaba claramente acostumbrado a expresar todos sus pensamientos y

sentimientos. Después de tantos años pasados en la corte, Maric podría incluso encontrar tal compañía un cambio refrescante.

—Duncan, mirar por las necesidades del Rey será tu responsabilidad, —dijo Genevieve, su tono dejándole claro que no había discusión en el asunto.

—¿Quiere decir, como vaciarle el orinal y cocinar su comida?

—Si él lo desea, sí. —Mientras el chaval fruncía el ceño, ella sonrió con no poca diversión—. Piensa en ello como tu castigo. Si fracasas en exculparte al servicio del Rey, siempre puede elegir hacer que te manden a prisión cuando volvamos.

Duncan miró indefenso a Maric, su expresión taciturna diciendo, *Por favor no me habas vaciar tu orinal*. Maric estuvo tentado de reírse, pero se mantuvo bajo control. No era probable que hubiera muchos orinales en los Caminos de las Profundidades, después de todo. Este no sería un viaje de placer.

—Déjeme presentarle a los otros, —continuó Genevieve—. Este es Kell, mi teniente. Tiene una sensibilidad a la ponzoña de los engendros tenebrosos, y será nuestro rastreador una vez estemos en los Caminos de las Profundidades.

El hombre encapuchado que caminó hacia delante tenía los ojos pálidos más llamativos que Maric había visto nunca. Tenía una expresión sombría y se movía con una precaución deliberada que hablaba de su aguda consciencia de sí mismo. Por los gruesos cueros y el arco largo atado a su espalda, Maric le habría tomado por algún tipo de cazador.

Kell inclinó su cabeza educadamente pero no dijo nada.

—Y esta es Utha, reclutada de entre las filas de las Hermanas Silenciosas. Ella no será capaz de hablarle, pero la mayoría de nosotros entienden las señales que utiliza.

La mujer enana que dio un paso hacia delante llevaba una túnica marrón simple cubierta por su túnica de Guarda Gris. Su pelo cobrizo estaba doblado en una larga trenza, orgullosa que bajaba hasta casi la mitad de su espalda, y ella no tenía armas que Maric pudiera ver. Parecía recordar que las Hermanas Silenciosas luchaban con sus manos desnudas… ¿no era cierto? Pese a su pequeño tamaño, parecía lo suficientemente sólida y musculada como para no querer enredarse con ella, con o sin armas.

—Esos otros dos caballeros son Julien y Nicolas. Han estado en la orden casi tanto como yo.

Dos hombres altos dieron un paso hacia delante, cada uno vestido en el mismo tipo de armadura de placas pesada que llevaba Genevieve. Ambos tenían mostachos rizados típicos de la moda Orlesiana, aunque de otro modo no podían haber sido más diferentes. El primero, Julien, tenía el pelo marrón oscuro rapado cerca del cráneo y una barba corta. Tenía un aire reservado a él, sus ojos ensombrecidos pero expresivos, y le dio a Maric una corta reverencia. El otro, Nicolas, tenía el pelo rubio casi hasta sus hombros y no tenía barba de la que hablar. Él agarró la mano de Maric y le dio un apretón vigoroso, sonriendo escandalosamente.

Julien tenía una gran espada atada a su espalda que era casi tan grande como él. Nicolas, mientras tanto, tenía una maza con púas atada a su cintura y un enorme escudo

en su espalda adornado con el símbolo del grifo. Ambos caminaron con la confianza silenciosa de guerreros que habían utilizado aquellas armas a menudo.

—Y esta es Fiona, reclutada del Círculo de Magos en Montsimmard justo hace un año.

La mujer elfa que caminó hacia delante estaba vestida con una cota de malla y una falda azul, agarrando un bastón blanco a su lado. No la habría identificado como maga si la hubiera visto en otra parte sin su bastón, y no tenía nada que ver con que fuera elfa.

La mayoría de los magos con los que se había encontrado habían sido más como el Primer Encantador Remille: hombres, y del tipo acostumbrado a salirse con la suya. Ella era preciosa, también, incluso aunque tenía una expresión fría mientras le miraba, y su reverencia fue tan ligera que apenas podía llamarse una.

El Primer Encantador Remille se aproximó, distintivamente incómodo. Se agarró su túnica amarilla nerviosamente mientras se inclinaba varias veces ante Maric.

—Ruego su perdón, Su Majestad, pero el tiempo es esencial. Deberíamos estar de camino al Bastión de Kinloch tan pronto sea posible.

Genevieve asintió.

—El Círculo nos ha ofrecido algo de asistencia mágica antes de dirigirnos a los Caminos de las Profundidades. Tenemos muy poco tiempo, pero creo que será útil.

—¿Por qué tan poco tiempo? —preguntó Maric.

—Nunca hemos oído de un Guarda Gris que no fuera asesinado por los engendros tenebrosos nada más verlo. —El pensamiento le hizo quedarse en silencio, y sus ojos se volvieron distantes por un momento. Entonces bruscamente se giró para caminar hacia las grandes puertas al extremo del pasillo. Maric la siguió, los otros cayendo en fila tras ella—. El hecho de que aún esté vivo es suficientemente destacable, y habla de algo inusual. Necesitamos alcanzarle antes de que lo lleven más lejos en los Caminos de las Profundidades, y antes de que cualquier información que pudieran obtener de él se esparza.

—¿Y si lo hace? ¿Qué entonces?

—Entonces matamos a cada uno de ellos que lo sepa, —dijo ella sombríamente.

Él creía que lo decía en serio. La idea de que esta pequeña banda pudiera ser una amenaza para los engendros tenebrosos, más que al revés, parecía sorprendente para él, pero quizás no debiera serlo. Los Guardas Grises sólo reclutaban de entre los mejores, según decía la historia. Incluso aunque no hubiera habido una Ruina durante siglos, su leyenda había seguido viva. Estaban en alta estima para la gente, y tenían una presencia en cada nación fuera de Ferelden.

Esa estima venía con cautela en algunos círculos, aún así. En otras naciones a los Guardas Grises a menudo se les trataba como una orden que había vivido más que su propósito, los diezmos tradicionales los daban reluctantes. Incluso así, nunca eran abiertamente ofendidos. Por todos sus pequeños números en los tiempos actuales, su habilidad era incuestionable.

—Tengo otra pregunta para ti, si puedo, —pidió él.

—Como desee.

—¿A quién es a quien estáis buscando, exactamente?

Genevieve se detuvo ante las puertas, girándose para encarar a Maric directamente. La vio vacilar una vez más, considerando exactamente cuánto debía decirle. Si iba a viajar con ellos en la parte más peligrosa de todo Thedas, uno esperaría que finalmente los Guardas Grises confiaran en él lo suficiente como para confiarle sus secretos. Loghain ciertamente no se equivocaba sobre que la orden tuviera su propia agenda, al menos.

—Su nombre es Bregan, —dijo ella, su tono seco—. Es mi hermano.

2

Y así se ennegrece la Ciudad dorada
Con cada paso que das en mi Sala.
Maravillas a la perfección, aunque son fugaces.
Habéis traído el Pecado al Cielo,
Y la condena a todo el mundo.

—Cántico de Threnodies 8:13

El poderoso hedor en el aire le recordó a Bregan a la carne rancia. Había un extraño zumbido en la distancia, un sonido que apenas podía escuchar pero que le llenaba de terror. Movió su mano cuidadosamente y encontró que estaba yaciendo sobre piedra. Se sentía extrañamente mugriento, sin embargo, como si estuviera cubierto de una capa de mugre y grasa.

Aún estaba en los Caminos de las Profundidades. La sensación de millas de roca sobre él era fuerte, como si hubiera un peso invisible presionando hacia abajo sobre su cuerpo. Cogió aliento ajado, profundamente e inmediatamente se atragantó cuando el olor de la descomposición le abrumó. Rodó y le entraron arcadas incontrolablemente, sus tripas vacías dando vueltas, pero nada salió salvo jadeos. El dolor agudo le apuñalaba, recordándole las heridas que había sufrido.

Mientras Bregan llevaba sus náuseas agonizantes bajo control, sacudiéndose y sudando mientras lo hacía, se sintió cegado por esas heridas. Su armadura no estaba, así como su espada y escudo, pero le habían dejado sus túnicas, manchadas de sangre y suciedad como estaban. Sus heridas, mientras tanto, habían sido revestidas. En la completa oscuridad no podía decir del todo con qué habían sido revestidas. Algún tipo de cataplasma, al parecer, envueltas con una tela burda que parecía similar a una arpillera.

¿Pero quién le había traído aquí? ¿Quién había atendido sus herid? Recordaba alcanzar un thaig en ruinas. Recordaba ser rodeado de engendros tenebrosos en los Caminos de las Profundidades, abrumado por sus números desde todos lados, ¿y entonces…? Nada. Recordó el sentimiento de sus hojas negras cortando su carne, recordó sus garras perforando su armadura y hundiéndose en sus hombros y piernas. Por todos los medios debería estar muerto. Los engendros tenebrosos no mostraban piedad; no tomaban prisioneros.

Bregan cerró sus ojos y cuidadosamente se extendió con sus sentidos.

Había engendros tenebrosos a su alrededor. No en la misma habitación, quizás, pero cerca. Podía percibirlos cosquilleando en el borde de su mente. Como siempre, la sensación venía con un sentimiento de repugnancia, como si un veneno hubiera calado bajo su piel.

Cerró sus ojos e intentó forzar la consciencia de su presencia de nuevo hacia fuera. Cómo lo había despreciado siempre. Cada Guarda Gris obtenía la habilidad de tocar a los

engendros tenebrosos de lejos, y la mayoría lo consideraban un don. Él siempre había pensado que era una maldición.

El zumbido continuó. Tras ese sonido, sin embargo, podía escuchar otras cosas. Había movimiento, cosas deslizándose contra la roca. El sonido de agua chapoteando. Todas estas cosas eran amortiguadas y leves, pero ahí estaban. De cuando en cuando la calidad del olor cambiaría, también; se volvería algo quemado y chamuscado. Sentiría una extraña presión contra sus sentidos mentales, como si algo estuviera… presionando contra su mente. Y entonces pasaría.

La aprensión se agarró a él, y su corazón empezó a palpitar más rápidamente. Moviéndose extrañamente, Bregan se levantó del suelo y sobre sus manos y rodillas. Sintió alrededor a ciegas para discernir los límites de su entorno. Sintió algún tipo de piel peluda, lo suficientemente sucia como para alegrarse de que sus captores no le hubieran arrojado sobre eso en lugar de sobre el suelo desnudo. Sentía paredes lisas, definitivamente un lugar que había sido construido y no una cueva natural.

Sus manos llegaron a algo suave y pegajoso, como un crecimiento pútrido que se enredaba sobre la roca. La corrupción de los engendros tenebrosos. Forzó para reprimir su repulsión. Era mejor no pensar demasiado en eso.

Entonces un nuevo sonido comenzó. Pasos, botas sobre la piedra y no muy lejos. Bregan se giró para mirar la fuente, la primera sombra de dirección que había tenido desde que despertara, y percibió a un engendro tenebroso aproximándose. Reptó lejos de él, su alarma cediendo al terror. ¿Había una puerta allí? ¿Vería siquiera lo que fuera que se estuviera aproximando a él? Su inhabilidad para adaptarse a la negrura total a su alrededor era enloquecedora.

Los pasos se volvieron más fuertes, haciendo eco hasta que estaban sonando en su cabeza. Y entonces llegó el sonido moledor de una puerta de metal siendo abierta, y de repente hubo una luz tan brillante que le dañaba los ojos.

Gritó de dolor y retrocedió, cubriéndose la cara mientras lo hacía.

—Mis disculpas, —llegó una voz masculina. Era suave y extrañamente resonante, con un timbre sobrenatural, aún así no desagradable. Las palabras parecían entrecortadas, como si el hablador no estuviera acostumbrado a utilizarlas.

Bregan se sentó, parpadeando con fuerza y alzando una mano para bloquear la mayor parte de la luz. Era difícil distinguir cualquier cosa, y sus ojos se humedecieron por el doloroso esfuerzo. Podía entrever una vaga sombra dentro de la luz, llevando lo que parecía ser algún tipo de roca brillante. La sombra se movió dentro de la habitación pero mantuvo una distancia respetuosa.

—La luz es necesaria, —continuó la voz refinada—. Sospecho que venir en la oscuridad habría sido incómodo para ti. Estoy en lo cierto al suponer que no puedes ver en la oscuridad, ¿no?

¿Era este un engendro tenebroso? Los emisarios eran capaces de hablar, pero no recordaba de ningún registro de un Guarda Gris habiendo *hablado* realmente con uno. Eran los lanzadores de hechizos de los engendros tenebrosos, y había oído a uno en una

ocasión incitando a las líneas delanteras, o gritando de rabia mientras los Guardas Grises presionaban el ataque. Había escuchado de ellos incluso dando ultimátums desde el campo de batalla, pero nunca nada como esto. Percibió con sus sentidos mentales, y sí, ciertamente este era un engendro tenebroso ante él. La misma sensación de nauseabundo tocó su mente.

—Debo esperar, —dijo la voz—. Tu vista debe volver a su tiempo.

Le llevó sólo un par de minutos de rumiar para que la visión de Bregan finalmente empezara a aclararse. Lo que vio a la luz de la piedra brillante de la criatura no hizo nada por aliviar su confusión. Era un emisario, un engendro tenebroso que habría sido confundido con un humano si no fuera por su carne corrompida y sus ojos amplios, de pez. No tenía pelo, y sus labios estaban retraídos desde sus colmillos afilados para revelar una sonrisa permanente, horrorosa. En lugar del típico atavío de cueros en descomposición y piezas de armadura que los engendros tenebrosos llevaban, sin embargo, este tenía una túnica marrón simple, cubierta de mugre. Llevaba un bastón engarzado negro en una mano y la piedra brillante en la otra.

También parecía bastante calmado, estudiando a Bregan con sus ojos inquietantes.

Se estremeció, sin estar seguro de cómo reaccionar al principio. Su instinto era correr sobre él, partirle el cuello y escaparse. Un emisario tenía poder sobre la magia, pero como cualquier mago necesitaba tiempo para invocar su poder.

Si se movía lo suficientemente rápido, incluso su bastón no haría ningún bien.

—¿Han sanado tus heridas? —Preguntó bastante de repente—. Entiendo que los humanos tienen el poder de sanar mágicamente, pero sin embargo, eso no es algo de lo que yo sea capaz. Incluso nuestro conocimiento de vuestras medicinas es… limitado.

—No lo entiendo, —tartamudeó Bregan.

La criatura asintió, aparentemente compasiva por su aprieto.

Bregan estaba teniendo dificultades para resolver el hecho del comportamiento civilizado que venía de un ser tan monstruoso. Todo el conocimiento de los Guardas Grises, siglos y siglos de conocimiento dolorosamente ganado a través de las Ruinas… nada sugería que los engendros tenebrosos hicieran nunca nada salvo atacar sin pensárselo e infectar a cada criatura viviente con la que se cruzaban.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó pacientemente.

—¿Eres… un engendro tenebroso?

No pareció sorprendido en lo más mínimo por su pregunta.

—¿Eres un humano? —El extraño timbre de su voz parecía rodar sobre la palabra *humano* como si fuera una palabra extranjera. Bregan suponía que, para un engendro tenebroso, probablemente lo era—. Creo que no lo eres, —continuó él—. Creo que eres un Guarda Gris.

—Yo… yo soy ambas cosas.

Él parpadeó hacia él, pero Bregan no podía decir si indicaba sorpresa o incredulidad o algo completamente distinto. ¿Eran capaces de tener emociones los engendros tenebrosos? Eran capaces de la acción coordinada.

Eran famosos por hacer reparaciones a sus armaduras, incluso construir burdas armas y estructuras de los restos de suministros enanos que encontraban en los Caminos de las Profundidades. Nunca había habido ninguna evidencia de *motivación* real tras lo que hacían, más allá de las fuerzas oscuras que les dirigían. Quizás los Guardas Grises se equivocaban.

O quizás lo sabían todo, y era otro de los secretos que guardaban, incluso de alguien de un rango tan alto como él.

No sería la primera vez, pensó amargamente. Lentamente Bregan se sentó, manteniendo un ojo alerta sobre el emisario… suponiendo que eso era lo que era. Si tuviera intención de matarle ya lo habría hecho. De lo que Bregan no podía estar seguro era de si le guardaba algo mucho peor para él.

El engendro tenebroso se movió en su túnica sucia, inclinándose sobre su bastón de un modo que Bregan encontraba molestamente humano.

—Nuestra raza puede percibir a un Guarda Gris, al igual que un Guarda Gris puede percibirnos. Y tú sabes por qué es esto. —Él le miró señaladamente, pero él rechazó decir nada.

—Hay una ponzoña que está dentro de los engendros tenebrosos, —él dio su propia respuesta—. Una oscuridad que nos impregna, nos incita, nos dirige a huir de la luz. Está en nuestra sangre y corrompe al propio mundo a nuestro alrededor. —La criatura hizo un gesto hacia Bregan con una mano marchita con garras—. También está en vuestra sangre. Os hace lo que sois, lo que percibís en nosotros y nosotros en vosotros.

Bregan sintió un sentimiento de hundimiento en el estómago. No dijo nada, y evitó encontrar la mirada extraña del engendro tenebroso.

—Vosotros tomáis esa oscuridad en vuestro interior, —continuó él—. La utilizáis para luchar contra nosotros. Vuestra inmunidad a sus efectos no es completa, sin embargo. Cuando la corrupción se cobra su precio inevitable, venís a los Caminos de las Profundidades. Solos. Para luchar contra nosotros una última vez. Es por lo que tú has venido, ¿no es así?

La pregunta flotó en el aire. Bregan aún no alzó la mirada hacia la criatura, un poderoso presentimiento poniéndole alerta. La idea de que los engendros tenebrosos pudieran comunicarse de tal forma era una cosa. Que fueran capaces de saber tales cosas… eso era algo bastante distinto.

Esperó, considerando si no debería tratar de salir mientras aún pudiera. ¿Importaba si ellos le mataban? Él había venido a los Caminos de las Profundidades para morir, después de todo. ¿Qué era lo peor que podría hacer, aparte de noquearle de nuevo y volver a ponerle en su celda?

La idea pesaba sobre él, haciéndole bajar su cabeza.

El extraño zumbido parecía estar por todas partes. Podía percibir la resbaladiza grasa de la ponzoña dentro de él ahora; permeaba cada membrana y llenaba cada orificio. Quería arañarle la cara, separarle la carne de sus huesos. La quería fuera de él.

—Sí, —admitió lentamente—. La Llamada. Así es como la llamamos cuando llega nuestra hora de venir, de ponerle fin.

—La Llamada, —repitió él, asintiendo como en aprobación—. ¿Deseas un final glorioso antes que sucumbir a la ponzoña? ¿Es eso lo que ocurre?

—¡No lo sé! —soltó Bregan. Alzó la mirada hacia la criatura y fue abatido al encontrar que estaba mirándole con una extraña curiosidad clínica.

—¿No? ¿Nunca ha sucedido antes?

Bregan se tambaleó poniéndose de pie, ignorando las punzadas amortiguadas de dolor de sus heridas y el retumbar de nauseas de su estómago. El zumbido se volvió aún más fuerte, y por un momento se meció sobre sus pies mientras un mareo se apoderaba de él.

—¿Qué eres tú? —gritó él. Irrumpió hacia la criatura, se acercó lo suficiente como para oler su carne de carroña, ver sus pupilas pálidas observando cada movimiento suyo. No se retiró—. ¿Por qué me has traído aquí? ¡Por el aliento del Hacedor! ¡Debería estar muerto!

—¿Es eso realmente para lo que viniste? ¿Para morir?

—¡Sí! —gritó Bregan. Agarró al emisario por sus túnicas, tirando de él mientras retrocedía su puño para golpear. No luchó contra él. El puño de Bregan temblaba mientras apretaba sus dientes y miraba al engendro tenebroso a la cara. Debería golpearle. Debería matarle. No tenía motivos para no hacerlo; ¿por qué estaba vacilando?

—Creo, —susurró él—, que has venido porque sentías que no tenías otra opción.

Bregan le dejó ir, empujándole. El engendro tenebroso se tambaleó, casi cayendo al suelo, pero se irguió con el bastón. Parecía despreocupado. Se giró lejos de él, agitándose con furia.

—No voy a darte lo que sea que quieras, —gruñó él—. Así que ya puedes ir y matarme.

Por un largo minuto sólo escuchó un simple crujido, el engendro tenebroso alisándose sus túnicas y recuperando su compostura. El zumbido se oía en la distancia, y tras él podía percibir a los otros engendros tenebrosos. Levemente podía atisbar los sonidos que hacían, el repiqueteo sobrenatural y el siseo seco que había embrujado sus sueños desde la Unión, cuando había tomado su esencia oscura dentro de sí mismo. Podía percibirlos presionando en las paredes de su mente. Incesante. Rompió a sudar y cerró sus ojos, tratando de centrar el alocado ritmo de su corazón.

Lo había sabido. Cuando las ceremonias para la Llamada fueron hechas y los enanos terminaron todos de ofrecerle sus solemnes respetos, habían abierto el gran sello en las afueras de Orzammar. Él había mirado hacia los Caminos de las Profundidades y sabía que no era posible que fuera tan fácil. Mejor caer sobre la espada de uno, terminar con ello rápida y limpiamente sin importar lo que el Hacedor pensara de ello. Mejor que caminar lentamente hacia un mar de oscuridad y ahogarse en él.

Aún así había ido. No importaba lo que quisiera. En toda su vida no había importado lo que quisiera, ¿por qué debería ser distinto ahora?

—La respuesta a tu primera pregunta, —entonó el emisario—, es que soy el Arquitecto.

—¿Ese es tu nombre?

—Nosotros no tenemos nombres. Es simplemente lo que soy. Los otros de mi clase no tienen siquiera eso. Simplemente son engendros tenebrosos, y nada más.

Él volvió a girarse lentamente, confundido.

—¿Pero tú lo eres? ¿Algo más?

El engendro tenebroso alzó un dedo.

—¿Y si te dijera que podría haber paz entre tu raza y la mía? ¿Tal cosa es posible?

Bregan no estaba del todo seguro de qué pensar de la pregunta.

—¿Es eso algo que querríamos? Quiero decir, ¿paz con los engendros tenebrosos? Es… difícil de imaginar.

—Los Guardas Grises nunca han tenido éxito en borrar del mapa a nuestra raza. Cuatro veces hemos encontrado a uno de los antiguos dragones durmiendo en sus prisiones bajo la tierra, los seres que llamáis los Viejos Dioses. —El Arquitecto miró en la distancia, su comportamiento melancólico—. Nos llaman, una canción de sirena que no podemos resistir. Los buscamos, y cuando se alzan hacia la superficie, los seguimos. No podemos resistirlo. Y cuando tu raza nos dirige de vuelta abajo, el ciclo comienza de nuevo.

Bregan frunció el ceño.

—Entonces la única forma en la que puede haber paz es si los engendros tenebrosos son destruidos.

El Arquitecto le miró con una repentina intensidad en sus ojos pálidos.

—Esa no es la única forma, —dijo él, la resonancia en su voz sobrenatural haciéndole estremecer.

Y entonces Bregan se dio cuenta de lo que los engendros tenebrosos buscaban de él. En un flash corrió hacia delante, empujando a la sorprendida criatura fuera de su camino mientras atrapaba la piedra brillante de su mano. El Arquitecto se tambaleó contra la pared de la celda, su bastón chocando con fuerza contra el suelo. Sin esperar a que empezara a lanzar un hechizo, Bregan corrió fuera hacia el pasillo. Golpeó la puerta de metal tras él y se cerró con un *tum* retumbante.

El pasillo era peor que la celda, crecida con lo que parecían zarcillos orgánicos y sacos de moco negro. Había otras puertas, algunas cerradas y oxidadas o todas cubiertas de un crecimiento extraño, similar a los percebes. Él los ignoró y empezó a correr, sosteniendo la piedra brillante ante él.

Ya había oído el tono y los gritos empezando a su alrededor, siseos enfadados y el sonido de criaturas corriendo en todas direcciones. Los engendros tenebrosos estaban conectados los unos a los otros por la misma fuerza oscura que los Guardas Grises utilizaban para percibirlos… el Arquitecto había tenido mucha razón en eso, aunque Bregan no quería saber cómo lo sabían.

Su atención estaba centrada en expandir sus sentidos, tratando de discernir hacia dónde se estaban moviendo los engendros tenebrosos. Era difícil. Su ponzoña estaba por todo alrededor aquí, y cada vez que trataba de presionar hacia fuera con su mente, el ruido de zumbido infernal sólo se volvía más fuerte. Dirigirse a individuos cuando estaba rodeado de tal inmundicia, era como si cada aliento suyo le inundara.

Mientras giraba una esquina, casi se topa con un pequeño grupo de engendros tenebrosos… auténticos guerreros, altos hurlocks con armadura pesada desigual y espadas de aspecto malévolo. Mostraron sus colmillos, siseando mientras retrocedían con sorpresa.

Bregan no les dio oportunidad para actuar. Cargó al más cercano, agarrando su espada curvada y pateándole en el pecho. La criatura fue sorprendida lo suficiente como para dejarle ir, dejando salir un grito de desesperación.

Él entonces se giró, cortando con la espada por el cuello de un segundo engendro tenebroso. Cayó, agarrándose al negro icor que rezumaba de la herida.

El tercer engendro tenebroso dejó salir un grito de ulular, llevando su espada meciéndose por lo bajo hacia él con fuerza. Bregan esquivó a un lado en el último momento, dejando que la criatura perdiera el equilibrio, y entonces la golpeó en la cabeza con la empuñadura de su espada. Alzando la espada, invirtió el agarre sobre la empuñadura y apuñaló hacia su espalda. Dejó salir un grito gorgoteante mientras retorcía la hoja en la herida.

El engendro tenebroso que había pateado ya estaba recuperándose. Se lanzó hacia él con un rugido, golpeándole lejos de su espada, y le mordió con fuerza en su brazo. Los colmillos se hundieron profundamente en su carne, y pudo sentir la corrupción oscura supurando en su sangre. Si hubiera sido otra cosa que no fuera un Guarda Gris, eso habría sido su fin aquí mismo. Habría contraído una enfermedad agotadora, llevándole a la locura y al delirio y finalmente a una muerte agonizante.

Pero los Guardas Grises pagaban un alto precio por convertirse en lo que eran. Y por un buen motivo.

Bregan luchó con fuerza contra el hurlock, apretando sus dientes mientras emitía un chirrido retumbante sobre su cara. Podía oler su fétido aliento, ver la lengua negra brillante rodando tras sus largos colmillos. Ya los gritos de otros engendros tenebrosos se estaban acercando.

Lucharon en la piedra, y entonces liberó una mano y la lanzó con fuerza bajo el mentón de la criatura. Chilló de ira mientras empujaba su cabeza lejos de él, más y más fuerte hasta que fue tirado hacia atrás, luchando por mantener su equilibrio.

Finalmente, cuando le dejó ir, empujó. Golpeó con su cabeza contra la pared del pasadizo, con suficiente fuerza como para que hubiera un sonido de crujido amortiguado. Antes de que pudiera reorientarse, él atrapó la espada y saltó sobre sus pies en un movimiento suave. Mientras el engendro tenebroso trataba de levantarse, cortó hacia abajo. Una. Dos veces. Y entonces acabó.

Se detuvo, jadeando por aliento, y se inclinó contra la pared. Una oleada de debilidad llegó a él, y él dejó caer la espada al suelo. El olor del icor floreciente era acre, abrumando incluso el hedor que le rodeaba. El zumbido se volvió más estridente, más insistente. Amenazaba con bloquear todos los otros sonidos.

Durante sólo un momento presionó su frente contra la fría piedra y cerró sus ojos.

Escuchó un siseo reverberante cerca, y mientras Bregan abría sus ojos y se giraba, vio otro engendro tenebroso fuertemente armado corriendo hacia él con una lanza. Apenas deteniéndose a considerarlo, agarró el asta de la lanza tras la punta y tiró con fuerza hacia la pared.

El engendro tenebroso se tambaleó hacia él, y él alzó su codo para conectar con su cara. Hubo un crujido enfermizo de dientes y hueso, y mientras la criatura retrocedía, él lanzó la lanza. Giró el arma y lanzó la punta a través de su abdomen.

Sin esperar a que la criatura cayera, dejó ir la lanza y volvió a huir. Tenía que salir. Rápidamente. Recuperando la espada caída, corrió hacia una gran cámara abierta. Estaba llena de muchos pilares, algunos medio derruidos, otros alcanzando un techo distante.

Todos ellos estaban cubiertos de hongos oscuros y corrupción. La piedra brillante lanzaba sombras bailando por todas partes.

Mientras corría a través de la habitación, vio más engendros tenebrosos correr a su alrededor. Algunos de ellos eran genlocks bajos, con sus orejas puntiagudas y sonrisas dentudas. Cuando le vieron alzaron sus arcos y empezaron a disparar flechas. Dos silbaron junto a él. Una golpeó su hombro, pero él lo ignoró y empezó a cargar hacia ellos. Con un fuerte grito, Bregan alzó la espada y cortó con fuerza mientras se movía a través de las filas de los engendros tenebrosos. No estaba siquiera prestando atención a los objetivos individuales, simplemente cortando con fuerza y entonces girando y cortando de nuevo mientras corría pasándoles. El icor se esparcía por su cara, y durante un momento el mareo amenazó con abrumarle, pero mordió con fuerza y luchó contra ello.

Los genlocks trataron de dirigir sus números, pero no había nada que pudieran hacer. Algunos de ellos estaban retrocediendo, tratando de reorganizarse, pero él ya los había atravesado. Giró una esquina hacia otro pasadizo, y mientras un hurlock más grande rugía y corría hacia él, cortó sin pensárselo dos veces y siguió corriendo.

Tenía que haber una salida. Tenía que haberla. Esto era algún tipo de fortaleza, hace tiempo abandonada por los enanos cuando sus antiguos reinos fueron superados por estas criaturas. Si simplemente pudiera encontrar una salida, volver a los Caminos de las Profundidades, podría…

Se detuvo a la mitad junto a unas escaleras agrietadas. Podía escuchar a los engendros tenebrosos no muy lejos tras él, así como más delante de él. Era como un hormiguero resurgiendo a la vida. Sus hombros se sacudieron y él bajó su cabeza, respirando con fuerza. Él trató de ignorar el sudor que caía sobre sus ojos.

Incluso si salía de aquí, ¿dónde se suponía que iría? Se suponía que debía estar muerto. Ciertamente, debería dejar que los engendros tenebrosos lo mataran, si lo hacían.

Él miró a la espada en sus manos. La hoja estaba teñida de mugre, de forma irregular, con una punta afilada y curvada en su extremo, no muy distinta de un sable largo. La empuñadura era burda, envuelta en un cuero del que Bregan realmente no quería saber el origen. Pobremente fabricada, para estar seguros, pero efectiva. Esa punta podía destrozar su garganta con facilidad; simplemente ponerla en su cuello y con un movimiento leve estaría hecho.

No habría forma en que pudieran obtener la localización de los Viejos Dioses de él entonces. No habría forma en que él fuera responsable del inicio de otra Ruina, otra invasión de las tierras de la superficie por estos monstruos. Tenía que asumir que no podían simplemente leer su mente de algún modo, o ya lo habrían hecho, ¿pero quién sabía qué trucos tenía el Arquitecto? Mejor que ese conocimiento muriera con él aquí.

Apretando sus dientes, alzó la espada, la curva de la punta cubriendo su garganta casi a la perfección. Dirigirse fuera hacia los Caminos de las Profundidades para morir luchando no había sido idea suya. Eran los siglos de tradición de los Guardas Grises los que le habían forzado, y reluctante había accedido, como había accedido a todo en su vida. Era mejor así. La hoja temblaba. Un gemido de desesperación se le escapó y empezó a temblar. Dejó caer la espada a su lado, cerrando sus ojos mientras los sollozos movían su cuerpo.

Los engendros tenebrosos empezaron a caer hacia él desde ambos extremos del pasadizo, pero él apenas se dio cuenta. Se quedó adormecido en las escaleras y esperó, la negrura cerrándose en su mente. El sonido de zumbido alcanzó un crescendo, una urgencia que tiraba de los bordes de su consciencia y la hacían fina.

Estaba dentro de él.

De una vez, los engendros tenebrosos se lanzaron sobre Bregan y tiraron de él hacia el suelo. Mordieron su carne, y varios objetos afilados se hundieron en él dolorosamente. No gritó y no se resistió. La piedra brillante fue lanzada lejos, y mientras la oscuridad se volvía total algo le golpeó en la parte trasera de su cabeza.

Era mejor así.

3

Aquellos hacia los que habían bajado los ojos,
los demonios que serían dioses,
Empezaron a susurrar a los hombres
desde sus tumbas dentro de la tierra.
Y los hombres de Tevinter lo escucharon,
y alzaron altares para los supuestos dioses una vez más,
Y a cambio se les dieron, en susurros,
los secretos de la magia más oscura.

—Cántico de Threnodies 5:11

Duncan se sentó en el pequeño bote, bastante miserable y seguro de que se volcaría en cualquier segundo y tiraría a todos los que estaban a bordo hacia el Lago Calenhad. El viaje al oeste desde Denerim había llevado varios días, y no estaba siquiera seguro de por qué se molestaban. Si el Primer Encantador Remille hubiera querido darles algo, ¿por qué no lo había llevado con él a la capital? Parecía no tener sentido arrastrar a los Guardas Grises en su camino, incluso si la entrada de los Caminos de las Profundidades supuestamente no estaba lejos de aquí. Si el tiempo era tan justo como Genevieve seguía clamando, parecía como si tuviera más sentido ir tras su hermano ahora.

Pero no. En su lugar estaba forzado a apretarse en un bote que sólo tenía sitio para el Rey y el compañero fornido con el remo, congelándose mientras navegaban de camino por el lago. El viento ululaba ferozmente, y con cada ráfaga Duncan se estremecía. En realidad, no podía *parar* de temblar, incluso con la capa de piel que el Rey le había dado para envolverse. ¿Era todo frío en este país?

Trozos de hielo flotando chocaban contra el bote con una fuerza alarmante y con regularidad. El remador fue forzado a concentrarse en su tarea, sudando con el esfuerzo. A veces hacía poco más que empujar el hielo lejos del bote con su remo. Otras veces empezaría a remar furiosamente, sólo para invertir su ruta un momento más tarde. ¿Qué ocurría si el lago se congelaba por completo? ¿La gente simplemente caminaba hacia la torre, entonces?

Sólo el Rey parecía imperturbable por toda la experiencia.

Había estado en silencio desde que dejaron la ciudad, principalmente manteniéndose reservado y preguntando muy poco de su guardián asignado… algo que Duncan aprobaba de corazón. Una o dos veces el Rey había hecho algunas preguntas de prueba sobre los Guardas Grises, preguntas que Duncan había contestado alerta. Genevieve le había advertido que el Rey lo haría, y en el mismo aliento había dicho que Duncan debía decirle al hombre lo menos posible. El Rey meramente se había encogido de hombros ante las respuestas. No parecía esperar más.

Eso hizo varios días de silencio, sin embargo. Habían abandonado Denerim por el Camino del Norte, viajando rápidamente por el Litoral.

No estaba muy ocupado en esta época del año, de acuerdo a Genevieve, y eso significaba que había menos probabilidad de que fueran seguidos o reconocidos.

Una vez que llegaron las nieves, la mayoría del tráfico se resumía en los robustos barcos que navegaban por el Mar del Despertar. Habían visto sólo un puñado de otros, mercantes envueltos en lanas tirando de sus carros, y peregrinos forzados a esperar hasta casi que fuera demasiado tarde en la estación para viajar. Ninguno de ellos había siquiera mirado hacia ellos.

Los enanos no cabalgaban muy bien, pero Utha hizo lo que pudo por sufrir la indignidad en silencio. En realidad, Duncan pensaba que cabalgaba más grácilmente que los otros enanos que había visto hacerlo. Normalmente su gente prefería montar en carruajes o carros, y no en los propios animales, aunque había oído que en Orzammar los enanos a veces cabalgaban sobre bueyes. Había preguntado a Utha sobre eso una vez, y de su sonrisa podía decir que encontraba su pregunta entretenida. ¿Quizás no era cierto? No lo sabía; él no había estado nunca en Orzammar.

Kell recuperó a su perro de guerra, Hafter, tan pronto abandonaron el palacio. Era un perro gigante, todo músculos y dientes y un pelo gris desgreñado. Duncan no tenía ni idea de qué raza de perro se suponía que era Hafter, sólo que podía desgarrar la garganta de un hombre en defensa de su maestro. De hecho, Duncan lo había visto hacerlo. Hafter saltaba felizmente junto al caballo del cazador, con la larga lengua colgando fuera de su boca. Uno nunca imaginaría que el perro feliz pudiera transformarse en un asesino a la más mínima orden.

Julien y Nicolas se mostraban reservados, como a menudo lo hacían.

Duncan suponía que habían luchado espalda contra espalda durante tanto tiempo que simplemente se habían acostumbrado a la compañía el uno del otro. A veces Genevieve cabalgaba con ellos, pero normalmente ella cabalgaba al frente con Kell.

Allí mantenía su mirada intensamente fija en el horizonte, como si por pura fuerza de voluntad pudiera de algún modo acercarlo más.

Normalmente Duncan habría cabalgado con Fiona, y habrían hablado amistosamente durante el viaje mientras los Guardas Grises más silenciosos les disparaban miradas oscuras. Había llegado a conocer a la maga elfa bastante bien en los meses desde que se uniera a la orden. Ahora, sin embargo, ella la mayoría de las veces permanecía lejos. En las pocas ocasiones que él llegaba a hablarle, ella parecía agitada, y tan pronto el Rey Maric volvía al lado de Duncan, Fiona fruncía el ceño y apartaba su caballo. Ella no intercambió ni una sola palabra con el hombre, y bruscamente ignoraba cualquiera de sus intentos de hacer conversación.

El Rey le había mirado confundido, y se había encogido de hombros en respuesta. ¿Quién podía decir por qué la elfa hacía cualquier cosa? Él no.

La primera noche que pasaron en una aldea había sido incómoda, por decir algo. A Genevieve no le había gustado la idea de ser expuesta, pero ellos habían dejado la ciudad

demasiado deprisa como para equiparse apropiadamente. Una noche tensa la habían pasado en un hostal, el Rey encapuchado y mantenido lejos de los ojos observadores. Duncan había descansado en el suelo de madera junto al catre del Rey, temblando y maldiciendo el clima helado Fereldeño que se colaba a través de las mantas harapientas y hacían una noche insoportable de insomnio.

Después de que evitaran la mayor parte de pequeñas aldeas que punteaban el camino, bordeando el límite del Bannorn central mientras se dirigían al oeste. Sólo una vez insistió el rey para que se detuvieran en una granja particular en las afueras. Parecía común para Duncan, sólo un edificio hecho de piedra blanca agrietada y desgastada y pastos vallados entregados principalmente a las cabras y ovejas.

Quien había dentro no lo podía adivinar nadie, y los Guardas Grises esperaron fuera a que el Rey terminara con sus asuntos. Fiona se había quejado del breve retraso incluso más que Genevieve, y su ceño fruncido hacia el Rey Maric una vez que volvió dejó poco a la imaginación de lo que pensaba de todo el asunto. Él la ignoró, y ella pasó la siguiente hora susurrando una queja enfadada a la Comandante con la suficiente fuerza como para que el resto de ellos la escucharan. Duncan suponía que era intencionado.

Después Genevieve les había llevado a paso ligero, deteniéndose para acampar sólo cuando estaba absolutamente demasiado oscuro como para cabalgar y sin piedad levantándoles tan pronto como una lámina de sol se veía en el horizonte. Duncan se alegraba de hacer la mayoría de las quejas, no es que nadie le escuchara. Estaban todos exhaustos y tensos. Cuanto más tiempo pasaba, más nerviosa se ponía Genevieve. Finalmente alcanzar las costas del Lago Calenhad había sido un alivio.

Ahora el Rey Maric se sentaba ni a un pie de distancia de Duncan en el pequeño bote, mirando al lago con sus ojos medio cerrados mientras el viento bañaba su cara y ondeaba su pelo rubio. Parecía obtener placer de ello, observó Duncan, e incluso después de dejar su capa de piel no parecía ni lo más mínimo molesto por el frío.

El Rey aparentemente se percató de que estaba siendo observado, y miró a Duncan en respuesta. Duncan probablemente debería haberse sentido cohibido al ser pillado, pero no lo hizo. Para un rey, este compañero era un hombre muy raro. ¿Quién había oído de un rey levantándose y abandonando su palacio, dirigiéndose a un posible peligro sin mucho más que un mandado? Su grupo había sido expulsado de Denerim como criminales, y ni siquiera el Teyrn Loghain apareció para darles un fruncir de ceño apropiado. Era muy probable que nadie supiera que el Rey se había ido. El hombre merecía admirarse.

—¿Tienes curiosidad por algo? —preguntó a Duncan, ligeramente entretenido. Su aliento salió en una bocanada de fina niebla.

—¿Eso es platerita? —preguntó Duncan, señalando a la armadura del Rey, el traje de places más fino que jamás había visto. Parecía ligero así como cómodo, y reflejaba la tenue luz del sol con un brillo que no podía evitar verse. La cantidad que tal traje de armadura alcanzaría en el mercado negro aturdió su mente.

—Lo es. No la he llevado desde la guerra, sin embargo. Me sorprende que aún me esté. ¿Has visto platerita antes?

Duncan sacó una de sus dagas y se la mostró al Rey, que alzó sus cejas con sorpresa. Estaba hecha de platerita, también.

—Tengo dos de esas, —explicó Duncan.

—Estás lleno de sorpresas. ¿Debería preguntar de dónde las conseguiste?

—Puedes hacerlo si quieres, pero no te lo diré.

El Rey sonrió con superioridad.

—¿No se supone que tienes que hacer lo que te pida? Me parece recordar que se mencionó eso en algún punto.

—Está bien. Las compré con la vasta fortuna que me quedó de mis padres. Una vez fueron los gobernantes el Príncipe y la Princesa de Antiva hasta que injustamente fueron destronados y un día volveré para clamar mi trono.

El Rey Maric se rió entre dientes con gracia, y por un momento Duncan pensó que quizás este Rey no era tan mal compañero después de todo. Entonces, mientras otra ráfaga de viento helado soplaba por el bote y hacía temblar los dientes de Duncan, la vida se drenó de la sonrisa de Duncan. Una sombra pasó tras los ojos del hombre, y él se giró para mirar sombríamente al agua una vez más.

—Yo no lo recomendaría, —murmuró él.

Estaba resultando difícil reconciliar a Maric el Salvador —el hombre que, de acuerdo a todo el mundo, había luchado con una mano para recuperar su nación de los Orlesianos y luego la había reconstruido en una fuerza a tener en cuenta— con el triste compañero que se sentaba junto a él. ¿Quizás no debía haber mencionado nada sobre un trono? Quizás los tronos eran malos.

—Mis probabilidades son bastante malas en cualquier caso, me han dicho. —Duncan sonrió en disculpa—. Y Antiva es un lugar terrible. Todo lleno de asesinos y… Antivanos. Así que quizás estoy mejor fuera.

El remero miró atrás, soplando y resoplando por el cansancio mientras remaba, pero no hizo ningún comentario de su intercambio. Duncan no estaba seguro de que el hombre supiera que estaba llevando al Rey de Ferelden por el lago, para ser honestos. Genevieve había hecho todos los arreglos y ya había ido por delante con el Primer Encantador.

El Rey estuvo en silencio durante varios minutos, simplemente mirando al lago. Justo cuando Duncan pensó que probablemente debería volver a temblar con sus pieles, sin embargo, el hombre se giró abruptamente e hizo una pregunta.

—¿Qué son los engendros tenebrosos, exactamente?

—¿No lo sabes?

—Los he visto, —admitió él—, y me han contado un poco sobre ellos en aquel entonces, pero vosotros sois los Guardas Grises. Vuestra orden ha estado tratando con ellos durante siglos. Debéis saber más sobre ellos que nadie.

Duncan se rió entre dientes.

—Son monstruos.

—¿Y?

—¿Y qué? Soy Guarda Gris desde hace seis meses, quizás.

—¿Así que eso es? ¿Eso es todo lo que sabes? ¿Que son monstruos?

Duncan se frotó la frente, tratando de pensar. Era difícil cuando hacía tanto frío. Nevaba en Val Royeaux de cuando en cuando, pero cuando lo hacía todo el mundo se quedaba dentro de casa y el distrito del mercado se cerraba. Aquellos eran días difíciles para ser un carterista.

—Bueno, veamos. ¿Sabes sobre los magisters, supongo?

—Sé lo que el Cantar de la Luz dice de ellos. Dice que los magos de Tevinter se volvieron lo suficientemente atrevidos como para abrir un portal al cielo para poder usurpar el trono del Hacedor, pero en su lugar lo corrompieron con su pecado.

Él asintió.

—Y fueron corrompidos en su lugar, cierto. El primer engendro tenebroso. ¿Qué hay de malo en esa historia? ¿No es suficiente para ti?

El Rey le miró con curiosidad.

—¿No parece, no sé… un poco trillada?

—¡No dejes que los sacerdotes te escuchen decir eso! —se rió Duncan.

—Pero debe haber más en ello. ¿Por qué hay tantos? ¿Cómo viven?

Duncan extendió sus manos indefenso.

—Estás hablando con el Guarda Gris equivocado. Todo lo que yo sé es que los engendros tenebrosos pasan todo su tiempo buscando a los Viejos Dioses.

—¿Eso es? ¿Nada más? Deben ser aburridos en las fiestas.

—Eso es bastante cierto. No *piensan*, exactamente.

El Rey Maric le dio una mirada significativa.

—Pero toman prisioneros.

Él se encogió de hombros, evitando la mirada del hombre.

—Aparentemente.

Durante otra hora se sentaron en silencio, Duncan observando el Bastión de Kinloch alzarse más y más alto ante ellos. La aguja fina parecía alzarse en medio del lago, y se preguntó levemente cómo los magos la habían construido allí. ¿Habían utilizado la magia para alzarla de la roca? Esta torre parecía elegante, al menos desde lejos. De cerca estaba desgastada y manchada, la estructura más amplia en la base se apoyaba sobre una isla rocosa casi completamente cubierta de nieve.

Los únicos sonidos eran los bajos silbidos del viento y el chapoteo rítmico causado por los remos. Pasaron directamente bajo lo que una vez había sido una gigante carretera elevada que llevaba desde la costa de camino hacia la torre. Ahora era sólo un arco derrumbado, uno de varios. El hecho de que estuviera incluso parcialmente en pie tras tantos siglos era probablemente un tributo a la habilidad de aquellos que lo habían construido supuso Duncan. No podía empezar a imaginar por qué no reparaban el puente de forma que estos largos viajes en barco no fueran necesarios.

¿Quizás ya no sabían cómo? Quizás habían olvidado por qué habían construido una torre gigante en medio de un lago, también. Ese pensamiento le daba bastante entretenimiento.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó al Rey.

—Una vez durante la guerra. Entonces de nuevo para el funeral del Primer Encantador, aunque no fuimos dentro. De otro modo la Capilla objeta que venga aquí, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso hay magos dentro que hayan aprendido un hechizo o dos que no deberían. No estaría bien que al Rey de Ferelden le controlaran la mente, ¿no?

Los ojos de Duncan se abrieron un poco más.

—¿Pueden hacer eso?

—Creo que es más importante que la Capilla crea que pueden.

Duncan había oído de la magia de sangre. Era como los antiguos magisters doblegaban todo Thedas a su voluntad, utilizando la sangre de sus sacrificios para alimentar su magia y abrir portales al cielo. Eran responsables de las Ruinas, de acuerdo a la Capilla.

Andraste había acabado con los magisters con esa acusación, clamando que la magia era para servir más que para gobernar. Era un grito rápido que se esparció por todo Thedas. Era el motivo por el que tales torres como hacia la que se dirigían ahora existían.

En tales lugares los magos podían ser entrenados, y, más importante, observados de cerca. Si la magia de sangre significaba que los magos realmente podían controlar la mente de alguien, quizás los sacerdotes tenían buenos motivos para tener sospechas.

—He estado en una de las torres del Círculo una vez, —explicó Duncan.

—Era la de fuera de Montsimmard, pero no era para nada como esta. Más una fortaleza. Ahí fue donde Fiona fue reclutada.

El Rey le miró confundido.

—Fiona. ¿Esa es la mujer elfa?

—Esa es.

Duncan alzó la mirada a la torre de nuevo, que ahora se alzaba alta y tapaba gran parte del cielo. Se habían agrupado a su sombra, y Duncan podía entrever la cueva hacia la que se dirigían en medio de las rocas afiladas. Supuestamente la base de la torre estaba allí, así como un lugar para aparcar el bote. Si no, sin duda chocarían con las rocas y se ahogarían. Parecía lo suficientemente simple.

—Fueron un regalo, —dijo finalmente Duncan, rompiendo el silencio.

El Rey parecía honestamente sorprendido.

—¿Un regalo?

—Mis dagas. Genevieve me las dio.

—Es un regalo bastante bueno.

—Quizás. Eran una disculpa. O al menos pensé que lo eran.

Ahora el Rey estaba realmente interesado.

—¿Una disculpa? Tu comandante no tiene pinta de ser del tipo de mujer que hace eso a menudo.

—No lo es, —dijo planamente Duncan. Él volvió su atención al agua ondulándose por el lateral del bote, y el Rey le dejó estar. El bote navegó serenamente pasando una roca puntiaguda que sobresalía del agua, algas pegajosas se amontonaban alrededor y se aferraban a sus laterales. Una gaviota sucia se asentó en la roca y le miró con curiosidad, inclinando su cabeza a un lado. Duncan la ignoró y se encogió miserable en su piel mientras otro viento helado cortaba por el lago y penetraba en su piel.

—Es un error traerle con nosotros, —dijo Fiona a Genevieve mientras esperaban en los muelles bajo la torre. Las paredes de la caverna resbaladizas con la humedad se alzaban sobre sus cabezas, bañadas en el brillo naranja de las linternas mágicas. En Orlais había calles enteras iluminadas por tales dispositivos, los distritos más ricos de todo el Imperio. Allí al Círculo de Magos se le pagaba generosamente para mantener las linternas encendidas, y una vez al mes en la madrugada un montón de jóvenes aprendices hacían sus rondas bajo los ojos observantes de un guardián templario. Cada linterna era comprobada para ver si el trozo de caliza especialmente encantado de dentro había perdido su dweomer, y lo reemplazaban si era así. Era un proceso meticuloso, y la élite del Imperio tenía un gran orgullo del hecho de que pudieran permitirse tal extravagancia salvaje.

Que tales linternas existían dentro de las paredes de la torre de los magos, sin embargo, era difícilmente indicativo de su riqueza. Aquí era simplemente oportuno. Fiona sospechaba que, al contrario que en Orlais, la torre era el único lugar en el que vería tales dispositivos en Ferelden. La idea de que los locales prácticos voluntariamente gastaran dinero en tales lujos, incluso si tenían algo que gastar, parecía risible.

Genevieve poco sorprendentemente ignoró el comentario de Fiona, manteniendo sus brazos cruzados mientras observaba la apertura que llevaba a la caverna.

Ella esperó a la llegada del Rey con la misma intensidad inquebrantable con la que lo hacía casi todo. Fiona había explicado su objeción a la presencia del Rey tres veces ya desde que abandonaran Denerim, y cada vez la comandante de los Guardas Grises le había respondido con poco más que indiferencia. Sin duda era bastante consciente de todos los motivos de por qué llevar a la realeza a su excursión podría considerarse poco sabio, y procedía de todos modos.

Fiona frunció el ceño y se apartó de la Comandante antes de que dijera algo a la mujer de lo que se pudiera arrepentir. No había sido la primera vez que había dicho lo que pensaba sin pensárselo. Era mejor no darse la oportunidad de hacerlo de nuevo.

La plataforma del muelle era un bloque sólido de piedra, los postes de madera se espaciaban regularmente junto al borde del agua para ofrecer algo a lo que atar un bote. Como si hubiera necesidad de más de uno, considerando que sólo operaba un único ferri fuera del diminuto caserío del borde del lago.

El par de tipos hoscos en la posada habían prestado poca atención a los Guardas Grises, evidentemente acostumbrados a la gente extraña yendo y viniendo.

Habían sido forzados a cruzar las heladas aguas de dos en dos. Lo que ocurriría si hubiera alguna necesidad apremiante de llevar a más gente a la torre a la vez, o quizás fuera de ella, realmente no podía imaginarlo.

¿Quizás era como lo preferían? Donde Fiona había sido entrenada, confiaban en altas paredes de piedra para mantener las sospechas del mundo exterior a raya. Sin duda todo un lago funcionaba igualmente bien.

La plataforma estaba amontonada de viejas cajas y carretillas, así como varias herramientas que podrían ser utilizadas para llevar los bienes que llegaban a la torre. ¿Llevaban todos los suministros que necesitaban por el lago en un viaje cada vez, también? Ella imaginaba que los barcos siempre podían venir desde Risco Rojo al sur, pero eso sería un largo camino para navegar. El remero debería estar muy ocupado ciertamente. Un gran montaplatos estaba cerrado tras una puerta combada de Madera gris, mientras un juego de escaleras amplias se curvaba hacia arriba y fuera de la vista en las sombras.

Incluso con las luces místicas, este era un lugar tenue y olvidado. El ritmo estacato de las gotas golpeando la superficie del lago era constante y casi enloquecedor. El agua estaba amontonada de trozos de restos que se encharcaban en los bordes, golpeando húmedamente contra la piedra con un eco susurrante que hacía que se le erizara la piel. El olor a aceite húmedo y fétido era casi abrumador.

Fiona había jurado que no pondría sus pies en otro Círculo después de convertirse en Guarda Gris, nunca, y aún así aquí estaba. Había dado voz a sus objeciones en ese aspecto a Genevieve también, pero la respuesta había sido poco mejor. Su misión era vital. El tiempo era vital. Genevieve bien podría haber tenido esas palabras grabadas en su carne, ella las repetía a menudo.

La posibilidad de que hubiera alguna verdad en ellas hacía temblar a Fiona.

Había visto un engendro tenebroso sólo una vez en toda su vida, en la misma madrugada en que se había unido a la orden. No había sido una Guarda Gris demasiado tiempo como para repetir la experiencia, y por eso se consideraba afortunada. Los pocos relatos que había escuchado de las criaturas decían todos lo mismo: Los engendros tenebrosos habían sido derrotados por la orden del todo hace mucho, mucho tiempo, para nunca volver a alzarse.

Ahora le habían dicho otra cosa. Los Guardas Grises le habían hecho aceptar el hecho de que todo un ejército esperaba la oportunidad para esparcirse sobre las tierras de la superficie de nuevo como un enjambre de langostas. Era cierto, y necesitaban ser detenidos, sin cuestionarlo.

¿Pero por qué requería la compañía de un rey humano hacerlo?

Dejó a Genevieve en el borde y caminó enfadada de vuelta a Kell, que se inclinaba casualmente contra una pared alejada, sus brazos cruzados y su cabeza gacha. La capucha del cazador estaba puesta, y bien podría haber estado durmiendo. Fiona había visto al

hombre dormir de pie ante; era casi imposible decirlo. Incluso en el descanso había una tensión en su postura, como si pudiera saltar a la acción en cualquier momento.

El perro de guerra gris de Kell estaba acurrucado a sus pies. Hafter, al menos, estaba roncando abiertamente, sus pezuñas traseras retorciéndose ligeramente mientras dormía.

Cada vez que veía a la bestia se maravillaba de lo enorme que era. Nunca habría pensado que un perro pudiera ser una amenaza creíble contra un guerrero armado, pero la primera vez que vio a Hafter corriendo hacia un oponente con sus colmillos expuestos, rápidamente volvió a pensarse esa opinión.

De donde ella venía, no permitían perros. Ella había conocido a un gato callejero una vez, una cosa delgaducha a la que había pasado mordiscos de la cena. El gato siempre sabía que podía venir, y cada noche sin error se sentaría allí a la luz de la luna esperando. Se despertaría al verla, y cuando se acercara se ondularía eufórico entre sus piernas. Para Fiona, el gato era un tesoro secreto en un mundo de fealdad.

Y entonces una noche no estaba allí. De algún modo sabía que se había ido para siempre, aún así continuaba saliendo noche tras noche en desesperación. La última noche incluso había evitado su cena por completo, guardándose el par de cerdo grasiento con la idea de que quizás una ofrenda mayor atraería al gato de vuelta a su lado.

Encontrando sólo oscuridad en el exterior, había limpiado las lágrimas amargas y rezado al Hacedor. Quizás en Su infinita sabiduría Él podría ser digno de cuidar de un gato callejero solitario, donde fuera que estuviera. Sus susurros febriles atrajeron la atención de un vagabundo cercano, un elfo que había perdido una de sus extremidades y por lo tanto ya no podía siquiera trabajar en uno de los trabajos domésticos que se le permitía a su gente. Sin duda olía al cerdo que llevaba, ya que le dio un empujón y se lo robó. Ella había huido gritando de vuelta a su choza familiar.

Nunca volvió a ver al gato. Cuando era una niña, su mente se había alejado de la verdad, prefiriendo creer que el gato había encontrado un camino pasando los altos muros que rodeaban la elfería.

Con seguridad había viajado bravamente hacia la parte humana de la ciudad con toda su comida fina y ratones gordos. Ahí un gato podría vivir como una reina, atiborrándose con los despojos que eran arrojados por humanos ignorantes que podrían hacer a un elfo babear de envidia. Su mente adulta ahora sabía más, la pobre criatura probablemente había sido atrapada por el mismo vagabundo que la había atacado. La mayoría de los elfos que conocía eran demasiado orgullosos para depredar alimañas y animales callejeros, pero no todos. Que su padre hubiera conseguido escudarla de esa desesperación tanto como lo había hecho, la sorprendía aún. Después de su muerte, todo eso cambió.

Fiona se arrodilló y lentamente frotó su mano por la piel áspera del perro. Su retorcer se frenó, y en su sueño gimió suavemente. Cuando ella alcanzó la parte trasera de una oreja, medio se despertó y dobló su cabeza hacia dentro con placer. Ella sonrió y le rascó bien.

—Lo estás consintiendo, —llegó la voz suave de Kell.

Ella alzó la mirada al cazador. No se había movido, pero ahora podía ver sus ojos pálidos observándole con una sonrisa seca. Kell era un hombre de pocas palabras, había averiguado ella, pero siempre conseguía hacer que se supiera su opinión.

—Merece que le consientan un poco, —ella se rió entre dientes—. Lucha a nuestro lado en combate. Un día dará una bocanada de sangre de engendro tenebroso y ese será su fin. —Mientras le rascaba, el perro perezosamente rodó sobre su espalda. Sus piernas musculadas se alzaron en el aire y él hizo un gruñido mono, adormilado. Ella juguetonamente frotó su tripa.

—Hafter es tan Guarda Gris como el resto de nosotros.

Fiona estaba sorprendida por eso.

—¿Quieres decir que él…?

Él asintió.

—Dudo que su sangre emponzoñada sea la que se lo lleve al final, aún así. —Con una bota de cuero Kell extendió el pie y empujó afectuosamente el perro por las costillas. Hafter abrió sus ojos y movió su cabeza hacia atrás para mirar con adoración feliz a su maestro. Ella lo encontró una expresión peculiar para una bestia tan poderosa, una tan obviamente criada para el combate.

—No más que el resto de nosotros, seguro. ¿No están todos los Guardas Grises destinados a morir en combate contra los engendros tenebrosos?

—No todos, —murmuró él, señalando con la cabeza hacia donde la Genevieve de pelo blanco aún permanecía—. No ha habido ninguna Ruina para que la orden combata en siglos. Muchos de nosotros viven lo suficiente como para hacerse viejos, sin importar lo mucho que intentemos que sea de otra forma.

—¿Y entonces qué? ¿Tomamos la Llamada?

Él alzó una ceja.

—¿Tú no lo harías?

No estaba segura de cómo responder a eso. Habiéndose convertido en Guarda Gris recientemente, la idea de que pudiera un día vivir lo suficiente como para que la ponzoña oscura le forzara en tal elección parecía imposible. Aún así si ocurría, si la inmunidad pudiera desgastarse un día… el pensamiento le hacía estremecerse. Había visto lo que le ocurría a la mayoría cuando se infectaban con la corrupción de engendro tenebroso. Sabiendo que tal vileza ahora nadaba en su sangre le hacía estremecerse.

Aún así, no podía llegar a amargarse por ella. Estaba agradecida por ser una Guarda Gris. Más agradecida que la mayoría.

Fiona dio unos golpecitos a Hafter en su tripa para indicar que había acabado, y él suspiró contento y rodó de vuelta. Sus grandes ojos marrones miraron a Kell en un placer silencioso buscando más rascadas. En respuesta, el cazador extendió un brazo hasta un saco del cinturón y sacó un trozo de carne.

El enorme perro saltó a la vida inmediatamente, las orejas levantadas como si esperara ansiosamente la recompense. Fiona casi fue tirada al suelo.

—Mis disculpas, —ofreció Kell, lanzando la carne abajo. El perro lo atrapó antes de que siquiera tocara el suelo. Difícilmente parecía que le fuera a llevar más de un momento tragárselo, pero su dignidad canina exigía que trotara lejos para masticar en privado tras la esquina.

Fiona sonrió y se levantó de la piedra, frotando algo del polvo y la tierra de sus manos. Ella se giró hacia Kell, insegura de si debería hablar, y él la miró expectante.

—¿Qué piensas de que este rey esté con nosotros? —preguntó ella.

—Pienso que deberías hablar con Genevieve de eso, y no conmigo.

—¿No piensas que le iría mal a los Guardas Grises si el Rey de Ferelden muriera en nuestro cuidado? ¿Es eso lo que realmente queremos?

—¿Es esa de verdad tu objeción?

Ella frunció el ceño. Kell la miró sin ninguna sombra de burla, y finalmente ella suspiró y se giró para mirar en dirección a la Comandante.

—No pienso que ella siquiera se preocupara si lo fuera. —Su voz llevaba menos amargura de lo que sentía.

Si Genevieve escuchaba, no daba señal de ello. Se quedó donde estaba, mirando resuelta hacia la tenue caverna. Sería difícil que no lo hubiera escuchado, sin embargo. Irracionalmente, Fiona deseó poder perforar la actitud de hierro de la mujer sólo una vez. La ira silenciosa que veía tras aquellos ojos la aterrorizaba, pero sería casi mejor que la espera. Un día la Comandante se rompería, toda esa rabia que había alisado tras una capa de competencia fría herviría hasta la superficie como un volcán, y todos lo pagarían.

—Ella va a hacer que nos maten, ya lo sabes, —murmuró ella, lo suficientemente fuerte para que no hubiera forma en que Genevieve pudiera evitar oírlo.

—Al Rey, también. Sólo espera y mira. —Fiona la observó de cerca, pero la mujer ni siquiera parpadeó.

La sonrisa de superioridad de Kell le dijo a Fiona lo que pensaba de sus valientes palabras, pero declinó añadir su propio comentario. Mientras Hafter trotaba de vuelta en su dirección, el morro olfateando alocadamente con la esperanza de que otro trozo de carne pudiera manifestarse, Kell señaló con la cabeza hacia la caverna, Fiona ya escuchaba los chapoteos rítmicos del bote aproximándose.

Parecía que el Rey finalmente había llegado.

—Oh, qué alegría, —se quejó ella bajo su aliento.

Genevieve se tensó, mirando de vuelta hacia ellos con una mirada férrea.

—Kell, informa al Primer Encantador de que llegaremos en breve. No deseo quedarme más tiempo del que debamos.

El cazador silenciosamente se desvaneció por la escalera, el perro de guerra trotando tras él. Fiona y Genevieve cruzaron sus miradas sólo por un segundo, y aún era tiempo suficiente para que Fiona se estremeciera ante lo que vio allí. ¿Había comparado a la mujer con un volcán? Era más como una placa de hielo, la niebla helada envuelta a su alrededor como una manta, avanzando inevitablemente por la superficie del agua en busca de un bote indefenso para aplastar bajo su inmenso peso.

El ferri lentamente llegó a la vista, punteando la entrada de la cueva por un momento mientras el remero remaba por las aguas oscuras.

El pobre Duncan encogido en una capa de piel, mientras el Rey Maric se sentaba junto a él, aparentemente sin ser afectado por el tiempo. Fiona mantuvo su cara deliberadamente neutral. Su padre siempre le había reprendido que todos y cualquiera podía leer cada una de sus opiniones en su cara como un libro abierto. Normalmente Fiona consideraba que eso era una fortaleza más que una debilidad, pero quizás un toque de la inescrutabilidad de Kell sería aconsejable, considerando que el Rey era un hombre que podía convertir todas sus vidas en una pesadilla en vida si lo decidía.

Le llevó sólo un par de momentos al bote golpear con fuerza contra la plataforma. Una cuerda estaba atada al poste, y ambos ocupantes desembarcaron con la ayuda de Genevieve. Duncan se quitó la capa de piel y reluctante se la devolvió al Rey, que estaba mirando alrededor de la caverna con admiración.

—La última vez que vine aquí era invierno, también, —señaló él—. Pero creo que lo han hecho más grande desde entonces. ¿Pueden hacer eso? Probablemente pueden hacerlo.

Genevieve ignoró su pregunta.

—Maric, deberíamos proceder. No deseo pasar aquí la noche, si podemos evitarlo.

—¿Quieres decir que vamos a remar de vuelta de inmediato? —Gritó Duncan con desesperación—. ¿Por qué no simplemente me dejasteis en la posada?

Ella le lanzó una mirada directa.

—¿Para hacer qué? ¿Proteger a las gallinas?

Él no discutió, simplemente se desplomó sobre su propia miseria de una forma que casi hizo reír a Fiona. Duncan sólo era un puñado de años más joven que ella, pero había veces que parecía más un chico que un hombre. Ella sabía que había mucho más en él que eso. En el lugar en el que había crecido… era el tipo de lugar que forzaba a uno a madurar rápidamente. Fuera lo que fuera lo que sufría Duncan, no era ingenuidad.

—Sería más amable noquearle para el viaje de vuelta, —sugirió Maric con una sonrisa maliciosa.

—Creo que sobrevivirá. —Genevieve se giró y marchó por las escaleras sin esperar a ver si estaban siguiéndole. Duncan trotó tras ella, y mientras los dos desaparecían Fiona con retraso se dio cuenta de que el Rey no se había movido. Le habían dejado sola con él.

El hombre no hizo ninguna indicación de un deseo de ir, en lugar de quedarse ahí junto al borde del agua y observarle con una extraña mirada que no podía descifrar. ¿Era rabia? ¿Preocupación? Tenía que admitir que él poseía cierto encanto, algo inesperado en un rey. Sin duda era también engañoso. Había aprendido hacía tiempo a nunca tomar a tales hombres en alta estima.

Encogiéndose de hombros indiferente, ella se giró para irse. El Rey podía quedarse en la caverna hasta que se congelara, por todo lo que le importaba. Ciertamente no sentía la necesidad de esperarle.

—Espera, —gritó de repente él—. Es Fiona, ¿no?

Fiona se detuvo, su estómago hundiéndose. En silencio maldijo su cara demasiado expresiva. *No puedes simplemente parpadear y sonreír hermosamente como cualquier zorra insulsa, ¿no? ¿Sería eso demasiado difícil como para dominarlo?* Tomando aliento de forma irregular, lentamente se giró.

—¿Hay algo que desee de mí? —preguntó ella, manteniendo su tono tan animado como se atrevía.

—¿Algo que desee? —Él parecía sorprendido por su pregunta—. En realidad esperaba que pudiéramos hablar. Tengo entendido que tienes un problema con mi presencia.

—Un hombre de su estatura no debe preocuparse con mis pensamientos.

—Buen intento. —Maric movió un dedo y caminó hacia ella. Ella se mantuvo en su posición, negándose a retirarse. Estaría condenada si se retiraba de alguien, incluso de un estúpido rey—. Debes pensar que estoy sordo, pero logré escuchar tus objeciones a tu comandante en varias ocasiones.

—¿Y? ¿Es tan irrazonable creer que traer al Rey de Ferelden a los Caminos de las Profundidades no es una buena idea?

—No si es todo lo que hay.

Fiona resopló indignada. Era algo poco femenino, sabía ella, pero su paciencia estaba rápidamente haciéndose fina. La Encantadora que la había entrenado era una mujer elegante con perfectos modales y piel de porcelana, y ella había suspirado laboriosamente cada vez que Fiona hacía tanto como alzar una ceja. Sólo había servido para hacer que Fiona lo hiciera más a menudo, aumentando así el sufrimiento de la mujer.

El remero se sentó olvidado en su bote cerca, tratando como podía de ser imperceptible. Cogió un trozo de golosina de su capa y furtivamente empezó a morderla, los ojos moviéndose hacia Fiona y Maric como si esperara que pudieran irse y dejarle con su comida. O quizás disfrutaba del espectáculo. Ella no podía decirlo a ciencia cierta.

—Me disculpo entonces, mi señor, si le he ofendido, —ella apretó una sonrisa forzada—. No ocurrirá de nuevo.

Él plegó sus brazos tercamente.

—No estoy ofendido. Si tienes algo que decir, de todos modos, entonces dilo.

Ella miró con ansias hacia la escalera. Escapar era una opción, pero entonces el Rey Maric supondría que estaba huyendo.

Simplemente regañar al hombre era tentador.

Genevieve había especificado con severidad que el hombre no debía ser molestado, en cualquier caso, y eso le hizo detenerse. Ser censurada era algo que normalmente no permitía, pero había visto a lo que le había llevado a Duncan desafiar a la Comandante. Genevieve era una de las pocas personas que respetaba.

—Mira, —empezó ella—. Esto es ridículo. ¿Por qué debería importarte lo que piense? ¿O lo que cualquiera piense, en cualquier caso?

—¿Estás evitando la pregunta? ¿Te dijo tu comandante que hicieras eso?

Imbécil perceptivo. Ella no iba a ser manipulada, sin embargo.

—¿Es esto lo que haces en tu palacio? ¿Ir sobre todos los sirvientes y encargados y preocuparte por si les gustas o no lo suficiente? Eso debe mantenerte muy ocupado.

—Creo que si uno de los sirvientes me mirara de la misma forma que tú, al menos le detendría y le preguntaría por qué. —Él se detuvo, la sonrisa irónica volviendo—. ¿O es de tu opinión que no debería importarme? ¿Sería eso poco regio por mi parte, quizás?

—Aún tengo que ver una sola cosa remotamente regia en ti. No hay razón para que empieces ahora.

—¡Oh-ho! —Él parecía desmesuradamente complacido por haber sacado algo de ella. Ella trató de recuperar su temperamento, incluso aunque podía percibir cómo se le deslizaba el control. Realmente había sido muy buena en este tipo de cosas—. ¿Hemos llegado al problema? ¿Tu estimación de mi regiedad?

Fiona puso sus ojos en blanco.

—Eso, —soltó ella ásperamente—, es un problema para tus súbditos. Lo cual no soy yo. Lo siento por ellos, sin embargo. Qué grande debe ser tener un rey que tan rápidamente los abandona para jugar a ser el héroe.

Maric se detuvo.

—¿Crees que los he abandonado? Estoy aquí para ayudar a los Guardas Grises a protegerlos.

—Por supuesto que sí, —ella se rió entre dientes incrédula—. Y no es asunto mío en cualquier caso, ¿no es así? Mis asuntos son matar engendros tenebrosos. —Ella hizo un gesto hacia las escaleras—. Y deberíamos ponernos a ello, ¿no?

—No hay engendros tenebrosos ahí arriba.

—No los hay aquí abajo, tampoco. Sólo un humano con un gran ego que insiste en agradarle a todo el mundo.

—Nunca insistí en que hicieras tal cosa.

—Entonces no deberías preocuparte por que no lo haga. —Con eso, Fiona se alejó de Maric y marchó por las escaleras. Imaginaba que él continuaba quedándose allí junto al borde del agua, mirando tras ella en confusión mientras el remero se mecía incómodo en su bote. Debería dejarle al Rey el decidir si debía quejarse a Genevieve por ser ligeramente molestado. Si alguien le preguntaba sobre ello, su opinión sería que ella pensaba que el hombre necesitaba molestarse un poco.

Maric no la siguió, al menos no de inmediato. Era un alivio, en realidad, y ella respiró un poco más fácilmente mientras ascendía hacia el corazón oscuro de la torre.

Duncan estaba haciendo lo que podía por no bostezar.

Era la única cosa que Julien le había aconsejado que no hiciera mientras los magos llevaban al Rey y a los Guardas Grises a la enorme sala de reuniones en la cima de la torre, susurrando que en esas funciones oficiales la peor cosa que uno podía hacer era

bostezar. Al principio, Duncan no pensó que el consejo fuera necesario. De hecho, le llevó todo lo que pudo evitar mirar boquiabierto abiertamente.

La sala tenía una cúpula, con una enorme ventana en la cima que permitía a la luz del sol filtrarse a través. Pilares de mármol rodeaban la sala, tras los cuales filas de bancos permitían a una audiencia de cerca de cien… y estaban llenos de gente, magos con túnicas que iban desde jóvenes aprendices hasta encantadores mayores. Una galería más alta al extremo de la sala contenía a los templarios y los sacerdotes, todos los cuales observaban con expresiones severas y con desaprobación. Qué inapropiado, pensó Duncan, que miraran al procedimiento desde las alturas.

En el centro de la cámara, en el rayo de luz del sol que brillaba desde la ventana, estaban el Primer Encantador y una Genevieve de aspecto impaciente. Los magos alrededor de la sala estaban estirando sus cuellos para mirar boquiabiertos a su grupo, y un zumbido de conversación se alzó. Duncan no podía estar seguro de si estaban más sorprendidos por la presencia del Rey o por los Guardas Grises. Los Guardas Grises eran una rara visión aquí, después de todo. Era una recepción ligeramente diferente de la que la orden recibía en otras partes.

Lo que siguió, sin embargo, fue una ceremonia lo suficientemente larga como para llevarle de un asombro chocante al completo aburrimiento. El Primer Encantador insistió en dar una charla larga, principalmente ensalzando el honor de los Guardas Grises y alabando al Rey. Duncan tenía que preguntarse cómo estaba esto bien, considerando que Maric se suponía que viajaba con ellos en secreto, pero ni Genevieve ni el Rey parecieron objetar.

Cada uno de los Guardas Grises fue llamado por el Primer Encantador por turnos y le dieron unos broches negros que habían sido fabricados especialmente para ellos. Duncan dio un vistazo de cerca al suyo y lo encontró corriente: ónix pulido, sin siquiera una forma vistosa o un embellecimiento particular. Completamente funcional.

Considerando que se suponía que debían ocultar a los Guardas Grises de ser percibidos por los engendros tenebrosos, sin embargo, eran extremadamente útiles. Claramente esto era el por qué Genevieve estaba dispuesta a retrasar su entrada a los Caminos de las Profundidades y pasar por todo el asunto de la ceremonia. Incluso mientras lentamente ella estaba perdiendo su paciencia, él podía verlo.

Al Rey Maric se le dio un saco de cuero lleno de pociones, cada una de ellas contenida en un delicado vial de cristal. De acuerdo al Primer Encantador, esta era una preciosa mezcla de hierbas que permitirían a Maric resistir la enfermedad esparcida por los engendros tenebrosos. Él era, después de todo, el único en el grupo sin la inmunidad de los Guardas Grises. Un vial entero tenía que consumirse cada mañana; de acuerdo a los cálculos de Duncan, eso significaba que el Rey tenía un suministro para dos semanas.

Más bien optimista por parte del Primer Encantador, en realidad.

El ruido monótono que continuó, Duncan lo ignoró en su mayoría, su atención vagando. En este punto los Guardas Grises estaban principalmente relegados a los laterales de algún modo, y Genevieve estaba claramente buscando una apertura para

simplemente excusarse y marcharse… no es que el Primer Encantador Remille estuviera dándole una, por supuesto.

Así que Duncan miró alrededor, mirando a los magos individuales en la multitud. Sólo había una persona en particular a la que su atención seguía volviendo: una aprendiz joven bastante hermosa con el pelo marrón enmarañado y unos ojos de cierva intensos. Y estaba devolviéndole la mirada también.

Él apartó la mirada al principio, pero sus ojos seguían siendo atraídos de vuelta a ella.

No, ella definitivamente estaba mirándole a él y sólo a él.

Entonces ella discretamente le hizo un gesto y sonrió. Él reluctante le devolvió el gesto, tratando de no sonreír demasiado alentado. Entonces siguió mirando alrededor. ¿Quizás había una salida cerca? No sabía si podía aguantar mucho más de esto.

Resultó que fue afortunado. Había una pequeña puerta ni a diez pies de donde estaba, protegida por dos solemnes templarios más abstraídos en la charla del Primer Encantador de lo que lo estaban en su deber. Lo cual le asombraba, francamente, pero cada cual a lo suyo.

Antes de que nadie lo supiera, se había ido.

Duncan sonrió con deleite mientras trepaba a través de las sombras profundas dentro de la torre. La cosa con los magos, se dio cuenta él, era que les gustaba mantener sus pasadizos bonitos y tenues. Quizás le daba un aire austero a sus estudios, o quizás sólo podían hacer tantas de aquellas lámparas con las que punteaban la torre como para proveer luz. En cualquier caso, hacía que escabullirse fuera bastante fácil.

Aquellos templarios que no estaban en la sala de reuniones no parecían del todo interesados en buscar a gente como él, tampoco. Estaban mucho más interesados en fulminar con la mirada a cualquier joven mago que pasara. Había visto a dos, uno no mucho más joven que él, y otra chica que no podía haber tenido más de diez años. Nerviosamente habían caminado junto a uno de los templarios con armadura pesada y el hombre casi les había escupido encima. Ambos se estremecieron de miedo, agarrándose a sus tomos de cuero contra sus pechos mientras corrían.

El templario sofocó su risa entretenido.

¿Cómo sería, se preguntó Duncan, ser traído a un lugar como este? Había escuchado que la gente con talento mágico era buscada mientras eran jóvenes, arrebatados de sus familias y llevados al Círculo. Allí eran entrenados para controlar su poder o morir en el intento.

Sonaba bastante como los Guardias Grises, ahora que lo pensaba.

Pasando silenciosamente por el pasillo, valientemente reptó tras uno de los guardias templarios que estaban atentos. El hombre estaba prácticamente dormido de pie, se dio cuenta Duncan, aunque tuvo que preguntarse qué era lo que necesitaba ser protegido tanto. Los templarios estaban casi por todas partes, como lo estaban los sacerdotes en sus túnicas rojas. Eran más que los magos, al menos en esta parte de la torre. ¿Temían tanto la magia?

Había conocido a alguien que podía hacer magia una vez. Un amigo que vivía en la calle como él, llamado Luc. Duncan siempre había admirado su truco para robar carteras, y entonces Duncan vio el truco. Luc ponía su mano sobre el bolsillo, y lo que fuera que hubiera dentro simplemente saltaba a su mano. Duncan le había confrontado una noche y Luc había confesado: Siempre había sido capaz de hacer un poco de magia.

El padre de Luc había sido un mago que había venido a ver a su madre en el burdel hasta que la encontró embarazada. Entonces ya no hubo mago, y su madre se preocupó constantemente de que Luc desarrollara magia por sí mismo. Así que él lo ocultó de ella, y lo ocultó de otros también. Era una maldición para él, pese a su utilidad.

Duncan no se lo había dicho a nadie, pero de algún modo el rumor se extendió aún así. Antes de que pasara mucho, algunos de los otros ladrones tuvieron sospechas. Si Luc podía hacer que las cosas saltaran a su mano, ¿de qué más era capaz? ¿Podía estar robándoles? Quizás lanzaba hechizos para hacer que lo olvidaran, o quizás fuera peligroso.

Luc se había puesto furioso con Duncan, seguro de que él era responsable de toda la atención. No importó al final. Los templarios vinieron, y cuando Luc trató de correr, ellos le abatieron. Le mataron a sangre fría, justo enfrente de Duncan. Nadie había dicho nada, por supuesto. Sólo un ladrón más pudriéndose en las alcantarillas, y este era un apóstata hasta las botas.

Duncan sabía dónde guardaba su alijo Luc, oculto en el ático de una capilla abandonada. Había ido a recogerlo, considerando que Luc ya no iba a necesitarlo, y se alegró por la cantidad de dinero que había allí. Era suficiente para pasar varios duros inviernos e incluso poner un tejado sobre su cabeza, al menos por un tiempo.

Se sentía mal por ello, aún así. Era mucho mejor que Luc aún estuviera vivo, incluso si eso significaba estar encerrado en una torre como esta.

Uno no conseguía amigos muy a menudo de donde Duncan venía.

Metió su cabeza en una cámara tenue y vio que era una biblioteca de algún tipo. Filas y filas de libros polvorientos, y mesas cubiertas de aún más libros con velas quemándose cerca hasta la nada. Duncan no estaba seguro de que un mago necesitara leer para aprender sus hechizos, pero aparentemente había un montón. Había dos magos allí ahora, hombres mayores con sus túnicas completas de encantador, ojeando varios tomos mientras un templario les miraba junto a una hoguera que rugía.

Lo bueno era que los libros no valían la pena para ser robados, así que no había necesidad de entrar.

Continuó hacia delante, evitando las grandes cámaras en la parte central de la torre ya que ahí era donde la mayoría de la gente parecía acumularse. Probablemente no necesitaba preocuparse. Casi todo el mundo estaba abajo en la planta principal con el rey y los Guardas Grises, observando cuales fueran las formalidades que el Primer Encantador había preparado para honrarles. Había hecho una cuestión simple el escabullirse. Con suerte, el parlanchín Orlesiano aún estaría hablando un rato después de

que Duncan regresara… preferiblemente con sus bolsillos llenos de cualquier baratija que encontrara aquí.

Se le ocurrió que era bastante posible que pudiera meterse en problemas de nuevo. La última vez que eso había ocurrido, había acabado de sirviente del Rey, después de todo. *Bueno*, pensó él, *simplemente tendré que asegurarme de que no me pillen esta vez, ¿no?*

Se agachó en una alcoba y se ocultó tras la estatua que había allí mientras el sonido de pasos se aproximaba. Un hombre elfo con túnicas grises pasó cerca, este con la misma expresión serena que había visto en otros vestidos de igual forma. Fiona los había llamado «los Tranquilos» con una gran cantidad de desagrado. Él había preguntado qué significaba, pero ella se negó a decirlo. Sabía que parecían actuar como los guardianes de la torre, mirando el día a día de cómo iban las cosas y actuando de mercaderes para el Círculo al mundo exterior. Aparte de eso, no tenía ni idea de por qué Fiona se estremecía cuando los veía.

Sus modales sin emoción eran enervantes; ¿quizás era eso?

Mientras el hombre se deslizaba cerca, Duncan extendió el brazo y cogió un aro de llaves que vio en el cinturón del hombre. Era una cuestión simple liberarlas con su gancho con apenas un tintineo. Duncan sonrió para sí mismo mientras el compañero siguió andando, completamente ignorante de su pérdida.

Las llaves eran grandes y de hierro, del tipo que usas en los candados y puertas. O cofres. Ese pensamiento corrió atractivamente por la mente de Duncan mientras salía de detrás de la estatua. ¿Dónde encajarían esas llaves? ¿Llegaría el Tranquilo a donde fuera que estuviera yendo y de repente descubriría que no estaban? ¿Supondría que las había perdido y volvería sobre sus pasos, o alzaría la alarma? Duncan necesitaba trabajar rápidamente.

Le llevó algún tiempo moverse a través de los siguientes niveles de la torre. Necesitaba esconderse en las sombras cada vez que algún templario deambulaba hacia él, y mientras sacaba su cabeza dentro de cada habitación que encontraba, siempre o había alguien dentro o sólo era otro almacén aburrido o algo lleno de aún más libros. Todo el mundo era tan silencioso, también, moviéndose alrededor con un susurro que parecía completamente sobrenatural. Sirvió para poner nervioso a Duncan. No es que colarse por el hogar de portadores de magia no fuera una llamada a un poco de sudor ya de por sí.

Había pequeñas escaleras laterales que llevaban arriba, permitiéndole evitar las escaleras centrales, y se percató de que mientras más arriba de la torre se movía más silencioso y abarrotado se volvía. Los pasillos eran angostos ahora, y no podía siquiera escuchar los golpes distantes de los templarios en armadura caminando por los pasillos. Bien. Eso haría las cosas más fáciles.

Las habitaciones aquí arriba parecían ser principalmente dormitorios, cada uno con un juego de camas y grandes baúles. Iban desde los caóticos a los limpios y ordenados. ¿Aquí era donde dormían los aprendices? Eso le hizo dudar un poco sobre sus probabilidades de éxito. Era improbable que los aprendices poseyeran algo de interés, con seguridad.

Pero entonces alcanzó una parte más oscura de los pasillos, donde las puertas estaban todas cerradas. ¿Los cuartos de los magos sénior, entonces? Eso era más prometedor.

Silenciosamente probó las llaves en varias de las puertas. Nada. Las llaves eran demasiado grandes, y mientras que estaba tentado de utilizar la ganzúa que tenía oculta en su cinturón, sabía demasiado poco del tipo de protecciones que estos magos podrían utilizar para proteger su privacidad. Había oído de trampas que explotaban en fuego o electricidad. Había conocido una vez a una chica, de hecho, que había muerto tratando de abrir un cofre que pertenecía a un mago. No quedó nada de ella salvo huesos calcinados y una pila de cenizas. Los guardias fueron capaces de hacer poco más salvo quedarse boquiabiertos mientras el mago responsable bajaba de su carruaje, dejando los restos de la chica volando por las calles ventosas.

Así que, no. No iba a forzar su entrada a ninguna parte. Tan enfadada como estaría Genevieve si era atrapado estúpidamente colándose por la torre de los magos, estaría completamente lívida si se mataba.

Estaba a punto de abandonar y buscar una forma de llegar incluso más alto en la torre cuando se percató de una gran puerta al extremo del pasillo. Era de al menos ocho pies de altura, y hecha de madera oscura. Tenía un pomo de latón ornado que era completamente distinto a cualquiera que hubiera visto. Más importante, tenía una gran cerradura. Del tipo en la que cabía una llave de hierro.

Sonriendo, Duncan se aproximó a la puerta e intentó insertar una de las llaves en el anillo. Se deslizó fácilmente, pero no giraba. Esperó a que el rayo de relámpagos le golpeara… y no ocurrió nada.

Silenciosamente exhaló.

Probó dos llaves más antes de encontrar una que se deslizara dentro y girara. Con un fuerte sonido de clac, la puerta se abrió hacia dentro. Se tensó, casi esperando una bestia mágica de algún tipo saltando hacia él, quizás un demonio. Se suponía que los demonios seguían a los magos como las moscas, ¿no? ¡Toda la torre podía estar llena de ellos!

Pero no ocurrió nada. Sólo era una habitación llena de sombras esperándole, y su estupidez era la única cosa que le evitaba entrar. Sacudiendo sus manos nerviosamente caminó hacia dentro.

Había una alta ventana arqueada que dejaba entrar una leve luz, y a través de ella Duncan apenas podía atisbar el lago abajo y la sombra de la tierra en el horizonte. Las contraventanas estaban abiertas, y una brisa helada hizo que temblaran contra la pared con un ritmo irregular. Él se estremeció, entornando los ojos para ver todo lo demás en la habitación.

Había una cama vistosa, con el tipo de postes bañados en oro que había visto en Orlais de cuando en cuando. Un escritorio hecho de madera rojiza que no reconocía, cubierto de un conjunto de pergaminos y tomos de cuero. El tintero de plata podía alcanzar un buen precio, pensó él, pero no lo suficiente como para que mereciera la pena robarlo.

Un enorme ropero estaba abierto, lleno principalmente de —sin sorpresas— capas y lanas y más túnicas de mago, pero mientras Duncan se acercaba se dio cuenta de algo. Varias de esas túnicas estaban ornamentadas exactamente de la misma forma que las del Primer Encantador.

¿Era este su cuarto? La idea le excitaba tanto como le aterrorizaba.

Tenía sentido. Había un número de pequeñas estatuas por la habitación, todas mujeres elegantes talladas en marfil. Exactamente el tipo de cosas que estaba de moda justo ahora entre la nobleza Orlesiana, o eso le habían dicho. El escudo en la pared parecía grande, y caro. El gigante conjunto de incrustaciones doradas contra la pared también parecía elaborado, si acaso demasiado grandes para llevárselas. Todas esas cosas le parecían el tipo de posesiones que un mago importante se llevaría con él a su nuevo hogar.

Si tan solo pudiera encontrar algo realmente lo suficientemente pequeño como para llevárselo.

Se quedó helado mientras escuchaba lo que pensó que eran pasos en el pasillo, pero sólo eran las contraventanas golpeando contra la pared una vez más, lentamente al principio y entonces muy fuertemente. La brisa que siguió le cortó como un cuchillo.

Duncan estaba a punto de empezar a buscar en el escritorio más cuidadosamente cuando algo metido en el fondo del ropero le llamó la atención. Algo brillando en medio de una pila de linos enrollados. Oculto. Una lenta sonrisa surgió en su cara mientras se arrodillaba y movía algunos de los rollos a un lado. Esto reveló una caja roja lacada, más larga que ancha y con un pequeño cierre dorado. Muy estilosa, el tipo de cosa en la que uno guardaría la joyería, pensó él.

Ignorando cualquier pensamiento de advertencia sobre protección mágica, examinó el cierre de cerca y extendió el brazo hacia su cinturón para sacar dos piezas finas de cable. La ganzúa era lo suficientemente pequeña como para hacer el trabajo, imaginaba él, y mientras silenciosamente manipulaba el mecanismo de cierre se alegró de ver que tenía razón. Se le resistió con sonidos de cliqueo hasta que finalmente cedió y se abrió. Cuidadosamente la sacó y abrió la tapa de la caja, medio esperando que explotara.

No lo hizo. Duncan jadeó mientras miraba dentro de la caja para ver una daga negra de ébano yaciendo sobre seda roja. Toda la daga parecía haber sido tallada de una única pieza de piedra brillante, parecía casi como si estuviera hecha de cristal. ¿Era obsidiana? Había oído hablar de tal material, pero nunca lo había visto realmente antes. La empuñadura era preciosa, con delicadas crestas alzándose hasta el pomo tallado con la forma de la cabeza de un dragón rugiendo.

Mientras la alzaba cautelosamente, vio lo que parecían venas rojas dentro de la espada negra, diminutas grietas por su superficie. Habría pensado que era sangre, pero pasando su dedo por el lateral se dio cuenta de que era perfectamente lisa. No una mancha o marca.

Ahora esto sí que merecía la pena robarlo. Era algo especial, algo que el Primer Encantador apreciaba lo suficiente como para esconderlo en su propia cámara. No bien

oculta, por supuesto, ¿pero cuánto podía esperar el hombre que alguien le robara dentro de su propia torre?

Riéndose entre dientes con entretenimiento, Duncan deslizó la hoja bajo su camisa.

Donde el liso metal tocaba su piel sintió un hormigueo. No incómodo, y casi caliente. Le hacía que le gustara aún más el arma.

Él cerró la caja, la volvió a cerrar con llave, y rápidamente volvió a emparejar los linos.

No había necesidad de que el Primer Encantador supiera nunca que había perdido nada. Con suerte, el compañero nunca comprobaba su preciosa caja y no se daría cuenta de que faltaba nada hasta que Duncan y los Guardas Grises se hubieran ido hacía tiempo. *Él nos trajo aquí para ayudarnos*, pensó él. *Bueno, simplemente está ayudándonos más de lo que imaginaba*.

Mirando alrededor para asegurarse de que no hubiera movido nada más accidentalmente, se retiró fuera de la habitación y muy suavemente cerró la puerta. El cierre hizo un ruido fuerte mientras se cerraba, lo que le hizo saltar.

Se detuvo, escuchando intensamente por el sonido de una reacción, pero de nuevo no hubo nada. Parecía que estuviera solo en esta planta, después de todo. *Quizás simplemente deberías dejar de saltar ante cada pequeña cosa, idiota*.

Mientras Duncan se giraba, había dado sólo tres pasos desde la puerta antes de darse cuenta de que había alguien al extremo del pasillo, mirándole. Se detuvo, su corazón saltando hasta su garganta. Era la aprendiz de la sala de reuniones, la que le había hecho un gesto.

Debía haberle visto salir del cuarto del Primer Encantador. ¿Pero por qué estaba simplemente ahí? ¿Pensaba que iba a atacarla?

No iba a hacerlo, por supuesto. ¡Si tan solo hubiera algún sitio hacia el que correr! Pero estaba en el extremo de un pasillo; la única forma de salir era yendo a través de ella. Permaneció completamente en calma, una única perla de sudor corriendo por su frente mientras esperaba a que la maga actuara.

Curiosamente, ella sonrió con deleite y corrió hacia él.

—Te vi marcharte, ¡y simplemente tenía que seguirte! —Ella se detuvo a un par de pies de distancia de él. Sus mejillas estaban coloradas, y ella nerviosamente se acariciaba el pelo—. Esperaba que quizás tu gesto fuera una invitación, que quizás tú… —Su voz se perdió sugerentemente.

Duncan encogió sus ojos hacia ella, lentamente pillándolo.

—Oh. Sí, eso.

—Me llamo Vivian. ¡No puedo creer que esté viendo a un auténtico Guarda Gris!

Piensa rápido, imbécil.

—Yo… soy Duncan. Estaba… buscándote. Pensé…

—¿Pensaste que estaría aquí arriba? —Los grandes ojos de la joven se iluminaron y ella se acercó más hacia él, asumiendo una postura seductora mientras pasaba un dedo

por su brazo—. Dicen que vosotros los Guardas Grises sois listos. También dicen que tenéis unas grandes… proezas.

—Err… sí. Sí, las tenemos, de hecho.

Ella sonrió con placer.

—Espero que no esté yendo demasiado lejos. Mi cama está en el dormitorio, pero casi todos los demás están en la sala de reuniones. Estaremos solos, al menos durante un rato corto.

Duncan miró confuso hacia ella para ver si iba realmente en serio. Lo iba. La mirada expectante que le dio no dejaba dudas de lo que pretendía. Había escuchado que los magos proporcionaban ampliamente las costumbres sociales entre ellos, pero no había imaginado que fueran tan lejos. La mayoría de las chicas Orlesianas que había conocido, incluso las rudas y rodadas de las calles, se habrían reído a carcajadas ante este tipo de actuación.

No es que no le gustara, necesariamente. Para ser una maga, era bastante atractiva a su modo. Y limpia, también. Eso solo sería un paso por encima de las pocas experiencias que había tenido furtivamente en meter manos en las sucias habitaciones traseras de las casas bajas, el acto era todo sudor y desesperación y casi siempre tan rápido como había comenzado. Si esta maga estaba buscando algún tipo de actuación virtuosa de un Guarda Gris… bueno, tendría que hacer su mejor intento, ¿no?

Mostrándole su sonrisa más encantadora, Duncan se inclinó casualmente contra la pared. Era el tipo de pose que había visto en la actuación de Kell, y por el rubor excitado de la maga parecía tener exactamente el efecto que estaba esperando.

—Vivian, —canturreó él—, acabas de hacer que este viaje valga más la pena de lo que podrías imaginar.

Dejando salir algo entre un chillido y una risita nerviosa, ella agarró su cuero y tiró de él para un beso. Fue cogido por sorpresa y casi se tropieza, pero mantuvo la suficiente presencia en mente de evitar que la daga oculta de su camisa se viera. Y entonces rápidamente se perdió en el momento.

Ella sabía a fresas. ¿Era esto cosa de magos? La mente de Duncan fue hacia Fiona y pensó que, no, probablemente no lo era.

Evidentemente las escapadas no siempre terminaban en desastre.

4

Allí en las profundidades de la tierra moraban,
Esparciendo su ponzoña como una plaga,
Creciendo en número hasta que fueron una multitud.
Y juntos buscaron aún más profundo hasta que encontraron su tesoro,
Su dios, su traidor.

—Cántico de Threnodies 8:27

Maric temblaba mientras el viento soplaba un remolino de nieve por las colinas rocosas. Habían estado viajando la mayor parte del día, abriéndose paso a pie hacia las colinas al noreste de la torre. No cabalgaron en caballos esta vez, no para donde se estaban dirigiendo. Mientras la noche se aproximaba, de verdad parecía como si los cielos se abrieran sobre ellos. Una ventisca se había desatado, el viento ululando en medio de los peñascos mientras lentamente caminaban a través de los caminos helados.

Recordaba estas colinas. Si presionaban lo suficientemente lejos hacia el norte como para alcanzar la costa, se encontrarían cerca de la fortaleza de las Colinas Occidentales. Allí había sufrido la peor derrota de la guerra, una que casi le cuesta toda la rebelión. Cientos de hombres que le habían seguido perdieron sus vidas allí, todo porque había sido un imbécil confiado. Había sido una lección sobria que aprender.

Ninguno de ellos había dicho ni una palabra durante horas, ahora. Genevieve quería recuperar el tiempo perdido, y por lo tanto cada uno de ellos hundió sus caras en sus capas y resistió el clima tan silenciosamente como podía. Los caminos y las granjas pacíficas ahora cubiertas por una manta de nieve lentamente dieron paso a los peñascos rocosos, un horizonte punteado con altos árboles y riscos afilados que estaban del todo deshabitados.

El pobre Duncan caminaba junto a él, más miserable que nunca.

Maric no estaba seguro de cuál era la herencia exacta del chaval, salvo quizás una carencia de resistencia al frío que simplemente estaba en su sangre. Claramente fácilmente se habría quedado atrás en el Bastión de Kinloch si esa fuera una opción, lo que era decir bastante considerando cómo se sentía la gente con los magos.

Genevieve había estado bastante ansiosa por sacarle de allí, sin embargo.

Algo había pasado entre ella y Duncan, y Maric no estaba seguro de qué. La comandante de los Guardas Grises finalmente se había vuelto impaciente tras resistir la ceremonia del Primer Encantador pese a tanta atención, cortando al hombre a media frase mientras se giraba para ir a buscar a su joven ladrón perdido.

A decir verdad, Maric no se había dado cuenta hasta ese punto de que Duncan siquiera estuviera ausente. Finalmente, Genevieve había venido con él detrás. En lugar de estar furiosa, sin embargo, la expresión de la mujer había sido más de una extraña mortificación. Se negaba a comentar lo que el chaval había estado haciendo cuando

Maric le preguntó, apretando su mandíbula y realmente ruborizándose. Duncan estaba tras ella, con la cara cenicienta y pareciendo como si no quisiera hacer otra cosa salvo reptar bajo una roca en alguna parte y morir.

Así que la miseria del chaval se debía mucho más al clima. Desde que habían dejado la torre, la Comandante de pelo blanco apenas le había hablado. Cuando lo hacía, ella le miraba incrédula con esos ojos duros suyos, y Duncan se marchitaba bajo la desaprobación. Maric se habría alzado por él, pero por todo lo que sabía el chaval había hecho algo completamente reprensible.

Por su propia parte, Maric no se sentía realmente frío incluso en la ventisca, no hasta que vieron la entrada, un gran bloque de granito oscuro de dos veces la altura de un hombre puesta al lao de un risco y casi cubierta en un montón de nieve. Habría sido fácil pasarla por alto, si no hubiera sabido exactamente dónde estaba. Llegó a la vista lentamente en medio del viento y la nieve, y ellos se aproximaron cautelosamente. Cuanto más cerca iban, más grande se alzaba y más frío calaba dentro del corazón de Maric.

Esta era la entrada a los Caminos de las Profundidades que había utilizado ocho años antes, una jugada desesperada para alcanzar Gwaren sin encontrarse con el ejército del usurpador Orlesiano en la superficie. Sólo había sido por pura suerte que sobreviviera. De hecho, sobrevivió con suerte en un gran número de ocasiones entonces. La gente de Ferelden que le veneraba ahora no podría creer la verdad incluso si se la contara, que su heroico rey había logrado liberarles más a través de la fortuna que a través de la habilidad o las buenas decisiones.

Simplemente le dirían que el Hacedor había mirado por él, que a través de la gracia del Hacedor Ferelden había sido liberado. Y quizás así era. Aún así, su mente inevitablemente se atrajo a las dos mujeres que le habían acompañado hasta esas profundidades oscuras. Una se había convertido en su mujer y en la madre de su hijo, mientras que la otra…

Él puso una mueca. No quería pensar en Katriel.

Fue ella quien les había llevado a esta localización remota por primera vez, clamando su maestría en historia y saber. Una vez esta entrada había sido un camino para que los enanos ascendieran a la superficie, sin duda para recoger los recursos que necesitaban, pero desde que los engendros tenebrosos habían tomado los reinos enanos se había convertido en poco más que una úlcera abierta hace tiempo olvidada. Olvidada por cualquiera salvo por la gente como Katriel, se corrigió en silencio.

Entonces, habían encontrado la entrada abierta, sus grandes puertas desgastadas por el tiempo. Cuando visitó Orzammar años después, había pedido a los enanos que repararan la entrada y la sellaran. Loghain se preocupaba de que los engendros tenebrosos pudieran utilizarla para explorar la superficie, aunque claramente no lo habían hecho en siglos. Aún así, uno nunca podía ser demasiado cuidadoso.

Nunca se le había ocurrido a Maric que un día volvería aquí. Otro poderoso soplo tiró una pila de nieve de las rocas y lo sopló hacia sus caras. Genevieve se lo quitó y marchó

hacia delante hasta la entrada. Su gruesa capa blanca oscilaba alocadamente mientras extendía una mano para tocar la oscura piedra, pasando sus dedos por su superficie. Parecía que estuviera percibiendo algo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Maric a Duncan en silencio.

El chaval se encogió de hombros, sin estar siquiera dispuesto a alzar su cara de las pieles.

Finalmente Genevieve se volvió y caminó directamente hacia Maric.

—Eres capaz de abrirla, ¿no?

—Los enanos me dieron una llave.

Ella asintió.

—Entonces acamparemos aquí hasta la mañana.

—¿Qué? —Farfulló Duncan con indignación—. ¿No podemos entrar ahora? ¿Donde se está más caliente?

La Comandante volvió una mirada demoledora hacia él, y él inmediatamente retrocedió de ella.

—No tenemos forma de saber si hay engendros tenebrosos tras esa puerta, —dijo ella tersamente—. Sólo porque el Rey no encontrara ninguno allí hace ocho años no significa que la situación haya continuado siendo la misma.

—¿No podéis detectarlos? —Preguntó Maric—. ¿No es eso lo que hacen los Guardas Grises?

—Lo intenté. Percibí… una extraña presencia, muy débil. No puedo decir si es debido a que los engendros tenebrosos están muy lejos hacia abajo o porque la entrada es simplemente demasiado gruesa. —Sin esperar una respuesta, ella se giró y soltó a uno de los grandes guerreros que estaban cerca—, Julien, dile a los otros que se dispersen y encuentren algún lugar cerca con refugio. Quiero mantener un ojo sobre esta entrada esta noche.

No pasó mucho antes de que los Guardas Grises eficientemente montaran un campamento justo sobre el siguiente saliente. La nieve se apilaba alta sobre él, pero al menos ofrecía un alivio de los fuertes vientos, y eso era mejor de lo que habían tenido todo el día. Maric se sentía un poco inútil mientras los otros estaban ajetreados, montando las tiendas.

Kell reunió una pequeña pila de madera congelada, y antes de que Maric preguntara cómo tenía planeado convertir eso en un fuego el cazador sacó un pequeño frasco de su mochila. Vertió un poco del contenido, un líquido amarillo brillante que empezó a sisear tan pronto tocó la madera, y en unos momentos una llama saludable se materializó.

—Impresionante, —comentó Maric.

Kell sonrió.

—Funciona con los engendros tenebrosos, también. Tristemente, sólo tenemos un poco.

Antes de que pasara mucho, el atardecer dio paso a la noche. La oscuridad presionó a su alrededor, repelida sólo por las llamas de la hoguera. Sobre las colinas, un cielo negro

lleno de nubes parecía continuar por siempre, iluminado por una luna que nunca parecía mostrarse del todo. La ventisca afortunadamente terminó, aunque el viento continuaba cortando por el paisaje, alisando los campos de nieve.

Dentro del campamento, la tensión llenaba el aire. Maric podía ver por las caras sombrías de los Guardas Grises que no miraban hacia la mañana mucho más que él. Al menos sabían lo que era probable que encontraran en los Caminos de las Profundidades. Cuando vino aquí por primera vez, no había tenido ni una pista.

Una vez las tiendas estuvieron montadas, Kell se alejó con Duncan y su perro de guerra para cazar. Genevieve caminó hasta la cima del risco, ya que desde allí podía mantener un ojo sobre la entrada. La guerrera se quedó allí, una pierna en las rocas y su capa ondeando tras ella al viento mientras continuaba su vigilancia. Era una pose intimidante, pensó Maric. Parecía incluso más intensa que antes, si eso era posible, como si esperara que las puertas se abrieran en cualquier momento.

Él se giró hacia la enana con la trenza cobriza, Utha, que compartía el tronco helado que habían arrastrado junto a la hoguera.

Su cara era hermosa, pensó él. La mayoría de los enanos que había visto parecían como si hubieran sido tallados en la piedra, todos dureza y bordes burdos. Esta, sin embargo, parecía casi blanda. Ella miraba la llama con una serenidad inquietante, y estaba muy… calmada.

Él no podía imaginar nunca estar así. Incluso ahora su cabeza estaba llena de preocupación… ¿qué estaba haciendo Loghain, por ejemplo? Había dejado una nota explicando su plan, pero el hombre podía asumir que era falsa. Podía creer que Maric había sido secuestrado, y probablemente tuviera al ejército buscándole incluso ahora. Loghain rara vez se resistía cuando estaba determinado a hacer sus cosas.

Y luego estaba Cailan, su joven hijo, ahora sin duda preguntándose dónde había ido su padre. Su mente inmediatamente se perdió en tales pensamientos. No, no estaba del todo tranquilo.

Maric dio un codazo a la enana y señaló hacia donde Genevieve mantenía su vigilia.

—¿Siempre es así? —preguntó él—. ¿Lo sabes?

Ella le miró con una mirada impenetrable, sus ojos marrones brillando a la luz del fuego. Ella hizo varias señales extrañas con sus manos, y con retraso se acordó de que no hablaba.

Los dos guerreros se sentaban al otro lado del fuego, y detuvieron sus susurros silenciosos del uno hacia el otro mientras se percataban de la confusión de Maric. Nicolas, el rubio y más hablador de los dos de lejos, se inclinó hacia él.

—Utha te dice que es el amor lo que dirige a nuestra comandante. —El acento Orlesiano del hombre era culto y cálido.

—¿Amor? ¿Te refieres al amor por su hermano?

Él asintió.

—Eran muy cercanos.

—¿Podéis contarme sobre él? Apenas sé nada de él. ¿Cómo fue capturado? ¿Cómo podéis siquiera estar seguros de que aún está vivo?

El hombre de pelo marrón, Julien, cogió un palo largo que había estado utilizando para atender el fuego y empezó a mover varios de los troncos.

Las chispas volaron, y cuando Nicolas miró a su compañero compartieron una mirada protegida y alerta. Maric había oído quizás tres palabras en total de Julien desde que habían dejado Denerim, y todas ellas habían sido dirigidas a Nicolas. Aún así, los ojos oscuros del hombre decían mucho. Decían ahora mismo que Nicolas no debería estar diciéndole a Maric nada más de lo que fuera necesario. Más del secretismo de los Guardas Grises.

Utha frunció el ceño, alzando una mano y agitadamente haciendo gestos a los hombres. Entonces moviendo sus dedos pareció puntualizar sus palabras firmemente. Nicolas frunció el ceño en respuesta y asintió reluctante. Julien no dijo nada, sus ojos sólo oscureciéndose de preocupación.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que no tenemos derecho a no decirte más, —murmuró Nicolas.

La mujer enana continuó haciendo señales a Maric, y entonces esperó pacientemente mientras Nicolas traducía.

—Su nombre es Bregan, y hasta hace un año era Comandante de los Grises en Orlais, líder de la orden dentro del Imperio. Mantuvo esa posición por mucho tiempo.

—¿Se fue?

—No lo hizo. Dejó la orden por su Llamada. Es un rito donde un Guarda Gris entra en los Caminos de las Profundidades solo.

—¡Solo! —Exclamó Maric—. ¿Por qué haría alguien eso?

—Para morir, —señaló Utha—. Un destino mucho mejor que permitir que la ponzoña de los engendros tenebrosos se apodere de nuestros cuerpos viejos. Cada Guarda Gris sabe cuándo ha llegado su hora para la Llamada, y cada uno de ellos que ha entrado en los Caminos de las Profundidades para su Llamada ha muerto, hasta ahora.

Maric lo meditó por un momento. Duncan ya le había explicado cómo los Guardas Grises bebían sangre de engendro tenebroso en un ritual que llamaban la Unión, tomando la ponzoña en sus propios cuerpos para combatir eficientemente a las criaturas. Eran más que simplemente habilidosos para luchar contra los engendros tenebrosos; los conocían íntimamente. Percibían su presencia, a veces incluso deducían sus intenciones. Esta información no era algo que mucha gente supiera, y Genevieve sólo había permitido a regañadientes al chaval impartírselo a él.

Se preguntaba si era la misma ponzoña que había encontrado en los Caminos de las Profundidades hacía años. La recordaba bien, cubriéndolo todo en los pasadizos subterráneos como un hongo vil, negro.

Maric había tenido suerte de no contraer la plaga de los engendros tenebrosos durante su tiempo aquí, y siempre se había preguntado si Rowan lo había hecho. Nadie nunca

había sido capaz de determinar la naturaleza de su enfermedad, y aunque Maric había probado todo para ayudarla, había sido forzado a verla marchitarse ante sus ojos.

Había sido doloroso. Rowan había sido una mujer vital, y el lento menguar de sus fuerzas la irritaba. Hacia el final se había convertido en una sombra, sin querer otra cosa que no fuera que el dolor simplemente se detuviera. Maric había sostenido su mano esquelética y había sentido su corazón romperse mientras le rogaba en una voz agrietada y vacía que la liberara.

No, quizás no era tan difícil imaginar por qué los Guardas Grises preferirían ir a esta Llamada suya.

La idea de que cualquiera pudiera hacer tal sacrificio, sin embargo… de que se sometieran a sí mismos a una corrupción que lentamente se comería sus cuerpos únicamente para combatir una amenaza que no había amenazado a Thedas desde la última Ruina hacía siglos…

Pero eso era por lo que estaban aquí, ¿no? Si los engendros tenebrosos fueran capaces de utilizar a un Guarda Gris capturado para encontrar a su Viejo Dios, entonces una nueva Ruina comenzaría. Su amenaza de repente se volvió muy real. Siempre que Genevieve y los otros estuvieran diciéndole la verdad.

La advertencia de la bruja volvió a su mente de nuevo, pero junto con ella llegaron las palabras de Loghain también. Sería fácil creer que la bruja pretendiera este evento, que le estuviera advirtiendo que esto llevaría a la Ruina. ¿Pero y si no había querido decir eso? ¿Y si había estado mintiendo? No tenía otra cosa que dudas ahora, y eso le hacía sentir intranquilo.

—¿Cómo sabéis que su hermano siquiera está vivo? —preguntó él—. Si fue a los Caminos de las Profundidades, no hay forma en que podáis decir qué le ha sucedido. ¿O pueden los Guardas Grises percibir eso, también?

Julien permaneció fijo en las llamas, apretando su mandíbula con desaprobación. Nicolas, mientras tanto, se frotaba las manos y miraba nerviosamente hacia donde Genevieve estaba en el risco. Ella los ignoraba por completo, observando la entrada de la cueva con sus brazos cruzados y una voluntad feroz brillando en sus ojos. Sí, Maric podía ver por qué los otros vacilaban al enfadar a su comandante de pelo blanco.

No había forma de saber si ella podía realmente escucharles desde donde estaba, pero a él no le extrañaría. Obviamente a ellos tampoco.

—La Comandante y su hermano eran muy cercanos, —susurró Nicolas. Utha asintió solemnemente como para confirmar sus palabras—. Durante todo el tiempo que los he conocido, raramente se separaban. Se unieron a la orden juntos, entrenaron juntos, prácticamente pasaron cada momento despiertos juntos. Creo que le habría seguido a los Caminos de las Profundidades, si también hubiera sido su hora. De hecho, creo que le habría seguido de todos modos, si sus obligaciones no la retuvieran aquí.

—¿Así que está cazando falsas esperanzas, entonces?

—Ella está segura. Ha tenido sueños.

Maric se detuvo, sin estar del todo seguro de que hubiera oído al hombre decir lo que había dicho.

—Sueños, —repitió él, manteniendo su voz deliberadamente neutral.

Nicolas asintió, así como lo hizo la enana. Julien sacudió su cabeza en desesperación, frunciendo el ceño.

—¿Estáis al tanto de lo loco que suena eso, seguro?

—No estamos locos. —Fiona se materializó fuera de la nieve que soplaba, las faldas azules de la elfa sacudiéndose salvajemente mientras se aproximaba al fuego llevando un gran paquete. Ella lo bajó junto al tronco, frunciendo el ceño a Maric fríamente—. Ni tampoco lo está Genevieve. Los sueños no son siempre meramente sueños.

—¿Y qué son cuando no son sueños, entonces?

Ella se toqueteó su barbilla pensativa, quizás pensando cuánto debía explicarle. O quizás considerando si debía hacerlo. Esa rabia abrasadora aún ardía dentro de sus ojos oscuros, al igual que lo había hecho cuando Maric le había hablado antes.

—¿Has oído hablar del Velo, supongo?

Él asintió, aunque no con mucha confianza. El Velo era el reino de los sueños, ese lugar adonde se decía que los hombres iban cuando dormían. Era donde los espíritus y demonios residían, separados del mundo de los vivos por algo que los magos llamaban el Velo.

Maric no podía decir que creyera mucho en todo el concepto.

Soñaba, como cualquier hombre, y si esos sueños eran realmente sus recuerdos del tiempo pasado en ese reino, como los magos clamaban, entonces tendría que tomarles la palabra.

—No hay geografía en el Velo, —continuó Fiona—. El espacio y el tiempo son mucho menos importantes que los conceptos y símbolos.

Los espíritus dan forma a su reino para que se asemeje a las cosas que ven en las mentes de los soñadores porque así es como creen que es nuestro mundo, y quieren desesperadamente ser parte de él. Así que emulan un paisaje que está basado más en nuestras percepciones y nuestros sentimientos que en la realidad, atrayéndonos dentro.

—¿Y? —Él extendió sus manos indefenso—. Eso no me dice nada.

—Tú sueñas con aquellos que amas porque hay un vínculo entre vosotros. Los espíritus reconocen esto. Ese vínculo tiene poder en el Velo.

—Una vez soñé que Loghain me traía un barril de queso. Lo abrí, y había ratones dentro. Hechos de queso. Los cuales nos comimos mientras cantábamos cánticos marítimos. ¿Estás diciendo que eso tenía algún significado más profundo? —Él sonrió, de repente entretenido por la inflamación de las fosas nasales de la elfa—. ¿Quizás mi vínculo con Loghain me dijo que realmente alberga un profundo amor por el queso? Debería haberme dado cuenta antes.

—¿Y todos los sueños que tienes son un sinsentido tan frívolo?

Ella se envolvió con las pieles como si pudiera de alguna forma quitarse la rabia. La mujer enana puso una mano calmante sobre la pierna de la maga, pero sus súplicas silenciosas fueron ignoradas.

—Los sueños que no son sueños son visiones, —soltó Fiona—. Porque el Velo es un reflejo de nuestra realidad como los espíritus la ven, puede ser utilizado para interpretar esa realidad. Nosotros los magos buscamos en las visiones. Buscamos patrones e intentamos ver la verdad más allá de nuestras consciencias. Pero una visión lo suficientemente poderosa puede llegarle a cualquiera. Cuando lo hace, debes prestarle atención.

—Visiones, —repitió Maric incrédulo—. ¿Y vuestra comandante ha tenido esas visiones? ¿Es por eso por lo que estáis aquí? ¿No hay otro motivo?

La maga alzó una mano delgada, y un pequeño orbe de fuego parpadeó formándose sobre ella. Giraba lentamente, radiando una energía brillante que iluminaba todo el campamento. Él sintió una oleada de calor sobre su cara.

—Las visiones seguramente no sean tan destacables, Rey Maric, en comparación a algunas de las maravillas que alberga este mundo. —Con un retorcer de su mano, el orbe desapareció. La hoguera ya no parecía tan brillante y cálida como antes.

Ella tenía un punto. La bruja había sido una maga, también, ¿pero iba a confiar en todo lo mágico, entonces? ¿Y las visiones? No estaba tan seguro.

Fiona se sentó sobre su paquete, continuando mirándole con abierta desaprobación. Así que él se ocupó frotándose sus manos y manteniendo sus ojos fijos en el fuego. Hubo un momento de extrañeza silenciosa entre los otros que ninguno de ellos parecía dispuesto a romper. Utha miraba a la maga con una clara expresión de simpatía, aunque Maric no estaba seguro de por qué. Los dos guerreros, mientras tanto, empezaron otra discusión privada en susurros. Los ojos de Julien iban entre Maric y Fiona, claramente el tema de su conversación, pero fuera lo que fuera que Nicolas estaba diciéndole al hombre no podía averiguarse.

—Nosotros la creemos, —anunció Fiona de repente. Fue suficiente como para sorprender a ambos guerreros, que la miraron con sorpresa. Maric no alzó la mirada, aunque podía percibir aquellos grandes ojos élficos marrones perforando un agujero en él—. Es por lo que estamos aquí. Lo que yo estaría interesada en saber es por qué estás *tú* aquí.

La pregunta quedó en el aire.

—¿No me queréis aquí? —respondió Maric, empezando a molestarse—. ¿No vinisteis específicamente a mi corte para pedir ayuda? Podría haber estado bien que hubierais añadido que todo esto estaba basado en una visión que había tenido uno de vosotros. Tendré que recordar hacer más preguntas la próxima vez.

—*Ella* te pidió ayuda. —La elfa señaló a Genevieve—. Sé por qué ella te lo pidió a ti. Sé lo que ella cree que puedes hacer por nosotros. Quizás incluso tú creyeras en lo que ella dijo. Lo que no sé es por qué escogiste venir.

—¿Defender el reino no es suficiente motivo?

—¿Viniendo en persona? ¿Para viajar hacia el peligro tan dispuesto?

—Era o yo o Loghain, ¿no era así?

Ella apretó sus labios, su expresión incrédula.

—Podrías haberle ordenado que nos acompañara.

—No estoy seguro de que os hubiera acompañado.

—Estaría dispuesta a apostar que ofreció venir en su lugar, sin importar sus sentimientos.

—Lista.

Fiona se detuvo, sus ojos encogiéndose hacia él. Maric podía percibir la tensión alrededor del fuego, el par de guerreros tensos e incómodos mientras atestiguaban el intercambio, mientras la mujer enana calmadamente miraba la hoguera. Por un momento pensó que la elfa podría abandonar su línea de preguntas, pero se equivocaba.

—¿No tienes un hijo pequeño? —preguntó ella.

—Cailan. Tiene cinco años, sí.

—¿No está sin una madre? Quizás escuchamos mal en Orlais, pero tengo entendido que la Reina de Ferelden está muerta.

Él se quedó en silencio durante un largo minuto, y se percató de que ninguno de los otros ofrecía cambiar el tema o intervenir. Quizás se preguntaban lo mismo. El pensamiento de Cailan tocó un lugar doloroso en su interior. Como un cobarde, había dejado a Loghain para que le dijera al chico que su padre se había ido. Cailan nunca lo entendería. Su madre había desaparecido, ¿y ahora su padre, también? Si Maric hubiera ido a decírselo, sin embargo, nunca habría venido en absoluto.

—Lo está, —admitió él en silencio—. Hace tres años, ahora.

Los labios de Fiona se juntaron de ira.

—¿Y no sientes vergüenza por privarle de un padre ahora, también?

Maric sintió el baño de dolor aferrarse a él, pero apretó con fuerza el sentimiento. Preferiría clavarse un tenedor en el ojo que darle a esta mujer elfa con sus ojos oscuros, enfadados la satisfacción de ver el dolor que estaba infligiendo en su interior.

—No ha tenido un padre desde hace algún tiempo hasta ahora, —respondió él. Su voz sonaba plana y vacía, incluso para sí mismo—. Mi permanencia en Denerim no habría cambiado eso.

—¿Así que abandonas? ¿Ese es Maric el Salvador, el gran Rey de Ferelden?

La rabia le inundó. Había pensado en detener la profecía de la bruja, actuar en lugar de sentarse y esperar a que se hiciera realidad. Pensaba que quizás su advertencia había significado que se suponía que debía estar aquí, pero no había esperado esto. Ser acosado y juzgado por esta descarada maga era simplemente demasiado. Se alzó del tronco, yendo hacia ella. Ella le miró desafiante, como si tuviera todo el derecho de preguntar lo que había preguntado, y eso sólo sirvió para intensificar su ira.

—Maric el Salvador, —repitió él, escupiendo las palabras con desdén—. ¿Sabes cómo me llama la gente, así que crees que lo sabes todo sobre mí? ¿Sabes cómo debería sentirme? ¿Quieres decirme qué tipo de rey debería ser, y qué padre terrible soy?

Su comportamiento se suavizó, pero sólo por un momento.

—¿Por qué no me dices qué tipo de padre eres, entonces, Rey Maric? —preguntó ella.

Él se apartó del fuego e irrumpió varios pasos lejos. Una explosión de viento helado le detuvo en su camino. Él dejó que le bañara la piel, cerrando sus ojos. El palpitar de su corazón lentamente subsidió, reemplazado por un silencio familiar. Le recordó a aquellas noches cuando el bullicio de la corte recesaba y él se retiraba a su cuarto en palacio, sólo para ser rodeado por un vacío melancólico que amenazaba con tragárselo entero. Tantos días pasados rodeado por finezas y sirvientes y todas las cosas dignas de un rey, pero ninguna de ellas le tocaba ya.

¿Cómo se suponía que le podía explicar eso a cualquiera?

—La verdad, —murmuró al viento, sin siquiera preocuparse de que aquellos tras él pudieran escucharle—, es que no he sido un padre para mi hijo desde que su madre murió. Cada vez que le miro, me recuerda a ella, de todos las esperanzas y posibles. Él merece algo mejor que eso. Merece un padre que pueda mirarle a los ojos.

Otro soplo de viento cortó por la cara de Maric, dejándole adormecido. El adormecimiento era bueno. Sintió una mano tentadora tocar su codo, un gesto que le sorprendió un poco. Abrió sus ojos y se giró, y vio a la mujer enana ahí alzando la mirada hacia él. Sus ojos llenos de simpatía, y ella silenciosamente le dio unos golpecitos en el brazo.

—Maric el Salvador es sólo un nombre, algo que me llaman porque dicen que salvé al reino, —le dijo a la maga. Ella permanecía sentada junto al fuego tras él, sin mirarle—. Pero la verdad es, que nunca he sido capaz de salvar a nadie.

Con eso se giró y se alejó caminando hacia la nieve, dejándoles atrás. La mujer enana le dejó ir, y si los otros miraron tras él no dijeron nada. Ya no le importaba si la maga elfa estaba satisfecha con sus respuestas. Que le despreciara. No era como si de lo que ella le acusaba fuera incierto.

Estaba oscuro lejos del campamento, y Maric se encontró paseando por los riscos sombríos. La luna finalmente salió de detrás de las nubes, su radiación plateada contra el brillo de la nieve más que suficiente como para iluminar su camino. Cuando rodeó una colina rocosa, encontró que había perdido el aliento por las vistas… todo el valle parecía extenderse enfrente de él, un campo de suave blanco coronado por un cielo lleno de brillantes estrellas.

Era magnífico. No estaba seguro de cuánto tiempo estuvo allí, su aliento saliendo en humaradas mientras observaba la extensión. Parecía continuar por siempre, roto sólo por el ocasional grupo de pinos.

¿Por qué era que no podía recordar la última vez que había visto algo tan hermoso?

Este es mi reino, pensó él tristemente. *Y ni siquiera lo conozco ya.*

El sonido de la nieve silenciosamente crujiendo señaló que alguien se aproximaba a Maric desde atrás, y él se tensó.

—Déjame en paz, —murmuró sin girarse—. ¿No me habéis cuestionado ya lo suficiente?

—Me disculpo si mis Guardas han sido rudos, Maric. —Era Genevieve. Él se estremeció en el frío y se dio cuenta de que debía haber dejado su puesto para seguirle. ¿Quizás pretendía acabar con lo que los otros habían comenzado?— Esa no es forma de dirigirse a un rey. Les recordaré de sus modales.

—No te preocupes, —suspiró él. Se envolvió en su capa de piel mientras se alejaba de la vista. La Comandante estaba no muy lejos, su pelo blanco ondeando en el viento. Encontró el fuerte borde de su mirada apreciativa enervante—. Os dije a todos que me tratarais como a una persona corriente, así que no debería sorprenderme cuando eso es lo que hacéis.

Genevieve no dijo nada, aunque por su mirada sabía que tenía más en mente que su incomodidad. Ella le dio un corto asentimiento, como si hubiera tomado una decisión.

—Quizás sería mejor si volvieras a tu palacio, Maric. No seríamos capaces de escoltarte, me temo, pero sospecho que estarías más seguro que si nos acompañas a los Caminos de las Profundidades.

—¿Has cambiado de opinión?

Ella arqueño una pálida ceja.

—¿Tú no has cambiado la tuya?

Él no estaba seguro de qué decir a eso, y por un momento el silencio se alargó en una extrañeza.

—No te culpo si no crees en mis visiones, —dijo ella finalmente, lo suficientemente suave como para que Maric estuviera tentado de creerla—. Ni siquiera todos los Guardas Grises lo hacen. Algunos me dijeron que mi hermano está muerto, y que no había nada que pudiera hacer siquiera si no era el caso.

Ella se encogió de hombros y lentamente caminó hacia Maric, quedándose junto a él y mirando al mismo valle que él había estado admirando momentos antes. Sus ojos se suavizaron mientras escaneaba el horizonte.

—Fue difícil dejar ir a mi hermano, cuando llegó el momento para su Llamada. Creo que, durante tantos años, suponíamos que cuando llegara nos llegaría a los dos a la vez. Viajé con él a Orzammar, brindé en su honor con los enanos, y al final me quedé en el sello y le vi caminar hacia las sombras. —Su voz tocó un borde de amargura—. Mi hermano siempre ha sido tan parte de mí como mis brazos. Tenerle siendo alejado de mí… fue insoportable. —Ella miró a Maric entonces, sus ojos brillantes y fríos—. Pero yo era la única que le aconsejó aceptar su destino. Yo me quedé. Cuando llegó la primera visión, se sintió como si él hubiera alcanzado aquellas sombras y tocado mi corazón. Le sentí con tanta seguridad como siento mis brazos. Sé que era real.

Maric frunció el ceño. Un nuevo soplo de viento corrió entre ellos. Lejos en la distancia los lobos aullaban, un sonido solitario que sólo parecía puntualizar el vacío de la tierra.

—¿Entonces por qué no dijiste nada de esto?

Genevieve se rió tristemente.

—¿Y qué habrías dicho? —Ella le miró, su tono completamente serio—. Intento alcanzar a mi hermano para prevenir que los engendros tenebrosos aprendan lo que no deben. Si debe ser así, lo mataré yo misma para prevenir que eso ocurra. Esto no es una misión de rescate, Maric. No voy a correr al lado de mi hermano; estoy intentando prevenir una calamidad.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirar por el valle con un suspiro.

—Y si hay aquellos que no creen como yo lo hago, entonces me veré forzada a actuar sin su ayuda. No necesito tu ayuda, tan desesperadamente. Pero si no puedes llevarnos a los Caminos de las Profundidades, entonces vete… vuelve con tu hijo, Maric. Nadie te culpará por hacerlo, menos aún yo.

Con eso, la comandante de los Guardas Grises se giró y marchó lejos. No hubo apelación, ni despedida. Se fue en la neblina de nieve en unos momentos, y Maric supo que no habría más preguntas si simplemente cogía sus cosas y volvía al Bastión Kinloch. Podía estar de vuelta en Denerim en un par de días, apagando cualquier alarma que Loghain sin duda ya hubiera hecho sonar y viendo a su hijo de nuevo como Genevieve le había aconsejado.

El pensamiento de Cailan le hizo detenerse. Todo el mundo decía que el chaval se parecía a su padre, y él suponía que probablemente era cierto. El mismo pelo rubio, la misma nariz, y la misma sonrisa. Pero tenía los ojos de su madre. ¿Qué diría, mirando a aquellos ojos que parecían estar llenos de tantas preguntas, preguntando por qué le había dejado en primer lugar?

Podía imaginar lo que diría Loghain. Estaría aliviado, y se cubriría de irritación por todos los problemas por los que Maric había hecho pasar a todo el mundo.

Era mucho más difícil imaginar lo que Rowan habría dicho. La recordaba mejor como una guerrera, una mujer que había ayudado a liderar la rebelión para recuperar el reino de los Orlesianos. Había tenido un espíritu indomable hasta que la enfermedad se la llevara, y en muchas formas él siempre la había considerado mucho más fuerte que él. Habían restaurado el reino juntos, pero siempre había sido ella quien inmediatamente sabía cuando algo merecía la pena hacerse o necesitaba abandonarse.

Trató de imaginar lo que le habría urgido ella para volver con su hijo. Como madre, seguro que habría considerado a Cailan más importante que cualquier otra consideración. El problema era, que él simplemente no podía creerlo. Podía imaginarla sentada en su silla favorita junto a la ventana en su cámara, los rizos marrones cayendo en cascada alrededor de su pálida piel. Ella habría bajado su libro y le habría mirado, confusa.

—¿Ya has vuelto? —le habría preguntado ella, más aceptación que sorpresa.

—Sí, he vuelto.

—¿No creíste que ir era importante?

—Nuestro hijo es más importante que salvar el reino, Rowan.

Y entonces ella le habría sonreído entretenida, inclinando su cabeza de esa forma que le decía que ella esperaba que él lo supiera.

—No estaba hablando de salvar el reino, estúpido hombrecito. —Su tono estaba lleno de afecto, algo que había crecido con los años de su matrimonio y de lo cual aún no se había sentido particularmente merecedor. Ella alzó su mano de su silla y él caminó para agarrarla…

… y entonces la imagen se fue, y Maric se quedó con nada salvo la luz de la luna y la nieve soplando una vez más. Su corazón le dolía. Le parecía como si hubiera durado una eternidad desde que fuera capaz de recordar cómo era Rowan. Sus recuerdos se habían vuelto alocadamente fugaces durante los últimos años, reemplazados por impresiones y olores y trozos de conversación. Justo entonces, sin embargo, había parecido tan *real*.

Muy como una visión.

Él sonrió ante la ironía del pensamiento, especialmente considerando el hecho de que no estaba siquiera dormido. A no ser, por supuesto, que *estuviera* dormido, habiendo caído en algún banco de nieve profundo después de vagar lejos del campamento, y que actualmente estuviera congelándose hasta la muerte mientras soñaba benditamente. Los Guardas Grises estarían buscándole al llegar la mañana, y entonces se mirarían los unos a los otros y se encogerían de hombros, suponiendo que había decidido volver a Denerim sin decir adiós. Habrían entrado en los Caminos de las Profundidades, y llegada la primavera algunos viajeros quizás encontraran sus restos medio ocultos en el barro. Probablemente robarían sus botas, también.

Era un pensamiento intrigante. ¿Pero cuáles eran las probabilidades?

Con un suspiro profundo, empezó a caminar de vuelta al campamento de los Guardas Grises.

5

Y abajo huyeron hacia la oscuridad y la desesperación.

—Cántico de Threnodies 8:27

Con la primera luz del amanecer, un florecer de rosa y naranja, apenas mirando por el horizonte, los Guardas Grises se reunieron enfrente de la entrada a los Caminos de las Profundidades con las armas desenfundadas. Duncan se tensó mientras el Rey Maric se aproximaba a la puerta. Sin algarabía, sacó un medallón de piedra con forma de octágono y lo insertó en una depresión de forma similar en el centro de la puerta. Un fuerte crujido dispersó a la silenciosa, sorprendida bandada de cuervos de cerca volando repentinamente.

Observó mientras una línea se formaba en medio de la puerta. Se volvió una grieta, y entonces se amplió mientras la puerta se dividía. El Rey retrocedió cautelosamente. Lentamente, con el sonido de la piedra moliendo pesadamente contra la piedra, se abrió para revelar la boca abierta del túnel al otro lado. Un leve hedor a descomposición salió de las sombras.

Esperaron. Duncan casi esperaba una horda de monstruos viniendo corriendo hacia ellos, pero ninguno se materializó. Sólo había silencio.

El grupo empezó a caminar hacia la cueva, pero se detuvo mientras Julien hablaba.

—Esperad, —dijo él suavemente. El guerrero de pelo oscuro cruzó sus manos enfrente de su pecho e inclinó su cabeza, y varios de los otros Guardas hicieron lo mismo. Duncan bajó su cabeza y tosió. El rezar siempre le ponía nervioso.

—Aunque todo ante mí sean sombras, —entonó Julien—, aún el Hacedor será mi guía. No debo quedarme vagando en los caminos a la deriva del Más Allá, ya que no hay oscuridad en la Luz del Hacedor y nada de lo que Él ha hecho debe perderse.

—Amén, —susurró Maric, y los otros asintieron.

Entonces entraron en los Caminos de las Profundidades.

Había una amplia escalera que empezaba no muy lejos dentro, y Duncan suprimió un estremecimiento mientras descendía. Hacía más calor dentro, estaba muy agradecido por eso, pero el frío había sido reemplazado por una intranquilidad que no se podía quitar. Era como caminar lentamente hacia un charco de mugre, el hedor de ello llenando tus fosas nasales y revolviendo tu estómago de forma que tenías que esforzarte en dar otro paso.

Los otros Guardas Grises podían sentirlo, también. Él podía verlo en sus expresiones graves y en la forma en que sus manos se aferraban a sus armas. Todos ellos poseían la habilidad para percibir a los engendros tenebrosos, aún así parecía imposible que las criaturas pudieran aguantar en medio de toda la corrupción de fondo que percibía aquí. Genevieve les aseguró en silencio que era tranquilo por ahora, pero Duncan aún

permanecía sin convencerse. Probablemente sólo estaba tratando de asegurarse de que no perdían los nervios.

Sólo Maric no podía percibir nada, aún así parecía más afectado por su descenso que nadie más. Se volvió retraído, sus ojos moviéndose a cada esquina oscura y su piel pálida a la luz de las antorchas parpadeando. Duncan estaba tentado de preguntar al hombre qué le había ocurrido en los Caminos de las Profundidades hace tanto tiempo, pero decidió no hacerlo. Claramente no era nada placentero.

Siguieron las escaleras por lo que parecieron horas cuando las primeras señales de corrupción se volvieron visibles junto a las paredes de piedra del pasadizo: zarcillos de araña de podredumbre negra, junto con una película brillante que lo cubría todo como aceite. Duncan los tocó, curioso, y encontró que la película no estaba realmente húmeda. Estaba seca, con una textura similar a la piel de las serpientes.

Genevieve golpeó su mano con una mirada dura y le advirtió que no volviera a tocar nada. Eso le confundió un poco. ¿No eran inmunes a la ponzoña de los engendros tenebrosos? ¿No era uno de los pocos beneficios que recibían por ser Guardas Grises?

—Nosotros no lo vimos tan pronto, —dijo Maric, examinando las paredes más de cerca—. La última vez que estuvimos aquí abajo, no creo que viéramos nada como esto hasta después del thaig de Ortan.

—Entonces se ha extendido, —pronunció Genevieve.

Kell miró por el pasadizo con sus poco naturales ojos pálidos.

Duncan sabía que él era incluso más sensible a los engendros tenebrosos que el resto de ellos. Para él esto debía ser como caminar hacia una alcantarilla, y aún no daba muestras de que eso le molestara.

—¿Casi hasta la superficie? —preguntó él—. ¿Qué significa eso?

—Significa que tenemos que tener cuidado. —Con eso, ella desenfundó su espada y continuó bajando las escaleras. Los otros intercambiaron miradas incómodas pero la siguieron.

Pareció durar una eternidad antes de que llegaran al fondo, o al menos lo que Duncan suponía que era el fondo. La sensación del peso presionando desde arriba y la opresiva oscuridad presionando desde todos los laterales le hacían querer jadear por aire. Se sentía atrapado bajo agua fétida, desesperadamente aferrándose por llegar a la superficie.

Fiona, caminando junto a él, le miró con una mirada preocupada.

—¿Vas a estar bien? Pareces un poco enfermizo, —susurró ella.

Él tragó saliva un par de veces y se forzó a respirar. No era exactamente placentero.

—Me siento como si fuera a vomitar.

—Bueno, ese es un pensamiento placentero.

—¡Lo digo en serio! ¿No puedes sentirlo?

—Todos podemos sentirlo. Bueno, la mayoría de nosotros puede. —Su tono tenía una sombra de molestia, y Duncan se dio cuenta de que estaba hablando de Maric.

El hombre estaba caminando hacia delante junto a Utha, ignorante de la mirada mordaz que estaba recibiendo desde atrás.

Él sonrió son suficiencia.

—Oí que te desahogaste con el Rey la última noche en el campamento.

—Le hice una simple pregunta.

—No sonaba simple por lo que dijo Genevieve, —él se rió entre dientes—. Simplemente me alegro de que ella se enfadara con otra persona que no fuera yo por una vez.

Fiona suspiró irritada. Alzando su bastón, cerró sus ojos y murmuró algo bajo su aliento. Duncan podía percibir la espina de poder surgiendo por el aire, e inmediatamente el pequeño globo sobre el bastón empezó a brillar. La luz era fuerte y cálida, extendiéndose por el pasillo y echando atrás las sombras sólo un poco.

Los otros se giraron y miraron a la maga curiosos.

—No malgastes tu poder. —Dijo Genevieve, pero sus palabras carecían de su crispación habitual. Incluso ella probablemente estaba aliviada de que las sombras fueran echadas atrás un poco más, imaginó él.

—Ahí. —Fiona sonrió a Duncan, complacida consigo misma—. ¿Mejor?

—Seguro, excepto por la luz cegadora en mis ojos.

—Ahora sólo estás siendo un niño.

Con la luz añadida del bastón de Fiona, Duncan podía entrever las impresiones en la pared tras la podredumbre y la descomposición. Runas, sospechaba. Runas enanas, aunque el propósito no podía adivinarlo realmente. Se le había dicho una vez que los enanos tenían una reverencia por la piedra. ¿Quizás las palabras que habían grabado en las paredes de los Caminos de las Profundidades eran rezos? Rezos ahora emponzoñados con mugre; tenía cierta simetría, ¿no?

Él podía sentir a los engendros poderosos ahí afuera ahora. Genevieve tenía razón.

Sólo le llevó un tiempo aclimatarse. Estaban al borde de su consciencia, acechando en las sombras fuera de la vista.

Era ese tipo de sentimiento de cuando alguien está detrás de ti, y no les has escuchado o percibido de algún modo, simplemente *lo sabes*.

¿Podían percibir a los Guardas Grises del mismo modo? De acuerdo al Primer Encantador, los broches de ónix que les habían dado les harían invisibles a los sentidos de los engendros tenebrosos, pero Duncan no estaba tan seguro. El suyo estaba clavado en su jergón de cuero, y él lo giró para examinarlo más de cerca en la luz. Había colores iridiscentes que lentamente fluían justo bajo la superficie como un líquido. También estaba frío, como tocar un poste metálico en pleno invierno. Lo soltó, frotando sus dedos para que volvieran a calentarse ausentemente.

—¿Así que Genevieve te ha hecho disculparte? —preguntó a Fiona.

La maga le miró, confundida. Su mente claramente había estado en otra parte, pero cuando se dio cuenta de que se estaba refiriendo al Rey Maric, ella puso sus ojos en blanco con molestia. Tenía unos ojos preciosos para ser una elfa, pensó él. La mayoría de los elfos que había conocido Duncan siempre poseían unos ojos así de inquietantes: verdes claro y morados, tonalidades imposibles que de algún modo les hacía parecer

extraños. Los ojos de Fiona eran oscuros y expresivos. Llenos de alma, habría dicho su madre. Ella siempre tenía un filón con las palabras.

—No, no lo hizo, —dijo brevemente la maga—. Y no tengo necesidad de hacerlo.

—Él no es tan malo, ya lo sabes.

—No puedes saber eso. Difícilmente le conoces mejor que yo.

—¿Es algo de elfos? Conocí a un montón de elfos en Val Royeaux, y cada uno de ellos tenía una astilla sobre sus hombros. Incluso aquellos que no venían de la elfería.

Ella le disparó una mirada incrédula.

—No es como si no tuviéramos un buen motivo para estar amargados, ya sabes.

—Sí, sí, lo sé. Nosotros los terribles humanos destruimos los Dales. Uno de los elfos que conocí se hacía llamar a sí mismo un elfo Dalishano, incluso se pintaba la cara para parecerse a ellos. Pensé que finalmente se iría a los bosques a buscar a uno de sus clanes, pero resultó ser que hizo que le arrestaran. En cualquier cosa, solía hablar de los Dales todo el tiempo.

Ella se detuvo, golpeando con su bastón en la piedra de forma que el globo resplandeciera brillante por un momento. Su exasperación con él era obvia.

—Hay más en ello que eso. ¡Mucho más! ¿Ni siquiera lo sabes?

—¿Saber qué? ¿Que tu gente fue esclavizada? Todo el mundo sabe eso.

—Hubo un tiempo, —sus ojos resplandecieron—, en el que los elfos vivían eternamente. ¿Sabes eso, también? Hablábamos nuestra propia lengua, construíamos magníficas maravillas por todo Thedas, teníamos nuestro propia tierra natal… y esto fue mucho antes de que los Dales siquiera existieran.

—Y entonces fuisteis esclavizados.

—Por los magisters del Imperio de Tevinter, sí. Sólo uno de sus crímenes, y probablemente ni siquiera el mayor. —Fiona se giró de Duncan y pasó una mano delgada por la corrupción que cubría una pared cercana—. Nos quitaron todo lo que era hermoso. Incluso nos hicieron olvidar lo que fuimos una vez. No fue hasta que la profeta Andraste nos liberó que siquiera nos dimos cuenta de lo que habíamos perdido.

—Y ella era humana, ¿no? No somos todos tan malos.

—Su propia gente la quemó en una estaca.

—Quería decir el resto de nosotros.

Ella le devolvió la mirada, sonriendo juguetona incluso aunque sus ojos estaban teñidos de tristeza.

—Andraste nos dio los Dales, una nueva tierra natal para reemplazar la vieja. Pero vuestra gente nos la arrebató, también, al final. Ahora o vivimos en vuestras ciudades como alimañas o vagamos como forajidos, pero en cualquier caso no se nos quiere.

Duncan sonrió burlonamente hacia ella.

—Ohh. Pobres elfos.

La maga balanceó su bastón aún brillando hacia su cabeza, pero él la esquivó, riendo alegremente. El sonido permaneció extrañamente en la penumbra.

—¿No lo suficientemente compasivo, supongo? —Él sonrió—. Crecí en las calles, así que si estabas buscando reconfortarte en cómo de buenos somos los humanos, no vas a tenerlo de mí.

—Tú preguntaste, —le recordó ella.

—Sobre el rey. —Él señaló a los otros, que ahora se habían puesto por delante de ellos. Fiona se percató de ello, también, y empezó a apresurarse para atraparles. Él mantuvo el paso—. Esas cosas de las que hablabas… sucedieron hace tanto tiempo que difícilmente cualquiera que no tenga su nariz metida en un libro siquiera sabría la mitad de ellas. Los elfos ya no son simplemente esclavos.

—¿Eso crees? —Su mirada era oscura, su tono de repente quebradizo—. ¿Crees que el esclavismo simplemente desapareció aquel día para cada uno de nosotros?

—Incluso así, estoy bastante seguro de que el Rey Maric no tiene nada que ver con nada de eso.

Ella asintió, sus ojos fijos en el rey rubio donde él caminaba por delante. Como si percibiera el escrutinio, el hombre se detuvo y miró atrás confuso. Ella no evitó su mirada, y él avergonzadamente decidió que lo mejor era volver su atención a otra parte.

—Lo sé. —Ella asintió—. ¿Crees que no lo sé?

Ella suspiró cansada.

—Él cree que su vida es difícil.

—Quizás lo es. Seguro que yo no querría ser un rey.

—¿Por qué no? —Fiona frunció el ceño a Duncan, su rabia reavivada—. Piensa en lo que podrías hacer como rey. Podrías hacer tanto. Podrías cambiarlo *todo*.

Él se rió con desdén.

—Me crié en las calles, e incluso yo sé que los reyes no pueden hacerlo todo. —Él empezó a caminar hacia delante, y Fiona se quedó donde estaba, observándole ir—. No sé lo que piensas que debería estar haciendo, pero quizás deberías contárselo a él en lugar de a mí. Ahora voy a ir y ver si necesita algo. Probablemente me mandará a vaciar un orinal.

—¿Te ha enviado alguna vez a por uno? —se rió ella.

—Podría empezar. Si sigues mirándole todo el tiempo, probablemente necesite uno.

Pasaron más horas mientras entraban más en los Caminos de las Profundidades.

Las señales de la corrupción de los engendros tenebrosos gradualmente se volvieron peores. Charcos de agua salobre llenaban porciones de los pasillos, y Kell les advirtió no tocar ninguno. Una rápida orden de Hafter y el perro retrocedió, sabiamente decidiendo en contra de aplacar su sed. Duncan estaba inclinado a estar de acuerdo. Había huesos de… cosas… flotando en esos charcos. Algo se movía en el agua que podrían haber sido gusanos, pero él no quería pensar en ello demasiado.

El crecimiento similar a hongos en las paredes se volvió más denso, también. Había montones de ello, algunos pareciendo como grandes colmenas deformes con oscuros zarcillos radiando hacia fuera. El crecimiento estaba cubierto de la misma sustancia resbaladiza, como un aceite pútrido. A veces el hedor se volvía tan fuerte que nublaba el

aire y ahogaba las antorchas. Se atragantaron con él, y sólo ante la urgencia de Maric continuaron.

Parecía pensar que se dirigían en la dirección correcta.

Varias veces pasaron ramificaciones, y sólo al principio el rey vaciló. No era, se dio cuenta Duncan, como para averiguar hacia dónde se suponía que iban. Sus ojos estaban lejos, perdidos en algún recuerdo del que no hablaba. Cuando finalmente habló y señaló el camino, parecía bastante seguro.

Duncan se preguntaba qué había en esas otras direcciones. Un camino se parecía mucho a los otros aquí, y él no estaba del todo seguro de cómo el rey los diferenciaba. Esos recuerdos suyos debían ser bastante claros. Si era así, entonces quizás Genevieve tenía razón al insistir en que viniera. Si accidentalmente bajaban por uno de esos pasadizos, ¿quién sabe dónde habrían acabado?

Habían alcanzado los restos de una estación enana cuando Genevieve llamó al alto. Quedaba poco del edificio aparte de una sombra de las paredes de mortero y algunas herramientas destrozadas, pero el resto de ellos sabía que la Comandante no les había detenido para admirar el área.

Estaban acercándose a los engendros tenebrosos. El hecho de que también estuvieran acercándose al thaig de Ortan, de acuerdo a Maric, no se les había escapado, tampoco. Duncan podía percibir a sus masas pululantes por delante, como si se estuvieran aproximando lentamente a un pozo negro lleno de ojos todos dirigidos hacia él. La misma idea le llenó de un miedo que retorció su interior en un nudo. Su experiencia con los engendros tenebrosos era mínima, y ahora estaba aventurándose voluntariamente a un lugar donde se encontraría a más de ellos de lo que nunca querría. Era una noción aterradora.

Las tiendas se alzaron sin discusión, dentro de los límites de donde se había alzado una vez la estación. Aquí los enanos probablemente habían detenido una vez a los viajeros en los Caminos de las Profundidades, inspeccionando sus bienes o quizás tasándolos. ¿O quizás la estación había sido construida para vigilar por invasores? Realmente no tenía ni idea. Cuando la Primera Ruina golpeó, había golpeado más duro a los enanos. Los engendros tenebrosos se habían tragado los Caminos de las Profundidades, y los enanos se habían retirado hasta Orzammar, sellando todas las entradas a los túneles y dejando a todo el mundo atrapado al otro lado de aquellos sellos a su destino.

¿Cómo debía haber sido, haberse dado cuenta de que no había escapatoria? ¿Tener a los engendros cayendo sobre ti como una marea, ahogándolo todo a su paso y barriendo casi a toda una cultura? Los enanos aparentemente nunca dudaron de que la Ruina pudiera volver, y siempre habían guardado a los Guardas Grises mucho más respeto que nadie más. Su propia gente era menos dependiente, naturalmente. Tendían a olvidar lo que no estaba justo delante de sus caras.

No es que Duncan fuera mejor que el resto de la humanidad, juzgándolos desde lo alto de su saliente. Lejos de ello. Simplemente había visto demasiado en su vida como

para poder imaginar con cierto grado de precisión de lo que la humanidad era capaz. En la mayoría de los días hubiera dicho que una Ruina bañando la superficie no sería algo tan malo, tragándose a la humanidad y quizás masticándola y escupiéndola en buena medida.

Quizás debería sentarse y preparar una lista de todo lo bueno que se destruiría al mismo tiempo… como las galletas. Los engendros tenebrosos barrerían todas las galletas de la faz de Thedas.

Eso sería malo, y eso sólo hacía toda su empresa parecer más valiosa.

—¿Por qué nos estamos deteniendo ya? —le preguntó Maric, aproximándose silenciosamente desde atrás. Duncan se percató de que el hombre parecía un poco febril a la luz de las antorchas, sudoroso y pálido. Los Caminos de las Profundidades no parecían estar muy acordes a él. Pero entonces, ¿con quién estarían acordes, exactamente?

—Estaremos sobre los engendros tenebrosos pronto. Un montón de ellos.

—¿De verdad? Yo no… oh.

—Podemos percibirlos delante, —le recordó Duncan—. Espero que el siguiente tramo se vaya a poner interesante. —Trató sonar más valiente de lo que se sentía.

Genevieve caminó al borde del campamento inquebrantable, y su tensión lentamente infectó al resto de ellos. Había poca charla, y después de que los otros se hubieran comido su comida de raciones secas y vino simple se habían acurrucado alrededor de una pequeña hoguera… algo que la Comandante había permitido sólo reluctante. Ninguno de ellos quería admitir que pese a su cansancio, la idea de cerrar sus ojos mientras eran rodeados de esa oscuridad opresiva era casi insoportable. Las llamas eran cálidas y brillantes, y era un poco más fácil pretender que no estaban a millas bajo la tierra en su presencia.

Incluso así, no pasó mucho para que la penumbra se asentara como una cortina.

Julien y Nicolas jugaban a un juego Orlesiano en una gran roca, algo que requería unas piezas de marfil moviéndose por un tablero con cuadros. Duncan había visto a los ricos jugarlo de tiempo en tiempo, pero no tenía ni idea de qué reglas tendría o ni siquiera de cómo se llamaba. Parecía requerir una intensa concentración, los dos guerreros frunciendo el ceño bastante y acariciándose el mentón en silencio.

Era un juego que le pegaba a la pareja, probablemente. Duncan había pensado que eran hermanos la primera vez que se unió a la orden, pero resultó que eran simplemente camaradas que preferían la compañía del uno al otro, y que en su mayoría se reservaban para ellos mismos. Duncan rara vez había oído a Julien hablar más de un puñado de palabras, y normalmente era para calmar a Nicolas.

Eso era alguien que Julien podía hacer cuando casi nadie más podía. Había una caballerosidad en sus modales que contrastaba abruptamente con la brusquedad de Nicolas y su rápido temperamento.

Kell se sentó enfrente de Duncan, solemnemente tallando más flechas con su cuchillo del cinturón. Su aljaba ya estaba llena, aún así se aplicaba a la tarea. Sin duda pensaba que necesitaría todas las flechas que tenía y más pronto… probablemente tenía razón.

Hafter estaba agachado junto a su amo, alzando la mirada hacia él adorándolo y probablemente deseando poder ayudar de algún modo en su tarea.

El resto de ellos simplemente miraban a las llamas. Cada vez que Genevieve caminaba junto a ellos, todo el mundo se quedaba helado. No era nada abierto: Julien y Nicolas detenían su juego, deliberadamente sin alzar la mirada de su tablero, y los otros contenían su aliento. Su mirada de hierro les bañaba y entonces continuaba caminando. Ella no lo dijo directamente, pero era obvio que pensaba que sería mejor simplemente recoger el campamento y seguir viajando si nadie iba a dormir.

Lentamente se volvió insoportable. El cuerpo de Duncan gritaba por sueño, y él se encontró a sí mismo cabeceando varias veces sólo para espabilarse. El fuego era benditamente cálido, la única fuente de algo decente en este lugar olvidado del Hacedor. Quería cogerlo y abrazarlo cerca. Quizás eso le calentara y detuviera los temblores, que ahora eran casi constantes.

—¿Estás bien? —le preguntó Fiona, el sonido de su voz inicialmente un shock. Él se giró y la miró confuso, al principio sin absorber del todo lo que había dicho, antes de que finalmente asintiera—. ¿Te gustaría jugar a un juego? —ofreció ella—. Tengo unas cartas en mi mochila; podría sacarlas si…

—No. —Él tembló de nuevo, casi un espasmo, y se frotó las manos vigorosamente junto al fuego. Los otros se detuvieron y le miraron, intercambiando miradas silenciosas.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! ¡Estoy seguro!

El silencio descendió de nuevo, y Duncan casi se arrepintió de su negación. Se frotó sus manos aún más junto a las llamas, notando cuán señaladamente pálidas eran. *Qué gracioso*, pensó él. *He pasado la mitad de mi vida deseando ser pálido al igual que el resto de los niños, y ha resultado que todo lo que necesitaba hacer era congelarme hasta la muerte en los Caminos de las Profundidades.*

—Quizás debería alentar el fuego más, —ofreció Kell.

—¡Estoy bien! —Soltó Duncan.

Podía sentir a Fiona mirándole ansiosamente, aunque ella dudaba de hablar. Así que él envolvió sus brazos alrededor de sí mismo y se inclinó cerca de las llamas, tratando de no parecer tan miserable como se sentía. Por la rareza que sentía a su alrededor, dudaba que tuviera mucho éxito.

—Ya sabes, —Maric habló de repente, calentando sus manos en el fuego junto a Duncan—, antes durante la rebelión, teníamos un ritual la noche antes de una batalla. Nos pasábamos algo de cerveza enana. A ver quién podía dar el trago más largo.

Utha sonrió e hizo un gesto con sus manos. Kell se detuvo en su tallar y parecía entretenido.

—Ella dice que eso no es realmente cerveza.

—¡Me lo dices! Creo que en realidad la hacían de hongos. ¡Era tan negra como el alquitrán!

Duncan gruñó.

—¿Tú bebiste eso?

El Rey le guiñó un ojo y extendió el brazo hasta su capa, sacando un frasco grande de plata. La runa enana blasonada en el lateral era clara para que todo el mundo la viera, y un par de silbidos de apreciación flotaron alrededor del fuego. Incluso Julien y Nicolas estaban interesados ahora, sonriendo mientras Maric lo abría. El olor de algo enfermizamente dulce llenó el aire, como una mofeta que hubiera reptado bajo un cobertizo para morir y pudrirse lentamente en el calor.

Fiona se rió, cubriendo su boca con una mano.

—¡Oh, eso es nauseabundo!

—Mi madre empezó la tradición, —dijo Maric, alzando el frasco hasta su nariz y olisqueándolo. Él suspiró de deleite, como si el olor fuera maravilloso y no pútrido en lo más mínimo—. Ella se había cruzado con un enano que se había topado con los Orlesianos. Creo que yo tenía quince años. Olvidé su nombre. La barba más rizada que he visto nunca. De todos modos, él viajó con nosotros un tiempo y nos dio todo un barril de cerveza enana de regalo.

La sonrisa del hombre de repente se convirtió en afectuosa, sus ojos tristes. Duncan tuvo que pensar para recordar que la madre de la que el Rey hablaba había sido asesinada… justo enfrente de él, tal y como decía la historia. Se preguntaba si era cierto.

—Ninguno de los hombres la quería, pero Madre era tan terca que se negaba a desperdiciar nada, especialmente un regalo.

Así que la siguiente noche antes de la batalla, sacó el barril y metió una jarra dentro. Se la bebió toda enfrente de todos sus comandantes, y entonces les retó a hacer lo mismo.

Él se rió entonces, una risa de corazón y llena de gozo que lentamente se volvió teñida de tristeza mientras se retiraba. Vacilando sólo un segundo, llevó el frasco a sus labios y dio un largo trago. Duncan sintió su nariz encogerse de desagrado mientras el Rey tragaba no una sino dos veces, y entonces se detuvo, sonriendo alocado mientras hacía un sonido satisfecho de…

—¡Ahhhh!

Utha hizo un gesto de impresionada.

—Estoy de acuerdo, —dijo Nicolas.

—Yo fui el último en beber aquella primera noche. —Maric sonrió, su voz se arrastraba como si la cerveza le hubiera desgarrado la garganta—. Le di un trago y vomité por toda la hoguera. —Él se giró y ofreció el frasco a Kell con un ligero alzar de ceja.

El cazador le miró dudoso, y entonces con el suspiro más ligero bajó su flecha a medio acabar y su cuchillo del cinturón y aceptó el frasco. Lo alzó hasta su frente y brindó en dirección al rey, un gesto de gratitud.

—Entrené con los Guerreros de la Ceniza, —dijo el cazador. Miraba al frasco como si estuviera seguro de que algo iba a reptar fuera de él—. Creen que es necesario que uno muera antes de la batalla. Si no puedes ver tu muerte y aceptarla, te cogerá desprevenido. Antes de mi primera batalla, me desangraron con cortes superficiales y entonces echaron

sal a mis heridas hasta que finalmente grité de agonía. —Él sonrió de repente. Duncan nunca había visto al hombre solemne sonreír realmente antes, ahora que lo pensaba—. Cuando lo hice, todos se rieron. Habían apostado, ya ves, para ver cuánto resistiría.

Kell dio un trago largo, y meramente se limpió su boca después sin ninguna indicación de si le gustaba el sabor o no.

—Mi lección fue no hacer todo lo que te digan tus camaradas simplemente porque lo encuentran entretenido. Una lección que obviamente no aprendí bien. —Él guiñó el ojo a Utha y le pasó el frasco.

La enana de pelo cobrizo examinó la runa en el frasco con cuidado. Ella hizo varios gestos de manos hacia Maric.

—Ella dice que la runa es… no puedo descifrar eso, lo siento, —dijo Nicolas, confuso.

—Es la marca de la Casa Aeducan, —afirmó Maric—. El Rey Endrin me lo dio.

Utha parecía impresionada. Le dio un trago largo, tragando varias veces, y cuando terminó bajó el frasco y se detuvo antes de soltar un largo y completamente nada femenino eructo que reverberó por toda la caverna.

Sonriendo orgullosa, hizo gestos que Nicolas tradujo de nuevo.

—No puedo saborearla, por supuesto, pero recuerdo este brebaje hediondo lo suficientemente bien. Mi padre lo amaba, y eructaba después de cada trago porque sabía que molestaba a mi madre. Tenía que ocultarle las botellas, y ella siempre me mandaba a encontrarlas por ella. Yo siempre lo hacía. Él solía llamarme Pequeña Aguafiestas.

Kell le dio una mirada seria.

—Nunca habías hablado de tus padres.

Ella asintió tristemente.

—Murieron. Engendros tenebrosos.

Con eso, ella pasó el frasco a Nicolas, que lo miró alerta.

—Mis padres me echaron de casa cuando apenas era un hombre. Mentí al senescal de Fortalan para hacer que me aceptara en una de las unidades de la periferia. La primera vez que nos dirigimos a la batalla, estaba tan atemorizado que me mojé la túnica.

Los ojos de Julien se abrieron como platos con shock alegre.

—¡No puede ser!

—Lo hice. Después de la batalla, me llamaron Charco. El nombre duró. —Dio un trago y su cara se retorció de puro disgusto—. ¡Esto está horrible! ¿Por qué alguien bebería eso? —Él rápidamente se lo dio a Julien.

El guerrero de ojos oscuros frunció el ceño.

—Yo no tengo ninguna historia entretenida, —dijo él en su voz silenciosa. El acento Orlesiano del hombre era pronunciado.

No por primera vez, Duncan se preguntaba si Julien originalmente era parte de la aristocracia del Imperio. Si era así, tenía que preguntarse qué había llevado al hombre a los Guardas Grises. La experiencia de Duncan con la nobleza Orlesiana le decía que raras

veces prestaban atención a tales nociones pintorescas como el deber, ¿pero quizás no debería pintarlos a todos del mismo calibre?

—Seguro que sí, —le provocó Nicolas.

—No, no la tengo.

—¿Qué hay de aquella noche en Val Mort? ¿Antes de la escaramuza de los engendros tenebrosos?

Julien se ruborizó, mirando a los otros como si deseara poder escaparse reptando a alguna parte.

—Esa no es una historia apropiada, Nicolas. Y no fue cosa mía.

Nicolas rugió con una risa entretenida.

—¡Los otros le llevaron una zorra elfa! —Él se detuvo, mirando a la maga a través del fuego—. Disculpas, Fiona.

Ella resopló.

—Como sea. Tu madre era una zorra.

—¡Sí que lo era! —Él volvió a mirar a Julien, recibiendo un gran placer con la incomodidad de su amigo—. Había cometido el error de decirnos que nunca había estado con una mujer, ya ves. Así que nos aseguramos de arreglar *eso* antes de enfrentarnos a los engendros tenebrosos por primera vez.

La cara de Julien era carmesí.

—Era una chica dulce.

—¡Ella le robó de pleno! Se llevó todo su dinero y corrió por la ventana.

El guerrero silencioso sonrió entonces, asintiendo incluso a través de su vergüenza.

—Ella aún así era una chica dulce. —Él dio un trago largo, se estremeció ante el malvado sabor, y entonces intentó pasárselo a Fiona.

La maga lo rechazó.

—No voy a beber eso.

—Oh, vamos, —la urgió Duncan.

Ella transigió a regañadientes. Cogiendo el frasco, alzó su nariz y tomó el más ligero sorbo. Inmediatamente jadeó y empezó a convulsionar y a hacer ruidos de arcadas. Sacudiendo el frasco, trató de deshacerse de él con Duncan, y él se lo cogió mientras se reía.

La elfa luchó con fuerza para no vomitar, y los otros se unieron en la alegría.

—Oh, muy amables, —jadeó ella finalmente, su voz ajada—. ¡Gracias por encontrar tan malditamente divertido que haya sido envenenada!

—Pobre Fiona, —la provocó Nicolas—. Qué delicada flor.

—Ve a follarte a tu caballo. —Ella se rió y se limpió la boca varias veces, como si eso pudiera eliminar el recuerdo del sabor—. ¡Ach! Es como muerte líquida.

Duncan le sonrió.

—Has hecho todo un espectáculo.

—No se requería ningún espectáculo. Pruébalo y lo averiguarás.

—Ah-hah, —dijo él incrédulo. Dejó pasar el tema y volvió su atención al frasco, olfateándolo con prudencia. Fue una mala idea. Se encogió, su nariz retorciéndose como si estuviera en llamas—. No estoy seguro de que quiera, ahora.

—Tienes que hacerlo, —se rió entre dientes Maric—. Todos lo hicimos.

No todos. Duncan miró a Genevieve, que estaba al borde del asentamiento en ruinas. Ella se inclinaba contra una de las paredes, su espalda hacia ellos. Ella tenía que escucharles reírse y charlar. Parte de él quería llamarla, invitarla a unirse a ellos. Pero ella se negaría, naturalmente.

—Nunca he estado en ninguna gran batalla, —dijo él—, pero hubo aquella noche donde nos estábamos preparando para robar al Marqués… oh, ahora me he olvidado de su nombre. Un rico bastardo, aún así. Montones de guardias, también que hacían que robar su mansión fuera muy arriesgado.

Utha puso una cara de desaprobación.

—¿Qué? —protestó él—. ¡Éramos pobres! ¡Él era rico! Era bastante justo.

—A mí me suena justo, —se rió Fiona.

—Así que íbamos a salir, todos nosotros nerviosos y sudando como un montón de zorras elfas en una capilla…

—¿Qué os pasa *con* todas las zorras elfas? —Se quejó Fiona.

—… y recuerdo que me olvidé de mi cuerda. Así que corrí bajando las escaleras y la cogí y me resbalé. Caí una planta entera de escaleras y aterricé sobre un gato.

—Aterrizaste sobre un *gato*. —Maric le miró incrédulo.

—Un gato grande. Era uno local, vivía en las calles y cazaba perros. Solíamos llamarle Conejo.

Kell alzó una ceja.

—¿Por qué Conejo?

—Tenía las orejas grandes; no sé. De todos modos, me arañó tanto que estaba furioso. Cacé a esa cosa por cuatro bloques de casas, lanzándole piedras. El pequeño bastardo era rápido. Entonces me caí en un pozo.

—Un pozo, —repitió Nicolas.

Duncan se encogió de hombros.

—Era mucho menos elegante antes. —Él sonrió con arrepentimiento ante el recuerdo—. Los otros no sabían dónde había ido, y yo me senté en ese pozo durante tres días hasta que un guardia me oyó gritar y me sacó. Me metió en la cárcel durante la noche, pero al menos saqué una comida de aquello. —Él se rió entre dientes, y retrocedió hasta un suspiro—. Estúpido gato.

—¿No vinieron los otros a buscarte? —preguntó Fiona.

Él sacudió su cabeza.

—Murieron. Alguien avisó al Marqués y todos sus guardias estaban esperándoles. Tuve suerte de no estar allí, o al menos pensé que la tuve. Debido a que sólo yo sobreviví, todos los otros del gremio pensaron que yo era el que le había avisado. —Hubo

un silencio a continuación ante eso, pero Duncan meramente sonrió y alzó el frasco hacia los otros—. Por los amigos perdidos.

—Por los amigos perdidos, —dijeron ellos. Él se preparó y dio un trago de la cerveza enana. Era como atragantarse con la suela de cuero de un zapato viejo y sudoroso que hubiera sido convertido en una pasta hasta que estuviera ligeramente acuoso y gris. Los otros miraban mientras inclinaba el frasco hacia atrás, y tras una serie de tragos audibles él se lo terminó.

Los otros aplaudieron, impresionados. Duncan le devolvió al Rey su frasco, de repente sintiéndose enfermo y tembloroso.

—Un chaval valiente, —dijo Maric.

—Gracias, —gruñó Duncan. Después de un momento se puso en pie y corrió hacia la esquina de las ruinas para vomitar todo lo que había en su estómago en las piedras. Entonces le dieron un par más de arcadas, mientras el resto sonreían entretenidos.

Cuando las arcadas terminaron finalmente, bajó la mirada y les dio una sonrisa pícara y un alzar de pulgares victorioso. Ellos le aplaudieron vigorosamente, y él tenía que admitir que estaba malditamente complacido consigo mismo.

Él se dio cuenta, también, de la mirada apreciativa que Fiona le dio al Rey Maric. El hombre simplemente se encogió de hombros con una sonrisa tímida.

Genevieve abandonó su punto junto a la pared y caminó de vuelta a su tienda, sentándose en una gran roca justo afuera. Duncan observó mientras empezaba a sacar sus armas y a esparcirlas para limpiarlas. Era un ritual que le había visto hacer a menudo en los meses que la había conocido.

La Comandante se detuvo y pasó una mano por su pelo blanco, bostezando. Parecía exhausta, pensó él… no sólo físicamente sino emocionalmente. Parecía envejecida, también, como si sus años le estuvieran alcanzando rápidamente. Él suponía que el pensamiento de ir tras su hermano cuando ya le había dado por muerto debía ser difícil.

Duncan nunca había conocido a Bregan, habiéndose unido a la orden meses después de que el hombre se hubiera ido para su Llamada. Conocía un montón sobre la reputación del hombre, sin embargo. Su presencia había permanecido entre los Guardas Grises mucho después de su partida. Su hermana le mencionaba a menudo. Los otros habían hablado de él, también, y mucho más entusiastas. Duncan siempre había tenido la impresión de que la mayoría sentían que Genevieve no estaba a la altura de su hermano como Comandante, aunque nunca se hablaba de ello abiertamente.

—Duncan, —señaló Genevieve molesta, dándose cuenta de que la estaba mirando. Ella descansó su cabeza sobre su mano—. ¿Qué estás haciendo?

Él caminó hacia ella, dejando atrás a los otros. Podía escucharles hablar de nuevo, Kell ruidosamente avivando la hoguera para que continuara.

—Simplemente pensaba que a estas ruinas enanas les podría gustar algo de su cerveza más de lo que me ha gustado a mí, —dijo con un guiñar de ojo.

Ella se rió entre dientes, y entonces cogió parte de las armas que había esparcido. La espada era la más impresionante de la colección, una elaborada espada a dos manos que

brillaba aunque estuvieran bien lejos del fuego. Sus runas mágicas eran casi invisibles, pero uno podía entreverlas en la oscuridad. Había sido de su hermano, le había dicho ella una vez, se la había dado cuando se marchó hacia los Caminos de las Profundidades.

Entonces ella se detuvo, y parecía como si hubiera recordado algo extraño.

—Ah. Sobre lo que ocurrió antes en la torre…

—¡Sólo era una chica! —protestó él, el rubor ya alzándose hasta sus mejillas. Él simplemente sabía que ella sacaría este tema en algún momento, y ya tenía una defensa planeada—. Seguro que *eso* no está también en contra de las reglas de los Guardas Grises, ¿no?

Genevieve arqueó una ceja, su mirada una clara incredulidad.

—Así que seguiste a la chica hasta allí arriba, ¿no? ¿Para yacer con ella?

—Es es… lo que los hombres jóvenes hacen, ¿no es cierto? O eso he oído.

—Mm-hmm.

—¿Qué? Podía pasar.

Ella se inclinó hacia atrás, plegando sus brazos y fijándole con una mirada acusadora. Duncan conocía esa mirada. Era el tipo de mirada que podía llevar a cosas como que tu cabeza fuera aplastada contra las paredes.

—¿Así que qué estabas haciendo *realmente* allí arriba, antes de tu… escapada con la joven mujer?

Él suspiró con exasperación.

—Buscando algo que robar.

Sus ojos se entornaron.

—¿De los magos? ¿Estás loco?

—Sin riesgo, no hay recompense. Eso es lo que sigo diciéndome a mí mismo, de todos modos.

Su cara se tensó, y parecía como si tuviera un par de cosas que fuera a decirle ella misma. Pero entonces ella las hizo a un lado con un flash de molestia. Él supuso que no significaba mucho donde estaban, especialmente bien después del hecho.

—Al menos no fuiste pillado, —murmuró ella—. Aunque los riesgos flagrantes que tomas son completamente inaceptables.

—Todos vamos a morir, ¿no? —Él se rió entre dientes, pero sólo era medio en broma—. Tanto si muero ahora como más tarde no me parece tan arriesgado. —Genevieve alzó su tono de inmediato, y su expresión se oscureció. No dijo nada y asintió con gravedad, su atención volviendo a su espada.

Duncan suponía que era un poco injusto lanzárselo a la cara. Ella estaba mucho más cerca de su Llamada que él, y sin duda estaba bastante al tanto de que fuera lo que fuera que sucediera aquí abajo, ella seguiría el camino de su hermano bien pronto. Él se giró para irse.

—Espera, —gritó Genevieve tras él—. Creo que es hora de explicarte tu deber.

Él se detuvo.

—¿Mi deber? ¿Vigilar al Rey? ¿Hay más aparte de eso?

Su boca se estrechó en una línea sombría, y el humor frívolo de Duncan se evaporó. Estaba completamente seria ahora. Él se movió un poco más cerca y se agachó cerca de donde ella se sentaba. Ella apenas se percató de él, formulando las palabras apropiadas en su cabeza.

—Es completamente posible, —dijo ella lentamente—, que hoy fracasemos aquí. Ya sabes lo que piensan los Guardas Grises de todo esto. No creen que Bregan haya sido capturado, ninguno de ellos.

—Yo lo creo. —Aseveró Duncan. Lo decía enserio, también. Genevieve podía ser muchas cosas, pero en el corto tiempo que la había conocido, estúpida e ingenua no eran ninguna de esas cosas. Si aquellos que la habían conocido más tiempo negaban sus visiones por sus propios motivos, más imbéciles serían.

Ella le asintió, sus ojos mostrando un flash de gratitud.

—El punto es que podemos morir. Sólo hay un par de nosotros aquí, y pese a lo que cualquiera de nosotros crea, las probabilidades de que realmente encontremos a Bregan antes de que los engendros tenebrosos se den cuenta de que estamos aquí y reaccionen son muy pocas.

—¿Qué quieres que haga?

—Si algo ha cambiado realmente en los engendros tenebrosos, la amenaza de que ocurra una Ruina es grande ciertamente. Si no podemos evitar que obtengan esa información de Bregan, mi trabajo será evaluar la probabilidad de que la utilicen. En ese punto, tu trabajo será volver a llevar al Rey Maric a la superficie.

—¿Personalmente?

Ella asintió.

—Eres sigiloso. El Rey mucho menos, pero tú sabes mucho mejor que cualquiera de nosotros cómo moverte sin ser visto. Cuento contigo para que te lo lleves.

—¿No te referirás a Kell? Él es un cazador, podría…

—Estoy contando *contigo*, —reiteró ella.

Él tragó saliva. Una gran orden, esa.

—Su nación le necesitará, —continuó ella. Genevieve alzó su espada y la balanceó ligeramente en su rodilla. Pasó un dedo admirando su longitud, aparentemente fascinada por los detalles grabados en su acero—. Necesitarán un líder que ha visto la amenaza de la Ruina de primera mano, que crea en ella. El Rey Maric ayudará a alertar a todo Thedas y a traer a los Guardas Grises una gran credibilidad en lo que sea que venga a continuación.

—¿Pero y si…? —Duncan dejó su pregunta en el aire, sintiéndose culpable incluso por pensar en ello.

—También está la posibilidad de que me equivoque, —afirmó simplemente Genevieve, terminando su pensamiento sin ningún sentido de acusación. Ella alzó la mirada hacia Duncan, sus ojos peligrosos—. De que Bregan esté muerto, y que haya cometido un terrible error al traernos aquí. O algo mucho peor.

—¿Peor?

—Si lo que el Rey Maric aprenda puede dañar a los Guardas Grises, podría hacernos parecer estúpidos y evitar que continuemos con nuestro deber, entonces debes asegurarte de que nunca alcance del todo la superficie.

Duncan jadeó incrédulo.

—¿Quieres decir…?

Ella alzó su barbilla pensativa, sus pensamientos distantes.

—Puede que él trate de escapar. Cuales fueran sus razones para unirse a nosotros, sin embargo, la suerte está echada. Si debe desaparecer aquí abajo para que nosotros clamemos la historia que sea que deseemos sobre la superficie, entonces es lo que debemos hacer. —Dándose cuenta de la mirada de ojos abiertos de Duncan, ella le fijó con una mirada de acero—. Considera la situación: Hay un peligro aquí, pero no sé qué peligro traerá consigo, o qué podría saber alguien como Maric durante el proceso. Tenemos un deber mayor, Duncan. Los Guardas Grises protegen todo el mundo, no sólo una pequeña nación.

Él asintió lentamente, su corazón acelerado dentro de su pecho.

—Yo… lo entiendo.

Genevieve sonrió compasivamente, si acaso triste. Ella extendió el brazo y puso una mano reconfortante sobre su hombro.

—Sé que puedes hacer esto. Cuento contigo para que ocurra, si se da el caso.

Él asintió de nuevo, inseguro de lo que debía decir, si debía decir algo.

Ella dejó caer su mano.

—Ve. Duerme algo. Mañana tendremos asuntos más inmediatos en los que pensar, ¿no?

Mañana se dirigían a la jaula del león.

Asintiendo sin aliento a la Comandante, Duncan se giró y se fue antes de que ella pudiera decir nada más. Ella confiaba en él, *en él*, para vigilar al Rey en más sentidos que sólo uno. Ella quería que él lo hiciera, y no Kell o Fiona o nadie más.

Probablemente porque él era capaz de asesinar, y ella lo sabía.

El pensamiento se asentó fríamente en su corazón. No le repelía, sin embargo. Sabía que los Guardas Grises no estaban hechos para cualquier cosa que no fuera derrotar engendros tenebrosos, sin importar lo que sucediera. A veces eso significaba hacer cosas terribles.

Si se daba el caso, asesinaría al Rey Maric. Se preguntaba si siquiera Fiona, que expresaba tal desagrado por el hombre, era capaz de eso. Probablemente no. Pese a toda su rabia, ella era una buena persona.

Mientras que él no.

6

Hacedor, mis enemigos son abundantes.
Muchos son los que se alzan contra mí.
Pero mi fe me sostiene;
No debo temer a la legión,
En caso de que se vuelvan contra mí.

—Cántico de Trials 1:1

Bregan no podía estar seguro de cuánto tiempo había pasado en su celda. Su mente a menudo estaba nublada por una neblina de dolor, e iba a la deriva dentro y fuera del sueño sin ninguna interferencia que marcara si había pasado un día o una noche. Las horas se habían vuelto fluidas, perdidas en la oscuridad y la desesperación en la que se encontraba inmerso.

A menudo cuando se levantaba de su sueño sin descanso, había un momento de confusión en el que pensaba que realmente podía estar aún en la fortaleza de los Guardas Grises en Montsimmard, de que todo lo de su cautividad había sido una pesadilla incómoda. Una parte de él esperaba los olores familiares de los cipreses y los linos, buscaba la leve luz de la luna viniendo a través de las contraventanas de su cámara, incluso aunque el resto de él sabía que no era así. Quizás era su mente esperando más allá de la esperanza, negándose a aceptar sus circunstancias.

Era extraño para él, ya que si le hubieran preguntado habría dicho que no asociaba ningún recuerdo bueno con la fortaleza, pese a que hubiera sido su hogar durante tantos años. Ser parte de los Guardas Grises no era algo que le trajera alegría. No había sido una miseria, precisamente, sino más bien una vida que él había *resistido*. No había resistido el tirón que le había llevado por ese camino, pero tampoco lo había caminado de voluntad propia.

La idea de que ahora su mente gritara por mandarle de vuelta allí le parecía casi como una broma enfermiza.

Genevieve habría discutido con él. Ella siempre había creído que su posición dentro de los Guardas Grises era un gran honor.

El día que le hicieron Comandante de los Guardas Grises, sus ojos habían brillado de orgullo en silencio mientras él de algún modo se sentía asfixiado, atrapado. Aún así lo había hecho, asumió el mando y las responsabilidades que venían con él mientras su hermana sacudía su cabeza ante lo que ella percibía como su obstinación.

Y de algún modo eso se había traducido en popularidad entre los hombres que había comandado. Bregan nunca se había visto a sí mismo particularmente más digno que ninguno de ellos. Todos habían hecho el mismo sacrificio que él, todos habían tomado esa hediondez dentro de sí mismos al igual que él lo había hecho, para luchar contra una amenaza que la mayoría de la humanidad pensaba que ya había pasado hacía mucho. No

buscaba ninguna distinción para sí mismo, y dispuestamente contaba con los acólitos ofrecidos por sus superiores a aquellos hombres que realmente eran merecedores, y por ello los Guardas Grises le habían amado.

Genevieve nunca había entendido eso, tampoco. Su hermana era todo rigidez y deber, y erigía una barrera entre ellos y aquellos a los que comandaba. Bregan era el único al que ella dejaba pasar, y había veces en que sabía que ella se resentía de su popularidad. Ella pensaba que él la buscaba, que deliberadamente cultivaba su lealtad, y se negaba en creerle cuando le decía que no era cierto.

¿Quizás era debido a que eso es lo que ella habría hecho?

Quizás su hermana siempre había codiciado la popularidad entre los otros Guardas, y habría recorrido largas distancias para conseguirla si pensaba que era posible lograrlo. Ambos sabían que eso nunca sucedería, sin embargo. La gente era como armas para ella, un medio para un fin. Ella prefería que fueran igual de duros, implacables, y predecibles, y siempre se sorprendía cuando no lo eran.

Sabiendo que ella necesitaría continuar como Comandante después de él había sido casi más difícil que ninguna otra realidad visitada por él durante la Llamada. Habría matado a Genevieve ver a los hombres dolerse, y saber que cuando su hora llegara en el futuro próximo nunca le llorarían de la misma forma.

El pensamiento de su hermana le llevó al presente. Había soñado con Genevieve mientras dormía, una neblina llena de dolor y delirio, pero incluso a través de ello imaginaba que ella estaba ahí fuera gritando su nombre y desesperadamente buscándole en la completa oscuridad que les tragaba a todos. Un sueño extraño ciertamente, pero sabía lo suficiente como para considerar la posibilidad de que pudiera haber sido algo más.

¿Le había seguido dentro de los Caminos de las Profundidades? ¿Estaba pensando en rescatarle?

Un pánico se aferró a él. Él abrió sus ojos y se recostó súbitamente, completamente esperando encontrar la oscuridad de su celda. En su lugar, sin embargo, fue recibido por luz. Un brillo amarillo difuso permeaba la cámara, casi suavizado por las sombras pero aún lo suficiente como para evitar que fuera una oscuridad absoluta. El hedor a corrupción llenaba sus fosas nasales una vez más, como si estuviera rodeado de carne a punto de podrirse, pero de algún modo no parecía tan potente como recordaba.

El sonido de zumbido, sin embargo, era más fuerte incluso que antes.

Ya no era algo amortiguado y distante; estaba en todas partes. Estaba detrás de las paredes y bajo el suelo; llenaba las sombras y acariciaba su piel. Había una terrible belleza en ello ahora, un grito horrendo que pulsaba dentro del sonido, y tirón que tiraba del borde de su consciencia y aún así le asustaba y le daba náuseas al mismo tiempo.

El zumbido había eclipsado cualquier sensación que tenía de los engendros tenebrosos.

Cualquier intento que hacía de extenderse con su mente para percibir dónde estaban las criaturas se encontraba sólo con un muro de hermoso sonido en su lugar. Como una mala hierba, se había insinuado a su consciencia, bloqueando todo lo útil.

Fue agarrado por un impulso irracional de arañar con sus manos su cara, de desgarrar la carne y el hueso y arrastrar el zumbido fuera de su mente físicamente. La noción le hizo reír, una carcajada de locura nacida de la histeria que fue derrotada casi antes de que saliera de él.

—¿Lo escuchas, no? —llegó la voz calmada del Arquitecto, sentado a menos de cinco pies de él en un saliente de roca cerca de la pared.

Bregan se sorprendió por la presencia del engendro tenebroso, y estaba inseguro de cómo podría haberlo pasado por alto incluso en la tenue luz. ¿Había reptado hacia la celda mientras su mente divagaba? ¿Había dormido, y ni siquiera se había dado cuenta de que estaba durmiendo?

Una única piedra brillante colgaba junto a la criatura, la fuente de iluminación, y su bastón anudado yacía sobre su regazo entunicado. Tenía la impresión de que la criatura había estado esperando allí un tiempo. ¿Observándole, quizás? ¿O sondeando en sus pensamientos con su magia? Había hechizos que podían hacer eso, magia prohibida que él no dudaba en lo más mínimo que un emisario engendro tenebroso podía poseer.

Pero si era así, probablemente tampoco había nada que pudiera hacer. Sus pensamientos ya habrían sido violados, y sus secretos desgarrados de él. Ya había tratado de escapar, sólo para acabar de vuelta donde había empezado.

Se estremeció, con retraso recordando que ahora estaba mayormente desnudo y aún así cubierto de unas vendas improvisadas sobre la mayor parte de su pecho y piernas. No recordaba qué había ocurrido después de que fuera abatido por la avalancha de atacantes engendros tenebrosos, había sentido sus dientes mordiendo su carne. No estaba siquiera seguro de cómo había sobrevivido.

Su piel le picaba terriblemente por debajo de aquellas vendas, pero resistió la urgencia de quitárselas. Le habían dado una simple manta de piel maltrecha para cubrirse, y él se envolvió en ella mientras lentamente se sentaba por completo. El dolor a través de su cuerpo estaba amortiguado pero insistente, como si su cuerpo protestara contra este movimiento poco familiar. El aletargamiento le hizo ponerse alerta. Había una densidad en su sangre, una deliberación en sus latidos del corazón que le hacían sentir como algo extraño reptaba dentro de él y se bebía sus fuerzas. ¿Qué le habían hecho los engendros tenebrosos?

—Bien puedes utilizar la magia que tengas para abrir mi mente, si no lo has hecho ya, —gruñó Bregan—. No voy a decirte lo que quieres saber.

El Arquitecto parpadeó lentamente, registrando sorpresa en esos ojos blanco lechosos que continuaban mirando tan incesantemente.

—Incluso si pudiera hacer tal cosa, —dije educadamente, sus palabras entrecortadas y regulares—, ¿qué te hace pensar que es la meta que busco?

—Porque es lo que vosotros los engendros tenebrosos hacéis, ¿no? —Las palabras salieron de Bregan como un graznido, y su visión nadaba. Se sentía mareado y grogui. El hermoso zumbido alcanzó un crescendo, una orquesta de sonido insistente que amenazaba con desgarrar su mente.

Chocó contra él en múltiples oleadas antes de recesar finalmente. Le llevó todo su esfuerzo simplemente permanecer sentado, el sudor cayendo por su frente mientras su corazón lentamente palpitaba dentro de su pecho.

—Vosotros caváis… buscáis, dónde están guardados…

—Los Viejos Dioses, —ofreció el Arquitecto.

Bregan asintió. El zumbido se había retirado a las sombras de nuevo, pero su poder aún le hacía estremecerse. Los susurros dentro de ese sonido… si se detenía, estaba seguro de que podía casi averiguar lo que estaban diciendo. Estaba determinado a no intentarlo. Cubrió su cara con una mano, tranquilizándose.

—No puedes engañarme, —dijo entre dientes—. Sé qué es lo que quieres. ¿Qué otro motivo tendrías siquiera para mantenerme aquí?

El Arquitecto le miró de cerca. Extendió el brazo hacia arriba con una mano chamuscada, marcada, y pasó un dedo pensativo por su mentón. Bregan continuó sudando bajo su escrutinio, tembloroso y exhausto mientras simultáneamente trataba de no dejar que el engendro tenebroso viera lo debilitado que estaba. No tenía ni idea de si había tenido éxito. Probablemente no mucho.

Lentamente el emisario se levantó, sus túnicas marrones ondulándose suavemente. Utilizó el bastón ennegrecido para apoyarse mientras se inclinaba para estudiar a Bregan incluso más de cerca. Él se estremeció, revuelto por los ojos muertos de la criatura. Su carne se arrastraba y quería arrancársela, pero no podía siquiera invocar las fuerzas para eso.

—No has respondido a mi primera pregunta, —dijo suavemente.

Él se aclaró su garganta y le miró, perplejo.

—Yo no…

El Arquitecto se irguió, frotándose su mentón de nuevo en un gesto extrañamente humano. Bregan se percató del número de zurrones y extraños dispositivos que colgaban de la cuerda suelta de cáñamo atada a su cintura.

Uno de ellos parecía como un cráneo petrificado convertido en algún tipo de amuleto, el cráneo habiendo pertenecido alguna vez a algo vagamente reptiliano.

—Sugerí que escucharas la llamada. Lo has hecho, ¿no?

Parecía más intrigado ahora incluso que antes.

—De hecho, apostaría que la escuchas más claramente ahora que nunca.

—Quieres decir el zumbido, la música.

—Los Viejos Dioses nos llaman, como siempre lo han hecho. —El Arquitecto se giró y caminó al otro lado de la celda. Las sombras ejercidas en las paredes por la piedra brillante bailaban ominosamente—. Eso es lo que oyes. A mi gente, es una llamada que no podemos ignorar. Susurra a nuestra sangre y nos impulsa a buscar a los Viejos Dioses.

Buscamos y buscamos sus prisiones, y cuando encontramos una, tocamos la cara de la perfección y por lo tanto la profanamos para siempre.

El engendro tenebroso inclinó su cabeza. Porque estaba apartando la mirada de Bregan, no podía ver su expresión bien, pero tenía la impresión de que la criatura estaba llena de tristeza, o quizás arrepentimiento.

¿Podía ser eso posible? Los engendros tenebrosos habían atacado toda otra vida en una oleada tras oleada incansable, sin piedad o cuartel, durante siglos más allá de lo que estaba registrado. ¿Eran capaces del arrepentimiento? Tenía que admitir que antes de encontrar a este particular, había supuesto un gran número de cosas sobre ellos que parecían no ser ciertas. Al igual que ninguna verdad quedaba por ver.

—¿La cara de la perfección? —preguntó Bregan—. Los Viejos Dioses son dragones.

El Arquitecto se rió entre dientes entretenido.

—¿Eso es todo lo que son, humano? ¿Es eso algo pequeño, entonces? ¿Hay tantas criaturas así en las tierras de la superficie que no son algo de lo que maravillarse?

Era, de hecho, bastante lo contrario. Los dragones habían sido cazados casi hasta la extinción, y a decir verdad sólo habían empezado a reaparecer en los años recientes. Incluso entonces, los Viejos Dioses eran cosas de leyendas, criaturas antiguas que depredaban incluso al Imperio de Tevinter y podían haberse considerado mitos si el hecho de que un gran dragón, corrompido lideraba las hordas durante cada una de las Ruinas no hubiera dado suficientes evidencias de su existencia.

—No sé qué es realmente un Viejo Dios, —admitió el Arquitecto. Los ojos lechosos de la criatura miraron en la distancia, y Bregan se dio cuenta de que estaba escuchando el zumbido. El sonido se elevó como en respuesta, una canción de hermosos susurros que acariciaba la mente de Bregan y le hacía estremecerse. Él apretó sus dientes para mantenerlo a raya y sólo tuvo éxito parcialmente—. Nunca he visto tal criatura en toda mi vida. Ni sé si hacerlo será algo bueno. Todo lo que sé es que la llamada de los Viejos Dioses es una cosa de perfección. —Se giró para mirar a Bregan de nuevo, su expresión indiscernible pero su tono suave y triste—. Somos cosas de oscuridad, humano. Tú lo sabes mejor que otros. Para nosotros, la llamada es la única luz que jamás conoceremos.

Él miró al engendro tenebroso, esta criatura con su carne enferma y sus dientes afilados como navajas, sus ojos muertos y las garras negras en el extremo de sus dedos de aguja, y no supo cómo responder. Durante un largo minuto se quedaron en silencio, Bregan sentado y observando al emisario mientras él parecía perdido en sus pensamientos. Se preguntaba si no era demasiado fácil atribuirle motivaciones humanas. Parecía burdamente humanoide, después de todo. Imaginar que pudiera tener sentimientos similares a aquellos de un humano sería un error. Tenía que recordar eso.

—¿No has dicho que os impulsaba? —preguntó él.

El Arquitecto asintió agudamente.

—Eso hace. La mayoría de los míos están indefensos ante la llamaba. Buscan porque deben.

—La mayoría de los tuyos, —repitió Bregan—. ¿Pero tú no?

—Ni, sospecho, tú.

—Yo no soy un engendro tenebroso.

La criatura caminó hacia delante de nuevo, su interés renovado.

—La misma ponzoña corre por tu sangre que por la nuestra, Guarda Gris, aún así sus efectos son menores. La pregunta que me viene a la mente es si siempre has oído la llamada de los Viejos Dioses, ¿o eso sólo ha sucedido desde el avance de la corrupción?

—¿Avance? —Bregan parpadeó confuso.

El emisario hizo un gesto lánguido hacia él, y Bregan abruptamente se dio cuenta de que estaba señalando a sus brazos bajo la manda. Su garganta se secó mientras los sacaba y los examinaba más de cerca a la luz amarilla de la piedra brillante. Estaban medio cubiertos de motas oscuras. Al principio se preguntaba si era algún tipo de herida, o quizás una mancha de sangre. Pero entonces se percató de la textura de la piel dentro de esas áreas descoloridas: burda y marchita, al igual que lo estaba la carne de los engendros tenebrosos.

—Nos regeneramos rápido, —explicó el Arquitecto en una voz neutral—. Es por lo que nunca hemos desarrollado artes sanadoras como tu gente, supongo. Parece que mientras los efectos de la ponzoña están menguados en ti, han avanzado hasta el punto en que has experimentado este beneficio, al menos.

—Beneficio, —exclamó con horror Bregan. Bajó su brazo de la luz, sintiendo su carne erizarse y la bilis alzarse por su garganta. Luchó contra la urgencia repentina de empezar a desgarrarse su propia piel de su cuerpo.

El Arquitecto extendió una mano para reconfortarle, pero él la apartó por reflejo. Se golpeó al levantarse contra la pared tras él, su aliento saliendo en sobresaltos cortos y con pánico. Se preguntaba cómo parecía el resto de su cuerpo bajo la manta. El picor que sentía en su piel bajo aquellas cataplasmas, la densidad en su sangre… ¿Estaba cubierto de esas ronchas ahora? ¿Estaba lentamente transformándose en algún tipo de monstruo? ¿Era eso lo que le sucedía a los Guardas Grises cuando vivían demasiado tiempo? ¿Cuándo su resistencia a la ponzoña finalmente cedía de una vez por todas? ¿Habían los primeros Guardas Grises descubierto hace tiempo esta horrible verdad y creado la Llamada para que las futuras generaciones pudieran evitar verlo por sí mismos?

—Lo siento, —dijo el Arquitecto, y por una vez Bregan le creyó.

Retiró la mano que le ofrecía y simplemente le miró incómodo mientras sollozaba. Las lágrimas llegaron explosivamente, en jadeos, y sacudían todo su cuerpo. Ardía de vergüenza por estar llorando delante del enemigo, pero no podía evitarlo. El dolor que se alzaba en su interior era abrumador, agravado por el mareo que sentía y la enloquecedora canción que continuaba pinchando los rincones de su mente.

Había sido llamado aquí por los Viejos Dioses, también, se dio cuenta. Era su canción la que le había atraído a los Caminos Oscuros, lo que le había dicho que se le había acabado el tiempo. Era igual que cualquiera de esos engendros tenebrosos.

—Yo… sólo he empezado a oír el zumbido recientemente, —explicó finalmente. Su voz casi un graznido, apenas audible, pero el Arquitecto escuchó con bastante

fascinación—. Una vez que un Guarda Gris lo escucha, es cuando vamos a la Llamada. Es cuando vamos a nuestra muerte.

—Un nombre apropiado, aunque un fin injusto.

—Nunca ha habido nada justo al respecto, —soltó Bregan—. Nunca quise esto. Nunca quise convertirme en un Guarda Gris del todo.

—¿No?

—No. —Él escupió la palabra, evitando mirar al engendro tenebroso a la cara. Era estúpido por su parte decir tales cosas a esta criatura. ¿Pensaba que tendría simpatía de él? ¿Estaba buscando simpatía? Porque si era así, aquí abajo en los Caminos de las Profundidades no era un buen lugar para encontrarla.

Casi beligerante, se dio cuenta de que no le importaba.

—Me uní a los Guardas Grises porque no tenía elección. El que me reclutó… no se habría llevado a mi hermana a no ser que yo fuera, también. Él dijo que yo era el que realmente quería, pese a que era su sueño. —Él se sentía avergonzado por esta extraña necesidad suya de explicarse, pero continuó de todos modos—. Le dije que sería más dura que cualquier otro recluta que pudiera esperar, que sería la mayor Guarda Gris que jamás habían conocido. Pero no le importó. Pensaba que yo lo haría mejor.

El emisario inclinó su cabeza. Era una mirada que Bregan había visto en los insectos, o incluso perros que estaban sorprendidos por alguna extraña actividad de sus amos. Encontraba de algún modo placentero que no todo en el Arquitecto le hiciera parecer humano.

—Eso era un cumplido, seguro, —ofreció él.

—Era un destino cruel. O me unía a la orden o mi hermana habría acabado como un soldado en cualquier otra parte. Un miembro de la guardia de alguna ciudad, o quizás la mujer de un guardia. Y habría sido miserable, porque convertirse en Guarda Gris era la única cosa que había querido siempre. No podía hacerle eso a ella.

La confesión dejó a Bregan sin aliento, y casi se dobló, temblando y débil. No era como si su hermana nunca hubiera sabido esto. Habían sido cercanos toda su vida, y él había visto ese conocimiento profundo en sus ojos. Si acaso, le hacía más predeterminada. Ellos nunca habían admitido ese hecho abiertamente. Nunca se hablaba de ello, nunca siquiera se aludía a ello pese al hecho de que ambos conocían la verdad.

Algunas cosas, sin embargo, son más fáciles de decir en las sombras. Dichas aquí, nunca herirían a Genevieve, y mientras le avergonzaba admitirlo, aún así se sentía bien. Mientras otra parte de él se erizaba con la ponzoña, como si fuera alguna cosa sucia e infestada, una parte profunda dentro de él se sentía extrañamente liberada.

—Vosotros los humanos hacéis cosas extrañas.

Él se rió amargamente ante la confusión del engendro tenebroso, tan honesto como parecía ser.

—Sí, supongo que sí. ¿Supongo que no tenéis hermanos y hermanas?

—Somos hermanos. —Parpadeó él, su respuesta vacilante—. Todos nosotros, lo mismo.

—Pero tú no eres lo mismo. —Bregan luchó un arrebato del zumbido distante una vez más, apretando su mandíbula por el esfuerzo—. Tú mismo dijiste que los Viejos Dioses no pueden apelar a ti. Tú hablas. Tú no eres como ningún engendro tenebroso que haya visto nunca.

La criatura asintió, de nuevo vacilante, pero no dijo nada.

—¿Por qué es eso? —insistió él.

—Me he hecho a mí mismo esa misma pregunta, —dijo el Arquitecto. Se alejó caminando de nuevo, su tono volviéndose perturbado—. ¿Crees que no lo he hecho? Los engendros tenebrosos han nacido en estas profundidades, una generación tras innumerables otras antes, y cada uno de mis hermanos no es diferente a ninguno de los que haya venido antes. Y entonces llegué yo. —Golpeó con sus largos dedos el bastón, estudiando su propio movimiento como si algún tipo de respuesta pudiera encontrarse allí—. ¿Quizás los humanos son similares? ¿Quizás de cuando en cuando uno de vosotros nace siendo una aberración, diferente por ningún otro motivo salvo que sus piezas no caen todas en el mismo lugar en el que deberían?

—Algunos dirían que es la voluntad del Hacedor, pero sí. Somos iguales.

El Arquitecto no respondió de inmediato. Finalmente asintió, complacido.

—Quizás también es similar en tu raza que tales aberraciones raramente prosperen. Son débiles. Indignos. Están malditos por lo que los hace diferentes, y la diferencia no puede ser tolerada.

Bregan suspiró.

—Sí. Tristemente, eso también es cierto.

—Pero a veces no es una maldición. —El Arquitecto caminó hacia la puerta de la celda. Bregan no podía estar seguro, pero pensaba haber detectado una sombra de frialdad saliendo de la voz normalmente culta de la criatura—. Estar en el exterior permite a uno ver las cosas desde una nueva perspectiva, una perspectiva de la que el resto de sus hermanos carece.

—Tú tienes esa perspectiva, ¿no?

—La tengo. —Él abrió la puerta de la celda, que gruñó en protesta pero parecía no estar ni cerrada ni asegurada—. ¿Vendrías conmigo, Guarda Gris? —preguntó educadamente, girándose de nuevo para mirar a Bregan donde se sentaba contra la pared.

—¿No te preocupa que intente escaparme?

—Me preocupo por tu bien. Mi habilidad para intervenir cuando se trata de mis hermanos es limitada, y la regeneración sólo hará una parte.

—Lo cual quiere decir que aún puedo morir.

Había un amargor en el tono de Bregan que el engendro tenebroso detectó. Podía verlo en la forma en que le miraba en guardia.

—¿Es por lo que huiste la primera vez? —Su tono era señalado. Suponía que realmente no estaba haciendo una pregunta tanto como una observación.

Él se sentó allí un largo minuto, mirando a las sombras.

El sudor se perlaba en su frente, y su piel se sentía húmeda y pegajosa y demasiado cálida. La débil llamada de zumbido en la distancia golpeaba sus pensamientos, y él ausentemente notó el hambre que sentía. Su estómago gruñía con su vacío, y aún así no podía soportar la idea de comer nada. El mismo pensamiento le hacía tener arcadas.

El Arquitecto continuó observándole, aparentemente sin nada mejor que hacer. Suponía que realmente no tenía sentido evitar tales preguntas.

—Había esperado ser asesinado, sí, —admitió él—. Es por lo que fui a la Llamada en primer lugar, después de todo.

—Hay formas más fáciles de morir, humano.

Su mueca se profundizó. Se levantó, reluctantemente permitiendo que las pieles sucias se cayeran de él al suelo, y miró su propio cuerpo. Todo lo que llevaba era su ropa interior sucia y manchada de sangre, y cada parte de su piel que no estaba cubierta de las vendas grisáceas estaba corrompida. Era como una red de moho negro abriéndose paso por todo su cuerpo, y todas partes que tocaba podía sentir un caliente zumbido por debajo de la carne. Era difícil no mirarlo.

Así que en su lugar caminó hacia donde esperaba el Arquitecto, cogiendo la piedra brillante de camino.

—Trataré de no irme corriendo esta vez, entonces, —gruñó él—. Pero no prometo nada. —Se sentía expuesto y demasiado vulnerable, pero trató de no dejar que se mostrara. Aunque la ponzoña podía haber dejado su marca en su carne, estaba lejos de ser débil.

El engendro tenebroso no dijo nada y en su lugar se dio la vuelta y salió hacia el pasillo. Bregan le siguió. Mientras observaba la parte trasera de las túnicas de la criatura, su cabeza calva y cicatrizada, se preguntaba ligeramente si no debería simplemente tratar de matarla. Quizás no fuera capaz de escapar, eso era cierto, pero quizás podía acabar con esta cosa y cualquier amenaza que representara. El hecho de que fuera un emisario y por lo tanto comandara un gran poder mágico era una cosa… el hecho de que también fuera únicamente inteligente entre los engendros tenebrosos, eso es otra cosa muy distinta. Podía ser incluso su deber como Guarda Gris matarle, sólo para estar seguro.

Aún así no lo hizo. Permaneció cerca tras el Arquitecto, sosteniendo la piedra brillante ante él y observando la luz extraña que ejercía sobre los pasillos antiguos enanos. Se preguntaba por qué el emisario no estaba más preocupado por su seguridad. ¿Quizás tenía algún tipo de protección mágica, algo que golpearía a Bregan si le ponía un dedo encima?

O quizás simplemente sabía mejor que él que no iba a hacerlo.

Caminaron un corto tiempo a través de las ruinas, todas emponzoñadas casi hasta el punto de ser irreconocibles por la estructura que había sido una vez. Ahora era un nido de engendros tenebrosos, una cosa llena de zarcillos negros y sacos de carne corrupta. El hecho de que ya no pudiera extenderse con su mente y detectar a las criaturas que sabía que estaban ahí fuera le perturbaba en gran medida. El zumbido le rodeaba ahora, presentando un muro en blanco contra el que chocaba su mente.

No pasó mucho antes de que los pasillos se abrieran hasta una vasta cámara de algún tipo, los límites de la cual se extendían mucho más allá del alcance de la piedra brillante. Era un punto en el que los grabados de piedra enanos terminaban, hasta ahí podía ver. Los suelos y paredes estaban rotos aquí, como si alguna fuerza simplemente hubiera desgarrado el resto y lo hubiera dejado abierto al subterráneo de más allá. Bregan podía ver roca natural, y la luz le daba una sensación de humedad, una gran masa de algo negro y húmedo que llenaba las sombras, con muchas cosas moviéndose alrededor. De hecho, la gran masa de ruido le hizo pensar en una colmena de insectos. El olor era acre y abrumador. No podía localizar qué pudiera ser, y no estaba seguro de quererlo hacer.

El Arquitecto se giró hacia él, sus ojos lechosos bien abiertos e ilegibles.

—¿Ves?

—No, no hay suficiente luz. Pero…

Su objeción murió en sus labios mientras el emisario levantaba su bastón oscuro. Un brillo profundo morado surgió hacia delante de él, y de repente Bregan vio toda la caverna con claridad. Era una gran cámara vasta, subterránea que se extendía mucho más allá de lo que podía ver, y bullía de engendros tenebrosos. Miles y miles de las criaturas pululaban, todas tan entremezcladas de cerca que parecía como si una masa de gusanos negros se marchitaran en algún festín de cadáver. Las hebras orgánicas lo cubrían todo, grandes colmenas se extendían como grupos de nervios y colgaban en medio de los horribles trabajadores que se movían abajo entre las sombras.

¿Estaban cavando? Tenía la impresión de que las masas estaban todas enzarzadas en algún tipo de industria, todas unidas moviendo grandes porciones de la roca fuera de la caverna y expandiéndola aún más. Aún así no había sonidos de herramientas chocando contra la piedra, no había sonidos de martillos o gruñidos de cansancio. Todo lo que podía oír era un gruñido rítmico, un tono agudo al que parecía que contribuía cada uno de los engendros tenebrosos. El sonido hizo que se le erizara la piel, y se dio cuenta de que el coro en la distancia respondía a él.

Como un gato que arqueaba su espalda para toparse con una mano que le acariciaba le vino un éxtasis; estalló y casi abrumó sus sentidos.

El mundo se mecía a su alrededor y sintió cómo él mismo se tambaleaba, sólo para tener una mano fuerte agarrando su brazo y reafirmándole. Su corazón palpitaba rápidamente en su pecho, y durante un largo minuto el único otro sonido junto a esa poderosa canción era su respiración forzada. Dentro y fuera. Dentro y fuera, lenta y controlada. Se sentía ruborizado, el sudor cayéndole por la cara.

Estaba enfermo. Quizás se estaba muriendo.

—Cálmate, —le urgió el Arquitecto. El brillo morado de su bastón refluyó y de repente la vasta caverna se cubrió de sombras una vez más. Pero ahora Bregan sabía que estaban ahí fuera. Podía percibirles moviéndose, sus formas emponzoñadas golpeándose las unas contra las otras mientras iban en enjambre hacia las rocas como hormigas. El hecho de que no pudiera verlos ahora casi lo hacía peor.

Se apartó del toque del emisario, su respiración burda mientras se inclinaba contra la pared de roca cercana por apoyo. Su estómago se revolvía, y no había nada en él que pudiera haber vomitado.

Tal y como estaba se tambaleó dolorosamente un par de veces y luchó por recuperar el control contra su repulsión. La suavidad de la roca, el frío de su superficie, se sentía bien contra su piel. Se acurrucó contra ella, trató de ignorar la negrura que había por ella. Cerrar sus ojos ayudaba, si acaso por un momento.

—Una curiosa reacción, —observó el Arquitecto. Bregan abrió sus ojos y vio a la criatura observándole con una fascinación clínica.

No hizo ningún movimiento para aproximarse a él, contento meramente con dejar que convulsionara. Sudoroso y exhausto, se dejó caer sentado en el suelo.

—Hay tantos, —jadeó él. Realmente no sabía qué más podía decir.

El Arquitecto asintió solemnemente.

—Los Viejos Dioses les llaman así que ellos buscan. Buscan porque no tienen elección. Todos los que escuchan la llamada deben obedecer, al final.

—Excepto tú.

—Y tú. —Él inclinó su cabeza.

Bregan se sentó contra la pared y trató de ignorar la gran cámara, oscura que sabía que estaba enfrente de él. Quería retirarse de vuelta a su celda, a algún lugar más pequeño y seguro donde pudiera pretender que no había un enjambre monstruoso a su alrededor. Aún así eso, también, sería una debilidad.

Se limpió el sudor de su frente con una mano temblorosa.

—¿Así que qué es lo que quieres de mí, entonces? —preguntó él, su voz temblorosa—. ¿Quieres que les ayude? ¿Quieres que te diga dónde están los Viejos Dioses, para acelerar todo esto?

—Así que sabes dónde están. —La criatura parecía intrigada, pero no sorprendida.

Él se rió, un ladrido amargo que le surgió en forma de un gorgoteo loco que sólo le dejó ronco al final. El emisario parecía inmóvil por su risa.

—¿Estás diciendo que en realidad no lo sabías? ¿No es eso por lo que me trajiste aquí?

El Arquitecto bajó sobre sus caderas para mirar a Bregan directamente a los ojos. Sus túnicas marrones ondeaban a su alrededor, y puso su bastón ágilmente en el suelo. No quería mirar a la criatura a la cara, pero no podía evitarlo. Esos ojos lechosos, muertos le exigían su atención. Parecían extrañamente serenos, casi sinceros en su preocupación.

—No te he traído para comenzar la Ruina, —dijo cuidadosamente, enfatizando en cada palabra para que no hubiera malentendidos.

—Los números de mis hermanos crecen con cada año que pasa, y con el tiempo suficiente encontrarán una de las prisiones antiguas. Las abrirán y el ciclo comenzará de nuevo. Eso ocurrirá tanto si se lo dices como si no. No tengo ningún deseo de ver que ocurra pronto.

Bregan estaba estupefacto. Por un momento podía casi ignorar el zumbido incesante que amenazaba con agrietar su cabeza y reptar dentro. Miró al engendro tenebroso sorprendido.

—¿Entonces qué quieres?

—Quiero terminar con ello. —El Arquitecto se levantó y caminó hasta el borde de la caverna, y miró hacia ella con unos ojos que Bregan estaba seguro de que podían ver mucho mejor en la oscuridad que cualquier humano—. Mis hermanos han sido sometidos a este impulso desde nuestra creación. Nos alzamos a la superficie y luchamos por erradicar a vuestra raza, y cada vez nos echáis atrás y empezamos de nuevo. Esto continuará hasta que uno de nosotros sea victorioso, ¿no? Hasta que uno de nosotros se erradicado para siempre, ¿si tal cosa es siquiera posible? —Se giró y miró a Bregan, una intensidad fría aferrada a cada palabra suya—. ¿Pero y si no tuviera por qué ser así?

—¿Qué otra opción hay?

La criatura cruzó el hueco entre ellos rápidamente, agachándose con una mirada de tal ferviente excitación que Bregan casi retrocedió. Le agarró la mano, sosteniéndola firmemente.

—En tu sangre yace la clave, —susurró él—. El tuyo es un terreno intermedio entre los humanos y los engendros tenebrosos, el camino para la auténtica paz.

Bregan miró al Arquitecto, sin estar del todo seguro de que había entendido bien.

—¿Terreno intermedio?

—Tu raza siempre estará en riesgo por la mía tanto tiempo como nuestra ponzoña se esparza e infecte, —insistió él—. Y mi raza siempre buscará destruir a la vuestra tanto tiempo como la llamada de los Viejos Dioses continúe.

—Pero no lo entiendo. No hay ninguna forma en que esas cosas puedan cambiar.

—¿No pueden? —Parecía sorprendido—. Tú eres humano, y aún así eres inmune a la ponzoña.

Bregan alzó su brazo. A la leve luz de la piedra brillante, el rastro de corrupción en su carne sólo era demasiado evidente.

—Ya no más.

—No estás muriendo. Estás *cambiando*.

La palabra mandó un escalofrío por su espalda. La criatura la dijo como si no debiera ser alarmante en lo más mínimo, pero la verdad era que no pensar en lo que estaba ocurriéndole era la única forma en que podía evitar volverse loco. Su mente se alejaba de las imágenes de aquellos pobres imbéciles que habían caído influenciados por la plaga de los engendros tenebrosos.

Aquellos que no sufrían una agonizante muerte a manos de la enfermedad se convertían en necrófagos, seres cuyas mentes destrozadas eran sometidas al control de los engendros tenebrosos. Se convertían en marionetas, incluso sirvientes, hasta que finalmente se marchitaban y perecían.

¿Empezaría él a obedecer finalmente, al igual que ellos? ¿Estaría en esa caverna pronto, cavando junto a todas las otras criaturas, mezclando su carne con la de ellos?

—No… no importa —sus palabras tropezaron juntas— no hay forma en que el resto de la humanidad pueda volverse inmune. No a no ser que se conviertan en Guardas Grises.

—Sí. —El Arquitecto asintió como si este punto debiera ser obvio.

Otro estremecimiento corrió por la columna de Bregan. El sudor caía en sus ojos, y por un momento se sintió débil.

—Pero convertirse en un Guarda Gris significa beber sangre de engendro tenebroso. La mayoría de aquellos que lo hacen muere. Sólo un par de nosotros tiene éxito.

—Sí —asintió de nuevo— muchos de los tuyos es muy probable que perezcan. —Antes de que pudiera protestar, la criatura alzó su mano—. Tú existes a medio camino entre humano y engendro tenebroso. Si el resto de tu raza pudiera convertirse en lo que tú eres, no tendrían motivos para temer a mis hermanos.

—¿Aparte del hecho de que los engendros tenebrosos sigan tratando de matarnos?

—Eso, también, necesitaría terminar. Los humanos y los engendros tenebrosos deben encontrarse en el medio. —Se detuvo y estudió a Bregan con cuidado, como su buscara una reacción. Extrañamente se encontró a sí mismo teniendo muy poca reacción en absoluto. Se sentó contra la pared, escuchando ausentemente al zumbido monótono que parecía vibrar dentro de las mismas piedras, y esperó a que viniera la sensación de horror. No lo hizo.

¿No debería? A no ser que de algún modo estuviera equivocado, el Arquitecto estaba sugiriendo desatar la ponzoña de los engendros tenebrosos sobre la humanidad a gran escala, poniendo a todos y cada uno de los humanos a través del mismo tipo de pruebas torturadoras que le permitían a uno convertirse en Guarda Gris… aquellos que sobrevivieran, en cualquier caso. Los que no lo hicieran serían muchos. Había un motivo por el cual sólo los más fuertes y los más duros eran escogidos para unirse a la orden. Pocos otros tenían alguna esperanza de sobrevivir al proceso.

¿Era tal cosa siquiera posible? ¿No debería estar enfadado exigiendo respuestas de la criatura? Parte de él decía que debería estar horrorizado y airado, y que debería averiguar los detalles tras su plan. Imaginaba que involucraba a algún tipo de magia de engendro tenebroso, ¿pero qué, exactamente? ¿No quería saberlo?

Mientras se sentaba allí, con el mentón en su pecho y escuchando su propia respiración fuerte y ajada, averiguó que no. ¿No era el trabajo de los Guardas Grises buscar un final a la amenaza de los engendros tenebrosos? ¿Y cuándo habían estado realmente cerca de tener éxito en esa meta?

Cada vez que venía la Ruina, traía con ella una guerra que llegaba mucho más cerca a borrar del mapa a toda la humanidad. Cada vez el mundo tenía que salir en desbandada para salvarse, y cada vez apenas habían logrado tener éxito.

¿Cuántas veces más podía ser así? ¿La siguiente Ruina sería cuando los engendros tenebrosos finalmente tuvieran éxito en borrar del mapa a toda la vida de la superficie de Thedas? ¿Cuántos morirían entonces?

Bregan de repente record al hombre que le había inducido a la orden. Kristoff había sido un guerrero entrecano e intransigente, todo bordes afilados y fruncir de ceño. Había sido el Comandante de los Grises durante muchos años antes de sucumbir a la ponzoña. Bregan le había acompañado a Orzammar, festejado con él en una mesa llena de bulliciosos y borrachos enanos, y entonces le había visto caminar hacia los Caminos de las Profundidades.

En el momento, Bregan había sucumbido al dolor. Pese a todos sus modales taciturnos, Kristoff había sido su único verdadero amigo dentro de la orden. Había permitido que su estudiante cuidara de su caballo y barriera su cuarto, sabiendo que Bregan prefería hacer tales tareas a irse de juerga con los otros reclutas. Había jugado a las damas con Bregan en un tablero viejo polvoriento y había peleado con él dentro cuando llovía. Fue la recomendación de Kristoff la que nombró a Bregan como el Comandante de los Grises después de él, pese a los celos silenciosos de Genevieve ante el ascenso, y Bregan lo había aceptado sólo porque Kristoff se lo había exigido.

Lo que recordaba de su mentor de pelo gris de aquella última noche, sin embargo, era el alivio del hombre. Mientras que había requerido de todo lo que Bregan podía hacer para ahogar las lágrimas vergonzantes, Kristoff había estado calmado y compuesto. La sensación de serenidad a su alrededor era palpable, toda la tensión retumbante que estaba presente durante todos los años que Bregan le había conocido se había ido por completo. Había caminado hacia las sombras de los Caminos de las Profundidades, la cabeza bien alta como si un peso se le hubiera quitado de sus hombros, y se detuvo sólo para dar a su antiguo estudiante un par de últimas palabras de consejo.

—Tú los protegerás, —había dicho él—, y ellos te odiarán por ello. Siempre que no haya una Ruina activamente reptando por la superficie, la humanidad hará lo que pueda por olvidar lo mucho que nos necesita. Y eso es bueno. Necesitamos apartarnos de ellos, incluso si tienen que alejarnos para que lo hagamos. Es la única forma en que podemos tomar las decisiones difíciles.

En ese momento Bregan había pensado, *¿Qué decisiones difíciles?* No había habido una Ruina en siglos, y lo peor con lo que la orden había tratado era con exploradores de engendros tenebrosos que salían a la superficie de cuando en cuando.

Las decisiones más difíciles que un Comandante de los Grises era forzado a tomar eran sobre a qué reclutas se les debía dar la prueba para unirse a la orden.

Nunca era una cosa fácil, ya que incluso los más duros de ellos perecían a menudo, pero parecía difícilmente merecedor de las palabras de Kristoff.

Los Guardas Grises vigilaban y esperaban como siempre lo habían hecho, pero ahora la orden sólo era una sombra de lo que habían sido durante las guerras de antaño. Tarde en la noche en el silencio de su celda, Bregan se permitió el lujo privado de que los días de los engendros tenebrosos estaban bien y auténticamente terminados.

Al menos, lo había creído hasta ahora.

—No dices nada, —murmuró el Arquitecto intranquilo.

—¿Qué debería decir?

El emisario reunió sus túnicas más cerca a su alrededor y rodeó a Bregan alerta. Parecía estar buscando alguna señal, sus ojos pálidos intensos.

—Mi experiencia con los humanos es limitada, —admitió él—. Lo que hagas o no hagas en determinado momento es un misterio para mí. Tu raza es a menudo irracional. Aún así estaba esperando… ¿rabia, quizás?

—¿Y qué crees que estoy sintiendo ahora?

Parpadeó.

—Diría que estás triste.

Bregan se sentía pesado. Sus pensamientos se volvieron confusos, y por un breve momento parecía que el zumbido alocado estuviera a un mundo de distancia. Simplemente se sentó allí en las sombras silenciosas, el sudor cayéndole por su piel húmeda y corrupta mientras el engendro tenebroso entunicado bajaba la mirada hacia él. Qué irreal era todo esto, de algún modo.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó finalmente—. Esa cosa que planeas. ¿Realmente puedes hacerlo?

—No solo. —El Arquitecto no ofreció más elaboración, y no estaba seguro de que diera ninguna incluso si presionaba. Parte de él se preguntaba, de una forma mucho más pasada de moda, si quizás debería atacar a este engendro tenebroso después de todo. Si había pensado que la criatura era peligrosa antes, ahora posiblemente podría ser la cosa más peligrosa de todo el mundo.

No hizo nada. Se sentó allí y miró abajo al suelo agrietado, desconchado por un eón de desgaste. Una vez allí había habido baldosas de piedra, delicadamente entrelazadas con un diseño geométrico típico de los enanos. Había visto mucho como eso dentro de un baño público en Orzammar. ¿Quizás había sido una vez un lugar similar? Trató de imaginarlo lleno de lámparas brillantes y tubos vaporosos y cazadoras de nobles enanas curvadas riéndose tras sus abanicos. En su lugar conjuraba sólo imágenes de carne corrupta y charcos de hediondez estancada. Un cáncer se había apoderado de este lugar, una enfermedad fría y húmeda que crecía en secreto hasta que se esparcía hacia la superficie.

¿Esa era la verdad, no? El mundo estaba enfermo. Desde su comienzo, los Guardas Grises habían luchado contra los síntomas una y otra vez. Pero nunca habían derrotado a la enfermedad. Quizás había llegado el momento para un tratamiento más radical.

El Arquitecto le atrajo hacia él con una mano negra y marchita.

—Ven conmigo, Guarda Gris. —No esperó a ver si le seguía, pero Bregan no vaciló esta vez. Gruñendo con el esfuerzo, se levantó del suelo y se tambaleó tras el emisario mientras se alejaba caminando de la caverna y volvía por el camino que habían venido.

No volvieron a la celda, sin embargo. Pasaron una buena cantidad de tiempo cruzando un laberinto de pasadizos, algunos pequeños, otros enormes y apoyados por arcos derruidos de los que Bregan apenas podía ver la parte superior. Rápidamente perdió el rastro de adónde se dirigían, haciendo lo que podían por luchar contra la debilidad que le mordisqueaba en su interior y por mantener al emisario al alcance de la luz de la piedra

brillante. Debido al hecho de que no parecía cansarse, se movía tan rápidamente que él empezó a temer que realmente pudiera quedarse atrás.

Dos veces se encontraron con engendros tenebrosos. Una vez era sólo un puñado de los bajos genlocks. La segunda vez fue todo un grupo de hurlocks, uno de ellos un poderoso alfa, armado y con armadura de metal que brillaba como la obsidiana oscura. Bregan se tensó ambas veces, esperando ser atacado, pero las criaturas no hacían más que hacer siseos de alerta y mantener la distancia. Al principio pensaba que era él ante el que reaccionaban, a un enemigo Guarda Gris en medio de ellos.

Pero entonces, mientras observaba sus reacciones más de cerca se dio cuenta de la verdad.

Era al Arquitecto al que temían.

El emisario les prestaba poca atención, meramente sosteniendo su bastón nudoso amenazadoramente mientras pasaba entre ellos. Ellos retrocedieron, haciendo ruidos enfadados de rasgar desde la profundidad de sus gargantas, como perros enfrentados a un perro claramente superior y rescatando la poca dignidad que pudieran mientras se metían el rabo entre las piernas. Bregan estaba sorprendido, y se encontró desconcertado de ser tan universalmente ignorado.

¿Le veían ellos como a un engendro tenebroso, ahora? ¿Tan lleno de corrupción corriendo a través de sus venas que no era siquiera distinguible como un Guarda Gris? Esa idea le perturbaba aún más.

Después de un tiempo, Bregan empezó a percibir que se estaban moviendo hacia arriba. Treparon por unas largas escaleras, un ascenso que le dejó jadeando y temblando con cansancio, y entonces entraron en un largo túnel que parecía inclinarse hacia la superficie. La piedra allí estaba en su mayoría aún libre de la ponzoña de los engendros tenebrosos, y él empezó a preguntarse lo lejos que habían viajado. Tenía la impresión de que las ruinas enanas permanecían intactas a su alrededor, que no se habían convertido en cavernas naturales, ¿pero quién podía decir realmente lo lejos que se extendían esas ruinas? Algunos de los thaigs más viejos, de acuerdo al Moldeato enano, habían sido más grandes que el propio Orzammar. Ahora eran todos parte del mundo descompuesto subterráneo ocupado por los engendros tenebrosos.

Cayó en un aturdimiento, centrándose más en poner un pie delante del otro y manteniendo el ritmo con el Arquitecto, que no decía nada. Su viaje fue completamente en silencio, con sólo los rastros hermosos de zumbido tirando de los sentidos de Bregan. Trató de apagarlos.

Cuando finalmente empezó a preguntarse simplemente dónde era que se dirigían, se resignó al hecho de que no tenía sentido preguntarlo. El Arquitecto estaba moviéndose y él le estaba siguiendo.

Entonces el emisario finalmente se detuvo, abruptamente lo suficiente como para que Bregan casi chocara contra él. Alzó la mirada y vio que el túnel había llegado a un final. Estaban en la entrada de algún tipo de apertura hacia una gran caverna natural más allá. Lo poco que podía ver con la piedra brillante le decía que esta era roca natural,

mayoritariamente sin emponzoñar. La brisa más leve erizaba su piel, fría y agradecida, y sólo con retraso se dio cuenta de que significaba aire fresco. Estaban cerca de la superficie.

El Arquitecto alzó una mano calmante mientras se giraba.

—No está tan cerca como parece, —advirtió con su calma habitual y su tono civilizado—. Los conductos que aún existen aquí bajan el aire desde la superficie. Pero sería una cuestión simple alcanzar la superficie desde aquí.

Bregan miró a la criatura con sospecha.

—¿Y por qué me has traído aquí?

—Si hubieras intentado huir de nuevo cuando aún estábamos entre mis hermanos, ellos te habrían detenido. Ellos me escuchan a veces porque me temen, pero no soy lo mismo que ellos y ellos lo saben.

Le llevó un momento para que le calara la idea. Estaba exhausto, sus piernas ardían ahora que estaba quieto. El picor feroz bajo su carne se aferraba a sus tendones. El Arquitecto se giró y miró a la caverna, la piedra brillante resaltando cada pliegue de carne marchita en su cara esquelética. Si Bregan tuviera que adivinar, habría sospechado que se sentía pensativo.

—¿Quieres que huya ahora?

—¿Aún es lo que deseas?

—¿Me dejarías ir?

—Lo haría.

Esa respuesta le aturdió. Miró fuera hacia los pasadizos ensombrecidos donde el Arquitecto miraba y se preguntaba qué veía ahí el engendro tenebroso. Bregan había venido a los Caminos de las Profundidades para morir. Si se iba, aún podría hacer eso. Podría continuar su Llamada, como estaba planeado.

Pero si todo lo que quería hacer era morir, entonces había formas más simples de hacerlo. Incluso el Arquitecto le había dicho eso, y era cierto. Así que quizás no quería morir. Quizás pudiera ir a la superficie, si era realmente alcanzable. Podría advertir a los Guardas Grises sobre lo que este emisario planeaba, darles tiempo para encontrar una forma de detenerlo…

¿…pero debería?

Ignorando la idea de que sería atacado en el momento en que se mostrara en la superficie, su piel tan corrupta como la de cualquier loco necrófago, se le ocurrió que quizás había realmente algo en el plan del emisario. La muerte de tantos era un pensamiento horrible, sí, ¿pero y si significaba sobrevivir? Detener la Ruina era el auténtico deber de un Guarda Gris, e incluso si Bregan nunca había querido esa responsabilidad originalmente, era todo lo que realmente le quedaba ahora.

—Esta cosa que has planeado, —empezó lentamente.

—¿Sí?

—¿No estás simplemente desatando algo sobre la humanidad? Dijiste que los engendros tenebrosos necesitaban encontrarse en medio también, ¿no? Debes tener un plan para ellos, también.

—Podemos hablar de eso, si lo deseas.

—¿Pero la idea es terminar con las Ruinas? Para siempre, de forma que nunca ocurran de nuevo.

El emisario se giró y miró a Bregan por un momento, su expresión ilegible. Los grandes ojos pálidos parpadearon y se inclinó con pesadez en su bastón oscuro nudoso. Hundió sus dientes, preguntándose si este quizás no fuera el plan de la criatura todo el tiempo. Llevárselo a las profundidades, dejar que la corrupción devorara su cordura hasta que finalmente… ¿qué? ¿Hasta que finalmente admitiera que los Guardas Grises nunca habían tenido todas las respuestas? Hacían lo que podían para proteger al mundo de lo impensable, ¿pero no poseían ninguna solución salvo el constante sacrificio de jóvenes almas a la ponzoña? Nada de lo que le habían enseñado a Bregan podía haberle preparado nunca para esto.

—Esa es la idea, sí, —murmuró el Arquitecto.

—¿Y qué piensan los otros engendros tenebrosos de esto? ¿Están de acuerdo contigo?

—No pueden. Debo tomar esta decisión por ellos.

Bregan se encontró a sí mismo asintiendo lentamente. Miró fuera a la caverna y sintió otro soplo de aire frío por su piel. Se sentiría bien estar en la superficie, pensó él. Ahora mismo habría nieve en el suelo, y el aliento helado del viento sería de agradecer contra su piel enrojecida, ardiendo.

Y entonces pensó en Genevieve, su hermana de pelo blanco con mirada seria. Recordó sus sueños y se preguntó si ciertamente estaba buscándole. Si iba a la superficie, ella podría incluso encontrarle. ¿Y qué diría ella, si le viera ahora?

—Hablemos sobre ello, entonces. —Las palabras salieron inconscientemente, aún así tan pronto las dijo Bregan supo que no podía haber otra forma. Los susurros dentro del zumbido distante se volvían más fuertes y más insistentes, gritando su nombre desde las sombras y tirando de su mente.

Y él los ignoró.

El Arquitecto se inclinó, respetuosamente, y entonces hizo un gesto de vuelta por el camino por el que habían venido. Bregan se ajustó la poca ropa que le quedaba y empezó a caminar lleno de propósito por el pasadizo, de vuelta a las profundidades, y esta vez el engendro tenebroso le seguía a él.

7

Deja que la espada pase a través de la carne,
Deja que mi sangre toque el suelo,
Deja que mis gritos toquen sus corazones.
Deja que el mío sea el último sacrificio

—Cántico de Andraste 7:12

Era imposible decir el tiempo en los Caminos de las Profundidades, pero Maric sospechaba que no era posible que hubieran descansado más que un puñado de horas. Sólo había dormido en ataques y sobresaltos, él mismo, y siempre que se despertaba estaba al tanto de la comandante de los Guardas Grises caminando fuera.

No fue mucho después cuando Genevieve finalmente les azuzó de sus tiendas, su tono insistente. Sin duda había esperado hasta que simplemente no pudiera soportarlo más. El joven Duncan gruñía, pero una mirada mortal de ella silenció al chaval. Maric habría reído si no hubiera estado seguro de que habría recibido una reacción similar.

Los Guardas Grises empezaron eficientemente a empacar las tiendas. Un silencio había descendido sobre ellos. Donde los días previos habían estado llenos de la cháchara amigable de Duncan entre otras charlas, ahora sólo había un silencio tenso.

Insistieron en empacar la tienda de Maric por él. Él había empezado a hacerlo por sí mismo, pero Utha intercedió entre él y la tienda. Había farfullado en protesta, pero la enana simplemente le había ignorado. ¿Y cómo discutía alguien con una muda, en cualquier caso? Así que reluctante se rindió, y probablemente estaba bien. Los otros habían convertido el proceso en una ciencia.

Kell se aventuró hacia delante, el gran perro saltando tras él. Maric se había preguntado lo sabio que era traer a un animal a los Caminos de las Profundidades, pero era cada vez más obvio que Hafter no era ninguna criatura ordinaria. Él y el silencioso cazador parecían compartir un vínculo que iba más allá del de amo y sirviente. Kell raramente necesitaba darle al perro órdenes. Hafter nunca iba demasiado rápido ni se excitaba demasiado, tampoco. Era tan cauteloso y sospechoso como el cazador, manteniendo un ojo en cada sombra. Era bastante fácil, de hecho, dejar de pensar en Hafter como un mero perro.

La única persona aparte de Maric que no parecía tener nada que hacer actualmente era Fiona. Ella estaba cerca, señaladamente ignorándole, la baliza de luz blanca de su bastón proveyendo de la única iluminación en la ruina ahora que la hoguera se había extinguido. Su brillo parpadeante ejercía sombras en las paredes de las ruinas, un espectáculo de marionetas virtual jugueteando sobre ellos. Ya que estaba sosteniendo el bastón, la sombra tras Fiona era la más grande, alzándose alta sobre ella como si estuviera a punto de saltar. Qué acertado que la feroz elfa ejerciera la sombra más dominante, pensó él.

Fiona se enfureció por su escrutinio. Ella hizo como si lo ignorara, pero finalmente no podía aguantarlo más.

—¿Qué es? —exigió ella.

—Me estoy preguntando por qué no estás haciendo nada.

—*Estoy* haciendo algo.

—¿Haciéndolo brillar? ¿No bastaría con una antorcha?

Ella miró a su bastón, haciendo lo que podía por suprimir una sonrisa de superioridad.

—No, eso no, —dijo ella—. Eso apenas requiere ningún esfuerzo. Estoy echando un ojo por los engendros tenebrosos. Alguien tiene que hacerlo.

—¿Un ojo?

—Por decir algo. Se han estado acercando. Los broches que Remille nos dio parecen estar funcionando hasta ahora… no parece que sepan que estamos aquí. Pero no podemos correr ningún riesgo. Tan pronto nos vean, van a decirle al resto de los engendros tenebrosos.

—¿No podríais matarlos antes de que hagan eso?

El entretenimiento de la maga creció, y ella arqueó una ceja hacia él.

—Están conectados al resto de los engendros tenebrosos a través de la ponzoña. Lo que uno sabe, lo saben todos.

—Qué inconveniente.

—Los broches evitarán que nos rastreen, pero si se percatan de los intrusos empezarán a moverse en enjambre. Será mejor si podemos mantenerlos inconscientes de nuestra presencia tanto como sea posible. Kell se ha ido para ver cuántos hay.

—¿No le verán ellos?

Ella se rió entre dientes.

—No, ellos no le verán.

Un par de minutos más y las tiendas se habían desvanecido en las mochilas de los Guardas Grises, y el resto del campamento con ellas. La hoguera ardiente y la perturbación de las capas de mugre y polvo que cubrían el suelo era todo lo que proveía de evidencias de su paso. Genevieve pasó antorchas a Duncan y Utha, y tan pronto como se iluminaron, Fiona permitió que su bastón dejara de brillar.

Algo bueno, imaginó Maric, ya que su brillo habría alertado a los engendros tenebrosos desde millas de distancia. Tuvo que preguntarse cuántas antorchas habían almacenado. Recordaba que había líquenes fosforescentes que ofrecían luz en algunos lugares, pero eso era irregular y difícil de contar con ello. La idea de quedarse atrapado en la oscuridad asfixiante aquí abajo en las profundidades era incómoda, por decir poco.

Genevieve no estaba interesada en discutir el estado de sus suministros, sin embargo, y con una mirada intensa señaló a todo el mundo que le siguiera. La velocidad de su paso hizo obvio que quería recuperar el tiempo perdido, y sabía exactamente adónde iba.

Las horas que siguieron fueron exhaustivas. El tiempo reptaba lentamente, y requirió de todo lo que Maric pudo para mantener el ritmo con las antorchas por delante. Eran dos

puntos de luz cálida, lentamente moviéndose en pasadizos tan densos de sombras que se sentía casi como si estuvieran nadando en ellas.

No era ni de cerca tan frío como había sido arriba en la superficie, pero había aún así un helor en el aire que se abría paso a través de la armadura de Maric y le hacía temblar. Duncan estaba demasiado distraído como para quejarse de ello, por lo menos. El chaval mantenía sus ojos abiertos nerviosamente, como lo hacían los otros, con una mano en sus dagas. Maric suponía que si los engendros tenebrosos se acercaran, aquellas dagas probablemente estarían en sus manos en lugar de en sus fundas.

La quietud era tan enloquecedora como la recordaba. Nada se movía en la oscuridad excepto ellos, y pese al hecho de que viajaban rápidamente sobre la dura piedra hacían muy poco ruido. Era como caminar sobre un campo de nieve; cada susurro era absorbido y cada paso amortiguado. El hecho de que nadie hablara ahora lo hacía peor.

El sudor caía por su frente y las piernas le dolían, pero no se quedó atrás. Genevieve les presionó a través de los largos túneles sin piedad, una hora llevando a la siguiente. En las pocas ocasiones en las que alcanzaban una bifurcación en los Caminos de las Profundidades, irritada llamaría a Maric para que lo llevaran hacia delante y que mirara alrededor y tratara de recordar por qué camino habían venido la primera vez.

Habría pensado que tras ocho años sería más difícil, que se esforzaría para recordar el camino. Las cosas habían cambiado aquí, después de todo. La extensión de la corrupción de los engendros tenebrosos era peor, por ejemplo. No importaba. No tuvo problemas en recordar el camino. Bien podría haber estado aquí el año pasado, o quizás un par de meses antes.

Fiona encontró su mirada una vez. Ella se percató de su expresión sombría quizás, o la forma en que apartaba la mirada hacia la distancia. No dijo nada, aunque parecía curiosa. Él la ignoró y se giró.

Finalmente Kell volvió, el cazador y su perro emergiendo de las sombras profundas de un pasadizo lateral tan repentinamente que Maric saltó.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Genevieve, señalando a los otros tras ella que se detuvieran.

Los ojos sobrenaturales pálidos del hombre casi parecían brillar por debajo de su capucha. Él se puso su arco en el hombro y entonces señaló hacia su jergón de cuero. Maric se percató de la sangre negra allí por primera vez, salpicada violentamente sobre gran parte de la frente.

—Fui forzado a matar a un par, —murmuró él, obviamente descontento consigo mismo—, y los otros los dejé ir. Ninguno me vio, pero saben que aquí hay algo que no debería estarlo. —Él giró su cabeza y miró bajo el pasadizo, sus ojos perforando profundamente más allá de las sombras—. Hay más en camino, ahora.

La Comandante frunció el ceño, pero no parecía molesta.

—Eso era inevitable.

—Es peor. Hay un gran grupo directamente delante.

—Entonces necesitaremos tomar un desvío.

Maric alzó su mano.

—Err… esta es la ruta por la que fuimos la última vez. Si nos salimos de ella, no sé si seré capaz de traernos de vuelta.

Genevieve frunció el ceño, mirando en la dirección de los engendros tenebrosos que se aproximaban. Ella parecía estar sopesando las opciones cuidadosamente, la luz de las antorchas haciendo que su cara brillara. Finalmente ella le dio un asentimiento agudo.

—No tenemos elección, por ahora. Kell, vamos a confiar en tu sentido de la orientación para encontrar un camino que lo rodee.

—Sí, Comandante.

—Oh, por el aliento del Hacedor, —maldijo suavemente Duncan. Genevieve apuntó con un dedo al chaval sin siquiera mirar hacia él y él cerró su boca, pareciendo amargado mientras lo hacía.

Giraron por el pasadizo lateral, el cazador guiándoles ahora. Todas sus armas estaban fuera, y por lo tanto Maric decidió hacer lo mismo. Desenfundó su espada larga, su espada pálida de hueso de dragón e imbuida con runas que brillaban de un zafiro brillante. Atrajo la atención inmediata de los otros y ellos se detuvieron de repente, mirándole sorprendidos.

Utha dio un paso hacia delante, los ojos como platos, haciendo gestos abruptos. Julien frunció el ceño cerca.

—Quiere saber dónde conseguiste eso, —explicó él.

—La encontré aquí en los Caminos de las Profundidades, —admitió él—, en las manos de un enano hacía tiempo muerto. Ofrecí devolvérsela a los enanos, pero el Rey Endrin se negó.

Utha asintió, e hizo otro gesto de manos que no necesitaba ser interpretado. Estaba impresionada. Los otros asintieron aprobadores, y se giraron para seguir moviéndose. Duncan vaciló, sin embargo.

—¿Siempre brilla así? —preguntó él.

—No. Está reaccionando a los engendros tenebrosos, creo. —Él la sostuvo hacia la pared, algo que había hecho la primera vez que encontró la espada, y observó la reacción de los Guardas Grises mientras la corrupción que cubría la pared retrocedía lejos de la espada como un ser vivo.

La piedra de debajo estaba ahora desnuda, la luz zafiro brillando sobre ella.

—Suena útil, —murmuró Duncan.

—Solía ser afortunado de ese modo. Las espadas mágicas por el suelo, la gente corriendo para rescatarme en el último momento, toparme con legiones enanas en medio de los Caminos de las Profundidades, ese tipo de cosas.

El chaval le miró, aparentemente suponiendo que estaba bromeando.

—Bueno, esperemos que tu suerte continúe, entonces.

—Esperémoslo.

Ellos presionaron hacia delante, casi corriendo ahora. El sonido de claqueteo de su armadura de metal se añadía a los golpes de sus mochilas y al caminar de sus botas sobre

la roca… y en la distancia Maric podía escuchar un zumbido. Era un sonido profundo que reverberaba por el pasadizo, un susurro terrorífico que parecía venir de todas las direcciones a la vez.

Lo recordaba demasiado bien. Engendros tenebrosos.

Sin hablar, rompieron a correr. Dos veces Kell hizo un gesto al resto urgentemente para que cambiaran de dirección hacia un pasadizo lateral, la última vez llevándolos a través de un agujero en la pared hasta una caverna natural. Maric se sentía intranquilo por dejar los Caminos de las Profundidades. El suelo era irregular y resbaladizo, y la caverna llevaba hacia abajo abruptamente. ¿Serían siquiera capaces de encontrar su camino de vuelta?

Había poco tiempo para pensar en eso, sin embargo. Corrieron a través de las cavernas oscuras, y cuando finalmente alcanzaron una bifurcación en el camino, Genevieve llamó al alto. Mientras esperaba, jadeando por aliento, ella hizo un gesto para que se extinguieran las antorchas. Esa era una mala señal, pensó Maric para sí mismo. Duncan y Utha rápidamente suavizaron las llamas, que ya ardían muy bajo.

Fiona alzó su bastón, y con un susurro empezó a brillar de nuevo. Ella mantuvo la luz tenue, sin embargo, así que apenas iluminaba mucho más que su área inmediata. Adentrarse en esas cavernas sería difícil así, con todas las piedras sueltas y los escombros yaciendo por ahí.

Eso parecía menos importante que el ruido monótono de zumbido que se aproximaba.

Hizo que a Maric se le erizara la piel. Junto a él, podía ver a Duncan nerviosamente toqueteando la empuñadura de una de sus dagas. La piel oscura del chaval brillaba de sudor, y sus ojos se movían hacia atrás y hacia delante agitados como vigilando por si algo saltaba fuera de las sombras.

Por qué habían dejado de correr, no lo sabía. Todo el grupo pareció quedarse congelado en el sitio, conteniendo el aliento mientras esperaban.

La tensión era casi insoportable.

—¿Qué estamos esperando? —exigió finalmente.

Nicolas saltó, sorprendido, y le frunció el ceño enfadado.

Genevieve alzó una mano hacia Maric, pero no le devolvió la mirada.

Su intensa mirada estaba en otra parte, como lo estaba la de Kell y varios de los otros. Estaban mirando a la oscuridad a algo que él no podía detectar.

—Estamos esperando a ver si aquellos de delante pasan de largo, —explicó ella, su voz baja.

—Estamos atrapados entre dos grupos, —susurró Kell.

Julien toqueteó la empuñadura de su espada ancha nervioso. Maric podía ver el sudor bajando por su ceño.

—Hacedor, mis enemigos son abundantes, —entonó el hombre—, pero mi fe me sustenta; no debo temer la legión.

—Puede que haya una forma… —empezó Genevieve insegura, pero entonces se detuvo. Ella miró al cazador y él asintió. Haciendo un gesto a su perro de que le siguiera,

Kell inmediatamente giró y empezó a esprintar de vuelta por el camino por el que habían venido. Ella corrió tras él.

—Rápido, —ordenó ella.

Corrieron de vuelta a través de las cavernas. Maric quería preguntar por qué estaban volviendo, pero estaban yendo demasiado rápido. Sólo podía asumir que lo que fuera que hubieran percibido delante era peor que lo que había tras ellos.

—¡Maric, cuando comience la batalla, quédate atrás con la maga! —gritó Genevieve mientras corría—. ¡Protégela! ¡Duncan, quédate con él!

Él apenas tuvo un momento para dejar que la orden calara cuando la batalla comenzó. Con un gran grito de guerra, la mujer de pelo blanco surgió adelante, la espada alzada en alto. Nicolas y Julien la flanqueaban, el primero con la maza con púas y el escudo y el último con la espada de dos manos. Los tres cayeron sobre una línea de engendros tenebrosos que aparecieron ante la luz blanca del bastón como si de la nada.

Los altos hurlocks sisearon de ira, llevando sus propias armas de aspecto desgastado mientras de repente reconocían a su ancestral enemigo. Fueron demasiado tarde, sin embargo, y los pesados guerreros se abrieron paso a través de una carnicería entre sus filas. El sonido de zumbido se volvió más fuerte y enfadado a su alrededor. El icor de engendro tenebroso manaba de las heridas abiertas mientras el acero cortaba fácilmente a través de la carne corrupta.

Maric retrocedió, su espada larga con runas sostenida alerta ante él.

Duncan se quedó cerca, agachado contra el suelo con ambas dagas fuera. Era una postura feral, pensó Maric, una que hablaba de un estilo de lucha rápido y sucio.

Fiona dio un paso hacia delante junto a él, el brillo de su bastón intensificándose hasta que fue lo suficientemente brillante como para iluminar todo el pasadizo.

—No tiene sentido ocultarnos ahora, —gruñó ella. Puso una mano contra el pecho de Maric—. Retrocede.

Alzando el bastón, dijo un par de palabras suaves bajo su aliento. Sus ojos se cerraron y el aura de magia se intensificó a su alrededor. Él retrocedió como le había ordenado, y mientras lo hacía un anillo de poder surgió hacia delante desde la maga. El aire se onduló ligeramente, llenándose de un brillo sobrenatural, y mientras el anillo recorría el pasadizo y pasaba a través de las filas de engendros tenebrosos ellos parecían frenarse ligeramente.

Sus armas se movían como si el propio aire se hubiera vuelto denso y perezoso. Los Guardas Grises, sin embargo, no tenían par.

Genevieve y los otros guerreros presionaron hacia delante, gruñendo con esfuerzo mientras cortaban con sus armas pesadas. Los tres eran veteranos. Sus golpes eran cuidadosos aunque poderosos, y no gastaban el tiempo en un único oponente más de lo que fuera absolutamente necesario, pateando a un engendro tenebroso mortalmente herido con una bota si necesitaban dejar más espacio. Ni Genevieve ni Julien parecían entorpecidos por la falta de espacio para sus largas espadas. Ellos intercambiaron sin esfuerzo bloqueos y puñaladas, incluso golpeando con la empuñadura cuando era necesario. Nicolas utilizaba su escudo no sólo para protegerse, sino para bloquear ataques

dirigidos a los otros dos siempre que podía. Su maza golpeaba rápidamente, su cabeza roma aplastando mandíbulas y rompiendo manos de forma que sus oponentes soltaran sus armas.

Cada uno de los tres estaba al tanto de los otros dos, manteniendo su distancia regular y asegurándose de que ninguno de los engendros tenebrosos pasaba de su línea. Sus ataques eran efectivos. Los engendros tenebrosos retrocedieron, el zumbido extraño tomando un tono enfadado y de gruñido ahora. Los guerreros presionaron hacia delante, el icor negro manchando su armadura y sus caras, y por un momento parecía como si el trío pudiera realmente contener la angosta caverna por su cuenta.

No iba a durar.

Nicolas gritó de ira mientras un gran hurlock aplastaba con fuerza su escudo, mandándole hacia atrás varios pies sobre la piedra irregular. Tropezó y cayó hacia atrás, la criatura frenéticamente saltando sobre él y mordiéndole la cara con sus grandes colmillos. Julien rodó, sus ojos abiertos de alarma, y cortó a la criatura casi por la mitad con un barrido de su enorme espada. Pero el daño ya estaba hecho.

Varios genlocks bajos surgieron pasando al guerrero tumbado, mofándose con deleite mientras corrían hacia Maric y los otros en la retaguardia.

Fueron ralentizados por el hechizo de Fiona, pero no lo suficiente. Genevieve se movió para tratar de cerrar rápidamente el hueco dejado por la caída de Nicolas, pero no pudo. Julien estaba demasiado ocupado tratando de evitar que los engendros tenebrosos le abrumaran a él y a Nicolas, balanceando su espada en amplios arcos a su alrededor, y ella simplemente no podía contener la línea por su cuenta.

Más engendros tenebrosos corrieron pasándolos. Su línea estaba rota.

Los primeros genlocks lanzaron sus lanzas, pero varias flechas se hundieron con fuerza en sus cabezas antes de que pudieran atacar.

Bajaron, graznando de dolor y reptando alocadamente hacia sus caras. Kell caminó hacia delante, frunciendo el ceño mientras lanzaba más flechas y las disparaba tan rápidamente como podía hacia la fuerza que llegaba.

Utha dejó caer su mochila y se preparó para correr para enfrentarse a los engendros tenebrosos ella misma. Maric se preguntó qué planeaba la enana para luchar, ya que todo lo que llevaba eran sus túnicas marrones y sus guanteletes de cuero.

Él nunca la había visto llevar un arma. ¿Luchaba con los puños? ¿Es eso lo que hacen las Hermanas Silenciosas?

—¡Utha, espera! —gritó Fiona.

La enana rápidamente saltó a un lado mientras la maga elfa caminaba hacia delante, extendiendo sus manos enfrente de ella. Con una mirada de concentración y un susurro de magia, una corona de llamas rodeó sus manos y entonces salió corriendo disparada para quemar a los engendros tenebrosos que se aproximaban.

Por un momento la caverna se iluminó tan brillante como el día. Los engendros tenebrosos del frente rugías y se marchitabas en agonía mientras el fuego los envolvía.

Las llamas mágicas se esparcieron por el suelo, mandando una nube de humo negro que amenazaba con asfixiar el pasadizo. Los engendros tenebrosos tras aquellos al frente fueron quemados de forma similar, y siseaban de ira, pero continuaron corriendo hacia delante pese a sus heridas. Saltaron sobre sus camaradas ardiendo, ansiosos por alcanzar a Fiona antes de que pudiera lanzarles otro hechizo.

Utha se lanzó hacia delante tan pronto se despejó el camino. Su cara permanecía serena mientras se enfrentaba al primer genlock que corría hacia ella.

Plantando un pie, ella dio una patada giratoria que le dio a la baja criatura de lleno en la cara. Los huesos crujieron bajo sus botas de cuero y se tambaleó hacia atrás.

Sin detenerse un segundo, la enana corrió hacia él. Ella agarró la armadura burda de metal del genlock y saltó sobre su cabeza, sin dejarlo ir, y cuando aterrizó al otro lado utilizó la inercia para lanzar a la criatura sobre ella y contra tres más no a muchos pies de distancia. Todo el grupo cayó en un enredo desastrado.

Un hurlock alto, de armadura pesada siseó con furia y alzó su espada ennegrecida en alto para golpear a la enana. Ella esquivó a un lado, la espada haciendo chispas contra la piedra, y entonces ella se hundió y barrió con su pie en un amplio arco bajo los pies de la criatura. Se volcó fácilmente. Con calma saltó sobre ella y golpeó con una mano rígidamente firme —no un puño, se dio cuenta Maric— hacia su garganta. Sus dedos de hundieron profundamente en su cuello marchito con un crujido enfermizo, y se sacudió inútilmente y trató de apartar a Utha.

Ella ya se había ido, saltando de él hacia la espalda de otro. Antes que de uno pudiera siquiera reaccionar, tenía sus brazos cerrados alrededor de su cabeza y con un gran balanceo y torcimiento le partió el cuello.

Más engendros tenebrosos estaban corriendo hacia ella ahora, y Maric observó sorprendido mientras la enana caía al suelo y empezaba a golpear con sus pies y manos. Cada patada era precisa y medida, cada golpe de su codo o su palma estaba apuntado para hacer un impacto máximo, y aún así se movía casi demasiado rápido como para que Maric la siguiera. Nunca había visto a nadie luchar así, jamás.

Finalmente, un hurlock agarró con éxito la túnica de Utha desde atrás y la lanzó de espaldas. Ella apretó sus dientes y se preparó para retorcerse fuera de su agarre, pero antes de poder hacerlo, el perro de guerra gris saltó desde atrás. Hafter gruñía enfadado mientras mordía el cuello del hurlock con sus poderosas mandíbulas, arrancándolo de la enana por completo. El icor negro fluía mientras el perro arrojaba a la criatura a un lado.

Un genlock corrió hacia Hafter con una lanza, pero dos flechas salieron de las sombras y se hundieron en su pecho, mandándole volando hacia atrás.

Kell apareció, los ojos pálidos mirando enfadados a la criatura que se había atrevido a atacar a su perro. La capucha del cazador había caído hacia atrás, revelando una cabeza afeitada, limpia decorada con unos elaborados tatuajes negros que Maric pensó que se parecían mucho a aquellos que llevaban la gente de las colinas Avvaritas.

Kell rápidamente se puso el arco en su hombro y sacó un mayal de su cinturón.

Era un arma de aspecto miserable, una bola de metal con púas atada a una cadena, y el hombre inmediatamente empezó a atacar a varios engendros tenebrosos que corrían hacia él. Sus golpes eran cuidadosos, cada balanceo llevando la bola con púas a un nuevo oponente, donde aterrizaba con un efecto espectacular. Entonces la bola sería sacada de la criatura tambaleante y sería lanzada a una nueva.

Hafter inmediatamente saltó hacia la espalda de Kell, girando en tándem con los movimientos de su amo y mordiendo a cualquier criatura que se acercara demasiado. Un gran hurlock trató de apuñalarle con una lanza y el perro se aferró al brazo de la criatura y la arrastró al suelo. Él gruñía con fuerza y sacudió al hurlock en sus mandíbulas, casi como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Maric!

El grito de Duncan atrajo su atención. Más engendros tenebrosos habían surgido tras Genevieve y los otros, aunque la cantidad de matanza que podía ver desde aquella dirección le decía que los guerreros estaban haciendo todo lo posible por contraatacar hacia ellos. Fiona apuntó con su bastón y mandó explosiones de energía mágica disparándose ante el resurgir de los engendros tenebrosos que se aproximaban, pero apenas los ralentizó.

Duncan saltó hacia ellos. Mientras el primer gunlock siseante cargaba con un hacha de batalla en alto, el joven Guarda Gris apuñaló a su pecho con su par de dagas. Las hojas de platerita se deslizaron a través del metal oscuro corrompido de la placa pectoral de la criatura como si estuvieran hechas de poco más que de suave tela. El cuerpo de Duncan chocó contra el genlock y lo tumbó, con él aún encima.

Otro engendro tenebroso se dio la vuelta, sus ojos muertos centrándose en Duncan mientras cortaba con su hacha. El chaval saltó ágilmente, evitando el golpe y dejándolo aterrizar en su lugar en la cabeza del indefenso genlock de abajo. En el aire, Duncan cortó con las dagas al nuevo atacante, cortando una herida limpia en su garganta y soltando icor en espray.

Incluso mientras el joven aterrizaba de nuevo ya estaba girando por lo bajo y cortando a las piernas de las criaturas cercanas. Maric se percató de que iba hacia los puntos críticos con aquellas hojas cortas, aunque si era su entrenamiento o simplemente instinto no podía decirlo. Las dagas creaban huecos en la armadura burda de los engendros tenebrosos, cortando tendones y seccionando tobillos. Apuñalaba cualquier espalda que se girara, apenas deteniéndose para ver a la criatura caer mientras se giraba para enfrentar a la siguiente.

—Divertido, ¿no? —se rió alocadamente Duncan hacia Maric mientras reptaba sobre y alto hurlock y lanzaba una daga profundamente en su ojo. La criatura rugió en agonía y retrocedió a otra multitud de engendros tenebrosos, quitándose al ladrón de la vista.

Maric tenía sus propios problemas ahora mientras un par de hurlocks cargaban hacia él con lanzas. Su carne en sus cabezas calvas parecía casi podrida, pensó él, marchita y cubierta de heridas supurantes. Los grandes ojos eran de un pálido lechoso, llenos de

odio. La última vez que viajó por los Caminos de las Profundidades ocho años antes, él y Loghain y los otros casi habían muerto a manos de los engendros tenebrosos.

Estaban rodeados y abrumados hasta que una unidad de enanos de las profundidades conocidos como la Legión de los Muertos apareció.

¿Tendría tanta suerte esta vez? De algún modo lo dudaba.

Fiona hizo un gesto con una mano y una explosión blanca de poderosa energía se lanzó hacia fuera de ella. Cuando golpeó a uno de los hurlocks que cargaban, se quedó congelado en el sitio, cubierto de un denso hielo y escarcha.

Con un grito de esfuerzo ella lanzó su otra mano y una roca del tamaño de un puño apareció en la existencia. Aceleró hacia la criatura congelada y se destrozó en miles de trozos de hielo sangriento.

El segundo atacante no se percató de la pérdida de su compañero, ni siquiera se frenó. Siseó baja y mortalmente, y siguió yendo hacia Maric.

Rápidamente saltó a un lado y cortó su lanza casi por la mitad, su hoja encantada cortando fácilmente a través del bastón del arma.

Impertérrito, el engendro tenebroso lanzó al suelo las partes de su arma y se giró para saltar sobre Maric, su boca colmilluda bien abierta. Él estaba preparado, sin embargo, y ya estaba girando para cortar a la criatura por el pecho. Su armadura no le ofrecía ninguna protección contra el hueso de dragón, y el icor salió en espray de su herida mientras gritaba de dolor. Él no lo dejó sufrir por mucho tiempo mientras lo cortaba.

El tiempo que le llevó hacer eso era casi demasiado, ya que un par de genlocks saltaron sobre él desde el lateral. Su peso le llevó al suelo y uno de ellos mordió profundamente uno de sus hombros. Maric apretó sus dientes ante la repentina agonía, e incluso en la urgencia de la situación podía percibir la corrupción esparciéndose de su herida como algún ácido ardiente en su sangre. Afortunadamente las pociones del Primer Encantador funcionaban como le habían prometido.

Luchó por lanzar las criaturas fuera, pero eran demasiado rápidas y sorprendentemente fuertes para su poca estatura. Alzó la empuñadura de su espada agudamente y golpeó a uno en la mandíbula, el hueso crujiendo y los colmillos volando fuera de su boca. La criatura gruñó de dolor y soltó su agarre, y él finalmente fue capaz de quitárselo de encima.

El otro genlock se alzó y mostró sus colmillos sangrientos, preparado para hundirlos en Maric una segunda vez, pero antes de que pudiera hacerlo un rayo de energía le golpeó de lleno en el pecho. El flash de luz mareó a Maric por un momento, y él se cubrió sus ojos. Las estrellas nadaban ante él, y mientras escuchaba los sonidos del combate a su alrededor, todo parecía pasar a cámara lenta.

Entonces sacudió su cabeza mientras su visión se aclaraba. El genlock se había ido. Saltó de nuevo en pie, esgrimiendo su espada larga, y vio que varios hurlocks estaban rodeando a Fiona. Duncan estaba exitosamente manteniendo la atención de varios otros sobre sí mismo, pero la maga estaba a punto de caer por puros números.

Antes de que pudiera moverse, sin embargo, escuchó a Fiona gritar una palabra de poder. Una oleada estruendosa de magia rodó fuera de ella, lo suficientemente brillante como para hacer que los engendros tenebrosos graznaran de dolor y se cubrieran los ojos, y toda la caverna se sacudió violentamente por un terremoto. Maric y los engendros tenebrosos, y muchos de los otros a su alrededor, se tambalearon al suelo. Se soltaron rocas del techo, varios fragmentos grandes apenas fallando su cabeza.

Mientras el polvo se asentaba, él miró arriba. La baja elfa estaba allí en su brillante armadura de malla, los hombros hacia atrás y aparentemente de diez pies de alta en su victoria. El sudor caía por su ceño, y su pelo negro puntiagudo estaba aplastado contra su cara. Su sonrisa era una de excitación, sin embargo, y estaba ruborizada. Sus ojos se encontraron con los de Maric y ella le guiñó el ojo pícara. Él se encontró a sí mismo sonriendo entre dientes en respuesta, casi pese a sí mismo.

Fiona alzó su bastón alto sobre su cabeza, la luz blanca manando de él repentinamente intensificándose mientras la maga reunía su concentración para tratar con los engendros tenebrosos a su alrededor, que estaban justo ahora empezando a recuperar el pie.

La luz del bastón parpadeó repentinamente mientras un par de fleches salían del pecho de la maga. Sus ojos se abrieron como platos mientras ella las miraba, una mancha de sangre roja brillante rápidamente esparciéndose sobre la cota de malla.

Su cara se retorció en ira.

—¡Malditos bastardos! —maldijo ella.

Otra flecha voló hacia ella y sólo por poco falló su cabeza. Ella se tambaleó a un lado, agarrando cautelosamente las flechas atascadas en su pecho con su mano libre. Maric se giró y vio al culpable: un genlock de piel pálida no a más de diez pies de distancia de él, en pie sobre un gran saliente de roca y utilizando un arco corto de aspecto burdo, ennegrecido.

Saltando a la acción, Maric cargó hacia la criatura. Balanceó su espada larga en amplios arcos a su alrededor, forzando un camino a través de la melé. Vio a Duncan, luchando expertamente con sus dagas, herido con varias heridas de aspecto severo. Sangre roja mezclada con negra en los cueros oscuros del chaval, aún así no se frenó.

En su lugar Duncan se mofaba, mostrando sus dientes y asumiendo una expresión salvaje que Maric encontraba sorprendente mientras cargaba hacia aún más oponentes.

No tenía tiempo de detenerse y ayudar, sin embargo. Un nuevo engendro tenebroso, este un hurlock alto con una armadura dorada pesada, se lanzó hacia su camino. Bloqueó un golpe de su enorme espada con la suya, chispas volando mientras las espadas se encontraban, y entonces empezó una serie de intercambios con él. La criatura no era un auténtico espadachín, sin embargo, y no pasó mucho antes de que Maric le superara y le cortara.

Se continuó moviendo rápidamente. El pálido arquero genlock soltó varias flechas más, y ahora se percataba de que Maric estaba corriendo hacia él con su brillante espada

larga alzada. La primera flecha que le disparó falló, y la segunda la rechazó con su espada… accidentalmente, en realidad, aunque imaginaba que parecía de otro modo.

¡Observad al Rey Maric cortar las flechas disparadas en el aire! ¡Nada puede detenerle!

La tercera flecha le dio en el abdomen, aterrizando con una fuerza impactante. Tanta como para no detenerse.

Reuniendo sus fuerzas, hizo una carrera final hacia el arquero, saltando hasta la roca donde estaba. La criatura le siseó desafiante, y él corrió a través sin pensárselo dos veces.

Manchas de icor fluían bajando por su espada y la parte delantera de su armadura. La criatura se retorció, soltando su arco y emitiendo un raqueteo duro desde lo profundo de su garganta mientras moría.

Mientras el genlock se deslizaba de su espada y caía de la roca, Maric se giró y se resbaló en su sangre. En lugar de desgraciadamente saltó del lateral de la roca y aterrizó en el suelo de piedra, una pierna torcida dolorosamente bajo él. Consiguió sostener su espada larga, pero incluso entonces sólo apenas podía evitar cortarse su propia cabeza. Más estrellas resplandecían ante sus ojos, y la agonía ardía a través de todo su cuerpo.

¡Observad mientras el Rey Maric se tambalea en el suelo como un imbécil! ¡Vedle rebotar!

Una sombra se alzó enfrente de él, y él abrió sus ojos sólo para ver a un hurlock en pie sobre él, preparado para llevar un hacha de batalla sobre su cabeza. Trató de alzar su espada para defenderse del ataque, pero estaba tumbado contra la roca y en una posición completamente errónea. No tenía apoyo.

Kell apareció de la nada tras el hurlock. Con un grito el cazador llevó su mayal directamente sobre la cabeza de la criatura, medio aplastándola y mandando un salpicar de astillas de hueso y sangre lloviendo sobre Maric y la piedra tras él.

Se sentía aturdido. Apenas se percató de la criatura cayendo al suelo, y no respondió inmediatamente cuando el cazador caminó hacia delante para ofrecer su mano.

—¿Su Majestad? —preguntó Kell, su voz teñida de preocupación.

Maric con retraso se permitió ser ayudado a ponerse en pie, su pierna amenazando con ceder dolorosamente bajo su peso. Mirando alrededor, se dio cuenta de que se estaban encargando de los últimos pocos engendros tenebrosos.

Tanto Utha como Duncan habían venido en ayuda de Fiona, aunque la maga estaba bastante herida y cubierta de sangre. Parecía menos debilitada, sin embargo, de lo que estaba totalmente enfadada por su aprieto. Nicolas estaba cerca, siendo apoyado por un ansioso Julien, aunque era difícil decir quién de ellos estaba más herido ya que ambos estaban empapados de icor negro.

Genevieve se movió alrededor de los pocos engendros tenebrosos en el suelo aún luchando, determinadamente clavando su espada en sus corazones y acabando con ellos.

—Necesitamos ponernos en marcha, —gruñó ella con fuerza—. El otro grupo de ellos está viniendo por aquí. —Después de apuñalar a otro engendro tenebroso, la criatura

gorgoteando de dolor y entonces colapsando en silencio, ella se giró y llamó la atención de Fiona.

—Sanación. Haz tanto como puedas, y rápidamente.

La elfa asintió tersamente, su cara sudorosa y pálida. Duncan y Utha la ayudaron a sentarse en una roca, con cuidado de no tocar las dos flechas negras que aún estaban atascadas en su pecho. La enana se arrodilló enfrente de ella, la preocupación evidente en su cara mientras hacía varios gestos de manos.

Fiona cogió aliento temblorosa.

—Hazlo.

Utha puso una mano en su hombro, y con la otra agarró el extremo de una de las flechas con firmeza. Fiona flaqueó y cerró sus ojos, pero no apartó la mirada. Duncan estaba junto a ella, sosteniéndole los hombros para mantenerla quieta incluso si parecía como si estuviera a punto de ponerse enfermo.

Con un tirón firme, la flecha salió libre, su cabeza maliciosamente punzante apareciendo junto a un montón de sangre oscura. Fiona gritó de angustia, un sonido de garganta y animal que hizo estremecerse a Maric.

Ella se dobló, sólo para volver a ser tirada hacia atrás por Duncan para evitar que doblara la otra flecha. Ella parecía incluso más pálida, si era posible, y la mancha roja en la parte delantera de su cota de malla estaba expandiéndose rápidamente.

Maric intentó ir a ayudarla, pero una mano sobre su hombro le detuvo. Era Kell, su capucha vuelta a poner y su mayal de nuevo en su funda. El cazador parecía adolorido mientras hacía gestos a Nicolas.

—Ven, él necesitará nuestra ayuda.

Hafter cojeó junto a ellos, sucio y con icor literalmente goteando de su hocico, pero en su mayoría sin dañar. Perro afortunado. Nicolas había colapsado en el suelo, agarrándose fútilmente su placa pectoral empapada en sangre, y parecía que Julien estaba demasiado herido para levantarle por su cuenta.

—¿Cómo de malo es? —le preguntó Kell.

Julien parecía frenético. Estaba arrodillado, tratando desesperadamente de poner a Nicolas en pie con sólo un brazo, el otro claramente roto. Nicolas, mientras tanto, parecía mareado y apenas al tanto de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

—¡No lo sé! —respondió el guerrero de pelo oscuro, alzando la mirada a Kell con ojos de pánico.

—¡Necesitamos llevarle con la maga! ¡Se va a desangrar!

Tirando de Nicolas tal y como estaba, el hombre casi parecía estar haciendo más daño que bien. Kell miró a Maric, y Maric entendió inmediatamente lo que quería el cazador. Agachándose junto a Julien, habló reconfortante y lentamente apartó las manos del hombre de su amigo. Las palabras no importaban tanto mientras el tono pareciera funcionar, frenando las respiraciones en pánico del guerrero y urgiéndole a recomponerse mientras Kell arrastraba a Nicolas.

—Yo no… ¡ella necesita ayudarle!

—Lo hará.

Las palabras de Maric fueron puntualizadas por otro grito que helaba la sangre de Fiona mientras la última flecha era sacada de su estómago.

Esta vez la maga no se dobló, agarrándose su pecho y sacudiéndose de cansancio. Utha podía hacer poco más que mirar con simpatía. Fiona jadeó y se sacudió mientras intentaba controlar su agonía lo suficiente como para levantarse. Duncan se levantó mientras ella finalmente lo hacía.

—Estoy bien, —ella apretó débilmente sus dientes. Con un gesto de una mano, un brillo azul cálido de repente infundió todo su cuerpo. Ella jadeó fuertemente mientras el dolor le era aliviado, inclinando su espalda mientras la magia funcionaba a través de su cuerpo. Maric observó, impresionado, mientras varios de los cortes más pequeños en sus brazos lentamente se cerraban y sanaban. Cuando el hechizo terminó, el brillo desapareció y Fiona colapsó inmóvil. Duncan corrió hacia delante para atraparla antes de que golpeara el suelo, y con una sonrisa le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Ey tú, —dijo riéndose entre dientes—. No te desmayes aún.

—Lo sé, —gruñó ella.

Utha pasó al chaval una poción en una botella blanca, que inmediatamente presionó sobre los labios de Fiona. La maga puso una cara amarga pero bebió como debía hacer, y entonces tosió severamente mientras lo que fuera que hubiera dentro la sacudía. Ella se estremeció convulsivamente una vez. Entonces abrió sus ojos y miró alrededor, aún salpicada de sangre y pálida como el papel, pero la debilidad parecía haberse alejado de ella.

—¿Ves? —Maric le dio unos golpecitos a Julien en la espalda—. Ella está bien. Nicolas estará bien también, una vez que ella llegue a él. He estado herido así un par de veces, yo mismo. Nada es más útil que tener a una maga alrededor para parchearte.

El guerrero parecía avergonzado y se permitió ser ayudado a volver a ponerse en pie.

—Mis disculpas, Rey Maric. Debo parecerle una vieja mujer estúpida.

—Es sólo Maric… y no seas ridículo. Vosotros dos obviamente sois amigos. Sé muy bien lo que es eso, lo creas o no.

Julien se detuvo, dándole una mirada que no estaba del todo seguro de cómo leer. ¿Quizás pensaba que Maric estaba siendo falso? Finalmente el hombre sonrió un poco avergonzado, reconfortado. Sin decir nada más, él corrió a ayudar a Kell con su amigo.

Genevieve observó a Maric cuidadosamente desde el pasadizo.

Ella se limpió la sangre de su cara con un trozo de tela, pero sus ojos permanecían fijos en él. Su mirada era tensa, pensó él, y quizás peligrosa. Los otros revoloteaban cerca de Fiona, ayudando a la maga a reunir sus fuerzas para los hechizos de sanación, y sólo su comandante se quedó aparte. Era sólo cuestión de un par de pies, pero bien podrían haber sido millas. Maric tenía que preguntarse si siempre había sido así para la Comandante.

La sanación se llevó a cabo rápidamente, incluso mientras escuchaban los sonidos del zumbido extraño haciéndose más y más fuerte en los túneles. Los otros engendros

tenebrosos se estaban acercando, y por la tensión creciente en el paso de Genevieve, Maric supuso que debía haber más en camino desde otras direcciones ahora, también.

La magia de la que Fiona proveía tenía sus limitaciones. Podía enmendar la carne y restaurar un grado de salud, pero las heridas severas estaban más allá de su habilidad de sanar. El brazo roto de Julien permaneció roto, y mientras que Nicolas podía caminar, parecía seguro que tenía heridas internas que continuarían molestándole. La propia Fiona claramente no estaba del todo recuperada. Utha flotaba a su alrededor, empapando sus manos nerviosamente cuanto más presionaba la maga sus límites.

Cuando llegó la hora del turno de Maric, Fiona ya estaba temblando y cubierta de una fresca capa de sudor. Esto estaba mermando las pocas reservas de maná que le quedaban a la maga, podía decir. Cuando ella alzó su mano para tocarle la frente, él la detuvo.

—No estoy malherido. Estaré bien.

Ella arqueó una ceja con curiosidad.

—¿Se supone que eso debe impresionarme?

—Se supone que eso debe ahorrarte tus fuerzas, en realidad.

La elfa parecía abatida. Ella vaciló, sus ojos oscuros encontrándose con los de él por un momento, antes de tocar su frente pese a su protesta.

—Deja que yo me preocupe por mis fuerzas. —Su tono era gruñón pero sus dedos eran gentiles, frotándole la piel ligeramente mientras el hormigueo de su magia empezaba a bañarle. Trató de no mirarla, y en su lugar se concentró en el aura de luz zafiro que le rodeaba.

Su pierna torcida se sentía mejor inmediatamente, si no completamente reparada. La herida de punción en su tripa que le había dejado la flecha similarmente dejó de sangrar. Aunque no del todo, el hechizo le dejó sintiéndose miles de veces mejor. Él sonrió en aprecio a la maga, y ella le lanzó una mirada dubitativa y no dijo nada en respuesta antes de continuar.

Genevieve los tuvo viajando de nuevo en unos minutos. Se movían casi tan rápidamente como antes, o trataban de hacerlo, ya que las varias heridas servían para frenarles considerablemente. También estaban exhaustos, Fiona más que nadie. Aún así, la Comandante pasó su tiempo constantemente urgiéndolos a moverse más y más rápido. Pese a las heridas que ella misma debía haber sufrido, parecía perfectamente y se dirigía a sí misma por pura fuerza de voluntad.

El miedo sirvió para acelerarles, también. Maric no necesitaba sentidos sobrenaturales para decir que los engendros tenebrosos se estaban acercando a ellos sin importar lo rápido que se movieran. El zumbido era constante ahora, y él casi esperaba avistar una horda de engendros tenebrosos esperándoles tras cada esquina.

Habían vuelto a entrar en los Caminos de las Profundidades adecuadamente, volviendo a los pasadizos enanos a través de una gran grieta en las paredes que podía muy bien haber sido provocada por algún temblor natural. A Maric le parecía como cualquier otra parte de los Caminos de las Profundidades: oscuro e intimidatorio, con estatuas rotas de los Parangones enanos y la corrupción de los engendros tenebrosos

esparciéndose sobre todo. ¿Cómo podrían encontrar su camino de vuelta a la ruta adecuada ahora?

No tuvo tiempo para pensar en ello, ya que pronto se convirtió en una cacería. Los gritos de Genevieve se volvieron frenéticos y ellos rompieron a correr. El cansancio quemaba sus músculos mientras empujaban y empujaban, doblando una esquina tras otra. Empezó a escuchar más que el zumbido en las sombras: Ahora oía los siseos y el claqueteo del metal, los gritos de una auténtica persecución.

Dejaron los Caminos de las Profundidades de nuevo, aunque esta vez había poca elección. El pasadizo simplemente parecía seccionarse… no limpiamente, tampoco, sino como una extremidad rota con los trozos de hueso destrozados aún sobresaliendo de la carne. Más allá de la piedra rota yacía sólo una amplia caverna natural, el suelo una considerable caída hacia abajo. Si el pasadizo continuaba por delante en algún punto era imposible de discernir en la oscuridad. Quizás toda la cosa se había desplomado aquí, ¿pero por qué?

No podían volver. Bajar era la única opción.

Con los sonidos de los engendros tenebrosos aún aproximándose, Genevieve lideró el camino haciendo el salto hacia la caverna. Aterrizó y permaneció agachada un momento, su espada sostenida preparada mientras escaneaba las sombras por alguna señal de vida. Nada se movía.

El resto de ellos siguieron inmediatamente después. Maric aterrizó con fuerza con su pierna herida y siseó de dolor. Los otros le ignoraron, quedándose quietos mientras escaneaban las sombras. La única cosa que la luz del bastón de la maga revelaba a su alrededor eran los grandes trozos de escombros.

Estaba también el olor acre de azufre. Maric lo encontraba casi abrumador. ¿Había algún tipo de manantial natural cerca?

—¿Qué *es* eso? —se quejó Duncan.

—¡Silencio! —soltó Genevieve. Su espada fuera, sus ojos a la vez tan alerta y tan exhaustos que parecían positivamente asesinos. Ella obviamente estaba convencida de que no estaban solos. La mandíbula de Duncan se cerró con un clic audible.

Su cautela era infecciosa, y mientras se movían hacia delante hasta la oscuridad desconocida de la caverna, lo hacían sólo lentamente. Fiona alzó su bastón y lo hizo brillar con suficiente fuerza como para mostrar dónde estaban más claramente. Esta era definitivamente algún tipo de fisura natural, y podían ver los huesos que sobresalían de los otros pasadizos arriba en varias juntas. Esta gran caverna yacía entre los Caminos de las Profundidades, o a su alrededor. Era difícil decirlo.

El sonido de algo extraño agachado bajo el rastro de sus botas llamó la atención de Maric. Él bajó la mirada, y se percató de los huesos.

Los otros los vieron igual que él. Fiona sin aliento alzó su bastón de nuevo, e iluminó muchas pilas de huesos. No huesos humanos, se alivió de ver Maric. Ni huesos de engendros tenebrosos, tampoco.

Estos eran huesos animales, la mayoría de ellos viejos y cubiertos de polvo.

Había un animal de manada llamado bronto que merodeaba por los Caminos de las Profundidades, antiguamente bestias domadas que los Moldeatos enanos habían diseñado hacía tiempo y que se habían vuelto salvajes cuando los engendros tenebrosos destruyeron los reinos enanos durante la Primera Ruina. Maric nunca había visto uno en persona, pero se suponía que había manadas de ellos aún merodeando bajo tierra. Estos eran huesos de bronto, sospechaba él. Pilas y pilas de ellos. Toda una caverna tan llena que cubría la piedra.

—¿Es esto algún tipo de cementerio? —preguntó Fiona, su voz pequeña.

Kell sacudió su cabeza. Se agachó y cogió uno de los fragmentos más grandes. El hecho de que fuera un trozo serrado era obvio. Algo lo había destrozado. Muchos de los huesos habían sufrido de forma similar. Sin un comentario arrojó la pieza a un lado y colocó una flecha en su arco. Sus ojos pálidos miraron intensamente alrededor.

Estaban todos en silencio, esperando.

—¿Oís eso? —preguntó finalmente Duncan.

Cada uno de ellos inclinó su cabeza, escuchando. Sólo había silencio y sombras. También se había vuelto más cálido, encontró Maric. Había supuesto que el calor que sentía era resultado de todo el correr y sudar, pero ahora que estaban quietos y estaba más calmado, se dio cuenta de que era algo más. Mezclado con el hedor a azufre había un calor seco golpeando el aire.

—No oigo nada, —gruñó Genevieve.

—¡Exactamente! ¿Dónde están los engendros tenebrosos? ¡Apenas puedo percibirlos!

La Comandante parecía aturdida por no haberse dado cuenta ella misma.

Estuvieron ahí por un largo minuto, sin hacer nada, antes de que ella finalmente les señalara que procedieran.

—Necesitamos encontrar un camino a través. Sea cual sea el motivo por el que los engendros tenebrosos no nos están siguiendo, quizás podamos utilizarlo en nuestra ventaja.

El resto de ellos parecía reluctante pero no dijo nada. La siguieron en silencio, trazando el camino a través del campo de huesos mientras la caverna lentamente se abría en algo incluso más grande. Había luz aquí, también. Era tenue al principio, el brillo más leve de líquenes trepando hacia las paredes, pero finalmente aumentó hasta el punto en el que el bastón de Fiona ni siquiera era necesario. Maric se acordó de las grandes cavernas donde los thaigs eran construidos, pero aquí había estalactitas y estalagmitas en lugar de construcciones enanas. Había fisuras bombeando vapor, y él pensó que veía leves arroyos de lava tras grandes salientes de roca. Su brillo naranja se añadía al terrorífico ambiente.

Había también más de los huesos amontonados en toda la cámara.

Muchos de ellos estaban ennegrecidos, revueltos sobre pilas de cenizas oscuras.

Varias de las fisuras mandaban nubes de vapor bombeando por las paredes rocosas. El olor a azufre se volvió casi abrumador.

El perro de Kell empezó a gruñir temeroso, sus pelos del pescuezo tiesos.

Genevieve miró en la distancia, tratando de mirar pasando la leve neblina del vapor como si pudiera ordenar al secreto que este lugar tuviera que se revelara. Nada salió. Sin mirar a los otros, ella les hizo un gesto de que fueran hacia delante.

—Buscad un camino a través.

Mientras empezaban a dispersarse sin embargo, Kell de repente siseó:

—¡Parad!

Genevieve se giró, la molestia clara en su cara… que instantáneamente se convirtió en alarma. El cazador miraba hacia arriba, sus ojos abiertos como platos y brillantes con miedo. Ella siguió su mirada al mismo tiempo que Maric lo hacía, como todos lo hicieron, y vieron qué era lo que había evitado que los engendros tenebrosos les persiguieran. Algo descendió hacia ellos desde arriba, algo grande. Algo con unas grandes alas, coriáceas.

—Dragón, —suspiró Kell.

8

Los Viejos Dioses te llamarán,
Desde sus prisiones antiguas cantarán.
Dragones con ojos malignos y corazones malignos,
Sobre alas ennegrecidas el engaño toma vuelo,
El primero de Mis hijos, perdido en la noche.

—Cántico del Silencio 3:6, Verso Discordante

—¡Guardas!

El grito de advertencia de Genevieve era innecesario y llegó demasiado tarde mientras el alto dragón de escamas negras chocaba contra el suelo en medio de ellos con una fuerza cataclísmica. Rugía mientras lo hacía, una explosión de sonido tan furiosa que Duncan se cubrió sus oídos. Él gritó, el dolor insoportable, pero no podía siquiera escucharse a sí mismo. El suelo se sacudió bajo sus pies por la fuerza del impacto del dragón, y un soplo de aire de las alas del dragón golpeando con fuerza le mandaron volando haciéndole perder el pie.

El mundo giraba a su alrededor mientras se tambaleaba y patinaba por el suelo, hasta que finalmente chocó contra una columna de roca negra.

La agonía ardía a través de su espalda. Apretando sus dientes, Duncan se forzó a volver a ponerse en pie. Una oleada de mareó le bañó, pero consiguió mantenerse en su sitio.

Los otros habían sido dispersados igual que él, aunque los que llevaban armadura pesada no habían viajado tan lejos. Ya el alto dragón estaba girando alrededor con una sorprendente agilidad para atacarles.

Aplastó hacia Julien con una pata con garras, clavándole antes de que pudiera levantarse, y volvió su cuello nervudo para mirar directamente a Genevieve con una cabeza que era dos veces el tamaño de la propia mujer.

Ella no se retiró, estando resuelta con su espada posada ante ella, los ojos alerta fijos en el dragón. La criatura resopló un humo negro enfadada, como si estuviera airada por la presencia de estos intrusos en su morada. Respiraba a través de sus enormes colmillos, cada diente amarillento tan grande como un brazo, y acechaba cuidadosamente a Genevieve.

Ella mantuvo la espada preparada y se enfrentó al dragón, su cara con una funesta determinación.

El dragón se alejó de Julien, y el hombre gruñó de dolor.

Nicolas corrió, rápidamente arrastrando al hombre lejos hasta una rugosidad rocosa de cerca. Había demasiado polvo y tierra levantada por el dragón aún nublando el aire como para ver mucho de nadie más.

—¡Cubríos! —gritó Genevieve. Su voz atrajo la ira del dragón y corrió para partirla con sus grandes mandíbulas.

Ella rodó a un lado, su velocidad impresionante pese a su gruesa armadura, y cortó hacia el largo cuello del dragón con su espada. La punta cortó a través de sus gruesas escamas negras, pero no profundamente. Fue suficiente, sin embargo, como para que la criatura retrocediera y rugiera de ira.

Toda la caverna se sacudió mientras la Comandante corría hacia delante, su espada ancha sostenida hacia fuera para apuñalar en el pecho al dragón. Ella nunca llegó tan cerca, sin embargo, ya que él la barrió hacia un lado y la mandó volando al suelo.

Los otros Guardas Grises estaban reaccionando ahora. Duncan vio a Nicolas correr hacia dentro, golpeando al dragón en su pata trasera con su maza. Julien se unió un momento más tarde, cojeando mientras atacaba con su espada.

Así, también, Utha apareció al otro lado de la criatura. Había sacado su garrote doble, un arma enana que le había visto usar de cuando en cuando, que consistía en dos palos de acero conectados con algún tipo de cadena corta. Lo giró a su alrededor con una velocidad mareante, y golpeó las escamas del dragón con un golpe malicioso.

Kell parecía, también estar saltando a un terreno más elevado con Hafter saltando junto a él. El cazador retuvo al perro para evitar que corriera abajo para unirse a la refriega, y empezó cuidadosamente a disparar flechas apuntando a la cabeza vulnerable del dragón.

El dragón ignoró las flechas y giró con la velocidad del rayo. Su larga cola barrió a Julien y a Nicolas, mandándoles chocando contra el suelo, y sólo por poco falló a Utha mientras ella daba una voltereta para evitarla. Fijó a la enana ahora, aplastando con fuerza varias veces en un intento de aplastarla. Cada vez la enana bailaba ágilmente fuera del camino.

Duncan sacó sus dagas y corrió hacia delante para asistir a los otros. El calor en esta caverna era increíble, y ya estaba sudando en abundancia. Sería desafortunado que fuera barrido por aquellas grandes alas hacia uno de los arroyos de lava… Duncan nunca había visto antes la lava en toda su vida, pero no era difícil imaginar lo poco placentero que sería acabar dentro de ella. Casi tan poco placentero como ser masticado por uno de esos dientes de dragón gigantes, sin duda.

¿Realmente estamos planeando luchar contra esta cosa?

Genevieve apareció fuera de la neblina y el humo y cargó junto a él, su espada en alto. Ellos no intercambiaron miradas y meramente corrieron juntos hacia el flanco del dragón mientras estaba ocupado con Utha. Duncan tragó saliva mientras se acercaban. La criatura se alzó en alto, mucho más grande de lo que había parecido desde cierta distancia. Mucho más rápida, también. Era grande y larguirucha y rápida. ¿Cómo en nombre de Andraste vivía aquí abajo?

Se suponía que los dragones estaban extintos, cazados hasta el olvido… o al menos se pensaba que lo habían estado hasta que uno fue visto sobre la Espalda Helada al comienzo de la Era del Dragón.

¿Era este uno? ¿Era aquí donde los dragones venían cuando no estaban volando y arrasando el campo?

Genevieve clavó su espada profundamente en la piel del dragón.

Duncan hizo lo mismo con sus dagas, la platerita fácilmente cortando a través de las escamas. Sangre brillante de dragón salió de las heridas.

Sus espadas no cortaban ni de cerca tan profundamente como la de la Comandante, pero esperanzadamente eran suficientes como para provocarle a la bestia algún daño.

Aparentemente lo estaban haciendo. El dragón se levantó, rugiendo estruendosamente y llevando trozos de piedra cayendo desde el techo de la caverna. Mientras giraba, la espada de Genevieve salió de la piel de la criatura, empapada de rojo con sangre. Las dagas de Duncan fueron casi liberadas de su agarre y tuvo que tirar con fuerza para liberarlas. El dragón abrió sus fauces bien abiertas, y por un momento hubo un sonido de una gran toma de aliento.

—¡Cuidado! —gritó Genevieve.

Ella saltó sobre Duncan y le empujó al suelo, enterrándole bajo su armadura pesada. El aire fue expulsado de él, y por un momento se sintió confuso. Un momento más tarde se dio cuenta de por qué lo había hecho: El dragón estaba exhalando llamas.

La explosión de calor les golpeó primero. Duncan gritó, pero encontró el aire forzosamente desgarrado de sus pulmones. Por un momento no podía respirar, y entonces el fuego les bañó. Al mismo tiempo, sin embargo, algo más les golpeó. Una oleada de frío helado de otra dirección, algo que hizo que la armadura de Genevieve se congelara y el aire de repente se llenara con un vapor hirviente. El calor era desgarrador y doloroso, pero sorprendentemente habían sobrevivido. Las llamas ya no estaban.

Genevieve se apartó de él, y él rodó a un lado con facilidad.

Él vio entonces el motivo de su escapada. Fiona había aparecido, su bastón bien alto sobre su cabeza y resplandeciendo de arroyos azules brillantes de poder desde la piedra en su punta. Ella parecía radiante, rodeada de una corona de magia tan fría que Duncan podía sentirla desde donde yacía.

El dragón podía sentirlo también. Bramó con furia y aterrizó ante la maga aleteando con suficiente fuerza como para que Duncan tuviera que luchar para no ser lanzado una vez más. Tres flechas iban hacia la cabeza del dragón, y una de ellas dio en su ojo. La criatura aulló y empezó a tener espasmos a mitad del salto, y chocó contra el suelo junto a Fiona y se deslizó por el suelo.

Una de sus alas casi golpea a la elfa, pero ella lo ignoró y en su lugar recolectó su fuerza de voluntad. Ella canalizó el poder a través de su bastón, y el aura helada a su alrededor de repente estalló en todas las direcciones.

Al instante toda la caverna estaba llena de una tormenta helada. El viento y la nieve volaban en todas direcciones, y la temperatura bajó tan rápidamente que Duncan podía ver su aliento.

Parece que ella pudiera traer el maldito invierno aquí abajo también, gruñó él. El dragón reaccionó salvajemente al hechizo. Aulló en su sitio, obviamente en agonía y

golpeando con sus alas inútilmente contra el suelo mientras trataba de escapar de sus millones de dolorosos torturadores helados.

Maric apareció junto a Fiona y cargó hacia el dragón mientras giraba, cortando con su espada larga encantada, que se hundió profundamente en la piel de la criatura. Otro aullido indignado y esta vez el dragón se puso en pie y aterrizó alto en la caverna. Con varios golpes de sus grandes alas se retiró a los recesos sombríos sobre ellos.

Genevieve estaba intranquila, cubriendo su cara contra la ventisca.

—¡Guardas Grises a mí! ¡Reagrupaos! —Su voz estaba casi perdida en los vientos ululantes, pero los otros oyeron su llamada incluso así y corrieron hacia ella.

Duncan permaneció agachado contra el suelo, tratando de ver a través de toda la nieve que soplaba para discernir si el dragón estaba a punto de barrer contra ellos otra vez. ¿Quizás se había ido de verdad? ¿Quizás le habían hecho sangrar tanto como para que se retirara a lamer sus heridas?

—¿Va a volver? —gritó Fiona mientras llegaba, sus pensamientos haciéndose eco de los de Duncan.

Kell se bajó del peñasco, Hafter ladrando enfadado.

—¡Deberíamos volver a los Caminos de las Profundidades! ¡Rápidamente, mientras aún hay tiempo!

—¡No! —Gruñó Genevieve—. ¡Nuestras dificultades no serán menores allí!

—¿Que con un dragón? ¿Estás loca?

Julien y Nicolas se aproximaron, una Utha herida cojeando no muy lejos atrás, y ellos parecieron sorprendidos mientras veían a su comandante cruzar la distancia hacia el cazador y agarrar el cuello de su cuero con sus guanteletes. Su cara estaba contraída de furia, aún así él encontró su mirada al mismo nivel, mirándola con sus ojos pálidos. Hafter gruñía amenazador a los pies de Genevieve.

—No nos vamos, —insistió ella—. Luchamos. Ganamos.

—Deberíamos estar enfrentándonos a los engendros tenebrosos…

—¡Deberíamos estar encontrando a mi hermano! —soltó ella—. ¡Esa es nuestra misión! ¡Encontramos un camino a través de este lugar, de vuelta al thaig de Ortan! ¡O morimos en el intento! —Ella volvió una mirada a cada uno de los Guardas Grises por turnos, desafiándoles a contradecirla. Ninguno de ellos apartó la mirada, pero ninguno de ellos habló, tampoco. Cuando aquellos ojos azules se fijaron sobre Duncan, él se encogió un poco. Ella realmente pretendía que lucharan contra el dragón si volvía.

—¿Entonces cuál es tu plan? —exigió Maric. Estaba junto a Fiona ahora, su espada larga con runas brillando levemente ante la nieve que soplaba—. ¿Siquiera tienes uno? —continuó él, su tono duramente acusador.

La cara de Genevieve era de acero. No tenía tiempo de responder, sin embargo, mientras otro grito sonaba desde los alcances superiores de la caverna.

El dragón estaba volviendo.

—¡Moveos! —gritó ella.

Se dispersaron. Duncan corrió tan rápido como sus piernas podían moverle, cubriéndose la cara para protegerla contra los vientos helados del hechizo de Fiona.

Podía percibir la gran masa del dragón por encima, y por un momento estaba seguro de que iba a venir aplastándole sobre él, o peor, caer y agarrarle del suelo con sus garras como un halcón con un conejo.

La criatura aterrizó en alguna parte tras él, sin embargo, e hizo otro rugido destroza oídos. Se tambaleó y medio cayó tras una columna de roca. La lava nadaba en un estrecho canal cerca, la nieve soplando hacía que grandes oleadas de vapor siseante se alzaran de su superficie.

Con sus piernas bajo él, Duncan se giró y consiguió dar un vistazo alrededor del borde de la columna. Definitivamente podía entrever al dragón a través de la ventisca, pero sólo como una extremadamente grande e indistinguible forma. Estaba claramente girando, su cuello largo lanzándose hacia abajo para golpear algo bajo él, aunque de quién era no estaba seguro.

Tragando con fuerza, reunió su coraje y corrió hacia fuera de nuevo.

El alto dragón vino claramente a la vista mientras se aproximaba, todo músculo y elegancia y cubierto de escamas negras brillantes. Podía incluso haberlo llamado hermoso si no hubiera sido tan peligroso.

El dragón bramó de nuevo, su larga cola golpeando salvajemente tras él. Sus alas golpeaban alocadamente y añadían más al revuelo de los vientos. El sonido de su rugido se amplificó en la caverna hasta el punto de que era doloroso oírlo. Duncan se dobló y trató de seguir corriendo hacia delante pese al sonar de sus oídos.

La criatura estaba teniendo dificultad al tratar con todos los combatientes. Por lo que Duncan podía ver, los otros la habían rodeado por varios laos. Cada vez que el dragón intentaba concentrarse en un único oponente, los otros entrarían para golpear. Así, también, la barrera continua de flechas de Kell continuó distrayéndolo de su objetivo. Vio a Utha bailar cerca de sus patas, y Genevieve apuñalando profundamente en su flanco. Sus escamas negras estaban fuertemente manchadas de sangre, seguramente la suya.

El dragón cayó sobre Genevieve, y ella sólo lo esquivó por poco saliendo de su camino. Dos flechas más golpearon su cuello e hicieron que flaqueara. Resopló con ira y giró todo su cuerpo, la gruesa cola balanceándose baja en el suelo y apartando a Genevieve. Duncan tuvo que saltar para evitarla, y escuchó a la Comandante aterrizar con fuerza en las rocas irregulares tras él. Hubo un crujido como algo rompiéndose, y él la oyó jadear en un dolor repentino.

Enrabietado, el dragón corrió hacia el saliente donde Kell estaba con su arco, sus fauces bien abiertas. Fiona disparó un rayo de relámpagos a la criatura, y ella rugió de dolor mientras era golpeada, pero ahora estaba demasiado interesada en su torturador como para ser disuadida.

Hafter saltó hacia delante desde el lado de su amo, corriendo por el lado de la roca antes de que Kell pudiera detenerle. El perro ladró furiosamente y cargó hacia el dragón, pero apenas siquiera lo frenó.

Con un gran barrido de sus patas delanteras golpeó al perro y lo mandó volando. Hafter chilló de dolor mientras chocaba con una increíble fuerza contra la pared de piedra opuesta de la caverna, y entonces se deslizó hacia el suelo de abajo, donde yació quieto y en silencio.

Kell gritó de ira, su comportamiento frío finalmente roto. Disparó tres flechas en una rápida sucesión a la cabeza del dragón, y una de ellas golpeó bastante cerca de su ojo. Él alcanzó al cazador y lo atrapó con sus mandíbulas, llevándole por el aire. El hombre gritó de agonía, e incluso desde donde estaba Duncan podía escuchar los sonidos de las costillas rompiéndose mientras el dragón mordía con sus enormes mandíbulas.

—¡Kell! —gritó Fiona desde abajo.

Duncan se acercó lo suficiente a la parte trasera del dragón como para apuñalarlo con sus dagas. Hizo salir sangre, pero él sólo tuvo que retorcer su cola para mandarle a la piedra de nuevo. Mareado, se levantó, sólo para hacer que la cola le golpeara como un muro de ladrillos. Patinó varios pies y luego rodó, finalmente chocando su cabeza con fuerza contra una estalagmita. Su visión se nubló, y por un momento no podía decir qué lado estaba hacia arriba.

Cuando levantó su cabeza, vio al Rey Maric cargando hacia el dragón, su espada larga con sus runas azules brillantes alzada sobre su cabeza. Apuñaló profundamente al flanco de la criatura, justo sobre una de sus patas delanteras, y fue suficiente como para hacerla gritar. Soltó a Kell de su boca, el hombre poco más que una muñeca de trapo de sangre y huesos rotos por lo que Duncan podía ver. Fiona corrió a su lado.

El dragón enfadado giró sobre Maric entonces, su boca bien abierta y goteando sangre roja. La toma de aliento era audible incluso desde donde estaba Duncan, y por un momento el Rey alzó la mirada hacia la criatura. No había ningún sitio hacia el que correr, y nadie estaba cerca para distraer más a la bestia. Mientras el dragón le miraba, Duncan le vio devolverle la mirada y ver la muerte en los ojos de la criatura.

Y entonces el dragón sopló su parte de llamas.

Los ojos de Maric se abrieron como platos mientras las llamas golpeaban una barrera invisible enfrente de él. En lugar de envolverle por completo, pasaron alrededor de él sin hacer daño. Él miró alrededor y vio a Fiona a menos de un par de pies de distancia, sus manos aún alzadas por el hechizo que había lanzado.

—¡Atrás, idiota! —gritó ella.

Él se alejó tambaleándose mientras el dragón aplastaba con una de sus patas, intentando aplastarle debajo. Pisó de nuevo, esta vez atrapando su capa y desgarrándola de su espalda. Nicolas y Utha aparecieron de la nada en su otro flanco, y por un momento la bestia estaba dividida entre tratar de atacar a Maric que huía y girarse para enfrentarse a sus nuevos atacantes. Con un rugido de dolor y frustración se giró, bateando a Nicolas a un lado casi al instante.

¡Vaya un bien que estoy haciendo por aquí!

Duncan se levantó del suelo, doblándose por la puñalada profunda de dolor que sentía en su pierna pero negándose a dejar que le frenara.

El dragón tenía su espalda hacia él de nuevo, y necesitaba tomar ventaja de esa posición esta vez. Podían seguir cortando a esta bestia gigante todo el día. No iba a morir a no ser que golpearan algo realmente crítico… como su cabeza.

Corrió por la piedra, observando mientras Utha una vez más se alejaba danzando de los ataques del dragón y le golpeaba cuando podía con su garrote doble. Vio un brillante resplandor de luz azul mientras Fiona lanzaba un hechizo de sanación sobre Kell. Cuando alcanzó la cola de la criatura, no se frenó, y trató de pretender que lo que estaba haciendo no era del todo estúpido.

¡Oh, no te gires! ¡No te gires!

Sonriendo alocadamente, caminó hacia la parte más gruesa de la cola del dragón y siguió corriendo. Era difícil con el viento y la nieve que soplaban, y más difícil aún mientras la criatura se sacudía y movía bajo él, pero de algún modo consiguió mantener su equilibrio así como su impulso. Los brazos extendidos a sus lados y gritando casi en pánico, Duncan aceleró junto a las crestas oscuras de la columna del dragón.

—¡Duncan, imbécil! —escuchó gritar a Genevieve desde alguna parte tras él—. ¿Qué estás *haciendo*?

Era una buena pregunta. Una que realmente no tenía tiempo de pensar. El dragón sólo estaba ahora dándose cuenta de que había algo en su espalda. Afortunadamente, tanto Maric como Utha presionaron con su ataque justo entonces y evitaron que la criatura intentara encargarse de él.

Él trató de no mirar. Mantuvo sus pies bombeando y sus ojos sobre las escamas bajo él. Trató de no darse cuenta de lo lejos que estaba el suelo desde su altura. El terror corría a través de él, su corazón palpitando salvajemente en su pecho.

Entonces se resbaló. Durante medio segundo, Duncan pensó que iba a caerse y que esta locura habría sido para nada. Su corazón saltó hacia su garganta. Por reflejo consiguió apuñalar con una de las dagas de platerita en la base del cuello de serpiente de la criatura. Se hundió profundamente y llegó al hueso, e imposiblemente se colgó de la empuñadora por su vida mientras el dragón se alzaba en alto y rugía de dolor.

El mundo giraba mareante a su alrededor. El dragón ondeó sus alas, con fuerza, y con un gran salto tomó el aire. Su estómago se hundió, y tuvo que luchar contra la urgencia apremiante de vomitar.

Había habido demasiado vómito últimamente, pensó él. ¡No más vómito!

El aire le golpeó en la cara, su pelo negro ondeando salvajemente. Trató de impulsarse hacia la daga, pero le llevaba todo lo que podía simplemente sostenerse y respirar. Apenas podía ver nada, ya que la luz casi se había ido. El dragón golpeó algo y él casi se cae, y se dio cuenta de que había aterrizado sobre algo alto en la caverna, quizás el saliente al que se había retirado en primer lugar. Entonces el dragón saltó de nuevo, rugiendo mientras aleteaba y volaba.

Algo silbó junto a su cabeza en la oscuridad, y por un momento Duncan no se dio cuenta de qué era. Entonces otra cosa pasó justo sobre él y reconoció la punta de una estalactita. ¿Estaba tratando de quitárselo? Una tercera parecía que estaba a punto de

lograrlo con éxito, y él luchó con fuerza para levantarse sobre el cuello del dragón y fuera del camino. Aún así, golpeó con fuerza su pierna y él se dobló ante el destello de dolor.

Entonces el dragón descendió de nuevo. Convocando sus fuerzas, Duncan alzó su otra daga y apuñaló un poco más junto al largo cuello de la criatura. Se retorció e intentó quitarse a su jinete, pero ahora tenía dos agarres. Aferrándose con fuerza con sus piernas, consiguió envolverse alrededor del cuello un poco mejor.

Ahora que intente librarse de él.

Aterrizó en alguna parte una vez más, el impacto golpeándole contra las escamas del dragón y casi dejándole sin aire.

Había luz por la lava cercana, la suficiente como para que Duncan pudiera ver a la criatura intentando girar su cabeza. Su largo cuello era flexible, pero no lo suficiente como para permitirle alcanzar donde estaba realmente. Varias veces mordió cerca, y él vio aquellos dientes gigantes claramente y olió el hedor de azufre y carroña en su aliento. ¡Ni siquiera había considerado la posibilidad de que se mordiera su propia espalda!

¿Y si hubiera sido capaz de hacerlo?

El dragón aún estaba moviéndose, pero ahora Duncan tenía el incentivo que necesitaba. Tirando de una de las dagas, apuñaló hacia arriba de la otra, y entonces repitió el proceso. Rápidamente ascendió por el cuello del dragón de esta forma hasta que estuvo directamente tras su cabeza.

Ahora le golpeaba por todo alrededor. Tuvo que abrazar fuerte el cuello, las cálidas escamas presionando contra su mejilla, y colgando por su vida.

Su abdomen se balanceaba de izquierda a derecha, y él habría vomitado si hubiera algo en su estómago que expeler. Luchando contra la inercia y los vientos que le azotaban, rezando al Hacedor que no fuera lanzado por toda la caverna, tiró de una de las hojas de platerita y apuñaló directamente a la cabeza del dragón.

Podía sentirla golpeando el hueso y cortando a través, y la sangre brillante salió sobre su brazo. El dragón echó atrás su cabeza y rugió, pero en lugar de soltarle, su mismo movimiento forzó a Duncan a empujar la daga más profundamente. Fue pasando la empuñadura, más sangre saliendo de la herida.

Sintió los músculos contraerse compulsivamente en el cuello de la criatura. Trató de saltar al aire de nuevo, sólo para chocar de forma que todo su cuello golpeó el suelo.

Simplemente no podía sostenerse. Había perdido el agarre de ambas hojas y fue lanzado, golpeando la roca con tanta fuerza que escuchó su brazo romperse. Gritó fuerte mientras rodaba por el suelo y patinaba hasta detenerse.

Cuando abrió sus ojos, encontró que estaba de nuevo bajo los efectos del hechizo de Fiona. El viento y el hielo azotaban a su alrededor, y por un momento Duncan no podía ver nada en la tenue luz naranja de la lava.

¿Dónde estaba el dragón? ¿Adónde había ido? ¿Cómo no podía ver algo tan increíblemente grande?

Entonces apareció, emergiendo de la nieve que soplaba como una aparición gigante. Su cabeza oscura estaba manchada de su propia sangre, y rugía con furia mientras

cargaba hacia él. Cada instinto le decía que corriera, pero estaba demasiado roto por la caída y demasiado aferrado por el terror.

Mientras aquella gran cabeza descendía sobre él, Duncan cerró sus ojos y apretó sus dientes, esperando lo inevitable…

… y entonces sintió a alguien agarrarle desde atrás, tirando de él hacia atrás.

Vio a Julien, maltrecho y bañado en sangre. El guerrero herido le alzó y físicamente le lanzó hacia atrás, y por un momento se sintió navegando por el aire como a cámara lenta.

Podía ver al alto dragón tras Julien, su cabeza golpeando el suelo donde Duncan había estado sólo un momento antes.

Y entonces chocó de espaldas contra el suelo, rodando, y el dolor estalló en su brazo roto hasta que su visión se volvió poco más que un destello blanco. Luchó contra la agonía y abrió sus ojos. El dragón retrocedía hacia Julien ahora, claramente furioso porque el hombre le hubiera negado su venganza. Se lanzó hacia él, y mientras Julien luchaba por alzar su espada para encontrar su ataque, fue ralentizado demasiado por sus heridas.

La cabeza del dragón se cerró alrededor de su cuerpo, los dientes cerrándose y masticando fuertemente. Duncan oyó a Julien gritar de agonía. Entonces la criatura tiró del hombre hacia su boca y lo balanceó en el aire tras él. El cuerpo roto navegó fuera de la vista en el viento que soplaba y las sombras.

El dragón lentamente se giró para mirar a Duncan, sus ojos negros encogiéndose de puro odio. Él tragó y empezó a gatear hacia atrás, pero antes de que siquiera pudiera alejarse vio a Genevieve cargar hacia el dragón desde su lateral. Ella corrió a la vista, el hollín cubriendo su armadura y el sudor cayéndole por la cara, el esfuerzo mostrándose en cada paso. Con un gran grito ella balanceó la espada con fuerza contra la base del cuello del dragón.

La sangre chorreó hacia delante desde la herida. La criatura aulló de furia y lanzó su cabeza hacia abajo hasta su atacante. Genevieve estaba preparada, sin embargo. Preparándose, empujó la espada ancha hacia las fauces que se precipitaban de dientes, la punta de la espada dirigiéndose hacia la parte posterior de su garganta y perforando su cabeza.

La inercia la llevó atrás, y ella se deslizó por el suelo varios pies hasta que una de sus botas de metal quedó atrapada en una gran grieta en el suelo de la caverna. Ella gritó de cansancio mientras empujaba atrás contra el peso, manteniendo el terreno. El dragón se retorció violentamente e intentó tirar hacia arriba su cabeza y alejarla. La hoja permaneció empalada dentro de su boca, sin embargo, y mientras Genevieve la sostenía fue tirada.

La criatura se tropezó, su fuerza disolviéndose mientras la sangre brillante salía de su boca y bajaba por los brazos de Genevieve. Aplastó de nuevo, golpeándola con fuerza contra el suelo, pero ella tenazmente aguantó. El impacto llevó la espada aún más

profundamente dentro de la cabeza del dragón, y todo su cuerpo empezó a tener espasmos en respuesta.

Trató de rechinar sus dientes, pero no podía del todo cerrar su boca alrededor de la espada. Pequeñas explosiones de llamas salieron hacia delante desde la parte posterior de su garganta, lamiendo la cara de Genevieve. Trató de reptar hacia ella, pero la criatura casi parecía demasiado desorientada. Siguió intentando levantarse y acabó sólo moviendo sus alas inútilmente.

Lenta pero inexorablemente, ella recuperó el pie y presionó su espada hacia delante hasta que sus brazos estuvieron bien pasando los grandes dientes del dragón. Tuvo espasmos de nuevo, lazos de sangre surgiendo de sus ojos negros.

Y entonces, justo mientras Genevieve gritaba de ira ante la lucha de soportar contra la imposible fuerza de la criatura, colapsó en el suelo.

Sus alas se acomodaron, y todo su cuerpo se retorció una vez y entonces se quedó quieto.

Por un momento Duncan casi no podía creerlo. La ventisca empezó a disiparse, y un susurro descendió por la caverna. Sólo escuchaba la respiración forzada de Genevieve mientras se arrodillaba junto a la cabeza del dragón, temblando de puro cansancio. Débilmente ella colocó un pie contra su morro y lentamente tiró de su espada con un enfermizo sonido húmedo. La sangre roja oscura salió de su boca, encharcando sus pies. Los ojos del dragón aún estaban abiertos, pero estaban en blanco. Definitivamente estaba muerto.

Habían ganado.

Duncan escuchó pasos silenciosos aproximarse y se giró para ver quién era. Utha se sostenía el pecho cautelosamente y cojeaba de una pierna, sus túnicas cubiertas de manchas de sangre, y corrió rápidamente hacia la Comandante. Genevieve hizo poco más que asentir cortésmente y apartar la mano de preocupación de la enana de su hombro.

—Necesito recuperar el aliento, —jadeó ella. Cansadamente quitándose uno de sus guanteletes, ella se limpió su ceño sudoroso con la parte posterior de su mano—. Ve a ver a los otros.

Utha miró hacia Duncan, pero él señaló hacia el otro extremo de la caverna.

—Ve por ahí, —le sugirió él—. Julien fue lanzado por allí, probablemente esté bastante malherido. —Ella asintió y se fue corriendo.

Fiona y Maric no estaban muy atrás. Ninguno parecía demasiado herido, aunque el Rey parecía maltrecho y cubierto de cenizas nauseabundas.

Ambos corrieron hacia Duncan, la maga doblándose para ayudarle a sentarse. Él se dobló del dolor mientras un dolor agudo radiaba de su brazo roto.

Había sangre cubriendo las tiras de cuero, y no había forma de decir si era suya o del dragón. La verdad sea dicha, no se molestó en inspeccionar la herida demasiado de cerca. Se sentía mal.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona.

—¿Parezco estar bien? —soltó él, acunando su brazo enfrente de él. El dolor se intensificó por un momento y siseó agudamente a través de sus dientes, cerrando los ojos mientras se lanzaba hacia atrás y hacia delante.

Maric silbó de aprecio.

—¡No puedo creer que cabalgaras en esa cosa!

—¡Fue una idiotez! —Le soltó Fiona—. ¡Podía haberse matado!

—A mí me parece vivo. Además, funcionó.

Duncan alzó una mano sangrienta, temblorosa para distraer a la pareja de su pelea.

—¿Hola? ¿Un herido aquí?

La elfa resopló de rabia, frunciendo el ceño firmemente mientras se giraba para ver la extensión de sus heridas. Cuando tocó su brazo con demasiada fuerza, él flaqueó y se retorció apartándose de ella por reflejo. Eso atrajo su propia agonía, suficiente para hacerle caer hacia atrás hasta una posición prona y retorcerse en el suelo. ¿Se había destrozado el hueso? ¡Se sentía como si lo hubiera hecho! Era como fuego líquido ardiendo a través de sus venas.

—Está bien, entonces, —jadeó ella—. Que sea un hechizo. —Ella estaba pálida y sudorosa, con círculos oscuros bajo sus ojos del cansancio, pero aún así la maga se recompuso y empezó a lanzar el hechizo. Ella reafirmó su agarre en su hombro, susurrando palabras arcanas bajo su aliento.

El aura azul de poder la rodeaba y fluía hacia él, llevándole un frío alivio, bendito que le hizo jadear en voz alta.

Podía sentir su carne remendándose, incluso sentir alguno de sus huesos moviéndose dentro de su brazo. Eso debería haber sido doloroso, pero no lo fue. La sensación era meramente extraña, sus sentidos se adormecieron mientras la magia balaba de camino por su cuerpo y hormigueaba en las puntas de sus dedos.

—Tenemos algunas cataplasmas, —comentó Maric—. Pociones también. No deberías desperdiciar tus fuerzas, Fiona; pareces exhausta.

Ella no se detuvo.

—Puede que las necesitemos. Puede que yo no esté aquí para lanzar estos hechizos más tarde.

Él no discutió, y en su lugar miró alrededor por la caverna. Duncan siguió su mirada y se percató de Kell cojeando hacia ellos. El cazador era toda una visión, completamente empapado de tierra y sangre, su aljaba de cuero destrozada con varios cortes largos en ella en su lateral.

Había perdido su capa, y su cabeza estaba bañada en sangre, pero pese a todo eso Duncan suponía que parecía bastante saludable para haber estado dentro de la boca del dragón unos minutos antes.

El hombre no estaba mirando hacia ellos. En su lugar estaba mirando alrededor con ansiedad, mirando hacia los extremos de la caverna.

—¿Hafter? —llamó él. Normalmente tal grito habría sido suficiente para llevar al perro saltando hacia él, pero no hubo ninguna respuesta en absoluto. Ni siquiera un ladrido o un aullido.

Fiona alzó la mirada abruptamente.

—¡Oh no! ¡Hafter!

Justo entonces, Kell se percató de una sombra contra una de las paredes alejadas. Era donde el perro había sido lanzado por el dragón, y desde donde Duncan estaba parecía que no se había movido en absoluto. Era sólo un montón de pelo sin vida colapsado en la base de la pared, un pequeño arroyo de lava siseante ni a dos pies de distancia. El cazador cojeó en esa dirección, ignorando el dolor mientras aceleraba para ver a su compañero.

Fiona completó el hechizo.

—¿Vas a estar bien? —preguntó a Duncan con ansiedad. Él asintió y trató de levantarse. El dolor aún estaba ahí, y su brazo estaba tenso como una tabla, pero estaba mucho mejor. Maric le ayudó, mientras que la elfa corría para unirse a Kell, su maltrecha falda azul ondeándose.

Con la asistencia de Maric, Duncan cojeó para ver al par arrodillados junto al cuerpo de Hafter. Parecía seguro que no había nada que pudiera hacerse. El perro no se movía, y la cara de Kell estaba angustiada mientras pasaba una mano temblorosa por su pelo. Duncan nunca había visto al hombre parecer tan indefenso.

—¿Está…?

—No. —Fiona sacudió su cabeza. Ella suspiró en alivio, y Kell cerró sus ojos en un gracias silencioso. Quizás rezaba; Duncan realmente no podía decirlo. Nunca había sabido de que el cazador ofreciera sus gracias al Hacedor… o a cualquier otro dios, para el caso… pero quizás esta era una ocasión especial—. Está malherido, pero creo que mi magia será suficiente para restablecerlo.

Ella empezó a lanzar su hechizo, y mientras el brillo azul se extendía por el cuerpo del perro, Hafter de repente se retorció. Sus ojos oscuros se abrieron, y cuando vio a Kell arrodillado sobre él, gimió lastimeramente y golpeó su cola débilmente contra el suelo de piedra. El cazador le dio unos golpecitos en la cabeza y le urgió a quedarse quieto mientras el hechizo hacía su trabajo.

—Un perro afortunado, —Maric se rió entre dientes, ante lo cual Duncan sólo podía asentir.

Un grito de angustia de otra parte de la caverna les interrumpió. El hechizo de Fiona se detuvo mientras alzaba la mirada, y el resto se giró. Al principio Duncan no podía ver de dónde venía el sonido, y entonces se percató de Utha al otro lado de la caverna junto a un gran saliente de roca. En la tenue luz de los líquenes podía ver que el suelo de la caverna se inclinaba hacia arriba hasta ese punto y volvía por el camino del que habían venido. La enana estaba muy quieta, y le llevó un momento darse cuenta de que había alguien agachado en el suelo junto a ella.

Era Nicolas, sosteniendo a un Julien flácido y sangriento en sus brazos.

—¡Fiona! —gritó Duncan, aunque no era necesario. La maga miró a Kell y el cazador asintió rápidamente. Ella recogió su falda y corrió rápidamente por la caverna hacia los otros.

Duncan cojeaba lentamente, Maric ayudándole, y vio que Genevieve estaba caminando hacia allí, también.

La elfa llegó al cuerpo de Julien, y le llevó un momento librar al Nicolas lamentándose de él. El guerrero rubio estaba desconsolado, lágrimas surcando su cara mientras rogaba a su amigo que aguantara.

Utha parecía apenada, pero cuando ella puso una mano compasiva en el hombro de Nicolas, él se la quitó enfadado.

—¡Simplemente ayúdale! —le gritó a Fiona.

Ella asintió, agitada, y puso sus manos en Julien. El brillo azul de su hechizo de sanación le rodeó, pero mientras Duncan se acercaba de repente vio el estado del guerrero. El cuerpo de Julien estaba retorcido y roto, su cabeza en un ángulo extraño del resto de él. La sangre cubría su armadura y estaba encharcada a su alrededor, y uno de sus brazos estaba casi completamente arruinado. No era más que una masa roja sangrienta, sostenida por los fragmentos de su armadura.

Si Fiona hubiera llegado aquí antes, entonces quizás… pero por el aspecto del cuello de Julien, era posible que hubiera muerto al instante.

Duncan *esperaba* que hubiera muerto al instante. Los ojos del hombre estaban abiertos y mirando, pero extrañamente calmados. Como si no pasara nada malo con él en lo más mínimo. Duncan se encogió de hombros y apartó la mirada.

La magia continuaba saliendo de Fiona hacia el cuerpo, pero muy poco parecía estar sucediendo. Algunas de las heridas abiertas del cuerpo de Julien estaban cerrándose, pero ningún color se restauraba en su pálida piel y no se movía del todo. Las lágrimas se acumulaban en los ojos de la maga mientras ella intensificaba su concentración.

—¡Haz algo! —Insistió Nicolas—. ¿Por qué no pasa nada?

—¡Lo estoy intentando! —jadeó ella.

Genevieve caminó hacia delante. Su expresión de piedra, y tocó el hombro de Fiona.

—Para, —ordenó ella. La elfa alzó la mirada hacia ella insegura, pero no había ambigüedad en la orden. El hechizo flaqueó y entonces cesó por completo.

—¡No! —gritó Nicolas. Se arrodilló de nuevo y cogió a Julien en sus brazos, tratando de apoyar su cabeza cuidadosamente incluso aunque el cuello estaba claramente roto—. ¡No, no puedes parar! ¡Estará bien! ¡Sólo necesita curación!

—Está muerto, —dijo Genevieve. Su voz plana.

Más lágrimas cayeron por su cara, mezclándose con las salpicaduras de sangre.

—¡No puedes saber eso!

—Mírale, Nicolas. Se ha ido.

Por un segundo parecía que el guerrero pudiera rebelarse. Se sacudió con ira, y entonces su rabia rápidamente se disolvió en lágrimas. Temblando ahora con angustia, bajó la cabeza de Julien de vuelta al suelo, y entonces presionó su cara contra la placa

pectoral del hombre. Sus jadeos desolados sacudían todo su cuerpo, sus manos tocando a Julien y entonces retrocediendo. Duncan no podía mirar. Los otros bajaron sus cabezas, y por un momento todo lo que escucharon en la caverna silenciosa fue el sonido del lamento de Nicolas.

Fiona alzó la mirada a Genevieve, su cara llena de lágrimas.

—¿Estás segura de que no quieres que intente… —Su voz flaqueó, y no hubo más que decir.

—La magia no puede traer a alguien de vuelta de entre los muertos. —Genevieve hizo un gesto de vuelta hacia donde Kell aún se sentaba—. Ve y ayuda al perro. Necesitaremos movernos pronto.

—¡No! —rugió Nicolas, saltando—. ¡No vamos a dejarle aquí!

—Debemos hacerlo. Los engendros tenebrosos ya están viniendo; ¿no puedes percibirlo? Tenemos muy poco tiempo. —Ella caminó hacia delante y puso una mano enguantada sobre el hombro del guerrero, mirándole directamente.

Por un momento ella vaciló, y la compasión rompió a través de la fachada de acero de la Comandante. Las lágrimas de lamento se acumularon en sus ojos.

—Amigo mío, —empezó ella, su voz flaqueando. Nicolas la miró con incomprensión, y estaba claro que aunque Genevieve buscaba palabras para consolarle, no encontraba ninguna.

Entonces ella rápidamente parpadeó limpiándose las lágrimas y recuperó su aura de comando, el momento de dolor pasando. Ella quitó su mano de su hombro y asintió hacia él bruscamente.

—Despídete, —le ordenó ella—, y hazlo rápido. Nos vamos tan pronto seamos capaces.

Él colapsó de rodillas, las lágrimas saliendo de él y reemplazada por una palidez brillante mientras miraba el cuerpo de Julien.

La Comandante se giró y caminó de vuelta a Kell sin un comentario más, y Fiona lentamente se levantó y la siguió.

Duncan miró a Maric junto a él, pero el hombre simplemente miró incómodo al suelo. Apenas había conocido a Julien. El propio Duncan sólo había conocido al guerrero un par de meses, ¿pero los otros? Utha y Nicolas habían sido sus compañeros constantes durante años, si no más. La enana se arrodilló junto a Nicolas y puso su mano en su hombro, y esta vez él no la retiró. Él simplemente miraba, abatido.

Había habido un montón de muerte en Val Royeaux. Duncan había crecido en las calles, y no era poco común que la gente allí simplemente desapareciera. A veces eran arrestados, desvaneciéndose en alguna oscura mazmorra para nunca volver a la superficie. A veces la gente se ponía enferma y no había medicinas para ayudarles, y a veces había asesinos. Él había conocido a una joven, una buena carterista que le había hecho sonreír alguna que otra vez, que había sido golpeada por un carruaje noble y le había roto la pierna. Había yacido ahí en la calle rogando ayuda y siendo ignorada, y para

cuando finalmente reptó fuera del barro hacia un callejón cercano sólo había sido para morir por pérdida de sangre.

Así que la muerte no era ninguna extraña para él. Aún así, esta era la primera vez que había visto a un Guarda Gris caer en batalla en los meses desde que se uniera a la orden. Parecía a veces como si fueran indómitos, guerreros y magos que simplemente no podían ser derrotados por ninguna fuerza en Thedas, y aún así aquí había evidencias de que simplemente no era así.

Él caminó hacia delante, poniendo una mano sobre el otro hombro de Nicolas, y estaba a punto de ofrecer una palabra de consuelo cuando el hombre saltó y giró sobre él. La repentina ira apoplética en aquellos ojos le mandó tambaleándose hacia atrás.

—¡Tú! —soltó Nicolas. Aunque Utha trataba de retenerle, él la ignoró—. Julien murió salvando tu patética vida. Debería haber dejado que esa criatura te destrozara.

—Yo no…, —tartamudeó Duncan.

—¿Qué estabas haciendo, saltando sobre él? ¿Crees que no hay consecuencias para tus acciones? ¡Actúas como un imbécil precipitado y mira lo que sale de ello! —Él hizo un gesto hacia Julien, nuevas lágrimas surcando sus ojos.

—¡Ey! —Protestó Maric—. ¡Él hizo caer a ese dragón!

—Él hizo caer a Julien también, —gruñó Nicolas. El guerrero rubio miró a Duncan, y no había otra cosa que acusación allí. Nicolas tenía toda la razón, después de todo. La imagen de Julien apartándole de las mandíbulas del dragón se reproducía en su cabeza: Debería haber sido él el que estuviera yaciendo allí, con el cuello roto y retorcido.

Debería haber sido él el que hubiera pagado el precio por su bravata, pero en su lugar alguien más había entrado y lo había pagado por él.

Sus ojos se encontraron con los de Utha, y la enana le devolvió la mirada en una angustia silenciosa. Ella era la persona más compasiva que había conocido nunca, y aún así no se movió para intervenir. Ella cerró los ojos y bajó su cabeza. Ella estaba de acuerdo con Nicolas. No necesitaba decirlo; podía verlo tan claro como el día.

Duncan se retiró, la fuerza del odio de Nicolas haciendo retroceder. Maric gritó su nombre, pero él se giró y corrió. El brillo de la lava se volvió tenue, y antes de saberlo había salido de la caverna hacia la oscuridad, lejos de los otros. Las sombras le dieron la bienvenida, atrayéndole a su abrazo, y todo lo que podía hacer era seguir corriendo.

9

Aquí yace el abismo, el pozo de todas las almas.
De esas aguas esmeralda la vida comienza de nuevo.
Ven a mí, niño, y yo te abrazaré.
En mis brazos yace la Eternidad.

—Cántico de Andraste 14:11

Fiona miró a Maric mientras caminaba junto a ella.

—No necesitas venir conmigo, —murmuró ella—. Soy perfectamente capaz de encontrar a Duncan por mí misma.

—Lo sé, —dijo él.

—Tengo un hechizo que me llevará directamente a él.

—Eso me has dicho antes.

—Y si yo percibiera algún engendro tenebroso viniendo, volvería.

—Lo sé, también. —Él la miró seriamente—. También sé que hay más de sólo engendros tenebrosos aquí abajo. Tengo experiencia de primera mano con tales criaturas. No deberías estar aquí sola mucho más de lo que debería Duncan.

Ella no podía realmente estar de acuerdo con esa lógica, así que suspiró y volvió su atención de vuelta al túnel por delante. Maric había sido frustrantemente cooperador desde que dejaran la caverna del dragón. Estaba siendo respetuoso por la pérdida de Julien, suponía ella, y eso era inesperado.

Había veces en la que pensaba en Maric como un imbécil, un hombre que parecía sobrevivir con su encanto irreverente en lugar de actuar como se habría esperado que actuara un rey. Y entonces había veces como esta en las que parecía pensativo y competente, y ella podía ver que quizás una fracción del líder que su reputación clamaba que era.

¿Cuál era el hombre real, entonces? Era imposible decirlo.

Así que en su lugar trató de ignorarle y concentrarse en su tarea.

Frustrantemente, ella encontraba casi más difícil ignorar a Maric cuando estaba siguiéndola en silencio junto a ella que cuando estaba hablando lejos. Con seguridad él lo había planeado.

Caminaron un corto tiempo a través de un pasadizo sinuoso, la luz blanca de su bastón mostrando el camino incluso aunque probablemente no fuera necesario. Había un montón de líquenes fosforescentes por su camino, lo que significaba que Duncan no había vagado hasta ahí completamente a oscuras. Si lo hubiera hecho, lo que habría hecho habría sido suicida aparte de ser extremadamente estúpido. Aún así iba a matarlo cuando le encontraran.

Y si no lo hacía, Genevieve ciertamente lo haría. La Comandante había sido lívida cuando supo que Duncan había salido corriendo. Había habido un momento en el que

casi les había ordenado seguir adelante, dejando al chaval atrás para defenderse por sí mismo. Fiona había visto el pensamiento cruzar la mente de la mujer, y sólo reluctantemente había sido descartado.

Los engendros tenebrosos no estaban sobre ellos aún, después de todo. Tenían un poco de tiempo, si no mucho. Fiona se había ofrecido voluntaria para recuperar a Duncan, si podía. El hecho de que Maric la acompañara hacía menos probable que volvieran a la caverna del dragón sólo para encontrar que los otros se habían ido, pero no era imposible. Los conocimientos del Rey sobre el camino al thaig de Ortan eran mucho menos útiles ahora que estaban esencialmente perdidos.

—Mira eso, —murmuró él, señalando al suelo.

Había parches de musgo coloreado, morado y gris principalmente pero también trozos de naranja. Las paredes en esas cuevas eran húmedas, y el aire era húmedo y olía a verdor mohoso. Extraño cómo acababan de dejar atrás una caverna con arroyos de lava y aquí ya había algo completamente diferente. Ella había esperado principalmente piedra y más piedra aquí abajo en el subterráneo, pero había mucho más. Estaba lleno de vida. Ciertamente, había *dragones*.

—Sólo es musgo, —dijo ella.

—No, quiero decir que no está corrompido. ¿Te das cuenta de que hay muy poca evidencia de los engendros tenebrosos por aquí? Desde que dejamos los Caminos de las Profundidades.

—Probablemente no vengan por aquí a menudo, gracias al dragón.

—¿Lo necesitan? La corrupción se expande por todas partes, pensaba yo.

Ella tuvo que admitir que él tenía un punto. Mientras habían descendido, la ponzoña se había vuelto tan densa que casi asfixiaba el aire, y aún así casi no había nada. ¿Quizás era la lava y el calor, que quemaban la corrupción? Quizás era la presencia del dragón.

Se decía que los Viejos Dioses eran dragones antiguos, después de todo. Podría haber un vínculo.

Mientras se aproximaban a una cueva abierta por delante, ella escuchó el sonido del agua corriendo. Caminaron hacia otra gran caverna, y desde donde estaban al borde de un pequeño risco miraron a lo que parecía ser algún tipo de lago subterráneo. El agua era de un verde turbio, iluminada desde abajo por las rocas fosforescentes hasta que brillara como una esmeralda sobre el techo rocoso. Había una belleza mística en ello, pensó ella.

El olor acre a azufre colgaba del aire, y el sonido del eco del agua cayendo les rodeó. Lo lejos que iba la caverna ella no podía decirlo. En cierto punto todo era sólo una neblina verdosa mezclada con la niebla.

Maric estaba en el borde del risco y miró al agua, atónito. Dijo algo bajo su aliento que ella no pudo captar del todo.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella.

—*Aquí yace el abismo, el pozo de todas las almas. De esas aguas esmeralda la vida comienza de nuevo*. —Él alzó una ceja cuando vio que no reconocía la cita—. Es del Cantar de la Luz.

—No tengo una educación muy religiosa, —respondió ella secamente.

Lo cual era un resumen, ¿pero cómo podía saber cómo eran las elferías? No había capillas allí, y cuando los sacerdotes venían siempre era con limosnas y muchas palabras de consejo benevolente para los pobres elfos y sus caminos perdidos, retorcidos… y un gran número de templarios alerta para proteger a los sacerdotes de los daños.

—Oh. Es donde Andraste va a hablar con el Hacedor por primera vez. Es donde ella le convence de perdonar a la humanidad. Se suponía que era ese hermoso templo profundo bajo la tierra rodeado de aguas esmeralda. Supongo que siempre he imaginado que sería como esto.

—Dudo que haya un templo aquí.

—Lo sé, sólo… no importa. —Ruborizándose ligeramente señaló a un camino natural que llevaba bajando por el lateral del risco—. ¿Crees que Duncan realmente bajó por aquí? ¿Hasta tan lejos?

Ella asintió.

—Eso parece. Estamos cerca, de todos modos.

Ellos se abrieron paso a través del camino, que doblaba para ser un poco más que una colección de piedras embebidas en varios puntos, algunos a cierta distancia. Fiona aún estaba bastante drenada por todos sus hechizos y encontraba difícil maniobrar con sus atavíos de malla y su falda pesada. Dos veces Maric necesitó enderezarla antes de que se resbalara con la niebla rociada que se aferraba a todo, y él la ayudó a bajar por el siguiente saliente. Ella cortésmente le dio las gracias, sintiéndose más imbécil cada vez.

En el fondo había una costa compuesta de barro y trozos de roca mezclados con extrañas formaciones blancas. Era como si estatuas deformadas puntearan el borde del lago, todas ellas en el proceso de fundirse en barro. Quizás era azufre o cal; ella no podía decirlo realmente. Las formaciones eran irreales, sin embargo, y extrañamente tristes. Incluso con los constantes sonidos de goteo, toda la caverna parecía de algún modo silenciada.

—Espera, —dijo de repente Maric.

—¿Qué? ¿Lo ves? Él podría estar cerca…

El hombre se frotó el mentón y se irritó por un momento, y a ella le picó la curiosidad. Ella se detuvo y le miró, permitiendo que la luz de su bastón parpadeara apagándose. Había luz suficiente del agua brillante como para ver, después de todo, incluso aunque lanzara sobre todo una extraña sombra verde. Ella se estaba cansando de tratar de mantener la concentración.

—Quiero darte las gracias, —soltó él.

—¿Darme las gracias?

—Por salvarme la vida. Cuando el dragón sopló su fuego, podrías haberme dejado morir, pero no lo hiciste. —¿Se estaba ruborizando? Era difícil decirlo en la luz verde, pero por la forma en la que el hombre tartamudeaba y evitaba mirarla, parecía que sí. Ahora era su turno de ser entretenida.

—¿Crees que dejaría a cualquiera morir, si pudiera evitarlo?

Él se encogió de hombros.

—Más que «cualquiera» yo en particular. Me has dejado bastante claro que no soy tu persona favorita. No es que esté discutiendo contigo, en realidad, sólo… aprecio que hicieras lo que hiciste. Sé que no tenías por qué hacerlo.

—Ya veo. —Ella se rió suavemente ante su incomodidad. Probablemente no debería, pero no podía evitarlo—. Pese a lo que pueda pensar de ti, Rey Maric, no quiero que mueras. Tenía que hacerlo, y no hay necesidad de agradecérmelo.

—No, la hay. —Él finalmente consiguió encontrar su mirada, su mirada completamente sincera—. Encontraré una forma de pagártelo. Te lo prometo.

La objeción de Fiona murió en sus labios. Ella quería decirle que podía guardarse su promesa de paga. No quería que ningún señor humano le «debiera» nada, especialmente ya que las probabilidades de que realmente sobrevivieran a ello eran cercanas a ninguna.

¿Qué era una deuda hacia una elfa, o una maga, de tal hombre? Especialmente ya que no había deuda de la que hablar.

Pero ella no podía decirle eso. Y ella no sabía por qué. Por un momento sólo hubo un silencio callado en las costas verdes del lago sin fin.

Entonces ella se estremeció y el momento terminó. Él apartó la mirada, avergonzado, y ella se dio la vuelta.

—Si quieres, —aceptó ella, encogiéndose de hombros. Ella imaginaba que él era bueno en los gestos vacíos. Era parte de su encanto regio, ¿no? Con alguna suerte simplemente olvidaría el asunto. De hecho, eso era lo que era más probable que ocurriera.

Caminaron por la costa, siguiendo una ruta enrevesada pasando las formaciones blancas. Otro sonido se unió a los ecos del agua cayendo en el momento: un murmullo extraño que parecía venir de todo su alrededor. Maric sugirió que podría de hecho ser el agua, pero ella no estaba tan segura. El agua se ondeó, haciendo que las luces verdes bailaran por el techo, pero no hubo mareas o salpicaduras ni otra cosa que pudiera hacer tal movimiento. Ella no percibió ningún engendro tenebroso, pero eso no significaba que no hubiera otras cosas viviendo aquí.

Cuando encontraron a Duncan, fue sin advertencia. El joven estaba sentado en una formación particularmente grande junto a la costa, esta una gran masa que casi parecía un barco. La «proa» colgaba sobre el agua, y allí él se sentó con sus pies colgando por el borde, mirando abatido en la distancia.

Se aproximaron, pero Fiona no quería caminar hacia la formación. La superficie blanca parecía resbaladiza, casi viscosa. ¿Quién sabía lo estable que era realmente, también? El hedor a sal asaltó sus fosas nasales.

—¿Duncan? —le gritó ella suavemente.

Él no miró.

—¿Venís a cogerme, eh?

—Yo quise venir. Duncan, esto es estúpido. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Ellos no quieren que vuelva. —Él suspiró, bajando la mirada a las profundidades oscuras tras él—. Genevieve, quizás, pero no los otros. Y yo no quiero volver.

—¿Así que prefieres vagar por aquí abajo en la oscuridad?

—No está tan oscuro, —él se rió entre dientes, aunque era plano y amargo. Por un momento la luz verdosa que iluminaba desde el agua se intensificó, casi como si respondiera a sus palabras. Él bajó la mirada hacia los patrones brillantes formados por las olas, fascinado.

—Pero es peligroso. Genevieve casi nos ordena marcharnos.

—Debería haberlo hecho. *Yo* lo habría hecho.

Fiona miró a Maric por ayuda, pero el hombre meramente se encogió de hombros indefenso. Apenas conocía a Duncan, pero ella suponía que habían formado algún tipo de conexión durante sus días viajando juntos. Aún así, ¿qué se suponía que diría? Él miró al chaval con compasión, quizás incluso con entendimiento, pero él permaneció en silencio.

Ella se agarró al saliente más cercano de la estructura blanca, probándola para asegurarse de que no iba a colapsar bajo su peso. Era sorprendentemente sólida, y al mismo tiempo se sentía vagamente tosca y resbaladiza, como si su superficie estuviera hecha de un cieno arenoso a punto de disolverse por completo en moco. Dejó un residuo pálido, arenoso en sus dedos también. Ella se alzó lentamente, sintiendo los talones de sus botas hundirse en el fango, y cuidadosamente se abrió paso hacia donde Duncan estaba sentado.

—Ten cuidado, —le gritó Maric.

Ella se arrodilló junto a Duncan, con cuidado de no sentarse en el fango como él. Estaba manchando todos sus cueros, se dio cuenta ella, como si hubiera estado revolcándose en él.

No hablaron durante varios minutos. Fiona simplemente miró por el agua verde como él, admirando el juego de la luz sobre el techo. El murmullo extraño continuó, fluyendo y refluyendo al igual que el lago. Se percató de extrañas sombras moviéndose bajo el agua, también. ¿Peces, aquí? ¿La fuente de los sonidos, quizás?

Ella se extendió con sus sentidos de Guarda Gris y no sintió nada.

Nada en absoluto. El pensamiento de que después de tanta corrupción en los túneles estuvieran aquí y completamente libres de la ponzoña era preocupante, pero lo hizo a un lado por ahora.

—¿Supongo que necesitaré volver? —le preguntó él.

—No a no ser que pienses que puedes alcanzar la superficie por tu cuenta.

—Probablemente no.

Con un suspiro se levantó, limpiándose sus manos en su túnica. Ella se levantó, también, y le llevó de vuelta hacia donde Maric esperaba ansiosamente. Maric extendió el brazo y los ayudó a ambos a bajar, uno después del otro, y entonces se volvió para mirar a Duncan cautelosamente.

—¿Estás bien? —preguntó él.

El chaval se encogió de hombros.

—Ya sabes, nunca quise convertirme en Guarda Gris. Probablemente no debería haber sido uno. Genevieve cometió un error al escogerme, creo.

El ceño de Maric se frunció confundido.

—Creo que mencionaste eso antes. ¿Por qué no querías convertirte en un Guarda Gris? ¿No te ofreciste voluntario, quieres decir?

—Los Guardas tienen el Derecho de Reclutamiento, —explicó Fiona—. Data de la Primera Ruina, hace mucho tiempo. Todo el mundo estaba tan agradecido a la orden por derrotar finalmente a los engendros tenebrosos que les dieron un número de poderes, uno de los cuales era el derecho de reclutar a cualquiera que desearan. Si la orden te quiere, eres reclutado. Fin de la historia.

—No había oído eso.

—No es un derecho que invoquen mucho estos días. Ha pasado tanto tiempo desde la última Ruina que algunos piensan que la orden ya no es importante, que los engendros tenebrosos nunca volverán a la superficie. La orden tiene que tener cuidado de no presionar a nadie demasiado. Es como nos hemos vuelto tan pocos.

Duncan sacó una tela de su cinturón y se limpió irritablemente el moco blanco que se aferraba a sus botas y a su jergón. Ella se dio cuenta de que cuando se lo limpiaba, el cuero negro se manchaba de un verde barroso por debajo. De repente ella se alivió de no haberse sentado sobre él.

—Genevieve presionó con él conmigo, —dijo él—. Iba a ser ejecutado.

—¿Ejecutado? —preguntó Maric, sorprendido.

—Asesiné a alguien. —El chaval apartó la mirada, las sombras cruzándose tras sus ojos. Fiona podía verlas, y se preguntaba si Maric podía verlas, también. Ella sabía lo que una vida dura podía llevar a hacer a alguien. Ella sólo sabía un poco de lo que había pasado Duncan, lo suficiente como para sentir simpatía por él—. Ya había sido lanzado a una mazmorra para esperar a que me colgaran cuando Genevieve vino a verme.

Ellos dejaron entrar a esta mujer en armadura a mi celda, y por la forma en la que me miraba, pensé que se suponía que iba a ser mi ejecutora. Pensé que quizás habían decidido que debía ser decapitado justo allí.

—Habría sido un error fácil de cometer. Vuestra comandante es una mujer muy, muy sombría.

—Pero en su lugar ella me sentó y me explicó que podía sacarme de allí. Podía hacerme un Guarda Gris, y si sobrevivía a la Unión sería un guerrero, lucharía por una causa noble de una vez.

—Sí que dijiste que sí.

La cara de Duncan se volvió solemne.

—Dije que no.

—Una extraña elección, esperando a ser colgado tal y como estabas.

El chaval encogió los ojos, pareciendo incómodo. Durante un largo minuto no dijo nada, pero justo cuando Fiona estaba a punto de llamar a un alto a la conversación y sugerir que volvieran con los otros, él suspiró.

—El hombre que maté era un Guarda Gris.

—Ah.

—Él me cogió robando en su habitación en la posada. El dueño me había avisado, suponiendo que el compañero iba a estar fuera un tiempo. Ni siquiera sabía quién o qué era. Él sacó su espada y me advirtió que le devolviera el anillo que había encontrado, pero me negué. Era valioso, podía decir, y lo había cogido con todo el derecho.

Maric sonrió.

—¿Con todo el derecho está siendo usado en el sentido más vago aquí?

—Había estado hambriento. El invierno había sido duro. —Él frunció el ceño pensativo—. Nunca había matado a nadie antes. No le habría matado entonces, tampoco, pero la lucha fue muy larga. Estaba tan determinado a que le devolviera el anillo, que no se detenía. Sólo quise poner mi daga en su garganta, forzarle a someterse… —Él retrocedió, suspirando de nuevo.

Maric parecía confundido.

—¿Por qué te importa tanto?

—¿Crees que debería disfrutar de matar a alguien?

—No. —El Rey parecía confuso. Fiona le miró, advirtiéndole de dejar este tema, pero él la ignoró—. El primer hombre que maté fue por desesperación. Golpeé su cabeza hasta abrirla contra una roca. No lo disfruté, tampoco, pero no me dejó más opción.

—Él me dio las gracias. —La voz de Duncan se volvió un susurró mientras recordaba el momento—. Corté su garganta, y él estaba sangrando sobre todo. Estaba desesperado y tratando de cubrir la herida, tratando de parar la sangre, y él puso esa mirada en su cara como de estar agradecido. Como de estar en paz. Él agarró mi hombro y me detuvo y miró directamente hacia mí, y entonces me dio las gracias.

El chaval pasó una mano nerviosa a través de su pelo negro y se dio la vuelta.

—Eso… me chocó. ¿Qué tipo de hombre agradecería a alguien por que le asesinara? ¿Qué tipo de vida debía haber tenido? La guardia irrumpió y me arrestó. Me arrastraron enfrente de un juez y él fue el que me dijo que el hombre había sido un Guarda Gris.

—¿Así que Genevieve reclutó a alguien que había matado a un miembro de su propia orden?

—Ella dijo que era impresionante, el hecho de que lo hubiera logrado.

—Pero tú te negaste.

Él se rió entre dientes.

—Simplemente me preguntaba si ser un Guarda Gris me haría como él. O como ella. ¿Daría algún día las gracias a alguien por cortarme la garganta? No podía hacerlo. Incluso le dije lo que él había dicho, y ella simplemente asintió y dejó mi celda sin decir una palabra.

Maric miró al chaval incrédulo, pero no dijo nada. Duncan se encogió de hombros y se aclaró la garganta, pareciendo despreocupado.

—No importa. Ella se mostró en mi ejecución al día siguiente y les dijo que iba a invocar el Derecho de Reclutamiento antes de que pudieran poner la soga alrededor de mi cuello. Chico, no les gustó eso.

Fiona resopló.

—No, seguro que no. —Ella recordó la controversia que había saltado, no sólo con el Señor Mayor sino también dentro de la orden. Pensaban que Genevieve se había vuelto loca. ¿Reclutar al asesino de uno de los suyos? Y no sólo reclutarle, ¿pero en contra de su voluntad? La Comandante típicamente había sido firma, sin embargo. Había ido a esa celda para ver qué tipo de hombre era Duncan, y había visto algo en él que nunca le había explicado a nadie.

Duncan había pasado un tiempo difícil cuando le llevó por primera vez a la fortaleza de Montsimmard. Ninguno de los otros había querido asociarse con él, así que tomaba sus comidas solo en su celda. Guardándose para sí mismo. Como la más júnior de los miembros de la orden, Fiona había sido forzada a acompañarle a través de la Unión. Ella inicialmente se había negado a hacerlo, pero a Genevieve no le había importado. Al final, Duncan había sido una sorpresa. Ella había esperado que fuera un criminal inútil, y en su lugar había resultado ser bastante diferente.

Ella puso su mano sobre su hombro.

—Nicolas está dolido. No piensa racionalmente. No puedes tomarte lo que dice tan personalmente, Duncan.

—¿Incluso si tiene razón?

—Ey, —interrumpió Maric—. Tú hiciste bajar a ese dragón al suelo. Si no hubieras hecho eso, nos podría haber matado a cualquiera de nosotros.

—Sí, pero debería haber sido a mí. Salté sobre su espalda; debería haber sido a mí al que atrapara, y no a Julien.

Fiona podía ver la culpa en él. Rompió un poco su corazón. Ella extendió el brazo y frotó el pelo oscuro de sus ojos, y él la ignoró.

—¿Así que deberíamos haber estado más felices si tú hubieras muerto, en su lugar? —Ella le sonrió tristemente—. Oh, Duncan. Él te salvó, y apuesto a que lo haría de nuevo si tuviera ocasión. Y tú habrías hecho lo mismo por él.

El chaval parecía dubitativo.

—Quizás, —murmuró él.

Ella le empujó, sonriendo, y él permitió ser movido.

Los tres silenciosamente empezaron a caminar por la costa, pero Maric de repente vaciló.

—Ese Guarda Gris. —Él miró a Duncan con curiosidad—. ¿Por qué no simplemente te dio el anillo? ¿Era tan valioso?

—Lo había comprado para dárselo a la mujer con la que se iba a casar, —llegó la respuesta plana—. Nunca tuvo la ocasión.

—Se llamaba Guy, —añadió Fiona—. Genevieve era su prometida.

Los ojos de Maric se abrieron con una sorpresa muda, y eso efectivamente terminó con la conversación.

No dijeron nada más mientras se abrían paso de vuelta a la parte superior del risco. Los murmullos les seguían durante un tiempo, y entonces se volvió silencioso. Si los

sonidos pertenecían a algunas criaturas aparte de los peces que pudieran vivir en un lago sulfúrico, permanecían ocultas en las sombras.

Cuando finalmente volvieron a la caverna del dragón, los otros estaban esperándoles. El cuerpo del dragón extendido por las rocas, pareciendo de algún modo más pequeño de lo que ella recordaba. Su estómago estaba en gran medida abierto ahora, también. Riachuelos de sangre caían al suelo, Kell en medio de todo ajetreadamente retirando escamas negras de su flanco con un cuchillo de cinturón. Fiona imaginaba que había abierto la barriga para tratar de retirar algunos de los huesos del dragón. Eran muy preciados, como demostraba la espada encantada de Maric. Ella no tenía ni idea de si los huesos eran tan duros en su estado natural. Probablemente no, ya que parecía improbable que nadie pudiera quitárselos si lo fueran.

Hafter ladró excitado a los pies de su amo, aunque el perro tenía una cojera pronunciada y no era ni de cerca tan rápido como Fiona sabía que normalmente era. Kell bajó la mirada hacia él y sonrió, y entonces cortó un gran trozo de la carne del dragón con el cuchillo de su cinturón. Lo lanzó a Hafter, y el perro lo atrapó con avaricia y empezó a masticarlo. Estaba bien de algún modo, pensó ella.

Genevieve se giró y observó mientras entraban, frunciendo el ceño severamente. Fiona vio el cuerpo de Julien cerca, envuelto firmemente en su capa negra, con Nicolas aún arrodillado junto a él. El guerrero alzó la mirada y puso una mueca cuando vio a Duncan. Utha puso su mano sobre el hombro del hombre para retenerle y él visiblemente se relajó, su cara se retorció en un lamento silencioso que ocultó entonces al apartarse.

La enana, al menos, miró en disculpas a Duncan. Si el chaval lo vio o no, Fiona no podía decirlo. Mantuvo su cara completamente en blanco.

—Ya era hora de que volvieras, —soltó Genevieve—. Los engendros tenebrosos se están volviendo valientes. Un par de aulladores intentaron colarse aquí, y fuimos forzados a matarlos. Más le seguirán casi seguro.

—Bueno, estamos de vuelta, —afirmó Fiona—. Duncan no irá lejos.

—Lo siento, —murmuró él.

Genevieve miró seria al chaval, su mandíbula apretada y sus labios presionando juntos. No alzó la mirada para encontrar la suya, pero Fiona sospechaba que sentía la desaprobación de todos modos. ¿Cómo podía no hacerlo? Radiaba de ella en oleadas palpables.

—¿Qué fue eso? —le soltó ella—. ¿Debo temer que salgas corriendo incluso aquí en los Caminos de las Profundidades, Duncan?

—No voy a ir a ninguna parte, —dijo él, aunque difícilmente parecía convincente.

—Deberías haberle dejado ir, —murmuró Nicolas, lo suficientemente fuerte como para que se le escuchara. Los ojos de Genevieve se abrieron de ira y ella se giró para mirarle, pero el guerrero le devolvió la mirada desafiante—. ¿Qué está haciendo aquí con nosotros? —insistió él—. Es una rata de alcantarilla que recogiste en Val Royeaux. ¡Un asesino! ¡Un ladrón! No pertenece a la orden.

—Yo digo que lo hace, —ella echaba humo.

—¡Su presencia nos degrada a todos nosotros!

En un flash, Genevieve corrió hacia Nicolas y le dio una bofetada. Sus guanteletes pesados hicieron el golpe mucho más severo de lo que habría sido de otro modo, y el hombre retrocedió hacia el cuerpo envuelto de Julien. Los otros miraron aturdidos mientras ella se alzaba sobre el guerrero, su cara roja de furia. Nicolas alzó la mirada hacia ella en desesperación, cubriéndose la mejilla casi por reflejo.

—¡Contrólate! —rugió ella—. El chico hizo caer al dragón. Hizo su parte, al igual que Julien. Si alguien es degradante, eres tú con este espectáculo sin sentido.

Un extraño silencio se asentó entre el grupo. Utha dio un paso hacia delante, su mirada ansiosa, e hizo varios gestos a Nicolas. Fiona no podía ver lo que eran, pero estaba claro que eran para calmar al hombre. Él miró nerviosamente a Genevieve, que permanecía alzándose sobre él, pero ella le ignoró y en su lugar se giró para mirar abruptamente a cada uno de los otros Guardas Grises.

—Ha llegado la hora de que nos movamos. Hagámoslo… rápido.

—No, —llegó la respuesta firme. Era Kell. El cazador se levantó lentamente desde el cuerpo del dragón, limpiando su cuchillo en la carne sin escamas de la tripa de la criatura antes de enfundarlo en su cinturón. Se giró y encontró la mirada de la Comandante con una expresión calmada, resuelta—. Hemos llegado lo suficientemente lejos, creo. Es una locura proceder.

—Tú no eres el comandante aquí, —dijo ella, su voz baja y peligrosa.

—Y tú no estás actuando como debería hacerlo una comandante. —Él hizo un gesto hacia Maric, que parecía estar observando la confrontación intensamente—. Tenemos al Rey de Ferelden con nosotros. No es alguien cuya vida deba ser desperdiciada a la ligera. Si no hay posibilidad de que tengamos éxito, debemos devolverle a la superficie.

—Lo que *debemos* hacer es prevenir la Ruina.

Kell sacudió su cabeza tristemente. Él se quitó los guantes de cuero que llevaba, ahora envuelto de un rojo oscuro y feo de los interiores del dragón.

—Pero no estamos haciéndolo. No hay posibilidad de éxito para nosotros aquí, Genevieve.

—Te equivocas.

—¿Me equivoco? —Sus ojos pálidos se encogieron—. Si una Ruina viene de verdad, nuestro deber ahora es ver a este Rey de vuelta de forma segura a la superficie y ayudar a su gente a prepararse para ella. Malgastamos nuestros esfuerzos en buscar a un hombre que está probablemente más allá de nuestro alcance.

—Yo no lo creo.

—¿Por qué? ¿Porque el resto de la orden no cree en tus visiones? —Él extendió sus manos con súplica, su voz rogando.

—Creo en tus visiones, Genevieve. Déjanos cuidar de ellos y enfrentar a la Ruina que se aproxima con los ojos abiertos.

Ella le miró en silencio, su cara fría como la piedra. Fiona se estremeció, y se preguntó adónde iba a llevar esto. Todos ellos se tensaron y observaron a la Comandante

con temor. Ella bajó el brazo y lentamente sacó su espada ancha de su funda, el metal rechinando suavemente.

Ella alzó la espada ante ella, sin apartar los ojos del cazador.

La amenaza estaba implícita.

—No mientras haya una posibilidad de detenerla. Yo digo que esa posibilidad existe, y si requiere del sacrificio de todos y cada uno de nosotros, continuaremos por este camino hasta que diga lo contrario.

Kell no parecía impresionado. Su mano se movió cautelosamente hasta la empuñadura del mayal a su lateral, pero no lo desenfundó. Hafter, percibiendo la confrontación, gruñó y se puso en pie. Desnudó sus colmillos hacia Genevieve y su maestro no hizo nada por retenerle. El momento se alargó.

Utha caminó entre ellos. La enana alzó sus manos hacia Genevieve y Kell, y entonces enfadada empezó a hacer señas a Kell. Era demasiado rápido como para que Fiona la siguiera, pero él pareció entender. Frunció el ceño pensativo.

—¿Estás de acuerdo con ella? ¿Después de todo esto? —preguntó él.

La enana asintió solemnemente. Ella hizo un gesto de nuevo, y esta vez Fiona lo entendió. *Se ha sacrificado demasiado para volverse ahora*.

—Yo estoy de acuerdo con Kell, —metió baza Nicolas. Él se levantó, ardiendo. Miró a Fiona y a Maric, al igual que lo hicieron Utha y Kell. Genevieve no lo hizo. Ella se tensó, negándose a aceptar que se buscara un consenso para determinar su derecho al mando. Fiona no estaba segura de lo que la mujer haría si ese consenso no fuera en su favor. ¿Se iría por su cuenta? ¿Trataría de matarlos? Fiona no había sido parte de la orden lo suficiente como para saber cuál era el protocolo en una situación como esta. Probablemente no había uno. Enfrente de la amenaza de los engendros tenebrosos, el motín normalmente no era una opción.

—Estoy aquí para ayudaros Guardas Grises, —dijo Maric lentamente—. Sabéis más sobre los engendros tenebrosos de lo que yo podría saber nunca. Si hay una posibilidad de salvar a Ferelden de la Ruina, estoy dispuesto a arriesgar mi vida para hacerlo. Pero si no la hay, es cosa vuestra decidirlo.

—¡Idiotas! —soltó de repente Duncan.

Todos los ojos se volvieron hacia él. El chaval estaba furioso de una forma que Fiona nunca había visto antes, casi temblando. Él se volvió acusadoramente hacia Nicolas.

—Hemos matado a un dragón. ¡Un *dragón*! ¿Y queréis dar la vuelta *ahora*? ¿Qué creéis que habría dicho Julien a eso?

—No me digas lo que Julien hubiera dicho. —Las palabras de Nicolas carecían de calor, sin embargo, y él miraba al suelo.

—¿Todo lo que queréis es huir ante la primera señal de problemas? Entonces adelante. Haced que la muerte de Julien no sirva para nada, si es lo que queréis. Yo ni siquiera quería unirme a los Guardas Grises, y ahora sé por qué. ¡Sois un puñado de malditos cobardes!

Las dejas de Kell se levantaron, pero no dijo nada. Nicolas, también, permaneció en silencio.

—Nunca debí haberos dejado hacerme huir, —continuó Duncan, su cara volviéndose roja de la ira—. Salté sobre la espalda de ese maldito dragón, ¿y sabéis qué? ¡Mereció la pena! Ninguno de vosotros tenía las pelotas para hacerlo. ¿Pensáis que aquellos Guardas Grises de la antigüedad de los que habláis, los que han detenido todas aquellas Ruinas, creéis que lo hicieron de forma segura? —Él irrumpió sobre Genevieve y se puso a su lado. Ella no le aceptaba de ninguna forma, su cara permaneciendo inescrutable—. Si Genevieve es la única con las tripas como para hacer esto, entonces estoy con ella. Yo, la *rata de alcantarilla*.

Lo último lo escupió hacia Nicolas. El guerrero se dobló y cerró sus ojos. Utha miró entre los dos y sacudió su cabeza tristemente, pero no hizo ningún movimiento para intervenir. Kell arqueó una ceja a Fiona, la pregunta silenciosa obvia.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que Duncan lo ha dicho todo, ¿no?

Al final, ni Kell ni Nicolas discutieron la decisión.

Genevieve aceptó su vuelta al grupo sin más comentario. Fiona dudaba de que se olvidara, sin embargo. Ella nunca olvidaba nada.

Viajaron por los pasadizos por donde Duncan había ido, después de que Fiona señalara que había otros caminos por ahí que iban en direcciones diferentes. No podían volver por donde habían venido, después de todo, no sin encontrarse con los engendros tenebrosos y empezar la misma batalla por la que habían luchado contra el dragón para evitarla.

Así que necesitaban ir hacia delante, y esperanzadamente encontrar un camino de vuelta a los Caminos de las Profundidades y una ruta al thaig de Ortan. En privado Fiona se preguntaba si esas cavernas no seguían bajando eternamente. Quizás no había vuelta atrás ahora, y no habría vuelta atrás incluso aunque Kell se hubiera salido con la suya.

Ella mantuvo aquellos pensamientos para sí misma.

Ante la sugerencia de Maric, llevaron el cuerpo de Julien con ellos.

Con su cuerpo aún envuelto en su capa, le alzaron por sus hombros y le llevaron por la corta distancia hasta el lago esmeralda. Fue difícil bajarle por el angosto camino desde el risco, pero los Guardas Grises llevaban la carga sin ninguna queja.

Incluso Genevieve no dijo nada, pese al retraso.

En la costa del lago, en medio de los blancos pilares, liberaron el cuerpo de Julien y lo permitieron flotar hacia las aguas verdes. La tradición de la Capilla exigía que los cuerpos fueran incinerados y sus cenizas apropiadamente enterradas, pero no había forma en que pudieran hacer una pira, y enterrar algo en la piedra era imposible. Mejor esto que dejar a su camarada en la caverna y a la merced de la horda de engendros tenebrosos.

Observaron el cuerpo un tiempo, cada uno de ellos envuelto en silencio. Fiona no había conocido al hombre mucho tiempo, pero siempre había apreciado su naturaleza silenciosa. Para un guerrero había sido señaladamente pensativo. Nunca la había tratado

de otra forma distinta a una compañera Guarda Gris, y para alguien que era tanto una inferior elfa como una maga, eso era un montón.

Nicolas se arrodilló al borde del agua y colgó su cabeza en un dolor agonizante. Los otros pretendieron no darse cuenta, para dejar al hombre preservar al menos un fragmento de su dignidad.

—Aquí yace el abismo, el pozo de todas las almas, —entonó Maric—. De estas aguas esmeralda la vida comienza de nuevo. Ven a mí, niño, y yo te abrazaré. —Él caminó al lado de Nicolas y puso una mano suavemente sobre el hombro del hombre. Nicolas alzó la mirada hacia Maric con gratitud, las lágrimas inundando sus ojos.

—En mis brazos yace la Eternidad.

El cuerpo lentamente se hundió bajo la superficie.

10

Con un aliento apasionado la oscuridad repta.
Es el susurro en la noche, que yace sobre tu sueño.
Ven a mí, niño, y yo te abrazaré.
En mis brazos yace la Eternidad.

—Cántico de Transfiguraciones 1:5

Bregan abrió los ojos.

Algo había cambiado mientras dormía. ¿Cuánto había sido?

Estaba oscuro como un pozo en su celda, al igual que lo había estado cuando había cerrado sus ojos en lo que parecía hacía un eón. Los Caminos de las Profundidades eran una única noche que se extendía hasta el infinito.

De algún modo sospechaba que una gran cantidad de tiempo había pasado, sin embargo. El ardor bajo su carne había fluido, para ser reemplazado por una frialdad extraña. Presionó su piel y la encontró pesada y resbaladiza, y se preguntó si, si presionaba con la suficiente fuerza, la marca resultante simplemente permanecería. Sus extremidades se sentían ausentes, como si no le pertenecieran del todo.

Así, también, había disminuido el zumbido. Entonces, mientras lo escuchaba en la negrura, se dio cuenta de que no era del todo cierto. Era más fuerte. El coro lejano se había convertido en una sinfonía poderosa, una gran hinchazón de música hermosa que ya no golpeaba por entrar en su cabeza sino que hormigueaba en los límites de su pensamiento. Era mucho más fácil de ignorar, pero ahora lo encontraba distractor. Se encontró a sí mismo perdiendo el hilo de sus pensamientos si escuchaba.

Él sacudió su cabeza, negándose a ser seducido, y se levantó. Las pieles sobre las que yacía habían sido cambiadas en cierto punto. ¿Cómo, se preguntaba? Eran más gruesas ahora, más ásperas. Tanteando alrededor en la oscuridad, también encontró ropas plegadas limpiamente cerca. No eran suyas. Estaban hechas de un material burdo, rasposo que no reconocía, quizás enano. Eso le hizo preguntarse si siquiera le vendrían.

Se levantó lentamente, doblándose de los dolores que sentía en su cuerpo. Había poco dolor, sin embargo. Pasando sus manos por su piel desnuda, se percató de que la mayoría de las vendas y cataplasmas ya no estaban. Estaba completo. Su carne era burda, sin embargo, como si estuviera cubierta de gruesas cicatrices. Extrañamente, también sentía como si estuviera tocando la piel de alguien más. Era como si estuviera adormecida. Y fría, también, incluso aunque no temblara.

Cuidadosamente sintiendo a través de la pila de ropa, sacó lo que parecía ser un par de pantalones. Eso serviría por ahora. Le iban lo suficientemente bien, como había sospechado, ciertamente le venían demasiado cortos en las piernas.

¿Adónde había ido la piedra brillante? Recordó que no había estado presente cuando volvió a la celda, pero no el por qué. De hecho, recordaba muy poco sobre volver a su

celda. Había venido solo, eso lo sabía, ¿pero qué había sucedido con el Arquitecto? Tuvo una vaga recolección de que habían hablado, pero sus impresiones eran distantes. ¿Le había hecho algo a su mente?

La idea debería haberle alarmado más, pero no lo hizo. Suponía que era posible que esto, también, pudiera ser resultado de mediación mágica. Pero lo dudaba. Si el Arquitecto hubiera querido borrar sus recuerdos o utilizar de otra forma la magia para alterar su mente, había muchas más oportunidades para que lo hiciera.

No, había vuelto aquí voluntariamente, para dormir. Había estado exhausto. Sus extremidades habían estado pesándole como plomo, y el zumbido incesante casi le había vuelto loco. Recordaba esas cosas, y el sueño extendiéndose hacia arriba para arrastrarle al olvido casi antes de que tocara el suelo…

… y entonces nada. Ni sueños, quizás por primera vez en la vida. Los Guardas Grises siempre soñaban, el precio de compartir los límites de la consciencia de grupo de los engendros tenebrosos. Sin embargo ahora, nada. Bendita inconsciencia.

Bregan esperó un tiempo. Tanteó alrededor un poco más en el suelo y no descubrió ningún arma, ni ninguna armadura. ¿Quizás aún no confiaban en él? No importaba, realmente. El hábito de mantener un arma con él era algo que se había forjado tras una vida como guerrero, una vida de preparación para una guerra que nunca llegaría a luchar.

Era una vida que había rechazado.

Qué glorioso simplemente darse cuenta de eso. Había querido saltar alrededor y gritar en voz alta. Ciertamente no había nada que lo detuviera… ¿pero a quién le importaría? Que su espada se pudriera allá donde hubiera terminado.

Después de lo que pareció ser una hora pasada caminando alrededor de la pequeña cámara, se dio cuenta de que estaba esperando a que el Arquitecto apareciera. Era algo extraño que descubrir. El engendro tenebroso no era su amigo, después de todo. Había escogido quedarse, sí, pero aún no estaba seguro de por qué. Ostensiblemente pensaba que era importante acabar con las Ruinas, pero la misma parte de él que siempre había odiado ser un Guarda Gris se preguntaba por qué siquiera se preocupaba por eso. ¿Qué le importaba ahora? ¿No era él el muerto viviente, con su propio suicidio pospuesto por el plan del Arquitecto?

Esos pensamientos le volvieron extrañamente impaciente. Se encontró a sí mismo escuchando a esa música lejana, la llamada que se extendía y le acunaba cada vez que empezaba a prestarle atención. Casi le hizo desmayarse, y cada vez se sentía forzado a sacudírsela. Había cosas más importantes con las que tratar.

Bregan caminó hasta la puerta de metal y descubrió que estaba abierta. Se abrió con fuerza, el sonido reverberando a través del susurró que permeaba el lugar. Casi esperaba que comenzara un tono y un grito, y los engendros tenebrosos vinieran corriendo a retenerle, pero ninguno lo hizo.

El silencio volvió, puntualizado sólo por la subida y bajada del coro distante.

Mientras bordeaba hacia el pasillo, se dio cuenta de que las cosas estaban lentamente centrándose. Estaba entreviendo los bordes burdos de la pared enfrente de él, y casi podía

ver la puerta que acababa de abrir. Era como si estuviera caminando en un bosque profundo, sus ojos lentamente acostumbrándose a la leve luz de la luna que se colaba a través de las ramas y revelando un mundo velado de árboles y raíces y rocas. Aquí sólo había paredes de piedra antiguas y escombros, sin embargo, y no había luz en absoluto a la que acostumbrarse. ¿Cómo era capaz de ver nada?

Mientras parpadeaba y miraba a las sombras lentamente retrocediendo, Bregan se dio cuenta de que algo se estaba aproximando. Se quedó helado, el terror corriendo a través de él, y maldijo el hecho de que su habilidad para percibir los engendros tenebrosos parecía haberse ido de él por completo. Era un grito, una de las criaturas altas y desgarbadas que los Guardas Grises siempre habían considerado los asesinos de los engendros tenebrosos. Utilizaban el sigilo en su ventaja, golpeando desde las sombras y haciendo trizas a un oponente con sus maliciosamente largas garras. Su grito de combate era un grito aterrador —de ahí el nombre— que él había oído sólo una vez antes en su vida, e incluso entonces sólo era en la distancia mientras una de esas criaturas acechaba en un bosque, cogiendo a cualquier Guarda que pudiera encontrar en la oscuridad.

La cosa se agachó tan pronto le vio, mostrando sus largos colmillos en una mueca amenazante. Siseó, mostrando aquellas garras características, pero no avanzó. Bregan se tensó, una única perla de sudor abriéndose paso inexorablemente por su frente. El grito entonces se calmó. ¿Quizás había decidido que no iba a ser atacado?

Bregan no podía estar seguro. Fuera cual fuera el motivo, cuidadosamente se abrió paso junto a él en el pasillo, manteniendo sus ojos muertos hacia él mientras lo hacía.

Y entonces se fue, desapareció de vuelta en las sombras. Él esperó, su corazón corriendo, y se preguntó si volvería ahora y le golpearía desde atrás. Pero no hubo ningún ataque sorpresa. Simplemente le había pasado. Bregan era lo suficientemente ajeno como para haberle causado sospechas e incluso alarma, pero no lo suficiente como para ser considerado una amenaza.

Se estremeció. Se sentía helado, y la extrañeza de su piel le volvía rígido. Por un momento casi estaba abrumado por el deseo de arañarse la piel, y seguir arañándosela hasta que se pelara y abrirse paso a tirones a través del fango que se hubiera acomodado bajo la superficie. Y entonces ese momento pasó. Su miedo cesó, y una sensación de indiferencia volvió.

Si podía ver, incluso pobremente, quizás era un buen momento para explorar.

Se sentía extraño, caminar por los restos de la fortaleza enana. La invasión de la corrupción de los engendros tenebrosos era suficiente como para que algunas áreas fueran o completamente intransitables o imposibles de determinar qué función podían haber tenido una vez, pero otras parecían señaladamente intactas. Encontró lo que podía haber sido una cocina, con una fogata ahora invadida de musgo negro y tierra rodeada de sartenes oxidadas e incluso cuchillos. Reconoció un mostrador y barriles variados y armarios todos arrojados por allí, como si alguna gran calamidad hubiera vuelto toda la cocina de arriba abajo y entonces simplemente la hubiera dejado para ser invadida por el polvo, el tiempo y la ponzoña.

Ciertamente, eso era probablemente lo que había sucedido aquí. ¿Qué utilidad podría haber tenido una cocina para los engendros tenebrosos, después de todo? Nada que los Guardas Grises hubieran encontrado nunca les daba motivos para pensar que los engendros tenebrosos comieran nada. La ponzoña les sustentaba.

El pensamiento le llevó a la mente el hecho de que su propia hambre se había desvanecido. No había comido nada en días, y aún así ahora se sentía… lleno. No saciado, precisamente, pero desagradablemente lleno con algo que descartaba el hambre real. La idea era perturbadora, y trató de alejar su mente de ello.

Se preguntaba dónde estaban los cuerpos de los enanos. ¿Había pasado tanto tiempo que incluso sus esqueletos se habían convertido en polvo? ¿Los engendros tenebrosos los habían eliminado? ¿Habían huido todos los enanos antes de que los engendros tenebrosos se apoderaran de esta parte de los Caminos de las Profundidades? Se le ocurrió al mismo tiempo que no tenía ni idea de lo que los engendros tenebrosos hacían con sus muertos. No había huesos a la vista, aún así imaginaba que debían perecer por causas naturales como cualquier otra criatura viviente. Si vivían aquí, ¿entonces dónde morían?

Quizás *vivían* era una palabra demasiado fuerte. No había evidencias de que los engendros tenebrosos ocuparan la ruina en el mismo sentido en el que los humanos o los enanos podrían hacerlo. No había dormitorios, ningún lugar donde guardaran sus pertenencias. Sabía que eran capaces de forjar equipo y de construir estructuras cuando lo necesitaban, pero si hacían tales cosas, ciertamente no las hacían aquí. Los engendros tenebrosos claramente pasaban a través y patrullaban la ruina, pero de otro modo se sentía ciertamente muy vacía.

Mientras Bregan se movía por los pasillos abandonados, lentamente se dio cuenta de que podía escuchar un nuevo sonido sobre el coro. Era un rasgar extraño, insistente. No podía localizar lo que pudiera ser, sólo que se sentía fuera de lugar en medio de las sombras y la penumbra.

La curiosidad lentamente se sobrepuso a su aprensión. Inclinando su cabeza para escuchar, sintió por los pasillos y buscó un camino para llegar hacia el lugar de donde venía.

No le llevó mucho encontrarlo. La luz la vio antes que otra cosa, una brillante baliza brillando a través de una entrada lejana que inmediatamente hirió sus ojos incluso aunque sólo la estuviera viendo desde una distancia. Tuvo que alzar sus manos y parpadear a través de las lágrimas antes de que se aclimatara lo suficiente como para aproximarse. Cuanto más se acercaba, más le hería la luz mareante. El sonido se volvió más claro, sin embargo… era alguien escribiendo, como con una pluma. Era interesante que pudiera captar eso desde tan lejos. Luchando a través de su incomodidad, se abrió paso hacia la entrada y miró dentro.

Era difícil ver a través del brillo, pero incluso lo que Bregan podía ver le dejó aturdido. La habitación en la que miraba era una biblioteca, no corrompida de ningún modo, y llena hasta su capacidad con libros. Había estantes grandes, de madera alineados en las paredes, cada uno de ellos lleno de tomos apilados aleatoriamente. Los libros no se

restringían a los estantes, sin embargo. Se amontonaban en el suelo en altas pilas que parecían como si se pudieran volcar en cualquier momento. Algunos estaban abiertos, otros inclinados contra la pared, aún más formaban una montaña de textos en un escritorio de piedra elaborado que ocupaba gran parte de la cámara central. Toda la escena no habría parecido fuera de lugar en la propiedad de algún noble enano culto en Orzammar, si no fuera por el caos desorganizado.

El Arquitecto se sentaba en el escritorio de piedra, una silla lacada ornada alzándose en alto tras él. Bregan podía ver una pluma de escribir en la mano de la criatura, la pluma atareada retorciéndose mientras escribía en un libro grande, de cuero. La fuente de la luz cegadora era la piedra brillante, ahora colgando de la silla del Arquitecto y llenando la biblioteca de sombras parpadeantes. No recordaba que la piedra fuera tan increíblemente brillante, ciertamente no lo suficiente como para herir sus ojos.

El engendro tenebroso se percató de él en pie en la puerta y detuvo su escritura. Parecía sorprendido de ver a Bregan, alzando lo que podían haber sido cejas si hubiera tenido algún pelo en la carne disecada de su cabeza. Tan pronto se dio cuenta de su incomodidad, miró hacia la piedra brillante e hizo la conexión. Con un gesto de su mano enguantada, la radiación de la piedra se atenuó, lo suficiente como para darle un suspiro de alivio a Bregan. El dolor se había ido, y ahora podía ver claramente en la habitación.

—Mis disculpas, —ofreció el Arquitecto.

—Me desperté y no viniste.

Él asintió.

—Has estado durmiendo. No tengo forma de saber por cuánto tiempo. Cogí la piedra brillante para poder escribir, y porque sabía que te volverías más… sensible cuando despertaras.

Bregan frunció el ceño en confusión. Caminó cuidadosamente hacia la biblioteca, maravillándose ante el conjunto de estantes por la pared. Una alta escalera de piedra estaba anclada a una guía que iba por toda la longitud de la habitación, permitiendo que uno llegara hasta la misma cima de cualquiera de los estantes. Un artilugio enano, seguro, pero, al contrario que todo lo demás que había visto en esta ruina, estaba en una forma excelente.

—No lo entiendo. —Dijo finalmente—. ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Un día? ¿Más?

—No sé lo que es un día.

—¿No lo sabes? —Bregan hizo un gesto ausente a los estantes—. ¿No explican eso en uno de esos libros en alguna parte? Tengo la impresión de que los has leído.

El engendro tenebroso se recostó en su silla, moviendo sus dedos mientras le observaba con gran interés. Bregan de algún modo tenía la sensación de que había irrumpido en el santuario de esta criatura, y aún así conservaba su aire culto y educado. Aquellos ojos se abrieron con alarma cada vez que sus manos llegaban cerca de tocar uno de los libros, sin embargo.

¿Había algo ahí que él no quería que viera? ¿O estaba siendo posesivo con sus tesoros?

En un examen más cercano, Bregan se percató de que la mayoría de los libros estaban amarillentos y deshaciéndose. Muchos de ellos habían sido pobremente encuadernados de nuevo y reparados, probablemente por el propio Arquitecto. Sin duda su preocupación era que él los dañara accidentalmente.

¿Habían estado estos tomos antiguos aquí todo el tiempo? ¿O el emisario los recolectaba de los Caminos de las Profundidades? Trató de imaginar a esta criatura viajando a thaig tras thaig en ruinas, moviéndose a través de escombros en busca de libros enanos que no se hubieran desintegrado por completo con el paso de los siglos. No podía haber muchos. El par con texto legible dejados en la encuadernación estaban escritos en enano, y por lo tanto más allá de la habilidad de Bregan para descifrarlos. ¿Qué temas le interesarían a tal criatura, se preguntaba?

—Los he leído, —respondió el Arquitecto—. Algunos de ellos los he leído muchas veces. Hay muchas cosas de las que hablan que no entiendo.

—Un día es una de las formas en las que medimos el tiempo. El sol cae y se convierte en noche, y cuando el sol vuelve a salir ha pasado un día, veinticuatro horas en total.

—Ah. —Parecía complacido—. He leído de esas cosas, pero no tengo forma de saber su conexión. Gracias por proveerme de esta información.

—De nada. —Bregan caminó hasta el gran escritorio de piedra, cuidadosamente navegando de camino entre las pilas de libros amontonadas en el suelo. Varios de los tomos eran bastante grandes, se percató él, y uno inclinado contra el escritorio era casi tan ancho como el propio escritorio.

Sus páginas estaban agrietadas y tan manchado de amarillo que la delicada escritura era casi indescifrable. No era enano sino tevinter, la lengua de los magisters antiguos. Escrituras arcanas.

—Dijiste que sería más sensible cuando despertara. ¿Querías decir a la luz? ¿Por qué sería más sensible?

El engendro tenebroso le estudió en silencio por un momento, inclinando su cabeza hacia el lado como confuso.

—¿No lo recuerdas?

—No bien, no. Pero algo ha cambiado.

—Te quejabas de que la llamada de los Viejos Dioses te estaba volviendo loco. Yo ofrecí acelerar la progresión de la ponzoña en tu interior, y tú accediste.

Bregan se quedó helado. El frío de su piel, el cambio en el zumbido, las extrañas sensaciones… ¿qué le habían hecho?

—¿A qué te refieres, con que yo accedí? —La alarma en su voz hizo al Arquitecto tensarse. Le miró con preocupación, pero no se movió de su silla.

—No estaba del todo seguro de ser capaz de hacerlo, —explicó él—. Pero tú insististe. Admito que con cierta fascinación por la idea. La posibilidad de que tu cambio pudiera ser acelerado y los cambios que sucederían. Algunos puedo imaginarlos. —Hizo

un gesto hacia la piedra brillante aún colgando de la silla, ahora cediendo sólo un tenue brillo naranja—. No estaba más brillante que antes. Es tu tolerancia la que ha sido alterada.

Bregan se quedó ahí, aturdido. ¿Él había *pedido* esto? Lentamente cayó en la cuenta de que pese a toda la extrañeza, el constante zumbido ya no le estaba volviendo loco. Se había convertido en algo hermoso y extraño ahora en su lugar, y era él el que se había transformado en algo extraño. Lo sentía. Sentía el cambio bajo su piel.

Alzó sus manos enfrente de su cara. Las manchas oscuras que había visto en su carne previamente se habían extendido. Se habían extendido hasta que su piel era poco más que moteada y oscura por ellas, las áreas donde había cambiado ahora marchitas y burdas, al igual que la carne de los engendros tenebrosos. Sus uñas eran largas y negras, casi garras.

Temblando de horror, permitió que sus manos cayeran.

—Quiero verme la cara.

El engendro tenebroso inclinó su cabeza de nuevo.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—Un espejo. Dame un espejo.

—No conozco de tal dispositivo.

Él golpeó un puño contra el escritorio, mandando varios de los libros más precariamente apilados tambaleándose.

—¡Algo que refleje! ¡Necesito verme! —gritó furioso.

Él parecía desconcertado y lentamente reunió sus túnicas marrones y se levantó de la silla. Sin una palabra se giró y abandonó la habitación, dejando a Bregan donde estaba. Se sentía estúpido. Se sentía enfadado. ¿Qué había hecho? ¿Estaba el emisario simplemente abandonándole, ofendido por su comportamiento?

¿Realmente pensaba que la criatura le había hecho esto sin permiso? No. No, no lo había hecho. Si hubiera deseado experimentar con él, fácilmente podría haberlo hecho antes. Él había pedido esto, e incluso mientras consideraba la idea una vaga recolección de ello nadaba por su mente. Había estado adolorido. El zumbido había estado por todas partes, incluso dentro de él. Había querido que se fuera.

Llevó varios minutos antes de que el Arquitecto volviera. Alzó lo que parecía ser un escudo redondo de acero. Una cosa de fabricación enana, aún así tan cubierta de los zarcillos oscuros de la corrupción que sería imposible ver nada en ella. Miró confundido al emisario, aún así él le ignoraba. Con un gesto de su mano una llama negra ardió sobre el metal.

Oleadas de calor emanaron de él, haciendo que Bregan se diera cuenta de lo frío que realmente estaba. Estaba en la cámara con sólo un par de pantalones puestos, aún así no era la temperatura lo que le daba frío. Lo sabía.

Observó mientras el fuego oscuro reptaba por la superficie del escudo, despejándolo. En unos momentos el brillo del metal en su superficie interior se reveló. No era del todo un espejo, pero probablemente serviría. El Arquitecto se lo entregó de manera poco ceremoniosa.

Bregan esperaba que el escudo estuviera quemando, pero no lo estaba. Apenas estaba siquiera cálido. Encantado, supuso él. No es que debiera ser una sorpresa… ¿quién sabía cuántos tesoros habían dejado los enanos en esos túneles cuando sus reinos habían caído? Todo lo que un engendro tenebroso emprendedor tenía que hacer era encontrarlos.

Alzó el escudo y miró en él. Los detalles minuciosos eran indistinguibles, pero la condición general de su cara era obvia: La ponzoña ahora lo cubría todo. Su pelo blanco había caído a mechones, y ahora había sólo hebras dispersas y mechones en medio de la carne marchita y ennegrecida. Sus labios también parecían haberse retraído de sus dientes, dejándole con una mueca esquelética permanente.

El resto no podía averiguarse, y quizás era mejor. Bregan dejó caer el escudo, un adormecimiento apoderándose de él.

Había visto necrófagos como este. Gente infectada que había sobrevivido lo suficiente como para que sus cuerpos fueran desfigurados por el curso de la ponzoña. Ahora finalmente le había alcanzado a él, también. Extraño que no se sintiera más molesto. El shock había cesado, dejando sólo una sensación de inevitabilidad.

—¿Estás enfadado? —le preguntó cuidadosamente el Arquitecto.

—No.

—Hay otra silla detrás de ti, contra la pared, si deseas sentarte. —Bregan se giró y encontró que, con seguridad, una simple silla de piedra estaba donde el emisario señalaba. Estaba enterrada bajo un montón de pergaminos enrollados y tomos desgastados. Caminó hacia ella y la despejó antes de sentarse, descartando el escudo en el suelo.

La piedra envejecida protestaba bajo su peso. Era casi demasiado pequeña para él, construida para un enano, pero no le importaba.

—Quiero hablar de tu plan, —afirmó él.

El engendro tenebroso suspiró, pero parecía poco sorprendido. Caminó de vuelta alrededor de su escritorio y se acomodó en su silla. La luz de la piedra brillante onduló como en reconocimiento de su presencia.

—Sí, ya es hora, —dijo finalmente.

Las preguntas percollaban a través de la cabeza de Bregan. Había estado demasiado enloquecido y exhausto como para preguntarle al Arquitecto por su plan cuando había vuelto antes, o al menos suponía que ese había sido el caso.

No había nada más que pudiera hacer sobre su condición física. Después de todo. En realidad, le debía un agradecimiento al Arquitecto por ahorrarle un proceso largo y agonizante… uno que los Guardas Grises habían empezado cuando le metieron en la orden hacía tiempo. Había terminado. Debería sentirse aliviado, si acaso.

—¿Planeas liberar la ponzoña sobre la superficie?

—Aquellos que sobrevivan, —empezó lentamente—, se volverán inmunes a la ponzoña, como los Guardas Grises. Es una inmunidad que pasarán a su descendencia.

—Pero estarían emponzoñados. Como yo lo estoy ahora.

La criatura asintió, como si eso fuera algo que ya hubiera considerado y que no le importara en lo más mínimo.

—Así es. Te dije antes que los engendros tenebrosos y la humanidad necesitarían encontrar un terreno intermedio. Esa es la parte de la humanidad. Tu gente sufrirá un gran cambio.

Bregan se sentó en la silla durante un minuto, musitándolo. Debería haberle molestado más, la idea de iniciar tal genocidio a tal escala. Pero esto sería protegerlos, también, ¿no?

Estaba haciendo lo que originalmente le habían encargado, lo que a todos los Guardas Grises le habían encargado: Terminar con las Ruinas. Salvar el mundo. Tanto como eso era lo que estaba sucediendo aquí, no podía ignorar el resultado únicamente por el precio. Cuando consideró las pérdidas de vidas durante tan sólo la Primera Ruina… de hecho, ¿no estaba sentado en una ruina que era evidencia de todo lo que se había perdido? ¿Qué sacrificio era demasiado grande por el bien de la supervivencia?

Si fuera posible terminar con las Ruinas.

—Así que necesitas mi ayuda. Para llevar este cambio a la humanidad.

El Arquitecto extendió sus manos.

—No del todo.

Bregan estaba anonadado. Casi saltó de su silla, y sólo se calmó mientras notaba la tensión en el engendro tenebroso mientras le observaba. Cogió aliento profundamente y se acomodó de vuelta en el asiento de piedra.

—¿Pero por qué me has traído aquí, entonces? Suponía que necesitabas saber lo que yo sé. ¿Ahora estás diciendo que no?

—Necesito saber lo que tú sabes, —dijo él, claramente complacido por que Bregan hubiera logrado contenerse—, pero no tiene nada que ver con la humanidad. Esa parte de mi plan procederá sin tu asistencia. —Toqueteó su mentón pensativo—. Conozco poco de tu raza, y a menudo vuestras reacciones son sorprendentes para mí, pero he supuesto que incluso aunque un Guarda Gris pudiera desear terminar con las Ruinas tanto como yo, vacilarías antes dar tal golpe contra tu propia raza para hacerlo. —Le miró, de repente fascinado—. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. —Bregan se percató de la forma en la que el engendro tenebroso le miraba, la forma en que se retorcía las manos y se inclinaba hacia delante en su asiento. ¿Estaba excitado? Normalmente la criatura parecía tan culta y pasiva, la idea de que pudiera ser emocional sobre algo era extraña—. Así que supongo que necesitas mi ayuda con la otra parte de tu plan. Tratar con los engendros tenebrosos.

—Así es.

—¿Estás planeando un genocidio contra tu propia raza, también?

Él asintió.

—Lo que pretendo inevitablemente llevará a eso, sí.

Ahora Bregan estaba intrigado. De algún modo había supuesto que el plan del Arquitecto para los engendros tenebrosos sería más indulgente que su plan para la humanidad.

—¿Pero hay más que eso?

—Mi raza está sometida a la llamada de los Viejos Dioses. —Se inclinó hacia atrás en su silla, mirando a la distancia mientras hablaba. Había casi un fervor religioso en sus palabras, una creencia en su misión sagrada que venía muy fuertemente. El hecho de que Bregan pudiera encontrar tal creencia aquí, en las sombras de los Caminos de las Profundidades, era al mismo tiempo intrigante y un poco aterrador—. Mientras la llamada continúe, no importa si nuestros números son mermados. Han sido mermados antes, y cada vez hemos reconstruido y cada vez lo hemos hecho con sólo un propósito en mente: encontrar las prisiones de los restantes Viejos Dioses para liberarlos.

Una lenta revelación empezó a iluminar a Bregan.

—Así que pretendes…

—Encontrar y matar a los restantes Viejos Dioses, sí. —La criatura sonrió, una expresión que se convirtió en una sonrisa más dentada en su cara manchada y retorcida. Parecía muy demoníaco cuando lo hizo—. Y tú sabes dónde están.

Bregan no se molestó en tratar de ocultar el hecho de que era cierto. Suponía que esto era lo que buscaba el engendro tenebroso cuando había hecho su primer intento de escapar. ¿Qué otra cosa podía dar que esta criatura no supiera ya o a la que ya no tuviera acceso?

El que lo admitiera, sin embargo, le hizo retorcerse. Sólo había un par dentro de la orden que conocían las localizaciones de las prisiones antiguas. Él ni siquiera sabía cómo había sido adquirida esa información, o de qué utilidad podría ser. Conocer la localización de las prisiones no quería decir que los Guardas Grises sepan cómo alcanzarlos, después de todo. Aquellos destinos estaban mucho más allá del alcance de los hombres.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó finalmente.

—No eres el primer Guarda Gris que entra en los Caminos de las Profundidades.

Eso hizo que Bregan se detuviera. Por supuesto habría habido otros. La Llamada había sido una tradición dentro de la orden desde la Primera Ruina. En los años después de la primera invasión de engendros tenebrosos de la superficie, pocos Guardas Grises murieron en combate. Vivieron largas vidas y se dieron cuenta al mismo tiempo de que su cacareada inmunidad tenía un límite de tiempo. De algún modo había supuesto que había sido el primero en ser capturado, aunque no había ningún motivo para hacerlo.

¿Cuánto tiempo había estado sucediendo esto?

—Esos otros Guardas Grises… ¿te dijeron esto? ¿Voluntariamente?

El Arquitecto le miró, su ánimo perdido mientras consideraba sus palabras. Al menos eso era lo que Bregan supuso que estaba haciendo.

—La mayoría de los de tu raza que entran en los Caminos de las Profundidades mueren, incluso aunque intenté por un largo tiempo prevenir eso. Los engendros

tenebrosos no siempre hacer mi voluntad, como has visto, e incluso si lo hicieran, no siempre es posible coger a un Guarda Gris vivo.

—No lo dudo.

—Sólo ha habido uno, uno que fui capaz de encontrar y que habló conmigo en su momento. Fue él el que me habló de la Unión, y el que me habló del conocimiento que alguien como tú podría poseer.

—¿Y dónde está ese Guarda Gris?

—Está muerto. —El tono del Arquitecto era plano, quizás incluso triste.

Bregan consideró la posibilidad de que este hombre del que hablaba hubiera sido un amigo de algún tipo. ¿Era posible? Parecía que quizás lo era.

—Por su propia elección. No pudo resistir la transformación como tú. Estaba más allá de su tolerancia.

—Ah.

—Sabía que un día vendrías. —Ahora el fervor del engendro tenebroso volvió, y miró a Bregan intensamente con sus ojos lechosos.

—Y sabía que cuando vinieras, sería capaz de traerte aquí, y que verías el auténtico propósito que yace ante nosotros.

—¿Lo sabías?

—Tuve una visión.

Bregan se estremeció, y se encontró sintiéndose incluso más frío de lo que se había sentido antes. Vigorosamente se frotó sus brazos en la silla.

El sueño del engendro tenebroso parecía ciertamente bizarro. ¿Estaba hablando el Arquitecto de una profecía? ¿Creía en el Hacedor? Estaba casi asustado de preguntar, pero cuanto más pensaba en las implicaciones más agitado se volvía.

Aún así el pensamiento de terminar con las Ruinas… de acuerdo con la Capilla, todo había empezado con el Hacedor. La raza humana se había colado en el cielo y lo había destruido, y el Hacedor había lanzado a aquellos hombres de vuelta a la tierra para convertirse en engendros tenebrosos. ¿Así que eso no encajaba con que esas visiones, la misma obra del Hacedor, estuvieran involucradas con el fin de las Ruinas? ¿Quizás el Hacedor había perdonado a la raza humana al fin?

La misma idea… ¿podía ser cierto? Hizo que su corazón palpitara con fuerza, le hizo golpetear sus pies nerviosamente en el suelo.

—Y, digamos que considerara decirte dónde están los restantes Viejos Dioses, —dijo él lentamente—. ¿Cómo sé que esto no es sólo algún ardid para que los engendros tenebrosos hagan lo que tú mismo dices que están impulsados a hacer: Encontrar a los Viejos Dioses?

—Es una excelente pregunta. No sé cómo podría ser posible convencerte de esto, pero mi intención no es despertar a los Viejos Dioses. Mi intención es masacrarlos. Su llamada debe llegar a un fin.

Bregan se sentó en su silla, dejando salir su aliento lentamente. ¿Matar a los restantes Viejos Dioses? ¿Evitar que otra Ruina suceda nunca?

¿Liberar a los engendros tenebrosos de sus impulsos? ¿Eran estas cosas siquiera posibles? Él no lo sabía. Aún así en su corazón sabía que ya había tomado su decisión, cuando había vuelto a los Caminos de las Profundidades con el Arquitecto en lugar de escapar a la superficie.

Ni siquiera necesitaba decirlo. El emisario le observaba de cerca y estaba en silencio; sabía que Bregan iba a ayudarle. Quizás su visión le había dicho esto y él lo había sabido todo el tiempo. Bregan sabía algo de las visiones. Conocía del Velo, y lo que significaba caminar por sus caminos. Sabía que a veces el Hacedor trabajaba de formas misteriosas. Más misteriosas de lo que Bregan podría haber adivinado nunca, si había realmente algún propósito en que él estuviera donde estaba y habiendo sufrido como él lo había hecho.

—Si vamos a hacer esto, —suspiró él—, entonces hay algo que deberías saber. Creo que mi hermana está viniendo. Con otros Guardas Grises. Creo que sabe que aún estoy vivo.

El engendro tenebroso no le preguntó cómo lo sabía. Meramente asintió.

—Sí, soy consciente de ello.

—¿Lo eres?

—Lo soy. —Se inclinó hacia delante en su silla, mirando a Bregan intensamente—. Necesitaremos prepararnos para su llegada.

* * *

No le llevó mucho a Maric descubrir lo que el murmullo que habían escuchado en el lago era realmente. El sonido se alzó de nuevo tras ellos mientras el grupo pasaba a través de una caverna larga y estrecha rodeada de estalagmitas. Ahora que no estaba acoplado con los ecos del agua cayendo era mucho más claro, y sonaba casi como si hubiera gente oculta en las sombras susurrándose los unos a los otros bajo su aliento.

—¿Qué *es* eso? —preguntó, deteniéndose para mirar tras ellos. Todo lo que podía ver, sin embargo, era más oscuridad impenetrable y más rocas. El sonido se detuvo de inmediato, como reaccionando al escrutinio repentino. Trató de mirar en la oscuridad, medio esperando ver cuerpos saliendo fuera de la vista. Pero no había nada.

Kell se detuvo junto a él, también girándose para mirar. Maric se preguntaba si los extraños ojos del cazador veían más que los suyos. Hafter se detuvo al mismo tiempo, olfateando experimentalmente el aire y completando un gruñido bajo y amenazante. Finalmente Kell señaló a una de las estalagmitas justo en el borde de la luz desprendida por el bastón de Fiona.

Maric observó, pero no vio nada inusual. Justo cuando estaba a punto de preguntar, de repente se percató de movimiento. La «estalagmita» se desplegó, revelando una criatura serpentina con un largo cuello similar al de un gusano que acababa en unas fauces llenas de dientes afilados. Su piel manchada estaba casi perfectamente camuflada para ir a juego con la piedra de alrededor. Giró sobre ellos y siseó amenazantemente desde lejos, y entonces saltó a las sombras con una velocidad alarmante.

Hafter gruñó de nuevo, ansioso por darle caza a la criatura. El cazador le contuvo con un pequeño gesto.

—Los enanos los llaman acechadores de las profundidades, —susurró él—. Si fuéramos menos, o si ellos fueran más numerosos, ya nos habrían emboscado. —Él señaló a varias otras estalagmitas cerca, y ahora Maric empezó a ver las sutiles diferencias. Se percató de dónde las extremidades de la criatura se plegaban bajo su caparazón, dónde anclaba su largo cuello bajo su cuerpo. Oculta a simple vista, el disfraz era casi perfecto. Podía haber extendido el brazo y tocarlos, de lo cerca que estaban.

—¿Simplemente nos van a dejar pasar?

—Nos seguirán, un tiempo, esperando que uno de nosotros se separe. El sonido que escuchaste eran ellos comunicándose los unos con los otros, hablando de intrusos en sus dominios.

—Oímos eso antes en el lago.

El cazador le miró entretenido.

—Entonces tenéis suerte de no haberos quedado ahí más tiempo. Sin duda estaban llamando a más.

—Suerte, —repitió Maric. Duncan se había sentado ahí él mismo junto a ese lago, sin duda presentando un objetivo envidiable para aquellos acechadores de las profundidades. Él era el afortunado, probablemente.

Continuaron en silencio. Un humor sombrío colgaba sobre el grupo ahora, y todos parecían ansiosos por encontrar su camino de vuelta a los Caminos de las Profundidades, si tal ruta existía. Utha se detuvo tan pronto dejaron la caverna, arrodillándose y poniendo su mano en el suelo. Había hecho esto varias veces ya, cerrando los ojos como si pudiera percibir algo dentro de la piedra que ninguno de los otros podía. Sentido de piedra enano, sospechaba Maric, aunque nunca había visto a nadie utilizarlo antes.

Cuando se levantó, hizo una señal a Genevieve y los llevó por un nuevo pasadizo con confianza. La Comandante no la cuestionó, y dijo poco con consecuencia desde que dejaran el lago. Nicolas, también, había estado taciturno y retraído, tambaleándose sin siquiera una sombra de preparación por si necesitaban luchar.

Duncan se mantuvo lejos del hombre, permaneciendo miserablemente en la parte trasera del equipo, que Maric suponía que probablemente era inteligente por su parte. Se permitió quedarse atrás hacia donde el chaval caminaba, y durante un rato viajaron juntos en silencio. Duncan se negaba a mirar a Maric, y aunque Fiona le dio a Maric una peligrosa mirada de advertencia, permaneció donde estaba.

—¿Cómo te sientes? —preguntó finalmente.

Duncan parecía confuso.

—¿Cómo debería sentirme?

—No lo sé. Fue un arrebato bastante impresionante antes en la caverna.

—Sí, bueno. —Duncan se encogió de hombros, obviamente esperando que Maric simplemente dejara la conversación.

—Me recuerdas un poco a mí mismo, ya sabes.

—¿De verdad? ¿Quizás debería haberme hecho una corona, entonces?

Maric ignoró la brusquedad en sus palabras.

—Cuando luché en la rebelión, no era mucho mayor de lo que tú eres ahora. Nunca estuve seguro de mí mismo, siempre cuestionando si era lo suficientemente bueno o lo suficientemente fuerte como para ser rey. Cada pérdida era agonizante porque yo era el que la provocaba.

Duncan resopló.

—Parece que lo has logrado bastante bien.

—Sé que me llaman Maric el Salvador. No sé quién empezó eso. Probablemente Rowan, pensándolo bien. Ella siempre alentaba la adoración de la gente, porque creía que era importante.

—No sé quién es esa.

—Mi mujer, la Reina. —Trató de mantener plana su voz. Por la mirada curiosa de Duncan, sospechó que no tuvo mucho éxito.

—Murió. Hace tres años ahora.

—Lo siento, —dijo sinceramente Duncan—. ¿La amabas?

—Lo hacía. Lo hago. —Maric se aclaró la garganta, estudiosamente mirando hacia delante.

—Hubo otra mujer antes que ella, sin embargo. Una elfa de nombre Katriel, la misma que nos guió hasta el thaig de Ortan cuando estuve en los Caminos de las Profundidades. Ella me salvó la vida, pero cuando averigüë que era una espía y que nos había costado la batalla en las Colinas Occidentales, la maté. La atravesé.

Maric pudo sentir la mirada especulativa del chaval, y de repente se alegró de la tenue luz ya que estaba seguro de que se le estaba alzando el color. Por qué estaba ahora hablando de esto, no estaba seguro. Nunca había hablado de ello con nadie antes, no desde que ocurriera. Quizás estaba siendo estúpido.

—He oído de ello, —dijo Duncan cuidadosamente—. Algo de ello, en cualquier caso.

—Sin duda. Logan se aseguró de que se esparciera la voz, de forma que todo el mundo supiera que se había hecho justicia. —Se giró y miró a Duncan directamente—. Lo que quiero decir es que eso no fue justicia. Estaba furioso y me sentía traicionado. Me sentía responsable por toda la gente que había muerto porque yo fui el que había confiado en ella. No podía perdonarla. La asesiné, y nunca me arrepentí más de nada en mi vida.

—Oh.

—Todos cometemos errores, Duncan. Algunos de ellos van a costarles a otros mucho. Lo que es importante es que tus intenciones fueran buenas, y que hayas aprendido de lo que hayas hecho. —Él intentó poner una amplia sonrisa—. Ojalá yo lo hubiera sabido hace mucho tiempo.

Caminaron lado a lado un tiempo, ambos mirando hacia las sombras en un silencio extraño. Finalmente el chaval le miró, y por un momento Maric podría haber jurado que el chaval realmente parecía vergonzoso.

—Gracias, —dijo él en silencio.

Maric asintió y sonrió. No había nada más que pudiera decir.

—¡Aguardad! —gritó Genevieve de repente desde el frente.

Todos se detuvieron, Kell desenfundando su arco y cargando una flecha casi al instante. Utha estaba delante de ellos e hizo un gesto hacia los otros para que se unieran a ella. Se movieron, y mientras Fiona cuidadosamente aumentaba el brillo blanco de su bastón, se reveló lo que la enana había encontrado.

Toda una sección de la cueva por delante de ellos había colapsado, y era casi impenetrable. Lo que era mucho más importante, sin embargo, era que pasado ese agujero en la pared de la caverna parecía haber una sección de los Caminos de las Profundidades. Requeriría que treparan por los escombros y se apretaran a través de una apertura bastante estrecha, pero las señales de arquitectura enana eran inconfundibles.

—Es un camino de vuelta, —jadeó Fiona.

—Pensé que parecía como que nos dirigíamos hacia arriba, —dijo Duncan, y Utha asintió con su cabeza de acuerdo.

—¿Hay engendros tenebrosos ahí arriba? —preguntó Maric.

—No, —ofreció Fiona, la mirada lejana de sus ojos diciéndole que estaba utilizando sus sentidos de Guarda Gris—. No cerca, en cualquier caso.

La elfa toqueteó el broche de ónix enganchado en su cota de malla.

—Parece que los regalos del Círculo están demostrando su valía. Los hemos perdido de momento.

Genevieve no parecía convencida.

—Quizás, —ella frunció el ceño—, aunque es extraño. Normalmente van en enjambre como una horda de abejas cuando se les molesta. —Ella desenvainó su espada ancha, la hoja resplandeciendo al brillo del bastón, y se aproximó a los escombros cautelosamente con ella en mano. Haciéndoles un gesto a los otros para que la siguieran, empezó su ascenso.

Era un proceso lento atravesar el agujero en la pared. Al final, necesitaron despejar algunas de las rocas sobre la pila para dejar hueco para aquellos con una armadura más abultada. Utha fue la primera en pasar, y dio el aviso de todo despejado desde el otro lado.

Era bueno estar de vuelta en los pasadizos enanos, pensaba Maric.

Se percató casi de inmediato, sin embargo, que las señales de la corrupción de los engendros tenebrosos habían vuelto. Había una transición casi marcada desde las cuevas naturales que acababan de dejar. ¿Por qué era eso? ¿Había algo en los Caminos de las Profundidades que los hacían más susceptibles a esta extraña infestación? Ahí vio los rastros familiares de suciedad negra y los grupos de sáculos carnosos perfilando las paredes. Las estatuas derrumbadas, también, parecían muy similares a la de cualquier otra parte de los Caminos de las Profundidades. Podrían estar en cualquier parte.

Genevieve miró alrededor sombríamente.

—¿Reconoces algo? —preguntó a Maric.

Él sacudió su cabeza.

—Entonces procedamos.

Viajaron durante horas, Genevieve presionándoles sin piedad, como si esperara un ataque de los engendros tenebrosos en cualquier momento. Los otros Guardas, sin embargo, parecían conformarse con que eso era improbable.

Se habían deslizado la soga, tal y como estaban, y si los engendros tenebrosos estaban buscándoles en alguna parte era atrás en la red de cavernas que acababan de dejar. Esto no parecía traerle ningún consuelo a su comandante, que se volvía más tensa cuanto más viajaban.

Dos veces pasaron por túneles que se ramificaban de la ruta principal, las entradas marcadas con grandes arcos de piedra. Utha señaló que esos eran thaigs abandonados, aunque cualquier indicación de cuáles habían sido ahora se había desgastado por el tiempo y la incrustación de la corrupción de los engendros tenebrosos. La enana se paraba en las entradas y miraba tristemente a las sombras más allá, apretando y soltando sus puños. Maric tuvo que preguntarse cómo sería para ella, saber que tu gente una vez gobernó un gran imperio que ha sido reducido a una sombra de sí mismo.

Mucho más tarde llegaron a una sección de los Caminos de las Profundidades que había colapsado en su mayor parte en las cavernas de abajo, dejando una sima llena de poco más que telarañas y oscuridad. La pared a un lado permanecía intacta, junto con un saliente estrecho a sus pies justo apenas lo suficientemente amplio como para caminar por él. Lo miraron con sospecha, pero Utha parecía convencida de que estaba lo suficientemente bien soportado como para que pudieran cruzarlo de uno en uno, si había algún sitio que alcanzar. La luz del bastón de Fiona no era lo suficiente como para extenderse todo el camino hacia el otro lado.

Sólo podían suponer que *había* otro lado.

Genevieve fue primero, saltándose las objeciones diciendo que su armadura era la más pesada de las presentes. Si no podían hacerla cruzar ahora, no serían capaces de hacerlo después. Kell ató un trozo de cuerda a su alrededor, pero Maric dudaba de que la cuerda siquiera la aguantara apropiadamente si la piedra en el camino cedía. Ofrecía poca tranquilidad.

Aún así, ella fue hacia delante sin ningún momento de vacilación, pegándose a la pared y deslizándose lentamente por el saliente hasta que desapareció en las sombras. La cuerda representaba su única indicación de que no había caído. Silenciosos minutos pasaron mientras observaban la cuerda cuidadosamente y Kell lentamente dejaba ir más y más. Justo cuando parecía que estaban a punto de quedarse sin cuerda, tiró bruscamente. Dos veces. Había cruzado.

Maric fue uno de los últimos en ir, y fue una experiencia que no era probable que quisiera repetir nunca. Lentamente deslizándose por el saliente estrecho, uno apenas tenía ninguna indicación de que siquiera hubiera suelo debajo. En esa oscuridad se sentía como si se estuviera suspendido, y que se caería hacia delante en el vasto pozo ante él en cualquier momento.

No podía ver lo profundo que era, pero podía sentirlo. Necesitó pararse una vez, presionando su cabeza contra la pared y cerrando los ojos para evitar que el mundo diera vueltas a su alrededor. Sólo el tirón insistente de la cuerda evitaba que se moviera, acercándose para localizar la luz del otro lado.

Cuando finalmente salió del saliente, estaba sudando y temblando. Kell le agarró y Fiona corrió hacia él. El cálido brillo de su bastón era probablemente la visión más bienvenida que podía imaginar.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—No me caí, —se rió entre dientes.

La elfa le frunció el ceño severamente.

—¿Eso es un sí?

—Err… supongo que sí, sí.

Ella resopló burlonamente y se giró sobre sus talones, alejándose.

Maric miró confuso a Kell y el cazador meramente se encogió de hombros. No podía explicarlo, tampoco.

Continuaron, entrando en una nueva porción de los Caminos de las Profundidades con túneles que parecían más altos de lo que él recordaba. Viajaron por porciones que estaban inundadas de agua superficial, salobre y otras que eran tan densas de corrupción que necesitaron cortar un camino a través de la película negra. La espada de Maric era particularmente buena para esto, sus runas brillando intensamente mientras forzaba a la asquerosidad a apartarse ante él. En un punto pasaron por un pasillo perfilado de estatuas enanas, la mayoría de ellas volcadas o cubiertas de líquenes y musgo hasta el punto de ser irreconocibles.

Justo cuando Maric sintió que estaba a punto de colapsar de la fatiga, se percató de un grupo de runas en una de las paredes casi cubiertas de polvo y escombros.

—¡Esperad! —gritó.

Genevieve ordenó un alto y se giró, preocupada. Él corrió hacia la pared, despejándola con su guantelete, y sonrió mientras reconocía un número de las marcas. Habían pasado años desde que las viera, pero las recordaba claramente.

—Conozco estas, —exclamó él—. ¡Pasamos por estas! Quiero decir, cuando estuve aquí antes… ¡vinimos por aquí!

—¿Estás seguro? —preguntó Genevieve escéptica.

—Simplemente podrían parecer similares, —añadió Duncan.

Utha caminó hacia delante e inspeccionó las runas con cuidado. Hizo una serie de movimientos hacia los otros, y él no necesitó una traducción.

—No dice nada de Ortan, ¿cierto? ¿Menciona otro thaig? —Ante el asentimiento cauteloso de la enana, él se giró y estudió el túnel con cuidado. Había más crecimiento y corrupción aquí, pero ese había sido el caso desde que entraron en los Caminos de las Profundidades. El plano alteraba sus recuerdos, pero no podía decir que fuera porque realmente recordara este lugar o porque tantos de los pasadizos eran similares—. Si tengo razón, debería haber un cruce delante, con aún más runas en las paredes.

Los Guardas Grises parpadearon los unos hacia los otros, inseguros de qué hacer de la pronunciación de Maric. Sin otra palabra se giraron y empezaron a marchar hacia delante. En unos minutos, alcanzaron el cruce que recordaba. Había flujos de lava aquí, canales en las paredes esculpidos por los enanos y en un tiempo llenos de lava brillante que proveía de luz. El área estaba cubierta de escombros al azar, gran parte del techo habiendo colapsado, y, como él había predicho, más runas grandes estaban grabadas en las paredes.

Maric sonrió ampliamente.

El alivio exhausto en las caras de los otros era obvio. La idea de que no hubieran estado simplemente vagando sin dirección todo este tiempo era bienvenida. Sólo Genevieve parecía más perturbada por su suerte que reconfortada. Ella miró al pilar con sospecha y miró a Maric con una ceja alzada.

—¿Conoces el camino hacia el thaig de Ortan desde aquí?

Le llevó sólo un momento pensarlo.

—Por ahí. —Señaló él—. Recuerdo que vinimos por el otro camino, y entonces Katriel… vimos aquellas runas. Es como supimos hacia dónde íbamos.

Ella lo ponderó cuidadosamente.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó finalmente.

—Menos de un día.

Con un corto asentimiento, ella soltó su mochila, arrojándola al suelo.

—Entonces descansaremos aquí. —Cuando los otros vacilaron, mirándola con incredulidad porque no pretendiera presionarles a continuar, ella se encogió de hombros—. Por cualquier motivo, los engendros tenebrosos no están cerca. Debemos tomar ventaja, mientras podamos. No os molestéis en montar las tiendas. No nos quedaremos mucho tiempo.

Considerando que estaba preparado para colapsar, Maric no ofreció discusión alguna.

11

El primero de los hijos del Hacedor miró a través del Velo
Y tuvo celos de la vida que no podían sentir,
que no podían tocar.
En la envidia más negra nacieron los demonios.

—Cántico de Erudición 2:1

Duncan sentía que era poco más que un montón de magulladuras mientras caminaba junto a los otros. Apenas habían tenido un puñado de horas para descansar, tiempo suficiente para quitarse los cueros sudados que sentía como si hubiera estado llevando durante semanas y para untar de ungüento mágico sus heridas. Fiona lo había pasado, y todos tomaron turnos junto al fuego. Había sido una letanía de siseos dolorosos, gruñidos, y suspiros de alivio.

Su brazo seguía tenso y dolorido, pero Kell lo había inspeccionado y había declarado que ya no estaba roto. El hechizo de Fiona había servido, y el ungüento había logrado aliviar gran parte del dolor que le había estado plagando desde la batalla. Experimentando flexionó y aflojó su mano, frunciendo el ceño ante el hecho de que parecía difícil hacer un buen puño. Pero podía, y eso era lo que importaba.

Hafter fue el único de ellos que durmió bien. Casi tan pronto como montaron el fuego, el perro se acurrucó a los pies de su amo y estaba roncando en unos minutos. A Duncan le gustaba cómo se retorcían los pies del perro, y cómo ocasionalmente resoplaba como si estuviera a punto de ladrar en sueños. Los sueños de un perro probablemente eran sobre correr sobre praderas soleadas y ladrar a las ardillas, lo cual era el tipo de sueño que a Duncan no le importaría tener.

Entonces recordó que Hafter estaba emponzoñado al igual que el resto de los Guardas Grises. Quizás sus sueños eran igual de oscuros, y cuando corría, corría huyendo de las sombras aterradoras que siempre acechaban en los límites de la mente de un Guarda Gris.

Esperaba equivocarse, por el bien del perro.

Genevieve lideró el camino por el pasadizo, tensa y en silencio. Estaba ansiosa por llegar al thaig de Ortan tan rápidamente como fuera posible ahora, y no toleraría más retrasos. Los otros trataron de seguirle el ritmo, pero incluso así ella fue más y más por delante. Intercambiaron miradas los unos con los otros, claramente preguntándose si siquiera le importaba estar poniendo tal distancia entre sí misma y el resto del equipo.

Probablemente no, sospechaba Duncan.

Él bordeó más cerca de Fiona y caminó a su lado un rato. La maga parecía marginalmente menos pálida después de descansar. Genevieve le había prohibido estrictamente que utilizara más magia para acelerar la sanación de los otros, y aunque Fiona se había quejado, Duncan tenía que estar de acuerdo. Ya se habían encargado de

todas sus heridas importantes. Ella necesitaba su fuerza, especialmente si el thaig de Ortan era tan peligroso como clamaba Maric.

Él les había contado a todos lo que había sucedido la última vez que había ido allí hacía años. Arañas gigantes, deformadas por la ponzoña, habían caído sobre ellos desde un mar de telas de araña que ocultaba las extensiones superiores del thaig. Para derrotarlas, habían quemado las redes. Duncan se preguntaba si aún había arañas allí. Se estremeció ante el pensamiento. No le gustaban las pequeñas, y el pensamiento de encontrarse con unas tan grandes como él, con veneno goteando de sus mandíbulas. Era repulsivo.

—Necesito contarte algo, —susurró a Fiona. Cerca, Nicolas le dio una mirada molesta y aceleró su paso. Para quedarse por delante. No iba a haber perdón, vio Duncan. El guerrero había estado taciturno y tenso junto a la hoguera, apenas atendiendo a sus propias heridas y sin siquiera quitarse su armadura sucia cuando tuvo ocasión. Había escogido tomar la primera guardia sin cuestión, tensamente caminando mientras los otros le miraban con lástima.

La elfa le miraba con interés.

—¿Qué es? ¿Es sobre Maric?

—¡No! —resopló él—. ¿Qué pasa con vosotros dos?

Ella suspiró exasperada.

—Está bien. ¿Qué tienes que decirme?

—Es sobre Genevieve. —Él miró hacia la Comandante, y apenas podía verla en las sombras por delante. Era como si el thaig la estuviera atrayendo magnéticamente, y cuanto más se acercaba más rápido se veía impulsada a moverse—. Dejó el campamento durante la noche. No para ir a vigilar, tampoco. Quiero decir que se escabulló.

Fiona parecía confundida.

—¿Escabullirse? ¿Para qué?

—Eso es lo que me pregunté. Así que la seguí.

—¿Y ella no te vio?

—Resulta que he sido un muy buen ladrón en Val Royeaux antes de que tú llegaras.

—Tienes razón. ¿Qué viste?

—Realmente no fue muy lejos. —Él vaciló, de repente inseguro de deber contar la historia, después de todo. Quizás Genevieve lo vería como una invasión de su privacidad. Había estado fisgoneando, aunque en el momento se decía a sí mismo que sólo se estaba asegurando de que estuviera a salvo. Pero ahora que lo había sacado con Fiona, no tenía ningún sentido parar—. Ella bajó por un camino desde el cruce con una antorcha. Entonces empezó a quitarse la armadura.

—¿La viste desnudarse?

—¡No! Quiero decir… bueno, sí, pero no fue así. Pensé que quizás ella sólo quería algo de privacidad. Iba a darme la vuelta y dejarla estar, y entonces fue cuando lo vi.

—¿Ver qué?

—Pensé que era una magulladura. —Él recordaba demasiado bien el parche de decoloración que se extendía desde el hombro desnudo de la Comandante por el lateral de sus costillas y casi hasta su muslo. Se había alarmado al principio, especialmente por su intensidad.

Demasiado oscuro para ser una magulladura, se había preguntado si había sido una quemadura del aliento feroz del dragón. ¿Había estado ocultando su herida todo el tiempo? ¿Por qué lo haría?

—No lo era, aún así. No creo que Genevieve supiera lo que era, tampoco. Sostuvo la antorcha cerca para dar un buen vistazo a la luz.

—¿Y qué vio?

—Yo pensé… pensé que parecía carne de engendro tenebroso.

Fiona miró hacia delante, ponderando esta información mientras caminaban.

Por un momento, Duncan se arrepintió de decírselo. No había estado seguro de qué pensar cuando vio la «magulladura.» Había estado horrorizado, y por la mirada en la cara de Genevieve, ella había sentido lo mismo. Tenía el presentimiento, sin embargo, que no era la primera vez que lo había visto.

Había sabido que estaba ahí, y se lo había ocultado al resto.

—Podía simplemente ser una herida, —ofreció ella—. Una herida antigua.

—No lo creo.

—¿Qué otra cosa podría ser? —Ella se giró para mirarle abruptamente—. ¿Crees que ha cogido la plaga? Es una Guarda Gris, ¿cómo puede ser?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

Maric caminó hacia ellos de repente, eficientemente interrumpiendo su conversación.

—¿Qué estáis susurrando vosotros dos con tanta urgencia? —preguntó, tratando de luchar contra un bostezo y perdiendo la batalla.

—No es nada. —Dijo Fiona demasiado rápido.

—Sólo le estaba diciendo lo cansado que estaba, —cortó Duncan—. No hemos dormido mucho antes de que Genevieve nos levantara a patadas. Podría haber jurado que acababa de cerrar los ojos.

Kell caminaba cerca, su arco fuera y preparado. Hafter caminaba amistosamente junto a él.

—Yo, por ejemplo, me alegro de que no durmiéramos más, —murmuró el cazador.

—¿De verdad? —preguntó Maric.

—Los sueños son difíciles de soportar. —Los ojos de Kell se oscurecieron y apartó la mirada. Hafter alzó la mirada hacia su amo, gimiendo de manera burlona.

Utha caminó hacia ellos, haciendo varios gestos agitados con sus manos. Fiona suspiró y asintió de acuerdo.

—Yo también. Los sueños llegaron tan pronto cerré los ojos, como si me ahogara en ellos. —Ella cerró los ojos y se estremeció ante el recuerdo.

—¿Quizás es por estar dentro de los Caminos de las Profundidades? —preguntó Kell.

Maric se encogió de hombros.

—Yo no he tenido ningún sueño. Aparte de lo normal, quiero decir.

—Los Guardas Grises siempre tenemos sueños, —explicó Fiona—. Viene con ser parte de la consciencia de los engendros tenebrosos. Se han vuelto peores desde que entramos en los Caminos de las Profundidades.

—Cada noche ha sido peor que la anterior, —añadió sombríamente Kell.

—No para mí. —Duncan levantó la mano—. Yo he estado bien.

Fiona le miró con ojos de sospecha.

—¿Estás seguro? Daba por hecho…

—No. Sólo del tipo de sueños de queso normales.

—¡Oh! Yo tuve de esos, —se rió entre dientes Maric.

—¿De verdad? Fiona estaba utilizando esos hechizos para convertir a los engendros tenebrosos en pilares gigantes de queso oloroso, y yo seguía pensando, «¿Por qué queso oloroso de entre todas las cosas? Odio el queso oloroso.» Pero no usaba un hechizo diferente y se enfadaba de verdad conmigo.

—¿Quieres decir así? —Él señaló a la elfa, que estaba ciertamente mirándoles con enojada desaprobación.

—Ambos sois idiotas, —gruñó ella, poniendo sus ojos en blanco.

—Creo que era más que a ella simplemente le gustaba el queso oloroso, —le dijo a Maric—. No paraba de darle grandes bocados a cada pilar. Y todo lo que yo podía oler era a pies.

—Qué desagradable.

—¡Eso es lo que *yo* dije!

La aparición de Genevieve por delante de ellos cortó toda conversación abruptamente, como un salpicar de agua fría. Todos miraron mientras ella irrumpía de vuelta hacia ellos, su actitud de furia fría.

—¿Por qué os habéis frenado? —exigió ella—. Estamos ahí. —Sin esperar una respuesta se giró.

Corrieron para alcanzarla, y rápidamente descubrieron que tenía razón.

Fiona alzó su bastón y dejó que la luz blanca brillara intensamente en la caverna en la que habían entrado, y eso aún no lo reveló todo. Duncan sentía como si estuvieran penetrando en una tumba, una gran caverna llena de esqueletos de antiguos edificios enanos hace tiempo dejados para su silenciosa descomposición. Podía ver sombras de caminos destrozados, grandes columnas y estatuas caídas al suelo y destrozadas, edificios destripados, algunos de los cuales casi llegaban al techo sellado por encima.

Una vez esto había sido una bullente ciudad, y ahora no parecía más que silencio y tranquilidad. Un denso polvo blanco se había posado sobre todo, y los alcances superiores de la caverna no eran más de una nube gris llena de grumos extraños. Si era todo resultado de las redes quemadas hacía tantos años, no habían reconstruido. ¿Quizás las arañas gigantes se habían mudado? Siempre podían esperarlo.

—El thaig de Ortan, —jadeó Maric. Duncan se percató de la mirada distante, embrujada en sus ojos. Se ponía así cada vez que pensaba en su último viaje a los Caminos de las Profundidades. Hacía a Duncan preguntarse por qué el hombre había accedido a volver aquí, pese a la urgencia de su misión.

Genevieve tenía su espada ancha extendida ante ella alerta. Todos ellos tenían sus armas en mano ahora, de hecho, mirando a las sombras tranquilas como si esperaran que un enjambre de monstruos viniera corriendo hacia ellos.

—¿Ha cambiado algo? —preguntó a Maric.

—Menos telarañas.

La Comandante hizo un gesto a Kell, que se movió hacia delante y se arrodilló, estudiando las densas capas de polvo y tierra que cubrían la piedra. Hafter caminó a su alrededor, olfateando el suelo con su hocico y estornudando.

—Ha habido mucho movimiento por esta caverna. La mayoría ha sido muy reciente, y engendros tenebrosos.

—¿Y mi hermano? —preguntó ella.

La pregunta colgó en el aire, y Kell se detuvo. Miró al suelo con sus ojos pálidos, como si pudiera ver patrones en los leves rastros que ninguno del resto pudiera ver. Duncan sospechaba que ese era probablemente el caso. El cazador tenía una sensibilidad hacia la ponzoña que iba más allá de ninguna habilidad de rastreo que pudiera haber aprendido durante su época con los Guerreros de la Ceniza. Siempre era el primero en percibir la aproximación de los engendros tenebrosos, y podía discernir entre las varias estirpes por únicamente su aroma. Algunos de los Guardas Grises incluso clamaban que Kell podía hacer lo mismo con ellos, percibir quién era quién de lejos como si fueran engendros tenebrosos. Si era así,, el cazador nunca comentó nada de ello.

—Tu hermano ha sido traído por aquí, —aceptó finalmente.

—¿Adónde?

Él arqueó una ceja hacia ella.

—Estoy acostumbrado a su aroma particular, Genevieve, pero ni siquiera yo puedo rastrearle entre todos los otros. Ha estado aquí; es todo lo que sé. —Hizo un gesto al suelo, e incluso Duncan podía ver las pilas de polvo negro y tierra que habían sido alterados por muchos pares de pies. Pies de engendros tenebrosos, supuestamente, aunque aparentemente no todos.

Genevieve frunció el ceño en frustración, y buscó en las sombras distantes del thaig desesperada. Entonces sus rasgos se endurecieron y se ajustó la mandíbula, girándose para mirar a los otros.

—Entonces buscaremos en cada centímetro de esta ruina hasta que encontremos algún rastro de él.

—¿Cómo sabemos que siquiera hay un rastro? —Preguntó Maric—. Podría simplemente pasar a través de aquí. Podía haber sido cazado por aquí, por todo lo que sabemos.

—Entonces averigüemos hacia dónde corrió, —gruñó ella. Envainando la espada ancha en su hombro, ella se giró y marchó hacia las calles en ruinas del thaig. Los otros le siguieron sin cuestionarle.

Durante un tiempo se movieron cuidadosamente a través de los angostos pasadizos entre los edificios. Algunas de las paredes y caminos habían colapsado, dejando grandes trozos de escombros dispersos en su camino, pero muchos no. Era un testamento de las habilidades de los enanos que mucho de esos arcos cubiertos de runas y estatuas delicadas aún estuvieran en pie.

La luz del bastón de Fiona lo bañaba todo con un brillo burdo, pero dejaba muchas sombras. Por todas partes por las que miraba Duncan había oscuridad justo más allá del límite del brillo blanco del bastón, esperando tras las estatuas y las entradas, ocultando los secretos que este lugar guardaba. Imaginaba que las arañas de Maric aún permanecían ocultas en aquellas profundidades, observándoles progresar con sus muchos ojos oscuros y pequeños y esperando hasta que hubieran llegado demasiado lejos como para retirarse.

Se frotó los brazos, sintiendo de repente frío, y Fiona le lanzó una mirada oscura. Sostuvo su bastón preparada, buscando con alerta señales de ataque. Todos lo hacían. El único sonido que podían escuchar aparte de sus pasos amortiguados en el polvo era el gruñido de Hafter. Los pelos del pescuezo del perro estaban erizados, y parecía encontrar a cualquier edificio por el que pasaran digno de mantenerle la mirada.

Sólo Maric no parecía preparado para el combate. Sostenía su espada ancha vagamente a su lado, caminando entre los otros y alzando la mirada a las paredes a su alrededor con los ojos abiertos, tristes. Les había hablado de las arañas, sí, ¿pero qué más había sucedido aquí? ¿Estaba pensando en la elfa, la que había amado? ¿Estaba pensando en su esposa?

Pasaron por un arco de piedra, uno donde la pared a su alrededor había colapsado, dejando sólo la curva agrietada y polvorienta del arco solitario. Grandes runas habían sido grabadas sobre la cima, y Utha se detuvo y alzó la mirada hacia ellas, su cara sombría e ilegible.

—¿Qué es? —le preguntó Kell en silencio, caminando tras ella.

Ella hizo varios gestos, la mayoría de los cuales Duncan no pudo entender. Pero reconoció uno de ellos: *familia*. Esto debía haber pertenecido a la casa de la que ella venía, se dio cuenta él, una parte del legado de su familia. Kell asintió entendiéndolo y le dio unos golpecitos en el hombro.

Ella continuó alzando la mirada hacia aquel arco, determinación silenciosa en sus ojos.

Entraron en lo que parecía que una vez había sido un anfiteatro exterior, los escalones ahora desmoronándose y el escenario ahora amontonado de huesos de engendros tenebrosos amarillentos por la edad. Había tantos esparcidos entre los escombros que Duncan se maravilló ante ellos.

Mientras pasaban a través de un angosto callejón, Nicolas encontró una fisura en una de las paredes que llevaba a una armería vieja. Era enorme, las forjas de piedra aún

levantadas y que parecían como si alguien pudiera entrar y atizar el fuego incluso ahora para hacer que se fueran.

El resto eran ruinas, barriles cayéndose y herramientas de metal oxidándose en el suelo. Había piezas de cosas que podían haberse utilizado para forjar metal, y armas de aspecto impresionante, ahora picadas y deslustradas, aún colgando de las paredes.

Una de las forjas era excesivamente alta, alcanzando todo el camino hacia arriba hasta el techo de piedra y cubierta de runas todo el camino hasta abajo por el lateral de su chimenea. Parecía más un horno gigante, pensó Duncan, con extraños agujeros perforando su lateral a intervalos regulares.

—Es para el hueso de dragón, —mencionó Maric tras él—. Ponen el hueso tan caliente que necesitan meter agua por los agujeros para enfriarlo. ¿Ves por donde va por el suelo ahí? Eso baja a un pozo de lava. —Él le sonrió a Duncan—. O eso gritaba el Rey Endrin cuando me enseñó el de Orzammar. Decía que no había sido utilizado en siglos.

Duncan miró por uno de los agujeros. No vio nada salvo oscuridad, y ningún mecanismo obvio para abrir la forja.

—Quizás tu espada fue hecha aquí.

—Quizás lo fue.

Se movieron a través de la armería y forzaron las puertas oxidadas, descubriendo lo que una vez podía haber sido algún tipo de plaza central justo fuera. La luz del bastón revelaba evidencias de una batalla de hacía mucho tiempo, una que el paso del tiempo no había erradicado por completo. Algunas de las barricadas aún estaban, losas de piedra y bancos y otros objetos grandes habían sido arrastrados para cerrar el acceso desde las carreteras cercanas. La mayoría habían caído. O las paredes alrededor de ellas habían sido desintegradas. O habían sido destrozadas por cualquier fuerza que hubiera atacado a la gente aquí.

Por aquí perduraban. Incluso en medio de toda la tierra y polvo, Duncan podía ver los trozos de hueso y piezas de armadura y armas oxidadas… y ninguna de ellas era de engendro tenebroso. Había una fuente de piedra en medio de la plaza, la estatua de un enano soplando un cuerno aún en medio. Estaba crecida de líquenes y un denso musgo negro, la mayoría del cual había muerto cuando el agua que hubiera dentro de la fuente desapareciera hacía años. La concentración de huesos era mayor por los alrededores. Un último aguante, quizás, los defensores forzados a poner sus espaldas contra la fuente mientras luchaban contra los invasores engendros tenebrosos hasta el amargo final.

Era una escena triste. Duncan trató de no imaginar la desesperación que esos enanos debían haber sentido, abandonados a su destino. Habían caído aquí, y cualquier herido o superviviente había sido llevado sin duda por los engendros tenebrosos, mientras que los otros simplemente permanecieron donde cayeron. Se descompusieron aquí mientras los años pasaban y el polvo se asentaba, la fuente se secaba, y nadie señaló que hubieran muerto.

Utha caminó hacia una de las pilas de barricada y empezó a tirar de una de las losas planas de piedra más grandes de su base. Se negaba a ceder así que tiró con más fuerza,

poniendo su espalda contra ella, y ahí fue cuando Duncan se dio cuenta de que estaba llorando. Lágrimas silenciosas surcaban su cara mientras intentaba tirar de la losa, su frustración acumulándose.

Nicolas fue a asistirla, y la enana se detuvo tan pronto él se acercó. Le dio una mirada compasiva y se dobló para ayudarla, y después de recomponerse ella continuó con su tarea. Kell se unió a ellos y en unos minutos el trío liberó la losa.

Genevieve observó en silencio, sin objetar a esta extraña práctica pero aún ansiosa por seguir adelante.

Lentamente arrastraron la losa hasta la fuente y juntos la elevaron para que se inclinara contra la piedra. Sudando por el esfuerzo, Utha se quitó su capa negra y la lanzó sobre la parte superior de la losa. Se quedó allí, y ella alzó la mirada en silencio.

Todos lo hicieron. Era una lápida pobre, quizás, pero era mejor que nada.

Utha se limpió las lágrimas y se libró de su dolor. Si ofreció alguna súplica a sus ancestros Parangones, sólo pudo darle voz para sí misma. Duncan había estado tentado de ofrecer una súplica al Hacedor, pero no tenía la facilidad del Rey Maric para tales cosas. No sabía ni una sola línea del Cantar de la Luz, y además no tenía ni idea de si los enanos muertos habrían apreciado tal tributo.

Continuaron adelante. En su momento, Kell les llevó hacia una hoguera abandonada. Cómo la encontró, Duncan no tenía ni una pista, pero mientras se acercaban él la señaló. Una pequeña hoguera en la base de un alto obelisco, completamente intacto por el paso del tiempo. El obelisco se disparaba hacia arriba como un dedo en la oscuridad, completamente liso por todos sus lados, la cima oculta por las sombras.

Genevieve corrió, ansiosamente buscando alrededor de la hoguera cualquier cosa dejada atrás. No había nada, aunque por la forma en que el polvo estaba disperso parecía que alguien había dormido en un saco muy recientemente. Ella se giró y se movió hacia Kell, aunque él ya estaba corriendo para unirse a ella.

Tras un momento de arrodillarse junto al fuego, alzó la mirada hacia ella y asintió.

—Estuvo aquí. Este campamento es reciente.

—¿Hay alguna indicación de adónde fue?

—No. Durmió aquí, sin embargo, tan claramente llegó hasta aquí sin encontrarse a los engendros tenebrosos.

—¿Es eso posible? —preguntó ella, perturbada—. Le habrían percibido. Un Guarda Gris solitario moviéndose a través de los Caminos de las Profundidades debería atraer a los engendros tenebrosos como a moscas.

—Sin embargo, aquí estuvo.

Maric caminó hacia delante.

—¿Estás segura de que fueron los engendros tenebrosos los que le capturaron? ¿O que siquiera está cautivo? Dijiste que estaba vivo, y quizás lo está, pero no veo a los engendros tenebrosos tratar de tomar prisioneros.

Genevieve se giró hacia el Rey, y por un momento Duncan pensaba que iba a atacarle. Su ira lentamente se apagó, sin embargo, y ella volvió a mirar a la hoguera apagada. Sus ojos se volvieron vacíos y embrujados.

—No, —admitió finalmente—. No sé eso con seguridad.

Por un largo minute el grupo permaneció en silencio. No había ni un único sonido en la caverna oscura, y sólo la más leve brisa húmeda… aire que fue traído a través de cualquier pieza maestra de ingeniería enana que permaneciera en este lugar, suponía Duncan.

Se preguntó qué otro tipo de criaturas podría estar aquí abajo que pudieran haber capturado a un Guarda Gris, y por qué lo harían. Y si eran los engendros tenebrosos, ¿por qué de repente empezarían a actuar de una forma en la que nunca lo habían hecho antes?

Genevieve miró en todas direcciones, mirando lejos en la caverna. Lo que estaba buscando, realmente no podía decirlo. ¿Una pista? ¿Un sentimiento, cualquier cosa? Gran parte del thaig estaba envuelto en sombras, ella probablemente no podía ver demasiado. Los esqueletos de los edificios flotaban a su alrededor, siluetas de estatuas robustas y las propiedades maltrechas de lo que seguramente había sido una vez de grandes familias. No tenían tiempo de buscar en todo.

—Ahí, —afirmó ella firmemente, señalando a la distancia.

Duncan miró hacia donde ella estaba señalando: En el extremo lleno de sombras del thaig, apenas visible al borde de su luz, estaban los restos de un gran palacio que una vez había sido tallado en la roca. Podía haber sido hermoso una vez, pilares y paseos llevando hasta un grupo de grandiosas puertas que se alzaban altos sobre cualquier visitante, pero ahora era poco más que un cascarón, una serie de escaleras rotas y escombros y huecos excavados en la pared que llevaba profundo hacia dentro.

El viejo palacio estaba cubierto de filas de cenizas y tierra antiguas, ¿y quién sabía qué había dentro de esa madriguera oscura de túneles?

—*Tienes* que estar de broma, —murmuró él entre dientes.

—¿Pero por qué allí? —preguntó cuidadosamente Kell.

—Porque es adonde él iría, —afirmó ella con seguridad—. Si viniera aquí, ahí es donde se dirigiría. —Sin decir otra palabra empezó a marchar en esa dirección. Los otros se miraron los unos a los otros inseguros, pero uno a uno la siguieron.

Había pocas opciones, realmente.

—Estamos tambaleándonos a ciegas, —susurró Fiona, frunciendo el ceño.

Duncan la miró pero no comentó nada. No iban a ciegas, en realidad. Estaban siguiendo la visión de Genevieve, pero se sentía cada vez más como si estuvieran tambaleándose tras un fantasma. Se preguntaba si su comandante realmente sabía adónde iba ya, y sospechaba que los otros se preguntaban lo mismo.

Les llevó varias horas caminar finalmente hasta las ruinas del palacio. La tierra se inclinaba hacia arriba cuanto más se acercaban, y la cantidad de escombros se volvía tan densa que era imposible permanecer en los caminos. Edificios enteros habían colapsado

aquí, asfixiando los caminos y forzándolos realmente a trepas sobre las pilas de mampostería en lugar de tratar de rodearlas.

Mientras alcanzaban el pie de las escaleras principales que llevaban al palacio, Duncan empezó a darse cuenta de lo enorme que era en realidad.

Las escaleras por sí mismas se alzaban altas sobre ellos, requiriendo un salto de más de cien pies, gran parte de las escaleras se había agrietado y derrumbado hacía tiempo. Estaban amontonadas de trozos de piedra que habían caído desde arriba y trocitos de hueso y metal oxidado que podían haber sido una vez cuerpos.

Uno de los pilares intactos que bordeaban las escaleras era fácilmente de cientos de pies de altura, casi alcanzando la parte superior de la caverna. Su superficie era una telaraña de gruesas grietas, y él se preguntaba si se derrumbara, el techo cerrado del palacio caería sobre ellos. El techo podía haber contenido alguna vez frescos arrebatadores. Ahora estaba manchado y chamuscado, con sólo una sombra de la belleza que había tenido una vez.

Varios de los otros pilares ya estaban tumbados, y al menos una enorme sección de un pilar yacía en su camino. Claramente cuando había caído, había provocado una gran destrucción y creado un cráter gigante en lo que una vez era un rellano de mármol enfrente de las gigantescas puertas del palacio.

Sólo una de aquellas puertas aún permanecía, y yacía abierta y torcida como si apenas estuviera colgando antes de que también cayera al suelo. Podría haber sido de bronce, pensó Duncan. Ahora estaba manchada de una pátina verde horrenda, y cubierta de un liquen tosco que había ocultado por completo cualquier inscripción y grabado que decorara su superficie hacía tiempo.

Más allá sólo había sombras. Vio rastros de redes gigantes; hebras de telaraña colgaban ahora del techo. El grupo intercambió miradas de alerta cuando vieron un cascarón ennegrecido justo dentro de la puerta, y sólo al acercarse vieron que era una de las arañas gigantes de las que Maric les había hablado, sus piernas curvadas cerca de su cuerpo cono una caja torácica retorcida. Cuánto había estado yaciendo allí no podía decirlo, pero era lo suficiente como para estar tan cubierta de polvo como todo lo demás en la entrada.

—Quizás acabasteis con todas, —jadeó Duncan, aún mirando con horror a la araña.

—No lo creímos, —dijo Maric—. Las escuchamos moverse al día siguiente. O al menos pensamos que eran ellas.

Genevieve golpeó el cascarón con su espada, y con un fuerte empujón rodó. Su cabeza se volvió visible, y Duncan vio que sus mandíbulas eran fácilmente lo suficientemente grandes como para cortar la cabeza de un hombre. Afortunadamente sus muchos ojos se habían marchitado hacía tiempo y se habían cubierto de polvo. No quería verlos.

—¿Crees que las arañas tenían su nido en este palacio? —preguntó ella al Rey.

—Nunca vinimos aquí arriba para verlo.

—No hemos visto ninguna araña viva desde nuestra llegada, —dijo ella pensativa, más para sí misma que para nadie.

Kell se arrodilló, pasando su mano a través de la capa de tierra en el suelo y entonces frotándola entre sus dedos.

—Alguien ha pasado por aquí recientemente, —murmuró él.

—¿Fue mi hermano? —exigió Genevieve.

—No lo sé. —Su ceño se frunció confundido—. El rastro es extraño. Definitivamente era una sola criatura, o el hombre que buscamos o un engendro tenebroso. Sólo que…

—Es suficiente. Vamos adentro. —Ella empezó a pasar por la entrada, su espada sostenida cuidadosamente enfrente de ella mientras miraba arriba y alrededor hacia las hebras de red colgando.

—Espera, yo no…

—Vamos, —ordenó ella. Duncan corrió para alcanzarla, y escuchó a los otros seguirle. Su corazón golpeaba en sus oídos, el sudor cayendo por su cara mientras lentamente se movían hacia las profundidades del palacio enano. No sabía qué encontrarían dentro, pero el miedo que le agarraba clamaba que no sería nada bueno.

De algún modo había imaginado que las redes simplemente se volverían más y más densas hasta que alcanzaran el corazón de algún nido, con alguna enorme araña reina monstruosa para recibirles. Pero no fue así del todo. Las redes empezaron a desaparecer no mucho después de la entrada, y mientras encontraron un par de cuerpos de araña marchitos, aquellos, también. Terminaron. Las sombras se cerraron a su alrededor, el aire volviéndose más y más denso. Los sonidos de su respiración forzada y los ecos de sus pasos lentos sobre la piedra eran todo lo que podían escuchar.

Entraron por una enorme galería, perfilada de estatuas enanas y grandes pinturas que se habían ennegrecido y desprendido por el paso del tiempo. La luz del bastón sólo revelaba una pequeña parte de ello, pero parecía que continuaba eternamente, grandes pilares de mármol alzándose hasta un techo que ni siquiera podía ver.

El sonido de sus pasos cambió de repente. Se convirtió en un fuerte ruido de crujido, como si estuvieran pisando grava.

—Mirad, —dijo Kell.

Duncan bajó la mirada. El suelo de la galería estaba todo cubierto de un mar de huesos. Huesos de engendros tenebrosos. Muchos de los esqueletos aún estaban intactos, la carne corrupta seca hacía tiempo hasta que fue una funda coriácea. Aún llevaban sus placas pectorales ennegrecidas y armas, también. Una gran batalla había ocurrido aquí, estos engendros tenebrosos presionando hacia… ¿qué, exactamente? ¿Y qué los había matado a todos?

Sus números eran mayores cuanto más lejos caminaban. Era posible trazar un camino entre los huesos, pero no fácil. Duncan empezó a identificar esqueletos enanos entre los engendros tenebrosos. Habían sido superados en número. Docenas y docenas de engendros tenebrosos por cada defensor. Vio uno de los cuerpos enanos aún en su armadura oxidada, rodeado por una pila de huesos de engendro tenebroso de una forma

que hacía parecer que todos hubieran muerto mientras las criaturas habían estado destrozando al enano. Todos a la vez. Eso no podía ser cierto, ¿no?

—Esto es bizarro, —dijo Maric junto a él, reflejando sus pensamientos mientras miraba alrededor. Duncan simplemente asintió—. ¿Y su hermano vino por aquí?

—Hay un rastro, —comentó Kell desde cerca.

—¿Pero es suyo?

El cazador miró a Maric con sus ojos pálidos y no dijo nada, la respuesta en ellos estaba clara: No lo sabía. Genevieve no dejaba que eso la detuviera, sin embargo. Si acaso, estaba acelerando mientras se movía por la galería, casi como si esperara encontrar a su hermano al otro lado.

Duncan tenía sus dudas. ¿Podía haber algo vivo aquí aparte de ellos? Si el hermano de Genevieve estaba aquí, ¿cómo podía no haberles escuchado aproximarse? Sus pasos crujientes hacían eco con fuerza en la galería, una cacofonía que parecía violentamente extraña con la serenidad de este cementerio. Había oído historias de esqueletos poseídos por demonios que se levantaban y atacaban a cualquier cosa con vida… medio esperaba que esos huesos hicieran exactamente eso, levantándose para silenciar a los intrusos en sus dominios silenciosos.

Un par de puertas gigantes de piedra se alzaban por delante de ellos, apareciendo de la penumbra como monolitos gemelos alzándose sobre los huesos abajo. Las puertas habían sido destrozadas hacia dentro por una gran fuerza, y era fácil ver qué era. Había enormes cuerpos de engendros tenebrosos enfrente de las puertas, cosas gigantescas que debían haber sido una vez de doce pies de alto con grandes cuernos, curvados, sobresaliendo de sus cráneos. Se les llamaba ogros, si recordaba bien, pero nunca había visto realmente a uno con vida.

Sus arietes descansaban junto a sus cuerpos, trozos de metal de aspecto retorcido que debían haber utilizado para forzar aquellas puertas.

Cuánto había llevado, uno sólo podía imaginarlo. Días, probablemente.

Había todo tipo de escombros al otro lado de las puertas, alguna barricada enorme que los engendros tenebrosos habían roto finalmente y por la que habían pasando, muriendo por cientos mientras lo hacían.

Genevieve se aproximó a las puertas cuidadosamente, sus ojos bien abiertos mientras luchaba por ver más allá de ellas. Con un gesto de su guantelete a Nicolas, ella le mandó al otro lado de los cuerpos de los ogros.

Nada se revolvía.

—Más luz, —ordenó a Fiona.

La maga frunció el ceño, y concentrándose su bastón de repente llameó brillando. Duncan cerró y se cubrió los ojos. De repente podía ver todos los esqueletos muertos en la galería extendiéndose por cientos y cientos de pies tras él. Todo un ejército.

Podía entrever las runas talladas en los pilares, y las grandes vigas aún entrecruzando el techo a cien pies por encima de sus cabezas.

Más allá de las puertas había una cámara redonda, con cúpula. La primera cosa de la que Duncan se percató era del trono que se asentaba en una tarima de piedra en su centro. La segunda cosa era un mar de esqueletos. Eran enanos, todos ellos, una capa de huesos tan densa que era imposible ver el suelo. La propia tarima estaba despejada, pero un único esqueleto se sentaba en aquel trono. Un único testigo, silencioso de la carnicería, ahora cubierto de una capa de polvo.

Uno a uno, el grupo se movió hacia la cámara. Escogieron su camino cuidadosamente entre los cuerpos caídos, mirando alrededor maravillados. El silencio era palpable. Era como si estuvieran poniendo los pies en algo oscuro y terrible, donde la luz del bastón de Fiona parecía dura y poco agradecida.

—Miradlos a todos, —dijo Fiona con asombro.

Los esqueletos en la habitación eran más abundantes cerca de las puertas. Al principio su suposición había sido simplemente que los enanos habían estado luchando contra los engendros tenebrosos mientras habían irrumpido por las puertas, la última línea de defensa de su gobernante enano. ¿Pero dónde estaban los cuerpos de engendros tenebrosos dentro de la sala del trono? No había ninguno.

Utha hizo un gesto, sus ojos bien abiertos. Kell asintió.

—Estoy de acuerdo. Esto es demasiado extraño.

—Deberíamos irnos, —dijo Maric en silencio.

—No, —soltó Genevieve. Con la espada fuera, empezó a moverse más cerca del trono—. Hay algo aquí. Puedo sentirlo.

—Algo, sí, —le gritó Maric—. ¡Pero no tu hermano!

Ella le ignoró.

Duncan caminó hacia los cuerpos que estaban justo junto a la puerta, arrodillándose para echar un vistazo de cerca. Fiona estaba tras él, también intrigada. Él se percató de que sólo algunos de ellos aún tenía armas, ahora oxidadas e inútiles. El resto no tenía nada. Fuera en la galería, los esqueletos estaban todos sosteniendo sus espadas, o sus espadas estaban cerca, pero aquí dentro las armas sólo estaban en alguna parte del suelo.

Fiona jadeó con fuerza.

—¡Mirad las puertas!

A la luz él pudo verlo claramente. El interior de las puertas estaba cubierto de arañazos. Arañazos largos, profundos por todas partes. Algunos de los esqueletos aún extendían los brazos hacia arriba con sus extremidades, aún agarrados a la puerta. Era lo mismo en la pared junto a las puertas. Algunos de los huesos de los dedos estaban desgastados hasta los nudillos.

Estos enanos no habían estado luchando contra los engendros tenebrosos. Habían estado tratando de *salir* incluso mientras los engendros tenebrosos estaban golpeando para entrar. Algo les había asustado tan terriblemente que habían tratado de abrirse paso a arañazos con sus manos desnudas. Y entonces habían muerto.

Todos ellos, a la vez. Y los engendros tenebrosos habían muerto con ellos.

¿Qué había sucedido aquí?

Algo iba terrible, terriblemente mal. Duncan se giró y vio a Genevieve caminando hasta la tarima, con Maric y los otros justo detrás de ella. Ella parecía traspuesta por el único esqueleto enano que se sentaba en ese trono. Parecía reclinarse ahí, en una silla de piedra que era mucho más grande que él, como si simplemente se hubiera quedado dormido con sus brazos aún en los reposabrazos. Llevaba un casco negro elaborado, con pequeños cuernos y una máscara de hierro, y una cota de malla negra aún envuelta alrededor de sus huesos. Y no había ni un solo cuerpo a treinta pies de él.

Los enanos habían estado tratando de alejarse del trono.

—¡Espera! —gritó Duncan.

Genevieve se detuvo y se giró, curiosa, y observó con horror mientras el esqueleto en el trono junto a ella de repente se movía.

Alzó su cabeza, sus cuencas de los ojos encendidas con un brillo rojo, siniestro. Un denso poder se arremolinaba en las sombras a su alrededor, un susurro de voces en sus oídos mientras una antigua magia tomaba forma.

La Comandante rodeó al esqueleto, sus ojos bien abiertos de terror, y alzó su espada amenazadora.

—¡Retroceded! ¡Retroceded! —gritó a los otros. Utha y Kell retrocedieron lentamente, el cazador con su arco desenfundado. Hafter permanecía a su lado, gruñendo amenazadoramente. Maric y Nicolas permanecieron a las espaldas de Genevieve, sacando sus armas.

HAS VENIDO. La voz venía tanto del esqueleto en la tarima como sonaba en la cabeza de Duncan. Podía sentirla deslizándose en su mente como una anguila, como algo que hubiera dejado un rastro desagradable tras él que le hacía estremecerse. *HE ESPERADO, Y AL FIN HAS VENIDO.*

Nicolas rugió de ira y cargó hacia el esqueleto, su escudo levantado y su maza alta sobre su cabeza. El esqueleto ondeó una mano hacia él y un estallido de poder le mandó volando fuera de la tarima, chocando con fuerza contra el suelo en medio de los esqueletos.

—¡Nicolas! —gritó Genevieve.

CUANDO EL PRÍNCIPE ENANO ME LLAMÓ, LE GARANTICÉ LO QUE DESEABA. Y HE ESPERADO EN LA OSCURIDAD A ALGUIEN PARA QUE ME LLEVE DE VUELTA A LA LUZ, Y TÚ HAS VENIDO.

—¡Nunca! —Gritó de nuevo Genevieve—. ¡Nunca lo haré!

Duncan corrió hacia la tarima, sacando sus dagas, con Fiona corriendo a su lado. Ya estaba reuniendo una corona de poder alrededor de la cabeza de su bastón, susurrando palabras entre dientes. La magia estaba llenando toda la cámara, pero no estaba seguro de que fuera toda suya. La luz era oscura y verdosa, erizando su piel y llenando su cuerpo de una extraña pesadez.

TÚ NO. El esqueleto se giró ahora y señaló a Fiona, extendiendo un largo y huesudo dedo hacia ella. Ella se detuvo, jadeando en voz alta mientras una negrura líquida la envolvía. *ERES TÚ.*

El bastón se le cayó de las manos, su brillo blando desapareciendo por completo, sus ojos abriéndose en shock.

Maric corrió hacia el esqueleto, y él movió su otra mano, mandando un rayo de relámpagos que le mandó de espaldas, forzándole a sacudirse y tener espasmos en el suelo mientras las energías eléctricas chispeaban sobre todo su cuerpo. Gritó de agonía.

Dos flechas aceleraron hacia el esqueleto, entrando en sus huesos inútilmente.

Genevieve alzó su espada en alto.

—¡Atacadlo! ¡Destruidlo! —Ella corrió hacia la criatura, saltando sobre Maric en el suelo, con Utha inmediatamente tras ella. Duncan se giró para ayudar a Fiona, extendiendo el brazo para tratar de liberarla del poder negro que la tenía en su poder, pero era tan frío que le quemó la mano. Él retrocedió, siseando en un dolor repentino.

SÉ LO QUE DESEAS. El esqueleto alzó ambas manos ahora y el brillo verdoso en la habitación se intensificó. Duncan lo sintió afectándole, drenando su energía. Se tambaleó sobre una rodilla, su cabeza de repente acolchada como si se acabara de despertar de un sueño profundo. En la tarima, Genevieve y Utha también cayeron de rodillas. Kell soltó su arco, vacilante, y Hafter gimió confundido. *TE HE ATRAÍDO AQUÍ CON LA PROMESA DE ESE DESEO, Y HAS VENIDO. AL FIN SERÉ LIBRE DE LA OSCURIDAD.*

Requirió de todo lo que Duncan podía hacer para evitar colapsar en el suelo. El sudor perlaba su frente y dejó caer ambas dagas. Su visión se nubló. Vio a Maric tratando valientemente de arrastrarse por el suelo hacia el esqueleto, apretando sus dientes con el esfuerzo.

Utha cayó, inconsciente, y Genevieve no estaba muy lejos tras ella.

La desesperación llenó a Duncan mientras vio *algo* alzarse fuera del esqueleto, como volutas delgadas de humo que se alzaban de sus huesos y nadaban por el aire para hundirse en Fiona.

La elfa lanzó hacia atrás su cabeza y dejó salir un aullido horrible, ansioso. Todo su cuerpo se tensó, sus manos volando a sus lados. Su piel se volvió de un blanco pálido, y entonces empezó a cambiar. Se sacudió, y retorció. Su cuerpo creció, y tomó una forma espantosa, su cabeza convirtiéndose en algo retorcido y colmilludo mientras aullaba de tormento.

Y entonces la transformación fue hecha. Una abominación demoníaca ahora estaba donde Fiona había estado una vez, una cosa de carne prestada y garras, su género ya ni siquiera era aparente. Los ojos de la cosa brillaban con amenaza, y miró a Duncan entretenida. Movió una mano hacia él.

DUERME

El mundo se volvió gris y borroso, y la tierra se alzó para recibirle. Durmió. Pese a cada fibra de su ser luchando contra ello, aún así durmió.

Todos lo hicieron.

12

Aunque todo ante mí son sombras,
Aún así el Hacedor debe ser mi guía.
No debo ser dejado para vagar a la deriva por los caminos del Más allá.
Ya que no hay oscuridad en la Luz del Hacedor
Y nada de lo que él ha forjado debe ser perdido.

—Cántico de Pruebas 1:14

La luz del sol entraba por una ventana abierta, las cortinas de seda amarilla ondeándose suavemente en la brisa. Le llevó a Maric un momento darse cuenta de que estaba en el palacio en Denerim. Inhaló profundamente, sorprendido de lo maravillosamente que olía el aire, lo cálida que era la sensación del sol sobre su piel desnuda. Era tan fácil olvidarse de esos placeres simples cuando estabas a millas bajo tierra en los Caminos de las Profundidades…

Los Caminos de las Profundidades. El pensamiento chirriaba, y de repente se preguntaba por qué estaba en el palacio. ¿No debería estar con los Guardas Grises? El recuerdo se le deslizaba como el mercurio cuanto más trataba de concentrarse en él. ¿Había estado soñando?

Estaba en su propia cama en las cámaras reales, llevando sólo sábanas frescas de lino y no una armadura pesada de placas de platerita. El tocador de caoba que había sido un regalo de la familia real Antivana dominaba la pared. Los anteojos fabricados por los enanos de su abuelo estaban en el pequeño escritorio, recuperados a grandes expensas de un noble Orlesiano en Nevarra, y junto a ellos estaba el tomo engorroso sobre el Rey Calenhad que había estado leyendo lentamente el último año. No tenía talento por la lectura, y la lengua escolar era lo suficientemente densa como para hacer el esfuerzo difícil. Maric era terco, sin embargo.

Estaba donde se suponía que debía estar. ¿Por qué pensaba que había viajado en alguna aventura, cazando junto a una antigua orden que ni siquiera existía ya en Ferelden? Toda la idea era absurda.

Alguien se movía en la cama junto a él y él se quedó helado. Rowan estaba muerta. No debería haber nadie…

—¿Maric? —llegó una voz amortiguada, somnolienta.

El pánico se aferró a él, y su corazón empezó a palpitar rápidamente. Miró con los ojos como platos mientras la mujer levantaba su cabeza de las almohadas. Los rizos del color de la miel eran tal y como los recordaba, enmarañados y sin cubrir del todo sus orejas de elfa. Unos grandes ojos esmeralda parpadeaban hacia él mientras sonreía.

—Es extraño que me mires así, —ella se rió entre dientes—. ¿Has tenido una pesadilla?

Katriel. Era Katriel, la espía elfa que había matado ocho años antes.

—Yo… no lo sé, —se atragantó—. Quizás la tuve.

Ella hizo una mueca y alzó una mano, apartándole el pelo de sus ojos. El gesto era algo de sus recuerdos distantes, y aún así tan marcadamente familiar. Él le cogió la mano y la sostuvo firmemente contra su mejilla. Ella incluso olía igual. ¿Cómo había olvidado eso? Las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—Oh, Maric, —dijo ella, su preocupación de repente real—. ¡Sí que has tenido una pesadilla! Oh, mi querido. Siempre el sensible, ja.

Él sostuvo su mano junto a su cara un momento más, asustado por si al dejarla ir ella se le deslizara. Pero finalmente luchó contra sus lágrimas y la miró.

—¿Cómo llegaste aquí? No lo entiendo.

—Vine a la cama después de que te durmieras. Espero no haberte despertado.

—No, quiero decir, ¿qué hay de Rowan?

Su ceño se frunció confundida.

—Rowan está en Gwaren con Loghain, como debe estarlo. No esperamos que lleguen a Denerim hasta mañana. ¿Has perdido la noción del tiempo?

—¿Esperarlos? —Él se frotó la cabeza, confundido—. Pero… Rowan está muerta.

Katriel se sentó en la cama ahora, las sábanas cayendo y revelando su atractivo cuerpo y su piel pálida tal y como la recordaba.

Ella le abrazó cercana, suspirando con tristeza.

—¿Es ese el sueño que has tenido? Oh, Maric. ¿No lo recuerdas? Estaba muy enferma, sí, y estábamos muy asustados, pero Loghain la hizo superarlo.

—Loghain la hizo superarlo, —repitió él. Un lugar vacío en su corazón le dolía, haciendo que se sintiera su presencia. Lo recordaba demasiado bien.

—Ya sabes cómo es él. —Ella frunció el ceño, acariciando su pelo una vez más—. Ahí estaba, desgastándose y cercana a la muerte, y el bastardo estaba gritándole, gritando que destrozaría el propio Velo para recuperarla si moría. Tú estabas muy enfadado con él.

No podía responder. Tragó saliva, y su garganta se sentía constreñida y seca. Ella le tocó la mejilla con su mano y le miró cálidamente.

Una vez podía haberse ahogado en aquellos ojos esmeralda.

—Estaba orgullosa de ti. Nunca me gustó ese bastardo, y no sé por qué le aguantas. Aún así, él sostuvo la mano de Rowan durante días, negándose a dormir o a comer. Dijeron que su voluntad era tan fuerte que ella no pudo negarse, y sobrevivió.

—¿Eso es todo lo que requirió? —graznó él silenciosamente.

—Shhhhh, —ronroneó ella, inclinándose cerca y plantando un suave beso en sus labios. Él se sentía adormecido y no respondió—. No dejes que te moleste tanto. Tu reina está aquí, mi amor. ¿No me dejarás ayudarte a olvidar ese terrible sueño?

Maric se permitió ser tirado sobre ella. Ella le besó de nuevo, y esta vez él respondió, lentamente al principio pero luego con más vigor. El sentimiento era tan real, tan potente, que no podía negarlo.

¿Cuán a menudo había deseado esto mismo? La oportunidad de volver atrás y deshacer lo que había sido hecho, hacerlo bien.

Esto era como debería haber sido. Habría sido tan simple simplemente permitir que ocurriera. Profundamente sabía que habría sido posible olvidar que había asesinado alguna vez a esta mujer, que se hubiera casado alguna vez con Rowan y entonces la hubiera visto morir mientras su mejor amigo se volvía más y más frío con cada año que pasaba. Aquí, ser un rey no sería una rutina, y mientras miraba los ojos de Katriel delante de él y veía su sonrisa torcida, lo encontraba muy tentador.

Pero había otra elfa. Casi sin quererlo, el recuerdo sacó a Fiona, sucumbida por el demonio y transformada en una abominación. Sus gritos agonizantes aún sonaban en sus oídos, e incluso aunque la otra vida se le deslizaba entre los dedos como un sueño medio olvidado, esa parte tiraba insistentemente de su consciencia.

Le había hecho a Fiona una promesa.

—No puedo, —susurró él, separándose de Katriel. Se movió a su lado de la cama y salió mientras ella le miraba confundida, agarrando las sábanas contra su pecho.

—¿Pero por qué? ¿Qué pasa?

—Esto no es real. —Él se negaba a mirarla, se negaba a mirar a aquellos ojos verdes. Recordaba mirarlos cuando había hecho pasar su espada a través de su pecho, sin creer del todo que siquiera lo había hecho mientras veía su vida deslizarse de ella. En aquellos ojos había visto tal decepción total. Ella había esperado alcanzarle, apelar a su misericordia incluso aunque supiera que era inútil, y él había cumplido sus expectativas por completo. Aún así aunque esta vida se sentía completamente real y seductora, no podía soportar el pensamiento de Fiona ahí fuera sufriendo. Tenía que actuar.

—Maric, —dijo ella suavemente tras él.

Él se negó a darse la vuelta, apretando sus puños por el esfuerzo que le llevaba.

—Maric, —dijo ella más firmemente—. Mírame. —Reluctante se giró. Katriel le miraba triste, como si supiera que estaban a punto de separarse—. Podríamos tener una vida aquí, —dijo ella—. No necesitas volver a ese otro mundo. Puedes quedarte aquí.

—Quedarme aquí y fingir, quieres decir.

—¿Es fingir? —Ella sonrió burlonamente—. ¿Qué es la realidad, Maric? ¿Qué es, en realidad? Podrías ser feliz. ¿Por qué crees con tanta fuerza que debes hacer lo que te hace infeliz? ¿No te has ganado un poco de felicidad?

Katriel extendió una mano, esperando a que Maric la tomara para poder atraerle de nuevo a la cama. Sus ojos le rogaban. Él sacudió su cabeza, su corazón rompiéndose, y su mano cayó lentamente.

Ella no lloró. Él se giró y salió de la habitación rápidamente, antes de que cambiara de opinión. El vacío en su corazón se sentía como si se hubiera convertido en un pozo sin fondo que nada pudiera nunca llenar. Él lo cerró, lo selló, y se forzó a volverse insensible. Era algo que había hecho durante tanto tiempo que casi le llegaba fácilmente ahora.

La insensibilidad se había convertido en su segunda naturaleza.

Tan pronto salió por la puerta, el mundo cambió. Estaba en un paisaje retorcido con paredes y puertas desconectadas, como si alguien hubiera extendido las partes de un edificio sin ningún conocimiento de su relación de las unas con las otras. Más increíble

de lejos era el cielo, un vasto mar de negrura con lazos de blanco arremolinándose cruzándolo. Flotaban islas sobre él, algunas grandes y aparentemente a un brazo de distancia, y otras distantes.

Todo tenía un extraño tono antinatural, la esquina de su visión desvaneciéndose como si nada de esto fuera lo suficientemente distinto como para ser real.

Observó cómo las paredes de retales se movían lentamente, formando distintas configuraciones enfrente de él y entonces lentamente juntándose. Una pared se desintegró silenciosamente en el suelo, desapareciendo por completo. Luces flotantes pequeñas captaron su atención, volutas brillantes acelerando por el paisaje no lejos de donde estaba.

Este era el Velo. Los hombres venían aquí a soñar, y supuestamente sólo los magos eran capaces de cruzarlo mientras estaban despiertos, pero aquí estaba él. ¿Se había quedado dormido? ¿El demonio lo había atrapado aquí de algún modo, y era por lo que permanecía incluso aunque estuviera despierto? ¿Qué le estaba sucediendo a su cuerpo en el mundo real?

Ninguna de sus preguntas tenía respuesta. Se quedó allí en aquel plano, sintiendo una brisa seca acariciar su cara. Al menos su armadura apropiada y sus ropas habían reaparecido al dejar su cámara.

Eso era algo. Su cámara, y el resto del palacio con ella, simplemente habían desaparecido. Así como Katriel. Él miró alrededor pero no vio ningún rastro de que hubiera existido nunca, y sintió una punzada de arrepentimiento por lo que había perdido.

Pero no había sido real, ¿no? Había sido un sueño conjurado para su beneficio, pretendiendo retenerle aquí. Tenía que esperar que eso significara que había una salida.

¿Pero cómo deja uno el Velo? Mirando alrededor, se dio cuenta de que no tenía la más mínima pista de adónde ir. No había ningún camino que llevara más allá del terreno en el cual estaba. No vio estructuras, ningún portal brillando ni nada del estilo. Sólo las entradas que llevaban… ¿adónde, exactamente? Aparte de lo que Fiona había dicho aquella noche fuera de los Caminos de las Profundidades, no sabía nada del reino de los sueños.

—Ya estás perdido, según veo, —murmuró una voz tras él.

Se giró y se quedó helado mientras se daba cuenta de que era Katriel. Ella tenía el aspecto que él recordaba mejor, en los cueros recios que había llevado durante sus viajes por los Caminos de las Profundidades. Una daga estaba en la funda de su cinturón y sus rizos rubios ondeaban en la brisa que soplaba por el campo. Katriel le miraba ahora con una mirada entretenida, pero parecía contentarse con esperar a que él hablara.

—Tú… tú no estás aquí, —tartamudeó él.

—Aparentemente lo estoy.

—Pero no eres Katriel.

—Estás seguro de eso, ¿no? —Ella caminó hacia él, su entretenimiento disolviéndose en un ceño fruncido molesto—. Te conozco lo suficientemente bien, Maric, y no eres un erudito. Sabes tanto del Velo como de la viticultura. Necesitas mi ayuda.

—Tu ayuda, —repitió él ausente.

Ella arqueó una ceja hacia él.

—¿Crees que puedes atravesar el Velo por tu cuenta? Te llevé por los Caminos de las Profundidades, una vez. Puedo llevarte por aquí. Si es lo que realmente quieres.

Maric retrocedió varios pasos. Esta parecía Katriel y sonaba como Katriel, pero no era ningún sueño suyo ya.

Ella tenía que ser algún tipo de demonio, algo que le había seguido fuera de su sueño una vez fracasó en su misión. Ahora estaba tratando de atraerle de vuelta. Su corazón palpitaba rápidamente en su pecho mientras desenvainaba su espada, esgrimiéndola ante ella alerta.

—Retrocede, —gruñó él—. Estás tratando de atraparme de nuevo. Pero no me quedaré; ¡necesito salir de aquí!

Katriel parecía poco impresionada, mirando su espada con un desdén apenas oculto.

—Esa no es en realidad tu espada, Maric. Debes darte cuenta de eso.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo si aún así te corta.

Ella asintió, sonriendo ligeramente.

—Quizás así sea. ¿Qué pretendes hacer, entonces? ¿Correr sin dirección alguna? ¿Pellizcarte hasta que te despiertes? Loghain no está aquí para salvarte, amor. Necesitas mi ayuda.

—¡No seré llevado a ninguna parte por un demonio!

—Oh, sí. —Ella le miró señaladamente—. Buena idea. No querrías correr de cabeza hacia la espada de alguien, después de todo.

Maric retrocedió. La forma en la que le miraba tan consciente con aquellos ojos verdes le cortó rápidamente. Aún así no podía ser posible, más de lo que lo había sido en el sueño.

—Te dejé en ese sueño, —insistió él—. ¡Tenía que hacerlo! Hice una promesa…

—Sí, lo sé, —dijo ella con tristeza. Katriel suspiró y caminó hacia él, dándole unos golpecitos suaves en la mejilla—. No pude ofrecerte felicidad. Ni antes ni ahora. Así que en su lugar te ayudaré a hacer esto, si es lo que realmente quieres.

Él se sentía desgastado.

—Lo que quiero, —dijo resuelto—, es salir de aquí.

—Fuera del Velo. —Ella asintió. La elfa se giró e hizo un gesto hacia el terreno a su alrededor, y Maric se dio cuenta de que estaba señalando las diversas entradas que punteaban el paisaje—. Hay salidas por todo el lugar, Maric. Desafortunadamente no te ayudarán mucho. Estás siendo retenido aquí de forma sobrenatural.

—Por el demonio.

Katriel empezó a caminar llena de propósito hacia una de las puertas sueltas. Inseguro de qué hacer, Maric la siguió. Miró al campo embarrado a su alrededor. Fuera lo que fuera realmente Katriel, tenía razón en una cosa. En el mejor de los casos habría vagado por el Velo, esperando toparse con algo útil.

Ella alcanzó la puerta y se quedó junto a ella, encarándola. Él se detuvo, preguntándose qué era lo que ella planeaba. Mantuvo su espada fuera, sólo por si acaso.

—Déjame hacerlo simple, —dijo ella. Ella giró el pomo de la puerta y la abrió. No había nada. Era una entrada vacía, y Katriel incluso metió su mano a través para enfatizar ese hecho.

—Esto no lleva a ninguna parte. A no ser que tú lo quieras. —Ella cerró la puerta de nuevo y entonces la abrió… y esta vez Maric cayó de espaldas mientras la entrada llevaba a un bosque verde. Podía ver el cielo azul, el brillo del sol, incluso escuchar los pájaros. Era un portal tallado en el fino aire.

Katriel cerró la puerta de nuevo.

—No es una puerta, —afirmó ella, captando su atención con la mano—. Es una transición, un símbolo. Podría ser una transición al mundo real, donde de repente te despiertes y empieces a olvidar todo esto, pero no puedes ir allí. No mientras el demonio te retenga.

—¿Por qué me estás contando esto? —preguntó él.

Ella suspiró, y le sonrió, pero ignoró su pregunta.

—Necesitas enfrentarte al demonio. Sólo una parte de él cruza el Velo hacia el mundo real, al igual que sólo una parte de ti está aquí. —Ella hizo un gesto hacia la puerta—. Puedes alcanzar al demonio, si lo deseas con fuerza.

—¿Está dormido?

—No. Este es su reino. Aún tiene poder, suficiente como para matarte. —Ante la mirada interrogante de Maric, su mirada se endureció—. Este era tu plan, Maric. No digo que sea uno bueno. Simplemente te estoy ayudando de cualquier forma que pueda.

—Mandándome a mi muerte.

—¿No es eso lo que yo hago? —El tono de Katriel era amargo, y ella apartó la mirada de él, mirando a la distancia. Por un momento parecía vulnerable, rota. Así era como Maric la recordaba, y le dolía el corazón. No quería otra cosa que extender los brazos y reconfortarla. Cuando ella le devolvió la mirada, sin embargo, la dureza volvió—. Puedes localizar a tus compañeros de la misma forma, —ofreció ella—. Están atrapaos en un sueño, como tú lo estabas.

—¿No saldrán de él?

—No todo el mundo tiene tanta voluntad como para negarse a sí mismos lo que quieren como tú, Maric. —Había lástima en sus ojos verdes, vio ella, y de repente dudó. No sabía todo lo que podría ocurrir; nadie lo hacía. Una parte quería desesperadamente que ella le dejara, que volviera al sueño que él había dejado atrás. Pero una parte aún mayor quería que se quedara. Quizás no la había dejado atrás realmente del todo.

—Lo intentaré, —murmuró él.

Podría haber sido algo estúpido a hacer. Si Katriel estaba engañándole, si ella era en realidad algún espíritu tratando de mandarle de vuelta a las garras del demonio o incluso a su muerte, entonces que así fuera. No podía quedarse aquí y llamar mentirosa a Katriel. No después de lo que le había hecho. Preferiría no estar en ninguna parte en absoluto.

Giró el pomo.

La calle era bastante similar a cualquier calle ajetreada en los distritos más pobres de Denerim, pensó Maric, aunque estaba seguro de que esto no era ningún lugar de Ferelden. Orlais, sospechaba, por los trozos de conversación que captaba de las multitudes que pasaban. Las tiendas estaban apiñadas muy juntas aquí, el yeso sobre los ladrillos agrietado y desvaneciéndose, y las señales de pobreza estaban por todas partes. La lluvia caía ligeramente desde los cielos grises de arriba, lo suficiente como para levantar el polvo de las calles adoquinadas y llevar con él un olor húmedo, rancio que asaltaba sus fosas nasales.

¿Aún estaba en el Velo? Parecía que lo estaba, aunque el cambio había sido abrupto. Este era un lugar como lo había sido su cámara de palacio, una ficción o incluso un sueño.

Asintió a varias lavanderas mayores que ajetreadamente recogían los linos arrugados de sus tendederos. Ellas miraron su armadura, escandalizadas de que pasara tan abiertamente armado y obviamente considerando llamar a los guardias de la ciudad. Maric no tenía ni idea de lo que entrañaba este mundo de sueños y no quería averiguarlo, así que rápidamente se apresuró.

Había una tienda en particular que parecía de algún modo más *presente* que las otras. Su yeso menos desgastado, y había color mientras que el resto de partes de la calle parecían barrosas y grises. Se percató de una caja de hierbas cuidadosamente tendidas en la repisa de la ventana, y unas cortinas azul claro que ondeaban en la brisa. La puerta hacia el edificio estaba pintada de rojo fuerte, y cerrada, pero un par de puertas de estilo barn estaban ampliamente abiertas hacia la tienda de dentro.

Podía escuchar el sonido de martilleo, y supuso que el lugar pertenecía a un carpintero. Era lo suficientemente fácil de ver con todo el serrín en el suelo, y vio caballetes junto a un par de sillas sin barnizar. Estaban bien hechas, también, robustas y recias.

Más muebles estaban justo dentro de las puertas, incluyendo una mesa volcada y un vestidor a medio pintar. Este era un lugar ajetreado.

El martilleo se detuvo.

—¡Duncan! ¡Éntralo todo antes de que se empape, por el amor de Andraste! —La voz era profunda y fuerte, del tipo que Maric asociaba con un hombre grande. También no tenía rastros de acento Orlesiano. De hecho de no haberlo sabido habría dicho que era Fereldeño.

—¡Maldita sea, chico! —La voz gritó de nuevo—. ¿Adónde te has ido? —Mientras Maric se aproximaba a la tienda, la fuente de la voz de repente apareció en la entrada. Era un hombre gigante, de piel pálida con una barba poblada y pelo negro recogido hacia atrás en una coleta. Llevaba un delantal grande cubierto de serrín y manchas viejas de pintura. Haciendo una mueca, el hombre cogió una silla a cada mano antes de que se percatara de Maric.

—¡Oh! Lo siento, mi señor, —dijo él, mirando a Maric inseguro—. ¿Estaba buscando comprar algo? Acababa de traer esto de la lluvia.

—Parece mobiliario fino. Es un maestro en su artesanía.

El hombre inclinó su cabeza, sonriendo un poco tímidamente.

—Gracias, mi señor. Es de la tierra, según veo. No hay muchos Fereldeños aquí, especialmente no en esta parte de la ciudad.

—¿Eres de Ferelden?

—De Pináculo, de hecho. Mi hijo aún lo echa de menos un montón, como yo. —El hombre entonces se percató de la cantidad de lluvia lentamente aumentando y de repente parecía avergonzado—. ¡Y aquí estoy dejándole fuera en la lluvia! ¡Por favor, mi señor! ¡Entre! —Él se retiró hacia la tienda, llevando las grandes sillas con él como si pesaran poco más que plumas, y Maric le siguió. Sospechaba que un hombre así de grande probablemente podría haber levantado media docena más, quizás en un hombro.

La tienda era pequeña, con más sillas y otras piezas dispersas de mobiliario apiladas alrededor de la pared de las que podía contener fehacientemente.

Había espacio suficiente para un banco de trabajo, cubierto de trozos de madera y estantes con un amplio surtido de herramientas de metal, así como una gran mesa bocabajo en un par de caballetes de serrar. Sería una pieza refinada, las patas curvadas y suavemente encajadas con los tallados florales finos que Maric había visto en piezas Orlesianas similares. Era el tipo de mesa que sería bien recibida en cualquier propiedad noble.

El carpintero se percató de hacia dónde estaba mirando Maric y su sonrisa se hizo más amplia. Era una sonrisa que Maric había visto en Duncan, pensándolo bien.

—Para la Marquesa, —dijo orgulloso—. Un pedido especial.

—Pareces muy ocupado.

—Mi hijo y yo trabajamos duro. Lo hemos hecho bien, creo.

Una puerta que llevaba desde la tienda al interior se abrió, y una mujer de piel oscura la atravesó. Tenía un mechón de pelo negro ondulado en su cabeza y unos ojos amables, en forma de almendra. La preocupación había grabado líneas en su cara y había llevado mechones grises a su sien, pero era bastante guapa, pensó él. Del bulto que vio bajo su vestido, era obvio que estaba embarazada.

—¡Oh! —Dijo ella, sorprendida de ver a Maric—. Pensé que estabas cerrando la tienda, Arryn. —Su acento Rivaíno era fuerte, pero su uso de la Lengua del Rey era perfecto.

—Este hombre es de Ferelden, Tayana.

Ella asintió hacia Maric educadamente, aunque sus ojos contenían una ligera sospecha. No creía que estuviera aquí realmente para comprar muebles.

—Un placer conocerlo, señor, —dijo ella.

—En realidad estoy buscando a su hijo. —Ante la mirada sorprendida de ambos, él rápidamente añadió—. Siempre que Duncan sea su hijo, por supuesto. ¿Quizás de dieciocho años? ¿Pelo negro?

La sonrisa del hombre se evaporó.

—¿Qué ha hecho?

—¿Arryn? —preguntó la mujer insegura.

—Ve dentro, amor, —le dijo él. Ella miró a Maric temerosa pero entonces asintió y se retiró dentro de la casa. El hombre le miró seriamente—. ¿Qué ha hecho mi chico? Se mete en problemas de cuando en cuando, mi señor, pero es un buen chico. Hacemos lo que mejor podemos por él.

—Estoy seguro de que lo hacéis. —Maric se sentía culpable por engañar al hombre, y dejarle creer que era alguien importante. No es que fuera un engaño, del todo. *Y él es un padre de sueños, también, no olvidemos eso.*

—Necesito hablar con su hijo. Me temo que es importante.

El hombre asintió lentamente.

—Déjame encontrarlo, entonces. —Él fue adentro, y Maric esperó. La lluvia golpeaba el techo desde arriba. Varios carruajes hacían ruido al pasar por los adoquines de fuera, y él levemente escuchó a una mujer gritándoles a sus niños que entraran. Un resplandor de un relámpago fue seguido por el repicar de un trueno.

A su momento, la puerta se abrió y el hombre fornido reapareció, esta vez acompañado por un Duncan de aspecto hosco. El joven parecía empapado, como si acabara de venir de la lluvia, llevando un par de pantalones negros y una camiseta blanca empapada del todo.

Duncan miró a Maric sorprendido, y entonces alzó la mirada hacia su padre.

—No conozco a este hombre. ¡No le he hecho nada! —dijo a la defensiva.

—¡Suficiente! —Su padre le empujó a la tienda.

Maric se aclaró la garganta.

—En realidad, me gustaría hablar con él a solas.

—¿A solas? —El hombre miró enfadado a Duncan, que puso sus ojos en blanco y suspiró. Finalmente el hombre asintió hacia Maric—. Como desee.

Con una mirada de advertencia a su hijo, el hombre se giró y volvió al interior, cerrando la puerta firmemente tras él.

Duncan dobló sus brazos y miró desafiante a Maric, pero no dijo nada. No había una sensación en sus ojos de que supiera a quién estaba mirando, ni siquiera un poco. Maric se aclaró la garganta. Esto podría no ser fácil.

—¿Supongo que no te acuerdas de mí?

El chaval encogió sus ojos.

—¿Debería?

—No nos hemos conocido de hace mucho.

—Me confundes con otro, creo.

—No, no lo hago. —Maric hizo un gesto a la tienda a su alrededor—. Sé que esto puede ser un poco difícil de creer, pero no sé de qué otra forma explicártelo. Esto no es real.

—¿Qué? ¡Por supuesto que sí! —Duncan retrocedió, mirándole como si estuviera loco. Maric se preguntaba si no era cierto. Toda la idea del Velo era increíble. ¿Cómo le explicas a alguien que están en un sueño? ¿Y si alguien hubiera ido a él hacía un año y le hubiera sugerido tal cosa?

Tristemente, una parte de Maric se preguntaba si no debería simplemente sentirse aliviado.

—No. Esto es un sueño. Esto no es real.

Duncan se giró hacia la puerta, pero Maric le cogió del hombro y le dio la vuelta. El chaval estaba furioso ahora, pero también había algo más en su expresión. ¿Era duda? Maric se aferró a eso.

—Sabes de lo que estoy hablando, —insistió—. Eres un Guarda Gris, Duncan. Estamos en el Velo, en un sueño, mandados aquí por el demonio que encontramos en el palacio enano. ¿No te acuerdas?

Duncan se alejó del agarre de Maric, y retrocedió abruptamente lo suficiente como para chocar contra otra de las paredes de madera de la tienda. Una pila de sillas cercana sonó con fuerza.

—¡No! —Soltó él, de repente airado—. ¡Eso nunca sucedió! ¡Eso… eso fue un sueño!

—*Esto* es el sueño, Duncan.

—¡No! —gritó él. Cargó hacia Maric, los puños volando, pero Maric agarró sus muñecas y juntos cayeron sobre la mesa de la Marquesa en el centro de la tienda. La mesa fue volando sobre los caballetes, chocando contra el suelo con un estruendo enorme mientras dos de las patas se rompían. Duncan estaba sobre Maric, luchando por liberar sus puños de su cara contorsionada por la furia, y Maric apenas lo eludía. Finalmente él se retiró.

—¡No seas estúpido! —Soltó Maric—. ¡Sabes que es cierto! ¡Puedes verlo!

Duncan cayó de espaldas al suelo, golpeando su cabeza contra otra silla y mandándola volando hacia fuera a la lluvia. Él se sentó allí, aturdido.

La puerta hacia la casa se abrió y el padre de Duncan cargó con un martillo de carpintero en una mano, su cara llena de preocupación y furia.

—¿Qué está pasando aquí? —Cuando vio a Maric yaciendo sobre la mesa dañada, y a Duncan no a un pie de distancia, inmediatamente cargó hacia Maric. Aquellas fuertes manos agarraron el cuello de la placa pectoral de Maric, alzándole de la mesa como si no pesara nada en absoluto. Esa cara poderosa estaba a centímetros de la suya, roja de ira—. ¿Por qué has traído problemas a mi casa? ¡Sal de aquí!

—Padre, espere, —llegó la súplica silenciosa de Duncan.

Fue suficiente como para hacer detenerse a su padre. Aún sosteniendo a Maric, se giró y le frunció el ceño a su hijo.

—¿Tú hiciste esto, entonces? Duncan, pensé que te había educado mejor que esto.

La mirada que Duncan le dio de repente a su padre era a la vez tan desesperanzada y tan triste que Maric sabía que el chaval se había dado cuenta de la verdad.

—Lo hiciste, —dijo en silencio—. Me educaste mejor.

—¿Y cuál es tu excusa, entonces?

—Moriste, —susurró Duncan. Sus ojos brillaban, y él se los frotó, dándose la vuelta. La furia de su padre se disolvió al instante, y bajó a Maric de vuelta a la mesa sobre el suelo como si fuera poco más que un pensamiento secundario.

—Hijo, —dijo, su voz pesada—, no tiene por qué ser así.

—Ya lo es.

El chaval se volvió hacia su padre, sus ojos llenos de lágrimas, y los dos se miraron el uno al otro en silencio por un momento. Su padre suspiró con tristeza, y Duncan cerró sus ojos. Y justo así toda la tienda se desvaneció. Simplemente se fue, reemplazada por una llanura abierta y el cielo lleno de islas del Velo por encima.

Duncan apenas parecía darse cuenta. Estaba en sus cueros negros y su túnica de Guarda Gris otra vez, las dagas gemelas a su lao. Miró al punto donde había estado su padre, las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Realmente pensé… —Su voz quedó atrapada, y tragó saliva con fuerza—. Realmente pensé que eran ellos; pensé que todo había sido alguna pesadilla.

—Lo sé.

—Estaba tan aliviado. De no estar atrapado, solo…

—Lo sé.

Maric se tensó mientras veía a Katriel aproximarse desde cerca. Medio había supuesto que ella simplemente se iría, que quizás su aparición sólo había sido otro sueño. Aún así ahí estaba, caminando hacia ellos y mirando a Duncan con una expresión entretenida.

El chaval frunció el ceño y siguió su mirada, girándose para mirarla con un grado de sorpresa. Retrocedió alerta, yendo a por sus dagas, pero ella alzó una mano para mostrar que estaba desarmada.

—Un poco joven, ¿no? —preguntó ella con una ligera sonrisa. Duncan se giró y miró incrédulo a Maric.

—Esta es Katriel, —le dijo Maric con un suspiro.

—¿Quieres decir…?

—Sí, *esa* Katriel.

—¿Pero no está…?

—¿Muerta? —respondió ella por él, dándole a Maric una mirada cansada—. Eso dicen los rumores. He venido a ayudar. Si prefieres pensar en mí como algo incómodo, está bien. No sería peor de lo que fue en vida.

Duncan parecía confundido.

—¡No podemos confiar en ella!

—Ella me llevó a ti, —le dijo Maric. Entonces se giró hacia Katriel, tratando de no encontrar su mirada. Era un tormento verla así, tener recuerdos levantados que había pensado hacía tiempo enterrados—. Necesitamos encontrar a los otros, —le dijo él.

Ella asintió, e hizo un gesto bajando por un camino desolado perfilado de altas estatuas.

—Hay otra entrada en esta dirección. Os llevará donde necesitéis ir.

* * *

Maric y Duncan estaban en las Montañas de la Espalda Helada. Un viento corría junto a ellos, frío y brusco. Maric alzó la mirada a los impresionantes picos cubiertos de nieve que se alzaban bien por encima. La nieve en el suelo era densa, casi llegando a la parte superior de sus botas, y por las nubes oscuras parecía como si una tormenta estuviera a punto de venir.

—Oh, genial, —murmuró Duncan—. Más nieve.

Maric miró al chaval pero no dijo nada. Había dejado a Katriel atrás, como antes. O no podía seguirles o había escogido no hacerlo; Maric no estaba seguro. Encontró que sus pensamientos seguían volviendo a ella. Si era un producto de su sueño, ¿cómo lo había dejado ella? ¿Por qué estaba ayudándole contra el demonio que la había creado?

Quizás era otro demonio, ¿un enemigo del primero? ¿O simplemente estaba siendo desorientado? Hasta el momento su información había sido útil.

Una parte de él se preguntaba si era posible que fuera realmente Katriel. Decían que los muertos pasaban a través del Velo de camino hacia el lado del Hacedor, y a veces perdían su camino. Quizás era un fantasma. Era un pensamiento peligroso y aterrador, y él trató de apartarlo de su mente.

Un camino inclinado subía por el lateral de la montaña y ellos lo siguieron, temblando en el viento. Los árboles aquí eran de hoja perenne, abarrotando el camino y forzándoles a empujar muchas ramas que colgaban bajas fuera de su camino.

Entonces el camino giró una esquina, una vista se abrió ante ellos.

Esa era la Espalda Helada en su forma más arrebatadora: grandes montañas alzándose hasta casi el cielo, un vasto bosque en el valle de abajo llevando a un lago helado que él podía ver con la claridad del cristal. Si el lago no hubiera sido de hielo y nieve, casi habría sido posible saltar al agua, siempre que no te importara rebotar en los peñascos un par de veces. Y sin que golpear el agua desde tal altura no matara a uno de inmediato. Aún así, era impresionante.

—¿Qué es eso? —murmuró Duncan.

Maric se giró para ver lo que estaba mirando, y se dio cuenta de que el camino continuaba por el risco alrededor de la ladera de la montaña y terminaba en una parcela. Era un asentamiento gris fortificado de aspecto sombrío, colgado al borde del risco y aparentemente construido en mitad de la montaña. Había hombres en las paredes, vio él, con pelo y barbas largas y gruesas capas de pieles, ya señalando a los dos extraños en el camino. Los perros empezaron a ladrar mientras se levantaba la alarma.

—No parecen muy amistosos, —señaló Duncan secamente.

—Son Avvaritas. Gente de las montañas. No se adaptan mucho a nosotros.

—¿Deberíamos luchar?

—No, esperemos a ver lo que hacen.

No le llevó mucho a tres hombres salir de las puertas, guerreros altos con ceños serios con perros de guerra de aspecto violento que ladraban y gruñían y luchaban contra sus correas. El que no liberaran simplemente a los perros sobre ellos debía significar que estaban dispuestos a hablar, esperaba él.

El trío se detuvo cerca de Maric y Duncan, mirándoles con sospecha mientras retenían a sus perros. El líder era un hombre mayor de pelo gris por debajo de sus hombros, pero incluso así, era poderosamente corpulento. Tenía un aire de autoridad, también.

—Hombres de las tierras bajas, —gruñó él.

No era exactamente una pregunta, pero Maric asintió. Pensaba que era mejor permanecer siendo educado. Los Avvaritas tenían una larga historia de guerras con los «hombres de las tierras bajas» en el valle de Ferelden, y se habían negado tercamente a unirse al reino cuando el Rey Calenhad había unido a los teyrns hacía siglos. Los años desde entonces sólo los había vuelto más determinados a permanecer separados.

—¿Por qué habéis venido? —exigió el hombre.

—Estamos buscando a un hombre llamado Kell, —dijo Maric.

Las miradas que los hombres intercambiaron le dijeron que sabían exactamente de quién estaba hablando. No era sorprendente. Hasta el momento parecía como si cada uno de aquellos sueños se centrara completamente en la persona que hacía el sueño.

¿La gente tenía diferentes tipos de sueños? ¿Unos en los que eran inocentes pasajeros a los eventos, irrelevantes al gran plan de las cosas?

—¿Buscáis a Kell ap Morgan? ¿Por qué?

—Eso es algo de lo que necesito hablar con Kell. —No era una respuesta que les gustara a aquellos hombres de las montañas, y él los vio enfurecerse ante su temeridad. Duncan alzó sus cejas hacia Maric, claramente pensando que estaban a punto de meterse en una pelea y no se opuso totalmente a ello. Afortunadamente, el líder de pelo gris escupió a sus compañeros y detuvo su ira antes de que se les fuera de las manos.

—Veremos, —gruñó él. Señalando con la cabeza a los otros para que le siguieran, él se giró y empezó a caminar por el camino de vuelta a la parcela. Los otros corrieron tras él, tirando con fuerza de los perros de guerra para que vinieran. Maric y Duncan se quedaron o para seguirles o para quedarse atrás. No había demasiada elección.

—Huelen a orines, —se quejó Duncan, aunque sin fuerza.

—Puedes quedarte aquí, si quieres.

Fueron dentro de la parcela, y fueron recibidos de inmediato por una multitud de gente de las montañas curiosa. Los niños estaban sucios y eran ferales, mirando con ojos bien grandes mientras se mordían los dedos. Los adultos eran un poco mejores. Esa gente que vivía el día a día, aferrados a esta montaña como mala hierba terca y sujetos a un amplio surtido de desastres, desde la enfermedad a los años de escasez de caza a

contiendas violentas con parcelas vecinas. Los Avvaritas habían nacido en el duro infortunio, así como estaban acostumbrados a él.

Los edificios fuera de las cuevas eran bajos pero destacablemente bien construidos. Estos no eran primitivos, se recordó a sí mismo Maric. Conocían la albañilería y la minería y comerciaban con los enanos para adquirir armas finas y otros suministros. Cada una de las puertas tenía una piel extendida sobre ella, que era entonces decorada con runas brillantemente pintadas.

Los tótems enfrente de la mayoría de edificios también eran típicamente Avvaritas. Ídolos de piedra construidos para honrar a sus dioses, si Maric recordaba correctamente. El único que conocía era el Padre de los Cielos, a quien los Avvaritas devolvían sus muertos, dejando sus cuerpos en las rocas para ser limpiados por los pájaros. Suponía que no era más extraño que quemarle a uno muerto, aunque tenía curiosidad por lo que hacían con los huesos.

Los hombres llevaron a Maric y a Duncan por un patio sucio lleno de estiércol de perro y pieles colgando, hacia un edificio de piedra más grande. Era poco más que una cabaña, en realidad, pero era más grande que la mayoría de las otras y tenía un águila impresionante tallada sobre la puerta.

Alguien importante vivía allí.

El hombre de pelo gris fue directamente hacia dentro, y cuando Maric fue a seguirle los otros dos Avvaritas intercedieron, cruzando sus brazos y mirándole firmemente. No había acceso aún, entonces.

Esperaron en el patio, un grupo de perros llegando y olfateando sus piernas con curiosidad. Estos no eran animales bien cuidados como Hafter, eran casi lobos, y cubiertos de una piel moteada que apestaba a mojado. Duncan se atragantó y se cubrió la boca, pero Maric sólo sonrió. Siendo Fereldeño, había estado rodeado de perros desde que era un niño.

Cerca, un grupo de niños miraron tras una esquina hacia ellos con expresiones temerosas. Uno descaradamente lanzó una piedra a Maric, fallando por un amplio margen, y entonces todo el grupo salió corriendo riéndose nerviosos de terror. El par de guardias en la puerta no se percató de nada de eso.

Cuando el guerrero de pelo gris reapareció, tenía junto a él a otro. Este era un guerrero más joven, llevando una capa de piel rojiza y un pelo largo marrón y una barba corta. Mientras Maric veía los intensos ojos pálidos, se dio cuenta de que era Kell. Un Kell con pelo, y llevando tatuajes tribales por toda la longitud de sus brazos desnudos, pero no había error en el comportamiento taciturno del hombre.

—¿Kell? —preguntó Duncan, con la boca abierta.

Las cejas del cazador se levantaron. El guerrero de pelo gris le miró, frunciendo el ceño fuertemente.

—Los hombres de las tierras bajas dicen que han venido para hablar con usted, *Jarl*. ¿Los conoce? Podemos dárselos de comer a los perros.

Kell estudió a Maric y a Duncan de cerca, aquellos ojos pálidos viajando sobre ellos cuidadosamente. Maric no vio ninguna sombra de reconocimiento, pero eso significaba poco cuando se trataba del inescrutable cazador. Duncan alzó su mano como para hablar, pero el guerrero de pelo gris gruñó para bajársela. ¿Qué pasaba si Kell decidía que no iba a hablar con ellos? Estaban rodeados por una parcela llena de hombres de las montañas veteranos que podrían cortarles de inmediato.

—Deja que entren, —dijo Kell finalmente. Parecía vacilante, pero caminó hacia un lado y le hizo un gesto a Duncan y a Maric para que entraran en la cabaña de piedra. Los otros hombres presentes parecían sorprendidos, pero acataron los deseos de Kell y les dieron paso.

El interior de la cabaña estaba ordenado, con gruesas pieles cubriendo el suelo y una gran silla de respaldo alto hecha de leños. Esta era una cámara de audiencias de algún tipo. Maric conocía ese tipo de cabañas. Varios arcos y cabezas de animales estaban expuestos prominentemente en la pared.

Una de las cabezas era de un oso gigante, su boca rugiendo lo suficientemente amplia como para envolver la cabeza de un hombre. Un trofeo impresionante.

Maric podía ver poco tras una cortina que colgaba en una entrada interior, pero vio la sombra de otra habitación al otro lado. También escuchó el arrullo distintivo de un bebé, así como los sonidos del suave canturreo de una joven. Ella se calló, y Maric tuvo la impresión de que alguien miraba con curiosidad a través de la cortina, pero no pudo averiguar los detalles.

Kell se sentó en la silla, descansando su mentón sobre su puño mientras los estudiaba de nuevo.

—Os vi a ambos en un sueño, —murmuró él—, y ahora aquí estáis. ¿Cómo es posible?

—No fue un sueño, —soltó Duncan—. Esto lo es.

Maric no habría saltado al tema directamente así, pero quizás era bueno. El cazador los miró a cada uno de ellos por turnos, sin duda preguntándose si se estaban burlando de él. Viendo que no lo estaban haciendo, frunció el ceño.

—Esto no es ningún sueño. Estáis aquí ante mí, en mi salón y en mi parcela. Esto es la realidad.

Antes de que Duncan pudiera responder, Maric alzó su mano. Caminó hacia delante y tocó el hombro de Kell, mirando los ojos del hombre. Había confusión allí. No estaba seguro de que lo que estuvieran diciendo fuera la verdad, y quizás era suficiente.

—¿Recuerdas ese sueño? —Le preguntó Maric—. Eras un Guarda Gris, igual que Duncan aquí. Nos encontramos un demonio que nos atrapó en el Velo. —Él hizo un gesto a la habitación a su alrededor—. Eso es lo que es esto. Este es tu sueño.

Una nube oscura pasó por la cara de Kell y él saltó de su silla, liberando su hombro del agarre de Maric. Perturbado, caminó hacia la cortina que llevaba a la otra habitación, pero se detuvo al abrirla. Inclinó su cabeza y escuchó un momento al llanto del niño de la habitación de al lado.

—¿Cómo llegasteis aquí, entonces?

—Puedes terminar con el sueño, —le dijo Maric—. Es lo que yo hice, cuando me di cuenta de lo que era. Y vine a buscaros. No podemos quedarnos aquí, y Fiona nos necesita.

—Fiona, —Kell probó el nombre—. La maga.

Maric asintió.

—Estamos dormidos, creo.

—Podríamos estar muertos. Esto podría ser el más allá. —Kell parecía casi esperanzado—. Ambos podríais ser demonios mandados para tentarme de alejarme de mi descanso final.

—¿Es eso lo que piensas? —le preguntó Duncan.

El cazador lo pensó, y entonces cerró sus ojos.

—No, —dijo sombríamente—. Sé lo que le ocurrió a este lugar, a su gente.

Sus ojos eran brillantes mientras los abría y daba un último vistazo alrededor.

—No aceptaré una mentira.

El bebé en la otra habitación de repente empezó a llorar, y Kell flaqueó como si le hubieran golpeado. Se quedó ahí, su cara ceniza mientras escuchaba.

Ninguno de ellos se movió.

—¿Necesitas decir adiós? —le preguntó cuidadosamente Maric.

Él sacudió su cabeza.

—No, —graznó—. Lo hice hace mucho tiempo.

El hombre fue reemplazado por la figura que Maric conocía: calvo y bien afeitado, con la capa con capucha y los cueros de cazador. Sus ojos brillaban desde debajo de su capucha con una funesta intensidad. Un momento más tarde la cabaña se desvaneció, reemplazada por el paisaje vacío del Velo.

* * *

Los tres caminaron a través de una puerta hacia el hogar de un enano.

El techo era bajo, y el aire estaba lleno del olor a humo de brasas y platos de carne. Una gran familia vivía aquí; sólidas sillas enanas mezcladas con juguetes de niños y pieles enrolladas y una mesa cubierta de pergaminos de vitela. Los mapas adornaban las paredes, al menos uno de ellos era un mapa de Ferelden que Maric reconociera. Un brasero grande lleno de brasas dio un brillo naranja cálido a la cámara.

Un niño enano corrió dentro, quizás de diez años con una mata de pelo cobrizo despeinado en su cabeza. Patinó deteniéndose, claramente habiendo esperado que alguien que no fuera un trío de tres humanos estuviera en la entrada, su expresión volviéndose de la excitación al horror.

—¡Mamá! ¡Papá! —graznó él—. ¡Han venido cabezas nubes!

—¿Humanos? —Una enana de aspecto de matrona caminó a la cámara desde una cocina tenuemente iluminada, limpiándose las manos en su mandil. Maric podía escuchar

algo burbujeando en un gran caldero, y se percató de muchos otros niños tras la mujer mirando detrás de su falda. El pelo negro de la mujer tenía una mecha gris y estaba recogido en un moño, y llevaba anteojos. Muy similares a los del abuelo de Maric, recordó él—. ¡Por los Ancestros! ¡*Son* humanos!

Varias personas más entraron en la habitación. Un hombre mayor caminó hacia dentro, un enano gordo casi tan ancho como alto, con una cabeza calva y una barba cobriza brillante bajando hasta su pecho. Caminaba con un bastón y poseía un aire de caballero distinguido, quizás un académico. Un hombre joven delgado caminaba junto a él, su propia barba cobriza corta pero adorablemente cuidada con trenzas.

El joven parecía ultrajado ante la presencia de intrusos y corrió hacia delante, sus puños fuera. El enano mayor agarró su camisa y tiró de él hacia atrás con fuerza.

—¡Espera Tam! No seas estúpido.

—¿Por qué estáis aquí? Exigió el joven enfadado.

La mujer caminó hacia delante, señalando a los niños tras su espalda. Se retiraron hacia la cocina pero no fueron muy lejos. La tensión en la habitación les había atemorizado, sin embargo, y la mujer no estaba lejos de ello. Ella señaló con la cabeza cautelosamente a Maric.

—No tenemos nada que alguien como tú quiera, humano. No hay motivos para que hieras a nadie.

Maric bajó sus manos.

—Por favor calmaos. No pretendemos haceros ningún daño. —Él miró hacia atrás a Kell y a Duncan, que asintieron. Ninguno de ellos quería iniciar ningún problema con esta gente.

—Entonces responde al chico, —gruñó el hombre—. ¿Por qué estáis aquí?

—Han venido a por mí, Padre, —llegó una nueva voz. Maric se giró, y se sintió aturdido al ver a Utha entrar en la cámara desde un corto pasillo. Su trenza larga se había deshecho para revelar una lujosa melena de pelo cobrizo, y llevaba un vestido simple enano con un manto fino de cuero. Su expresión era triste—. No hay motivos para que estéis asustados. Estos son amigos.

—¿Amigos? —intercedió la mujer mayor, confundida—. ¿Desde cuándo conoces humanos, Utha? ¿Qué extraño asunto es este?

—Lo siento, Madre, sería difícil explicarlo. —Utha se volvió hacia Maric y los otros y asintió—. ¿Confío en que estáis todos bien?

—¡Puedes hablar! —exclamó Duncan.

—Parece que aquí puedo, sí.

—¿Y nos recuerdas? ¿Sabes quiénes somos? —le preguntó Maric cuidadosamente.

—Tú eres el Rey de Ferelden, —afirmó ella, recitando el hecho con un triste suspiro—. Los hombres contigo son Guardas Grises, como yo. Sí, recuerdo.

Los enanos en la habitación parecían temerosos y confundidos. El hombre mayor caminó hacia delante, mirando a Maric como si fuera una serpiente preparada para morder, pero caminando hasta Utha para coger su mano con la de él.

—Utha, ¿de qué estás hablando? ¡Esto es una locura!

Ella miró a su padre, las lágrimas acumulándose en sus ojos, y ella extendió el brazo para acariciar su mejilla.

—Sé que lo es, Padre. Es hora de que me vaya.

—¿Irte? ¿Irte adónde?

Su madre marchó hacia ellos, la preocupación de la mujer superando su miedo a Maric y a los otros. El resto de la familia apilada detrás de ella, balbuceando preguntas confundidas.

—¿Qué quieres decir con que te vas? —preguntó ella—. ¿Por qué te irías con esta gente?

Utha presionó sus labios en una fina línea, controlando las lágrimas que claramente amenazaban con abrumarla.

—Debo hacerlo, —susurró ella, su voz densa. Abrazó a su padre y entonces a su madre, cada uno de ellos devolviéndole el gesto cálidamente incluso aunque no entendieran lo que estaba haciendo. Los niños se reunieron alrededor de Utha, abrazando sus piernas, y derramando lágrimas de pánico mientras se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¿No te quedarás para cenar, siquiera? ¿Tú y tus amigos? —preguntó su madre con una leve esperanza, las lágrimas cayendo por su cara.

Utha besó a su madre tiernamente en la mejilla, sin decir nada, e hizo lo mismo a su padre balbuceante. Entonces se giró para mirar al joven que estaba sombríamente cerca. Ella empezó a hablarle, pero una oleada de dolor contuvo su lengua. Ella se detuvo, recomponiéndose incluso mientras el joven la miraba, sin comprender.

—Luchaste bien, Tam, —forzó finalmente ella. Ella logró mirarle directamente a los ojos, aunque claramente le era difícil.

—Estuve muy orgullosa de ti. Muy orgullosa.

—¿Tú… estuviste?

—Oh, sí, —dijo fervientemente—. Hice un juramento de vengarte.

Ella se giró y miró a los otros, nuevas lágrimas acumulándose.

—Hice un juramento de vengaros a todos. Y debo cumplirlo. —Su tono era resuelto, y con eso la cámara se desvaneció. Estaban de vuelta en el Velo, en medio de un campo de imposiblemente altos pilares de roca, y Utha miró en la distancia. Tenía el aspecto de antes, vestida con una túnica simple marrón con su pelo trenzado hasta su espalda.

Ella se volvió a los otros, sus ojos rojos por las lágrimas. Hizo varios gestos enfáticos, terminando con su puño agarrado sobre su corazón. Su expresión era tan desesperadamente triste que Maric no sabía qué decir.

Kell caminó hasta ella. Ellos se miraron los unos a los otros un largo momento, y entonces ella le abrazó fuerte alrededor de su cintura. Él acarició su pelo profundamente.

—No te culpamos, Utha, —dijo él—. Te quedaste tanto como pudiste.

Duncan inclinó su cabeza con tristeza. Maric le miró y se preguntó si pensaba en su propia familia. Vio a Katriel no muy lejos, observando al grupo pero sin estar dispuesta a

unirse a ellos. Se preguntaba lo terrible que habría sido simplemente quedarse con ella un tiempo, disfrutar esa mentira sólo un poco más. Ansiaba hablarle, hacerle entender…

Pero esos eran pensamientos que necesitaba desvanecer. Había hecho una promesa. Sus vidas colgaban de la balanza.

Necesitaban seguir en movimiento.

* * *

Una cabaña hecha de leños estaba sobre una colina, en medio de un bosque verde que parecía extenderse por siempre bajo un claro cielo azul. Los árboles aquí eran enormes pinos disparándose directamente al cielo, grupos y grupos de centinelas altos que hacían que la cabaña pareciera algo diminuto en comparación. No lo era, por supuesto. Mientras se acercaban, podían ver que el edificio era significante, con una gran pila de madera cortada fuera y un rastro cálido de humo saliendo de una chimenea. Un pellejo de piel se extendía sobre un tambor junto a la entrada, y una gran hoguera aún ardía por el uso reciente, una espita sobre ella manchada de lo que fuera que se hubiera asado allí.

—Estamos en la Espesura de Arbor, —señaló Kell, estudiando el terreno—. Al sur de Orlais. Un país peligroso. Un lugar difícil para vivir, seguro.

Duncan alzó la mirada, interesado.

—¿Peligroso? ¿Por los animales?

—Por las dríades.

—Quien sea que viva aquí parece que le va bien, —señaló Maric—. Y hay alguien ahora. —Señaló en la distancia hacia el lateral de la cabina, donde un hombre sin camiseta con pelo corto y oscuro y una barba estaba atareado talando madera en un tocón. Caminaron por el camino sucio, el sonido rítmico del talar haciendo eco por el patio. Una bandada de cuervos irrumpió a volar desde uno de los árboles cercanos, graznando con fuerza mientras se desvanecían en el cielo.

Los sonidos de talar se detuvieron.

Mientras el grupo llegaba cerca del lateral de la cabaña, encontraron al guerrero de pelo oscuro mirándoles alerta con el hacha en mano, aún sudando y cansado por sus esfuerzos. Les miró como uno miraría a una manada de perros salvajes, inseguro de si en realidad iban a atacarse o a huir. Lo que fuera que pensara, no dijo nada. Le llevó a Maric un momento darse cuenta de que sabía quién era este.

—¡Julien! —gritó sorprendido Duncan.

El hombre encogió sus ojos.

—¿Os conozco?

—¡Por supuesto que sí! —Respondió Duncan—. Somos…

—Amigos de Nicolas, —interrumpió Kell, poniendo una mano en el pecho de Duncan para retenerle. El chaval parecía confundido por un momento antes de darse cuenta de por qué. Este no era Julien. No podía ser.

Julien estaba muerto.

—Encuentro eso difícil de creer, —respondió él, alzando su hacha un poco más—. Nadie sabe que estamos aquí fuera, ni siquiera mi familia. No parecéis del tipo normal de bandidos que recibimos, pero os diré lo mismo que a los últimos: Marchaos ahora, o enfrentaos a las consecuencias.

—No somos bandidos, te lo aseguro, —le dijo Maric.

—¿Entonces qué sois?

—Si pudiéramos hablar con Nicolas, eso sería más fácil de explicar.

Julien les miró cuidadosamente. Su mirada iba desde uno al otro antes de finalmente bajar su hacha. Lo hizo sólo reluctante, y probablemente sólo debido a que todos ellos llevaban sus armas envainadas.

—Veremos —fue todo lo que dijo mientras balanceaba el hacha con fuerza contra el tocón del árbol, anclándola allí. Caminó de vuelta hacia la cabaña, atrapando una camiseta húmeda colgada sobre la pila de madera y lanzándola sobre su hombro.

El interior de la cabaña era una única cámara, llena de evidencias de que había sido ocupada por un largo tiempo. Una chimenea de piedra dominaba la habitación, dos sillas desgastadas enfrente rodeadas de varias botellas de vino dobladas por el suelo. Un estante inundado de tomos polvorientos, y un escritorio junto a él cubierto de montones de papeles, muchos de ellos agrupados en montones, y un elaborado tintero hecho de oro. La cocina era un desastre de calderos de hierro y platos dispersos por el fogón, y más allá había una única cama considerable en la esquina cubierta de varias pieles gruesas de oso.

Nicolas estaba sentado dentro enfrente de la chimenea, el fuego rugiendo y llenando la habitación con una luz cálida y un olor ahumado. Llevaba una camisa negra larga y pantalones de cuero, y miraba al fuego con el aire de un hombre llevando una gran carga. Apenas alzó la mirada mientras Julien y los otros entraban por la puerta.

—¿Has oído? —le preguntó Julien.

Nicolas continuó mirando al fuego, su cara demacrada y desgastada.

—Lo hice.

—¿Y conoces a esta gente?

Maric caminó hacia delante.

—Nicolas, sé que esto puede ser difícil de creer, pero…

El guerrero rubio se levantó, interrumpiéndole con el pesado rascar de su silla mientras la empujaba hacia atrás. Miró a Julien solemnemente.

—Necesitas dejarme a solas con ellos, Julien.

—¿Qué? ¡Estás loco! Dime quienes son primero.

Nicolas caminó hacia él. Ignorando la presencia de los otros cerca, cogió la barbilla de Julien en su mano y le besó tiernamente en los labios. Julien parecía inquieto al principio, y luego aceptó el gesto. Era dulce, y tenía el aire de una pareja que había estado junta mucho tiempo.

Maric apartó la mirada, avergonzado por la intimidad, por no mencionar el hecho de que no se había dado cuenta del todo de la naturaleza de la relación entre los dos

guerreros antes. No eran sólo camaradas, entonces, y eran mucho más que amigos cercanos. Los otros Guardas Grises no parecían sorprendidos.

—No estoy loco, —susurró Nicolas—. Pero necesitas confiar en mí.

Julien estaba claramente confundido, pero reluctantemente asintió. Dando una última mirada de sospecha a Maric, dijo:

—Estaré justo fuera, entonces. —Marchando por la habitación, abrió un gran ropero junto a la cama y cogió su espada ancha. Estaba deslustrada y parecía que no se hubiera utilizado en algún tiempo. El hombre la alzó sobre su hombro y caminó fuera, aún mirando de camino.

Nicolas le vio irse, frunciendo el ceño con tristeza. Tan pronto Julien salió por la puerta, él suspiró.

—Él no lo sabe.

—¿Pero tú sí? —Le preguntó Maric—. ¿Sabes que esto es un sueño?

—Sé que esto es el Velo. Lo supe al instante. Al ver a Julien vivo, sabía que no podía ser cierto. Sostuve su cuerpo en mis brazos. No olvidas eso.

—Entonces no necesitamos explicar, —dijo Duncan, aliviado.

Un extraño silencio tuvo lugar mientras Nicolas volvía a la chimenea. Caminó hacia la repisa de madera y pasó su mano por su longitud, como probando su suavidad. Sus ojos parecían embrujados, pensó Maric, y durante un largo momento todos observaron mientras estaba allí. El único sonido fue el crepitar de las llamas.

—Habíamos hablado de esto, —murmuró el hombre rubio. No les miró—. De dejar los Guardas Grises y venir aquí por nuestra cuenta. Habríamos tenido un par de años antes de que la ponzoña nos atrapara, y podríamos pasarlos el uno con el otro. Podríamos haber estado realmente juntos. —Suavemente pasó su mano por la repisa de nuevo—. Era un buen plan, hasta el último detalle… —Su voz se perdió y se quedó en silencio de nuevo, mirando al fuego.

—Pretendes quedarte, —dijo Kell. No era una pregunta. El cazador y Utha intercambiaron una mirada triste, conocedora.

Nicolas asintió.

—Pretendo quedarme.

—¡No puedes! —objetó Duncan, su horror evidente mientras se daba cuenta de lo que se estaba sugiriendo—. ¡No puedes hacer eso! ¿Sabes que no es él, no? ¡Es una mentira!

—No es una mentira.

El guerrero parecía resuelto. Maric caminó hacia él y tentativamente puso su mano en el hombro del hombre, mirando a sus ojos para llamar su atención.

—Pero es un sueño. Tu cuerpo está atrás en el mundo real, al igual que el nuestro. Si te quedas aquí…

—¿Moriré? —Nicolas sonrió, avergonzado—. Sabíamos que era posible que uno de nosotros cayera en combate. Pensé que estaba preparado, pero no lo estaba. —Se volvió hacia la repisa, incapaz de encontrar la mirada de Maric.

—Le amo. Dime que debería volver a una vida donde no puedo estar con él. Dime que no es mejor.

Maric no podía decirle eso. Lo dejó ir y retrocedió.

—Pero… —Duncan miró alrededor, su confusión sólo acumulándose mientras veía tanto a Kell como a Utha aceptar las palabras de Nicolas al igual que Maric—. ¡No puedes decirlo en serio! Tienes que volver. ¡Esto es un suicidio!

—Puedo pensar en peores formas de morir.

—¡No! Está mal. —Corrió hacia Nicolas, haciendo como si fuera a empujarle contra la chimenea. El guerrero cogió alerta los cueros del chaval y le sostuvo con una fuerte mano, aunque Duncan no luchó mucho. Parecía más sorprendido que ultrajado—. ¿Cómo puedes dejar que el demonio te derrote así?

Nicolas asintió lentamente, cerrando sus ojos como si la idea le doliera.

—Julien te salvó, —suspiró él—. Hizo lo correcto, lo sé. Ojalá yo hubiera muerto con él. —Entonces se detuvo, abriendo sus ojos y mirando directamente a Duncan. Las lágrimas surcaron por sus mejillas—. Morí con él. Esto no tiene nada que ver con el demonio.

—Pero…

—Déjame tener mi sueño, —rogó él, su voz pesada. Era tanto para Maric y los otros como para Duncan—. Por favor, dejadme tener esta última cosa.

Duncan parecía como si estuviera a punto de continuar discutiendo, pero viendo la expresión en la cara de Nicolas, visiblemente se desinfló. Finalmente asintió. No estaba de acuerdo, incluso Maric podía ver eso, pero no podía discutir ante ese dolor. Dio a Maric una mirada perturbada y entonces volvió y salió por la puerta sin decir otra palabra.

Kell caminó hasta Nicolas, extendiendo su mano.

—Serviste bien, —dijo él—. Cumpliste con tu deber. Que termine aquí. —Nicolas sacudió su mano de corazón, las lágrimas viniendo más rápidamente. Luchó por controlar un sollozo.

Utha fue hacia el guerrero, alzando la mirada hacia él con lágrimas apasionadas propias. No hizo ningún gesto, simplemente cogió ambas manos entre las suyas.

—Gracias, —graznó él, su voz casi rompiéndose.

Maric asintió al hombre. Pare de él se sentía intranquilo ante la idea de dejar atrás a Nicolas, un guerrero que podía aún serles de gran ayuda. ¿Pero habría sido mejor exigir que les siguiera, luchando hasta que muriera de una muerte horripilante solo en los Caminos de las Profundidades? O peor, ¿que sobreviviera y continuara solo? No parecía como que los Guardas Grises encontraran finales felices ni siquiera en el mejor de los casos. Quizás era mejor escoger el tuyo propio.

La idea se acomodó sobre Maric como una nube oscura mientras dejaban a Nicolas atrás en la cabaña. Fuera, Duncan esperaba con sus brazos cruzados. El chaval parecía distraído más que beligerante. Debía ser difícil entenderlo cuando la muerte parecía una cosa muy lejana. Quizás era mejor que no lo hiciera.

Julien solemnemente les observó marcharse, y entonces volvió dentro de la cabaña con su amor. Este sueño no terminaría, y de algún modo eso llevó a Maric una pequeña cantidad de consuelo.

—Necesitamos encontrar a Genevieve, —declaró Duncan.

Maric estaba de acuerdo, y junto el grupo caminó rápidamente por la colina y salió de la espesura en busca de la comandante de los Guardas Grises.

El tiempo se estaba agotando.

13

Coged vuestro último aliento, amigos míos,
Cruzad el Velo y todas las estrellas en el cielo.
Descansad a la mano derecha del Hacedor.
Y sed Perdonados

—Cántico de Pruebas 1:16

El guardia estudió al grupo con un ojo alerta mientras miraba a través de la enorme ventana destrozada de la puerta. El escudo de un venado con cuernos sobre un fondo negro colgaba desde las almenas.

Duncan no lo reconocía, pero suponía que era Orlesiano. El acento del guardia pareció confirmarlo.

—Milord no recibe viajeros, —se mofó él.

Maric miró atrás al resto de ellos, claramente pidiendo ideas.

Habían pasado gran parte de la tarde viajando a través de los pantanos antes de que vieran el asentamiento remoto. Había salido de la niebla, las enredaderas reptando por las paredes agrietadas de piedra y el musgo grisáceo colgando hacia abajo. Era como si el pantano estuviera tratando insistentemente de reclamar el lugar, y aún así resistía noblemente.

Había una única fortaleza dentro de las paredes y un pequeño patio, con sitio para no más de quizás cien hombres, de acuerdo a la estimación de Kell. El tipo de asentamiento que el Imperio construía en los límites de sus bordes, vigilando por incursiones incluso aunque ninguna se hubiera materializado durante siglos. Eran lugares convenientes para exiliar a los aristócratas que perdían el favor, aunque Duncan sabía que algunos hombres nobles se tomaban esas asignaciones fronterizas seriamente y trataban de hacer un trabajo honesto. Llevaban la ley a las aldeas locales e intentaban despejar los bosques de forajidos y cultos paganos. Este lugar, sin embargo, parecía como si apenas se sostuviera a sí mismo contra el pantano barroso a su alrededor, y si había alguna población local de la que hablar, no habían visto evidencias de ella. Esta era una espesura fría y húmeda, llena de serpientes, y ciertamente un lugar inhóspito para construir nada.

Duncan se encogió de hombros, y ni Kell ni Utha parecían ofrecer nada mejor. Maric suspiró y se giró hacia el guardia esperando en la ventana.

—Estamos buscando a alguien. Una amiga.

El guardia encogió los ojos hacia Maric.

—No tenemos Fereldeños aquí.

—Ella no es Fereldeña. Es Orlesiana, ¿quizás la capitana de la guardia? Se llama Genevieve.

—¿Qué es eso? ¡No conozco a nadie con ese nombre! Ciertamente no es el capitán, ¡a no ser que se hubiera convertido en una mujer mientras no estaba mirando! ¡Idos, todos

vosotros! —El guardia se acercó al postigo, pero se detuvo mientras alguien tras él murmuraba algo indistinto. Duncan luchó por escucharlo pero no pudo enterarse. El guardia meramente gruñó y volvió a mirar a Maric—. Mi amigo aquí dice que la nueva esposa del senescal utiliza ese nombre. ¿Es esa?

—Probablemente, sí.

—¿Qué asuntos tenéis, entonces? Hemos tenido nuestra cuota de viajeros en estas partes. No abrimos las puertas para nadie sin que Su Señoría lo diga. Así que si tenéis algún mensaje pasadlo, yo lo cogeré y podréis continuar con vuestro camino.

Maric se detuvo, y Duncan podía ver su mente trabajando rápidamente… y sin llegar a nada. El Rey de Ferelden no era demasiado farol, al parecer. Duncan difícilmente estaba sorprendido.

—Dile que su hermano está aquí para verla, —dijo él.

El guardia presionó su cara contra la trampilla de la ventana, moviendo sus ojos para poder ver con claridad a quién hablaba.

—¿Ese eres tú?

Duncan estuvo tentado de decir que era Maric, pero la mirada de pánico en los ojos del hombre decía que probablemente no era una buena idea. Demasiado mal, ya que sólo otra persona que pudiera pasar creíblemente por el hermano de Genevieve sería Kell, y era incluso peor mentiroso que el Rey.

—Medio hermano. —Asintió él—. Mi nombre es Bregan.

El guardia se mordió el labio pensativo, mirando la piel morena de Duncan. Finalmente gruñó:

—Veremos lo que tiene que decir ella al respecto, entonces. Esperad aquí, todos. —La ventana se cerró con un fuerte clac.

Maric frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —susurró él.

—¿Tienes una mejor?

Utha hizo un gesto complejo hacia Kell, y el cazador se encogió de hombros en respuesta.

—No sé quién puede ser este senescal, —le dijo él—. Sé poco sobre nuestra Comandante más allá de su vida con la orden.

La enana asintió como para decir que ella no sabía más que eso.

Esperaron en la niebla un tiempo, escuchando a algún pájaro desconocido graznando en los pantanos distantes. Cuando las contraventanas se abrieron de nuevo, les sorprendieron a todos.

—Tú el de ahí, —gruñó el guardia, mirando a Duncan—. Ha dicho que verá a su hermano. El resto podéis esperar fuera.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —Preguntó Maric—. Nosotros sólo…

—Son las órdenes del senescal. —El guardia cerró la ventana de nuevo y un momento después las puertas se abrieron. El patio del otro lado era en su mayoría barro, con sólo un árbol nudoso cubierto de musgo colgante creciendo junto a una forja y un

establo dilapidado. El establo parecía contener pocos caballos reales, y la mayoría del tráfico a pie parecía ser entre la fortaleza y la torre más grande junto a la puerta. Había un puñado de soldados a la vista, todos los hombres llevando cotas de malla desajustadas y el mismo blasón en negro que sobre la puerta.

El guardia cansado hizo un gesto para que Duncan entrara, y tuvo poca elección salvo ir. Maric encontró su mirada mientras pasaba, y esa mirada parecía decir, *Está todo en tus manos ahora, chaval*. Lo que era maravilloso, en realidad. Simplemente excelente. Duncan debería haber aprendido hacía tiempo a mantener su estúpida boca cerrada.

Esperó en el barro mientras cerraban la puerta tras él. Hizo un *zum* fuerte y definitivo mientras se cerraba. El guardia caminó hasta él y le hizo un gesto a otro que estaba cerca. Era un hombre mucho más joven, más joven que Duncan incluso, con su armadura pareciendo como si hubiera sido hecha para alguien más grande. Su casco se le caía enfrente de sus ojos, y seguía echándoselo hacia arriba.

—Llevad a este al cuarto del senescal, —ladró el guardia—. ¡Sin demora!

El guardia más joven inclinó su cabeza nervioso y empezó a trotar hacia la fortaleza. No miró atrás para ver si alguien le seguía, así que Duncan suspiró y corrió tras él.

Su camino les llevó bajo el rastrillo de la fortaleza, tan oxidado que dudaba que hubiera sido bajado en años. Altos juncos crecían junto a la pared. Dentro de la fortaleza, las cosas eran mucho más limpias, aunque oscuras.

Había pocas ventanas, y los techos bajos hacían que los pasadizos se sintieran abarrotados, pero el joven guardia parecía saber adónde iba. Urgió a Duncan a mantener el ritmo con él mientras llegaba a la pequeña sala interior con todas sus mesas y sillas y en su lugar les llevó por un pasadizo lateral angosto hacia un largo juego de escaleras.

—¿Así que cómo se llama este lugar? —preguntó Duncan mientras subían.

El joven le miró, sorprendido.

—Este es el Garrote. ¿No lo sabes?

—¿Es realmente su nombre?

—No, —se rió entre dientes—. No puedo recordar cómo se llama en el mapa. Incluso Su Señoría lo llama el Garrote. Dicen que los Pantanos Nahashin te ahogarán hasta la muerte.

—Inteligente.

Las escaleras llevaban a la planta donde Duncan suponía que el señor y su familia vivían, así como los miembros sénior del personal del castillo.

Una diminuta sala de estar decorada con una vistosa alfombra Antivana se abría hacia varios grupos de apartamentos estrechos. Una joven con coletas rojas y un vestido gris liso se sentaba en la esquina y les miraba con interés, pero el joven guardia la ignoró y los llevó a uno de los apartamentos.

La puerta de roble estaba abierta, y dentro había otra cámara, esta con apenas sitio para moverse. Estaba llena con un pequeño escritorio lleno de papeles, con sólo un taburete para sentarse. Varias espadas estaban inclinadas contra una pared, y una única

lámpara colgaba de un gancho para ofrecer un poco de luz. Dos puertas llevaban más hacia adentro, pero ambas estaban cerradas.

—Cuando acabe, señor, estaré bajando las escaleras. —El joven guardia giró sobre sus talones y marchó de forma poco ceremoniosa saliendo por la puerta, cerrándola tras él.

Duncan miró alrededor de la habitación. No veía mucho que le recordara a Genevieve, aparte de las espadas. Obviamente ella no era la senescal, ¿así que qué estaba haciendo aquí en el castillo?

¿Aún era una Guarda Gris? ¿Era sólo parte de la guarnición aquí, o quizás una guardaespaldas del señor local? No podía imaginar a una orgullosa guerrera haciendo algo tan poco importante, pero suponía que su sueño era cosa suya.

Una de las puertas se abrió, y Duncan se giró para ver a una figura en una armadura de placas entrar, distraídamente llevando varios pergaminos largos bajo un brazo y tratando de no soltarlos. No era una mujer, sin embargo, sino un hombre. Tenía unos ojos azules perforadores y pelo negro con gris en la sien, así como una barba corta de aspecto distinguido.

Se detuvo y miró a Duncan con curiosidad, y Duncan de repente se dio cuenta de quién era.

Guy. El Guarda Gris que había asesinado.

—Tú no eres Bregan, —dijo el hombre en un tono amistoso, si acaso confundido.

Caminó hacia el pequeño escritorio y descargó los pergaminos sobre todos los papeles que ya estaban allí. Varios fueron tirados y flotaron vagamente hasta el suelo. Estudió a Duncan de nuevo, rascándose su barba pensativo.

—Les dije que no entrara nadie más. Bregan está aquí, ¿no? ¿No desea vernos?

Duncan abrió su boca y trató de formar palabras, pero no podía. En retrospección, habría sido obvio que encontraría al hombre aquí. Guy había sido el prometido de Genevieve cuando murió.

Sólo es natural que su deseo más profundo fuera que él hubiera vivido, y que ella se casara con él. Duncan no sabía casi nada de él, sin embargo. Por motivos entendibles los otros Guardas Grises habían sido reluctantes a hablar del hombre con su asesino. Era de buena reputación, un hombre que había conocido a Genevieve de casi toda la vida, y la había seguido a la orden.

Era todo lo que sabía.

La confusión de Guy aumentó mientras Duncan permanecía en silencio, entonces se alarmó.

—¿Ha sucedido algo? —Preguntó en una voz de susurro—. ¿Bregan… aún vive? ¿Le ha sucedido algo?

—No, él está… bien, —logró decir Duncan.

—Ah. —El hombre asintió y entonces parecía expectante, esperando la explicación real. Fue interrumpido por la otra puerta abriéndose y una mujer que entraba. Llevaba un vestido largo gris, y un pelo blanco largo que caía por su espalda. Era rellenita y de

aspecto amable, su cara desgastada con arrugas de expresión, y Duncan miró dos veces mientras se daba cuenta de que esta era Genevieve. No la guerrera que conocía, con su pelo blanco alborotado y sus rasgos duros, musculados, sino meramente la mujer de Guy.

Ella le sonrió a Duncan, pero al ver su expresión sorprendida y su boca abierta, miró interrogante a su marido.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No puedo decirlo ciertamente. Me dijeron que tu hermano estaba aquí, y pensé que sería una sorpresa así que no te lo dije. Pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Bregan? —Exclamó ella excitada, su sonrisa iluminando su cara mientras se volvía hacia Duncan—. ¿Está realmente aquí? ¿Hay noticias? ¡Oh, dime! ¡Ha pasado tanto tiempo desde que oí de él!

La efusividad de corazón cálido era demasiado bizarra. Bien podrían haberle crecido astas en la cabeza; no podía dejar de mirar. Estaban ambos esperando una respuesta, sin embargo, así que tenía que recomponerse.

—Yo, eh, —tartamudeó él—, necesito hablar con Genevieve. A solas.

La preocupación cruzó sus ojos, y ella miró a Guy.

—Malas noticias, entonces, —dijo él sombríamente—. Necesito hablar con Lord Ambrose de todos modos. Grita si me necesitas, amor. —Él la besó cálidamente en la frente, aunque ella difícilmente se dio cuenta, estaba mirando a Duncan intensamente. Con una mirada de alerta definitiva hacia él, Guy salió de la sala de estar, suavemente cerrando la puerta hacia el apartamento tras él.

Genevieve miró a Duncan con temor. Él se sentía inconmensurablemente mejor ahora que Guy se había ido, pero no sabía qué decir.

—No lo sabes, ¿no? —preguntó él, esperando más allá de la esperanza estar equivocado.

Si acaso, su mirada se intensificó.

—¿No sé qué, exactamente?

—Que esto —él hizo un gesto a su alrededor— es un sueño. No es real.

Ella le miró, tratando de reunir lo que estaba diciendo realmente, como si no pudiera ser posible lo que ella pensaba. Entonces frunció el ceño.

—¿Esto es lo que has venido a decirme? ¿Es algún tipo de broma?

—No es una broma. ¿No te acuerdas de mí? Me llamo Duncan.

—¿Está siquiera Bregan aquí? ¿Siquiera conoces a mi hermano?

Genevieve caminó enfadada junto a Duncan hasta la puerta tras él.

—No voy a pasar por este sin sentido, te diré qué. ¡Mi marido te pondrá en la mazmorra!

—¡Espera! —Él la agarró por el hombro. Ella se giró, no asustada, sino mirándole ultrajada—. ¡Dime que no has tenido un sueño en el que eras una guerrera! —suplicó él—. ¡Una Guarda Gris, liderando al resto de nosotros en una misión importante!

—Eso era sólo un sueño. —La duda en sus ojos, sin embargo, le dijo otra cosa. Ella no se apartó de su agarre, y ella no abrió la puerta para marcharse.

—¿Estás segura? ¿Cómo sabría yo de tu sueño si no?

—No, esto no puede ser. —Ella sacudió su cabeza, y cuando finalmente se dio cuenta de que él estaba sosteniendo su hombro, ella lo liberó. Caminó hasta el otro lado de la habitación, frotándose las manos con ansiedad.

—¡Ese sueño, era horrible! ¡Esto debe ser algún tipo de truco!

—Tú eres la Comandante de los Grises en Orlais. No es ningún truco.

—¡No he cogido una espada en años! Hubo un Guarda Gris que vino a nuestra aldea cuando era joven, y habló sobre nuestro reclutamiento, pero yo no era lo suficientemente buena. ¡Mi hermano me convenció para abandonar! ¡No, recuerdo eso con claridad!

—Pero no es cierto.

—¡Lo es! —Ella sacudió su puño hacia él, su voz tomando un tono de desesperación—. ¡Mi hermano es un caballero, un general del ejército de la Emperatriz! ¡Tiene una esposa, y un hijo! ¡Él no es para nada como el hombre miserable de mi sueño!

—Él es un Guarda Gris, como tú. O lo era. Estamos buscándole.

—¡No, no! —Ella se giró, poniendo sus manos sobre su cabeza como si necesitara evitar que explotara. Duncan se estaba empezando a preocupar un poco de que quizás la estuviera presionando demasiado. ¿Pero qué otra cosa se suponía que hiciera? No es como si pudiera marcharse y volver en otro momento cuando hubiera tenido ocasión de pensar en ello—. ¡Lo vi sólo hace dos meses! ¡Me trajo a mi sobrino, y es tan desvariadamente feliz! —Ella se detuvo, aturdida, y lentamente se giró para mirar a Duncan peligrosamente—. ¿Qué hay de Guy? ¿Estás diciendo que él no existe, tampoco?

Él dio un paso atrás. Recordaba esa mirada. Si había algo en esta mujer que le recordara a la guerrera que él conocía, ahí estaba. ¿Eso era algo bueno? No podía decirlo.

—Él… murió.

—Él está vivo, —insistió ella, su voz firme—. Estás tratando de alejar a mi marido de mí, la única cosa que hace que merezca la pena vivir mi vida. ¡La única cosa que amo sobre todo lo demás!

—¡No estoy haciéndolo! —protestó él—. ¡Tú no tienes un marido!

—¡Sólo porque tú lo asesinaste! —rugió ella, su cara roja de ira. Hizo como si fuera a cargar contra Duncan, sus puños levantados, pero se detuvo casi de inmediato. Todo su cuerpo se sacudía con furia, pero sus ojos parpadearon con una revelación horrorizada.

—¿Y cómo sabrías eso? —Preguntó él lentamente—, ¿a no ser que supieras quién soy? —Él cautelosamente se aproximó a ella—. Porque lo sabes, ¿no? Sólo que no quieres saberlo.

Con un grito de ira, Genevieve corrió por la habitación, cogiendo una de las espadas inclinadas contra la pared y girándose hacia Duncan. Él vio el asesinato en sus ojos y tenía sus cuchillos fuera mientras ella corría hacia él. Bloqueó su primer golpe, pero su segundo casi tira una de sus dagas de su mano. Esto no era la lucha de una mujer que no había cogido una espada en años, sino de una veterana entrenada.

—¡Para! —gritó él, pero ella presionó el ataque. Haciendo una mueca, hizo un corte duro tras otro, presionándole de espaldas hasta que casi tropieza. En tal cercanía sus

dagas realmente deberían haberle dado la ventaja, pero no quería *herirla*. Aunque no quería ser herido, tampoco.

Duncan lanzó su daga a la mano que sostenía su espada, tratando de desarmarla, pero ella era demasiado rápida para él. Haciendo una pirueta, ella golpeó a un lado su antebrazo y entonces se lanzó hacia delante, lanzándole contra la pared y empujando el filo de la espada contra la garganta.

La sostuvo ahí, presionando con la suficiente fuerza como para que sintiera su mordisco contra la piel. Le hizo atragantarse, y echó atrás su cabeza, tratando de no tragar saliva.

Ella le miró fríamente a los ojos, a meros centímetros de su cara.

Esta era definitivamente la Genevieve que conocía, pese a su apariencia. Ella podía cortarle la garganta en un parpadeo, y él estaba indefenso para evitarlo. ¿Podía ser asesinado en el Velo? ¿Significaría eso que su cuerpo simplemente moriría en el mundo real? Una perla de sudor rodó por su frente, el momento extendiéndose eternamente mientras ninguno de ellos hacía ni un solo sonido.

Finalmente ella retiró el filo de la espada ligeramente. Él jadeó y tragó con fuerza.

—Dime por qué no debería matarte, —exigió ella.

—¡Tú eres la Comandante! ¡Te necesitamos!

—Esta es una buena vida, —dijo ella, su voz baja y llena de acero.

—Bregan es feliz. Yo soy feliz. Guy está vivo. Y lo más importante, nunca he tenido nada que ver con los Guardas Grises y especialmente con pequeños bastardos como tú.

Sus últimas palabras golpearon con fuerza. Él la miró incrédulo, incapaz de formular una respuesta.

—¿Qué pensabas? —soltó ella—. ¿Qué reclutaría al asesino del hombre que amaba como una recompensa? Era un *castigo*. Quería ser una Guarda Gris, pero mi hermano lo hizo una miseria. Él lo odiaba, y saber que se unió por mí me hizo odiarlo. Tú te llevaste la única cosa que me permitía olvidar.

—Lo siento…

—No, *yo* lo siento. —Ella apretó sus dientes, la rabia haciéndola temblar—. Estaba tan segura de que morirías en la Unión, de que probarías un poco de lo que Guy y el resto de nosotros habíamos tenido que pasar. Suficiente como para que te atragantaras. Pero sobreviviste. El Hacedor me gastó una broma más.

—Pero pensé…

—Has demostrado ser útil, —le cortó ella, su tono frío como el hielo—. Tienes cierta habilidad y haces que se hagan las cosas. Has sido un buen Guarda Gris. —Ella se mofó de él—. Enhorabuena.

Ellos se miraron el uno al otro un momento más, y entonces ella se apartó de él.

—Vete, —dijo ella—. Vuelve con los otros y salid de aquí. No seré *recuperada*, no por ti. Ni por nadie.

Él cayó al suelo, tosiendo y atragantándose y agarrándose la garganta. Podía sentir sangre donde la espada le había dejado un corte superficial. Ella retrocedió, mirándole con una mirada de odio, y él no pudo hacer nada salvo devolverle la mirada en blanco.

¿Era esto lo que realmente sentía? Siempre se lo había preguntado. Nunca había pensado que ella le tuviera ningún cariño después de lo que había hecho, ¿pero le odiaba tanto? ¿Por qué mantenerle cerca entonces? ¿Por qué no mandarle lejos a otra fortaleza de Guardas Grises tan pronto se convirtió en comandante? Tenía esa autoridad.

—No te creo, —insistió él.

Ella resopló con desdén.

—¿Qué es lo que crees, entonces?

—Creo que eres mejor que eso. Te admiro. Tú me salvaste de aquella celda, y sé que es porque pensaste que estabas haciendo lo correcto. Creo que simplemente estás tratando de hacer que me vaya.

Genevieve suspiró, su cara calmándose.

—Entonces vete.

—¿Entonces simplemente vas a quedarte aquí? ¿A vivir una mentira?

—Ya he tenido suficiente verdad.

Él asintió lentamente, frotándose el cuello y aclarándose la garganta varias veces. Se sentía casi como si su laringe hubiera sido aplastada.

—Así que vas a abandonar. Igual que Nicolas.

Ella frunció el ceño, bajando la espada sobre el escritorio con todos sus pergaminos y papeles. Más cayeron al suelo. Entonces ella alzó la mirada hacia Duncan.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha hecho él?

—Está con Julien. Se negó a venir con nosotros. Prefiere morir en el Velo.

Un poco de tristeza cruzó los ojos de Genevieve y ella miró al suelo.

—Él lo merece, si es lo que quiere.

—¿Es lo que piensas realmente?

—¿Por qué no? —soltó irritada—. ¿La realidad sería mucho mejor? ¿Es tal crimen estar con quien amas? Deja al hombre estar con Julien. Déjalos tener algo de paz a ambos.

—Pero no es Julien con quien está.

—No lo sabes. Dicen que los espíritus de los muertos cruzan el Velo. No tengo problemas en creer que el espíritu de Julien se quedaría con Nicolas, si lo encontrara aquí en el Velo.

Duncan se detuvo.

—¿Eso es lo que crees que es Guy?

Genevieve miró en dirección a la puerta, como si pudiera ver a través de ella. Había un anhelo en su expresión. Un deseo por algo que se había negado a sí misma hacía tiempo. Una sombra lentamente cruzó sus ojos, él conocía la respuesta.

—No, —admitió ella amargamente.

Un silencio extraño tuvo lugar. Duncan se levantó del suelo mientras ella se quedaba donde estaba, rígida y señaladamente evitando mirarle. Ella inclinó su cabeza, su boca retorcida en una mueca infeliz. El silencio fue interrumpido mientras la puerta hacia el apartamento se abrió de repente, y Guy entró corriendo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Exigió él, mirando con alarma primero a Duncan y luego a su mujer—. ¿Me han dicho que había gritos? ¿Pelea?

—No está pasando nada, —dijo llanamente Genevieve. No le miró, tampoco.

Su mirada cayó sobre la espada en el escritorio, y su boca se apretó. Miró a Duncan con sospecha.

—¿Estás segura? —Preguntó a Genevieve—. Puedo hacer que se lleven a este joven; no hay necesidad de que te moleste, amor.

—No, —dijo ella. Entonces simplemente se quedó ahí, mirando intensamente al suelo. Duncan no estaba seguro de lo que se suponía que debía hacer ahora.

¿Se suponía que debía marcharse? ¿Estaba ignorándole ahora? Guy le miró con una mezcla de confusión e interrogante. No sabía más de lo que sabía Duncan, pero claramente sabía que algo iba muy mal.

Se inclinó cerca de Genevieve, poniendo una mano sobre su hombro hasta que ella alzó la mirada hacia él. Las lágrimas enrojecían sus ojos.

—¿Qué pasa, mi amor? —rogó él—. Por favor dímelo.

—Necesito irme.

—¿Irte? ¿Adónde? ¿Cuándo volverás?

Genevieve se limpió las lágrimas y apretó los dientes. Puso una mano en la cara de Guy, mirándole como si estuviera memorizando cada uno de sus rasgos. Entonces le besó en los labios, con ternura. Su ceño se alzó confuso.

—Pronto, espero, —susurró ella.

Y con eso la fortaleza a su alrededor se desvaneció. Duncan casi estaba sorprendido por la transición, tambaleándose mientras la pared tras ellos se desvanecía. Estaban de vuelta en una llanura de rocas, con los cielos infinitos del Velo sobre sus cabezas. Genevieve estaba con su armadura pesada y su túnica de Guarda Gris, su pelo blanco corto una vez más. Ella miró al suelo, apretando su mandíbula, y no se movió.

De no muy lejos, Maric y los otros corrieron hacia ellos.

—¡Lo lograste! —gritó él.

—Supongo que sí, —murmuró Duncan. Mantenía sus ojos sobre Genevieve, sin embargo, y la vio cerrar los ojos y recomponer su voluntad. Los bordes duros habían vuelto, pero quizás nunca se habían ido del todo, ¿no?

Tras los otros, vio la mujer elfa con los rizos rubios, Katriel, lentamente aproximándose. Maric se tensó, mirándola de la misma forma que Duncan. Genevieve se percató de ella, también, y cuando lo hizo desenvainó su espada ancha con alarma.

—¡Espera! —gritó Maric, alzando una mano para detenerla.

Genevieve no bajó su espada.

—¿Por qué? ¿Quién es esta?

—Alguien que yo… conocí una vez.

—¡Entonces es un demonio! —Ella cargó hacia Katriel, que se quedó donde estaba y apenas miró a su atacante. En su lugar, miró a Maric con sus ojos verdes tristes. La elfa los había visto cada vez que volvían de un sueño, y cada vez parecía más desesperadamente triste. Maric estaba igual. Duncan podía ver su corazón rompiéndose cada vez que la veía.

Maric corrió tras Genevieve ahora, atrapándola justo antes de que alcanzara la elfa. Agarró su armadura y tiró de ella hacia atrás, como si fuera una pelea.

—¡Para! ¡Ella puede ayudarnos! —insistió él.

Kell y Utha miraron, preocupados, pero no intervinieron.

La Comandante miró a Maric como si el hombre estuviera loco.

—¿Ayudarnos? ¿Un demonio?

Él se detuvo, y miró infeliz hacia Katriel. Por su parte, ella continuó simplemente observándole. Genevieve retrocedió, frunciendo el ceño con desaprobación pero manteniendo su espada preparada.

Maric se aproximó a la elfa de cerca, aprensivo y temeroso a la vez.

—¿Nos ayudarás? ¿A enfrentarnos al demonio? —le preguntó él, su voz encogida.

Ella le miró, su expresión pensativa.

—No, —admitió ella.

—Y tú no deberías ir a enfrentarte a él tampoco.

—¿Por qué no?

—Porque te amo. —Cuando él retrocedió por sus palabras, angustiado, ella corrió hacia él. Las lágrimas surcaban su cara y ella se volvió frenética—. ¡Maric, el demonio te matará! ¡No vayas a tu muerte, no por el deber! ¡No siempre por el deber!

—Hice una promesa, —murmuró él.

Él trató de apartar la mirada de Katriel, pero ella extendió las manos hacia arriba y le agarró el mentón, intentando hacerle mirarle y llorando aún con más fuerza. Él luchó contra ello, pero débilmente, y cuando finalmente le miró a los ojos, las lágrimas estaban cayendo por su cara también.

—Déjalos que se vayan y hagan su tarea, —susurró ella con urgencia, su voz ajada con emoción—. ¿No te has sacrificado lo suficiente?

—Necesito salvarla.

—Hay otros que salvar. Otros atrapados en el Velo, viviendo en un sueño infinito. —Ella mantuvo sus ojos fijos en los de él, su súplica desesperada—. Tu madre está aquí, Maric. Podríamos salvarla juntos. Por favor… no te vayas.

Maric flaqueó, sus ojos llenos de un brillante dolor, pero no apartó la mirada de Katriel. Por un largo momento sólo hubo silencio.

Entonces su expresión lentamente se volvió resignada, y ella asintió desolada. Más lágrimas surcaron por sus mejillas. Duncan se sentía casi avergonzado por mirar, e incluso Genevieve se volvió con una mueca.

—Lo entiendo, —susurró la elfa.

—Ojalá pudiera pedirte que me perdones.

Ella extendió el brazo y tiernamente le apartó el pelo con una sonrisa triste.

—Perdónate a ti mismo, —dijo ella—. Y olvídame. —Entonces se volvió y se alejó caminando. Maric se quedó donde estaba, viéndola marcharse. Parecía calmado, casi sereno. Duncan no estaba seguro de por qué.

Le hizo dudar. Quizás había espíritus buenos en el Velo y no sólo demonios. Quizás los fantasmas eran reales. Quizás el Hacedor de verdad cuidaba de Sus niños y ayudaba a aquellos que Le necesitaban más.

O quizás todo había sido un último truco para tratar de atraer a Maric.

Duncan de repente se alegró de que fueran a enfrentarse al demonio ahora. Salir de este sitio o morir en el intento. Estaba cansado de pesadillas.

* * *

El grupo caminó hasta una elfería, una parte amurallada de una ciudad más grande. Los edificios aquí eran en su mayoría chozas, apiñadas juntas y a veces incluso unas encima de las otras. Era una pila aleatoria de casas y tiendas sucias, tendederos por las calles a veces yendo hasta dos o incluso tres pisos de alto.

La propia calle era principalmente de barro, los caminos desgastados llenos de agua estancada y oliendo a estiércol. El único punto de color en todo el cuadrante era la plaza central, donde un roble bien cuidado extendía ampliamente sus ramas, sus hojas verdes vibrantes formando un techado que dejaba gran parte del suelo bajo él seco. Una plataforma de madera había sido construida allí, adornada con barras cubiertas de guirnaldas azul brillante. Un lugar de celebración, imaginaba Duncan, incluso aunque no hubiera nada en la plataforma polvorienta ahora.

Lo extraño, se percató él, era que no había ni una sola persona en toda la elfería. La calle estaba desnuda, y ni un solo elfo sacaba su cabeza de ninguna puerta o ventana. Las nubes oscuras se hinchaban por encima de sus cabezas y amenazaban con lluvia, pero nadie corría a recoger la colada de los tendederos. Las contraventanas sonaban rítmicamente en la brisa. Parecía como si todo el lugar estuviera desierto.

Duncan sacó sus dagas. Había una intranquilidad en el silencio, una extrañeza que le erizaba los pelos del pescuezo.

Utha entrecerró los ojos mientras miraba alrededor y hacía gestos rápidos hacia Kell.

—Tienes razón, —murmuró él—. Esto parece muy diferente a los otros sueños, y no es sólo por la falta de gente.

Duncan tenía que estar de acuerdo. Había una distinción extraña en su visión, aquí. Hacía que todo pareciera ligeramente irreal, como si estuviera viéndolo todo a través de un cristal. Todo también parecía ligeramente bañado, y no era sólo la suciedad de los hogares élficos. Incluso el cielo estaba sin vida, nada salvo las nubes grises de un extremo al otro. Medio esperaba que las nubes se separaran y revelaran el cielo del Velo con sus islas flotantes al otro lado.

—¿Entonces dónde encontramos al demonio? —preguntó Maric.

Nadie tenía una respuesta inmediata. Las puertas de hierro que llevaban fuera del distrito estaban cerradas del todo. Eran sólidas y de aspecto prohibitivo, como si aparentemente a los elfos ni siquiera se les permitiera mirar al resto de la ciudad y sus condiciones superiores.

No es que los suburbios de Val Royeaux fueran mucha mejora sobre esto, pensó Duncan. El hecho de que fueran una mejora ya era lo suficientemente malo, la elfería tenía una sensación de abandono, como si los edificios y su gente fueran la negación que habían barrido del resto de la ciudad. Los elfos obviamente hacían lo que podían, pero imaginaba que incluso el ladrón más desafortunado con el que se había topado en los suburbios habría arrugado su nariz en lugar de quedarse aquí.

Mientras Duncan lentamente escaneaba el área, se percató de que no sólo la puerta estaba cerrada, sino que lo estaban todas las puertas. Todas excepto una. Un único edificio inocuo al otro lado de la plaza tenía su puerta invitadoramente abierta.

—Mira allí. —Señaló él.

Todos lo hicieron, y se detuvieron.

—Eso casi parece demasiado conveniente. —Murmuró Genevieve. Nadie se lo discutió, pero en silencio el grupo empezó a cruzar la plaza hacia la puerta.

—¿Fiona estará aquí? —Preguntó Maric en silencio—. ¿O sólo el demonio?

—No lo sé, —admitió Kell.

Genevieve movió a los Guardas a que se separaran. Kell y Utha fueron alrededor de un lado del gran roble mientras que ella y Duncan fueron por el otro. Maric se quedó tras ellos. Nadie dijo ni una palabra, el único sonido el viento a través de las hojas sobre ellos.

Mientras el grupo reptaba a través de la puerta, Duncan se detuvo. El pasillo justo dentro no era lo que habría esperado. Era grande, para empezar, y las paredes estaban cubiertas de un papel delicado que había visto a veces en los hogares de los verdaderamente ricos. Aquí estaba decorado con pequeñas rosas, cada una creciendo de una enredadera que se extendía hacia el blanco techo en pico de arriba. Los suelos eran de madera pulida, oscuros y ricos y lo suficientemente limpios como para comer en ellos.

—Esto no puede ser el mismo lugar por el que acabamos de entrar, —murmuró él.

Los otros estaban mirando alrededor ahora, también, sus agarres estrechándose en sus armas.

—Fuimos por una puerta, ¿no?

Maric susurró.

—Podríamos estar en cualquier parte.

—Estamos siendo dirigidos, —declaró Genevieve—. Esto es una trampa.

—¿Tenemos muchas opciones?

Ella no tenía respuesta para él. Tras un momento de vacilación el grupo se movió hacia delante de nuevo. Se volvió obvio que era una propiedad, el hogar de algún aristócrata Orlesiano. Pasaron por una sala de estar lujosamente amueblada, un pasillo

que parecía dar a un ala de sirvientes, e incluso un conservatorio completo con puertas blancas que se abrían a un jardín iluminado por el sol lleno de arbustos en flor.

Todo aún tenía la misma irrealidad que la elfería, la sensación de que todo no estaba del todo bien. Duncan se percató, también, de que la propiedad estaba similarmente abandonada. Los pasillos deberían haber estado abarrotados de sirvientes y guardias, todo un personal bullendo para correr por la casa, y aún no había nada salvo silencio.

—¿Oís eso? —preguntó Kell en silencio.

El grupo se detuvo en el pasillo. Duncan asomó su cabeza y levemente escuchó el sonido de una mujer llorando. Podría haber sido Fiona; estaba demasiado lejos como para decirlo y habría sido imposible escucharlo si no hubiera estado tan silencioso. El cazador tenía buenos oídos.

Continuaron, Kell liderando el camino mientras trataba de encontrar un camino hacia el sonido. Pasaron a través de un patio lleno de arbustos verdes y una estatua de mármol de Andraste sobre una fuente burbujeando. Abriendo una ventana corredera, Kell les llevó cuidadosamente hacia una cocina vacía. Era grande, del tipo que normalmente habría estado llena de sirvientes desesperados por hornear su pan y terminar la comida de la noche, pero no había nadie. Ni siquiera olía como si hubiera sido utilizada nunca. Los sonidos de la mujer sollozando eran definitivamente más fuertes, sin embargo, y mientras el cazador les llevaba hacia la parte trasera de la cocina encontraron un juego angosto de escaleras que llevaban hacia abajo hasta la oscuridad.

Los llantos venían de abajo.

—¿Bajamos? —preguntó Maric a nadie en particular.

No hubo respuesta. No tenían forma de volver al mundo vivo, no había forma de librarse de cualquier hechizo que el demonio les hubiera lanzado. Si esto era realmente una trampa, entonces tendrían que caminar hacia ella con sus ojos abiertos y esperando salir por el otro lado.

Duncan sintió un temor creciente mientras descendían en fila india. Las escaleras crujían ominosamente bajo su peso, y el aire se volvió frío cuanto más bajaban. Su corazón empezó a palpitar rápidamente, y tuvo que forzarse a seguir moviéndose. Las piedras a su alrededor cambiaron, volviéndose de roca natural. Entraron en una cueva fría y húmeda, el sonido de los llantos delante haciendo eco tras charcos estancados.

Este no era un lugar natural, pensó. Esto era un recuerdo, algo tan terrible que para Fiona se había convertido en una cueva oscura llena de terror. Podía sentirlo reptando hacia sus sentidos, y podía ver a los otros sintiendo lo mismo. El sudor caía de sus frentes, sus ojos bien abiertos mientras avanzaban en las sombras. Fiona no estaba atrapada en un sueño lleno de sus mayores esperanzas… estaba atrapada en su peor pesadilla.

Una leve luz apareció delante de ellos, la cueva abriéndose a una caverna pequeña. Estaba desnuda salvo por un candelabro de hierro forjado en el centro, las velas parpadeando y mandando sombras saltando por el suelo rocoso. Un hombre estaba junto a él con su espalda hacia ellos, su pelo gris recogido en una gentil coleta.

Estaba vestido con la chaqueta bordada de terciopelo y las botas altas de cuero típicas de un noble Orlesiano, y llevaba un largo látigo de cuero enrollado en una mano.

Sobre lo que estaba utilizando el látigo era obvio. Fiona yacía bocabajo en el suelo de piedra, apartando la mirada de ellos con sus brazos alzados sobre su cabeza y encadenada a la pared. Su cabeza colgaba sin fuerzas, y la parte trasera de su túnica estaba desgarrada con tantos latigazos por su espalda que su espalda estaba roja de sangre. Duncan podía haber pensado que estaba muerta si no fuera por el temblar de sus hombros y sus sollozos ajados.

—¿Pensabas… —se mofó el noble ante Fiona bajo él— que iba a dejar que la Capilla te alejara de mí? ¿Que te arrebataría hasta el Círculo de Magos, ehmm?

—Lo siento, amo, —suplicó Fiona. Su cabeza aún colgaba hacia abajo, casi tocando el suelo. Su voz fue reducida a un susurro roto, y ella continuaba llorando.

—¡Te olvidas de mis conexiones! ¡Puedo asegurarme de que se olviden de una pequeña ramera elfa! ¡El mago que te encontró se había equivocado, tan simple como eso!

—Sí, amo…

—No es como si te necesitara por ningún estúpido don mágico que poseas, ¿no?

—Sí, amo…

Aunque Duncan no podía ver la cara del hombre, su ira era obvia. Él desenrolló el látigo de cuero y lo hizo chasquear con fuerza.

—¡No me estás escuchando, estúpida chica! ¡Ya he tenido suficiente de tu insolencia! ¡Suficiente! —Él alzó el látigo bien alto, preparándose para cortar a Fiona una vez más.

—¡Para! —le ordenó Genevieve. Ella se movió hacia la pequeña caverna, su espada ancha alzada cautelosamente ante ella. Los otros hicieron lo mismo, manteniendo su distancia del noble y extendiéndose.

No había forma de saber qué esperar de él.

Se detuvo, sin aterrizar su golpe, y en su lugar se giró para mirarles. El noble era arrogantemente atractivo. Sus ojos estaban perfilados con kohl negro, a la costumbre Orlesiana, pero, mucho más señalados, brillaban con un tono morado siniestro. Sonrió, como complacido.

—¡Ah! Aquí están al fin. Encontrasteis la salida de vuestros sueños, ¿no? Bueno, despreciad un regalo si queréis; no os daré otro.

—No necesitamos tus regalos, —dijo Genevieve, su tono mortífero.

Ella bajó su espada hacia él.

—Liberarás a Fiona, y nos liberarás a nosotros. Hazlo.

Él se rió entre dientes ligeramente.

—¿Liberar a mi preciosa chica? ¡No lo creo! ¡La compré legalmente! He pasado años criándola; ¡no voy a perder todo eso!

—Sabemos lo que eres, demonio. No hay necesidad de fingir.

Él chasqueó su lengua en reproche.

—¿Crees que estás realmente aquí? ¿Crees que son armas reales las que tienes apuntando hacia mí? ¿Quién crees que es el amo de este reino, y quién el soñador? —Con un gesto de su mano, Genevieve fue lanzada hacia atrás con una fuerza terrible. Ella gruñó mientras golpeaba con fuerza la pared de piedra de la caverna, su espada chocando contra el suelo. Alzó su mano, sonriendo, y ella se levantó como si estuviera siendo agarrada por la garganta, pateando con sus piernas y agarrándose el cuello mientras se atragantaba.

Kell soltó una flecha, y se hundió en el cuello del noble con poco efecto. Utha cargó hacia él, Maric justo tras ella con su espada alzada en alto, y el noble meramente movió su otra mano y los mandó a los dos tambaleándose hacia atrás por el suelo. Kell disparó dos flechas más, ambas golpeando al demonio sin hacerle daño antes de que sacara su mayal y cargara también.

—Realmente, —suspiró secamente el noble—, esto es estúpido. —Aún agarrando a Genevieve contra la pared, movió su mano libre hacia el cazador y le mandó volando explosivamente hacia atrás, cayendo con fuerza en el suelo cerca de donde Maric y Utha trataban de recuperar el pie.

Duncan se quedó atrás, sus dagas preparadas. Su primer pensamiento fue rodear y tratar de apuñalar al demonio sin que se diera cuenta, pero el ver lo eficientes que habían sido los otros con sus ataques le hizo que le pareciera improbable que el suyo fuera mucho mejor. En su lugar, bordeó hacia donde Fiona yacía y levemente la tocó.

—¿Fiona? —susurró él—. ¿Estás bien?

Ella alzó su cabeza lentamente, y se dio cuenta de que era una pregunta muy estúpida. Su espalda estaba ensangrentada y abierta, y ella le miró interrogante, los ojos enrojecidos y una cara manchada de lágrimas, él se dio cuenta de que ella no tenía ni idea de quién era y apenas se daba cuenta de que estaba allí.

—Aquí, déjame quitarte esas esposas. —Él cogió sus manos, dándose cuenta de que sus muñecas estaban despellejadas y sangrientas por las gruesas esposas de hierro que las retenían. Parecía como si pudiera ser simple de abrir. Alcanzó su cinturón y sacó su ganzúa oculta.

—¡Aléjate de ella! —rugió el demonio, girando hacia Duncan y lanzando su mano para alejarle de Fiona. Duncan se deslizó por el suelo y golpeó su cabeza con fuerza en un saliente de piedra de la pared, gritando mientras la agonía ardía a través de él. Trató grogui de sentarse, y podía oír los sonidos de gritos mientras Genevieve y los otros cargaban hacia el demonio de nuevo. ¿Quizás había distraído con éxito a la criatura? Era un pensamiento reconfortante.

Se puso de pie justo a tiempo de ver a Genevieve lanzar su espada ancha completamente a través de la sección media del noble. Le atravesó limpiamente, sin derramar nada de sangre mientras salía por el otro lado, y él la miró casi decepcionado.

—De verdad, ¿esto es lo mejor que podéis hacer? ¿Todos estos esfuerzos inútiles se supone que son para impresionarme? —Él extendió una mano, su velocidad rápida como

el rayo y demasiado rápida para que Genevieve lo evitara, agarrando su garganta y alzándola del suelo.

Ella jadeó y golpeó con poca efectividad su mano.

—¿Ves? Puedo hacer esto a la antigua usanza igual de fácilmente, —se rió entre dientes—. Tan pronto dejéis esta lucha inútil, todos podéis perecer en silencio. Guardaros para después obviamente fue un error.

Kell yacía cerca, tirado en el suelo inconsciente. Duncan no podía ver donde estaba Utha. Maric estaba cerca del demonio, su cabeza ensangrentada, claramente esforzándose por levantar su espada con runas para otro golpe.

—¡Maric, no lo hagas! —gritó Duncan.

El demonio giró su cabeza para mirar a Maric, y su mano atrapó a Maric por el cuello de la misma forma que tenía a Genevieve.

Maric jadeó con fuerza, sosteniendo su espada y cortando mientras el demonio le levantaba del suelo. Sus esfuerzos hacían poco más que cortar la capa bordada de la criatura.

El noble bajó la mirada hacia los cortes, sus ojos morados resplandeciendo peligrosamente.

—Por eso, necesitas sufrir. —Aún agarrando a Genevieve con su otra mano, empezó a aplastar la garganta de Maric. El sonido de crujido era húmedo e implacentero, y Maric dejó salir un grito gutural de angustia que llenó la caverna.

De repente otro grito sonó, un grito feral de dolor e ira. Era Fiona. Se levantó del suelo como una loca, temblando por el esfuerzo, sus ojos salvajes, un poder mágico brillante reuniéndose en sus puños. El demonio se detuvo y volvió un ojo curiosamente hacia ella, pero no antes de que ella soltara un enorme rayo de relámpagos hacia él.

El resplandor de luz cegó a Duncan, y el trueno que le siguió casi le hace caer. Se tambaleó contra la pared tras él, y cuando abrió sus ojos vio que Fiona había caído de rodillas, sus esfuerzos agotados. El demonio estaba en el suelo, habiendo soltado tanto a Genevieve como a Maric. Su capa estaba completamente chamuscada, dejando su pecho desnudo humeando por el golpe. Parecía mareado.

Duncan aprovechó la ocasión. Cargó por la habitación, saltando en el aire y aterrizando directamente sobre el noble antes de que pudiera recuperarse. *¡Veamos si esto hace algo ahora!* Clavó ambas dagas en la cabeza del demonio mientras aterrizaba, y ambas se deslizaron sin hacer sangre en los ojos de la criatura.

Rugió de dolor, moviendo sus brazos e incapaz de ver.

Duncan se sintió siendo agarrado por un poder invisible y lanzado alto en el aire. Fue lanzado al techo de la caverna, presionado allí como por una mano gigante. Estaba siendo aplastado, el aire forzado fuera de sus pulmones y dejándole jadeando.

—¡Eso fue algo muy estúpido, pequeño! —se mofó el noble, tirando de una de las dagas de sus ojos. El brillo morado en ese ojo era ahora enfermizamente brillante, resplandeciendo como si estuviera sangrando de una fisura en su fachada. Se giró hacia

Fiona, una mueca inhumana en su cara—. Quieres jugar, ¿no? ¿Quieres más latigazos? ¿Cuándo aprenderás?

—¡Nunca! —escupió ella. Se levantó de vuelta en el suelo, tan débil que estaba temblando, su cara contorsionada en algún tipo de desafío violento—. ¡Nunca sufriré el que vuelvas a tocarme! ¡Nunca!

—Ya veremos, —soltó él. Ardieron llamas alrededor de una de sus manos, llamas negras que llenaron toda la habitación con una frialdad rigurosa que hizo que Duncan se estremeciera. Señaló con su mano a Fiona, las llamas creciendo a una magnitud aún mayor. Ella le miró y no retrocedió.

Antes de que el demonio pudiera actuar, sin embargo, Duncan vio a un Maric bañado en sangre levantarse tras él. El Rey gritó un grito de guerra mientras balanceaba su espada larga y decapitaba al demonio de un golpe.

Se despertaron.

Duncan se levantó del frío suelo de piedra de las ruinas enanas, los esqueletos aún a su alrededor. Vio el cuerpo del gobernante enano, el que había sido poseído por el demonio, y ahora se extendía sin vida sobre su trono antiguo como si nunca se hubiera movido. Los muertos simplemente estaban muertos una vez más, y él observó mientras los huesos del gobernante se derrumbaban y lentamente caían, la magia que los había mantenido juntos ahora se había perdido. En unos momentos no había nada en el trono salvo polvo.

La sensación ominosa en la habitación se había ido. Podía escuchar a los otros levantándose, y vio a Maric despertándose en la plataforma. Justo junto a Duncan, Fiona se levantó. Estaba de nuevo en su forma normal, vio él, y ninguna de las heridas que había sufrido en el Velo se trasladó a su cuerpo. Ninguna de las de ellos lo había hecho.

Ella miró a sus manos, casi incrédula.

—¿Esto… es el mundo real? ¿Estoy viva?

—Todos lo estamos, —le dijo con una sonrisa.

Ella se inclinó y le dio un abrazo, llorando lágrimas de cansancio y alivio, y él la sostuvo cerca. No podía imaginar por lo que había pasado. No quería hacerlo. Ya era suficientemente malo recordar lo que había dejado atrás.

No todos ellos se recuperaron, sin embargo. Mientras que todos los demás empezaban a levantarse, Nicolas permaneció tumbado donde el demonio le había lanzado, tan inerte como los cuerpos antiguos a su alrededor.

Duncan se encontró esperando que donde fuera que estuviera Nicolas ahora, su sueño continuara y encontrara la paz que quería tan desesperadamente. Alguien debería hacerlo.

14

Y mientras las nubes negras llegaban sobre ellos,
Miraron lo que el Orgullo les había traído.
Y se desesperaron.

—Cántico de Threnodies 7:10

Fiona se sintió aliviada de salir de allí finalmente.

El grupo había huido del palacio en ruinas después de que Kell se reuniera con Hafter. El perro ladraba a su amo repetidas veces, casi como si le reprendiera por el hecho de que él y los otros le habían dejado solo tanto tiempo. Ella no estaba segura de si el perro había dormido, o si él había estado en alguna parte con ellos en el Velo. Los perros soñaban, ¿no? En cualquier caso, estaba claramente aliviado, al igual que Kell. El cazador dijo poco, y simplemente dio unos golpecitos en la cabeza de Hafter y sonrió con tristeza.

Se llevaron el cuerpo de Nicolas con ellos. No parecía correcto dejarle en medio de aquellos enanos que habían muerto de una forma tan horrible. Kell y Maric le llevaron entre ellos, sin decir ni una palabra mientras Genevieve los llevaba fuera. Fiona les siguió envolviendo sus brazos a su alrededor y tratando de recuperar algo de calor. No podía dejar de temblar. Cuanto más permanecía la pesadilla en sus pensamientos, más frío sentía.

Dejaron a Nicolas fuera del palacio en ruinas, a los pies de las largas escaleras. Les llevó un tiempo recoger suficientes escombros sueltos como para apilarlos sobre él hasta que tuvieron un túmulo de algún tipo. Genevieve extendió su capa negra encima, y ellos inclinaron sus cabezas un largo momento. La caverna no ofrecía nada salvo un silencio opresivo sobre ellos.

—Parece mal no enterrarle, —murmuró Fiona.

—Fue su elección, —soltó Genevieve.

Ella no podía discutir eso. Nadie podía. ¿Se suponía que debían marchar todo el camino de vuelta hacia el lago subterráneo para permitir que el cuerpo de Nicolas descansara con el de su amante? La idea era atractiva, pero todos sabían que era imposible. Los engendros tenebrosos con seguridad los habrían alcanzado mucho antes de eso. Esto tendría que servir.

A ella le parecía que debería haber habido algún tipo de discusión entonces. Necesitaban hablar de en lo que se habían metido, y adónde estaban yendo. Fiona sentía como si necesitara haber algún reconocimiento de lo que había sucedido, incluso si su mente le gritaba que no pensara en ello. Cada vez que recordaba ese látigo cortando su carne, sus pensamientos divagaban violentamente. Pero los otros no parecían estar mejor que ella, e igualmente todos seguían a Genevieve absortos mientras ella les llevaba de vuelta al thaig.

Durante horas se tambalearon por las calles en ruinas. Fiona apenas se percataba ya de la propia ciudad, tan atrapada como estaba en su propia oscuridad. El sueño se había sentido tan real. El demonio había personificado al hombre humano que la había comprado de los esclavistas que la arrebataron después de que sus padres murieran. Ella no había tenido ni idea entonces de qué tipo de hombres eran realmente, sólo de que le ofrecían comida y una cama caliente donde dormir. Entonces un hombre incluso más amable vino a llevársela de ellos, y ella se encontró en su lujoso hogar y pensó que era la chica más afortunada de toda la elfería.

Qué inocente había sido. El Conde Dorian, como ella supo que era el nombre de su nuevo amo, había estado buscando una zorra elfa que pudiera mantener como una mascota, algo que pudiera poner en un bonito vestido y llevar con él a uno de sus muchos viajes a la capital, como equipaje. La Condesa le había permitido su nuevo juguete, e ignoraba por completo a Fiona mientras continuaba con sus propios devaneos. Fiona vivía en esa casa como prisionera, invisible y sin siquiera saber que nada de eso estaba mal, sólo que necesitaba complacer al Conde o sufrir su ira. A menudo su ira llegaba tanto si estaba complacido como si no.

Escapar del hombre no había sido fácil. La fortuna le había llevado a llamar la atención de un mago sabio en las calles de Val Royeaux, aunque la furia del Conde cuando lo descubrió había sido inconmensurable. Ella aún flaqueaba cuando pensaba en cómo la había azotado aquella noche. Él la había perforado y sangrado hasta que suplicó la muerte, y él le negó incluso eso.

Y entonces ella se enfadó. Había profundizado en su interior y exigido que cualquier talento para la magia que tuviera, un talento en el cual ni siquiera ella creía de verdad hasta ese momento, viniera y la salvara. Y lo hizo. Había asesinado al Conde con pura fuerza mágica, y yacía sangrando junto a su cuerpo mientras el cansancio se apoderaba de ella.

Los demonios habían venido, entonces. Habían susurrado cosas suaves, prometiendo que se llevarían todo el dolor. Tan desesperado era su deseo de poseerla que mordisqueaban su mente, y todo lo que ella podía hacer era yacer allí y llorar lágrimas en silencio mientras se resistía.

La Condesa la encontró en la mazmorra, inconsciente y yaciendo en un charco de su propia sangre. Casi muerta. Por qué la mujer había contactado con el Círculo de Magos para que viniera y se llevara a Fiona, no tenía ni idea. Nunca vio a la mujer de nuevo. ¿Quizás la Condesa había sentido pena? ¿Quizás había sentido algo de gratitud por la elfa que finalmente había masacrado a su cruel marido y la había transformado en una rica viuda? Ella podía haber llamado igual de fácilmente a la guardia, o dejarla morir.

El Círculo, tristemente, había sido poco mejor. Al menos las pesadillas se volvieron más leves en su momento. Ella pensaba que finalmente las había dejado atrás, pero aparentemente no era así. Sentía como si una herida antigua se hubiera abierto en su corazón, dejándolo desnudo y sangrando.

Estaban justo fuera de un campo lleno de tantos escombros que era imposible decir qué había podido ser todo una vez, cuando Kell captó el rastro de Bregan de nuevo. El cazador alzó su mano para llamar a un alto y se arrodilló, pasando sus dedos junto al suelo y cerrando sus pálidos ojos. Él alzó su cabeza ligeramente como captando un aroma, y dijo suavemente:

—Le he encontrado.

Todo el mundo sabía a quién se refería. El efecto en Genevieve fue electrizante. Ella casi golpeó a Kell, exigiendo que siguiera el rastro inmediatamente. Él alzó la mirada hacia ella, y por un momento Fiona pensó que podría desafiar su autoridad una vez más. No lo hizo, sin embargo, meramente asintió y se levantó para liderar el camino.

Genevieve casi vibraba, estaba muy resuelta. El cambio en ella desde la arisca y silenciosa comandante que había dejado las ruinas era señalado. ¿Estaba aún tan ansiosa por encontrar a su hermano como antes? Lo parecía, aunque Fiona sentía como si tuviera que recordarse a sí misma por qué estaban siquiera aquí abajo. Sólo habían estado en los Caminos de las Profundidades, ¿qué? ¿Un par de días? Se sentía como una eternidad.

Duncan caminó junto a ella un tiempo. Ella miró hacia él y él sonrió con tristeza. Pretendía ser reconfortante, supuso ella, pero simplemente le recordó que su corazón había sido roto en el Velo también. No sabía exactamente por qué había pasado, pero sabía suficiente. Parecía más viejo.

—¿Por qué te quería el demonio? —le preguntó él de repente.

—Porque se vuelven muy poderosos cuando poseen a un mago.

—Ya parecía bastante poderoso.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Se ha sustentado en nuestro mundo tanto tiempo, quizás sólo le quedaba un poco de poder. Quizás un mago es todo lo que siempre había querido. Está en la naturaleza de los demonios codiciar lo que no pueden tener.

Él asintió, meditando la idea.

—Gracias por venir a por mí, —le susurró ella.

—No deberías agradecérmelo a mí, —dijo él. Ella siguió su gesto con la cabeza y vio que se refería a Maric, que caminaba no muy lejos de ellos, demasiado perdido en sus pensamientos como para darse cuenta de que estaban hablando de él.

—¿Por qué? ¿Porque mató al demonio?

—Él es el que salió de su sueño el primero, y vino a por el resto de nosotros. Insistió en que teníamos que salvarte. Sin él, no sé si habría dejado mi… estaría aún allí. Seguro.

Duncan apartó la mirada, frunciendo el ceño para ocultar su dolor. ¿Qué tipo de sueño retendría a un chico que había crecido solo en los suburbios de Val Royeaux? Se preguntaba. No quería preguntar, y en su lugar agarró su mano y le dio un apretón cálido.

Alcanzaron la enorme entrada que salía del thaig de Ortan después de otra hora de encontrar su camino a través de pilas de piedra y marquetería. Maric señaló que había pasado a través de esta puerta antes, y que su grupo se había encontrado con los engendros tenebrosos por primera vez varias horas después. Fiona intercambió miradas

con Kell y Utha, aunque no dijeron nada. No percibían a ningún engendro tenebroso cerca. Parecía extraño, después de cómo las criaturas les habían perseguido hasta tan lejos. Quizás cuando los engendros tenebrosos captaran su rastro de nuevo, ella estaría deseando justo este tipo de extrañeza.

La gran puerta de hierro claramente había sido tirada hacía tiempo por alguna fuerza poderosa. Ogros, supuso ella. Los grandes brutos azules eran los caballos de carga de los engendros tenebrosos cuando aparecían, y cuando fuera que el ataque a este thaig sucediera casi seguramente habrían sido numerosos en la horda. Aún así, era impresionante. Ella casi podía imaginar a las criaturas en un enjambre a través de la brecha, bañando cualquier defensa enana que permaneciera como una marea oscura.

Hafter olfateó entre los escombros enfrente de la puerta, haciendo sonidos de ansiedad. Entonces alzó su cabeza y miró en las sombras más allá de la puerta y gimió. Fiona estaba inclinada a estar de acuerdo.

Más allá, estaban de vuelta en los Caminos de las Profundidades. No les llevó mucho empezar a ver las señales familiares de la corrupción de los engendros tenebrosos, tan densas aquí que realmente no podían entrever nada de la piedra ya. Era una capa de piel enfermiza que lo cubría todo, y se sentía enervante, chapoteando bajo sus botas. La idea de tocarlo con la piel descubierta le hizo estremecerse de repulsión.

Había también un nuevo *sonido*. Quizás sonido no era la palabra correcta, ya que lo sentía mucho más de lo que lo oía. Había estado sintiéndolo durante algún tiempo, se dio cuenta ella. A veces parecía como algo susurrando su nombre, o al menos ella pensaba que era su nombre.

Otras veces era poco más que las notas más suaves, más seductoras de un coro que venía de lejos.

Tenía algo que ver con los engendros tenebrosos. Eso era todo lo que sabía.

Viajaron un largo tiempo. Ella no estaba siquiera segura de por cuanto, y mantuvo su mente concentrada en mantener la luz de su bastón y poner un pie delante del otro. Su mente gritaba por descansar, pero ella casi se alegraba por la fatiga. Sospechaba que todos lo hacían, ya que su caminar hacía casi imposible pensar.

Kell permanecía en el frente, su leal perro manteniendo el paso, y él se detenía a cada momento para arrodillarse y arrugar su ceño mientras estudiaba el rastro invisible. Cómo podía localizar a un único Guarda Gris en medio de toda esta suciedad de engendro tenebroso, Fiona no podía ni empezar a imaginarlo. Pero lo hacía. Giró por varios pasadizos y los llevó continuando en movimiento, hasta que finalmente alcanzaron otra sección donde la mampostería enana había colapsado, abriéndose a las cavernas negras como la tinta de abajo… el auténtico hogar de los engendros tenebrosos, bajo los Caminos de las Profundidades.

—Ahí. —Señaló él.

Genevieve caminó hacia delante, suficiente como para mirar por la brecha y ver que los escombros que llevaban a la caverna de abajo eran ciertamente escalables.

—Entonces vamos allí, —afirmó ella inequívocamente.

—No, no lo hacemos. Primero hablamos.

Ella pasó junto a él.

—No estoy interesada en hablar. —Ella marchó por delante, trepando por los escombros hacia las sombras de abajo. Fiona fue para seguirla, pero Kell le dio una mirada directa y sacudió su cabeza diciendo que no. Ella se detuvo, y así lo hicieron los otros tras ella.

Esperaron. Genevieve sólo podía bajar algo antes de que la falta de luz evitara que fuera más allá. Fiona la escuchó detenerse finalmente y suspirar de exasperación. Se dio media vuelta y marchó de vuelta por los escombros hasta que finalmente estuvo en medio de ellos. Su cara llena de una furia silenciosa, cruzó sus brazos y miró a Kell.

Hafter gruñó amenazadoramente junto a él, pero él movió una mano para silenciar al perro y él le hizo caso.

—¿Es esto otro desafío, entonces? —exigió ella.

El cazador la estudió un momento con sus pálidos ojos, su expresión reflexiva. El hombre era inescrutable la mayoría de las veces, y justo ahora Fiona no tenía ni idea de si estaba enfadado o simplemente preocupado.

—Genevieve, te hemos seguido, —dijo lentamente—, mientras corrías descuidadamente hacia un peligro tras otro. Te hemos seguido dentro del palacio. Esto tiene que cambiar.

—No vamos a dar la vuelta.

—No estoy hablando de dar la vuelta.

—Lo del palacio no fue mi culpa, —insistió ella—. Fuimos llevados allí por una ilusión, una que te engañó a ti al igual que a mí.

—Fuimos llevados allí por tu obsesión y tu falta de cautela.

Estaba escogiendo sus palabras con cuidado. Duncan miró hacia Fiona con alarma, aunque no dijo nada. Tenía que estar de acuerdo. Esto no era probable que llegara a nada bueno.

—¿Y? —Exigió Genevieve—. ¿Qué proponer, entonces? Soy tu comandante. ¿Estás intentando reemplazarme?

—No tengo ningún interés en el liderazgo, —respondió Kell—. Pero soy en Guarda Gris más antiguo aquí después de ti. Recae sobre mí asegurarme de que esta tarea nuestra se realiza en nuestras mejores habilidades, y eso requiere la cautela que tú te niegas a proveer.

—¡Que el Hacedor se quede con tu cautela! —soltó ella enfadada.

Sus ojos se encogieron.

—Atiende a razones, Comandante.

Maric caminó hacia delante desde detrás de Fiona.

—Estoy de acuerdo, —dijo él, su tono más razonable de lo que lo había oído nunca—. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida si eso salvará mi país, Guarda, pero no tengo interés en desperdiciarla.

—¿Es eso lo que todos pensáis? —sus ojos fueron desde él, hacia Kell, y entonces a Duncan. Permanecieron en el chaval, aunque Fiona no estaba segura de por qué—. ¿Crees que deseo desperdiciar mi vida? —Duncan bajó la mirada al suelo, su expresión extraña.

—No lo sé, —respondió Kell—. Todos podemos morir. Pero si así es como continuamos, moriremos seguro.

Ella le frunció el ceño, su mandíbula apretada. Sus brazos desplegados y colgando a su lado, sus manos apretadas en puños.

—Gracias, Kell, —dijo ella en tono crispado—. Tu opinión se tendrá en cuenta. Permítenos proceder hacia la caverna de abajo.

Él vaciló.

—Creo que has malinterpretado lo que quiero decir. Tú…

El puño con guantelete de Genevieve voló tan rápidamente, que Fiona ni siquiera lo vio venir. Kell sí, sin embargo, y saltó hacia atrás, hábilmente evadiendo su golpe.

—¡Dije que procedamos! —rugió ella, su cara roja y temblando de pura ira.

Con un fuerte gruñido, Hafter se lanzó a Genevieve. Ella sólo tuvo tiempo de cubrirse la cara mientras el perro se lanzaba hacia ella, aferrando sus mandíbulas alrededor de uno de sus guanteletes y haciendo caer ambos al suelo. Aterrizaron con fuerza, cortando el suelo. El perro sacudió su cabeza rápidamente hacia atrás y hacia delante, frunciendo el ceño mientras Genevieve luchaba por librarse de él.

—¡Hafter! ¡No! —soltó Kell.

El perro no escuchó. Continuó luchando violentamente, e incluso cuando el cazador se movió para tratar de tirar de él físicamente no respondió. Finalmente Genevieve hizo un gran movimiento, empujando al gran perro lejos de ella.

Hafter aterrizó sólo a un pie de distancia, el guantelete de Genevieve aún en su boca. Inmediatamente volvió a ponerse en pie, soltando el guantelete y preparándose para cargar de nuevo hacia ella. Utha corrió y agarró al perro por el cuello. Hafter le golpeó sorprendido, pero entonces volvió su atención de nuevo a Genevieve, los colmillos desnudos.

Kell extendió su mano a Genevieve.

—Lo siento, Comandante. Él…

El cazador no esquivó el segundo puñetazo. Ella le golpeó en la cara con fuerza, gritando con furia, y él se tambaleó de espaldas.

Hafter ladró con fuerza, ultrajado por el hecho de que no se le permitiera proteger a su amo. Genevieve saltó en pie y corrió hacia Kell, pero esta vez Maric y Duncan fueron capaces de detenerla. Ellos la agarraron por detrás, y en su pura ira ella fue casi capaz de librarse de ellos. Su puño desnudo fue tirado hacia atrás para golpear a Kell, que estaba aturdido a sólo un pie de distancia, aún así Duncan la sostuvo.

Y ahí fue cuando Fiona lo vio. Por toda la mano de la Comandante, y continuando bajando por su muñeca y más allá, había una mancha fea. Del mismo tipo de mancha de

la que Duncan le había hablado antes. No era un moratón, ni nada natural. Parecía como si su carne se estuviera pudriendo.

Ella jadeó del shock.

Utha lo vio, también. Entonces Maric y Duncan lo vieron claramente a la luz. Genevieve se percató de lo que estaban haciendo y siguió su mirada a su mano, y vio que su carne corrupta era claramente visible. La lucha simplemente la había agotado. Ella dejó caer su mano y se quedó flácida, y tanto Maric como Duncan se alejaron cuidadosamente de ella.

—¿Qué *es* eso? —preguntó Maric, mirando su mano con horror.

Genevieve hizo una mueca. Caminó hasta donde yacía el guantelete y lo cogió. Por un momento no dijo nada, simplemente se limpió la baba del perro e ignoró el hecho de que Hafter le gruñía violentamente desde cerca.

—Es la ponzoña de engendro tenebroso, —dijo ella, casi demasiado en silencio como para ser oída.

—Pero…

—Nos atrapa a todos al final, Maric.

Kell caminó hacia delante, frotándose el mentón donde el puño de Genevieve le había dado. Parecía disgustado pero no enfadado. Con un gesto y una mirada seria, el cazador silenció a Hafter, y entonces se quitó uno de sus guanteletes de cuero y alzó su mano. Una mancha era visible por todo su antebrazo, mucho más pequeña que la de Genevieve pero aún prominente.

—Yo también lo tengo, —dijo llanamente.

Utha se recogió una manga de su túnica marrón. Una serie de manchas oscuras viajaban por la longitud de su brazo. Hizo varios gestos y Kell asintió.

—Empezó cuando vinimos a los Caminos de las Profundidades, —dijo él—, junto con los sueños.

Genevieve parecía perturbada, su ceño arrugándose mientras miraba de Kell a Utha.

—Pensé que sólo era yo, —murmuró ella.

—Si hubieras hablado con nosotros, te lo habríamos contado.

Había poco que ella pudiera decir en respuesta a eso. Ella se quedó allí pareciendo perdida e incómoda mientras pasaba un largo momento de silencio. Fiona le lanzó a Duncan una mirada confusa y él sacudió su cabeza vigorosamente. No tenía las mismas manchas, entonces. Ni ella tampoco, que ella supiera. Aún.

—¿Por qué está ocurriendo esto? —Preguntó Fiona, rompiendo el silencio—. ¿Es porque estamos tan cerca de los engendros tenebrosos?

Genevieve masculló la idea.

—No hay registros de que los Guardas Grises sean afectados así. Creo que simplemente me ha llegado la hora. Quizás algo más está sucediendo.

—¿Cómo qué?

La Comandante no dijo nada, meramente mirando al suelo. Kell volvió a ponerse su guantelete y estaba en silencio de forma similar. Utha meramente frunció el ceño.

No lo sabían, se dio cuenta ella. No era un pensamiento consolador.

—Entonces quizás no hay del todo una Ruina, —sugirió Duncan. Mientras los otros le miraban, él asintió ante la idea—. No sabemos con seguridad que los engendros tenebrosos estén detrás de esto. Simplemente están aquí en los Caminos de las Profundidades. Esto podría ser otra cosa por completo, tú misma lo dijiste.

Genevieve asintió vacilante.

—Aún así, —dijo ella—, algo va muy mal aquí.

—Pero no sabemos si involucra a los engendros tenebrosos, —murmuró Kell—, o a la Ruina. Seguramente nuestra misión es evitar que una Ruina tenga lugar. Si eso no es lo que está sucediendo… —Dejó que el pensamiento colgara en el aire, y los Guardas Grises intercambiaron miradas perturbadas.

—Pero hay una Ruina, —anunció Maric.

Fiona miró al hombre, y le vio tímidamente lejos de las miradas curiosas de los otros.

—No quería deciros estos, —dijo vacilante—, pero hay un motivo por el que os di audiencia cuando vinisteis a Denerim. Hay un motivo por el que os creí.

—Y yo que pensé que eran los encantos de la Comandante, —bromeó Duncan.

Maric le ignoró.

—Después de que mi madre muriera, Loghain y yo nos perdimos en la Espesura de Korkari tratando de huir de los Orlesianos, —empezó él, su voz solemne—. Nos encontramos con una anciana, una bruja que nos salvó. Ella me dio una advertencia. Me dijo que una Ruina vendría a Ferelden. —Había algo más en su historia, Fiona podía verlo. Pero él se detuvo ahí, cerrando su boca.

Genevieve meditó sobre el relato, y miró a Maric con curiosidad.

—¿Una bruja ocultándose en la Espesura? ¿Y tú creíste lo que dijo?

—Hubo… otras cosas que dijo que fueron ciertas.

—La magia no puede ver el futuro, Maric, —le dijo Fiona.

—Pero hay visiones. Los magos pueden verlas; tú misma lo dijiste. —Él dejó salir el aire lánguida e irregularmente—. No sé si confío en ella. Pagué un alto precio por las palabras de la bruja, sin embargo, y simplemente parece demasiada coincidencia si no es cierto.

Fiona vio la sombra tras los ojos del hombre. Ella no conocía toda la historia de esta bruja, pero podía ver que sus implicaciones le perturbaban. Y él creía en lo que le habían dicho. Pero no era tan increíble, ¿no? Fiona creía en la visión de Genevieve. Todos lo hacían. No era difícil creer que en las raíces de estas visiones yacía la Ruina, advertencias sobre el desastre que se avecinaba.

Genevieve asintió firmemente. Su convicción había vuelto redoblada; Fiona podía ver el fervor ardiendo en sus ojos.

—Esto no es una coincidencia, —declaró ella—. Procederemos con la misión. Con cuidado. —Lo último lo dijo con una mirada amarga hacia Kell.

Él sacudió su cabeza, frunciendo el ceño.

—Estamos exhaustos, Comandante. Tú estás exhausta. Hemos pasado por algo gordo. Déjanos descansar antes de ir abajo.

—¡Pero estamos aquí! ¡Debemos seguir presionando, rápido!

—Los broches siguen ocultándonos de los engendros tenebrosos, —dijo Kell, señalando al broche de ónix de su pechera—. Y necesitaremos nuestras fuerzas. Descansamos aquí.

Genevieve le miró como si se hubiera vuelto loco, pero finalmente lo consintió.

—Si insistes, —dijo tensamente. Sin decir otra palabra, marchó hasta la pared más cercana y desenvolvió su pack.

Parecía que iban a parar después de todo.

El sueño, cuando venía, era similar a los cientos de sueños que Fiona había sufrido desde que se convirtiera en Guarda Gris. Antes, sin embargo, siempre se había sentido como si estuviera mirando al sueño desde lejos, neblinoso y fácil de olvidar. Ahora era claro como el cristal.

Fiona estaba en un campo de batalla abarrotado de hombres muertos. Todos ellos eran soldados con armadura pesada, caballeros que llevaban el estandarte del grifo de la orden. Cada uno había sido masacrado brutalmente. El hedor de sangre y descomposición era denso y cubría el aire, el sonido de zumbido de las moscas abrumaba sus sentidos.

Por encima, el cielo estaba lleno por una nube negra arremolinada, infinita. Parecía tinta extendiéndose lentamente en el agua, una gran mancha que punteaba el horizonte. Le habían hablado de esto. La primera señal de la Ruina, decían los Guardas Grises, se encuentra en las nubes. Cuando el poderoso dragón se alza, su corrupción toca el mundo y se extiende.

Ella estaba sola en ese campo de cuerpos. Sola del todo. El viento se levantó, una briza enfermiza que llevaba el hedor de la carroña. Una penumbra cayó sobre ella, y ella se tambaleó mientras veía algo alzarse desde fuera del campo de cuerpos. Era enorme. Una gran *cosa* negra que era tan fría y terrible como nada que se hubiera podido imaginar.

El miedo palpitaba a través de ella. Su corazón estaba acelerado, y ella apartó la mirada.

No quería verlo. Alzó sus manos enfrente de sus ojos para no verlo. Aún así lo sintió venir. Su pie se quedó atrapado entre dos cadáveres y le hizo caer sobre ellos. La carne muerta estaba presionada contra ella y aún así ella se cubría los ojos. Aún sentía la oscuridad surgiendo cada vez más cerca de ella.

Estaba viniendo. Y estaba viniendo a por ella.

Fiona gritó de terror…

… y entonces se despertó. Le llevó un momento al principio darse cuenta de dónde estaba, y que la oscuridad era esperable. La hoguera había sido reducida a pequeñas llamas, ofreciendo sólo la más leve iluminación. Podía ver a alguien yaciendo al otro lado del fuego, apartando la mirada de ella y oculto en las sombras. ¿Quizás era Kell?

Hafter yacía cerca, fácilmente identificable por su cubierta de pelo y su respiración fuerte. De otro modo el silencio era casi demasiado opresivo, como si le forzara a su alrededor desde todas partes.

—¿Estás bien? —susurró una voz tras ella. Le hizo saltar, y una suave mano tocó su hombro para calmarla.

—Lo siento. Simplemente te escuché revolverte.

Era Maric. Su corazón latió un poco más rápido de lo que le habría gustado y ella se sentó. El sudor cubría su cara y la había empapado bajo su cota de malla, haciéndola incómoda y que picara. El hombre alzó la mirada hacia ella desde el fuego, sus ojos empañados por el sueño y su pelo rubio despeinado. Su habitual armadura plateada ahora estaba mate con sangre seca y mugre.

—Estoy bien, —respondió ella susurrando—. Lo siento por despertarte, —añadió después, y le escuchó volver a acomodarse para dormir.

Fiona miró al fuego. Utha estaba también cerca, durmiendo en silencio, como lo estaba haciendo Duncan. Genevieve obviamente estaba vigilante, sin duda ahí fuera en las densas sombras que se lanzaban a menos de un pie de distancia. El grupo parecía tan pequeño ahora. Ella agarró sus brazos a su alrededor y se estremeció. No había pensado que hiciera tanto frío aquí abajo antes.

Quizás las quejas de Duncan finalmente estaban llegando a ella.

Ella cogió su bastón y muy silenciosamente se levantó, sin querer molestar a los otros. Utha se sacudía en su sueño, temblando y agarrando con sus manos a algún enemigo invisible.

Fiona podía simpatizar. Lo que los otros estaban pasando, no podía siquiera imaginarlo. Mientras se retiraban, se había inspeccionado cuidadosamente tan bien como pudo sin quitarse del todo su armadura y su falda. No encontró rastros de la corrupción en su piel, y eso era un alivio. En realidad, no debería haber ninguno.

Había sido una Guarda Gris sólo poco más que Duncan… su Llamada estaba tan lejos que no podía siquiera llegar a pensar en tales cosas. En las propias palabras de Genevieve, alguna otra fuerza estaba en marcha aquí.

Con un poco de concentración permitió que su bastón brillara. No tan brillante como para despertar a los otros, pero lo suficiente como para poder ver dónde pisaba. No quería viajar lejos, sólo lo suficiente para tener algo de aire. El sueño la esperaba si volvía a dormir, o quizás otras pesadillas aún peores. Era mejor caminar.

Se detuvo al borde del grupo de escombros que yacía tirado por el suelo en el pasadizo derrumbado. Más lejos sólo había más de la mugre húmeda de engendro tenebroso, y no quería tocar eso de nuevo. Había visto suficiente de la corrupción como para toda una vida, y en alguna parte en la distancia estaba ese extraño sonido, el hermoso susurro.

No quería escucharlo, pero no podía evitarlo. Cerró sus ojos y trató de captar lo que estaba diciendo el susurro.

¿Era una canción? ¿Era un nombre? Casi parecía que le estuviera llamando, tirando de su alma suavemente…

Fiona escuchó a alguien aproximarse tras ella y ella saltó.

Se giró para ver a Maric aproximarse cuidadosamente.

—No puedes dormir tampoco, según veo, —susurró él.

—Pensé que tú sí podías.

—No, —dijo él. Entonces, más enfáticamente—: No, no del todo.

—Ojalá no lo hubiera intentado.

Maric se quitó su capa de piel y la extendió en una parte del suelo donde los escombros estaban bastante ausentes. Se sentó en el borde, inclinándose contra la pared y dando un suspiro cansado. Entonces la miró y le ofreció un asiento al otro lado. Ella vaciló brevemente, colocando su bastón contra la pared.

No necesitaba mantener un contacto directo para mantenerlo iluminado, después de todo.

Se sentaron en silencio por un tiempo. Finalmente Maric se giró para hablarle, pero antes de que pudiera decir nada ella le interrumpió.

—Gracias, —soltó ella.

Maric se pausó, inclinando su cabeza un poco hacia el lado como si le hubiera cogido por completo con la guardia baja.

—¿Por qué?

—Por venir a por mí. Duncan me ha dicho que tú fuiste el primero en salir de la trampa, y que insististe en encontrarme.

Era un poco difícil para ella que salieran las palabras, considerando lo ruda que había sido con el hombre en varias ocasiones. Si simplemente pudiera dejar de mirarla, esto sería mucho más fácil.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó ella.

Él sacudió su cabeza como aclarándosela, y la miró confundido.

—¿Cómo hice qué? ¿Encontrarte?

—¿Cómo saliste de tu sueño?

—Ah. —Él asintió sobriamente—. Te prometí que te recompensaría.

—¿Y tú siempre cumples tus promesas?

—Lo intento. Fue suficiente como para recordarme que no podía quedarme donde estaba, incluso aunque quisiera. Sabía que tenía que tratar de ayudarte, si podía.

Su sinceridad fue suficiente como para conmoverla. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y ella se los limpió rápidamente, sintiéndose incluso más estúpida.

Había juzgado mal por completo al hombre, al parecer. Todas las expectativas que tenía sobre él siendo el rey y esa figura de leyendas, y resultaba que simplemente era un buen hombre. Qué inesperado.

Maric apartó la mirada, permitiéndole un momento para recomponerse.

—Gracias, entonces, —repitió ella—. Yo… no esperaba que me recompensaras así, o de ninguna forma, pero significa mucho.

Él asintió lentamente, y entonces se volvió hacia ella. Su actitud era completamente seria, y su mirada intensa.

—Quería hablar contigo, —dijo él—, decirte algo. Ese hombre de tu sueño. No soy él. Sé lo que piensas de mí, pero yo no soy así.

—Lo sé.

—No sé lo que él te hizo, pero…

—Era una esclava, —respondió ella, tan fácilmente como podía.

—El Conde me compro a los esclavistas cuando tenía siete años, y fui su mascota hasta que tuve catorce. —Las palabras salieron apresuradas, y ella sintió un rubor subir a sus mejillas. Nunca había hablado de esto con nadie. Era una parte de su vida que había enterrado, empujado a las sombras para no volver a pensar en ella. Aún así sentía que tenía que decírselo—. Lo que viste, esa fue mi vida hasta que finalmente lo asesiné y escapé al Círculo.

Los ojos de Maric se abrieron como platos con horror.

—No sé qué decir.

—¿Qué hay por decir? —Ella se encogió de hombros—. La esclavitud es ilegal en el Imperio, pero aún así sigue ocurriendo. Nadie presta atención si una elfa desaparece aquí o allá. A nadie le importa lo que nos suceda en la elfería. Los hombres ricos, poderosos como el Conde consiguen hacer lo que sea que quieran, a quien quieran, mientras que a nadie le importe.

—Lo siento.

—No necesitas disculparte. Tuve suerte. Tenía talento para la magia, una maldición para cualquier otra persona pero aún así para mí significaba libertad. Significaba un escape al Círculo, la única elfa en la torre, sin educar y asustada de cualquiera que se acercara a mí. —Ella hizo una mueca ante el recuerdo—. Los magos sólo son hombres, descubrí. Caprichosos y tristes e intolerantes como cualquier otro. Juré que no les dejaría retenerme, y escapé de ellos, también.

—Con los Guardas Grises.

Ella asintió.

—Algunos ven el convertirse en un Guarda Gris como un deber. Quizás incluso un castigo. Duncan tuvo que ser forzado. Yo rogué ser reclutada. —El recuerdo era incómodo. El ritual de la Unión que le había seguido lo era aún menos. Bebe la sangre de engendro tenebroso, decían ellos, y si sobrevives sólo será por un tiempo. Serás una Guarda Gris hasta que la Llamada llegue al fin.

Y ella la bebió con ganas. Y no había mirado atrás.

Estaban ahí sentados en la capa, mirando juntos a las sombras. Finalmente fue Maric quien habló.

—Mi madre fue asesinada enfrente de mí, —dijo él en silencio—. Tuve que convertirme en el líder de su rebelión, algo para lo que me sentía completamente nada preparado.

—No necesitas contarme esto, —murmuró ella.

—No, lo necesito. —Él la miró, su expresión sombría—. Había una elfa llamada Katriel. Una espía de Orlais de la que me enamoré, y ella de mí. Ella me salvó la vida, y aún así cuando averigüé lo que era, no le di una oportunidad. La maté.

—No sabía eso.

Él se rió entre dientes con arrepentimiento.

—Debes ser la única.

—¿Era ella… la de tu sueño?

Él asintió.

—Habría hecho cualquier cosa por volver a ese día. Aún así no pude. Tuve que seguir adelante, porque Ferelden me necesitaba. Me casé con una mujer que estaba enamorada de mi mejor amigo, porque Ferelden me necesitaba. Y cuando ella murió yo seguí adelante, pese al hecho de que todo en mi vida se sentía vacío, porque Ferelden me necesitaba.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Todo el mundo tiene pesadillas, Fiona.

Ella sintió a Maric coger su mano, y él la apretó. Ella fue atraída a él casi magnéticamente, y se encontró a sí misma inclinándose para darle un beso tentativo. Ella se apartó sólo una fracción después. Él parecía tan sorprendido como ella, aunque no descontento.

Entonces se inclinó de nuevo, más urgentemente, y su beso tuvo pasión. Ella le sintió respirando contra ella, y aceptó sus brazos mientras se cerraban a su alrededor.

Ella quería esto. Ella quería estar con un hombre bueno, y olvidarse por sólo un momento de dónde estaban y lo que les había ocurrido. Ella necesitaba un momento de consuelo, y sospechaba que él también. Apartándose del calor de su tacto, ella tiró desesperadamente de su cota de malla, deshaciendo las tiras de cuero que la sostenían.

Ella tiró de la camiseta interior ajustada, suspirando con alivio mientras finalmente se la quitaba.

Maric vaciló.

—Fiona, yo… quizás no deberíamos…

Ella le ignoró, extendiendo el brazo y deshaciendo las tiras que sostenían su placa pectoral en su sitio. Parecía adolorido, luchando consigo mismo pese a su deseo obvio.

—¿Pero qué pasa con los otros?

—No me importa.

—Pero… ¿aquí?

—Olvida dónde estamos. —Ella tiró de la placa pectoral sobre su cabeza y él le dejó, mirándola indefenso. Cuando estuvo hecho, ella empezó a trabajar en las tiras de sus espaldares, y después de un momento de vacilación él empezó a ayudar. Tiraron y tiraron y retorcieron hasta que lentamente le quitaron su abultada armadura pesada.

Ella se desató su camiseta interior manchada y sucia y se la quitó, una piel desnuda revelada. Estaba cubierto de moratones y cortes, como sin duda lo estaba ella. Sus ojos azules estaban fijos en ella con una intensidad que amenazaba con quemarla. El Rey era

un hombre atractivo; ella tenía que concederle eso. Pero no todos los hombres atractivos eran también hombres malos.

—¿Estás segura? —susurró él, su respiración forzada—. Hay… malos recuerdos míos aquí abajo. No sé si…

—Shhhhh, —le silenció Fiona silenciosamente, poniendo un dedo en sus labios. Él se detuvo y la miró con tal dolor de soledad que casi le rompe el corazón. Ella lentamente le acarició la mejilla—. Estoy cansada del dolor. Tan *cansada*. ¿Tú no lo estás?

Su respuesta llegó mientras se inclinaba, su beso gentil como si pensara que era frágil. Y entonces otro le siguió, y otro.

Maldita sea la oscuridad, pensó ella.

Ella dejó que la luz del bastón se extinguiera.

15

Y así ardimos.
Alzamos naciones, luchamos guerras,
Soñamos falsos dioses, grandes demonios
Que cruzarían el Velo hasta el mundo viviente,
Volvimos nuestra devoción hacia ellos, y te olvidamos.
—Cántico de Threnodies 1:8

Genevieve se movía sola por los túneles subterráneos.

Utilizó una antorcha para iluminar su camino al principio, pero mientras avanzaba más hacia el territorio de los engendros tenebrosos averiguó que más y más de los túneles estaban iluminados por los líquenes fosforescentes que perfilaban las paredes como moho. Por todo lo que sabía, incluso podía ser moho. Quizás la corrupción que envolvía la piedra como una bilis resbaladiza tenía su propio crecimiento, su propio proceso de descomposición. Fuera cual fuera la fuente, la luz verde enfermiza en los túneles era finalmente lo suficientemente fuerte como para poder extinguir la antorcha y moverse a través de las sombras sin ella. Podía guardarla para más tarde.

Si el más tarde llegaba.

Esto era probablemente un viaje sólo de ida. Esa verdad le había estado mirando a la cara desde hacía algún tiempo ahora, pero se había negado a aceptarlo. Abandonar a los otros era lo correcto.

Bregan era su hermano, y era ella la que insistía en que estaba vivo. Esto era su responsabilidad. Los talentos de los otros habían sido útiles, pero era mejor si ella hacía el resto por su cuenta.

Kell se despertaría para averiguar que se había ido, y con derecho juzgaría que era mejor abandonar la misión y volver a la superficie. Sería un ascenso difícil para los otros, pero Genevieve confiaba en que podrían hacerlo. Confiaba menos en que tuviera éxito en cumplir su propio objetivo.

Pero tenía que creer. Sentía a Bregan ahí fuera, lo sentía al igual que sentía a los engendros tenebrosos. Una y otra vez giraba una esquina en los túneles y sentía la presencia de su hermano en el borde de sus sentidos, casi como si su aroma hubiera sido llevado a ella de algún modo en un viento invisible. Por qué le sentía ahora cuando sólo había soñado con él antes, no lo sabía.

Quizás era porque estaba tan cerca. Le ardía bajo la piel, el saber que estaba lo suficientemente cerca como para tocarle.

El mareo se sobrepuso a Genevieve y ella se detuvo, inclinándose contra las paredes burdas para apoyarse. El mucus oscuro de allí manchó el hombro de su armadura, pero ella apenas se dio cuenta. ¡Esa canción infernal! Cuanto más se concentraba en tratar de percibir dónde estaba su hermano, más fuerte se volvía, más se infundía dentro de su

misma mente. Era enloquecedora, y aún así ella se oponía a ella. *No* podía dejar que le abrumara ahora.

Había empezado a oírla hacía semanas, antes de que siquiera llegaran a Ferelden. Los más leves susurros al principio, un extraño zumbido que suponía que era un residuo de los poderosos sueños. Y entonces se dio cuenta de lo que era. Su hora había llegado, al igual que le había llegado a Bregan.

Habían tomado su Unión juntos, así que sabía que no tardaría en venir, pero de algún modo había supuesto que tendría más tiempo. Los Guardas Grises la habían elevado al rango de su hermano sabiendo que era una medida temporal, algo seguro para durar menos de un año o dos como mucho, aún así ella había estado determinada a demostrar que se equivocaban. Todos aquellos años viviendo a la sombra de su hermano y finalmente le había llegado la hora, y entonces los susurros habían venido y habían acabado incluso con eso.

No se lo he dicho a nadie. Los Guardas Grises habían ignorado las advertencias sobre Bregan, en el mejor de los casos sugiriendo que la orden necesitaría prepararse si lo que ella decía demostraba ser cierto. La posibilidad de prevenir la calamidad ni siquiera les entraba en sus mentes.

Qué idiotas. Si ella les hubiera hablado de los susurros, entonces habrían saltado sobre ello como una excusa para mandarla a los Caminos de las Profundidades… sola, y para morir.

Genevieve se limpió el sudor de la frente. Miró a su guantelete de acero y lo vio temblar. Se sentía más débil de lo que se había sentido en años, como si hubiera un denso veneno en su sangre. Hacía que le picara la piel y no quisiera otra cosa que arrancarse la armadura y rascarse hasta que se desgarrara la carne de los huesos.

No había forma de detenerse ahora, sin embargo.

Ignorando el miedo que se curvaba como una serpiente en el fondo de su estómago, se empujó lejos de la pared y comenzó a caminar.

Su equilibrio se balanceaba, pero por pura fuerza de concentración se hizo poner un pie enfrente del otro. *He llegado tan lejos*, pensó ella. *No me negaré ahora. Detendré la Ruina.*

Durante lo que parecieron horas interminables caminó a través de la corrupción y el lodazal, la tenue luz verdosa de los líquenes a veces convirtiéndose en un brillo que la enfermaba y otras veces se volvía tan leve que estaba tentada de volver a encender su antorcha. Se movió a través de las sombras, deteniéndose a cada cruce de los túneles para escuchar y ver si el sentimiento de Bregan volvía de nuevo. Ella presionó su mente hacia fuera, percibiendo en busca de cualquier cosa, y aún así todo lo que escuchaba ahora era esa canción seductora en la distancia.

¿Dónde estaban los engendros tenebrosos? En cierto punto las criaturas habían estado acechándoles a cada paso, y sus sentidos de Guarda Gris podían decirle que yacían en cada dirección incluso aunque no estuvieran activamente sobre ellos. Entonces los perdieron en las cavernas inferiores y, ¿qué?

Simplemente se habían desvanecido.

Lo encontraba difícil de creer. No importaba lo efectivos que fueran los broches que les había dado el Primer Encantador, eso no debería cambiar cómo se comportaban los engendros tenebrosos. Tan pronto las criaturas tuvieron una pista de su intrusión, la actividad debería haberse formado hasta que los Caminos de las Profundidades estuvieran zumbando como una colmena enfadada. Perder a su presa sólo debería haber aumentado sus esfuerzos. La idea de que los engendros tenebrosos pudieran estar buscando en una dirección completamente errónea, y sólo allí, era demasiado bizarra.

Algo no estaba siendo como debería. Sintió frustración mientras se daba cuenta de que se estaba perdiendo una pieza importante del puzle. ¿Qué estaba haciendo a los engendros tenebrosos actuar de una manera tan extraña? Suponiendo que Bregan ciertamente hubiera sido tomado cautivo, ¿por qué hacían eso ahora cuando nunca lo habían hecho ni una sola vez en todos los siglos que los Guardas Grises habían mandado a los miembros mayores de su orden a la Llamada?

A no ser que lo hubieran hecho. De aquellos que iban a su Llamada nunca se volvía a oír. ¿Y si habían sido mandados a los brazos de los engendros tenebrosos, y no a sus muertes? Aunque la orden clamaba saberlo, y ella tenía que creer.

El pasadizo rocoso se abrió lentamente, y ella se percató de las paredes más lisas ahora. Arquitectura. Artesanía enana. Los túneles habían rodeado hasta una parte más Antigua de los Caminos de las Profundidades entonces. Aquí las estatuas parecían estar ausentes, la artesanía menos precisa, los flujos de lava no estaban. ¿Qué era, entonces? ¿Los Caminos de Mayores Profundidades? Ella nunca había oído de tal cosa.

Casi sin advertencia, recibió una sensación de engendros tenebrosos aproximándose. Reafirmó su agarre en su espada ancha y esperó.

¿Por qué no los había detectado antes? ¿Habían encontrado alguna forma de enmascararse de los sentidos de los Guardas Grises, al igual que los broches enmascaraban al grupo de ellos? Un pensamiento aleccionador, de ser cierto.

Mientras avanzaba, el sudor perlándose en su frente, y sus ojos tratando en vano de perforar las sombras mientras vigilaba por un ataque, se dio cuenta de que sólo era una única criatura viniendo. ¿Un extraviado solitario, entonces? ¿Un carroñero, quizás, incapaz de percibirla por la ocultación del broche?

Tenía que matarlo rápido. Masacrarle antes de que se diera cuenta de ella y ella pudiera ser capaz de evitar alertar a la horda que inevitablemente estaba esperando.

Genevieve se movió al lateral del túnel, presionando contra la pared tras un pilar de apoyo de piedra. Era difícilmente lo suficientemente grande como para ocultarla del todo, pero la oscuridad la envolvía aquí. Estas criaturas podían ver mucho mejor en la oscuridad que los humanos, pero no eran inmunes a ella.

Su corazón golpeaba con fuerza en su pecho mientras esperaba. Miró alrededor del pilar, esperando a que el engendro tenebroso se mostrara. Los minutos pasaron. El sudor le caía por su frente y corría hacia sus ojos, pero ella lo ignoró.

Pronto su paciencia se agotó. Una figura apareció en la distancia, justo apenas discernible contra la neblina verde de los líquenes. Se movía hacia ella, su respiración ajada clara en el vasto y vacío silencio. Un hurlock, entonces, se percató por su tamaño. Preparó su espada. Incluso un hurlock podía ser matado con un único golpe si era rápida.

Ella se lanzó en plano contra la pared tanto como pudo, tensando su propia respiración y escuchando los leves sonidos de los pasos de la criatura.

Se acercaba más… y más. El crujir de un trozo de piedra cercana por debajo de sus pies señaló el momento de atacar. Salió de detrás del pilar, preparándose para el barrido silencioso…

—Genevieve.

Era Bregan. Él estaba ahí enfrente de ella, y ella sabía que era él aunque llevara un traje negro de armadura de engendro tenebroso y estuviera tan cubierto de carne enferma que bien podía haber pasado por otra de las criaturas. Su pelo blanco se había caído, y sus ojos se habían enrojecido hasta que fueron del color de la sangre, pero era él.

Ella se detuvo a medio golpe, aullando de desesperación. Por la piedad de Andraste, ¿qué le había *sucedido*?

—¿Bregan? —preguntó ella, incrédula.

Él asintió. Parecía calmado, y aquellos ojos rojo sangre se movieron a su espada con interés. Genevieve bajó la espada y luego la soltó al suelo. Aterrizó con un claqueteo sordo. ¿Debería matarle? El conocimiento que poseía necesitaba morir con él, ¿pero y si ya lo había entregado? ¿Y si había algo que él pudiera decirle a ella?

Viendo en lo que se había convertido, parte de ella se preguntaba si debería matarle aún así. Su hermano lo había sacrificado todo por ella, incluso una semejanza de vida. ¿Podía ella hacer menos por él?

—Hemos mantenido a los engendros tenebrosos lejos, por un tiempo, —dijo él—. Sabía que vendrías, y quería que llegaras a salvo.

—¿Quién es «nosotros»? Bregan, ¿qué te ha *sucedido*?

Él dio un paso hacia ella y cogió sus brazos suavemente con sus manos.

Tanto fascinada como horrorizada por aquellos ojos, fue incapaz de apartar la mirada. De todas las cosas que había imaginado al alcanzar a Bregan, la idea de que no fuera algún cautivo involuntario no era una de ellas.

La idea de que pudiera haberse convertido en algún… monstruo… era aún peor.

—Esto es en lo que nos convertimos, —dijo él—. Si esperas demasiado tiempo, la ponzoña se extiende en tu interior y te conviertes en esto.

—¡Es horrible!

—¡No, esto es libertad! —Bregan la sacudió enfáticamente—. Tenemos una oportunidad, Genevieve. Una oportunidad de hacer lo que ningún Guarda Gris ha hecho nunca. ¡Podemos *terminar con las Ruinas para siempre*!

Las palabras calaron sólo lentamente, y mientras se daba cuenta de lo que estaba diciendo ella le miró confundida.

—¿Terminar con las Ruinas? ¿Cómo?

—Requiere un sacrificio. Un gran sacrificio. Pero tenemos que estar dispuestos a hacerlo. —Parecía tan resuelto, su tono tan seguro—. Por favor, si vienes conmigo, podemos explicártelo.

—¿Hay otros Guardas aquí?

—Hay un engendro tenebroso emisario. —Él alzó un dedo para silenciarla mientras la sentía tensarse en respuesta—. Sé lo que estás pensando, y yo pensé lo mismo, pero él no es como ningún engendro tenebroso que haya visto nunca. Él es algo diferente, un aliado. Ven, escúchale hablar. Es todo lo que pido.

—¿Te has vuelto loco?

Bregan pareció considerar la pregunta. Él liberó sus brazos, y Genevieve retrocedió, su mente rodando con preguntas.

Quizás era *ella* la que se había vuelto loca. De todas las veces que podía suceder, la extraña música en la distancia aumentó y presionó su mente. Ella se tensó y luchó contra ello. Tenía que saber qué era esto, qué le había sucedido a su hermano.

—Quizás, —meditó él—. No lo sé.

Ella corrió hacia él y cogió una de sus manos con la suya. Su piel estaba fría y húmeda, pero ella lo ignoró, mirándole suplicante a los ojos.

—¡Bregan, tenemos que sacarte de aquí! ¡Antes de que ocurra algo terrible!

—¿E ir adónde? —preguntó él. Cuando ella no tuvo respuesta, él se rió entre dientes. Era un sonido triste, frío—. ¿Dónde puedo ir donde no sea asesinado al instante al verme por cualquiera? ¿Dónde podrías ir tú? —Él suavemente tiró de un sus guanteletes. Ella le dejó hacerlo. Salieron y revelaron las manchas de corrupción de debajo—. Estamos muertos, Genevieve. Muertos en el momento en que bebimos la sangre en la Unión, en nombre de detener esas Ruinas por cualquier medio necesario. Esa es la forma de los Guardas Grises, ¿no? Y aquí tenemos nuestra oportunidad.

—Pero…

—¿De verdad has venido aquí para salvarme? —Bregan liberó sus manos y ella las apartó, ocultándolas tras su espalda.

—¿Todo este camino, a través de engendros tenebrosos y quién sabe qué más, para llevarme a casa?

—Vine para detenerte. —Ella frunció el ceño, su calma volviendo a ella poco a poco—. Vine para evitar que ocurra una Ruina.

—Entonces evítalo. —Él alzó una mano emponzoñada, marchita hacia ella.

Ella la miró desapasionada, preguntándose si era de verdad el destino que le esperaba a ella. ¿Habían sabido eso los antiguos Guardas Grises?

¿Había sucedido esto antes, se preguntó ella, y eso era por lo que habían creado la Llamada? La muerte parece que fuera casi preferible.

Pero ella tenía que saberlo. La orden tenía una causa noble, una que había salvado innumerables vidas y salvaría innumerables más. Había querido ser una Guarda Gris desde mucho tiempo antes de que el reclutador siquiera viniera a su aldea… ¿y si había algo en lo que Bregan decía?

Detener las Ruinas. Para siempre. Eso merecía un sacrificio, ¿no?

Genevieve cogió la mano de Bregan. Estaba temblando como una hoja, y no podía forzarse a detenerse.

—¿Qué… qué hay de los otros? —preguntó ella vacilante.

—No puedo prometer nada sobre ellos.

—¿Estás seguro de que esto puede hacerse, Bregan?

Él sonrió, mostrando dientes que estaban manchados y extrañamente más afilados de lo que ella recordaba. Como dientes de engendro tenebroso.

—No estoy seguro ya sobre nada, —dijo él.

Y entonces la llevó lejos, por el túnel hacia la oscuridad mientras la música distante aumentaba en un coro que apagaba todo lo demás.

* * *

El grupo se despertó sólo para descubrir que Genevieve se había desvanecido durante la noche. No era difícil adivinar adónde había ido.

Kell se maldijo por ser un imbécil por siquiera estar de acuerdo con su sugerencia de quedarse vigilando, aunque Maric tenía otras ideas al respecto.

Ella los había dejado durmiendo y desprotegidos. Cualquier cosa podría haber caído sobre ellos en la noche y masacrarlos a todos… ¿y por qué?

Para que ella pudiera seguir su instinto obsesivo de localizar a su hermano. No estaba siquiera convencido de que esto fuera realmente sobre detener la Ruina, no para ella.

Pero los otros aún creían. Duncan en particular parecía más agraviado por la partida de Genevieve, irrumpiendo por el campamento y despotricando sobre lo estúpida que podía ser. Era una forma extraña de hablar sobre la oficial comandante de uno, tenía que admitir Maric, y se preguntaba cuánto había sucedido entre los dos dentro de su sueño.

Utha observó al chaval caminar, y entonces señaló que necesitaban seguir a Genevieve. Los otros no dijeron nada al principio, mirándose los unos a los otros extrañamente, y Maric se dio cuenta de lo que estaban pensando. Perseguir a su comandante era un asunto de los Guardas Grises. Ciertamente, incluso si aún pensaban que detener la Ruina que se avecinaba era una posibilidad, eso, también, era asunto suyo… pero no de él. Maric ya había realizado su tarea, y ellos no podían razonablemente pedirle al Rey de Ferelden que les siguiera a lo que parecía una muerte segura.

Él miró a Fiona entonces, y la encontró estudiadamente evitando su mirada. Se había despertado solo, y no habían intercambiado ninguna palabra desde entonces. De hecho, ella dijo muy poco. La elfa no parecía enfadada, hasta donde podía decir. Quizás simplemente estaba tratando de pretender que no había sucedido, o que había sido un momento de consuelo y nada más. Quizás había hablado demasiado de Katriel. Él había yacido con este antiguo amor elfo, también, en estos Caminos de las Profundidades; era imposible no ver la comparación.

Les dijo a los Guardas que iría con ellos, por supuesto.

No había vuelta atrás ahora, no más de lo que lo había habido después de matar al dragón. Habían pasado el punto de no retorno.

Tanto si creyera o no en la advertencia de la bruja, estaba dispuesto a ir por este camino.

Así que descendieron. Fiona lideraba el camino con su bastón brillando con fuerza en las sombras verdosas, y ellos se movieron tan rápidamente como podían. Las miradas en las caras de los Guardas le decían todo lo que necesitaba saber: Los engendros tenebrosos habían vuelto. Incluso podía escuchar los leves sonidos de su aproximación, el zumbido monótono distante volviéndose más fuerte cada minuto.

—¿Cuánto tenemos? —preguntó a Kell.

El cazador miró intensamente hacia las sombras, sus ojos pálidos brillando peligrosamente. Él desenfundó su arco de sus hombros y sacó una flecha. Hafter gruñó enfadado a sus pies, los pelos del cogote erizados.

Duncan desenfundó sus dagas de platerita, sonriendo mientras él, también, vigilaba por un enemigo invisible.

—No faltará mucho ahora, —murmuró para él el chaval.

—¿Tan rápido? ¿De dónde han venido todos?

—No lo sé. Ya están por delante y por detrás de nosotros.

—¿Hay alguna forma de rodearlos?

Duncan no dijo nada. En su lugar el grupo empezó a correr. Fiona alzó su bastón y lanzó un hechizo de protección, un brillo azul acomodándose sobre cada uno de ellos. Su paso urgente se aceleró mientras alcanzaban una intersección de pasadizos. Tres direcciones surgieron, cada una de ellas llevando a más sombra y más neblina verdosa.

Kell les hizo señas de que se detuvieran, y con entusiasmo miró por cada pasadizo. La mano de Maric tensa en su espada, su corazón encogido de miedo. Los otros formaron una posición defensiva casi de inmediato, volviendo sus espaldas a Kell y mirando hacia fuera, las armas preparadas. El zumbido ajeno de los engendros tenebrosos parecía rodearles.

—Están bajando cada pasadizo. —El cazador frunció el ceño ponderosamente. Hafter gruñó a las sombras, mostrando sus colmillos, y Kell ausente extendió el brazo para calmar al perro con unos golpecitos suaves.

—¿Entonces adónde vamos? ¿Por qué camino? —exigió Duncan.

Utha señaló directamente hacia delante, y Kell asintió.

—Sí. No podemos quedarnos aquí. Necesitamos encontrar una posición más defendible, ya que vienen hacia nosotros no importa por qué camino vayamos.

—¿Cómo pasó por ellos Genevieve? —preguntó Fiona, la frustración amontonándose en su voz.

El cazador corrió hacia delante, sin responder a la pregunta, y el resto le siguieron rápidamente a su paso. Era posible que Genevieve no hubiera pasado del todo, pensó Maric. Ya podría estar muerta, y ellos nunca lo sabrían. Lo que él realmente se

preguntaba era cómo los engendros tenebrosos parecieron tan repentinamente centrar su atención sobre ellos tan eficientemente cuando los Guardas estaban supuestamente ocultos por los broches de ónix que llevaban. Algo no iba bien.

Corrieron hacia delante por el nuevo pasadizo, evidencias de escombros apareciendo en medio de la suciedad de engendro tenebroso. Estatuas antiguas perfilaban las paredes aquí, la mayoría de ellas tan desmoronadas y cubiertas de negror que apenas podían reconocerse como tales. ¿Había habido enanos incluso aquí bajo los Caminos de las Profundidades? No había tiempo para detenerse y admirar el escenario, sin embargo. Corrieron, respirando con fuerza por el cansancio y el pánico. Maric se tambaleó en un trozo de rocas irregulares y Utha corrió para cogerle antes de que cayera. Él le dio las gracias asintiendo y siguió su camino.

El pasadizo se abría a una caverna, y ellos inmediatamente se ralentizaron. Una estructura llenaba por completo media cámara, un amplio juego de escaleras flanqueado por altas estatuas llevaba a una plataforma enorme perfilada por altos pilares. La pared de roca tras la plataforma había sido tallada en un gran arco abovedado. Una vez esto habría sido una vista impresionante, quizás un templo honrando a alguna deidad enana antigua, pero ahora estaba ennegrecido con la descomposición y la corrupción. Tanto de ella rodeaba el suelo llegando hasta las escaleras que se había reunido en grupos negros, sacos retorcidos tan grandes como hombres. Los grupos colgaban del techo también, lentamente supurando mugre al suelo, donde se recolectaba en charcos verdes estancados.

Kell señaló a la plataforma.

—Nos defenderemos allí. —Ellos no lo discutieron y empezaron a correr por las escaleras. La suciedad era lo suficientemente profunda aquí como para envolver las botas de Maric y hacer un sonido húmedo de succión cada vez que las levantaba. El hedor rancio que se alzaba por sus movimientos era abrumador.

Había algún tipo de altar sobre la plataforma, simple y llano y sólo tan alto como el pecho de Maric. Al menos él suponía que había sido un altar. Ahora estaba tan cubierto de una masa burbujeante, descompuesta, que ni siquiera quería acercarse a él.

El grupo giró sobre sus talones inmediatamente, formando una línea defensiva sobre las escaleras y bajando la mirada hacia la caverna bajo ellos. Todo lo que Maric podía oír era la respiración ajada y el zumbido monótono de la horda que se aproximaba. Había un hambre en ella, el sonido elevándose y cayendo casi rítmicamente. Fiona alzó su bastón bien en alto y empezó a brillar con tal brillantez mareante, que toda la caverna estaba iluminada. Maric casi pensaba que podía detectar el encogerse horrorizado de la repugnancia corrupta allí abajo.

Ciertamente, un leve ruido de siseo estalló de la cámara, y algunos de los grupos emponzoñados explotaron en un espectáculo de moco verde oscuro.

Hafter empezó a ladrar furiosamente, pero se silenció ante un gesto de Kell. Utha intercambió una mirada dubitativa con el cazador y él le asintió con una sombra de sonrisa sardónica. Extendió el brazo y acarició su mejilla profundamente, el pero alzando

la mirada a la acción y parpadeando sorprendido. Utha agarró su mano y la sostuvo en su mejilla un momento, sus ojos húmedos, y entonces la dejó caer.

Fiona miró al par y entonces se volvió para encarar la caverna, su expresión resuelta.

—Aún no hemos acabado, —dijo ella.

—Eso parece, —murmuró Duncan.

Kell se volvió hacia él, estudiando al chaval pensativo.

—Tienes que abandonarnos aquí, Duncan. Déjanos luchar contra estas criaturas mientras tú te escabulles.

—¿Escabullirme?

—Eres hábil moviéndote en las sombras. Solo, podrías evadir a la horda que viene. Podrías encontrar a Genevieve, si está viva, o incluso a su hermano.

—Creo que sobrestimas mis habilidades de sigilo, —soltó él.

—Deberías intentarlo, —dijo Fiona—. No sabemos cuántas de esas criaturas están viniendo. Alguien tiene que terminar nuestra misión, si siquiera puede hacerse.

—No os voy a dejar aquí, —insistió tercamente—. No me voy a ninguna parte.

—¿Y si te lo ordeno? —preguntó Kell.

—Entonces supongo que debo desobedecer.

El cazador sonrió.

—Entonces supongo que no lo haré.

Se volvieron hacia la caverna y esperaron. El zumbido de los engendros tenebrosos se volvió más y más fuerte, y entonces los primeros entraron en la cámara. Varios genlocks bajos saltaron dentro, seguidos por un hurlock en una enorme armadura negra que llevaba una espada de aspecto mortífera. Siseó subiendo a la plataforma, y los genlocks se unieron, deteniéndose y siseando descontentos al ver a su presa.

Una fleche aceleró por el aire y golpeó al hurlock entre sus ojos. Colapsó sin un sonido. Los genlocks rugieron y cargaron.

Más flechas volaron y los engendros tenebrosos cayeron al suelo, muertos antes de que siquiera alcanzaran las escaleras.

—Me estoy quedando sin flechas, —anunció el cazador, sacando su arco de nuevo.

—Me estoy quedando sin ropa interior limpia, —respondió Duncan.

Más engendros tenebrosos entraron en la caverna ahora, llegando desde ambas entradas. Era una oleada de ellos, su zumbido llenando toda la cámara y apagando cualquier otro sonido. Kell cuidadosamente disparó flechas a la masa, y aunque cada golpe mandó a una criatura chillando al suelo, claramente no iba a ser suficiente.

Fiona apuntó su bastón hacia ellos, su ceño frunciéndose concentrada mientras una bola de fuego iba hacia delante y golpeaba el fondo de las escaleras bajo ellos. La esfera de llamas detonó enfrente de las filas de engendros tenebrosos, mandando a las criaturas volando y llenando la caverna con un resplandor de llamas mágicas. Las criaturas dejaron salir graznidos desgarradores de oídos de angustia, muchos de ellos atrapados por completo y sacudiéndose mientras caían al suelo en llamas. Las llamas se extendieron

hasta la suciedad supurante que cubría el suelo de la caverna, y de repente el propio suelo estaba ardiendo, el humo rápidamente llenando el aire.

Maric estaba impresionado.

—¿Cuántos de esos más tienes? —le preguntó. Ninguna respuesta llegó mientras la elfa se desmayaba y caía de espaldas. Él corrió hacia delante y la atrapó, su corazón dando un vuelco mientras notaba lo pálida que ya estaba, el sudor cayendo de su frente.

Ella parpadeó rápidamente y se forzó a volver a ponerse de pie.

—Un par más, —dijo entre dientes. Los engendros tenebrosos ignoraron a sus camaradas ardiendo, saltando sobre ellos y corriendo a través de las llamas aunque se estuvieran quemando. Más flechas golpearon rápidamente a aquellos al frente.

Fiona soltó un grito de esfuerzo y una segunda bola de fuego se lanzó hacia las filas de los engendros tenebrosos, la explosión mandando una oleada de calor y hedor chamuscado pasando a Maric.

Más estaban ya abriéndose paso hasta la caverna, aunque se estaba volviendo difícil ver a través de las llamas y el humo. Él tosió y parpadeó ante la neblina, parecía que los conductos de ventilación enanos simplemente no eran tan buenos aquí… o, más probablemente, estaban pegados con la misma mugre que cubría todo lo demás.

Que así sea. Mejor asfixiarse que morir a manos de esos monstruos, si es necesario.

Él corrió hacia delante mientras el primer hurlock corría subiendo las escaleras, su carne calcinada y sus ojos translúcidos llenos de puro odio.

Apartó su espada con la suya y entonces giró, decapitando a la criatura de un golpe limpio. El icor surgió como una fuente del muñón, salpicando su armadura, pero él lo ignoró.

Más engendros tenebrosos estaban ya corriendo hacia él. Una flecha silbó junto a su oído desde detrás de él, golpeando a una de las criaturas y mandándola tambaleándose por las escaleras. Alzó su espada y cargó. Con los Guardas Grises más fuertemente armados muertos o idos, recaía sobre Maric contener a la línea de frente lo mejor que podía. Si tan solo las escaleras fueran más estrechas.

Otra bola de fuego pasó sobre su cabeza mientras se enfrentaba a la espada del primer engendro tenebroso, bloqueándola con una lluvia de chispas. No vio la explosión de llamas golpear a su objetivo en la distancia, pero la onda de sonido y el calor desgarrador fue casi suficiente como para hacerle retroceder. Varios de los engendros tenebrosos enfrente de él cayeron; utilizó la oportunidad para clavar su espada en la nuca de uno de ellos.

Denso humo se alzó hacia su cara y él se atragantó, y entonces cayó de espaldas mientras un genlock con una armadura de placas puntiaguda, maltrecha saltaba hacia él y le golpeaba en el pecho. Maric gruñó de dolor mientras su cabeza golpeaba las escaleras, y observó con horror mientras el genlock alegremente alzaba el brazo con su garrote y se preparaba para hacerlo caer sobre su cabeza.

Utha le placó, volando justo sobre Maric. Todo lo que vio fue un resplandor de túnicas marrones y su larga trenza cobriza, y la criatura fue apartada de él. Saltó justo a

tiempo para ver a la enana golpeando con su puño en la cara del genlock bajo ella, aplastando su morro y desparramando icor y colmillos en todas direcciones. Sin detenerse, giró y pateó a un hurlock que cargaba hacia su pecho y le mandó volando de bajando por las escaleras.

Más flechas volaron por encima de sus cabezas. Maric silenciosamente alzó su espada para defenderse mientras un hurlock de piel pálida atacó de la nada.

Llevó abajo su gran espada en un golpe de revés que sólo fue apenas capaz de bloquear. La fuerza del golpe sonó por sus hombros. Gruñendo con el esfuerzo, empujó hacia arriba la hoja del engendro tenebroso y lejos de la suya y entonces lanzó la empuñadura contra su frente.

El hueso cedió con un crujido enfermizo y él chilló de dolor, cayendo al suelo.

Duncan corrió hacia dos hurlocks que intentaron correr junto a Maric en las escaleras, sus espadas levantadas mientras siseaban de ira. Una de sus dagas de platerita cortó la garganta de uno y cayó de espaldas, agarrándose la herida supurante. El otro hurlock balanceó su espada hacia abajo, rugiendo, pero él fácilmente la esquivó.

Agachándose, Duncan partió a la criatura por la espinilla con su segunda daga. La hoja cortó profundamente en sus huesos, y ella se tambaleó al suelo con un chillido enfadado. Apenas deteniéndose, el joven Guarda Gris saltó en el aire y llevó ambas dagas con una floritura. Aterrizó sobre el engendro tenebroso con un grito de guerra, clavando ambas dagas en la cabeza del monstruo. Tuvo un espasmo y luego se quedó tranquilo.

Entonces otra oleada de engendros tenebrosos estaba sobre Maric y no podía ver otra cosa aparte de los oponentes directamente enfrente de él. Balanceó su espada larga en amplios arcos enfrente de él, menos preocupado por la destreza que por forzar atrás a las criaturas por las escaleras. Las runas azules de su espada estaban brillando con más intensidad de lo que las había visto antes, y parecía hacer a los engendros tenebrosos retroceder en el momento en que se acercaban demasiado.

El humo acre se le metió en los ojos. El hedor pestilente de la carne quemada amenazaba con abrumarle. Cortó la mano de la espada de un hurlock, haciendo volar su arma, y entonces la pateó con fuerza en su placa pectoral armada. Gritando, cayó de espaldas por las escaleras, golpeando a varios otros de camino y terminando empalado en la lanza de uno de sus propios camaradas.

Las escaleras se habían amontonado de cuerpos de engendros tenebrosos, y suficientes criaturas habían alcanzado la plataforma como para volverla abarrotada y caótica. El sudor le caía por la cara, su respiración forzada por el aire escaso. Miró para ver a Kell no muy lejos, su mayal golpeando a su alrededor en círculos, su cabeza con púas destrozando las gargantas de engendros tenebrosos. Hafter luchó a su lado, sus colmillos soltando un icor negro y su piel manchada de sangre roja que debía ser suya.

Maric estaba herido también. Sintió una punción en su muslo por una lanza que había logrado pasar su guardia, y le estaba ralentizando. Aún así, no podía parar. Llevó su espada con fuerza a un genlock que intentó correr sobre él, cortándolo.

Entonces giró y empaló a otro genlock que corría hacia él con la espada negra alzada en alto.

¿Dónde estaba Fiona? Miró alrededor frenéticamente buscando una señal de la maga, pero no vio nada salvo una pelea caótica. Captó una mirada de Utha luchando cerca, poniendo una mueca con determinación y manchada de icor negro, pero también había demasiado humo y caos para ver mucho más lejos. Debería haberse quedado más cerca de Fiona. Debería haberla protegido en lugar de correr hacia delante.

Maric se detuvo mientras escuchaba un nuevo sonido sobre el estruendo: un rugido gutural, más profundo y fuerte que cualquier cosa que hubiera oído antes. Bajó la mirada hacia las escaleras y vio a otra criatura aparecer. Era una cosa enorme, musculada con piel azul y unos cuernos negros retorcidos, de aspecto casi demoniaco. Vio a Maric y dio un bramido furioso, mostrando unos colmillos afilados como navajas y emitiendo un espray de densa saliva.

—¡Ogro! —escuchó gritar a Kell con alarma desde cerca.

La criatura corrió subiendo las escaleras, sobrepasando a sus propios camaradas engendros tenebrosos y balanceando sus carnosos puños para apartarlos de su camino. Tenía sus ojos blanco lechoso puestos en un objetivo: Maric. Dos hurlocks enfrente de él trataron de apartarse de su camino, pero el ogro estaba impaciente.

Caminó sobre uno, aplastándolo bajo sus pies con un ruido de crujido enfermizo, y golpeó al otro a un lado con tanta fuerza que lo mandó volando y golpeó la pared de la caverna.

Maric se preparó mientras la criatura cargaba, inclinando su espada enfrente de él y mirando con intensidad. Rugió otro desafío y balanceó un enorme puño hacia él. Él rodó a un lado, apenas evitando el golpe, y se puso en pie sin apartar los ojos de la criatura. Trozos de piedra volaron desde las escaleras; una gran grieta quedó atrás. El ogro se detuvo y volvió su cabeza con cuernos hacia él, mirándole como si de repente se diera cuenta de que Maric no sería una muerte tan fácil.

La criatura corrió hacia él y balanceó repetidas veces sus manos con garras. Cualquiera de esos golpes podía arrancarle la cabeza, pensó él.

Se agachó bajo el primer barrido y entonces rodó hacia delante para evitar el segundo, cortando las piernas del ogro mientras pasaba. La espada cortó con facilidad a través la gruesa piel azul de la criatura, un icor negro escupiendo de la herida.

El ogro se giró a punto de intentar agarrar a Maric de nuevo. Él apenas evitó su agarre, rodando a un lado una vez más. Más humo llegó a su cara e hizo que sus ojos se humedecieran, pero mantuvo a la criatura a la vista.

Dejando salir un bramido desgarrador de oídos, la criatura alzó los brazos y luego bajó sus puños hacia las escaleras de debajo con una fuerza increíble. El impacto creó una onda expansiva que sacudió toda la estructura, y Maric fue lanzado de espaldas. Sus oídos sonaban por el propio sonido, y mientras sacudía su cabeza de repente vio al gigante azul sobre él.

Le atrapó con su agarre carnoso, fácilmente alzándole.

Maric aún sostenía su espada, pero ahora estaba atascada en su lateral junto con sus brazos. Luchó, pero la criatura sólo le apretó hasta que su armadura se hundió en su carne. El dolor de sus huesos aplastándose era insoportable y él gritó.

Cuando abrió los ojos, estaba cara a cara con el ogro. Vio cada muesca de sus retorcidos cuernos, cada vena de su piel azulada.

Sonrió maliciosamente, el hedor a carroña podrida de su aliento llenando las fosas nasales de Maric.

Podría arrancarme la cabeza con esos colmillos, pensó él. *O simplemente aplastarme hasta hacerme pulpa. No es una mala forma de morir. Mucho mejor que, digamos, durmiendo en un charco o comerse un muslo de pollo de mala manera.*

Cerró sus ojos, esperando lo inevitable. De repente un repique de truenos sonó a través de la caverna y un rayo de relámpagos golpeó al ogro directamente en el pecho. Maric sintió su calor, se sintió a sí mismo ensordecido por la onda de fuerza y sonido, y voló fuera de la mano del ogro como si hubiera sido impulsado de espaldas. Rugió de dolor mientras Maric se tambaleaba hacia las escaleras, cayendo de forma extraña sobre una pierna y torciéndosela de mala forma. La agonía ardía a través de él. Podría haber seguido bajando las escaleras si no hubiera habido un gran número de cuerpos de engendros tenebrosos ya allí para detenerle.

Maric gimió, incapaz de moverse, y observó mientras el ogro lentamente volvía a ponerse de piel. La marca calcinada dejada por el rayo cubría gran parte de su pecho, aún siseando y humeando. Miró enfadado hacia la parte superior de las escaleras donde estaba Fiona, el humo aún curvándose desde el extremo de su bastón. Parecía una diosa elfa de la venganza, manchada de icor y hollín, sus dientes fuera con furia.

—¡Eso es! —gritó ella—. ¡Ven a cogerme, bastardo azul!

El ogro rugió en respuesta, llevando ambos puños bajo él. El suelo se sacudió del golpe, y al principio Maric no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Entonces lo vio: estaba hundiendo sus garras en la piedra. Con un gran gruñido retorcido, el ogro desgarró un gran trozo de mampostería de las escaleras, dejando un hueco impresionante. Los trozos de piedra volaron, uno lo suficientemente grande como para aplastar la cabeza de Maric rebotando ni a un pie de distancia.

Con un bramido de esfuerzo la criatura lanzó el peñasco de mampostería a Fiona. Ella alzó su bastón, gritando mientras invocaba otro hechizo. Una llama blanca ardió alrededor de su bastón mientras otro rayo se lanzaba hacia delante de él, golpeando al peñasco a medio vuelo. Con un crujido resonante que llenó la caverna, el peñasco se destrozó en una nube de polvo y miles de fragmentos que volaban en cada dirección.

Fiona se tambaleó de espaldas, pálida y debilitada, y el ogro empezó a cargar hacia arriba de las escaleras hacia ella. Maric se puso en pie, su pierna ardiendo de agonía. Él lo ignoró y empezó a correr por las escaleras tras la criatura, subiendo de dos o tres escalones a la vez.

El ogro llegó a la parte superior de las escaleras, alzándose sobre la maga.

Aunque ella alzó su bastón e hizo un débil intento de invocar un hechizo, sólo hubo remolinos de luz a su alrededor y nada más. El ogro rugió en victoria.

Maric alcanzó al ogro desde atrás y, dando un fuerte grito de guerra, corrió por la gran espalda de la criatura, permitiendo que su velocidad le llevara. Clavó la espada de hueso de dragón entre sus omóplatos, la hoja encantada propulsándose a través de la gruesa piel y huesos. Hundió hasta la empuñadura con su peso, empujándola aún más profundo hasta que la espada temblaba con el esfuerzo.

Una bocanada de icor frío estalló de la herida, salpicando la cara de Maric. La criatura aulló de tormento, arqueando su espalda y agarrándose al aire con sus dedos con garras. Trató en vano de alcanzar la espada empalada, retorciéndose frenéticamente. Maric trató de agarrarse, pero la empuñadura estaba resbaladiza por el icor y perdió el agarre. Lanzado a un lado aterrizó en la plataforma, su cabeza chocando con fuerza contra la piedra.

El ogro se arqueó hacia atrás aún más, chillando y tratando de llegar a la fuente de su angustia. Maric podía ver la punta de su espada sobresaliendo de la parte delantera de su pecho. Lentamente se tambaleó hacia atrás, y entonces cayó. Chocó con fuerza contra las escaleras y empezó a caer hasta el fondo, cogiendo velocidad por el camino.

Una nube de humo surgió en su visión, hiriendo sus ojos. Podía sentir el calor de las llamas cercanas, escuchar el siseo y borboteo de la corrupción de engendros tenebrosos mientras ardía. Escuchó a Hafter ladrando con fuerza en alguna parte en la distancia, y entonces Duncan gritó.

No podía ver nada en absoluto. Había un sonido retumbante, también, y Maric se dio cuenta de que estaba en su cabeza. Palpitaba débilmente y no podía moverse.

—¡Maric!

Era la voz de Fiona. Descubrió que había cerrado los ojos.

Los sonidos de la batalla de repente parecían muy distantes, como si estuvieran sucediendo en otra parte y no fueran del todo relevantes para él. Una sensación de debilidad y paz descendió sobre él. Sus ojos se abrieron para encontrar a la maga bajando la mirada hacia él. Su cara estaba pálida del cansancio, su pelo negro corto empapado de icor que goteaba por su frente. Estaba sosteniéndole en sus brazos, y él sintió la sangre supurar por su cabeza. Ella parecía muy asustada, pensó él.

Quería reconfortarla, pero no podía. Sus manos se sentían pesadas y no del todo bajo su control, y mientras él trataba de extenderlas hacia ella, la perdió por completo.

—¡Maric! ¡Necesitas despertarte! —gritó Fiona frenéticamente. Entonces su atención fue atraída por algo que él no podía ver. Ella miró en la distancia, el terror llenando sus ojos mientras el zumbido de los engendros tenebrosos se volvía mucho más fuerte. Llenó toda la caverna, y Maric casi podía imaginar otra oleada de engendros tenebrosos entrando por ambos pasadizos.

—Eso es malo, —murmuró él—. Esperaba que hubiéramos acabado con todos.

—No tienen fin. —Ella parecía cansada, la lucha fuera de ella mientras observaba la aproximación inevitable de la horda de engendros tenebrosos. Kell gritó algo desde la distancia, y Hafter aulló de dolor.

Él alzó la mirada hacia ella y sonrió lánguidamente. De algún modo no parecía tan terrible. Se sentía mal por el pobre Cailan, pero sabía que Loghain lo haría bien con el chico. Mucho mejor de lo que él podría haberlo hecho nunca. Había sentido un vacío durante tanto tiempo, un vacío que sólo empeoraba con cada año que pasaba.

Aún así aquí, yaciendo en sus brazos, Maric se sentía extrañamente contento. Alzó la mirada a la cara de Fiona y pensó únicamente en lo hermosa que era.

Aquellos ojos oscuros habían visto mucho sufrimiento. Quería decirle que no había más necesidad de estar asustada, que todo iría bien ahora.

Y entonces una oleada de magia les golpeó, un poder más frío que cualquier cosa que Maric hubiera sentido antes. Su visión se nubló en un blanco puro, y entonces se hundió en la oscuridad. La única cosa de la que se encontró arrepintiéndose era que estaba solo.

16

Benditos son aquellos que se alzan ante
Lo corrupto y malvado y no flaquean.
Benditos sean los guardianes de la paz,
Los campeones de lo justo.

—Cántico de Bendiciones 4:10

—Duncan.

La palabra penetró en el cerebro de Duncan lentamente, y le tomó un momento darse cuenta de que gradualmente estaba saliendo de la inconsciencia. Centímetro a centímetro reptó fuera de la neblina borrosa de dolor que le envolvía. Recordaba haber luchado. Recordaba al ogro cargando hacia la caverna, y entonces ser abrumado por las interminables oleadas de engendros tenebrosos. Una lanza le había apuñalado en las tripas, le había atravesado y salido por el otro lado.

Recordaba el dolor cegador, la sangre saliendo por su boca y las criaturas saltando sobre él. Y entonces…

… se sobresaltó al levantarse, sentándose demasiado rápido. El pálpito en su cabeza se convirtió en una agonía torturadora. Se dobló del dolor, presionando sus manos contra los laterales de su cabeza como si pudiera evitar que su cerebro explotara. Eso ciertamente es lo que sentía que fuera a pasar, en cualquier caso. Ahí fue también cuando se percató de que había unas pesadas esposas de hierro en sus muñecas.

—Qué demonios… —murmuró él.

—No tan rápido, —le advirtió la voz—. Estás envuelto.

Aún presionándose la cabeza, Duncan abrió sus ojos lentamente. Había luz en la pequeña cámara, un brillo crudo naranja que emanaba de un extraño amuleto que colgaba cerca de la puerta. Era suficiente como para hacer que su cabeza palpitara, y apartó la mirada hacia las sombras.

La voz tenía razón sobre una cosa: Estaba vendado. Podía sentir las gruesas vendas alrededor de su pecho, todas empapadas con algún tipo de material que se sentía cálido e irritante al mismo tiempo.

Había otras tiras de tela envueltas alrededor de un hombro y su muslo izquierdo, heridas que no recordaba recibir incluso aunque palpitaran dolorosamente ahora. La tela utilizada para las vendas parecía amarillenta y sospechosa. Era mejor no examinarlas demasiado de cerca.

—¿Cómo te sientes?

La voz preocupada era la de Fiona. Parpadeó varias veces, acostumbrándose al brillo del amuleto, y la vio sentada junto a él.

La elfa parecía bastante asustada, su pelo empapado de icor seco y su cota de malla no sólo salpicada sino también con varios agujeros abiertos. Su falta estaba maltrecha y

sucia. Ella, también, estaba esposada como él, sus ataduras conectadas por cadenas oxidadas a una pared de piedra tras ellos.

Los otros no parecían mejor. Podía entrever a Kell en la tenue luz, una de sus piernas fuertemente vendadas y quedaba poco de su jubón de cuero aparte de una pechera maltrecha. Las telas amarillentas cubrían gran parte de la zona superior de su pecho, manchas negras supurando a través de dos puntos. Hafter dormía junto a él, el cazador acariciando la cabeza del perro ausente.

El perro no estaba vendado, pero su pelo estaba cubierto por suficientes áreas húmedas, rojizas como para estar probablemente herido también.

Utha se sentó junto a él con sus brazos alrededor de sus rodillas. Tenía varios cortes en su cara, y sus túnicas marrones estaban casi negras de sangre y hollín. La enana no parecía complacida, pensó él, y ella sombríamente examinó sus esposas como si pudiera encontrar alguna forma de abrirlas sólo con la intensidad de su mirada.

El Rey Maric yacía en el suelo al otro lado de Duncan.

Aún estaba inconsciente, su cabeza cubierta con una gruesa venda empapada de una alarmante cantidad de sangre. Su armadura de platerita estaba sin brillo y negra, y cubierta de tantas salpicaduras de icor y sangre, que realmente no podía decir si el hombre estaba herido en alguna otra parte.

Estaban en una celda. Una única cámara grande con paredes de piedra y cadenas atadas a la pared con clavijas de aspecto sólido. La cantidad de corrupción que cubría la pared era extensa, los zarcillos tejiéndose en todas direcciones, y él se alegró de que las sombras profundas ocultaran la mayor parte. El aire era húmedo, cargado con el olor de sangre y con una capa de insidiosa asquerosidad que reptaba hacia su interior cada vez que respiraba.

—¿Duncan, cómo te encuentras? —Repitió Fiona—. Pareces confuso.

—Lo estoy, —murmuró él—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

—No lo sé. —Ella miró alrededor de la celda, su mirada permaneciendo en la puerta de piedra—. No podemos alcanzar la puerta para comprobar si está cerrada, y con mis manos atadas no puedo lanzar ningún hechizo.

—¿No puedes lanzar ningún hechizo?

—Nada que pueda ayudarnos a salir de aquí. —Sus ojos se movieron hacia Maric junto a él, su cara llena de una preocupación ansiosa—. ¿Por favor puedes comprobar a Maric? No se ha movido, y no puedo alcanzarle.

Duncan se giró hacia el hombre, llevando sus esposas más cerca… eran pesadas… y presionaban sus dedos contra su cuello. Había definitivamente pulso, aunque débil.

—Está vivo.

Ella suspiró de alivio. Kell los miró a ambos, frunciendo el ceño.

—La canción es muy fuerte aquí, ¿no? —dijo él.

—¿Qué canción? —preguntó Duncan. No escuchaba nada en absoluto; la celda estaba completamente en silencio salvo por su respiración. Podía percibir la presencia de

engendros tenebrosos a su alrededor, todo un mar de ellos justo fuera de la puerta. ¿No había fin con esas criaturas?

Fiona le miró maliciosamente.

—¿De verdad que no la escuchas?

—¿Escuchar qué? No hay ninguna canción.

Ella miró a Kell.

—Yo la escucho muy leve, como algo en la distancia. Pensé que eran los engendros tenebrosos, pero ahora no estoy tan segura.

—Es la Llamada, —dijo él solemnemente. Fiona le miró, aturdida, y Duncan se sintió igual. ¿La Llamada? No había ninguna forma de que Fiona debiera estar escuchando eso ya, ¡seguro! Utha hizo varios gestos al cazador y él asintió—. No creo que sólo sea porque estamos aquí abajo tampoco. Algo nos está sucediendo. —Él señaló la corrupción extendiéndose sobre las partes visibles de su pecho y brazos. Había un montón de ella. Si Duncan hubiera visto al hombre caminando por alguna calle, habría esperado que los niños le tiraran piedras y le llamaran leproso, o algo peor.

El horror cayó sobre la cara de Fiona. Ella alzó sus esposas y dejó que una de sus mangas de malla cayera para revelar su brazo desnudo. Estaba cubierto de varios arañazos largos, y ensangrentado, pero la corrupción estaba claramente visible. No era tan extensa como la de Kell, pero estaba allí.

—¡Lo comprobé no hace ni un día! ¡No estaba así!

—Nos estamos corrompiendo desde dentro, —estuvo de acuerdo Kell—. Mucho más rápido de lo que deberíamos. —Utha junto a él meramente asintió sombríamente, volviendo a mirar sus esposas.

Duncan se retorció para tratar de mirar tanta piel desnuda suya como pudo. No había mucha. Algunas de las tiras de cuero que cubrían sus brazos se habían soltado, pero no lo suficiente como para que la armadura se separara, y mientras que sus pantalones estaban desgarrados, el trocito de piel debajo estaba demasiado cubierto de sangre seca como para que pudiera decir algo.

Sus manos, sin embargo, estaban despejadas.

—No veo nada, —anunció nervioso—. Y no escucho nada, tampoco.

Fiona se encogió de hombros.

—Tú fuiste el último de nosotros en recibir la Unión.

Eso no era exactamente reconfortante. Su Unión había sido sólo meses después que la de Fiona, mientras que la de ella había sido muchos años después de la de Kell y Utha.

—Así que así es como mantienen a sus prisioneros los engendros tenebrosos, ¿eh? —Preguntó él, esperando cambiar de tema—. ¿Tienen verdugos? ¿Van a venir e interrogarnos?

Utha hizo un gesto brusco y Kell le frunció el ceño.

—Él no lo sabe, —la reprendió él gentilmente. Bajando la mirada a Duncan, él respondió—. Ellos no mantienen prisioneros. Los Guardas Grises saben que los

engendros tenebrosos son capaces de la industria simple, pero no parecen preocuparse por interrogarnos o por averiguar nuestros planes. No son las criaturas más sutiles.

—Odio contradeciros, pero con seguridad parecemos prisioneros.

—Lo sé. —Sus ojos pálidos se encogieron mientras consideraba el asunto, perturbado—. Había esperado que Genevieve estuviera aquí, —murmuró él.

* * *

El tiempo pasaba lentamente. Sus armas les habían sido arrebatadas, así como sus mochilas, así que no había nada que comer y los suministros de pociones de sanación que Fiona había traído ahora estaban inútilmente en manos de los engendros tenebrosos. Ocasionalmente extraños sonidos venían de lejos, fuertes ruidos metálicos como si alguien estuviera golpeando metal, y entonces un gran gruñido. Escuchaban a los engendros tenebrosos, también, siseando y moviéndose por allí. Era leve, pero estaban definitivamente ahí fuera y dejándoles en paz, por cualquier motivo.

Maric se despertó, en su momento. Gruñó al principio, y ante la urgencia de Fiona Duncan comprobó sus vendas y se aseguró de que cualquier mejunje que hubiera debajo de ellas estuviera funcionando. El sangrado del hombre se había detenido. Duncan gentilmente sacudió su hombro hasta que abrió los ojos.

Le llevó un minuto de parpadear antes de finalmente volver su cabeza y mirar directamente a Duncan. Sus ojos parecían un poco descentrados, y parecía confundido.

—¿Cailan? —gruñó.

Duncan se rió entre dientes.

—A no ser que tu hijo no se parezca en nada a ti, no.

Más parpadeo.

—¿Duncan?

—Ahí lo tienes.

Sentarse fue un proceso lento para él, y las mismas preguntas que Duncan había preguntado antes siguieron. Fiona parecía aliviada de ver que Maric estaba despierto, al menos, y con los minutos que pasaban parecía ponerse más y más fuerte.

—¿Qué fue el hechizo al final? —murmuró él—. ¿Quién lanzó eso?

—Fue un emisario, —respondió Fiona—. No lo vi, en cualquier caso.

—Son los que pueden hablar, ¿no? Bueno, si tenemos suerte lo veremos finalmente.

Pasó más tiempo, y tomaron turnos para dormir algo. No es que ninguno de ellos descansara mucho. La celda era fría, y sus heridas dolían. Duncan no quería otra cosa que quitarse aquellas vendas y cualquiera que fuera la mezcla irritante que había sido aplicada a su piel bajo ellas.

Si los engendros tenebrosos realmente la habían hecho, no la quería sobre él.

Sólo podía imaginar lo que estaba haciendo realmente, mezclándose con su sangre. La idea le hizo querer vomitar.

Finalmente hubo nuevos sonidos. Sonaron mientras pasos se aproximaban a la puerta. *Más de uno*, pensó Duncan para sí mismo.

Tres criaturas, por lo menos. Definitivamente engendros tenebrosos, ya que podía percibir su ponzoña. La puerta se abrió con un fuerte sonido de crujido… aunque no escuchó una llave girando. ¿No estaba cerrada, entonces? Una extraña celda, seguro.

El primer engendro tenebroso que caminó a través de la puerta era un emisario. Duncan nunca había visto uno antes, pero la criatura parecía igual que como se había imaginado a un mago engendro tenebroso: túnicas sucias, un bastón ennegrecido, y una cabeza pequeña, marchita completa con una mueca llena de dientes. Tan malvado como parecía, sin embargo, caminaba con una calma y una sensación de consciencia de sí mismo que hablaba volúmenes de su inteligencia. Este no era ningún monstruo simple, delirante. No estaba seguro de si estar impresionado o aterrorizado.

Los otros dos engendros tenebrosos que siguieron al primero estaban más fuertemente armados. Parecían extraños, sin embargo. Su carne marchita no era del todo la misma, y sus ojos estaban rojo sangre en lugar de blanco pálido. ¿Eran necrófagos entonces? Ninguno tenía pelo, pero aún así, Duncan podía ver que uno de ellos era claramente una mujer…

Se detuvo, el shock registrando incluso aunque no pudiera creerlo del todo. La mujer le miró directamente, su mirada intensa. Las duras líneas de su cara eran familiares, como la sombría postura de su mandíbula.

No estaba llevando su tabardo de Guarda Gris, pero su armadura aún parecía la misma, simplemente desgastada en lugar de plateada brillante como había sido una vez.

—Genevieve, —jadeó él.

Los ojos de Maric se abrieron como platos, al igual que los de los otros cuando se dieron cuenta de que era cierto. Hafter alzó su cabeza y gruñó nervioso.

—¿Qué te ha sucedido? —murmuró Kell con incredulidad.

Genevieve alzó una mano hacia el emisario con túnica y el engendro tenebroso con ella.

—Esperad, —dijo ella. Su voz sonaba extraña, pensó Duncan. Había una calidad sibilante en ella, un leve siseo que acompañaba sus palabras. Le hacía estremecerse. Ella se volvió y se arrodilló ante ellos, mirando a cada uno a la vez con sus ojos rojo sangre.

—Por favor no os asustéis, —dijo ella.

—Estás de broma, seguro, —se burló Maric.

—Sé que mi apariencia es horrenda. Sé que vuestros sentidos os dicen que soy un engendro tenebroso, pero no lo soy. Esto es en lo que se convierte un Guarda Gris, si se le da el suficiente tiempo a la ponzoña como para marchitar nuestros cuerpos.

Kell alzó la mirada a la figura en armadura junto a ella reconociéndole. Ella asintió.

—Este es Bregan, mi hermano. —Bregan les asintió, pero no dijo nada. Ellos sólo pudieron devolverle la mirada, perplejos.

Duncan nunca había conocido al hombre, así que no tenía ni idea de lo que esperar, pero no era esto.

—Y este es el Arquitecto. —Ella señaló al emisario con túnica, y él asintió educadamente.

—El Arquitecto, —repitió Fiona con sospecha.

—Tuve suerte de encontraros cuando lo hice, —afirmó la criatura, mucho más elocuentemente y suavemente de lo que Duncan habría esperado de un engendro tenebroso—. Mi habilidad para dirigir a mis hermanos es limitada, y carece de eficiencia. Una vez que su sed de sangre fue levantada incluso yo no pude mantenerlos lejos de vosotros. Me disculpo por lo cerca que habéis estado de perecer. Eso habría sido desafortunado.

—¿Te disculpas? —Fiona miró a la criatura.

Genevieve alzó su mano al emisario una vez más, frunciendo el ceño.

—Sé lo que puede parecer esto, pero todo lo que pido es que me deis la oportunidad de explicarlo como me lo explicaron a mí.

El grupo estaba en silencio. Duncan no tenía ni idea de cómo podían responder a eso. Estaba demasiado absorto mirando a la Comandante, o a su antigua comandante, quizás. Uno no podía bien ser un Guarda Gris y un engendro tenebroso, seguro. Su pelo blanco se había caído por completo, y su carne negra y marchita. Aún así la loca intensidad había desaparecido. Había sido reemplazada por una sensación de calma de propósito de hierro que subyugaba todo su comportamiento. Se preguntaba si los otros podían verlo.

—No lo entiendo, —dijo Kell lentamente—. ¿Fuimos traídos aquí entonces? ¿A propósito? ¿Y ahora que has encontrado a tu hermano, tus planes han cambiado?

—No han cambiado, —prometió ella.

—Si realmente quieres hablar con nosotros, entonces libéranos. ¿Por qué nos mantienes prisioneros.

Genevieve intercambió una mirada con el Arquitecto. Duncan no podía ver nada en la expresión de la criatura, pero ella suspiró con fuerza y se volvió hacia el cazador.

—Hasta que hayamos tenido la ocasión de explicarnos, esto es por vuestro propio bien.

—Ya veo.

No había nada más que decir.

—El Arquitecto no es como los otros de su tipo. No está controlado por los mismos impulsos, y quiere ver al resto de su raza libre como él lo es.

La criatura se tocó el mentón pensativa.

—Si no fuéramos sometidos a la llamada de los Viejos Dioses, —dijo él—, no habría motivos para que los buscáramos. No habría motivos para que ascendiéramos a la superficie, y por lo tanto no habría Ruinas.

La cabeza de Utha se disparó hacia arriba, como si hubieran ganado de repente su interés.

Kell parecía intrigado también. Fiona jadeó.

—¿No más Ruinas? ¿Quieres decir nunca?

Genevieve realmente sonrió, mostrando filas de dientes afilados manchados de amarillo por la corrupción.

—¿Veis? El Arquitecto tiene un plan, uno que sólo los Guardas Grises pueden ver que se cumpla. —Ella tomó aliento profundamente—. Nosotros existimos a medio camino entre la humanidad y los engendros tenebrosos, emponzoñados pero nunca controlados por ella. El Arquitecto tiene la habilidad de avanzar el estado de nuestra corrupción, empujarnos hacia lo que deberíamos convertirnos en su momento si nunca fuéramos a nuestras muertes como ordena la tradición de los Guardas Grises.

—¿Pero por qué? —preguntó Fiona, horrorizada.

—Porque los engendros tenebrosos nos ignoran ahora, —respondió Bregan.

Genevieve alzó la mirada hacia él, y él dio un paso hacia delante para estar junto a ella. Parecía feroz, resuelto. Sus ojos rojos ardían en su cráneo.

—Sé dónde están los Viejos Dioses. Los Guardas Grises siempre lo han sabido. El problema es que siempre yacen bien por debajo de nuestro alcance, en tierras con las que estamos poco familiarizados y que están llenas de engendros tenebrosos.

Se detuvo para dejar que las implicaciones calaran. Utha hizo varios gestos agitados, y Genevieve asintió ansiosa.

—Si hubiera suficientes Guardas Grises como nosotros, ayudados por un engendro tenebroso que conociera los subterráneos, podríamos encontrar a los Viejos Dioses y matarlos antes de que fueran siquiera emponzoñados. Podríamos detener las Ruinas antes de que comenzaran y terminar con la Llamada.

—Por lo tanto liberando a mis hermanos, —añadió suavemente el Arquitecto, casi reverentemente. La forma en que juntó sus dedos enfrente de su pecho le hizo parecer casi un sacerdote a Duncan. ¿Era intencionado? ¿Era una actuación?

—¡Te refieres a contarle a esta criatura dónde están los Viejos Dioses! —gritó Fiona.

—Ya lo he hecho. —La respuesta de Bregan aturdió al grupo y ellos le miraron con shock. Él plegó sus brazos desafiante y se negó a explicarse más.

—Tenemos una oportunidad, —explicó lentamente Genevieve—. Podemos hacer aquello para lo que los Guardas Grises han existido durante siglos, siglos que han estado llenos de Ruina tras Ruina, cada una de las cuales ha masacrado a innumerables personas y amenazado con la destrucción de nuestro mundo. ¡Podemos detenerlo! —Ella apretó su mano en un puño para dar énfasis—. Como Guardas Grises hemos jurado hacer *lo que sea necesario* para combatir a los engendros tenebrosos. Sacrificamos nuestras propias vidas en el momento en que tomamos la Unión y bebimos esa sangre. ¡El hecho de que el Arquitecto siquiera exista nos da una oportunidad ahora para hacer lo impensable!

—*Si* confías en este engendro tenebroso, —dijo Maric de repente.

Bregan miró a Maric con una mirada fría. Los otros le miraron extrañados, también, y Duncan sabía por qué. De todos ellos, Maric era el único que no era un Guarda gris. ¿Era siquiera parte de este plan? Duncan quería preguntar qué pretendían hacer con el Rey, pero entonces recordó lo que Genevieve le había dicho la primera noche que habían

acampado en los Caminos de las Profundidades. Si el Rey alguna vez supiera algo que no se suponía que debiera hacer, necesitaría morir.

Quizás era mejor no preguntar aún.

—Sí, —admitió Bregan a regañadientes—. Si confiamos en este engendro tenebroso.

—¿Y lo haces? —preguntó Kell.

—Confío en su plan, sí.

—Y yo confío en Bregan, —añadió Genevieve, alzando la mirada hacia su hermano con genuino afecto. Era extraño ver la expresión en la cara de alguien tan completamente arruinada, con aquellos ojos rojos y la piel marchita.

—¿Y cómo sabemos que no estáis bajo algún tipo de control mental? —Preguntó Fiona con sospecha—. La magia de sangre es famosa por controlar mentes. Podríais estar siendo influenciados por magia y no ser siquiera conscientes de ello.

—Si eso fuera así, —dijo el Arquitecto—, ¿entonces por qué mi intento de convenceros?

—Entonces dime esto, —respondió ella—. Si tus «hermanos» realmente son libres, ¿los hace mejores? ¿Dejarán de atacar la superficie? ¿O a los enanos? ¿Dejarán de esparcir la enfermedad?

Él parecía impávido por las preguntas.

—Yo soy libre, —afirmó simplemente—. Eso me da la opción de actuar de forma diferente a los otros de mi raza. ¿Negaríais al resto de engendros tenebrosos esa opción?

Fiona pareció abatida por su respuesta. Bregan se inclinó.

—Es un paso, —dijo él—. Sólo un paso de varios. Antes de que esos otros pasos puedan darse, sin embargo, primero debemos detener las Ruinas.

—¿Y cuáles son esos otros pasos? —preguntó Maric enfáticamente.

Bregan le ignoró. Él asintió a Genevieve y ella se irguió.

—No os lo diremos todo. Sé cómo puede parecer esto, pero tenemos poca elección. Estoy dispuesta a confiar en mi hermano y haré cualquier cosa si significa cumplir mi juramento. Puede que vosotros no sintáis lo mismo.

Ella bajó la mirada al suelo y se quedó extrañamente en silencio por un momento, considerando sus siguientes palabras.

—Aprecio que hayáis venido todo este camino conmigo. De verdad creí que os volveríais cuando os dejé, pero ahora que estáis aquí, necesito preguntaros si me seguiréis un poco más.

Un silencio siguió a sus palabras. Fiona finalmente arqueó una ceja hacia su antigua comandante.

—¿Y si no lo hacemos?

—Entonces aquí os quedáis, —respondió Bregan—. Hasta que nuestra misión esté hecha.

—¿Y qué pasa con Maric? —soltó Duncan. Se arrepintió tan pronto hizo la pregunta. Los otros le miraron con curiosidad, especialmente Maric. Sólo Genevieve no le miró. De hecho, estudiosamente evitó su mirada.

—Será devuelto a la superficie, —dijo el Arquitecto cuidadosamente—. A su tiempo.

—Eso es demasiado amable, —señaló Maric.

—¿Devuelto cómo? —Insistió Duncan—. ¿Vivo?

El engendro tenebroso le dio una sombra de lo que podría haber sido una sonrisa.

—A aliados.

No lo elaboró, y Duncan vaciló. Obviamente no iba a obtener una respuesta de esto, tampoco, aunque tenía que preguntarse a qué tipo de «aliados» se podía estar refiriendo la criatura. Aliados de Bregan, lo más probable. Se percató de Genevieve lanzando una mirada curiosa a su hermano ante la mención, pero sólo durante un segundo. ¿Quizás ellos no le habían contado todo tampoco? Curioso.

Genevieve se giró para irse.

—Os daré tiempo para decidiros, —dijo ella—. Al final, si Bregan y yo debemos hacer esto por nuestra cuenta, entonces es como debe ser. —Bregan asintió hacia ella, pero mientras los tres empezaban a caminar hacia la puerta, Utha de repente golpeó sus esposas con fuerza contra el suelo. El sonido que hicieron atrajo la atención de todos. La enana estaba ahí sentada, observando a Genevieve y Bregan fervientemente. Duncan no estaba seguro de si estaba furiosa o… algo más.

Hizo varios gestos con su mano. Eran rápidos y puntualizados. Seguros. Su expresión no cambió. Kell, sin embargo, reaccionó con shock.

—¡No, Utha!

Genevieve se arrodilló enfrente de la enana, con la preocupación en su cara.

—Podemos daros más tiempo si…

Utha hizo un simple corte, negándose con su mano.

Kell sacudió su cabeza hacia ella, abatido.

—No, deberías esperar. Nosotros podríamos…

Ella se volvió y le miró con tristeza. Duncan miró mientras ella hacía una serie de gestos complicados al cazador, la mayoría de los cuales no entendió. Era una explicación, sin embargo, algo que involucraba varios movimientos de corte con su mano y una expresión determinada.

Kell, sin embargo, se volvía más y más desesperanzado. Y entonces finalmente asintió, resignado.

—Si de verdad crees que debes.

Ella hizo un gesto asintiendo con su mano. Lo creía.

Genevieve observó a Utha, rota, pero entonces su cara se endureció. Alzó la mirada hacia el Arquitecto tras ella, y le dio un corto asentimiento. Él se bajó con la ayuda de su bastón para arrodillarse junto a Genevieve, sus túnicas moviéndose mientras lo hacía, y sostuvo una mano delgada, marchita hacia la enana.

Utha la tomó, sus ojos fijos en el emisario y su mandíbula apretada.

Duncan esperaba que fuera algún tipo de hechizo de encantamiento, algún ritual. Pero sólo hubo silencio. El Arquitecto miró a los ojos de Utha y no sucedió nada al principio. Entonces venas negras empezaron a aparecer por su mano donde el engendro tenebroso la

tocó. Se volvieron más y más oscuras, las venas ramificándose hasta que toda su mano estuvo entrecruzada con ellas.

La enana cerró los ojos, sacudiéndose ligeramente. Duncan miró mientras las venas negras aparecían en su cuello. Entonces se extendieron a su cara. Su temblor volviéndose más pronunciado, y ella apretó sus dientes con fuerza para mantener la compostura. Hafter se despertó, percibiendo algo, y cuando se percató del emisario cerca y sintió la magia extraña en funcionamiento, empezó a gruñir amenazadoramente. Kell puso su mano en el cuello del perro para tranquilizarlo.

El cazador apartó la mirada y cerró bien sus ojos. No podía soportar mirar.

Una sombra se formó alrededor de la mano del Arquitecto, una masa negra y amorfa que parecía crecer de él. Se volvió más grande, y mientras lo hacía la pequeña cámara se volvió más fría. Duncan se estremeció, y vio la escarcha formándose en la pared junto a Utha. Su respiración estaba saliendo en bocanadas blancas, como la del resto de ellos. La sombra *reptó* desde la mano del engendro tenebroso hacia la de la enana, y allí lentamente se hundió en ella. Su carne marchita y curvada, el aire llenándose con el nauseabundo hedor de la descomposición.

Utha empezó a tener espasmos. Aún así luchó contra la agonía que estaba quemando a través de ella. La mancha en su piel se extendió, reptando por su cuello y cubriendo su cara. Su pelo cobrizo empezó a volverse gris, y entonces se volvió blanco. Su trenza larga se retorció y curvó tras ella, como una cerilla que se estuviera quemando en un cenicero. Sus ojos se abrieron de golpe, rojo sangre, y ella abrió la boca en un grito sin sonido… y los mechones que quedaran de su pelo simplemente se cayeron.

Y entonces ya estaba hecho.

Utha apartó su mano de la del Arquitecto y se dobló, su cuerpo retorciéndose con estremecimientos que iban cada vez a menos. Las bocanadas de aliento se volvieron más leves hasta que finalmente desaparecieron y ella se quedó en calma. Duncan pensó por un momento que había muerto, pero mientras lentamente se sentaba se dio cuenta de que ahora simplemente estaba fría.

El engendro tenebroso le asintió y bajó su mano. El frío en el aire se aligeró casi de inmediato, aunque no desapareció.

Todo el mundo salvo Kell miró a Utha. El cazador apartó sus ojos y calmaba a Hafter mientras el perro gimoteaba confundido. Fiona sacudió su cabeza con incredulidad, furiosa, pero Duncan no sabía qué pensar. La enana estaba ahora tan calva y emponzoñada como Genevieve y Bregan, sus ojos del mismo rojo sangriento, pero parecía calmada.

Ella asintió cortamente al Arquitecto y pasó un dedo por sus esposas. Se abrieron con un fuerte sonido de cliqueo y cayeron de ella.

Buen truco. Duncan tenía que aprender eso en algún momento.

La enana se levantó y caminó hacia delante para quedarse ante Genevieve, sin siquiera mirar atrás a los otros.

—Gracias, —dijo Genevieve con el tono oficial reservado a un buen soldado. Utha asintió de nuevo pero no hizo nada más.

Genevieve miró al cazador.

—¿Y tú, Kell?

Él no la miró, y no dijo nada. Duncan podía ver por su expresión perturbada, sin embargo, que estaba inseguro. El cazador cerró sus ojos, frunciendo el ceño profundamente.

Ella miró a Fiona, mucho menos esperanzada.

—¿Fiona?

La maga le miró con puro odio.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso? —escupió ella—. ¿Nos lanzas aquí dentro, nos dices casi nada, y entonces esperas que vayamos de caza contigo de nuevo? ¡Tú nos *abandonaste*, Genevieve!

—Deberíais haber dado la vuelta.

—¡No lo hicimos! ¡Tratamos de acabar la misión!

—Como yo. Como sigo haciendo. —Soltó Genevieve despectivamente—. No eres una niña. Esto es lo que es nuestra tarea. Esto. Hacemos sacrificios para terminar con la Ruina. Eso es exactamente por lo que me seguisteis aquí en primer lugar.

—Estás loca. —La elfa sacudió su cabeza con desdén—. Si realmente pensara que lo que estáis haciendo pudiera terminar con las Ruinas…

Genevieve la cortó, volviéndose hacia Duncan.

—¿Y tú? —le preguntó.

Él se sintió atrapado. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? En cierto modo, ella tenía razón. Ya estaban muertos. Habría sido ejecutado si no hubiera sido por su reclutamiento en los Guardas Grises. Estaba viviendo un tiempo prestado, ¿así que qué importaba cómo luchara contra la Ruina? Podría haber muerto igual de fácilmente en aquella caverna o en cualquiera de las batallas antes de aquella… al menos de esta forma habría tenido ocasión de hacer algo significante.

Pero el cambio repentino le sorprendió. Genevieve había parecido tan determinada a encontrar a su hermano y matarlo si fuera necesario, como si fuera todo lo que importara. Pero ahora quería algo completamente diferente, basado sólo en una simple charla con su hermano y este engendro tenebroso amigo suyo. ¿Qué había estado pasando aquí todo este tiempo? ¿Por qué estaría ella de acuerdo con nada de esto?

Aún así, él quería confiar en ella. Quería demostrarle que podía ser el tipo de Guarda Gris que ella esperaba que él fuera.

—Yo… —Él la miró, incapaz de formar una respuesta.

—No lo hagas, —murmuró Maric entre dientes.

—¡Tú no te metas! —soltó ella.

—¡No, métete! —Fiona golpeó sus esposas contra el suelo con un fuerte golpe seco, mirando a Genevieve—. ¿Somos los únicos cuerdos aquí? ¡Estáis dispuestos a lanzarlo todo por un truco! ¡Basándoos en la palabra de un engendro tenebroso!

Genevieve la ignoró.

—¿Duncan? —le preguntó de nuevo.

—Yo… no lo sé, —admitió él.

Se sintió débil, y su cara ardía de vergüenza mientras su expresión cambiaba a decepción.

—Que así sea. —Ella hizo un gesto hacia Utha y los otros para irse—. Os dejaremos solos por ahora, así que pensad en vuestras opciones. —Duncan los vio irse en fila por la puerta de piedra, y cuando se cerró tras ellos con un *zum* profundo, su corazón dio un vuelco.

De algún modo se sentía como si hubiera perdido su oportunidad.

La celda se sentía vacía ahora, sin Utha. Sus esposas y cadenas yacían en el suelo junto a Kell de forma acusadora, y Duncan trató de no mirarlas. El cazador levantó sus rodillas y descansó su cabeza sobre ellas, exhausto de dolor. Hafter gimió y trató de enterrar su morro negro bajo los brazos de Kell, ofreciendo todo el apoyo que podía a su amo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fiona desesperanzada.

Nadie respondió de inmediato. Finalmente Duncan la miró.

—¿Y si te equivocas? —preguntó él—. ¿Y si no es una locura? ¿Y si es una locura continuar luchando una batalla desesperanzada cuando tenemos la oportunidad de hacer algo al respecto?

—¿Es desesperanzada?

—Seguro que lo parece, —soltó él—. ¿Has conocido alguna vez a un Guarda Gris que esté contento por ello? ¿Cuántas Ruinas más vamos a luchar antes de que perdamos? ¡Podríamos detener eso!

—O podríais empeorarlo, —se metió Maric.

—¡No hacer nada es peor!

Maric suspiró con resignación.

—¿Desde cuándo ha resultado bien tomar un atajo, Duncan? Esto no es un plan sobre el que se esté actuando racionalmente. Esta es tu comandante aferrándose a lo que puede, porque así ella y su hermano lograrán ser héroes.

—No creo que sea eso.

—¿No? —Maric parecía incrédulo—. Vuestra comandante no es exactamente la persona más estable, ya sabéis.

Kell alzó su cabeza de su regazo abruptamente.

—Es la Llamada, —murmuró él, apenas abriendo sus ojos—. La canción está en nuestras cabezas, y bajo nuestra piel. Está volviéndome lentamente loco. Si Genevieve estaba peor que Utha y yo…

Maric asintió.

—Entonces es este Arquitecto el que los está manipulando. Esperando a que esta canción que escucháis…

—Yo no la oigo, —insistió Duncan.

—Lo que quiero decir es que este compañero Bregan debía haber estado mal, él mismo. Genevieve está exactamente igual. Están en el punto en que necesitarían matarse, caminando hacia los Caminos de las Profundidades. Esta canción está en su cabeza, volviéndolos locos, ¿y qué hace este engendro tenebroso? Les ofrece una oportunidad de hacer que mejoren. Le da un sentido a sus vidas.

—¿Qué crees que quiere realmente?

—Quizás sólo quiere llegar a los Viejos Dioses. —Maric se detuvo, considerándolo—. Quizás esto es lo que comienza la Ruina de la que me advirtió la bruja. Este Arquitecto siendo llevado directamente hacia un Viejo Dios.

—O empieza porque nos negamos a ayudarlo, —contraatacó Duncan.

—La criatura Arquitecto no es como ningún engendro tenebroso que hayamos visto nunca. Quizás no es como los otros engendros tenebrosos.

—¿Eso lo hace mejor? —Preguntó Fiona—. Esas criaturas han nacido de la maldad, Duncan. Lo sabes. Sientes en tu interior en lo que ellos han estado nadando en sus venas desde el nacimiento. ¿De verdad quieres confiar en una criatura que ha conocido eso y sólo eso toda su vida?

—Y en sus aliados, —señaló Kell—. Aliados de los que no nos hablará. —Él parecía estar acercándose al punto de vista de Fiona y Maric, vio Duncan, aunque el cazador difícilmente parecía complacido al respecto. Sacudió su cabeza sombríamente—. Tanto si esta criatura nos está manipulando como si no, no podemos correr tal riesgo.

—¡Pero Genevieve tiene razón! —Protestó Duncan—. ¡Nuestro deber es derrotar a la Ruina!

Los ojos pálidos de Kell le perforaron.

—Nuestro deber es defender a la raza humana de la Ruina. —Su voz era baja e intensa, y mientras estaba ahí sentado parecía volverse más y más seguro de sus palabras—. Hay una diferencia. Nos hemos alzado contra la matanza de los engendros una y otra vez, y esa es nuestra tarea. No nos corresponde a nosotros juzgar, o jugar con las vidas de aquellos a los que cuidamos.

—Pero…

—Nos corresponde tomar las decisiones difíciles que deben hacerse. No podemos pretender que eso también nos convierte en dioses.

Duncan se recostó contra la pared de piedra, dejando que el frío de la piedra presionara contra su nuca. Se sentía bien. Su cabeza flotaba, y se sentía menos seguro de qué pensar que antes. Genevieve siempre había dicho que los Guardas Grises hacían lo que fuera necesario hacer.

Si una aldea necesitaba ser quemada hasta los cimientos para evitar que se esparcieran los engendros tenebrosos, entonces era quemada. Nadie les decía otra cosa. Cuando ocurría una Ruina, su palabra era absoluta.

Pero esto no era una Ruina, ¿no? Los engendros tenebrosos aún no habían encontrado a su Viejo Dios, ni lo habían infectado con la ponzoña y lo habían hecho alzarse como un Archidemonio. Todo el propósito de los Guardas Grises había sido venir aquí y evitar que

eso sucediera. Genevieve le había dicho que incluso el más pequeño riesgo de una Ruina no podía permitirse, y aún así ella había cambiado su tono. Este plan suyo… *había* un riesgo de que fuera mal y comenzara una Ruina. Si eso era lo que este Arquitecto quería realmente, podía suceder, y los Guardas Grises estarían facilitándolo en lugar de prevenirlo.

Genevieve creía que el riesgo merecía la pena. Lo creía fervientemente, podía verlo sólo al mirarla. Y ella había querido que él creyera en ello, también. Pero quizás había perdido de vista lo que había venido a hacer. Quizás quería que su vida tuviera algún significado, justificar todas las cosas que había abandonado.

O las cosas que se le habían arrebatado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó en silencio, negándose a mirar a los otros aunque pudiera sentir sus ojos sobre él. Miró estudiosamente sus esposas. Parte de él quería negarse, escupirle en los ojos y quedarse junto a su comandante. Siempre había pensado que era mayor que la propia vida, una guerrera superhumana que podía hacer cualquier cosa. Era eso por lo que la había seguido a Ferelden, y había estado de acuerdo en ir a los Caminos de las Profundidades. Ella derrotaría esta amenaza con una sola mano, evitando que viniera la Ruina y se probaría ante los Guardas Grises, y él estaría allí para apoyarla. Él se lo debía, como mínimo.

Pero entonces recordó lo que ella había dicho en su sueño. Duncan había visto un lado de ella que no sabía siquiera que existía. Ella era simplemente humana, y su sueño no había sido más grandioso que ninguno de los suyos. No había motivo para pensar que no tenía fallas.

De algún modo eso le había dejado sintiéndose rechazado y vacío, como si hubiera perdido algo increíblemente importante.

—Salgamos de aquí, —declaró Kell, su voz un susurro.

—Necesitamos advertir a Ferelden, —dijo Maric—. Necesitamos decirles que puede que venga una Ruina, o algo peor.

—¿Y si este Arquitecto tiene razón después de todo? —preguntó Duncan.

—Entonces nuestras advertencias no serán necesarias.

Él pensó al respecto, y entonces lentamente asintió.

—Está bien entonces.

Lanzándose hacia atrás, Duncan alzó sus rodillas entre sus brazos hasta que pudo poner sus botas en las esposas. Fiona parecía a punto de objetar, pero él la ignoró. Presionando con fuerza con las botas, ignoró el arañar doloroso del hierro en sus muñecas mientras empujaba las cadenas tanto como alcanzaban sus manos.

Con un siseo con los dientes apretados, de repente sacudió sus piernas y sacó sus pulgares de la junta. Las esposas desgarraron su piel y dejaron un rastro de sangre mientras lentamente se deslizaban de sus manos. Cayeron al suelo con un claqueteo y Duncan colapsó, jadeando con el esfuerzo.

Apretando sus dientes, presionó sus manos con fuerza contra el suelo, volviendo a poner sus pulgares en su sitio. El dolor era torturador, y podía sentir los tendones en sus manos desgarrando la carne.

Aún así, funcionó.

Se tomó un momento para acostumbrarse al dolor punzante, y entonces tomó aliento profundamente y saltó en pie. Entonces se percató de los otros mirándole aturdidos.

—¿Qué? —preguntó con una inocencia burlona—. ¿No pensaríais de verdad que no me he escapado de prisiones mejores que esta, no?

Alcanzando su cinturón, estuvo complacido de encontrar su ganzúa aún oculta dentro del cuero. La alzó con una sonrisa.

—Salgamos de aquí antes de que vuelvan.

17

Hacedor, aunque la oscuridad caiga sobre mí,
Debo abrazar la luz.
Debo soportar la tormenta.
Debo resistir.

—Cántico de Trials 1:10

El hecho de que Duncan fuera capaz de encontrar sus armas fue un golpe de suerte.

Tras algunos hechizos de sanación de Fiona, el chaval tranquilamente tiró de la puerta de piedra de su celda y sacó su cabeza hacia fuera para asegurarse de que no había moros en la costa. De acuerdo a los sentidos de Guarda Gris, el área inmediata alrededor de su celda estaba mayoritariamente desprovista de las criaturas. Sin guardias, sin patrullas, sin puertas cerradas… Duncan opinaba que incluso aunque los engendros tenebrosos estuvieran tomando prisioneros ahora, claramente no era algo con lo que tuvieran mucha experiencia.

Maric estaba inclinado a estar de acuerdo. Quizás sus captores no podían imaginar la posibilidad de que pudieran quitarse sus cadenas. O quizás no podían imaginar que pudieran querer hacerlo. Lo más probable es que supieran que no había ningún lugar al que ir salvo a una horda de engendros tenebrosos.

Duncan había vuelto con sus armas en sus brazos ni un minute después. Habían sido almacenadas en otra celda junto a la suya, junto con sus mochilas y los broches mágicos que ocultaban a los Guardas Grises de la detección de los engendros tenebrosos. Supuestamente todo había sido guardado allí por si acaso accedían al plan de Genevieve. Aún así, el no tener siquiera un guardia para vigilar las armas parecía estúpido.

Pero quizás estas criaturas no tenían guardias. El Arquitecto había sugerido que no tenía el control completo sobre sus propios compañeros. Necesitó colarse y agarrar a Maric y a los otros de las fauces de los engendros tenebrosos que estaban atacándoles, en lugar de ordenar que se detuviera el ataque. Era un extraño, y por lo tanto su suministro de esbirros para hacer cosas como vigilar celdas de prisión era limitado o inexistente. Maric no iba a quejarse.

Se sentía bien tener la espada larga de hueso de dragón de vuelta en sus manos, incluso cubierta del icor negro del ogro como estaba. Tuvo que preguntarse cómo habían logrado tocarla y traerla aquí, pero no iba a cuestionar ese poco de suerte, tampoco.

El bastón de Fiona estaba allí, al igual que el mayal de Kell. Las únicas armas que faltaban eran las dagas gemelas de platerita de Duncan. El chaval sacó otra arma de su mochila, sin embargo: una daga de obsidiana con una empuñadura extrañamente tallada. El chaval probó el peso de la daga, haciendo varios cortes en el aire con ella. Parecía satisfecho, y Maric tuvo que admitir que ciertamente parecía lo suficientemente mortal.

La hoja negra le recordaba un poco a los broches de los Guardas Grises, aunque era mucho más sofisticada y casi como el cristal.

—Bueno, al menos tienes un arma con la que estás familiarizado, —comentó Maric.

—La robé del Círculo de Magos cuando estuvimos en la torre, —dijo Duncan a la ligera—. Casi había olvidado que estaba siquiera en mi mochila.

Fiona recuperó su bastón, y eso le dio la habilidad de iluminar su camino sin confiar únicamente en la piedra brillante que colgaba en su celda.

Lo que pasó después no fue suerte, sino Duncan demostrando cómo Genevieve le había encontrado útil por más que su habilidad con un par de dagas. El chaval lentamente les llevó por los pasillos de la ruina, ocasionalmente colándose por delante para explorar un camino apropiado pero exitosamente evitándoles encuentros con los engendros tenebrosos merodeadores. No es que hubiera muchos de esos… por cualquier motivo, la ruina parecía tener sólo un par de las criaturas, pasando por su camino para hacer lo que fuera que hicieran los engendros tenebrosos. Maric realmente no tenía ni idea.

Las propias ruinas parecían ser algún tipo de fortaleza enana abandonada, por lo que Maric podía decir. Estaba colapsada, las paredes llenas de grietas y huecos abiertos donde la mampostería había colapsado, las piedras esparcidas con una capa ennegrecida extendida por la ponzoña. Toda la estructura olía a polvo y hediondez. ¿Eran los Caminos de las Profundidades? ¿O estaban aún bajo ellos? Más importante, ¿cuánto pasaría antes de que Genevieve y sus nuevos aliados descubrieran que se habían ido?

La tercera vez que Duncan volvió de una de sus breves misiones de exploración, estaba frunciendo el ceño. Maric se percató del icor fresco que goteaba de su daga.

—Sólo será cuestión de tiempo ahora, —se quejó.

—¿Te vio? —le preguntó Kell.

—Por supuesto que no. ¿Crees que no se darán cuenta de todos modos?

El cazador frunció el ceño pensativo.

—Corramos, entonces.

Aceleraron el paso, corriendo hacia las habitaciones laterales para esconderse cada vez que percibían a los engendros tenebrosos acercándose. Hafter gruñó profundamente desde su garganta mientras esperaban en la oscuridad, pero no lo suficientemente fuerte como para que lo escucharan las criaturas. Kell miró con reproche a su perro, que al final tuvo la buena gracia de parecer arrepentido. Los broches aún ocultaban la presencia de los Guardas Grises, aparentemente. O eso o los engendros tenebrosos los percibían simplemente como otros de los de su tipo y no les importaba.

Tras una hora de reptar de camino a través de los pasillos oscuros y desiertos, Duncan finalmente les llevó a unas escaleras amplias que llevaban hacia la oscuridad. En lugar de continuar, sin embargo, se detuvo y alzó su mano tras él. Se mordió el labio mientras miraba hacia delante a la oscuridad.

—Es un montón de engendros tenebrosos, —murmuró Fiona.

—Seguro.

Los Guardas Grises parecían preocupados. Incluso Hafter agachó sus orejas mientras miraba por las escaleras, mostrando sus dientes en un gruñido silencioso.

—¿De cuántos estamos hablando? —les preguntó Maric.

—Cien, —respondió Kell—. Quizás más.

—¿Hay otra salida de aquí?

—Estaba buscando una, —suspiró Duncan—. Había un gran pasadizo que llevaba hacia fuera, creo, pero tenía muchos más engendros tenebrosos al final. Miles, quizás, no lo sé. No quiero probar por ese camino.

—Buena idea.

Estaban sobre las escaleras, indecisos. Esto era por lo que Genevieve y los otros estaban despreocupados, después de todo. Incluso si salían de su celda, ¿entonces qué? La única salida de las ruinas llevaba a un pequeño ejército de engendros tenebrosos. No podían esperar abrirse paso luchando.

Duncan reptó por las escaleras en las sombras, haciéndoles gestos de que se quedaran atrás. Kell miró al chaval ansioso, pero no había nada que pudieran hacer. Era o proceder ahora o volver atrás, y tras ellos sólo había problemas. Genevieve insistiría en tomarlos prisioneros de nuevo, o lo intentaría. Y si tenía éxito, ella y su hermano no cometerían el mismo error dos veces. El emisario engendro tenebroso puede que no supiera mucho de hacer prisioneros, pero ellos no tenían esa carencia.

Así que esperaron. Kell se sentó en uno de los escalones, acariciando la cabeza peluda de Hafter mientras el perro gemía nervioso. Fiona miró a Duncan, la preocupación en su cara. Maric se inclinó contra la pared de piedra y se encontró a sí mismo mirándola a ella. Miró sus ojos oscuros y la curva de su cuello. Era extraño que se fijara en tales cosas mientras estaban allí en ese pesado silencio, pero no podía evitarlo. El pensar en su noche juntos seguía dándole vueltas a su cabeza.

—¿Cómo verá siquiera ahí fuera? —preguntó finalmente.

—No muy bien. —Dijo Fiona, y por un momento sus ojos se encontraron. La maga desvió su mirada al instante, pero no antes de que él viera algo ahí. Ella estaba pensando en ello, también.

—Fiona…, —dijo, pero su voz se recogió. ¿Qué se suponía que debía decirle? Este era difícilmente el momento o el lugar, pero podría no tener otra oportunidad.

Ella no le miró.

—Maric, no tienes por qué decir nada.

—Siento que debería.

Ella parecía estar a punto de decir algo más, pero su atención fue atraída hacia el regreso de Duncan. El chaval apareció de las sombras, sigilosamente reptando de vuelta subiendo las escaleras agachado. Se detuvo a varios pies de ellos, frotándose su mentón.

—Bueno, —murmuró él—, no os voy a mentir. Está bastante mal.

Kell asintió lentamente. Los ojos del cazador estaban cerrados, y parecía dolorido. Dándole unos golpecitos a la cabeza de Hafter una última vez, puso sus manos sobre sus rodillas y se puso en pie.

—Cuéntanos. ¿Qué has encontrado?

—Las escaleras terminan al final, y se abren hacia una caverna natural. Una grande. Los engendros tenebrosos están todos allí. Cavando, creo.

—¿Cavando?

—Por lo que pude oír. Repté alrededor de algunos, pero no pude llegar lejos. Tan pronto como entras en la caverna, estás a la vista de los engendros tenebrosos. No hay lugar donde esconderse, y ellos no nos pasarán por alto.

El cazador asintió de nuevo.

—¿Y? ¿Hay una salida?

—No pude verlo, —Duncan suspiró—. Parece que se inclina hacia arriba si giramos a la izquierda, pero no tiene sentido. Nunca lograremos pasar a esa horda. Todo lo que necesitamos es que sólo uno de ellos alce su mirada de su cavar y estamos muertos.

—Entonces encontremos otra salida, —afirmó firmemente Maric.

—No, —dijo Kell. Se volvió y miró por el oscuro pasadizo tras ellos—. Creo que ya han descubierto nuestra desaparición y nos están buscando ahora. No tenemos tiempo.

—Entonces estamos muertos. —Maric se sentía frustrado, pasando una mano por su pelo agitado—. Entonces volvamos y rindámonos, y encontremos otra solución. Hablemos con Genevieve, o con su hermano. Hagamos que entren en razón.

Duncan resopló.

—¿Conoces a Genevieve, no?

Fiona sacudió su cabeza.

—Maric, no creo que eso vaya a ayudar.

—¿Entonces, qué? ¿Quieres correr ahí fuera y hacer que nos maten?

Él caminó hacia ella y cogió sus hombros en sus manos, la hizo mirarle. Ella parecía desanimada, casi al borde de las lágrimas.

—Maric… —Ella sacudió su cabeza con tristeza.

—¡No! ¡No voy a dejar que mueras! Y yo no voy a morir tampoco. Vine aquí… pensé que quería morir. Creía que la muerte era bienvenida. ¡Me sentía como si no tuviera nada por lo que vivir, pero eso ha cambiado! —Él sacudió sus hombros con énfasis, pero sólo la hizo mirarle con más lástima.

—Maric, es demasiado tarde.

—Me niego a aceptarlo. La Fiona que conozco, la que se alzó contra ese bastardo que la esclavizó, tampoco lo haría. —Él apretó su mandíbula y la miró, exigiendo que no se rindiera, como si pudiera forzarla sólo por voluntad. En lugar de ocultarse bajo su mirada, ella a regañadientes se levantó y asintió. Vio la determinación volver a sus ojos.

—Hagámoslo a tu modo. —Ella frunció el ceño.

—De cualquier modo que sea, —metió baza Duncan—, necesitamos hacer algo pronto. Los engendros tenebrosos están todos conectados los unos a los otros, y se está esparciendo rápido la palabra. Van a estar rodeándonos en un minuto o dos.

—Entonces volvamos y luchemos, —declaró Fiona. Ella se liberó del agarre de Maric, las energías azules empezando a crepitar alrededor de la cabeza de su bastón—.

Luchamos contra este Arquitecto, y si Genevieve y su hermano y Utha quieren intentar detenernos, entonces lucharemos contra ellos también.

—No. —Kell dijo la palabra con la fuerza suficiente como para que Fiona se girara y le mirara con los ojos bien abiertos. Maric se extrañó, también. El cazador miró hacia abajo por las escaleras hacia la caverna con todos los engendros tenebrosos por delante de ellos, en su cara una determinación sombría. Su mano apretó el agarre en el mayal en su cinturón hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Necesitáis advertir a la superficie. Los Guardas Grises necesitan saber que algo ha cambiado entre los engendros tenebrosos. Necesitan oírlo de un testigo, alguien que pueda hablarles de este Arquitecto y sus planes.

Fiona parecía confusa.

—Pero…

El cazador alcanzó su pechera y sacó la brillante piedra de su celda, su radiación naranja llenando el pasillo al instante. Se la puso alrededor de su cuello.

—Yo alejaré a los engendros tenebrosos. Mis sentidos son lo suficientemente buenos como para poder decir dónde están, y evadirlos al menos por un tiempo. —Se giró y encontró la mirada de Fiona, sus ojos pálidos con dureza—. Tiempo suficiente para vosotros.

La elfa parecía alarmada ahora, y miró a Maric y a Duncan por apoyo. Duncan parecía similarmente alarmado, pero Maric conocía el tono del hombre. Había oído a Loghain utilizar exactamente esa voz, cuando hablaba de algo terrible que necesitara hacerse sin cuestionárselo. Peor, Maric encontró que no podía discutirlo.

—¡Kell no puedes! —protestó ella.

—Debería haber luchado más duro para hacernos volver cuando tuvimos ocasión. Debería haberlo sabido. —Kell se agachó enfrente de Hafter, frotando la cabeza del perro con seriedad. Hafter le devolvió la mirada con unos ojos bien abiertos, confuso. Sabía que algo iba mal—. Lleváoslo con vosotros, —dijo el cazador, su voz cruda con una emoción repentina—. Ha sobrevivido un largo viaje y muchas batallas. Me gustaría que tuviera una oportunidad.

Dándole unos golpecitos al perro una última vez, se levantó y asintió bruscamente hacia Duncan.

—Os dejo a vosotros llevar afuera al Rey Maric. Fiona os ayudará. Sé que podéis tratar con esto.

El chaval sólo podía asentir, patidifuso.

Kell se volvió hacia Maric y le ofreció su mano.

—Siento que hayamos llegado a esto, Su Majestad. Es un buen guerrero, para un rey de las tierras bajas.

Lo último lo ofreció con una sonrisa irónica, como si fuera una broma personal.

Maric sonrió con tristeza al hombre y sacudió su mano.

—Que el Hacedor cuide de ti, Kell.

El cazador se volvió y empezó a dirigirse abajo por las escaleras sin decir otra palabra. Sacó su mayal del cinturón, la corta cadena claqueteando mientras su cabeza con púas se mecía a su lado. Ya Maric podía escuchar el revuelo de las criaturas en la oscuridad de más allá. Había un susurro en el aire, un zumbido que lentamente se estaba formando a su alrededor. Lo sabían. Lo sabían y estaban viniendo.

Fiona se lanzó para agarrar el collar de Hafter para retenerlo, pero el perro fue demasiado rápido para ella. Saltó abajo hacia Kell, dejando salir un *wuf* enfadado. El cazador se volvió, mirando al perro con un descontento obvio.

—No, —ordenó, señalando atrás hacia Fiona y los otros—. ¡Hafter, ve con ellos!

El perro bajó su cabeza, agachando sus orejas confundido.

Hafter era un perro inteligente, pero aún así era un perro. Kell bajó la mirada hacia el animal, volviéndose más furioso cada segundo.

—¡He dicho que vayas! —gritó él.

—¡Ven aquí, Hafter! —le urgió Fiona.

Mortificado por haber hecho algo por ofender a su amo, Hafter se postró a los pies de Kell, restregando su morro en las botas del cazador y gimiendo lastimeramente. Kell enfadado agarró el collar del perro y lo alzó, físicamente dándole la vuelta y empujándole de vuelta por las escaleras.

—¡Ve! ¡Ahora! ¡Ve con ellos!

Aún así Hafter no iba con Fiona, y rápidamente corrió de vuelta hacia Kell, gimiendo agitado. Kell retrocedió, atormentado, el gran perro gimiendo a sus pies como un cachorro perdido. Sin advertencia, Kell dio un paso hacia delante y pateó al perro en el lateral con un fuerte grito.

—¡Obedéceme! —rugió.

La patada fue fuerte, y aunque Hafter había aguantado cosas mucho peores —era un perro de guerra hecho de poco más que pelo y músculo, después de todo— aún así el perro colapsó con un aullido aterrorizado que hizo eco por el pasadizo. Fiona se cubrió la boca con horror y Maric estaba sin palabras. Kell les miró, angustiado y rogando ayuda con sus ojos. Bajó la mirada al perro temblando de miedo a sus pies y rompió a llorar.

—Oh, Hafter, lo siento tanto, —dijo, su voz rompiéndose de dolor.

Se arrodilló y cogió la cabeza del perro en sus brazos, dándole unos golpecitos en su piel vigorosamente. Hafter alzó la mirada hacia él con sus grandes ojos marrones y movió su cola con incertidumbre. Kell intentó darle una sonrisa reconfortante a través de sus lágrimas.

—Lo siento tanto, mi viejo amigo, —gimoteó—. ¿Podrás perdonarme? —Las orejas del perro lentamente se levantaron y su cola golpeó las escaleras. Ni siquiera había necesidad de preguntarlo.

Los sonidos de los engendros tenebrosos se estaban acercando, y Maric podía escuchar movimiento en la caverna a los pies de las escaleras. Duncan intercambió una mirada preocupada con él. Casi no tenían tiempo.

Kell se irguió, su cara húmeda de lágrimas, y Hafter saltó de pie con él. El hombre bajó la mirada tristemente a su perro y apretó su agarre sobre el maya.

—¿Qué dices, mi chico? —preguntó—. ¿Estás preparado para una última batalla? ¿Sólo tú y yo? —El perro saltó en su sitio, contento porque su amo le llevara con él después de todo, ladrando excitado con anticipación.

El cazador miró a los otros arriba de las escaleras y asintió solemnemente.

—Dadme un minuto, —afirmó firmemente. Sus ojos pálidos se encontraron con los de Maric y su significado estaba claro: ni más, ni menos.

Sin más adioses, se volvió y aceleró hacia la caverna, Hafter saltando tras él. Girando la cabeza del mayal, rugió un grito de guerra e irrumpió hacia las sombras. Hafter se unió a él con un fuerte aullido. El efecto en los engendros tenebrosos de allí fue instantáneo. Como el fuego tocando el agua, Maric escuchó siseos enfadados y una enorme conmoción mientras las criaturas se movían para atacar.

Kell era demasiado rápido para ellos, aún así. Él y Hafter corrieron hacia la derecha, desapareciendo en la oscuridad y llevándose a los engendros tenebrosos.

Lo último que Maric vio de ellos fue el brillo naranja rápidamente menguando del amuleto.

—Se ha ido, —suspiró Duncan asombrado.

Maric asintió.

—No desperdiciemos la oportunidad que nos ha dado.

Esperaron un minuto insoportable mientras los sonidos de la persecución en los pasadizos tras ellos aumentaban. Afortunadamente la cámara de delante se volvió más silenciosa. Kell claramente había logrado llevárselos lejos, al menos por el momento. Finalmente, cuando Maric no pudo aguantar más, desenfundó su espada larga y empezó a correr bajando las escaleras.

Fiona y Duncan no vacilaron, y fueron siguiendo sus pasos.

Juntos corrieron fuera de las ruinas enanas y de vuelta a los Caminos de las Profundidades.

Maric no estaba seguro de cuántas horas habían pasado los tres huyendo. Duncan lideró el camino casi de inmediato una vez salieron de la caverna, corriendo hacia delante y urgiéndoles a mayores esfuerzos. Los pasadizos pasaban casi sin percatarse, sombras emborronadas iluminadas por el bastón blanco de Fiona. Duncan les dijo que se escondieran cuando percibía engendros tenebrosos acercándose demasiado, y tres veces fueron forzados a atacar a pequeños grupos de engendros tenebrosos que pasaban cuando era obvio que las alcobas sombrías y las estatuas tumbadas no iban a ser suficiente para mantenerles fuera de la vista.

Cada vez que pasaba eso, fueron forzados a responder a un frenesí renovado de actividad de engendros tenebrosos mientras las criaturas se topaban con sus asuntos. Cada vez fueron capaces de perder por poco a sus persecutores.

Finalmente, el chaval los detuvo y alzó la mirada al techo del pasadizo en el que estaban. Maric alzó la mirada, también, pero no parecía muy diferente de los techos por

los que habían pasado previamente, todo vigas de apoyo de piedra, muchas de las cuales se habían caído, llevándoles a preguntarse cuánto pasaría antes de que los Caminos de las Profundidades colapsaran por completo. Quizás eso no sería algo tan malo si sucedía.

—Estamos más cerca de la superficie. Creo que estamos subiendo, —murmuró Duncan.

Fiona arqueó una ceja hacia él.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Es una corazonada.

Se detuvieron un tiempo, el sudor cayendo por sus caras mientras jadeaban exhaustos. Pero finalmente Duncan les urgió a ir hacia delante.

Fiona no se quejó, y Maric sólo podía suponer que eso significaba que podían percibir a los engendros tenebrosos acercándose de nuevo. Así que corrieron algo más. Maric empezó a preguntarse si finalmente acabarían en Gwaren. Sabía que esos túneles llevaban fuera hacia la ciudad del este finalmente, y eso sería gracioso ya que había hecho sellar permanentemente la entrada a los Caminos de las Profundidades de allí hacía años.

Bueno, quizás *gracioso* no era la palabra correcta. *Desafortunado* sería más apropiado.

Pasaron a través de un largo pasillo en ruinas lleno de altos pilares y tanta mampostería caída del techo que necesitaron trepar sobre las pilas. El sonido de los acechadores en las profundidades era fuerte allí, lo suficiente como para hacer que Fiona mirara alrededor alarmada cuando llegaron sobre una de las pilas.

—¿Van a venir tras nosotros? —preguntó ella nerviosa.

—Sólo somos tres ahora, ¿así que por qué no? —Maric había querido decirlo como broma, pero su falta de aliento lo hacía difícil. Ella le miró acusadora en respuesta pero no dijo nada.

—Si seguimos moviéndonos, no tendrán tiempo de comernos, —les amonestó Duncan. El chaval parecía tener una cantidad ilimitada de energía, y él parecía sólo medianamente fatigado, mientras que Fiona y Maric estaban tambaleándose tras él y ya casi preparados para caer. Aún así, lograron sobrevivir hasta el momento. Eso podía cambiar rápidamente, así que continuaron corriendo.

Tras una indeterminable cantidad de tiempo pasado viajando a través de los pasadizos, Maric se sintió preparado para colapsar. No estaba siquiera prestándole atención a las intersecciones que estaban alcanzando ya. Duncan antes había clamado que no estaban yendo en círculos, pero Maric no tenía ni idea de cuál era su método para escoger una dirección. Por todo lo que sabía, el chaval podría estar llevándoles de vuelta hacia las ruinas. ¿Quizás Duncan simplemente escogía cualquier dirección que le llevara lejos de los engendros tenebrosos que percibía? Eso parecía lógico, incluso si aún así no les llevara a ninguna parte.

¿Qué estaría haciendo Genevieve ahora, se preguntaba? ¿Estaría buscándoles por separado, o el Arquitecto tenía más mando sobre los engendros tenebrosos de lo que clamaba? Trató de imaginar a una Guarda Gris dirigiendo a una horda de engendros

tenebrosos en una búsqueda sistemática de las cavernas, pero su mente se negó ante la imagen. Era demasiado bizarro. Afortunadamente, mientras Genevieve podría estar probablemente adivinando hacia dónde se dirigían, no podía saber qué ruta estaban tomando ya que no lo sabían ellos mismos.

Quizás no le importaba. Quizás ella y su hermano y Utha simplemente continuarían con el plan del Arquitecto, anotando su escape como una pérdida desafortunada. Ella clamaba que tenían intención de hacerlo sin ninguna ayuda, después de todo. De algún modo Maric encontraba eso difícil de creer.

Estaban pasando por lo que parecían ser los restos en ruinas de un asentamiento enano cuando Maric se percató de la estatua oxidada que había en medio. Se detuvo, mirándola con los ojos como platos. Estaba medio cubierta de corrupción, pero la imagen de un gran rey enano con su martillo de guerra levantado era inconfundible. Caminó hasta el borde de la pequeña caverna en la que estaba el asentamiento, estudiando los escombros y los túneles colapsados y los extraños restos por todas partes.

¿Podría ser…?

Fiona se detuvo delante, y Duncan se dio la vuelta también.

—¿Qué es, Maric? —gritó ella—. ¿Qué has encontrado?

—He estado aquí. —Lentamente caminó hacia la estatua, las piedras bajo sus botas crujiendo con fuerza y haciendo eco en la caverna. De repente fue consciente de cuánto le dolían las piernas. Fiona y Duncan bordearon cuidadosamente hacia la caverna tras él, mirando alrededor como preocupados de que las criaturas subterráneas saltaran de las sombras—. Este es Endrin Martillo de Piedra, —suspiró él—. El primer rey enano.

—Eso está bien, —murmuró Duncan—. ¿Por qué nos hemos detenido?

—La Legión de los Muertos nos trajo aquí. Este era su asentamiento. —Él señaló a un área cerca de la estatua ahora cubierta de escombros.

—Y ahí es donde enterraron a algunos de los legionarios que murieron luchando contra los engendros tenebrosos cuando los encontramos por primera vez.

—¿Crees que queda algo? —preguntó Fiona.

—Puede que sí. Recuerdo que no podían llevarse todos sus suministros con ellos.

Duncan miró a algunas de las cuevas laterales que habían colapsado.

Algo había pasado por aquí, algo con un ojo en destruir la mayor parte de lo que la Legión había dejado atrás. ¿Quizás los engendros tenebrosos? La Legión era uno de sus más odiados enemigos, después de todo, junto con los Guardas Grises. Quizás vinieron y destrozaron el área tan pronto se fueron los enanos.

—Cualquier cosa aquí probablemente ha sido destrozada, —señaló el chaval.

—O se habrá echado a perder.

—¿Haría daño mirar?

Duncan le dio a Maric una mirada molesta, pero Fiona alzó una mano.

—Sabes tan bien como yo que los engendros tenebrosos están bien atrás. Ni siquiera puedo percibirlos ahora mismo.

—Quizás tienes razón. —Duncan miró hacia la entrada de la caverna, de repente perturbado—. Es sólo que sigo esperando que Genevieve aparezca de detrás de cada sombra, toda emponzoñada como está ahora. Siento como si estuviera pisándonos los talones.

Fiona resopló.

—Ella sólo es humana, Duncan, como bien ha demostrado.

—Sí, eso supongo. —Aún así Duncan parecía mucho más triste que asustado, y con una mirada pensativa final hacia la entrada se giró y asintió—. Quedémonos aquí y descansemos entonces. Sólo hay una entrada a la caverna, e incluso con todos los escombros aún es bastante defendible. Este es tan buen lugar como cualquiera.

Pasaron algún tiempo buscando a través de las ruinas, pero aparte de encontrar un par de cajas de piedra dentro de una de las cuevas más pequeñas, no había tanto como Maric había esperado. Utensilios de cocina, cazos y sartenes, y un par de sábanas desgastadas y algunas ropas polvorientas. Afortunadamente los enanos tenían una habilidad para construir cajas robustas que mantenían el interior protegido. Maric fue capaz de encontrar un par de botas que le iban bien, y Duncan localizó una pechera gris de cuero que reemplazara su jubón desgarrado bastante bien.

Fiona localizó una caja con algunos suministros de comida que en su mayor parte eran inútiles, sin duda dejados atrás con un buen motivo, pero al menos un par de las provisiones parecían comestibles y las masticaron en silencio. Bolas de cecina, aunque de qué carne Maric no podía imaginarlo realmente. Quizás no era del todo carne. Parecía recordar que Nalthurm el líder de la Legión, se había quejado por su falta de comida decente. Justificadamente, resultó ser.

La elfa estuvo mucho más complacida cuando encontró un cuenco polvoriento agrietado bajo una pila de rocas. Tenía un dweomer mágico, exclamó ella, y cuando pasó sus manos por su base empezó a llenarse de agua. Maric había visto algo similar durante su tiempo en el thaig de Ortan años antes, y Fiona les explicó que era un encantamiento bastante simple… uno en el que los Moldeadores enanos estaban especializados.

Esto les permitió la oportunidad de lavarse al menos un poco, y tomaron turnos en el cuenco. Maric no se dio cuenta de lo sucio que estaba hasta que empezó a limpiarse algo del polvo e icor seco que tenía acumulado en él. Pasó el agua por su pelo, observando con alarma mientras el cuenco rápidamente se volvía de un marrón rojizo. Entonces el agua lentamente se aclaró como por arte de magia.

O exactamente por arte de magia, se corrigió a sí mismo. *Deberíamos tener de estos en palacio.*

Se limpió la cara una vez más con la toalla improvisada, maravillándose ante la sensación del agua fría en su piel. Prestando atención al viento, se desató las tiras de la placa pectoral y se quitó la mitad superior de su armadura. Entonces se quitó la camiseta y procedió a lavarla. La cueva estaba abarrotada pero permitía un poco de privacidad, y por un breve minuto simplemente disfrutó de estar ahí sentado en silencio, escuchando sólo el chapoteo ocasional del agua y sintiéndose humano de nuevo.

—Ojalá hubiera pensado en eso, —musitó Fiona, en la entrada de la cueva.

Él le sonrió.

—¿Dónde está Duncan?

—Montando guardia en la entrada a la caverna. Me vio mirando por la cueva y puso los ojos en blanco y me dijo que eso es exactamente donde estaría hasta que alguno de nosotros fuera a por él. —Ella se rió entre dientes, pero retrocedió rápidamente al silencio. Una sombra cruzó ante sus ojos y frunció el ceño—. Aún no está escuchando la Llamada.

—¿Pero tú sí?

—Sí. Y se está volviendo peor. —Ella caminó hacia él y se arrodilló junto a él junto al cuenco, inclinando su bastón contra la pared. Ella se negaba a encontrar la mirada con Maric, y él miró mientras ella lentamente se quitaba su cota de malla. Tan pronto como apareció su espalda, él se percató de las señales indicadoras de la corrupción esparciéndose. Las manchas eran pequeñas, pero visibles, y no recordaba haber visto nada cuando yacieron juntos no llegaba ni a una noche antes.

Fiona empezó a temblar de repente, cubriéndose los ojos con sus manos y tensando un jadeo exhausto.

—¿Las ves? —preguntó ella, su voz angustiada—. Por supuesto que sí. ¿Cómo podrías no verlas? —Se frotó los ojos, y entonces sacudió su cabeza enfadada—. Está en mis manos, también. Voy a acabar como Kell. O Utha.

—No lo vas a hacer.

—No digas esas cosas. —Fiona le miró con reproche—. Por supuesto que sí. No hay vuelta atrás de esto, ¿no? Incluso si logramos llegar a la superficie, yo… yo estoy muerta. Ni siquiera me siento ya una elfa.

Él la silenció, y ella cerró sus ojos y cogió aliento profundamente, irregularmente. Metiendo su ropa en el cuenco de nuevo, la cogió y empezó a lavarle la espalda suavemente. Ella saltó, sorprendida por el agua fría, pero entonces rápidamente se tranquilizó. Por un tiempo él pasó la ropa por su piel, incluyendo las áreas emponzoñadas, y ella no dijo nada, continuando mirando hacia delante. Ocasionalmente tembló cuando sus dedos se frotaron contra ella. El silencio llenó la pequeña cueva, eléctrico y aún así de algún modo aún no incómodo.

—Maric, —preguntó ella finalmente—, ¿crees que realmente saldremos de esto?

—Sí, lo creo.

—¿Por qué, exactamente? Nuestras probabilidades no son buenas.

—Es como esto… —Él sonrió—. He sido increíblemente afortunado la mayor parte de mi vida. Apenas escapé la noche en que mi madre fue asesinada, y conocí a Loghain por casualidad. Él salvó mi vida más veces de las que puedo contar durante la rebelión. De hecho, no fue el único. Creo que puedo tener algo más de suerte ahora.

—Quizás utilizaste toda tu suerte, —dijo Fiona. Su tono era más severo de lo que probablemente pretendía, y ella se mordió el labio inferior tan pronto lo dijo. No le

importó. Su sonrisa se amplió mientras le limpiaba la nuca con la ropa fría y la sentía estremecerse.

—Creo que mi suerte está volviendo, en realidad.

La elfa finalmente volvió su cabeza y le miró con curiosidad.

Maric continuó limpiando la sangre seca de su piel mientras ella le valoraba, los pensamientos claramente corriendo por su cabeza. Él no preguntó, y finalmente ella frunció el ceño y le dijo lo que pensaba.

—Ya sabes, no tienes por qué vivir como lo haces.

—¿Oh? ¿Cómo vivo?

—Como un hombre que está atrapado. —Ahora era su turno de evitar sus ojos perforadores—. Como un rey tienes toda la libertad, Maric. Aún así actúas como si fueras un esclavo. Actúas como si este regalo que el Hacedor te ha dado fuera algún tipo de carga.

Él suspiró, tomándose un largo minuto para empapar la ropa en el cuenco una vez más. El icor surgió en el agua como una flor oscura y mortal.

—No creo que sea tan libre como crees que lo soy.

—¿No lo eres? ¿Qué te aprisiona, exactamente?

—No tuve elección sobre convertirme en lo que soy. Mi país me necesitaba. La forma en que Rowan me miraba y la forma en que Loghain me miraba, esperaban que ocupara mi lugar. Que fuera un rey fuerte. Que fuera un buen rey. Que reconstruyera Ferelden. Y he hecho eso. Pero… todo se siente como si hubiera este largo, largo camino por delante de mí, sin sorpresas ni indultos, y voy a seguir caminando por él hasta que un día simplemente caiga y muera. —Se rió entre dientes tristemente—. Estoy seguro de que tendrán un gran funeral, con muchas mujeres Fereldeñas sollozando sobre mi tumba que Maric el Salvador está muerto.

Los ojos de Fiona se encogieron con sospecha.

—¿Y ni una sola vez quisiste ser rey? ¿Ni siquiera un poco?

—Quería vengar a mi madre. Quería patear a los Orlesianos fuera de Ferelden.

—¿Y nada más?

—Bueno…

Ella se volvió para mirarle completamente, su falda sonando con fuerza sobre el suelo de piedra. Ella parecía ser completamente inconsciente de su pecho desnudo, y firmemente cogió su mentón con su mano.

—Esa elfa que mataste. ¿Cuál era su nombre?

Él se sintió ruborizarse. Realmente no quería hablar de eso, pero la forma en la que ella le miraba con esos ojos oscuros, era como si estuvieran perforándole el cráneo.

—Katriel, —respondió silenciosamente.

—¿La amabas?

—¿Qué tipo de pregunta es…?

—¿La *amabas*? —insistió ella.

—Sí. —Era algo doloroso de admitir. Habría apartado la mirada, si ella no le estuviera aguantando el mentón firmemente. Fiona le miró a los ojos y sonrió cálidamente.

—¿Así que te castigas a ti mismo por lo que hiciste, el resto de tu vida? —Sus ojos se rompieron en lágrimas mientras sacudía su cabeza, desconcertada por él.

—Maric, antes en aquellas escaleras dijiste que habías cambiado, que querías vivir. ¡Así que vive! Tienes toda la libertad que yo nunca tuve. ¡Utilízala! ¿Quieres con tanta fuerza pagárselo a esa elfa? Asegúrate de que nadie más acaba como ella nunca más. —Fiona liberó su mentón y parpadeó para quitarse las lágrimas, frunciendo el ceño con timidez por llorar en primer lugar—. Había todas esas historias sobre el maravilloso Maric el Salvador, y yo pensé con certeza que todo eran mentiras. Que simplemente era una fachada gentil como mi amo solía tener, sonrisas sobre la enfermedad. Pero Ferelden tiene suerte y tiene a un buen hombre de rey.

—No soy tal buen hombre.

Ella resopló incrédula.

—Sólo un buen hombre diría eso.

Ella le cogió la ropa húmeda y estudiosamente empezó a limpiarle la cara con ella. Él la dejó, observándola en silencio. Entonces se detuvo, mirándole con una seriedad sombría.

—Necesitas perdonarte a ti mismo, Maric. O voy a tener que pegarte un puñetazo en la cabeza, lo juro.

Era casi lo mismo que Katriel le había dicho en el Velo. El pensamiento mandó una sacudida de arrepentimiento a través de él, pero aún así se rió de la expresión de Fiona, y se sentía bien reírse. Ella mostró una sonrisa ante eso. Fue a limpiarle la cara de nuevo, pero él alzó el brazo y cogió su mano, y dejó de reírse.

—Ven conmigo, —dijo él de corazón—. A Denerim.

—Ni siquiera hemos salido aún de los Caminos de las Profundidades…

—Ambos podríamos morir, lo sé. Ven conmigo de todos modos.

Su sonrisa fue educada, pero él podía ver la negación incluso antes de que la dijera.

—Soy una Guarda Gris, —suspiró ella—. Y una elfa. Y una maga. E incluso si eso no fuera suficiente, estoy sufriendo de la ponzoña. Mi tiempo es limitado.

—No me importa eso.

—A mí sí. —Él vio que no había discusión con ella—. Y me importas tú.

Él se inclinó y la besó. Ella fue tomada por sorpresa, justo a punto de hablar de nuevo, pero se silenció mientras aceptaba su abrazo. Él la inclinó hasta el suelo, sus besos volviéndose más apasionados, volcando el cuenco enano de forma que el agua fría corrió por la piedra y empapó sus ropas.

Apenas se dieron cuenta.

* * *

Duncan parecía principalmente desconcertado cuando los despertó un poco después, aclarándose la garganta con fuerza justo fuera de la entrada de la cueva. Cuando finalmente salieron, sus ropas empapadas y su armadura colocada con prisas, él se rió entre dientes de ellos.

—¿Así que supongo que no vais a quejaros más el uno del otro?

La cara de Fiona se puso roja y él sonrió.

No les había dejado dormir más, dijo, porque los engendros tenebrosos se estaban acercando. Ahí fue cuando el entretenimiento terminó, y cogieron los pocos suministros que querían llevarse con ellos y salieron rápidamente. Maric vio los oscuros círculos bajo los ojos de Duncan y se sintió mal. El chaval podía haber dormido algo, él mismo, y aún así Fiona y él egoístamente habían utilizado el tiempo libre para sí mismos.

Aún así, Duncan no se quejó. También parecía más determinado, de algún modo. Maric no estaba seguro de haber dado en el clavo.

Habían pasado la mitad del tiempo corriendo, los pasillos oscuros acelerando, y mientras Maric intentaba recordar la ruta que la Legión de los Muertos había tomado para alcanzar el asentamiento, no podía ensamblarlo. No pasó mucho hasta que se dio cuenta de que no estaba reconociendo los pasillos en absoluto.

Mantuvieron el paso castigador durante varias horas, presionándose con fuerza. La expresión aprensiva de Duncan le dijo que los engendros tenebrosos no podían estar mucho más atrás, aunque Maric no podía escuchar los sonidos delatores de su aproximación. Los Caminos de las Profundidades eran silenciosos.

Sólo los sonidos de sus pasos hacían eco, y mientras pasaba el tiempo, Maric se dio cuenta de que las señales de la ponzoña a su alrededor estaban aminorando.

—¿Estamos acercándonos a la superficie? —preguntó a nadie en particular.

Fiona y Duncan le miraron, pero no dijeron nada.

Otra hora pasó, los tres sudando profusamente mientras viajaban. Estaban definitivamente subiendo una cuesta; el dolor en las piernas de Maric le dijo eso. Mientras les ralentizaba, continuaron hacia delante. Arriba era donde querían ir, después de todo.

Sobre la cuesta, la luz del bastón de Fiona lentamente reveló que el pasillo llegaba a un callejón sin salida. El techo aquí había colapsado hacía tiempo, dejando el final del túnel completamente lleno de rocas y escombros y sin ningún camino alrededor. Se detuvieron, mirando al polvo con los ojos abiertos como platos.

—Bueno, tanto para esto, —se quejó Duncan, frotándose la frente—. Necesitaremos dar la vuelta, y rápidamente, o nos encontraremos con los engendros tenebrosos a mitad de camino hasta la última intersección. —Él se giró para hacer justo eso, pero incluso antes de que diera su primer paso, Maric alzó sus manos.

—¿Espera. Oléis eso? —Maric se había acostumbrado tanto al hedor de la corrupción en los túneles y al olor húmedo del polvo que casi había pensado que su nariz simplemente había dejado de funcionar como autodefensa. Pero mientras estaba allí ni a diez pies de la enorme pila de roca, podría haber jurado que olía…

—Aire fresco, —Fiona respiró. Sus ojos de repente brillantes, se aproximó a las rocas y trepó la cuesta hasta que alcanzó cerca del techo. Ella sonrió y volvió a mirarles—. ¡Creo que esto lleva afuera! ¡Creo que la superficie está pasando esto!

—¿Estás segura? —preguntó Duncan.

—No puedo ver ninguna luz, pero definitivamente hay aire viniendo de las rocas aquí en la cima. —Ella extendió la mano hacia arriba y empujó un número de las piedras más grandes, frunciendo el ceño con el esfuerzo—. Sí, puedo sentirlo.

Maric se rascó la barbilla, pensando.

—¿Quizás esto lleve a una de las entradas que sellaron los Caminos de las Profundidades de la superficie? Una que ya no está allí.

—No importa, —Duncan suspiró—. Nunca seremos capaces de excavar a través de todo esto a tiempo de que nos haga algún bien. Los engendros tenebrosos estarán sobre nosotros antes de entonces. —Él miró atrás por el pasadizo hacia la oscuridad de abajo—. Al menos será más fácil bajar que subir.

—No, —afirmó Fiona. Ella bajó las rocas hacia ellos, agarrando su bastón con su mano firmemente. Tenía una mirada peligrosa que puso a Maric nervioso—. Vamos a salir de aquí. Ahora.

Duncan la miró, su boca bien abierta.

—¿No querrás decir…?

Ella se detuvo enfrente de ellos, frunciendo el ceño severamente.

—Quedaos atrás. Bien atrás.

Ellos hicieron lo que les dijeron. Incluso mientras Maric y Duncan corrían atrás bajando por el pasadizo, Fiona ya se estaba concentrando.

Remolinos de fuego mágico se estaban reuniendo alrededor de sus manos y subiendo por su bastón, las llamas de repente volviéndose más calientes y más pronunciadas.

No liberó la energía, sin embargo. Alzó el bastón sobre su cabeza y cerró los ojos, su boca moviéndose en un cántico silencioso. El fuego creció. Una energía blanca empezó a circular por su cuerpo, iluminando todo el túnel como si fuera la luz del día. El bastón tembló, y se volvió obvio que la magia era difícil de controlar para Fiona. Ella apretó sus dientes y agarró el bastón firmemente, y un halo de llamas lentamente la rodeó.

—¡Está loca! —Exclamó Duncan—. Hará caer el techo sobre nosotros.

Maric no estaba tan seguro.

—Quizás deberíamos movernos un poco más lejos…

La bola de fuego, cuando fue liberada, sacudió todo el túnel.

Hubo un resplandor enorme de luz y un sonido de rugido que sonó diáfano sobre ellos, la sacudida de fuerza de la explosión lanzándolos a ambos hacia atrás varios pies. Varios trozos grandes de roca cayeron cerca, seguidos de un enjambre de denso polvo y humo que le atragantó. Él jadeó y tosió, pensando por un momento que Duncan podría tener razón, pero entonces sintió otra cosa.

El polvo empezó a moverse. Se arremolinó como si una ligera brisa se moviera a través del túnel.

Maric se sentó, despejando el polvo y tosiendo algo más.

Duncan parecía estar bien, pero no podía ver a Fiona a través de la nube.

Él gateó para ponerse en pie y se alivió de verla yaciendo de espaldas no muy lejos. La maga había sido lanzada de espaldas por la bola de fuego, y ahora estaba atragantándose y pálida pero aparte parecía intacta.

La pila de escombros que había bloqueado el túnel se había ido. Las paredes y el techo estaban calcinadas, y gran parte de la porción superior de la pila había sido reventada, en alguna parte más allá. Estaba oscuro, pero el aire fresco estaba entrando. Cantidades de él. Nada había olido nunca tan dulce a Maric en toda su vida.

—¡Fiona! —él rió—. ¡Lo hiciste!

—Maravilloso, —graznó ella débilmente. Maric extendió el brazo y la ayudó lentamente a ponerse en pie. Estaba temblando. Sospechaba que había utilizado todas sus reservas de maná en esa explosión. Lo bueno era que realmente había estallado las rocas hacia afuera y no, digamos, simplemente los hubiera estallado a ellos hacia dentro. O reflejado el fuego de vuelta hacia ellos. O…

Él alzó la mirada y vio varias grietas formándose en la vieja mampostería del techo, ninguna de las cuales había estado en particularmente buena forma para empezar. Más polvo y fragmentos estaban ya cayendo.

—Necesitamos salir de aquí, —murmuró Duncan, cojeando hacia ellos.

Maric le hizo gestos para subir a la pila. No era tan pequeño como Fiona, pero ella estaba lo suficientemente exhausto como para que necesitara ayuda para atravesarla. El chaval no necesitó que se lo dijeran dos veces y trepó por las rocas rápidamente. El espacio que se había abierto sobre la pila no era grande, y necesitó lentamente reptar a través, excavando para pasar obstáculos.

Maric y Fiona estaban el uno junto al otro, observando nerviosamente mientras roca tras roca caía lentamente por la pila tras Duncan.

Aún podían ver sus piernas; no había atravesado. Mientras tanto, más polvo y escombros se sacudieron desde el techo. Pudo ver grietas enormes formándose por las paredes también. Este pasadizo no iba a aguantar.

—Oh cielos, —señaló Fiona, su cansancio tan completo que parecía más aburrida que asustada—. Esto podría acabar muy mal.

—¿No decías que no? —Maric le sonrió. Entonces se volvió y gritó hacia la pila—. ¡Duncan! ¡El tiempo es esencial!

Escuchó una respuesta amortiguada desde más allá de las piernas, algo que podría haber sido una afirmación o un insulto. En cualquier caso, con una última sacudida las piernas de Duncan finalmente desaparecieron. Una nueva lluvia de rocas más pequeñas salió, cayendo por la pila con fuerza. Un momento más tarde, la cabeza del chaval apareció fuera del agujero.

—¡Hay una cueva al otro lado! —exclamó—. Una cueva real. Y lleva afuera.

Maric mandó a Fiona arriba después, ayudándola hasta que Duncan la agarró. Tan pronto estuvo fuera de sus manos, Maric rápidamente empezó a quitarse la armadura. Si

Duncan apenas podía caber, él tendría incluso menos probabilidad… y llevando su traje abultado de armadura de platerita, sin duda sería imposible. La placa pectoral claqueteó en el suelo, y él trabajó con una prisa frenética para quitarse el resto. Una lástima perder tal fina armadura, pero tenía que hacerse.

Mientras el bastón desaparecía en el agujero, así lo hizo su única fuente de luz. La radiación blanca se volvió más y más tenue hasta que todo lo que quedaba eran sombras y los sonidos lentamente crecientes de derrumbe. Algo enormemente pesado chocó contra el suelo tras él. Maric se encontró a sí mismo contento por no haber visto lo que era.

Un grito amortiguado llegó desde más allá de la pila que sonaba como:

—Ella ha pasado, —y Maric no esperó. Corrió por la pila y sacó su espada y su mochila a través del hueco, entonces saltó tras ellos. No llegó lejos antes de que el sonido de colapso en el túnel tras él se volviera diáfano, y una avalancha de polvo se colara tras él.

Por un momento pensó que se asfixiaría hasta la muerte en ese diminuto espacio. Podía ver la leve luz a través del polvo por delante, y frenéticamente trató de reptar hacia delante mientras tosía y jadeaba. Era casi demasiado. El peso del techo se sentía como si estuviera presionándole. Se mareó y se frenó. Escuchó más colapsos detrás de él, sonidos de agrietamientos tan alarmantemente fuertes que sonaban como si toda una montaña estuviera cayendo alrededor de sus oídos.

Él gritó, y su grito se perdió en el estruendo del ruido.

Entonces unas manos le agarraron. Sintió que tiraban de él a través del hueco. Era lento, y trató de patear y luchar tanto como pudo, pero era casi demasiado grande. Las rocas caían dolorosamente por su camiseta, y escuchó un desgarro. Sintió desgarrarse su piel, y un dolor agudo mientras su carne era destrozada.

Y de repente atravesó. Estaban tirando de él desde el otro lado, y él medio rodó medio cayó por una cuesta rocosa hasta que estuvo yaciendo y mirando al polvo y a la neblinosa luz blanca.

Duncan y Fiona estaban tosiendo también; podía oírles pero sólo vio vagas sombras a través del polvo. Maric se sentía mareado y con náuseas, como si el mundo estuviera girando a su alrededor.

—¡Saquémosle de aquí! —gritó Fiona.

Ambas manos agarraron la suya de nuevo, intentando tirar de él para ponerle en pie. Esta vez Maric hizo lo que pudo por ayudarles, tratando de levantarse y mayormente haciendo un trabajo pobre. Vio su espada larga yaciendo en las rocas y la cogió, y entonces fue tirado en otra dirección.

Se tambaleó, los tres tosiendo.

Tuvo la impresión definitiva a través del polvo de que la cueva estaba llena de ruinas de algún tipo. Vio los restos de una de las grandes entradas de metal que los enanos utilizaban para sellar las entradas medio bloqueando el pasadizo de la cueva, pero esta estaba tan oxidada que era apenas identificable por lo que era.

Se le ocurrió preguntarse si siquiera había una cueva por la que moverse. ¿No debería esa pila de rocas haber venido del túnel colapsando? A no ser que alguien hubiera apilado esas rocas ahí para sellar los Caminos de las Profundidades. Tuvo que preguntarse si eso era algo hecho desde fuera o desde dentro.

Una fría brisa le golpeó en la cara antes de que se diera cuenta de que estaban fuera de la cueva y al aire libre, sobre una cima rocosa cubierta de nieve. Era de noche, con un cielo sin nubes por encima de sus cabezas lleno de un millón de estrellas y la luna plateada casi llena. En ese momento, mientras los tres estaban allí, aturdidos, Maric pensó que era la vista más hermosa de toda su vida.

Fiona le dejó ir y se inclinó contra las rocas, limpiándose el sudor de la frente. La nieve era profunda, hasta la mitad de las espinillas. El frío helado que sintió a través de sus botas era maravilloso, y extendió el brazo para agarrar algo de nieve echársela por la cara. Estaban cubiertos de un polvo gris blanquecino que se asentaba en la piel como mugre.

Duncan se rió entre dientes, y entonces miró alrededor mientras se frotaba la cara con el dorso de su mano. Cual fuera la vista que hubiera ahí fuera estaba mayoritariamente oculta por las rocas a su alrededor, pero Maric podía ver una sombra de árboles en la distancia.

—¿Dónde estamos? —dijo el chaval en voz bien alta.

—No estoy seguro, —respondió Maric—. Necesitaremos subir más alto para verlo.

—Esperad, —Fiona suspiró. Se alejó de las rocas y puso sus manos en su hombro. Maric se dio cuenta entonces de que su camiseta estaba en mayor parte en harapos, y manchada de sangre. Él tenía varios cortes profundos en el pecho, cubiertos de polvo, y estaban sangrando profusamente.

Ella cerró los ojos, invocando más energía aunque aún estuviera pálida y débil. Él la detuvo y sacudió su cabeza.

—No, podemos hacer eso más tarde. —Ella no discutió, lo cual indicaba, si acaso, lo débil que estaba.

Lentamente caminaron por la ligera cuesta cercana, Duncan liderando el camino y ayudándoles a ambos a subir. Cuando alcanzaron la cima, Maric encontró que la brillante luz de la luna les permitía ver fácilmente los campos nevados de alrededor. Estaban a los pies de la Espalda Helada, con los árboles punteando la colina irregular mientras barrían ante ellos hacia las llanuras y a un bosque denso aún más lejos.

—Estamos en el noroeste, creo, —dijo él. Señaló hacia la distancia—. Creo que la torre del Círculo de Magos está por ahí. Si fuera de día incluso podríamos ser capaces de verla desde aquí.

Fiona le miró, perpleja.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿Crees que nací en un palacio? Recuerda, he pasado media vida ocultándome en estas montañas. No creía que le hubiera prestado mucha atención, pero parece que sí lo hice. No estamos demasiado lejos del Lago Calenhad.

Duncan se frotó los brazos vigorosamente, aparentemente ya helándose, y esta vez, sin ni siquiera una capa de piel para mantenerle caliente. Miró de forma extraña a Maric, que estaba sin su armadura y ahora casi sin camisa, y sacudía su cabeza asombrado.

—Sigamos entonces, —sugirió él.

Empezaron a marchar por la colina. Fiona hizo lo que pudo por tratar de reensamblar los retales sangrientos de la camisa de Maric, pero no fue de mucha ayuda. No le importaba, se sentía bien sentir la brisa y el aire frío, pero imaginaba que le importaría bastante antes de que acabara la noche.

Mientras caminaban, sin embargo, se volvió aparente que tres figuras se estaban aproximando desde el fondo de la colina. Surgieron de las sombras, al principio apenas discernibles, e inicialmente Maric pensó que podrían ser engendros tenebrosos. Alzó su espada con alarma, y Duncan desenvainó su daga negra, pero Fiona señaló excitada.

—¡Son magos! —exclamó.

Y tenía razón. Detuvieron su descenso mientras los tres magos caminaban hacia ellos, sus túnicas ahora evidentes así como sus bastones. De hecho, el hombre a la cabeza del grupo no era otro sino el Primer Encantador Remille en persona, sonriendo amistosamente y alzando su mano para saludarles.

—¿El Primer Encantador? —preguntó Duncan, confundido.

Maric pensó que era extrañamente conveniente también, pero Fiona parecía puramente aliviada.

—¡Primer encantador! —le gritó ella—. ¡Gracias al Hacedor que nos habéis encontrado! —Ella se recogió la falda y empezó a correr hacia el Primer Encantador mientras los magos se acercaban.

Maric alzó su mano para contenerla, repentinamente alarmado, pero ella se le deslizó justo fuera de su agarre.

—¡Fiona! —gritó él. Demasiado tarde, vio al Primer Encantador dejar de sonreír. El hombre alzó su bastón sobre su cabeza, energía mágica chisporroteando por su longitud. Los otros dos magos hicieron lo mismo, y de repente Fiona patinó deteniéndose, su excitación convirtiéndose en incredulidad.

Duncan jadeó y corrió hacia delante. Maric estaba justo detrás de él, alzando su espada y gritando. Los magos desataron una oleada de energía mágica hacia ellos ni un momento más tarde, y él se sintió instantáneamente paralizado. Su espada fue congelada en el aire, y no podía moverse. Duncan estaba a medio paso delante de él, y Fiona estaba, aturdida, ni a tres pies de distancia. Un aura de poder les rodeaba a los tres, un hechizo que les contuvo rápidamente.

Remille bajó su bastón y sonrió de nuevo, aunque esta vez su expresión era mucho más maléfica. Caminó hacia Fiona, dándole unos golpecitos en la mejilla y riéndose entre dientes mientras ella le miraba con un horror congelado. Maric luchó valientemente para tratar de liberarse del hechizo sin querer otra cosa que partir al mago Orlesiano en dos, pero no podía.

—Bueno, —dijo el hombre entretenido, frotándose su barba puntiaguda mientras se giraba desde Fiona hasta Duncan y entonces a Maric—. El Arquitecto sugirió que podríais tratar de salir por aquí. No pensé que fuera posible, aún así aquí estáis.

Él hizo un gesto hacia los dos magos tras él y ellos se movieron hacia delante, sacando un saco del que sacaron varias cadenas largas. Remille sonrió a Maric.

—Qué suerte la mía. —Él sonrió.

18

Aquella que se arrepiente,
Que tiene fe,
Impasible ante la oscuridad del mundo,
Conocerá la auténtica paz.

—Cántico de Transfiguraciones 10:1

Duncan se enfureció enfadado mientras él y los otros eran llevados de vuelta a la torre del Círculo de Magos. Habían vuelto a ser encadenados, así como amordazados, y Duncan había sido encadenado incluso más firmemente que Maric o Fiona. Evidentemente los magos habían sido informados de quién había sido probablemente responsable de facilitar su escapada anterior.

Así que habían sido llevados de vuelta a lomos de un caballo, Maric y él intercambiando miradas de terror pero sin embargo siendo incapaces de hablar. Fiona parecía como si quisiera respirar fuego, su furia era tan grande, y si las miradas que lanzaba al Primer Encantado pudieran realmente herirle, habría estado en auténtico peligro. Duncan estaba inclinado a estar de acuerdo.

Genevieve y su hermano volviéndose lo suficientemente locos como para trabajar con los engendros tenebrosos en algún plan para acabar con la Ruina era una cosa, ¿pero los magos lo hacían por el mismo motivo? Incluso dado lo poco que sabía de tales hombres, eso parecía altamente improbable.

Remille hablaba con sus dos compañeros en Orlesiano mientras cabalgaban, aunque no mucho, ya que parecían tener prisa. Era suficiente como para decirle a Duncan un par de cosas, sin embargo. Para empezar, los tres magos eran Orlesianos. En Ferelden, eso no era exactamente común. Por lo que pudo enterarse, también parecía que la torre había sido tomada. Había una mención de otros magos siendo «llevados bajo control,» e incluso asesinados.

¿Así que todo el Círculo no estaba de acuerdo en esto? Era bueno saberlo.

También parecía que había engendros tenebrosos en la torre. Duncan supuso que esto era una referencia al Arquitecto, pero eso aún así le sorprendía. La idea del emisario realmente viniendo a la superficie era difícil de imaginar. ¿Y si se referían a otros engendros tenebrosos también? ¿Y si se referían a que la torre estaba llena de las criaturas? ¡Impensable!

Había un gran bote esperándoles cuando finalmente alcanzaron una pista de otro modo desierta en la costa del Lago Calenhad, manejado por un mago y dos templarios. También Orlesianos.

Los tres fueron lanzados poco ceremoniosamente a la bodega poco profunda bajo la cubierta, oscura como un pozo excepto por la poca luz de las antorchas que entraba a través de las grietas en la escotilla.

Al menos estaban fuera del viento helado, pensó Duncan para sí mismo. Y había pieles apiladas en el suelo, así que no era del todo incómodo. Habían puesto una camiseta sobre Maric, también, para evitar que muriera congelado. Fiona alzó la mirada hacia la cubierta sobre ella, y si no hubiera sido amordazada él estaba seguro de que habría estado maldiciendo con un rayo azul. Finalmente, exhausto, simplemente se quedó dormido.

Se despertó con la luz de repente entrando en la bodega. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Maric y Fiona estaban ambos despiertos y observando alerta mientras los tres hombres bajaban. Uno de ellos un mago mayor con una mirada cruel en sus ojos, llevaba una linterna. Los otros dos eran templarios con el ceño fruncido, con armadura pesada y llevando sus espadas apuntando a sus prisioneros como si esperaran que atacaran aunque estaban atados y amordazados.

Los tres marcharon hacia la cubierta, donde Duncan se dio cuenta de que estaban en el muelle cavernoso de debajo de la torre una vez más. Era siniestramente silencioso excepto por el rítmico golpear del agua contra el bote. Había una sensación de que algo iba muy mal en el aire.

El mago mayor les quitó las mordazas uno a uno. Duncan jadeó y escupió cuando le quitaron la suya. Maric se lamió los labios, y olfateó el aire.

—¿Oléis eso? —preguntó.

Duncan asintió. Había un leve olor a corrupción. Habían estado respirándolo durante días ahora, así que no había error aquí, de todos los lugares.

Sin una palabra, marcharon por las escaleras hacia la cámara de audiencias donde el Primer Encantador Remille había entregado a los Guardas Grises sus broches. Casi estaban embarrados ahora.

La galería estaba vacía, así como la tarima con sus grandes pilares blancos.

Sólo un puñado de gente estaba en el centro de la cámara, casi directamente debajo de la ventana con cúpula bien alta con su único rayo del sol de la mañana brillando a través del polvo.

El Arquitecto estaba allí, de aspecto calmado con su túnica marrón y agarrando sus manos tras su espalda. Utha estaba junto a él, resuelta, con sus puños apretados. Genevieve y Bregan estaban allí, también, con sus ojos rojo sangre y su piel ennegrecida. El Primer Encantador Remille estaba hablando con calma con el engendro tenebroso y no se giró cuando fueron llevados dentro, pero Genevieve sí.

Ella miró a Duncan de forma acusadora. Él quiso apartar la mirada, pero se sentía casi mesmerizado por su extraña apariencia. Bregan le miró, también, su cara retorcida en una furia silenciosa, y él se preguntó de repente qué le había dicho. ¿Sabía sobre Guy? ¿Había conocido al hombre? Eso parecía probable, considerando cuánto tiempo había sido Guy un Guarda Gris.

—¡Remille! —gritó Fiona por la cámara casi tan pronto como entraron—. ¿Qué significa esto? ¿Tienes alguna idea de lo que estás haciendo? —El Primer Encantador apenas miró hacia ella y continuó su silenciosa charla con el Arquitecto.

Duncan y los otros fueron llevados a la habitación hasta que estuvieron casi en el rayo de luz de sol. Entonces un templario pateó en la parte trasera de sus rodillas y le forzó a colapsar. Hizo lo mismo a Maric y Fiona hasta que los tres estaban arrodillados, Genevieve y Bregan se alzaban imponentemente enfrente de ellos con su armadura de placas pesada.

Los templarios pasaron un saco grande atado a Bregan, el cual cogió y abrió. Duncan vio sus armas dentro, el bastón de Fiona y la espada larga de Maric en particular. Las runas azules de la espada de Maric brillaban casi enfadadas, haciendo que tanto Bregan como Genevieve retrocedieran con un susurro instantáneo. Bregan arrojó el saco a un lado al suelo, donde aterrizó con un claqueteo seco.

El Arquitecto asintió entonces, de acuerdo con algo, y el Primer Encantador finalmente se giró para mirarles a los tres. Parecía triunfante, casi petulante por su victoria.

—Por supuesto que sé lo que estoy haciendo, —respondió a Fiona con una sonrisa.

—¿Te estás aliando con los engendros tenebrosos? —escupió ella—. ¿Por qué?

—Por qué, ¡por el bien de toda la humanidad! —Extendió sus manos amistosamente, pero su tono era tan falso que era obvio que estaba mintiendo.

Incluso Genevieve miró al hombre, frunciendo el ceño.

—Por no mencionar que el Arquitecto tiene acceso a la magia más interesante. ¿Sabéis que los engendros tenebrosos poseen magia que es bastante diferente de la nuestra? Está dirigida por la ponzoña, ya veis, y aún así tiene un montón de usos geniales, incluso para aquellos de nosotros que no estamos corruptos.

Maric le miró incrédulo.

—¿Pero sabes lo que pretende la criatura?

—¡Por supuesto! ¿Vosotros no? —Él se encogió de hombros—. He tenido bastante apoyo aquí en la torre como para dar el golpe. Simplemente otro paso en el plan, ya veis.

El Arquitecto lentamente se aproximó, sus ojos translúcidos moviéndose entre Duncan y los otros como si los estudiara con curiosidad.

—Me disculpo por la necesidad, pero los aliados son necesarios. Tenía esperanza, de hecho, de que más Guardas Grises fueran atraídos a los Caminos de las Profundidades. Aún así, la mayoría de vosotros sobrevivisteis. Eso es bastante digno de señalar.

Duncan absorbió sus palabras un momento.

—¿*Atraídos* a los Caminos de las Profundidades? —preguntó él. Los ojos de Genevieve se encogieron con curiosidad ante la frase, pero el Arquitecto sólo asintió. Caminó hacia delante y quitó el broche de ónix enganchado a la pechera de Duncan y lo alzó a la luz del sol.

—Los broches os ocultaron de todos los engendros tenebrosos salvo de mí, —dijo admirablemente—. Siempre supe dónde estabais. Y también sirvieron para acelerar el ritmo de vuestra corrupción.

—Mi creación —Remille se inclinó petulante— gracias al conocimiento del Arquitecto.

Genevieve se volvió de forma aguda hacia el Arquitecto.

—¿Cómo sabías siquiera que estábamos viniendo? —exigió ella—. Seguro que no podías haber sabido de mi sueño.

El emisario le devolvió la mirada como si encontrara su enfado curioso, pero Remille meramente se rió entre dientes.

—¿No podía? —intercedió él—. Vosotros los Guardas Grises soñáis los sueños de los engendros tenebrosos todo el tiempo, ¿no? Sería una cuestión meramente simple encontrarte en el Velo a través de tu hermano, lo suficientemente simple como para…

—Lo siento, —dijo solemnemente el Arquitecto, aún mirando a Genevieve.

Sus ojos resplandecieron de rabia y ella desenvainó la espada ancha de su espalda con un movimiento ágil. El Arquitecto no se movió, meramente se quedó allí y continuó mirándola.

—¡Cómo te atreves! —rugió ella, pero antes de que pudiera correr hacia el engendro tenebroso, Bregan puso su mano sobre su hombro para contenerla.

—Genevieve, él tiene razón.

Ella se giró hacia su hermano, poniéndole una mueca con furia.

—¿Qué quieres decir, con que tiene razón? ¡Fuimos engañados! Fuimos atraídos a los Caminos de las Profundidades como… como… yo pensé que… —Ella sacudió su cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

—Tiene razón en que era necesario, —le aseguró Bregan—. Recuerda para lo que estamos aquí. Los Guardas Grises toman los aliados que puedan, para hacer lo que deben.

Utha caminó junto a Bregan, asintiendo solemnemente de acuerdo.

La enana alzó la mirada a su antigua comandante con los ojos rojo sangre, una mirada de compasión en su cara, e hizo una serie de gestos rápidos que Duncan no podía entender. Pero ella asintió tan pronto terminó, como para enfatizar que creía por completo lo que había dicho.

Genevieve parecía menos convencida.

—Si de verdad significa terminar con las Ruinas…

—Lo significa, —afirmó Bregan firmemente.

Fiona resopló.

—¡No lo crees realmente! ¿Cuántas otras cosas no te han dicho? ¿Por qué no podéis ver todos que estáis siendo manipulados?

Genevieve se volvió y miró a la elfa fríamente, su cara de piedra.

Era una mirada con la que Duncan estaba familiarizado.

—Siento que hayamos llegado a esto, Fiona. Te dimos la oportunidad de formar parte de algo muy importante, y aún así tú escogiste desperdiciarla. Sé que debe ser muy difícil para ti confiar en nada.

Fiona escupió a los pies de Genevieve, su cara retorcida de ira.

—¿Y qué hay de Kell? —exigió ella—. ¿Él era sólo un tonto elfo también? ¿Alguien que no sabía lo que significaba ser un Guarda Gris?

Genevieve miró al charco de escupitajo ante sus pies. Utha se giró para mirar a Fiona, sin embargo, e hizo varios gestos con un interés repentino.

—Está muerto, —declaró la elfa—. Murió heroicamente. Es la única cosa que se le pide a los Guardas Grises. Es por lo que bebemos la sangre, no para *esto*.

La enana asintió con tristeza, aunque parecía poco sorprendida. Ella caminó de vuelta para quedarse junto al Arquitecto. Bajó la mirada hacia ella con una expresión que Duncan casi podía haber jurado que era compasión.

—Es desafortunado que uno no pueda ser convencido, estoy de acuerdo.

—¡Suficiente! —Exclamó de repente el Primer Encantador—. ¡Por qué siquiera continuáis hablando con esta elfa! ¡Obviamente es terca! ¡Yo podría habéroslo dicho!

—Quizás, —dijo Genevieve silenciosamente, aún mirando a Fiona—, había esperado… no, supongo que tienes razón. —Ella envainó su espada y caminó hacia Duncan, arrodillándose para mirarle directamente a los ojos. Podía oler el hedor de la mugre que se aferraba a ella ahora, como carne podrida. Aún así no apartó la mirada. Ella parecía enfadada, aún así también herida, como si no pudiera averiguar qué decirle. Él recordó su enfrentamiento en el sueño. Ciertamente no había tenido ningún problema entonces.

Pero esto ahora no era lo mismo, ¿no?

—Duncan, —empezó ella vacilante—, por favor reconsidéralo. Fue realmente por ti por lo que les hice traeros aquí. Te quiero a mi lado cuando vayamos a enfrentarnos al Viejo Dios. Te *necesito* a mi lado.

Sentía emociones mezcladas. Esta era su oportunidad para cambiar de opinión entonces. Podría unirse a Genevieve, quedarse a su lado, y quizás hacer algún hallazgo de cuál era ese plan suyo. Sabía que parte de ella le odiaba por lo que había hecho, pero una parte de él la odiaba a ella también. Ella le había arrastrado hasta esta vida que despreciaba.

Aún así, se encontró queriendo su aprobación.

Entonces vio las dagas en su cinturón. Era el par de dagas de platerita, las que faltaban de la pila de sus armas que había encontrado en las ruinas. Sus dagas, las que ella le había dado.

Las que habían pertenecido una vez a Guy. Y de repente Duncan sintió rabia. Se alzó en él con tanta fuerza que casi le hace tambalearse, como si hubiera estado esperando allí tanto tiempo esperando su momento, una furia que había nutrido y ocultado pero nunca había aceptado.

No era simplemente que hubiera cogido las dagas. Se las había quitado a él, las únicas armas en toda la pila que había confiscado. Se las había llevado para castigarle por negarse.

—No, —le gruñó.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿No?

—Eso es. No. No te ayudaré.

Ella le miró incrédula, y entonces su cara se endureció en una rabia repentina.

—¿No me ayudarás? Me lo *debes*.

—¿Te lo debo? ¿*Te* lo debo? —Duncan sintió su ira sólo aumentando.

Tembló mientras miraba a Genevieve.

—Creo que sé por qué Guy estaba tan aliviado cuando lo maté. No era porque quisiera librarse de los Guardas Grises. Estaba feliz por alejarse finalmente de *ti*.

Ella saltó, su mano en la empuñadura de su espada.

—¡Te atreves!

Él la miró desafiante.

—Vamos. Mátame. Demuestra qué poderosa guerrera eres. El hecho seguirá siendo que sólo he sido un Guarda Gris durante seis meses y soy un mejor Guarda Gris de lo que tú *nunca* lo serás.

Se sentía bien decirlo. Se sentía liberador. El corazón de Duncan palpitaba en su pecho, pero sabía que tenía razón. Estaba dispuesto a morir teniendo razón. Mejor que morir equivocándose. Genevieve le miró airada, su mano apretando la empuñadura de su espada.

Bregan dio un paso hacia delante, poniendo su mano en su hombro de nuevo.

—Déjale. Ha tomado su decisión. Es tan imbécil como la elfa, ¿qué esperabas?

Ella no apartó sus ojos de Duncan. Sus labios formaron una mueca, todo su cuerpo temblando de ira.

—Quiero matarle, —dijo entre sus dientes.

—Entonces mátalo.

Por un momento Duncan pensó que lo haría. Sintió el sudor perlándose y cayendo por su frente mientras le observaba tensarse.

Y entonces giró sobre sus talones, alejándose de su hermano.

—No, —afirmó ella con una finalidad silenciosa. Y él sabía que habían terminado.

Bregan observó a Genevieve alejarse y se preguntó si debería simplemente matar al chico ahora. Tanto a él como a la elfa, de hecho, y ahorrarles cualquier problema futuro de tratar de convertirles. Kell podría haber sido una posibilidad, y de alguna utilidad, pero esos dos eran poco más que unos niños consentidos. El Rey, sin embargo, era un asunto bastante diferente.

Percatándose de su escrutinio, Maric le arqueó una ceja.

—¿Y yo dónde encajo aquí entonces? —preguntó él—. ¿Sólo estoy aquí por el viaje?

—No, tú eres mi premio, —dijo el Primer Encantador, acercándose al Rey. Bregan luchó para evitar extender el brazo y aplastar el diminuto cuello del mago. ¿Por qué el Arquitecto insistía en aliarse con tal babosa traicionera?, no podría decirlo. Suponía que el emisario necesitaba recibir lo que pudiera, pero si Bregan hubiera sabido originalmente que este hombre sería parte del plan, podría haberlo considerado de otra forma. Bueno, era demasiado tarde ahora.

—Fuera de todo esto, —continuó el mago—, tú eres lo que más me complace. Cuando traje a los Guardas Grises para hacer su petición en el palacio, esperaba atraer al

famoso Loghain, ¡el Héroe del Río Dane! Ah, llevar a ese imbécil arrogante ante el Emperador…

Se detuvo y miró al Rey con una amplia sonrisa, casi lujuriosa en su victoria.

—Pero tú, el gran Maric el Salvador, tú complacerás al Emperador más que cualquier otra cosa que pudiera haber esperado.

El Rey escupió, de repente furioso.

—¿Eso es todo esto, entonces? ¿Algún truco Orlesiano?

—Oh, es mucho más que eso, Su Majestad.

—Es suficiente, —reprendió Bregan al Primer Encantador—. Por qué te molestas con esto es un sinsentido, cuando bien sabes que no quedará suficiente de Orlais, o de ninguna nación, para hacer que tales cosas importen cuando esto esté hecho.

El mago se giró hacia él, sus ojos resplandeciendo de molestia.

—Tenemos los encantamientos para preservar a aquellos que son más importantes, aquellos que han ayudado a facilitar el plan del Arquitecto, y eso incluirá al Emperador. ¡El Imperio Orlesiano vivirá!

—¿Qué quieres decir? —Dijo el Rey Maric, su voz baja y sospechosa—. ¿Qué tiene esto que ver con detener la Ruina?

—Esa es una excelente pregunta. —Genevieve caminó de vuelta hacia ellos, frunciendo el ceño hacia Bregan—. ¿Qué tiene esto que ver con la Ruina? ¿De qué estáis hablando?

Bregan se maldijo por ser un idiota. No había querido contarle a su hermana esta parte del plan, aún no. Había sido suficiente decirle que las Ruinas podían terminar. Eso era lo que un Guarda Gris querría hacer, y ella más que nadie. Había sabido eso. La auténtica mira del sacrificio necesario se le podría haber dicho en su momento.

El Primer Encantador Remille rió de corazón.

—¿No se lo has dicho?

Genevieve no apartó la mirada de Bregan, su expresión quebradiza y sospechosa.

—Parece que Fiona tiene razón. No se me han dicho muchas cosas.

Él suspiró con fuerza.

—Así no es como quería decírtelo.

—Quizás deberías habérmelo dicho antes.

—Te dije exactamente lo que necesitabas saber, —le soltó él—. ¡Que las Ruinas podían terminarse! ¡Eso no ha cambiado!

—¿Entonces de qué estáis hablando? ¿Qué destruiría Orlais y cada otra nación, si no es una terrible Ruina?

—Yo puedo responder a eso. —El Arquitecto calmadamente caminó hacia el rayo de luz de sol que radiaba desde la ventana en lo alto. Bregan lo observó con asombro. Los Guardas Grises habían pensado que los engendros tenebrosos no podían sobrevivir en el sol, que eso era por lo que traían la oscuridad con ellos cuando se alzaban a la superficie, por lo que se ocultaban en los Caminos de las Profundidades en primer lugar. Aún así aquí estaba este emisario, sin miedo de caminar hacia la luz. Su propia existencia

desafiaba todas sus suposiciones sobre los engendros tenebrosos, cosas que la orden había dado por hecho durante siglos.

—Deberíamos hablar en otra parte, —gruñó Bregan—. En privado.

Genevieve se volvió hacia el Arquitecto, su expresión de acero.

—No. Quiero saberlo ahora.

El engendro tenebroso extendió sus manos marchitas y asintió cautelosamente.

—He deseado hablar contigo de esto, pero tu hermano dijo que no lo entenderías. Confié en su juicio, ya que mi conocimiento de los humanos y sus modos es escaso.

—Entonces habla conmigo ahora, —insistió ella.

—Terminar con las Ruinas no es suficiente. —El Arquitecto juntó sus manos enfrente de él, pareciendo casi meditativo—. Libres de sus compulsiones, los engendros tenebrosos se destrozarían los unos a los otros. Sería un vasto derramamiento de sangre. Pero con el tiempo volverían a sumar sus números, y entonces la amenaza de la ponzoña que traemos una vez más nos llevaría a un conflicto con vuestra raza.

—¿Y? ¿Cuál es tu alternativa?

—Vosotros, —dijo él, observándola con ojos apreciativos—. Los Guardas Grises poseen una resistencia que les permite sobrevivir incluso si sus cuerpos finalmente se vuelven emponzoñados. Tú eres la prueba viviente de que existe un camino intermedio, un camino para que nuestra gente exista en armonía.

Ella frunció el ceño confundida.

—Pero para hacer eso… —Entonces sus ojos se abrieron como platos con shock.

—Ahí, ya lo ha cogido, —dijo burlonamente el Primer Encantador.

Bregan quería matar al mago. Matarle a él y a los Guardas Grises e incluso al Rey, también. Matar a todos los Orlesianos en la torre y a todos los magos que mantenían aprisionados. Que su sangre se enfriara en el suelo y que el Arquitecto encontrara otra forma de completar su sangre. Sería más fácil así. Sentía la sangre bombear en su pecho, oscura y pesada por la ponzoña. Se movía a través de él como barro. Se sentía bien.

—Genevieve, —dijo bruscamente, y su hermana se volvió hacia él. Ella aún parecía aturdida, sin procesar aún todas las implicaciones de las palabras del Arquitecto. Utha le observaba también, desde cerca. Parecía estar considerando el asunto con calma. Bien.

Ella siempre había sido una guerrera digna, una que sabía las auténticas profundidades de la amenaza de los engendros tenebrosos.

—Hay una visión aquí que debes entender. De lo que el Arquitecto habla no es sólo de terminar con las Ruinas. Es la paz con los engendros tenebrosos, la auténtica paz. Del tipo que puede durar.

Ella sacudió su cabeza con incredulidad.

—¿Tienes alguna idea de cuántos morirían si fueran forzados a pasar por la Unión? ¿Cómo puede siquiera hacerse? ¡No podemos forzar a todo el mundo a beber sangre de engendro tenebroso!

—No es la sangre, —le respondió Remille casualmente. Él caminó alejándose una corta distancia, suspirando como si todo el tiempo de estar de pie y hablando le estuviera

cansando—. Es la ponzoña, administrada a un cuerpo en una dosis. Esparce la ponzoña lo suficientemente rápido y parece que tenemos Guardas Grises, esto de acuerdo al sabio consejo del Arquitecto. —Él hizo un gesto al engendro tenebroso, que asintió admitiendo el cumplido.

—¡Estáis locos! —gritó Fiona.

Él la miró con una sonrisa taimada.

—Oh, no, cariño mío. Esto es bastante posible. Con el poder que esta criatura nos ha enseñado, podemos fácilmente colocar un encantamiento en las suficientes ciudades. Suficiente como para esparcir la ponzoña rápida y limpiamente sobre todo Thedas. —Él extendió su mano, moviendo sus dedos rítmicamente hasta que un orbe de negrura se formó sobre ella, flotando en el aire. Bregan podía sentir ese poder extendiéndose hacia él, tirando de su sangre. Entonces el orbe simplemente implosionó sobre sí mismo y parpadeó fuera de la existencia, dejando el aire a su alrededor más frío—. Y con lo que nos quedamos… —el mago sonrió— …es con un mundo de supervivientes, que serán inmunes… a través de nuestros encantamientos protectores, o por la virtud de su sangre.

El Arquitecto asintió, complacido.

—Y los engendros tenebrosos que queden, ahora libres de la llamada de los Viejos Dioses. Suficientes como para reunirlos y enseñarles. Y empezar de nuevo.

—Todos podemos empezar de nuevo, —añadió Bregan—. Una oportunidad de una paz auténtica.

Se percató de Utha asintiendo lentamente de acuerdo, pero Genevieve sólo le miró con sospecha. Ella caminó hasta Bregan, mirándole a los ojos como si pudiera averiguar la verdad allí y en ninguna otra parte.

—¿Por qué quieres paz?

—¿No deberíamos todos querer paz?

—Te conozco. —Su tono era acusador y a él no le gustaba. Se negó a retroceder, y en su lugar le devolvió la mirada—. Creer que puedas haber querido destruir los Viejos Dioses, por el bien de haber servido a la orden durante tanto tiempo, eso puedo creerlo. Incluso si lo odiaras todo sobre ser un Guarda Gris, podría ver que quisieras hacerlo. ¿Pero paz? —Ella sacudió su cabeza incrédula—. No, eso no.

El Arquitecto caminó hacia ellos, alzando una mano.

—No te enfades. Déjanos hablar más de esto, si tienes preocupaciones.

—Cállate, —le soltó Genevieve. Entonces volvió a mirar a Bregan—. Quiero oír lo que mi hermano tiene que decir.

Él sintió la ira creciendo dentro de él de nuevo. Extraño que ahora pareciera que fuera todo lo que le quedaba. Su miedo había sido abrasado por la ponzoña que corría a través de él, pero no había hecho nada para llevarse la ira y el odio. Se asentaban en su corazón como un veneno más negro que cualquier cosa que los engendros tenebrosos le pudieran haber dado.

—Déjales morir, —maldijo fervientemente—. Deja que todos mueran. No podría importarme menos cuántos de ellos sufran. Que prueben lo que hemos tenido que resistir por su bien.

—Querrás decir lo que tú has tenido que resistir.

Él resopló burlonamente.

—Pobre hermana. Ella no podía convertirse en Guarda Gris, así que tuvo que rogarme que me convirtiera en uno para que pudieran llevársela. Ella no podía tener a Guy, así que tuvo que hacerme llevármelo a la orden para que estuviera con ella. Y aún así no fue suficiente. Nada lo era. —Él se mofó de ella, sintiendo la presión de sus colmillos afilados contra sus labios—. ¿A cuántos has envenenado para obtener lo que querías, Genevieve?

Ella retrocedió ante la ferocidad de sus palabras, pero aún así no se retiró. Sus ojos se inundaron de lágrimas rojo sangre de enfado.

—Y ahora tú me has envenenado a mí a cambio, ¿es eso? —Le preguntó ella, su voz llena de angustia—. ¿Esta es tu venganza, al fin?

Bregan escupió a sus pies.

—¡Tú ya estabas envenenada, en el momento en que bebiste la sangre! ¡Ahora haz algo de provecho con ello! La gente morirá; ellos *siempre* mueren. ¡No merecen ser salvados! —Él señaló acusadoramente al Rey Maric—. ¿Cuántos años hemos pasado rogando por las migajas de sus mesas, porque ellos decidieron que la Ruina ya no era una amenaza? ¡Qué rápido se olvidan del número de veces que la orden les ha salvado! Son cobardes y estúpidos… —Él alzó un puño con guantelete ante Genevieve, apretando sus dedos tan firmemente que el metal gruñó—. …así que démosles exactamente la salvación que merecen.

—¡Eso no es por lo que me convertí en un Guarda Gris!

Caminó más cerca de ella ahora, hasta que su cara estaba a tan sólo centímetros de la de ella.

—¿Te convertiste en una gran heroína, hermana? ¿A alguien le importaron todos tus sacrificios? Podrías matar a los Viejos Dioses tú misma y aún así nadie clamaría tu nombre.

Genevieve luchaba, desgarrada entre la furia y el tormento, pero él se negaba a dejarla ir. Él la miró. Habían llegado hasta ese punto, habían permitido que la corrupción dentro de ellos mismos convirtiera sus cuerpos en abominaciones; ¿por qué debían volverse ahora? Conocía a su hermana.

Ella le daría lo que quería. Se lo debía. Desde que él entregó toda su vida para permitirle unirse a esta patética orden, para convertirse en la gran heroína que siempre había deseado ser, ella se lo debía.

Una nueva conmoción justo fuera de la gran cámara de repente atrajo su atención. El Primer Encantador se volvió hacia la entrada, la molestia grabada en su cara, mientras gritos distantes de alarma sonaban por los pasillos de la torre. Haciendo un gesto a los

templarios que aún montaban guardia tras el Rey Maric y los otros prisioneros para que le siguieran, el mago caminó imperiosamente hacia el ruido.

Antes de que siquiera alcanzara la entrada, un mago joven corrió dentro. Este era un aprendiz, probablemente, recién pasada la mayoría de edad. Patinó hasta detenerse, casi chocando con el Primer Encantador, y entonces jadeó por aire de forma que su balbuceo excitado apenas era inteligible.

—¡Frena, chico! —Soltó Remille—. ¿Nuestros otros prisioneros han escapado? ¿Vamos a tener magos reptando por la torre pronto?

—¡No! —El mago joven sacudió su cabeza, doblándose y poniendo sus manos en sus rodillas mientras trataba de recuperar el aliento—. ¡Barcos! ¡Vienen barcos!

El Primer Encantador se detuvo, lanzándole una mirada dudosa al Arquitecto antes de volver a mirar al chico jadeando.

—¿En el lago? ¿Qué tipo de barcos son? ¿Cuántos? ¡Habla! —Exigió él.

—¡Tres! —Jadeó el chico—. ¡Barcos grandes! ¡Mostrando el estandarte real!

Bregan se giró y miró a Maric, que sonrió insolentemente hacia él en respuesta.

—No me mires, —dijo el rey encogiéndose de hombros—. Ojalá pudiera invocar un montón de barcos a voluntad. Eso sería conveniente.

Remille escupió.

—Es el Teyrn Loghain. —Dijo en nombre con un desprecio frío, entonces chasqueó sus dedos hacia los dos templarios—. Id, sellad la entrada bajo la torre. —Mientras aquellos hombres corrían, él se giró hacia el joven mago—. Quiero magos en la plataforma superior. Si intentan aterrizar en la isla, quemad sus naves.

—¡Pero estarán fuera del alcance!

—¡Entonces quemad a quien sea que salga de sus naves! —explotó él—. ¡Quemad toda la isla si tenéis que hacerlo! ¡Sólo id! ¡Hacedlo! —Con un gesto furioso mandó al joven mago tambaleándose hacia el pasillo. Ya podían oírse más gritos fuera, y el sonido de los pies embotados corriendo hacia atrás y hacia delante.

—Si es Loghain, —dijo Maric, su sonrisa ampliándose—, entonces estáis en problemas.

—¿Con su precioso rey como nuestro rehén? No lo creo, —se mofó Bregan.

—Entonces es que no conoces a Loghain.

El Primer Encantador irrumpió de nuevo hacia ellas, maldiciendo enfadado. Sus resoplidos hacían eco a través de la enorme cámara. El Arquitecto caminó calmado hacia Bregan, Utha a un paso junto a él.

—Esta es una complicación desafortunada, —afirmó él.

Bregan asintió.

—No ha habido *nada* salvo complicaciones.

—Aún así puede ser resuelta. Debe, o perderemos nuestra única oportunidad.

—Se hará, —aseguró al engendro tenebroso, entonces miró interrogante a su hermana—. Siempre que Genevieve se vuelva a poner sobre sus pies fríos y nos ayude.

Ella estaba allí, la indecisión escrita sobre sus rasgos. Ella retrocedió lentamente del Arquitecto, mirando alerta hacia el Primer Encantador que se acercaba. Parecía un gato arrinconado, pensó él. O un perro. Un perro muy terco.

—Lo que estáis planeando está mal, —susurró ella, apenas lo suficientemente fuerte como para ser oída.

—¿Desde cuándo eso te ha detenido antes? —soltó Bregan.

Genevieve le miró llena de odio, pero no dijo nada. Por un largo minuto sus ojos se fijaron en silencio. Hubo un único momento en el que Bregan pensó que iba a romperse, finalmente acceder a su demanda. En ese momento, sin embargo, el pícaro de piel oscura encadenado junto al Rey habló.

—¡Aún puedes detener esto, Genevieve! —gritó enfadado—. ¡Aún puedes hacer algo!

Bregan resopló y se dio la vuelta, abofeteando al chaval tan fuerte en la cara que fue lanzado de espaldas y golpeó su cabeza contra el suelo.

Sus cadenas claquetearon con fuerza, y él gruñó de dolor. Bregan volvió a girarse hacia Genevieve, frunciendo el ceño, y lo vio en sus ojos: El momento había pasado. Su decisión había sido tomada.

Ella desenvainó su espada ancha, el metal reflejando la luz del sol en su superficie pulida mientras ella la apuntaba hacia él. Su mirada era calmada, llena de odio.

—No voy a permitirte hacer esto, Bregan, —afirmó ella—. Tomar parte en esto fue un error.

Él desenvainó su propia espada, un gruñido emergiendo de las profundidades de su garganta. Le sorprendió cuánto quería matar a su hermana. Ella era igual que el resto de despojos humanos de ahí fuera, ¿no?

Siempre había llegado a esto. Todos los años de celos y orgullo, todos aquellos años de miradas resentidas pese a todo lo que había hecho por ella. Nunca debería haber accedido al plan del Arquitecto de reclutarla. Debería haberla matado en los Caminos de las Profundidades cuando tuvo la ocasión.

—Rectifiquemos eso, entonces, —dijo él fríamente.

Una explosión de fuego negro golpeó a Genevieve en el pecho. Ella gritó, un grito de terror que se convirtió en tormento mientras caía al suelo. Bregan se giró y se dio cuenta de que había sido el Arquitecto el que había lanzado el hechizo, su pálida mano aún extendida ante él y marchita en llamas negras.

Genevieve se agarró un charco de sombras que se extendía por su torso. Crecía, y parecía estar *comiéndosela*. Bregan observó con un horror apagado mientras sus gritos se convertían en aullidos. Ella tuvo espasmos, dejando caer su espada y luchando mientras el hechizo del Arquitecto lentamente la envolvía. Bañó sus brazos y piernas, y entonces finalmente se tragó su cabeza. Sus gritos terminaron abruptamente. El cuerpo cubierto de sombras se sacudió unas dos veces más, y entonces la negrura simplemente colapsó, dejando nada más que un charco de líquido en el suelo.

Se había ido. El líquido lentamente supuró por la piedra, siseando donde la luz del sol lo tocaba.

Bregan giró enfadado hacia el Arquitecto.

—¿Qué has hecho?

El engendro tenebroso lo estudió curiosamente, como si su respuesta fuera inesperada.

—Estaba claro que había cambiado de opinión. Hice lo que era necesario, para preservar nuestra tarea.

—¡No me importa tu tarea! ¡Era mi hermana!

—A la que estabas a punto de masacrar, Guarda.

—¡No! ¡No, no iba a hacer eso! —Bregan sintió el odio formándose dentro de él de nuevo, pero en lugar de alimentarle le hacía sentir enfermo. La corrupción reptaba a través de cada centímetro de él ahora, como gusanos. Quería cortarlo, quemarlo, lo que fuera que pudiera hacer para librarse de ello—. ¡Estás mintiendo!

El Arquitecto parpadeó con sus grandes ojos pálidos hacia él. Utha alzó sus puños y se agachó, mirando a Bregan, pero el engendro tenebroso la contuvo con una mano marchita.

—No estoy mintiendo, —dijo él.

—¿No eras consciente de vuestra discusión? ¿No escuchaste su decisión? —Juntó sus dedos bajo su mentón—. Quizás fue un error intentar traer a más Guardas Grises con nosotros. Supuse que estarían más dispuestos, dado que su líder ya había cambiado de opinión.

—¿Un error? —se mofó Bregan. Entonces sacudió su cabeza incrédulo hacia la criatura—. No nos entiendes, ¿no? Ni siquiera remotamente. Somos como insectos en un tarro que tú estudias, sacudes, y nos cortas las alas si sirve a tus propósitos.

—Conoces mis metas, Guarda. He sido sincero contigo.

—¡Eres un monstruo!

El Arquitecto le miró perplejo.

—No somos tan diferentes ahora.

Tenía razón. Bregan era un monstruo ahora también.

Se había lanzado hacia la criatura antes de que pudiera lanzar uno de sus hechizos, cortando con fuerza con su espada hacia su cabeza. El emisario reaccionó más rápido de lo que él podía haber anticipado, sin embargo, retrocediendo en el último segundo. La espada de Bregan cortó por el pecho de los engendros tenebrosos, cortando rápido y profundo.

La criatura se tambaleó hacia atrás, una mirada de shock en su cara mientras se agarraba la herida. Un icor negro salía de entre sus dedos.

Bregan no pretendía permitirle un momento para recomponerse, saltando al aire con la intención de apuñalar con su espada a la cabeza del Arquitecto.

Algo le golpeó antes de que aterrizara, sin embargo, noqueándole al suelo. Le llevó a Bregan un momento darse cuenta de que era la mujer enana, Utha. Ella le había agarrado

en medio del aire y ahora estaba llevando sus puños contra su cara. Eran como martillos de piedra bajando sobre él, el dolor explotando mientras le rompía la nariz y le destrozaba la mandíbula.

Luchando a través de la lluvia de golpes, extendió el brazo hacia arriba y agarró su garganta con su mano con guantelete y apretó. Ella apretó sus dientes, presionando sus pulgares contra sus ojos mientras los dos luchaban por el control. Estaba cegado, la agonía en su cráneo, pero finalmente sintió su fuerza aminorar sólo por un momento. Tomando ventaja, rugió y golpeó la cabeza de la enana contra el suelo junto a él. Golpeó el suelo con un fuerte crujido, y él la apartó lejos de él.

Mientras lo hacía, una oscura explosión de magia le golpeó. Era la misma energía negra que había asaltado a Genevieve. Gritó mientras sentía que empezaba a comérselo, masticándole el pecho mientras el engendro tenebroso lanzaba más y más magia hacia él.

Su visión se emborronó, y por un momento no podía ver dónde estaba el Arquitecto. Apretó sus dientes y se dispuso a dejar de gritar pese al dolor torturador que se disparaba por su cuerpo.

Entonces, a través de una neblina oscura, vio la vaga forma del emisario. Gritando, alzó su espada y corrió hacia él. Corrió contra el flujo de magia, sintiéndolo lanzarse hacia su pecho y extenderse dentro de él como hielo, y cuando alcanzó al Arquitecto bajó su espada y cortó la mano de la criatura.

Aulló, el icor bombeando desde el muñón, pero su hechizo se rompió. Bregan cayó al suelo, la mayor parte de su placa pectoral cubriendo su pecho habiendo sido comida y su carne sangrienta y aún siseando de la magia oscura. El Arquitecto cayó, también, agarrándose su brazo e intentando detener el flujo de icor de su herida. Sus túnicas estaban negras de sangre.

Bregan se forzó a ponerse en pie con una lentitud agonizante. El dolor en su pecho era una tortura. Era como si alguien le hubiera arrancado un trozo, sin dejar otra cosa que un agujero hueco. Alzó su espada, tratando de evitar que temblara, y avanzó sobre el Arquitecto. La criatura mostró sus colmillos en un siseo desafiante. Bregan alzó su espada sobre su cabeza…

… y de repente un relámpago les golpeó a ambos. El resplandor de luz era cegador, y el estruendo de truenos le tiró al suelo. La agonía que corría a través de él le forzó a convulsionar en el suelo, corrientes eléctricas aún arqueándose por su cuerpo. El Arquitecto retrocedió de agonía también, ni a diez pies de distancia, los rayos de electricidad saltando de punto a punto.

—Esto es conveniente. —Le llevó un momento a Bregan darse cuenta de que era el Primer Encantador el que hablaba. Alzó la mirada, temblando del dolor, y vio al mago aproximándose con calma. Su mano aún humeaba por el hechizo que había desatado.

El Arquitecto miró al hombre con horror.

—¿Qué… has hecho? —jadeó.

Remille resopló.

—¿De verdad pensabas que simplemente continuaría con vuestro plan estúpida criatura? Originalmente estaba planeando hacer que nuestros encantamientos fracasaran, al menos los de Orlais, pero esto hace las cosas mucho, mucho más fáciles.

—¡Pero… la Ruina! —protestó el Arquitecto.

—¿Qué me importa la Ruina? Cuando te aproximaste a mí por primera vez en el Velo, pensé que te seguiría la corriente. Asentir con mi cabeza, y decirte todo lo que querías oír. Y tú me diste tus secretos, ¿no? —Él alzó su mano, energía negra chispeando entre sus dedos—. Me diste tanto eso como al Rey de Ferelden.

—¡No! ¡No puedes hacer esto, humano!

—Puedo, y lo haré.

Bregan había sabido que el mago era un oportunista y aún así ciegamente se había dejado engañar, al igual que el Arquitecto había sido engañado. Sólo que no tenía la misma excusa que el engendro tenebroso. Sabía bien de lo que eran capaces esos hombres, y aún así había escogido ignorarlo. Porque no lo había importado.

Qué completo idiota he sido, se maldijo a sí mismo.

—Yo no contaría con eso, —llegó otra voz.

A través de la neblina de dolor, Bregan volvió su cabeza y vio al Rey Maric y a los dos otros Guardas Grises, ahora liberados de sus cadenas. El Rey llevaba su espada con runas y apuntaba al Primer Encantador, mientras que la maga elfa ya estaba alzando su bastón blanco e invocando un hechizo. Fuera en los pasillos más allá de la gran cámara, un terrible sonido de choque mandó temblores por toda la estructura. Los gritos de hombres subieron en la distancia lejana.

—¿Supongo que no te agacharás en silencio? —preguntó el Rey seriamente.

El Primer Encantador se volvió hacia él e hizo una mueca.

—No.

19

Benditos son los rectos, las luces en la sombra,
En su sangre la voluntad del Hacedor está escrita.
—Cántico de Transfiguraciones 10:1

Duncan vio morir a Genevieve.

Tras ser golpeado por Bregan, Fiona en silencio había ayudado a Duncan a volverse a poner de rodillas justo a tiempo de ver a Genevieve siendo golpeada por el hechizo del emisario. Había escuchado sus aullidos de agonía, observado sus espasmos y cómo se marchitaba como un insecto siendo consumido por fuego negro.

Le retorció por dentro verlo. Pese a todo lo que había hecho, él aún había logrado alcanzarla al final. Cuando le había gritado, ella le había mirado, y en ese momento había visto a la mujer que conocía antes de que esta locura se la hubiera comido.

Entonces, mientras la lucha comenzaba entre Bregan y el Arquitecto, Duncan se percató de que el Primer Encantador estaba meramente quedándose a un lado, esperando. Supo entonces que no podía hundirse en su dolor.

Habían observado indefensos hasta ahora, encadenados y desarmados, pero este era el momento de actuar.

Extendiendo una pierna, se allegro de repente de que el Primer Encantador Remille estuviera tan absorto con el combate. Luchó con fuerza hasta que su bota alcanzó el borde del saco atado que Bregan había arrojado a un lado tan rápidamente, el que tenía sus armas. Maric y Fiona le observaron con los ojos bien abiertos, asintiendo mientras se daban cuenta de lo que estaba haciendo. Con esfuerzo atrajo el saco más cerca, lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlo.

La espada de hueso de dragón de Maric era la clave. Estaba encantada, y él estaba dispuesto a apostar que podía cortar a través de las esposas. Duncan miró al Primer Encantador, deseando en silencio que no se girara mientras presionaba sus ataduras con fuerza sobre la espada. Era una posición extraña, y de una sus manos se deslizaron y la espada cortó bruscamente en su brazo, pero entonces lo intentó otra vez. Apretó sus dientes, temblando del esfuerzo, hasta que finalmente las esposas se partieron.

El filo cortó el lateral de una mano, pero retrocedió rápidamente antes de perderla por completo.

Ignorando el dolor, Duncan se movió rápido. Extendió el brazo hasta su cinturón y encontró su ganzúa. Le llevó sólo segundos deshacer el cierre de sus cadenas y deslizarse fuera de ellas.

—¡Deprisa! —susurró urgentemente Maric.

Fiona jadeó mientras la cámara se llenaba de un resplandor de luz brillante.

El trueno que siguió golpeó a Duncan con la fuerza suficiente como para tirarlo al suelo, y brevemente se preguntó si el Primer Encantador se había percatado de él después

de todo. Saltó de vuelta en pie y vio que no, el mago se había vuelto contra Bregan y el Arquitecto.

—¿Qué? ¿*Todos* los magos son unos bastardos tan malvados? —se preguntó en voz alta.

—¡Yo *soy* una maga! —resopló Fiona.

Buen punto. Duncan trabajó rápidamente para deshacer sus ataduras.

Tan pronto como estuvieron libres, Maric saltó en pie y cogió el saco del suelo. Le dio su bastón a Fiona y pasó la daga de hoja negra a Duncan. En el momento en que Duncan la tocó, sintió un extraño pulso profundo en el metal. Era fío y extrañamente… apagado. Aún así nunca se había sentido así antes.

¿Qué podía estarle pasando?

—Puedo, y lo haré, —llegó la afirmación del Primer Encantador.

Duncan vio al mago lanzándose sobre el Bregan terriblemente herido y el Arquitecto. Francamente, ambos merecían morir, pero d momento había un mago loco para tratar con ellos. Afortunadamente Maric se sentía igual.

—¡Yo no contaría con eso!

El Primer Encantador Remille se volvió, frunciendo el ceño mientras veía a sus prisioneros libres. Una energía negra se arremolinó alrededor de sus dedos. Fue rodeado por un aura de poder que enfrió el aire.

—¿Necesitabas anunciar nuestro ataque? —le susurró Fiona, molesta.

—Lo siento, —suspiró Maric. Tras ellos, Duncan podía oír un gran sonido de choque fuera de la cámara. Casi se sentía como si toda la torre se estuviera desmoronando; podía sentir las vibraciones en el suelo. Los hombres se estaban gritando los unos a los otros en la distancia, y escuchó los sonidos del combate. ¿Era el Teyrn Loghain entonces? ¿Había irrumpido en la torre de algún modo atravesando las paredes?

—¿Supongo que no te agacharás en silencio? —Preguntó Maric con seriedad, alzando su espada hacia el mago y tratando de ignorar la conmoción tras él.

—No, —se mofó Remille.

—No lo creo.

Maric corrió hacia el mago, balanceando su espada larga a su alrededor tan rápidamente que las runas mágicas dejaron un rastro de luz azul en el aire. Remille resopló con desdén y alzó una mano. Una energía blanca se formó a su alrededor y le rodeó y lanzó un hechizo, el mismo hechizo que Duncan reconoció de la noche que habían salido de los Caminos de las Profundidades.

Mientras el Primer Encantador lanzaba el hechizo a Maric, de repente golpeó una pared invisible directamente enfrente de él, sus energías disipándose sin hacer daño. El mago lanzó una mirada marchita a Fiona, que acababa de terminar de lanzar un contrahechizo y ahora le observaba alerta.

—Ya veo, —soltó Remille.

Maric cortó hacia el hombre, cortando a través del material de sus túnicas del Círculo, pero el mago saltó a un lado demasiado rápidamente como para que el golpe fuera letal.

Movió un brazo hacia Maric, una explosión de poder lanzando al Rey lejos para chocar contra los grupos de bancos vacíos de la galería. Entonces volvió su atención más completamente hacia Fiona.

Ella llevaba su bastón, la punta formando una bola de llamas que lentamente crecía mientras se concentraba.

—Qué patético desperdicio, —gruñó ella—. ¡Son hombres como tú los que arruinan nuestra reputación!

Él resopló.

—Los mundanos nos temen, como deben hacerlo. —Alzando su mano, una explosión de energía negra surgió de él y se lanzó hacia Fiona. Era el mismo poder que había matado a Genevieve, vio Duncan. Fiona respondió lanzando un rayo de llamas desde su bastón. Las dos energías se golpearon la una a la otra, creando un infierno arremolinado de sombras y llamas en el centro de la habitación, cada una luchando para atravesar la otra. Se convirtió en un duelo entre los dos magos, cada uno de ellos concentrándose por poner más poder en la magia que corría hacia delante de ellos.

Duncan agarró su daga negra firmemente y rodeó al Primer Encantador en un amplio arco. No quería que se percatara de él, y claramente correr hacia el hombre como Maric había hecho no iba a ser útil. Mirando hacia donde había visto aterrizar a Maric, vio al hombre lentamente volviendo a ponerse en pie… no está muerto, entonces. Quizás el Rey tenía casi tanta suerte como clamaba.

La contienda entre Remille y Fiona continuó, y Duncan vio que Fiona estaba perdiendo lentamente. Su chorro de llamas estaba disminuyendo, y ella estaba luchando. El sudor caía por su frente. El Primer Encantador estaba presionando su ventaja, su cara retorcida en una mueca por el esfuerzo.

Quizás romper su concentración no sería tan mala idea, pensó Duncan. Había logrado flanquear al mago sin hacer que el hombre se percatara, así que movió su daga y rápidamente se lanzó hacia el hombre, sus botas sin hacer ningún sonido. Un corte al cuello, eso era todo lo que necesitaba. O en la axila. Con un oponente sin armadura, había tantas opciones…

Antes de que pudiera acercarse lo suficiente, sin embargo, Remille se percató de su acercamiento. Los ojos del mago se habían vuelto de un negro profundo. Un líquido como la tinta caía de ellos como lágrimas.

—¿Pensabas que te había quitado el ojos de encima, pequeño paleto?

—¡Lo esperaba! —Duncan corrió tan rápido como pudo, intentando apuñalar al hombre antes de que pudiera lograr otro hechizo. Saltó al aire, su daga posicionada para el golpe, pero era demasiado tarde.

Remille alzó su otra mano y un chorro de sombras oscuras salió hacia delante de ella. Golpeó a Duncan en el pecho y lo lanzó de espaldas. Chocó contra el suelo bien lejos del mago, gritando de dolor mientras las sombras se extendían sobre él como una sábana.

Sentía como un millón de hormigas reptando sobre su piel, cada una mordiendo y desgarrando un trozo de carne. Flaqueó y golpeó a la negrura con su mano libre, pero era

insustancial. Como un fantasma, su mano simplemente pasaba a través incluso aunque pudiera sentirla consumiéndole.

Desesperado, apuñaló a la sombra con su daga. Era mejor perforar su propia carne que ser comido por completo por su magia. Para su sorpresa, no se apuñaló a sí mismo. En el momento en que la hoja tocó las sombras, ellas retrocedieron. Empezó a empujar la hoja con una prisa frenética contra su cuerpo allá donde la oscuridad le tocaba, y cada vez ella se retiraba.

En unos momentos había escapado, retrocediendo contra una pared y respirando rápidamente. El terror corrió a través de él mientras miraba al charco negro de tinta que yacía justo a un pie de él, ahora siseando. *Eso podría haber sido yo*, pensó. Estaba cubierto de sudor. La armadura de cuero sobre sus piernas estaba destrozada, la piel bajo ella estaba cubierta de pegajosa sangre, pero estaba entero.

La daga casi palpitaba ahora. La miró mientras la revelación lentamente acaecía sobre él. La había robado del cuarto del Primer Encantador, algo que el hombre había ocultado, pero no de los ladrones, seguro. ¿Cuántos ladrones podía haber sueltos en la torre del Círculo de Magos? Lo había ocultado de los ojos observadores de los templarios y de los otros magos. ¡Estaba hecha de la misma magia que el Arquitecto le había enseñado!

Eso era por lo que Duncan no había sido afectado por su broche como los otros. Su piel nunca se había corrompido, nunca había escuchado la Llamada, todo porque el encantamiento de la daga le había protegido.

Tembloroso se puso de pie. El Primer Encantador estaba presionando con el ataque ahora, su magia de sombras casi alcanzando a Fiona. El flujo de sus llamas había sido forzado de vuelta hasta que ahora sólo estaba a un par de pies de ella, y ella estaba empezando a flaquear. De repente ella cayó de espaldas.

—¡Maric! —gritó.

Maric apareció, como invocado de la nada. Saltó a la vista, lanzando su espada larga con ambas manos hacia el Primer Encantador. La hoja giró de punta a punta, las runas brillantes resplandeciendo, haciendo un sonido de *wup wup wup* bajo y ominoso mientras volaba. Los ojos de Remille se abrieron con sorpresa y fue forzado a esquivar hacia un lado.

La espada falló y cayó al suelo, pero su hechizo fue interrumpido.

Fiona colapsó y Maric corrió hacia ella, atrapándola antes de que golpeara el suelo. Parecía pálida y drenada. Maric volvió su cabeza, buscando.

—¡Duncan! —gritó.

—¡Estoy en ello! —respondió Duncan.

Trató de ignorar lo temblorosas que estaban sus piernas y el dolor que estaba recorriendo su cuerpo. Con la daga en mano, cargó hacia el Primer Encantador de nuevo. *Demasiado para el sigilo*, pensó.

El mago estaba en el suelo, pareciendo él también un poco drenado.

Se percató de Duncan acercándose y su molestia creció.

—¿Vienes a por otra prueba, insecto? —soltó él, poniéndose rápidamente en pie.

—Parece que tus vistosas sombras no funcionan tan bien como crees.

Remille retorció sus manos, invocando otra esfera negra enfrente de él. Crecía rápidamente, lanzando un aura oscura alrededor del mago mientras reunía el poder necesario. Duncan sostuvo la daga enfrente de él mientras corría, esperando contra toda esperanza que esto funcionara. Si no lo hacía, era hombre muerto.

El mago liberó la esfera. Voló hacia Duncan, haciendo un sonido de chillido mientras navegaba por el aire, y cuando le alcanzó cerró los cojos y la golpeó con la daga.

El chillido se convirtió en una explosión de sonido que se asimilaba a un aullido, y sintió una oleada de frialdad que bañaba su piel. Era como ser lanzado a una piscina de agua helada, pero no freno y no fue herido. Cuando abrió sus ojos, vio la expresión aturdida del Primer Encantador, seguida de un resplandor de reconocimiento mientras veía la daga y se daba cuenta de lo que era.

Demasiado tarde, sin embargo. Duncan le alcanzó y con un grito empujó la daga en el pecho del mago. El hombre trató de alejarse de él, pero Duncan agarró su hombro y tiró de él más cerca, impulsando la daga aún más profundo.

—¿Qué tal está esto para un insecto? —susurró al oído del mago.

La cara de Remille estaba llena de un shock de ojos abiertos, y cuando abrió la boca, sangre roja brillante salió y cayó por su mentó y la parte frontal de sus túnicas. La sangre estaba manchada de negro, se percató Duncan. Se tambaleó hacia atrás y esta vez Duncan le dejó ir, la daga permaneciendo en su pecho.

El mago bajó la mirada hacia la empuñadura como si no comprendiera del todo lo que estaba haciendo allí. La agarró, entonces tuvo un espasmo de nuevo y otro borbotón de sangre salió de su boca. Se tambaleó una vez, y entonces se dio la vuelta…

… sólo para encarar a Bregan ante él. El abominable Guarda Gris estaba cojeando débilmente, cubierto de heridas que supuraban un icor negro y agarrándose el pecho. Él miró a Remille con desdén, alzando su espada con su otra mano.

—¡No! —escupió el mago en protesta, más sangre saliéndole por la boca.

Bregan hizo una mueca, y con un movimiento decapitó al Primer Encantador.

Duncan observó ausente mientras la cabeza caía al suelo y rodaba una corta distancia. El cuerpo hizo una fuente de sangre roja desde el cuello, pero sólo un momento antes de que cayera silenciosamente al suelo. Bregan se quedó ahí, mirando al cuerpo. Dejó caer su espada al suelo, donde aterrizó con un fuerte claqueteo.

Los sonidos de muchos hombres corriendo hacia la habitación hicieron que Duncan se girara. Soldados Fereldeños corrieron hacia la cámara, docenas de ellos con armadura pesada y con el blasón dorado del rey en sus escudos. Un número de ellos estaba ensangrentado, y se esparcieron al instante como si esperaran una pelea de aquellos que había dentro. A su cabeza estaba el Teyrn Loghain. El hombre tenía una figura imponente en su armadura de placas oscura, su espada cubierta de sangre roja, y alzó su mano para detener a los soldados en avance mientras sus ojos azules fríos asimilaban lo ocurrido.

Por un momento no sucedió nada. La cámara estaba silenciosa mientras Maric lentamente ayudaba a Fiona a ponerse en pie de nuevo. Loghain vio al Rey, y sus ojos se

abrieron con sorpresa al verle allí. Entonces frunció el ceño y caminó lleno de propósito hacia el hombre.

—Veo que no estás muerto. —Duncan no podía estar seguro por el tono del hombre si estaba complacido o decepcionado. Más que nada sonaba molesto.

—Yo también me alegro de verte, Loghain, —se rió Maric entre dientes cansado—. ¿Cómo, en el nombre del Hacedor, llegaste aquí? ¿Cómo lo supiste?

Loghain frunció el ceño.

—¿Saber que estabas aquí? No lo sabía. Lo que sabía es que los Orlesianos te traicionarían, y tenía razón. —Lanzó una mirada disgustada al decapitado Primer Encantador cerca, sus ojos moviéndose alerta hacia Bregan, que aún estaba sobre el cuerpo. Bregan no hizo ningún movimiento para ir—. He estado observando hasta que el imbécil hiciera su movimiento, y lo hizo. Sus seguidores Orlesianos se apoderaron de la torre hace dos días.

—¿Y es por eso por lo que estás aquí? —le preguntó Maric.

—Tengo a la mayor parte de tu ejército buscándote. El resto está aquí. —El Teyrn sacudió su cabeza ante el Rey—. De verdad que no es raro que acabaras aquí, en medio de todo, y aún así desarmado. Esperaba saber que estabas a medio camino de Orlais, en una caja. —Se volvió hacia los soldados tras él e hizo un gesto hacia Bregan—. Asegurad la cámara. Aseguraos de que esa… criatura no se marcha. —Los soldados hicieron lo que les habían ordenado, dispersándose. Varios corrieron pasando a Duncan para rodear a Bregan, aunque no hizo nada para oponerse a ellos, meramente quedándose donde estaba.

Mientras los soldados se movían, sin embargo, Duncan escaneó el resto de la cámara y se detuvo.

—¿Dónde está el Arquitecto? —Preguntó en voz alta—. ¿Y Utha? ¿Dónde han ido?

—Se han ido, —jadeó Bregan.

—¡Encontradlos! —Ladró Loghain—. ¡Nadie abandona la torre!

Uno de los tenientes presentes asintió e hizo un gesto a un número de los soldados, y corrieron fuera de la habitación apresuradamente. Duncan podía oír una gran cantidad de gritos fuera en los pasillos. Los sonidos de combate, parecía, se habían ido en su mayoría. ¿Habían ganado? Si el Arquitecto se había ido realmente, ¿eso significaba que esto había acabado? Era extraño lo difícil que era decirlo. Todas las viejas historias clamaban que las victorias llegaban con estruendosas trompetas. ¿No era esto una victoria?

Maric ayudó a Fiona a caminar hacia Bregan, Loghain siguiéndoles detrás y estudiando al antiguo Guarda Gris con una mirada dudosa.

Los soldados que rodeaban a Bregan tenían sus picas en posición, preparadas para golpear, la mayoría de los hombres parecían asustados y sin duda seguros de que estaban en presencia de algún horrorífico engendro tenebroso. Bregan ignoró las lanzas y alzó la mirada hacia Maric y Fiona, su expresión casi calmada.

—¿Por qué no trataste de escapar durante la pelea? —le preguntó Maric.

Bregan le estudió con aquellos ojos rojo sangre.

—¿Y adónde iría, Rey Maric? ¿Debería volver a los Caminos de las Profundidades con el Arquitecto?

Fiona le miró con sospecha.

—¿Entonces realmente has acabado con eso?

—Estaba ciego. —Bajó su cabeza con tristeza—. Creo que ahora sé por qué los Guardas crearon la Llamada. Eso es mejor que dejar que la ponzoña que llene, hasta que todo lo que queda es odio y amargura y arrepentimiento, hasta que empiezas a pensar que eso es todo lo que siempre ha sido.

Maric miró a Fiona, y entonces se lamió los labios nervioso mientras volvía a mirar a Bregan una vez más.

—¿Y? ¿Ahora qué? ¿Nos ayudarás a buscar al Arquitecto? Necesitará ser encontrado.

Bregan cerró sus ojos.

—Con vuestro permiso, me gustaría hacer lo que debería haber hecho cuando comencé mi Llamada. Me gustaría morir con la dignidad que me quede. Me gustaría unirme a mi hermana en el Más Allá y… disculparme.

Loghain parecía como si estuviera a punto de protestar enfadado, pero Maric alzó una mano para anticiparse. El Rey miró a Fiona, buscando su aprobación, y ella asintió. Con un gesto de su brazo a los soldados, les dio la orden.

Los soldados la llevaron a cabo, apuñalando a Bregan con sus muchas lanzas.

Él no los detuvo, y no gritó. Se retorció una vez, el icor saliendo de él y encharcándose en el suelo a la luz del sol, y entonces lentamente cayó. Los soldados tiraron liberando sus lanzas y su cuerpo cayó al suelo, sin vida.

Maric se volvió y cogió a Fiona, abrazándola firmemente en sus brazos mientras ella enterraba su cara en su hombro. Duncan miró al cuerpo en el suelo.

No estaba seguro de si era correcto sentir pena por el hombre. O por Genevieve. O por Utha. Pero lo hacía. Pese a todo lo que habían hecho, aún sentía pena como algún hueco abierto que se hubiera abierto dentro de su corazón.

Quizás así es como se sentía una victoria.

EPÍLOGO

—Su Majestad, Duncan y Fiona de los Guardas Grises han llegado.

Maric alzó la mirada desde su trono y asintió hacia el chambelán, que llevaba sus túnicas de noche y llevaba una linterna y parecía más que un poco confuso de por qué estaba despierto en mitad de la noche anunciando visitantes en la sala del trono.

—Lo sé, —dijo él—. Déjales pasar inmediatamente, y entonces déjanos solos. —El hombre se inclinó y rápidamente se retiró. Normalmente Maric imaginaba que el chambelán habría informado de la actividad inusual a Loghain, pero había ordenado al hombre que no lo hiciera de la forma más forzada posible. Considerando que Loghain estaba también convenientemente en Gwaren durante al menos otro mes, sería difícil desobedecer para el hombre.

Convencer a Loghain de marcharse sin levantar sus sospechas había sido un desafío. Tras dejar la torre de los magos, el hombre había estado completamente poco dispuesto a dejar a Maric fuera de su vista siquiera un segundo, no es que no tuviera plena justificación. Maric se había escapado de Loghain, después de todo. Se había escapado del reino, y de su hijo.

Durante todo el viaje de vuelta a Denerim, el hombre había estado de labios tensos y furioso y no había hablado con Maric. Entonces, tras días de silencio, cuando llegaron a las puertas de la ciudad, Loghain se había vuelto hacia él y había hecho una afirmación tensa:

—No habrá Ruina, Maric. —Era tanto una promesa como una condena.

No, no había olvidado las palabras de la bruja, ¿no es así? Probablemente nunca lo haría.

Habían pasado muchos meses desde que Fiona y Duncan se habían marchado. Habían sido llamados de vuelta a la Fortaleza Weisshaupt en el distante Anderfels para explicar el incidente con el Arquitecto a cuales fueran los poderes que existían dentro de los Guardas Grises. Maric había estado reluctante a ver marcharse a Fiona. Con el arrebato de actividad que siguió a su regreso a Denerim, habían tenido muy poco tiempo precioso para siquiera verse el uno al otro.

Así que ella le había dejado con sólo la despedida más breve. Pensó entonces que podría ser la última vez que él la vería.

Con el estado de su corrupción, parecía casi seguro que los Guardas Grises la mandarían a su Llamada. Estaría muerta y sería dudoso que siquiera se lo contaran. Así que había dicho adiós, y eso fue todo. El hecho de que Duncan hubiera avisado de que Fiona iba a volver con él había sido sorprendente.

Las puertas hacia la cámara se abrieron; el chambelán acompañó a Fiona y a Duncan dentro antes de retirarse con otra reverencia y cerrar las puertas tras él. Ambos parecían diferentes.

Duncan se había dejado una barba corta, y le quedaba bien. Ya no llevaba sus cueros oscuros, sino que ahora llevaba un traje de armadura pesada y una túnica con el grifo de los Guardas Grises blasonado en ella.

Fiona, mientras tanto, llevaba una larga capa roja que cubría todo su cuerpo. Su pelo negro estaba ligeramente más largo, y su pálida piel parecía enrojecida, como si hubiera pasado una gran parte del tiempo al sol.

—Entrad, —les gritó—. Apenas puedo veros con esta luz.

Caminaron hacia delante, ambos solemnes, hasta que estuvieron ante el trono. Se levantó y caminó hacia abajo para saludarles personalmente, sacudiendo la mano de Duncan y entonces volviéndose hacia Fiona. Vaciló. Aquellos oscuros ojos élficos suyos estaban mirándole con cautela, incluso a la guardia. Todo su comportamiento era extrañamente reticente.

—Supongo que tenéis malas noticias para mí, entonces, —dijo con un suspiro.

—No… exactamente, —murmuró Fiona.

Duncan miró alrededor hacia la oscura sala del trono. Había sólo un par de antorchas encendidas, bañando la mayoría en sombras.

—Extraña hora para pedirnos venir, Su Majestad. Debo admitirlo, nunca me había sentido más ladrón que colándome por estos oscuros pasillos en mitad de la noche.

—Prefiero que Loghain no escuche de vuestra llegada. Aún no está convencido de que los Guardas Grises no estuvieran aliados con Remille, y no estoy seguro de que me perdone por decir a vuestra orden que podía volver a Ferelden siempre que quisiera. Creo que puedes esperar que esté observando cada movimiento vuestro como un halcón cuando lo hagáis.

Duncan asintió.

—Sólo va a haber un puñado de nosotros, al menos hasta que reclutemos algunos nuevos miembros. —Él sonrió casi con timidez—. Voy a ser segundo al mando. Se siente un poco extraño, en realidad.

Maric arqueó una ceja ante Fiona.

—¿Oh? ¿Te han hecho Comandante?

De nuevo la mirada dudosa.

—No, —dijo ella. Entonces se volvió y puso una mano en el hombro de Duncan—. ¿Podrías…? —Él asintió como si fuera esperado, y con un breve asentimiento hacia Maric se volvió y caminó fuera de la cámara.

Así que eso les dejó a Fiona y a él solos. Ahora no estaba seguro de qué pensar. Ella hizo un gesto hacia las escaleras que llevaban al trono y se sentaron en él. Por un momento estuvieron simplemente en silencio, y el único sonido era el crepitar de las antorchas cera. Ella parecía preciosa a la luz del fuego. Las quemaduras le habían dejado pecas, se percató, pero no vio ninguna señal de la ponzoña en su cuello o sus manos. ¿No se había extendido?

—¿Cómo estás? —le preguntó finalmente. La forma en la que le miraba con preocupación le dijo que la pregunta era más una indagación acerca de su salud.

—Ah, —él asintió lentamente—. Estoy… mejor. Cailan estaba tan molesto como puedes imaginar. Aún no puede creer que no vaya simplemente a desaparecer de nuevo; la matrona ha tenido que arrancarle de mis piernas cada vez que lo he visto. Es como yo de muchas formas. No puedo creer que no lo haya visto antes.

—¿Y cómo es ser rey?

—He sido lanzado de vuelta a ello desde que me marché. Loghain no está seguro de si estar impresionado o enfurecido, creo. Había tomado tantas de mis responsabilidades, no es que le dejara mucha elección. He invitado a la nueva Emperatriz de Orlais para reunirse conmigo el mes que viene; eso le tuvo despotricando y desvariando por aquí un tiempo. Aún así, creo… —Él se detuvo, observando los ojos de Fiona llenarse de lágrimas mientras le miraba afectuosamente—. No quieres oír esto, —dijo él—. Es aburrido. Te estoy aburriendo.

—No, me alegro de que lo estés haciendo tan bien. La forma en la que hablas de esas cosas, suenas excitado por ello. Deberías escucharte.

Ella le sonrió y se limpió las lágrimas, aunque más vinieron.

—Bueno, supongo que me gustan las cosas aburridas. —Él le sonrió—. Pero preferiría oír de ti. La ponzoña… cuando te fuiste, dijiste…

—Se ha ido, —dijo llanamente—. Los magos de Weisshaupt no estaban seguros de si era porque el broche del Primer Encantador aceleró las cosas artificialmente, o… en cualquier caso, toda la corrupción se desvaneció. No creen que vaya a volver tampoco. Hubo prueba tras prueba, pero creen que puedo ser la primera Guarda Gris que nunca tenga que resistir la Llamada de nuevo.

—¿Eso es bueno, no?

—Oh, sí. —Ella asintió—. Están guardando los broches, en caso de que puedan averiguar cómo funcionaban, pero mientras tanto quieren mantener un ojo sobre mí. —Ella vaciló sólo un momento antes de añadir—. He sido vuelta a llamar a Weisshaupt. Para siempre.

Ah. Eso era, entonces. Pese a todo lo que había temido que su motivo para volver fuera para decirle que estaba empezando su Llamada, una pequeña parte de él había esperado algo más. Su tiempo juntos en los Caminos de las Profundidades había sido breve, pero significaba bastante para él. Aún lo hacía.

—¿Y vas a ir?

—La orden no me está dejando mucha elección. Además, necesitan a alguien para dirigir la búsqueda del Arquitecto, y para asegurarse de que su plan no fue más allá de Remille. ¿Quién sabe qué otros aliados no mencionó?

—Oh, —dijo él, alicaído.

Fiona le sonrió cálidamente, extendiendo el brazo y apartando el pelo de sus ojos. Ella casi parecía triste de nuevo, y dubitativa.

—Maric, tengo algo que decirte.

—¿Algo más?

—Cuando oí que Duncan iba a volver a Ferelden, pedí venir con él. Necesitaba hacer esto en persona. —Ella suspiró con fuerza, como reuniendo su nervio, y entonces se levantó. Él se levantó también, poniéndose más nervioso a cada segundo. Ella se volvió hacia las puertas y gritó con más fuerza—: Duncan, puedes volver a entrar.

Las puertas se abrieron y Duncan volvió a entrar silenciosamente.

Esta vez, sin embargo, estaba llevando un pequeño paquete envuelto en una tela en sus brazos. Mientras se acercaba más, Maric se dio cuenta de que lo que estaba llevando no era un paquete. Era un bebé.

—Enhorabuena, Su Majestad, —dijo Duncan con una sonrisa—. Es un niño. —Él cuidadosamente entregó el niño a Maric, que lo cogió ausente.

Bajó la mirada a este diminuto bebé, con el aturdimiento recorriendo su mente más que otra cosa. El niño tenía un mechón de pelo rubio y unas mejillas rosadas, y estaba durmiendo profundamente. Definitivamente era suyo, sin embargo. El chico incluso se parecía un poco a Cailan. Maric también se percató de que las orejas del chico eran bastante redondeadas.

—Es humano, —exclamó en voz alta. En realidad debería haber habido algo mejor que decir, pero eso era todo lo que podía pensar en el momento.

Fiona asintió.

—Es por lo que permanecemos juntos en las elferías principalmente. Los niños de humanos y elfos son humanos. Si nos entrecruzamos, nos extinguiríamos.

—No había pensado en ello. —Él sacudió su cabeza, aún aturdido.

Ella extendió el brazo para liberarle del niño, y él le permitió hacerlo. El chico se tensó sólo ligeramente, frunciendo el ceño en su sueño y frotando sus diminutas manos por su cara. Ella sonrió tristemente hacia él y le achuchó silenciosamente, meciéndole en sus brazos.

—Las probabilidades de concebir de un Guarda Gris no son muchas, —dijo ella silenciosamente—. Aún así aquí está. ¿Asombroso, no?

Maric se sentó en las escaleras antes de que sus piernas simplemente cedieran bajo él. Pasó sus manos por su pelo, tratando de organizar sus pensamientos aturdidos. Entonces dejó salir un aliento largo, ajado.

—Por la gracia de Andraste, pero a Loghain no le va a gustar esto.

—Entonces no se lo digas, —dijo ella. Fiona le dio el niño a Duncan y entonces se sentó junto a Maric, su expresión seria—. No lo he traído aquí para proveerte de otro heredero, Maric. Tú ya tienes un heredero. Ni he venido para darte un niño ilegítimo de una elfa. No necesitas eso, tampoco. Quiero que tenga una vida, una buena vida. El tipo de vida que yo no tuve.

Él se volvió y la miró, de repente dándose cuenta de lo que estaba diciendo.

—No querrás decir…

—Yo no puedo criarlo, —dijo ella simplemente. Tomó aliento profundamente, irregularmente y lo dejó salir, y él se dio cuenta de que esto no era fácil para ella. De hecho la estaba destrozando por dentro. Esto era por lo que había venido.

—Podrías venir aquí, —ofreció ella—. Podrías dejar a los Guardas.

Fiona asintió, pero parecía que no lo creía realmente.

—Aunque pudiera, —su tono era duro—, ¿qué haría? ¿Sería tu sirvienta? ¿La maga elfa? ¿O viviría en la torre del Círculo de Magos? ¿O quizás viviría en alguna parte de la ciudad, y tú me enviarías dinero de cuando en cuando esperando que nadie lo averiguara?

—No quería decir eso, —protestó él.

Ella retrocedió, suspirando.

—Lo sé. Lo siento. Fuera de los Guardas Grises, no soy nadie. O soy una maga sin libertad, o una elfa sin habilidades. —Ella se volvió hacia él y sonrió en un entretenimiento sombrío—. ¿Quizás podría convertirme en una lavandera? ¿Oculta de los templarios en la elfería, utilizando mi magia para avivar los fuegos? Apuesto que sería buena en ello.

—Quizás no, entonces. ¿Qué hacen… qué sucede normalmente cuando un Guarda Gris tiene un niño? Debe ocurrir, seguro.

—Lo hace. Entregamos al niño. Les dije que ya tenía un lugar en mente.

—¿No hay otra forma?

—Ojalá… —Fiona sacudió su cabeza firmemente—. No, lo que quiero es que sea humano. Quiero que sea completamente humano y no esté en fila para tu trono, sin competir con tu otro hijo y atado a su sangre real que no te ha traído nada salvo dolor. Quiero que tenga un buen comienzo. —Ella le miró esperanzada—. Puedes hacerlo, ¿no?

—Puedo hacer que lo críen lejos de la corte, —dijo Maric, considerándolo—. Pero la gente seguro que se preguntará quién es su madre. Loghain querrá saberlo. El niño casi con seguridad querrá saberlo… ¿Qué le diremos?

—No le digas nada. Deja que piense que su madre es humana, y que está muerta.

Ella extendió el brazo hacia donde Duncan suavemente arrullaba y mecía al bebé, golpeando su cabeza con una sonrisa melancólica.

—Será más fácil, para él y para ti.

—¿Qué hay de ti?

Ella no hizo ninguna respuesta, simplemente continuó acariciando la frente del niño. Él se percató de que sus ojos brillaban intensamente, sin embargo.

No, no había ninguna forma de que esto fuera más fácil para ella.

—Le vigilaré, —juró Duncan—. Puedo hacerlo sin levantar sospechas, me aseguraré de que le va bien. Le mantendré a salvo. Puedo incluso traerte noticias de vez en cuando.

Maric alzó la mirada hacia él, sorprendido.

—¿Harías eso?

—Por usted, Su Majestad, sin dudarlo.

Era casi demasiado para asimilarlo. Primero Fiona había vuelto y no se estaba muriendo, y ahora él tenía un hijo, y estaba perdiéndolos a ambos.

Aún así entendía lo que estaba diciendo. Si reconocía al chico y lo criaba en el palacio, sería sujeto de las constantes luchas políticas. Sería visto como un competidor contra Cailan.

Era mejor que creciera en otra parte silenciosamente, fuera de la vista y permitirle su propio destino. ¿Pero hacer que el chico creyera que nunca fue querido, hacer que nunca supiera de su verdadera madre? ¿Era ser de sangre élfica realmente tan terrible?

El dolor en su corazón amenazaba con hacerle explotar. Maric no sabía nada de ser elfo, y Fiona quería que su hijo estuviera libre de las luchas que ella resistía, no le negaría eso. Dejaría que el chico tuviera su oportunidad de ser libre de ambos.

Él miró a los ojos de Fiona y asintió lentamente.

—Si eso es lo que quieres. Sí, puedo hacerlo.

—Gracias, Maric.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó él—. ¿Te veré de nuevo?

Él pudo decir por su expresión que la respuesta era no. Aún así ella asintió de todos modos.

—Si es la voluntad del Hacedor, —suspiró ella. Entonces se inclinó y lo besó, y él la besó en respuesta. Se sentía dulce, y triste, y bien. Tuvo este momento, los dos sentados a la cálida luz del fuego mientras Duncan cuidadosamente merodeaba con el niño al otro lado de la habitación. Incluso aunque la partida tuviera el aire de finalidad, de algún modo Maric aún no podía lograr sentirse triste. Esto no se sentía como un final.

Se sentía como un comienzo.